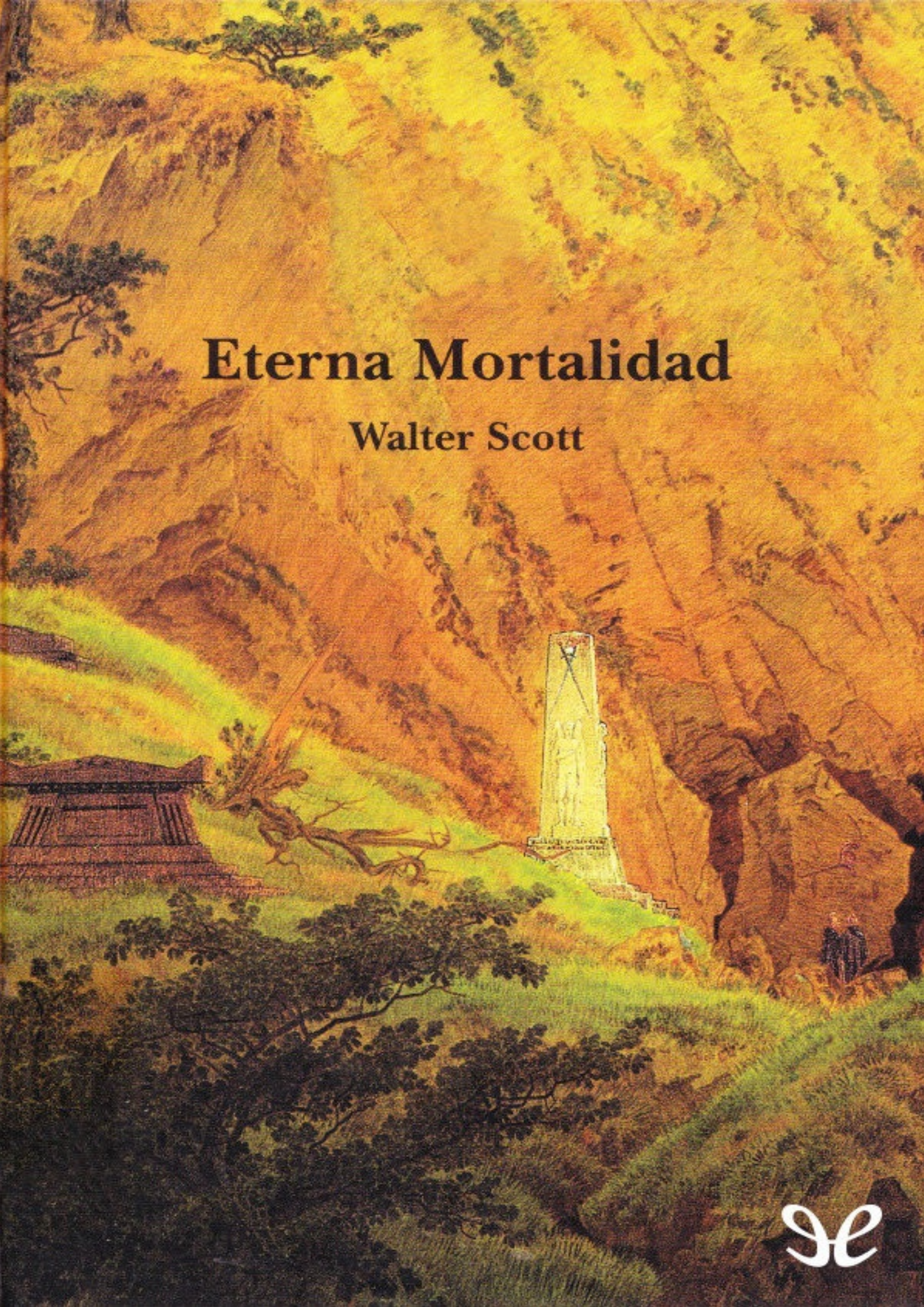


Eterna Mortalidad

Walter Scott



En la Escocia de 1679, enfrentada entre partidarios del rey Carlos II y seguidores de la secta puritana de los *covenanters*, el asesinato de un arzobispo desata los hilos de una guerra civil largamente incubada. En medio de los dos bandos, Henry Morton de Milnewood, un joven intrépido y entusiasta que «al no sentirse vinculado a ninguna de las facciones que dividían el país, pasaba por frívolo, insensible e indiferente a la religión o al patriotismo», y sin embargo enemigo tenaz tanto del fanatismo como de la tiranía, se encuentra inmerso en un terrible conflicto de lealtades: por un lado, sus orígenes y tradiciones le señalan como heredero de la causa de los *covenanters*; por otro, su amor y sus sentimientos le inclinan hacia la joven Edith Bellenden, miembro de la aristocracia realista. Siempre en la cuerda floja, siempre entre dos mundos irreconciliables, Henry Morton intentará encontrar, en medio de las luchas y los odios más exacerbados, la dignidad de la razón, el equilibrio y la moderación.

Eterna Mortalidad (1816), para muchos la mejor novela de Walter Scott, es una crónica viva y patética de la problemática ubicuidad del valor: de cómo la inquebrantable entrega a una causa y el sistemático rechazo a la traición pueden estar presentes a ambos lados de una contienda que, pese a todo, es cruel e inhumana. Con una compleja perspectiva histórica y una extrema destreza épica, Scott trazó en esta novela uno de los más ricos y poderosos retratos del heroísmo romántico, en su «coraje» pero también en su «obstinación».



Walter Scott

Eterna Mortalidad

ePub r1.1

Titivillus 30.01.2018

Título original: *The Tale of Old Mortality*

Walter Scott, 1816

Traducción: Marta Salís

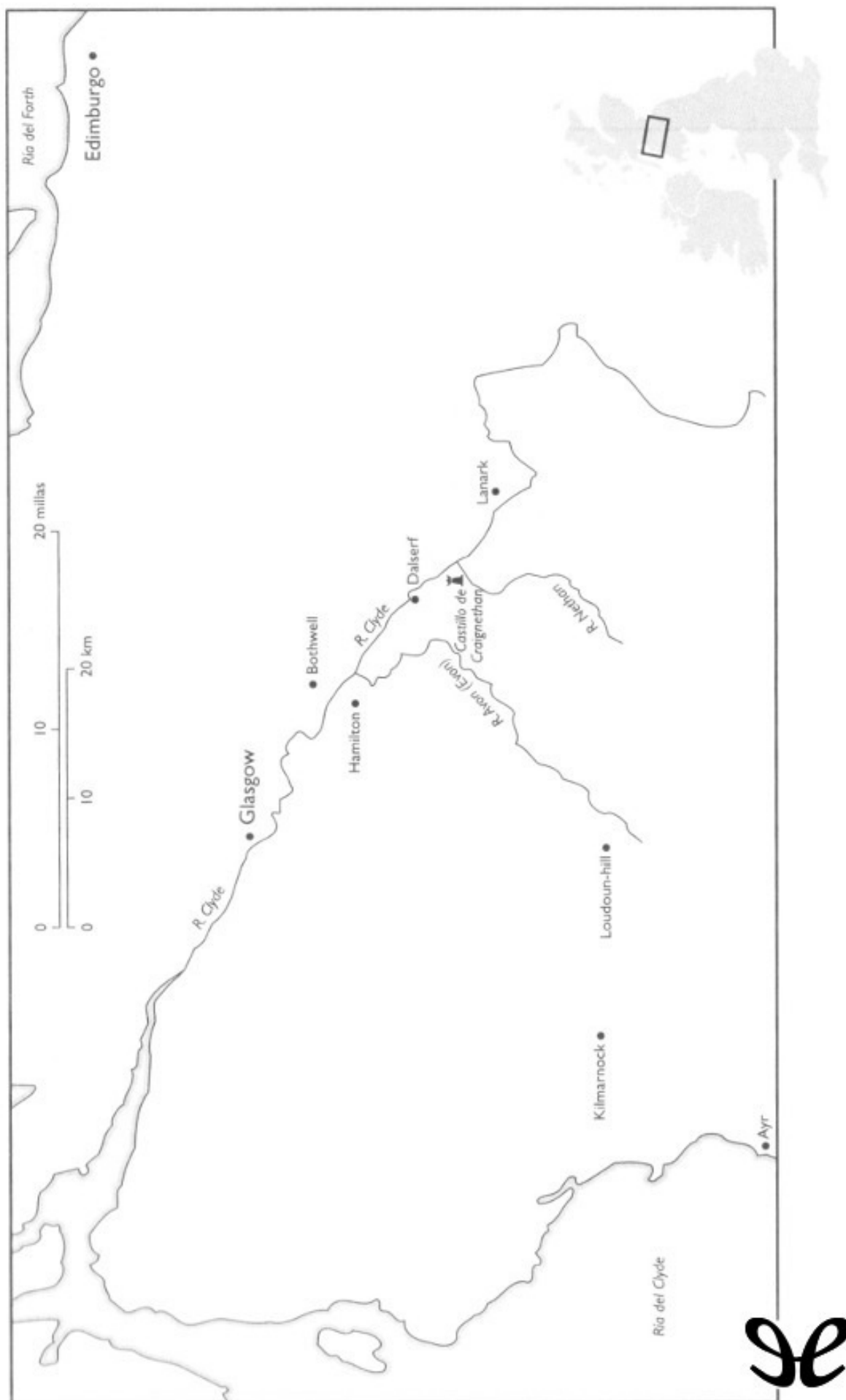
Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Después del gran éxito de su primera novela *Waverley*, publicada anónimamente en 1814, Walter Scott, firmando simplemente como «el autor de *Waverley*», publicó dos novelas más, *Guy Mannering* (1815) y *El anticuario* (1816). También éstas fueron un gran éxito y consolidaron la forma de la novela histórica como género romántico. Pero el autor, que era un prestigioso abogado y podía permitirse cierta reputación como poeta, no podía, en cambio, ser celebrado como novelista, dado que no era ésta una actividad respetable. El anonimato, sin embargo, creó cierto misterio sobre la paternidad de las obras y aumentó la popularidad de éstas, de tal manera que, aprovechando la situación, Scott decidió a partir de entonces, en un arriesgado *tour de force*, «inventarse» otro autor de novelas de tema escocés, un «rival» para «el autor de *Waverley*». Así nacieron los cuatro volúmenes de los llamados *Tales of My Landlord*, publicados a fines de 1816, que contenían dos novelas, *El mano negro* y *Eterna Mortalidad*, y que se atribuían a un maestro de escuela llamado Jedidiah Cleishbotham, el cual presuntamente había editado los relatos recogidos por un antecesor suyo, un tal Peter Pattieson, entre la clientela de la posada de Wallace Inn, en un pueblo en el corazón de Escocia. Este artificio permitía proseguir con el anonimato y sus ventajosos misterios, pero también legitimaba el auténtico origen popular e histórico de las narraciones, según exigía el espíritu romántico. Scott no reconoció la autoría de sus novelas hasta 1827.

Para esta traducción de *Eterna Mortalidad*, se ha seguido el texto de la primera edición, aunque se han añadido algunas notas y un apéndice que el autor incluyó al publicar de nuevo la novela en 1830 en lo que llamó su *Magnum Opus*, edición completa de sus novelas de *Waverley*. Nuestros libros I, II y III corresponden a los libros II, III y IV de la edición original; hemos preferido numerarlos así para evitar la confusión del lector.



Walter Scott sitúa gran parte de la acción de *Eterna Mortalidad* en el verano de 1679. El asesinato del arzobispo de St Andrews en Magus Muir, a manos de un exaltado grupo de whigs, sirvió de detonante para un levantamiento generalizado en la zona y es el punto de partida de una narración en la que el autor describe una Escocia convulsionada por los enfrentamientos religiosos y políticos.

La doctrina calvinista se había extendido con asombrosa rapidez por Escocia a mediados del siglo XVI. Cuando la reina María Estuardo (1542-1587) regresó de Francia en 1560, después de la muerte de su marido Francisco II, encontró un país en el que los nobles presbiterianos se habían hecho con el poder. La debilidad de la corona permitió a la Iglesia reformada adquirir cada vez mayor importancia, mientras el catolicismo se veía relegado a un segundo plano.

La nueva *Kirk* o Iglesia presbiteriana de Escocia rechazaba el gobierno de los obispos (episcopalismo) y ejercía su autoridad a través de unos sínodos de laicos y pastores; esto significaba que los presbíteros dirigían las iglesias, y las asambleas de fieles los ayudaban. Siguiendo las enseñanzas de Calvino (1509-1564), la idea central de su teología era la trascendencia y la soberanía de Dios: la distancia que separa a Dios de los hombres es tan grande que resulta imposible afirmar nada sobre Él, a no ser que Él mismo lo revele; la Biblia es así la única puerta para entrar en el misterio divino. Mientras los seguidores de Lutero concedían mayor importancia al Nuevo Testamento, los de Calvino buscaban la sabiduría divina en el conjunto de las Escrituras. Ello condujo en Escocia a una exaltación del Antiguo Testamento que llegaría a límites insospechados en el siglo XVII, tal como refleja *Eterna Mortalidad*.

Cuando el hijo de María Estuardo, Jacobo VI de Escocia (1567-1625), heredó el trono de Inglaterra a la muerte de Isabel I, trasladó su residencia a Londres, dejando el gobierno de su país en manos del Consejo Privado. A pesar de su educación calvinista, después de «padecer» la libertad democrática de los presbiterianos escoceses, se alegró de encontrar una Iglesia que consideraba al rey como su máxima jerarquía. Inició entonces una política para anglicanizar Escocia, si bien evitó en todo momento un enfrentamiento directo con los nobles presbiterianos. Persiguió duramente, sin embargo, a católicos o papistas y a puritanos, acelerando la huida de estos últimos hacia las colonias de América.

Le sucedió en el trono su hijo Carlos I (1600-1649), quien pretendió imponer a los escoceses, muchos de ellos ardientes presbiterianos, las oraciones y el ritual anglicano. Cuando los obispos intentaron poner en práctica sus ordenanzas, estalló una revolución que duraría desde 1638 hasta 1651. Nobles, burgueses y campesinos firmaron en iglesias, cementerios y en los lugares más insólitos un pacto en el que

prometían fidelidad a la Iglesia presbiteriana. Se trataba del *National League and Covenant* de 1638, un documento largo y difícil, que casi nadie leía antes de firmar. Su lenguaje parecía la llamada de una trompeta a la unidad y a la acción, y a través de sus líneas se percibía una cierta similitud con el Antiguo Testamento; era una nación comprometiéndose hasta el fondo con Dios, estableciendo una relación muy especial con éste. El aspecto religioso pasó así a dominar lo que, en principio, había sido una rebelión dirigida por la aristocracia contra Carlos I y el poder establecido. Entre los presbiterianos escoceses creció el sentimiento de que Dios estaba de su parte; si defendían el *Covenant* emularían a los judíos como pueblo elegido y Dios aseguraría su victoria.

El rey intentó aplastar la rebelión y restaurar su autoridad enviando el ejército inglés al norte, mas éste fue derrotado por los escoceses, mucho mejor preparados. Pero Carlos I tenía también graves problemas con el Parlamento inglés, que había disuelto en 1629 y se vio obligado a convocarlo de nuevo en 1640 (parlamento corto) y en 1641 (parlamento largo) para detener el avance escocés.

El parlamento inglés quiso estrechar sus lazos con los líderes presbiterianos y firmó con ellos el *Solemn League and Covenant* de 1643. En este segundo pacto, se reconocía la futura hegemonía de la Iglesia presbiteriana tanto en Inglaterra como en Irlanda, y se aprobaba la erradicación del papismo en los tres reinos. Asimismo, en un tratado diferente, los escoceses se comprometían a ayudar militarmente al Parlamento en contra del rey, si estallaba la guerra civil.

Los realistas escoceses no tardaron en reaccionar contra la firma de este nuevo *Covenant*. El marqués de Montrose, gobernador del rey en Escocia, dirigió una brillante campaña contra las tropas presbiterianas entre los años 1644 y 1645, antes de ser derrotado en Philiphaugh.

Cuando Carlos I fue acusado de favorecer la rebelión irlandesa por simpatizar con los católicos, el Parlamento endureció su postura y estalló la primera guerra civil. El rey fue derrotado por los escoceses y entregado al Parlamento inglés en 1647, pero su evasión ese mismo año provocó una segunda guerra civil, que acabaría con la victoria de Cromwell.

En 1649, el Parlamento inglés, depurado por los puritanos, condenó a muerte a Carlos I. Su ejecución disgustó profundamente a la Iglesia presbiteriana y a la nobleza escocesa, que, reconciliándose, proclamaron rey a su hijo Carlos II (1630-1685). Cromwell no tardó en declarar la guerra a Escocia y en derrotar a su ejército de realistas y de presbiterianos moderados en Worcester en 1651; el joven monarca, que había aceptado firmar el *Covenant*, huyó al continente y los escoceses se vieron obligados a someterse a las leyes inglesas. Cromwell dirigiría el destino de la nueva república hasta su muerte en 1658.

Una vez restaurada la monarquía de los Estuardo en Inglaterra y Escocia, Carlos II se convirtió en el nuevo rey. Al igual que su padre y su abuelo, prefirió residir en Londres y gobernar Escocia a través del Consejo Privado. Aunque los

escoceses recuperaron cierta autonomía, la influencia inglesa continuó siendo notoria, y el rey pareció olvidar que había firmado el *Covenant* antes de su exilio. En 1662, alrededor de doscientos setenta ministros presbiterianos, la mayoría de ellos de las regiones del oeste, se negaron a reconocer la supremacía de Carlos II y a obedecer a sus obispos, por lo que fueron depuestos de sus cargos y sustituidos por otros tantos pastores episcopalianos. A pesar de eso, muchos de sus fieles continuaron asistiendo a los oficios que celebraban a escondidas en los parajes más solitarios y agrestes, creyéndose los herederos de los *covenanters*. El Consejo Privado intentó acabar con esos conventículos por la fuerza, pero lo único que consiguió fue aumentar el descontento en el oeste; en 1666, los presbiterianos más radicales se levantaron en armas y fueron derrotados por el ejército real en Rullion Green, cuando se dirigían a Edimburgo. Mediante las Indulgencias declaradas en 1669 y 1672, el gobierno intentó convencer a los ministros destituidos para que volvieran a ocupar sus puestos y recuperaran así sus privilegios; sólo noventa de ellos aceptaron las nuevas condiciones. A partir de entonces, se endurecieron las medidas contra los *covenanters*, que se vieron cruelmente hostigados; y los más exaltados empezaron a perpetrar terribles actos de violencia. En mayo de 1679, el asesinato del arzobispo Sharp a manos de un grupo de fanáticos presbiterianos desencadenaría una serie de trágicos sucesos que el autor relata en *Eterna Mortalidad*.

Casi toda la novela transcurre a lo largo del verano de 1679, pero sus últimos capítulos nos trasladan al mismo período de 1689. En esos diez años, el país había experimentado numerosos cambios. A la muerte de Carlos II, su hermano Jacobo VII (1633-1701), convertido al catolicismo, se había hecho famoso por sus sangrientas represiones y por su desprecio del Parlamento, que le ganaron la enemistad del pueblo. La Gloriosa Revolución de 1688-1689 supuso la victoria del protestantismo y del progreso, pues Jacobo VII se vio obligado a exiliarse, y su hija María y su marido Guillermo de Orange accedieron pacíficamente al trono. El reinado de éstos marcó el paso a la monarquía parlamentaria y se caracterizó por la tolerancia religiosa. Los jacobitas continuarían, sin embargo, exigiendo el regreso de los reyes Estuardo en el exilio durante casi cincuenta años.

Eterna Mortalidad no es una obra histórica sino de ficción. Aunque el autor se basa en hechos reales (el asesinato del arzobispo de St Andrews, las batallas de Loudounhill o del Puente de Bothwell), gran parte de la acción jamás tuvo lugar (el asedio de Tillietudlem, por ejemplo). Los tres partidos que dividían la sociedad de la época están magníficamente representados por Burley (presbiteriano extremista), Morton (presbiteriano moderado) y Claverhouse (realista). Tanto el primero como el último están inspirados en personajes reales, pero el autor sólo parece utilizarlos para dar mayor fuerza a su relato, sin preocuparse de respetar fechas ni lugares. Las notas a pie de página tratarán de aclarar esos detalles.

MARÍA SALÍS

Ahora bien, dixo el Cura, traedme, señor huésped, aqueles libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él, y entrando, en su aposento, sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra escritos de mano.

Don Quijote, Parte I, capítulo 32

A SUS AMADOS COMPATRIOTAS

HOMBRES DEL SUR
CABALLEROS DE NORTE
GENTES DEL OESTE
O HABITANTES DEL FIFE.^[1]

ESTAS HISTORIAS

ILUSTRATIVAS DE LAS VIEJAS COSTUMBRES ESCOCESAS
Y
DE LAS TRADICIONES DE SUS DISTINTAS REGIONES

DEDICADAS RESPETUOSAMENTE
POR SU AMIGO Y COMPATRIOTA

JEDIDIAH CLEISHBOTHAM

Libro primero

*Why seeks he with unwearied toil
Through death's dim walks to urge his way;
Reclaim his long-asserted spoil,
And lead oblivion into day?*

LANGHORNE^[1]

La mayoría de los lectores —dice el manuscrito del señor Pattieson^[2]— habrán contemplado con regocijo el alegre alboroto que acompaña la salida de una pequeña escuela en una calurosa tarde de verano. La vitalidad de los niños, reprimida con tanta dificultad durante las tediosas horas de disciplina, parece estallar en ese momento en gritos, canciones y juegos, mientras los pequeños pilluelos se agrupan en el patio y organizan los partidos de la tarde. Mas existe otra persona que siente el mismo alivio que ellos al finalizar las clases, cuyos sentimientos no resultan tan evidentes para el ojo del espectador ni despiertan en él tanta simpatía. Me refiero al maestro, quien, aturdido por el bullicio y acalorado por la escasa ventilación del aula, ha pasado toda la jornada (él solo frente a una multitud hostil) controlando las disputas, estimulando su indiferencia, luchando por iluminar la ignorancia y mitigar la obstinación; sus facultades intelectuales se han visto confundidas tras escuchar la misma estúpida lección más de cien veces a coro, alterada únicamente por las innumerables equivocaciones de los recitadores. Incluso las flores del genio clásico^[3], que tanto satisfacen a su gusto solitario, han ido degradándose en su imaginación, al traer consigo el recuerdo de lágrimas, errores y castigos; de tal modo que las *Églogas* de Virgilio y las *Odas* de Horacio están inseparablemente unidas a la imagen huraña y a la monótona recitación de algún colegial lloroso. Y si añadimos a todo este sufrimiento una constitución física delicada y un espíritu que no se contenta con tiranizar a los niños, el lector podrá fácilmente imaginar el consuelo que un paseo solitario —en el aire fresco de un agradable atardecer de verano— dispensa a una cabeza dolorida y a unos nervios descompuestos tras numerosas horas dedicadas a la ingrata tarea de enseñar.

En mi caso, esas caminatas vespertinas han sido las horas más felices de una vida desgraciada; y si algún amable lector desea continuar leyendo estas reflexiones, quisiera hacerle saber que sólo acudían a mi pensamiento cuando el descanso del

duro trabajo y del griterío, unido a la visión de un apacible paisaje, predisponían mi ánimo para escribir.

Mi lugar predilecto en esas horas de dorado ocio es la orilla de un riachuelo que, serpenteando a través de «un solitario valle de verdes helechos»^[4], pasa por delante de la escuela de Gandercleugh. Durante el primer cuarto de milla, quizá me vea obligado a interrumpir mis meditaciones para devolver el saludo que me dedican, gorra en mano, algunos de esos alumnos rezagados que tratan de pescar truchas u otros pececillos en el pequeño arroyo, o de encontrar juncos y flores silvestres junto a sus orillas. Sin embargo, al ponerse el sol, los jóvenes pescadores no prosiguen sus excursiones más allá de la distancia mencionada. Y la causa de ello es que, ascendiendo por el estrecho valle, en una hondonada que al parecer alguien excavó en la ladera de una escarpada loma cubierta de brezos, existe un cementerio abandonado al que los asustados pequeños temen acercarse en cuanto anochece. Para mí, sin embargo, el lugar tiene un encanto indescriptible. Durante mucho tiempo, ha sido el principal destino de mis paseos y, si mi amable patrón no olvida su promesa, será también (y no creo que falte mucho para ello) el lugar donde descansen mis huesos tras su peregrinaje mortal^[*].

Es un rincón en el que se respira la solemnidad de los cementerios, sin despertar en el visitante sensaciones menos agradables de describir. Lleva tanto tiempo sin que nadie haya hecho uso de él, que un manto de hierba cubre también los escasos montículos que sobresalen en el terreno. Los monumentos funerarios, no más de siete u ocho, se hallan medio hundidos en la tierra, revestidos de musgo. Ninguna sepultura recién erigida perturba la tranquila serenidad de nuestros pensamientos, trayendo a nuestra memoria una desgracia cercana; ningún brote de tupida hierba nos hace recordar que debe su verdor a los fétidos y putrefactos restos humanos que se descomponen bajo ella. Las margaritas que salpican el césped y las campánulas que sobresalen en sus bordes se alimentan de rocío celestial^[5]; y no hay nada en su crecimiento que nos invite a evocar algo vil o nauseabundo. Es cierto que la muerte ha estado allí y que sus huellas aparecen ante nuestros ojos; mas el largo tiempo transcurrido las suaviza y mitiga su horror. Y lo único que parece unirnos a los que duermen bajo nuestros pies es el pensamiento de que una vez ellos también fueron mortales, y de que, al igual que sus restos han pasado a formar parte de la madre tierra, los nuestros, en algún momento futuro, sufrirán idéntica transformación.

No obstante, a pesar de que en la más reciente de esas sencillas tumbas se ha recogido el musgo durante cuatro generaciones, aún se recuerda con veneración a los que allí descansan. Es verdad que en la más importante de ellas, sin duda el monumento itinerario más notable del conjunto para aquellos que se interesen por el mundo antiguo, está grabada la efigie de un valeroso caballero con almófar y una coraza sobre el pecho; el escudo de armas parece haberse ido borrando con el paso del tiempo, y unos leen *Dns. Johan de Hamel*^[6] y otros, *Johan de Lamel*, al descifrar sus desgastadas letras. También es cierto que, según la tradición, un obispo cuyo

nombre resulta ilegible yace enterrado en otra tumba bellamente esculpida, con una cruz rica en ornamentos, una mitra y un báculo pastoral. Por el contrario, en las dos sepulturas situadas junto a él, puede leerse aún —en tosca prosa y rudos versos— la historia de los que fueron allí enterrados. Ellos pertenecieron, tal como asegura el epitafio, a la perseguida secta de presbiterianos que tan tristes sucesos protagonizaron en el reinado de Carlos II y de su sucesor^[*]. Cuando regresaban de la batalla de Pentland Hills^[7], un grupo de insurrectos fue atacado en este estrecho valle por un pequeño destacamento de tropas leales al rey, y tres o cuatro de ellos murieron en la escaramuza o fueron fusilados tras su captura, por tratarse de rebeldes armados. Los campesinos continúan sintiendo por las tumbas de esas víctimas del episcopado un respeto que no parecen inspirarles los más espléndidos mausoleos; y cuando se las enseñan a sus hijos y les narran el cruel destino de aquellos mártires, acaban exhortándolos a defender con su vida, si fuera necesario, la causa de la libertad civil y religiosa, tal como hicieron sus valientes antepasados.

Aunque estoy lejos de venerar la singular doctrina que defienden los seguidores de aquellos hombres, cuya intolerancia y fanatismo son al menos tan notables como su celo religioso, no quisiera tampoco menospreciar el recuerdo de aquellos desgraciados, muchos de los cuales unieron el amor a la independencia de un Hampden con el doloroso fervor de un Hooper o de un Latimer^[8]. Por otra parte, sería injusto olvidar que incluso los que más lucharon por aplastar lo que concebían como el espíritu rebelde e insurrecto de aquellos desdichados caminantes, supieron mostrar, cuando les llegó la hora de sufrir en su propia carne las consecuencias de sus ideas políticas y religiosas, el mismo valeroso y entusiasta celo —teñido en su caso de caballerosa lealtad— de que habían hecho gala sus enemigos empujados por la pasión republicana. A menudo se ha señalado cómo la terquedad con la que parece haber sido moldeado el carácter escocés es una gran ventaja en la adversidad, cuando se vuelve semejante a los sicomoros de sus colinas, que se niegan a crecer torcidos a pesar de la influencia de los vientos imperantes, haciendo brotar sus ramas con la misma audacia en todas direcciones, desafiando las tormentas; árboles que podrán quebrarse, pero que jamás se inclinarán. Debéis comprender que hablo de mis compatriotas tal como se han presentado siempre ante mis ojos. He oído decir que cuando salen de Escocia se vuelven mucho más dóciles. Pero ha llegado el momento de acabar con esta digresión.

Una tarde de verano, mientras me acercaba, en uno de esos paseos que acabo de describir, a aquella solitaria morada de los muertos, me sorprendió percibir un sonido muy diferente del que solía arrullar su soledad: el suave fluir del manantial y los suspiros del viento en las ramas de los tres gigantescos fresnos que señalaban el cementerio. Escuché con claridad los golpes de un martillo, y me asaltó el temor de que estuvieran levantando un muro en el estrecho valle, algo que llevaban mucho tiempo planeando los dos propietarios cuyas tierras dividía mi arroyo favorito, con el fin de cambiar su rectilínea deformidad por el gracioso serpentear de sus límites

naturales^[*]. Al aproximarme, comprobé con alegría que mis temores habían sido infundados. Un anciano estaba sentado sobre el monumento erigido en recuerdo de los presbiterianos asesinados y repasaba afanosamente con un cincel las inscripciones que, anunciando en lenguaje bíblico las promesas de vida eterna con las que los caídos serían premiados, anatematizaban a los asesinos con idéntica violencia. Una gorra azul^[9] de insólitas proporciones cubría los cabellos grises del piadoso trabajador. Llevaba una amplia y anticuada chaqueta de ese basto paño llamado *hoddin-grey*, normalmente empleado por los campesinos más viejos, con chaleco y pantalones del mismo tejido; y toda su ropa, a pesar de estar convenientemente zurcida, indicaba largos años de duro servicio. Unos zapatos remendados y llenos de tachuelas, y unos *gramoches* o *leggings*^[10] de gruesa tela negra completaban su vestimenta. Junto a él, pastaba entre las tumbas un poni, su compañero de viaje, cuya blancura extrema, así como prominentes huesos y hundidos ojos, delataban su ancianidad. Iba enjaezado del modo más simple: un par de correajes, una atadura o ronzal y un *sunk* o cojín de paja en lugar de bridas y silla de montar. Una bolsa de lona colgaba alrededor del cuello del animal, con el propósito, probablemente, de llevar los instrumentos de trabajo del jinete y cualquier otra cosa que tuviera oportunidad de cargar. A pesar de que jamás había visto a aquel hombre, no tuve la menor dificultad en reconocer, por la singularidad de su ocupación y el aspecto de sus pertenencias, al religioso errante del que tan a menudo había oído hablar, y al que, en distintos rincones de Escocia, todos conocían como Eterna Mortalidad^[11].

Dónde había nacido o cuál era su verdadero nombre, es algo que nunca he logrado averiguar; y sólo conozco vagamente las razones que le empujaron a abandonar su hogar y adoptar tan singular forma de vida. Según la creencia popular, había nacido en el condado de Dumfries o de Galloway, y descendía directamente de uno de aquellos defensores del *Covenant*^[12] cuyas hazañas y sufrimientos se habían convertido en el centro de su existencia. Dicen que en el pasado había tenido una pequeña granja en los páramos, pero, ya fuera por culpa de apuros económicos o de una desgracia familiar, hacía mucho tiempo que había dejado esa u otra ocupación. Siguiendo el ejemplo de las Sagradas Escrituras, abandonó casa, hogar, mujer e hijos, y estuvo vagando, según afirman, de un lado a otro sin rumbo fijo hasta el día en que murió, durante un período de casi treinta años.

En ese largo peregrinaje, el ferviente devoto estableció un recorrido que le permitía visitar anualmente las sepulturas de los infortunados *covenanters*^[13] que habían muerto a manos de las espadas enemigas o del verdugo durante el reinado de los dos últimos Estuardo^[14]. Son éstas muy numerosas en el oeste, en los distritos de Ayr, Galloway y Dumfries; pero también pueden encontrarse en otras regiones de Escocia, allí donde los fugitivos lucharon o fueron derrotados, donde fueron ajusticiados por militares o civiles. Sus tumbas suelen estar en parajes deshabitados, en los lejanos páramos o en las tierras salvajes donde los *covenanters* huyeron con el

fin de esconderse. Mas dondequiera que reposaran, Eterna Mortalidad nunca dejaba de visitarlos cuando su recorrido anual le acercaba a ellos. En el escondrijo más recóndito de las montañas, el cazador de aves de los pantanos le había sorprendido con frecuencia arrancando el musgo de las oscuras piedras, repasando con su cincel las inscripciones medio borradas y restaurando los símbolos de la muerte que solían adornar aquellos sencillos monumentos. Una sincera, aunque extravagante, devoción había llevado al anciano a dedicar largos años de su existencia a rendir ese tributo a la memoria de los difuntos soldados de la Iglesia. Tenía el convencimiento de cumplir un deber sagrado mientras arreglaba para la posteridad los deteriorados símbolos del coraje y de los sufrimientos de sus antepasados, pues así creía mantener encendido el faro que guiaría a las generaciones futuras a defender su religión hasta la muerte.

Durante todos aquellos años, el anciano peregrino jamás pareció precisar, ni se sabe que aceptara, ayuda pecuniaria. Es cierto que apenas tenía necesidades, pues dondequiera que llegara encontraba alojamiento en el hogar de un cameroniano^[15] de su secta o de algún otro ferviente religioso. Acostumbraba a devolver la hospitalidad con la que era recibido reparando las lápidas (si existía alguna) de la familia o de los antepasados de su anfitrión. Como se le veía siempre dedicado a su piadosa tarea en el interior de un cementerio, o reclinado sobre alguna solitaria tumba entre los brezos —importunando al chorlito o al grigallo con el sonido de su cincel y de su mazo—, con el viejo poni blanco paciando a su lado, en permanente contacto con los muertos, recibió el apodo de Eterna Mortalidad.

Podría parecer que la naturaleza de un hombre semejante tuviera que estar lejos de ser risueña; sin embargo, sus correligionarios afirmaban que tenía un carácter alegre. Llamaba generación de víboras^[16] a los descendientes de los perseguidores, a todos aquellos que creía culpables de tener los mismos principios que éstos, a cuantos se burlaban de la religión y a veces le insultaban y atacaban. Cuando hablaba con los demás, se mostraba grave y sentencioso, y su expresión reflejaba una gran severidad. Mas dicen que nunca se dejó arrastrar por una pasión violenta, excepto en una ocasión en la que un travieso muchacho que había hecho novillos rompió de una pedrada la nariz del ángel que el anciano se afanaba en restaurar. No soy aficionado a utilizar la vara, a pesar de la máxima de Salomón^[17], que tan impopular habría de hacerlo entre los colegiales; pero creo que hubiera tenido que esforzarme para no odiar a ese niño. Mas debo regresar a las circunstancias que acompañaron mi primer encuentro con tan pintoresco y devoto personaje.

Al acercarme a Eterna Mortalidad, le mostré la consideración que su edad y sus principios merecían, pidiéndole respetuosamente disculpas por interrumpir su labor. El anciano dejó de trabajar con el cincel, se quitó los lentes y los limpió; después de colocarlos nuevamente sobre su nariz, me devolvió el saludo con idéntica cortesía. Animado por su afabilidad, tuve el atrevimiento de preguntarle por aquellos infortunados cuyas sepulturas arreglaba. Hablar sobre las hazañas de los covenanters era lo que más placer podía ocasionarle, de igual modo que ocuparse de sus tumbas

parecía el objetivo de su existencia. Se explayó contándome todo lo que había recopilado sobre sus guerras, sus desgracias, sus vidas errantes. Se identificaba de tal modo con sus sentimientos y opiniones, y describía con tanto realismo los sucesos ocurridos, que parecía haber sido uno de sus contemporáneos, y testigo de los episodios que relataba.

—Nosotros —afirmó en tono exaltado— somos los verdaderos *whigs*^[18]. Los hombres alejados de la espiritualidad han adoptado tan victorioso nombre siguiendo el ejemplo de aquel cuyo reino es de este mundo^[19]. Pero ¿cuál de ellos sería capaz de estar seis horas sentado en la ladera de una húmeda colina para escuchar un piadoso sermón? Estoy convencido de que una sola hora bastaría para cansarlos. Y no son mejores que los que tuvieron la deshonra de convertirse en *tories*^[20] sedientos de sangre. Todos ellos egoístas, ávidos de riqueza y de poder, dominados por las ambiciones mundanas, olvidando los padecimientos y las hazañas de los valerosos hombres que estuvieron en la brecha el día de la gran ira^[21]. No es de extrañar que temieran ver cumplidas las afirmaciones del respetable señor Peden^[22] (ese admirable siervo del señor que no pronunció una sola palabra que no fuera verdad): que los franceses^[23] invadirían los Glens de Ayr y los Kenns de Galloway^[24], tal como hicieron los hombres de las Tierras Altas en 1678. Y ahora empuñan arco y jabalina^[25], cuando deberían llevar luto por una tierra llena de pecados y un Covenant roto.

Tranquilité al anciano no contradiciendo sus extravagantes opiniones y, deseoso de prolongar mi conversación con tan singular personaje, le rogué que aceptase la hospitalidad que el señor Cleishbotham estaba siempre dispuesto a ofrecer a cuantos lo necesitaran. Al dirigirnos hacia la casa del maestro, hicimos un alto en el Wallace Inn, donde tenía la certeza de que encontraría a mi patrón a aquellas horas de la noche. Tras un cortés intercambio de saludos, Eterna Mortalidad aceptó, no sin cierta dificultad, beber un vaso de licor con su anfitrión, siempre que le permitiera hacer un brindis que tardó casi cinco minutos en expresar; fue entonces cuando, quitándose el sombrero y levantando la mirada, bebió por el sagrado recuerdo de aquellos héroes de la Iglesia presbiteriana, los primeros en enarbolar su estandarte sobre las montañas. Puesto que nada hubiera podido persuadirle de beber una segunda copa, mi patrón le acompañó a casa y le condujo hasta el aposento del profeta^[26], tal como le complacía llamar a la pequeña alcoba donde se encontraba el único lecho desocupado que con frecuencia se convertía en el refugio de algún pobre viajero^[*].

Al día siguiente, me despedí de Eterna Mortalidad, quien parecía conmovido por la desacostumbrada cortesía con que le había tratado y la atención que había prestado a sus palabras.

—Que el Señor os bendiga, joven —dijo cogiendo mi mano, tras montarse con dificultad en el viejo poni blanco—. Mis horas son tantas como las espigas de la última siega, y vos estáis aún en la primavera de la vida; sin embargo, es posible que

entréis en el granero de la muerte antes que yo, pues su hoz corta con el mismo afán los frutos verdes que los maduros, y el color de vuestras mejillas, al igual que el capullo de una rosa, esconde el gusano de la corrupción^[27]. Por esa razón, debéis trabajar como si no supierais cuándo os llamará vuestro señor^[28]. Y si el destino vuelve a traerme a este lugar cuando os hayáis ido para siempre, con estas viejas y arrugadas manos colocaré una lápida conmemorativa, con el fin de que vuestro recuerdo perdure en la memoria de los hombres.

Agradecí a Eterna Mortalidad sus amables intenciones, y suspiré más resignado que afligido, pensando que no tardaría en necesitar de sus buenos servicios. Sin embargo, a pesar de que no se equivocó al suponer que mi vida sería breve, sobrestimó la duración de su propio peregrinaje por la tierra. Hace ya algunos años que no acude a los rincones que tanto le gustaba visitar, mientras el musgo, el liquen y el pelaje de los venados van cubriendo las piedras que tantas horas de su vida dedicó a limpiar. A comienzos de este siglo, lo encontraron moribundo en la carretera cercana a Lockerby, en Dumfries-shire. Junto a él, estaba el viejo poni blanco, compañero inseparable de su vida errante. El dinero que llevaba encima le permitió tener un entierro digno, lo que demuestra que ni la violencia ni la necesidad adelantaron su muerte. La gente sencilla continúa recordando su figura con profundo respeto; y muchos opinan que las lápidas que reparó jamás volverán a necesitar el cincel. Incluso llegan a afirmar que, desde la muerte de Eterna Mortalidad, en los sepulcros donde quedó grabado para siempre cómo habían sido asesinados aquellos desgraciados mártires, los nombres continúan claramente legibles, mientras que en los de sus perseguidores las inscripciones se han borrado. No es necesario aclarar que tan sólo se trata de una fantasía pues, desde los tiempos de aquel fervoroso peregrino, las sepulturas que tanto se esmeró en cuidar han ido desmoronándose hasta convertirse en ruinas, al igual que el resto de los monumentos conmemorativos en la tierra.

Mis lectores deben comprender que, al incorporar a mi narración muchas de las anécdotas que tuve la suerte de escuchar de labios de Eterna Mortalidad, no he pretendido adoptar su estilo, ni reflejar sus opiniones, ni dar su versión de los hechos, pues no hay duda de que los prejuicios del anciano cameroniano habían deformado lo sucedido. He intentado corregir o verificar cuanto me relató acudiendo a las verdaderas fuentes de la tradición, facilitadas por representantes de las dos facciones enemigas.

En el bando de los presbiterianos, he consultado en las regiones del oeste con todos los granjeros de los páramos que durante la última reforma agraria^[29], gracias a la bondad de sus terratenientes, pudieron retener la propiedad de los pastos donde sus abuelos apacentaban rebaños y manadas. Reconozco haberme dado cuenta, últimamente, de que era una fuente de información limitada. Por ese motivo, he recurrido a la ayuda suplementaria de aquellos humildes vendedores ambulantes, a quienes nuestros antepasados, con escrupulosa cortesía, denominaban viajeros de

comercio, y a quienes nosotros, deseando complacer con ello los sentimientos de nuestros vecinos más prósperos, llamamos mercachifles o buhoneros. Estoy en deuda con los tejedores que viajan con la esperanza de deshacerse de las telas confeccionadas durante el invierno y, sobre todo, con los sastres^[30] que, debido a su profesión sedentaria y a la costumbre de residir temporalmente en las familias que los emplean, son dueños de un exhaustivo repertorio de tradiciones rurales; ellos me explicaron muchas de las historias de Eterna Mortalidad, conservando tanto su sabor como su espíritu.

Resultó más difícil encontrar datos que me permitieran corregir el tono de parcialidad que, ostensiblemente, deformaba sus relatos, con el fin de presentar un retrato ecuánime de aquel triste período y hacer justicia, al mismo tiempo, a los méritos de las dos facciones enfrentadas. Sin embargo, he podido contrastar las historias de Eterna Mortalidad y de sus amigos cameronianos, gracias a la información proporcionada por más de un descendiente de aquellas antiguas y respetables familias que, a pesar de haber perdido toda su grandeza, siguen contemplando con orgullo la época en la que sus antepasados lucharon y murieron defendiendo la casa de los Estuardo en el exilio. Incluso puedo enorgullecerme de haber contado con la ayuda de algún reverendo padre; pues más de un seguidor de aquellos obispos episcopalianos que rehusaron prestar juramento de lealtad al gobierno tras la Revolución^[31], y cuya autoridad y riquezas se vieron todo lo mermadas que podría haber deseado el mayor enemigo del episcopado, se dignó modificar los hechos que me habían relatado, mientras compartíamos la humilde comida del Wallace Inn.

Por otra parte, más de uno de nuestros terratenientes, aunque se encojan de hombros, es incapaz de avergonzarse de que sus antepasados sirvieran en los escuadrones de Earlshall o de Claverhouse^[32]. He logrado recopilar una valiosa información con la ayuda de los guardabosques de esos caballeros, ya que este puesto suele ser hereditario en sus familias.

No creo que nadie pueda culparme de haber pretendido insultar o cometer alguna injusticia con uno u otro bando, al describir el enfrentamiento al que les condujeron sus ideas, así como las cosas buenas y malas que cada uno de ellos defendía. Si el recuerdo de viejas heridas, de lealtades a toda prueba y del desprecio y odio de sus adversarios ocasionó severidad y tiranía en uno de los lados, difícilmente podrá negarse que, si bien el celo de la casa del Señor no consumió^[33] por completo la causa de los *conventiclers*^[34], cuando menos devoró, siguiendo la frase de Dryden^[35], una buena parte de su lealtad, sensatez y educación. Podemos estar seguros de que las almas de los valientes y leales hombres que lucharon en ambos lados hace mucho tiempo que contemplan con asombro y con dolor los injustos motivos que les empujaron a odiarse y a enfrentarse en este oscuro valle de sangre y lágrimas. ¡Dejemos que descansen en paz! Sigamos el ejemplo de la heroína de la

única tragedia escocesa^[36] cuando suplica a su señor que olvide los errores de su difunto padre,

O, rake not up the ashes of our fathers!
Implacable resentment was their crime,
And grievous has the expiation been.^[37]

*Summon an hundred horse by break of day
To wait our pleasure at the castle gates.*

Douglas^[1]

Durante el reinado de los últimos Estuardo, el gobierno quiso hacer cuanto estuviera en su mano para moderar aquel rigor puritano que había constituido el principal distintivo de los republicanos, así como para resucitar las viejas instituciones feudales que unían el vasallo a su señor, y ambos a la corona. Las autoridades reunían al pueblo con frecuencia para celebrar torneos y festejos. La medida resultó, cuando menos, imprudente; pues, tal como suele ocurrir en situaciones parecidas, las conciencias que en un principio se limitaban a observar las reglas con cierto cuidado, en lugar de dejarse vencer por el miedo al poder establecido, vieron fortalecidas sus creencias. Y los jóvenes de ambos sexos, para quienes la flauta y el tambor en Inglaterra, o la gaita en Escocia, hubieran sido por sí solos una tentación irresistible, eligieron servirse de esos instrumentos como desafío, con el arrogante convencimiento de enfrentarse así a un Decreto del Consejo^[2]. Obligar a los hombres a bailar y a divertirse es algo que la autoridad casi nunca ha conseguido, ni siquiera a bordo de los barcos de esclavos, donde antaño trataban de inducir a los infortunados prisioneros a mover brazos y piernas para activar su circulación durante los escasos minutos en que los dejaban salir a tomar el aire en cubierta. Cuanto más deseaba el gobierno moderar la rígida severidad de los calvinistas, más se acentuaba ésta. Una observancia judaica del *Sabbath*^[3], una rígida condena de cualquier pasatiempo o diversión, así como de la irreverente costumbre de bailar promiscuamente hombres y mujeres juntos en la misma reunión (pues supongo que considerarían el ejercicio inofensivo si los jóvenes lo hacían por separado), distinguía a aquellos que se consideraban más santos de lo ordinario. Desaprobaban con todas sus fuerzas incluso los ancestrales *wappenschaws*, tal como eran conocidos los encuentros militares que obligaban a los vasallos del rey a aparecer con todos los hombres y armaduras que tuvieran en su feudo, si no querían ser duramente castigados. Los covenanters eran quienes más detestaban aquellas reuniones, pues tanto los gobernadores como los alguaciles del rey, a los que debían obediencia, tenían orden de no escatimar esfuerzos para hacer agradables a los jóvenes convocados tanto los ejercicios militares de la mañana como los torneos que normalmente se celebraban antes de que finalizara la jornada, lo que sin duda tendría gran atractivo para ellos. Por ese motivo,

los predicadores y prosélitos de los más rígidos presbiterianos hacían todo lo posible por impedir la asistencia a esas reuniones —previniendo, censurando, imponiendo su autoridad—, conscientes de que con ello reducían tanto la fuerza aparente como real del gobierno, refrenando la expansión de ese *esprit de corps*^[4] que en seguida une a los jóvenes habituados a medirse en competiciones deportivas o ejercicios militares. Así pues, trataban con todas sus fuerzas de impedir que asistieran los que tenían alguna excusa para no hacerlo y se mostraban especialmente severos con aquellos de sus seguidores que se unían a los que contemplaban el espectáculo por curiosidad, o participaban en los juegos y torneos por amor al ejercicio físico. Sin embargo, a pesar de ello, los hombres que se habían adherido a su doctrina no podían siempre obedecerlos. La ley era inflexible; y el Consejo Privado, que administraba el poder ejecutivo en Escocia, se mostraba implacable a la hora de castigar a los vasallos de la corona que no comparecían en los *wappenschaws* que se celebraban periódicamente. Los terratenientes eran obligados, por ello, a enviar a sus hijos, arrendatarios y vasallos, hasta cubrir el número asignado de hombres, caballos y lanzas; y a menudo ocurría que, aunque sus mayores les ordenaban regresar tan pronto como la inspección oficial hubiese terminado, los jóvenes, una vez armados, eran incapaces de resistir la tentación de participar en los torneos que seguían a los desfiles o de soslayar las oraciones que con motivo de los festejos se leían en las iglesias; de ese modo, en opinión de sus afligidos padres, no se guardaban del anatema^[5], que es una abominación a los ojos del Señor^[6].

El cinco de mayo de 1679^[7], fecha en la que da comienzo nuestro relato, el alguacil del condado de Lanark celebraba el *wappenschaw* de una agreste región, el Alto Distrito de Clydesdale, en una explanada a orillas de un río, cerca de una propiedad —cedida directamente por el rey a su dueño—, cuyo nombre carece de importancia para mi historia. Una vez pasada revista y realizado el oportuno informe, los jóvenes, tal como solían hacer, se dispusieron a participar en diversos torneos; el más famoso de ellos era el tiro al papagayo, un viejo juego que en otros tiempos se realizaba con arco y, en aquel entonces, con armas de fuego. Se trataba de una figura con forma de pájaro, recubierta de plumas de distintos colores, con el fin de parecerse a un loro o papagayo, que, colgado de un poste, servía de diana a los concursantes; éstos debían descargar sus fusiles o carabinas por riguroso orden, a una distancia de sesenta o setenta pasos. El que lograba derribar el pájaro ostentaba el glorioso título de capitán Papagayo durante el resto de la jornada, y solía ser escoltado triunfalmente hasta la taberna más popular de los alrededores, donde, bajo sus auspicios, se clausuraban con alegría y buen humor los festejos del día.

Como es de suponer, las damas de la región se reunían para contemplar la audaz contienda, con la excepción de las que defendían los rígidos principios del puritanismo, que hubieran juzgado pecaminoso presenciar las sacrílegas diversiones de los malignos. En aquellos sencillos días aún no existían landós, calesas o tálburis. El gobernador del condado (un personaje de rango ducal) era el único que reclamaba

la magnificencia de un carruaje, un extraño vehículo cubierto de desvaídos dorados y de relieves, imitando un tosco dibujo del arca de Noé, arrastrado por ocho yeguas de Flandes de larga cola, y con capacidad para ocho personas en el interior, y seis, en el exterior. Dentro iban sus señorías en persona, dos damas de compañía, dos niños, un capellán, encajado en una especie de hueco lateral en el saliente de la portezuela — rincón al que todos llamaban, por su forma, la bota—, y un caballerizo de su excelencia, cómodamente instalado frente a él. Un cochero y tres postillones con peluca, cortas espadas al cinto, trabucos a la espalda y pistolas en los arzones delanteros, conducían aquel armatoste y a sus ocupantes. En el estribo, detrás de la mansión móvil, se encontraban, o mejor dicho colgaban, en triple hilera, seis lacayos con elegantes libreas, armados hasta los dientes. El resto de los nobles y burgueses, hombres y mujeres, iban a caballo seguidos de sus criados; pero lo cierto es que la comitiva, por las razones anteriormente señaladas, era más selecta que numerosa.

Cerca del enorme carruaje de cuero que hemos intentado describir, reivindicando su primacía sobre los señores del condado que no tenían ningún título nobiliario, podía verse el sobrio palafrén de lady Margaret Bellenden, portando encima la figura erguida y anticuada de la dama, ataviada con los mismos ropajes de luto que la infortunada señora jamás había dejado de vestir desde que su marido fuera ejecutado por adherirse a la causa de Montrose^[8].

Su nieta y único familiar a su cuidado, la rubia Edith, la joven más hermosa del Alto Distrito, aparecía al lado de la anciana como la Primavera junto al Invierno. Su pequeño caballo español, que guiaba con enorme elegancia, su vistoso traje de montar y su silla guarnecida con encajes, habían sido cuidadosamente elegidos para resaltar su belleza. Pero los abundantes rizos que escapaban de su sombrero —a los que sólo un lazo verde impedía caer caprichosamente sobre sus hombros—, y las facciones, suaves y delicadas, si bien no exentas de alegre coquetería —evitando así que su dulzura pareciera insípida, tal como ocurre con algunas beldades rubias y de ojos azules—, despertaban más la admiración de los jóvenes venidos del oeste que la magnificencia de sus avíos o el porte de su palafrén. La servidumbre que acompañaba a las dos distinguidas damas era menos numerosa de lo que correspondería a su rango y a las costumbres de la época, pues consistía únicamente en dos criados a caballo. Lo cierto es que la anciana señora se había visto obligada a convertir a todos sus domésticos en soldados para cubrir la cuota de hombres que su baronía debía aportar a aquellas paradas militares, ya que su orgullo le impedía no estar a la altura de las circunstancias. El viejo administrador que, con casco de acero y botas militares, dirigía la formación, afirmaba haber sudado sangre y lágrimas tratando de dominar los celos y evasivas de los granjeros de los páramos, quienes debían proporcionar los hombres, caballos y arreos en tales ocasiones. Sus disputas habían estado a punto de convertirse en una declaración abierta de hostilidades; el indignado episcopaliano presagiaba males terribles a los recusantes y recibía a cambio la amenaza de excomunión de los calvinistas. ¿Y qué podía hacerse? Castigar a los obstinados

terratenientes habría sido fácil. El Consejo Privado se hubiera apresurado a imponer sanciones y hubiese enviado un destacamento para llevárselos. Pero esto habría sido como meter al cazador y a su jauría en el jardín para matar la liebre.

«Porque los muchachos —pensaba Harrison— apenas tienen suficiente para vivir, y si yo aviso a los casacas rojas y éstos les quitan sus escasas pertenencias, ¿cómo va a conseguir mi excelentísima señora que le paguen sus rentas en Candlemas^[9], con lo difícil que resulta lograrlo incluso cuando las cosas van bien?».

Por ese motivo, había decidido armar al muchacho que cuidaba el corral, al cetrero, al lacayo y al labrador de la granja, así como a un viejo mayordomo borracho que había peleado junto al difunto sir Richard a las órdenes de Montrose y que todas las noches asombraba a la familia relatando sus hazañas en Kilsythe y Tippermoor^[10], sin duda el único hombre del grupo que mostraba un poco de entusiasmo por la misión. De ese modo, reclutando a uno o dos cazadores y pescadores furtivos latitudinarios^[11], el señor Harrison había logrado completar la cuota de hombres que debía presentar lady Margaret Bellenden, beneficiaría de por vida de la baronía de Tillietudlem y de otras tierras. Sin embargo, cuando en la mañana de aquel accidentado día, el administrador reunía a su *troupe dorée* ante la torre, había visto aparecer a la madre de Cuddie, el labriego, con las botas de campaña, la chaqueta de ante y los demás pertrechos repartidos para la ocasión, que amontonó en el suelo junto a él, mientras le aseguraba solemnemente que, no sabía si debido a un cólico o a algún remordimiento de conciencia, Cuddie había pasado una noche terrible, y no parecía que hubiera amanecido mejor. Según afirmó, se trataba de una señal divina, por lo que su hijo no los acompañaría en aquella misión. Penas, castigos y amenazas de despido resultaron en vano; la madre era testaruda y Cuddie, que fue sometido a un minucioso examen para verificar su estado de salud, sólo pudo, o quiso, contestar con profundos gemidos. Mause, que había sido una antigua criada de la familia, era muy apreciada por su ama y se jactaba de ello. Lady Margaret había partido ya, así que resultaba imposible apelar a su autoridad. En medio de aquel dilema, al viejo mayordomo se le ocurrió hacer una sugerencia:

—He visto a más de un buen muchacho, menor que Gibbie el de los Gansos, luchar valerosamente junto a Montrose. ¿Por qué no le llevamos con nosotros?

Se refería a un muchacho de pocas luces, muy pequeño de estatura, que ayudaba a la anciana de las gallinas en el corral; pues en las mansiones escocesas de la época estaba siempre resuelta la suplencia en el trabajo. Hicieron venir, pues, al chiquillo desde la rastrojera, y se apresuraron a cubrirle con la chaqueta de ante y a ceñirle la espada de un adulto, con sus diminutas piernas hundidas en las botas militares y un casco de acero sobre la cabeza; y parecía como si todas aquellas cosas descomunales fueran a hacerle desaparecer. Así equipado, fue izado a lomos del caballo más manso del grupo, atendiendo a sus angustiadas indicaciones; y ayudado por el viejo Gudyill, el mayordomo, que le precedía, pasó la revista de la mañana sin demasiados contratiempos. Lo cierto es que el alguacil no tenía la menor intención de

inspeccionar a fondo a los soldados de una dama tan leal como lady Margaret Bellenden.

Todo lo anterior explica por qué la noble señora llevaba aquel memorable día sólo un séquito de dos lacayos. En cualquier otra ocasión, se habría sentido avergonzada de comparecer así públicamente, pero estaba dispuesta a realizar cualquier sacrificio por la causa realista. Había perdido a su marido y a dos prometedores hijos en las guerras civiles de aquel triste período; mas había recibido su recompensa, pues, cuando se dirigía hacia el oeste de Escocia para enfrentarse a Cromwell en el funesto campo de batalla de Worcester^[12], Carlos II había desayunado en la Torre de Tillietudlem, acontecimiento que marcó la vida de lady Margaret, quien desde entonces rara vez desayunaba, ya fuera en su hogar o lejos de él, sin relatar con todo detalle las circunstancias que acompañaron la visita real, sin olvidar los besos que Su Majestad estampó en sus mejillas, aunque a veces omitiera añadir que había concedido parejo honor a dos rollizas doncellas, convertidas en damas de compañía para la ocasión.

Aquella demostración del favor real fue decisiva; si lady Margaret no hubiera sido ya una realista convencida, por su elevado linaje, por su educación y por el odio que sentía hacia el bando enemigo, culpable de su terrible desgracia familiar, el hecho de haber ofrecido un desayuno a Su Majestad, y de haber recibido a cambio su amable saludo, habrían sido honores más que suficientes para unirla de por vida a la suerte de los Estuardo. Es cierto que éstos vivían ahora momentos de triunfo, pero lady Margaret había permanecido a su lado en tiempos más difíciles y estaba dispuesta a padecer de nuevo las mismas adversidades si la balanza volvía a inclinarse en su contra. Contemplar ahora el despliegue de las tropas dispuestas a correr en apoyo de la corona era una fuente de satisfacción para ella, y le hacía olvidar, en la medida de lo posible, la humillación que le suponía la torpeza de sus propios siervos.

Su señoría intercambió numerosas frases de cortesía con los miembros de las viejas familias leales que llegaban a pie, y que sin duda sentían veneración por ella; y durante el desfile, no hubo ni un solo joven distinguido que, al pasar junto a ella y su nieta, no irguiera más su figura en la montura, y espoleara al caballo para exhibir su dominio sobre éste y detenerlo airoosamente ante los ojos de la señorita Edith Bellenden. Pero aquellos caballeros de noble origen e indudable lealtad no llamaban más su atención de lo que exigían las mínimas leyes de la cortesía; y la joven no mostraba sino indiferencia ante los cumplidos que le dirigían, la mayoría de los cuales le desagradaban, a pesar de estar inspirados en las tediosas e interminables novelas de Calprenède y Scuderi^[13] —espejo frente al que los jóvenes de aquel entonces gustaban de engalanarse—, antes de que la Locura hubiera arrojado el lastre por la borda y hubiese convertido sus mejores navíos, como las novelas de Ciro, Cleopatra y otras semejantes, en pequeñas embarcaciones de tan poco calado o, para hablar lisa y llanamente, empleando tan poco tiempo como la diminuta chalupa en la

que el amable lector se ha dignado embarcar. El destino había dispuesto, sin embargo, que la señorita Bellenden no continuara mostrando tanta frialdad al final de la jornada.

*Horseman and horse confessed the bitter pang,
And arms and warrior fell with heavy clang.*

Pleasures of Hope^[1]

Una vez pasada revista a la tropa sin incidentes, a pesar de la torpeza de hombres y caballos, un fuerte grito anunció el comienzo del juego del papagayo que hemos descrito anteriormente. El mástil o poste, a cierta distancia de la señal establecida, fue izado entre los vítores de la multitud; e incluso los más humildes, que habían contemplado el desfile de la milicia feudal con una maliciosa y sarcástica sonrisa, debido a su animadversión a la causa real a la que supuestamente se hallaban incorporados, no podían evitar sentirse atraídos por la contienda que se avecinaba. Se dirigían en tropel hacia el lugar señalado, y criticaban a los concursantes a medida que, de uno en uno, se aproximaban al punto de tiro, disparaban sus armas y veían recompensada su buena o mala puntería con las carcajadas o los aplausos de los espectadores. Sin embargo, cuando un esbelto joven, ataviado con gran sencillez aunque no exento de distinción —capa color verde oscuro echada sobre los hombros, gorguera de encaje y sombrero de plumas—, se acercó con un mosquete en la mano, un murmullo de interés se dejó sentir entre los asistentes; mas no resultó fácil descubrir si éste era o no de aprobación del joven aventurero.

—¡Dios mío! ¡Ver al hijo de su padre desobedeciendo así las leyes del Señor! —exclamó el más anciano y estricto de los puritanos, a los que la curiosidad, superando con creces la intransigencia, había conducido hasta la explanada donde se celebraba la prueba.

Pero la mayoría de sus correligionarios contemplaban alegremente la lucha, con la esperanza de que triunfara el hijo de uno de los difuntos jefes presbiterianos, y sin juzgar con demasiado rigor el hecho de que compitiera por aquel trofeo.

Sus deseos se vieron recompensados. Con el primer disparo, el aventurero de verde alcanzó al papagayo y dejó en él la primera marca visible de la jornada, aunque eran muchas las balas que habían pasado rozándolo. El público aplaudió enfervorizado. Mas la victoria no era definitiva, pues todos aquellos que le seguían debían tener, asimismo, su oportunidad; y los que hicieran blanco en la diana continuarían luchando entre sí, hasta que alguien demostrase una indudable superioridad. Sólo dos personas más alcanzaron el papagayo. El primero fue un joven humilde y de constitución robusta, que tenía el rostro escondido bajo la capucha de su

manto gris; el segundo, un apuesto jinete, ataviado con esmero y elegancia para la ocasión. Había estado junto a lady Margaret y la señorita Bellenden desde el final del desfile, y había abandonado su compañía con aire despreocupado cuando la primera de ellas preguntó si no existía un caballero de familia y principios leales al rey dispuesto a enfrentarse a aquellos jóvenes. En unos segundos, el joven lord Evandale se apeó del caballo, tomó prestada el arma de un criado y, tal como hemos relatado, dio en la diana. Grande fue el interés que despertó la pugna entre los tres afortunados candidatos. El suntuoso carruaje del duque fue puesto en marcha, no sin cierta dificultad, y conducido hacia el punto de tiro. Todos los jinetes, hombres y mujeres, obligaron a sus caballos a girar las cabezas en la misma dirección, y no hubo una sola mirada que no estuviera pendiente del resultado de aquella prueba de destreza.

La cortesía exigía que en la segunda vuelta los contendientes echaran a suertes el orden en que debían disparar. El primer puesto correspondió al joven plebeyo, quien, preparándose para ocupar su lugar, se quitó la capucha de su sencillo rostro de aldeano.

—Veréis, señor Harry —dijo al caballero de verde—; cualquier otro día os dejaría ganar, pero Jenny Dennison nos está mirando, así que tengo que hacerlo lo mejor posible.

Apuntó en dirección al blanco, y el proyectil pasó silbando tan cerca del papagayo, que éste pareció estremecerse. Con todo, había errado el tiro, por lo que se retiró de la competición con aire abatido, mientras se apresuraba a desaparecer entre la muchedumbre, como si temiera que le reconociesen. Llegó entonces el turno del joven vestido de verde, quien hizo diana por segunda vez. Los espectadores le aclamaron.

—¡La vieja causa jamás morirá! —vociferaron algunos desde el fondo de la concurrencia.

Mientras las autoridades fruncían las cejas al oír los gritos de júbilo de sus enemigos, el joven lord Evandale disparó una vez más con éxito. La parte más aristocrática del público celebró su triunfo con vítores y aplausos, pero aún debía celebrarse una tercera vuelta.

Su adversario, como si quisiera terminar cuanto antes la contienda, cogió el caballo que le sujetaba un compañero y, después de comprobar la seguridad de las cinchas y la colocación de la silla, se subió en él de un salto. Pidiendo paso entre los asistentes, espoleó al animal y se dirigió al lugar desde el que debía disparar; una vez allí, soltó las riendas, giró su cuerpo sobre la silla, descargó la carabina y derribó al papagayo. Lord Evandale imitó su ejemplo, a pesar de que a su alrededor muchos afirmaban que aquélla era una novedad que no tenía obligación de seguir. Pero su destreza no era tan grande o su caballo estaba peor entrenado. El noble bruto se movió con brusquedad en el momento en que su dueño disparaba, y éste erró el tiro. Y todos los que se habían maravillado ante la habilidad de su rival, quedaron igualmente complacidos por su cortesía, pues el joven rechazó la validez del último

tiro y propuso reanudar la competición a pie.

—Preferiría continuar a caballo si éste estuviera tan bien pertrechado y entrenado como el vuestro —dijo lord Evandale a su contrincante.

—¿Me concederíais el honor de llevar mi cabalgadura en la próxima prueba, dejándome a cambio la vuestra? —preguntó el joven.

Lord Evandale se sintió avergonzado de aceptar su amable oferta, consciente de que restaría valor a la victoria; mas su deseo de recuperar la fama de buen tirador era demasiado intenso.

—Aunque renuncio a proclamarme vencedor —exclamó con cierto desdén—, si no tenéis nada que objetar, de buen grado aceptaré vuestro amable ofrecimiento y cambiaré de caballo con vos, a fin de realizar un disparo por mi dama.

Mientras decía esas palabras, clavó sus ojos con descaro en la señorita Bellenden; y según la tradición, la mirada de su adversario también se dirigió hacia ella, aunque de forma más discreta. El último tiro del joven lord constituyó un nuevo fracaso, y a duras penas logró mantener el arrogante tono de indiferencia que había adoptado hasta el momento. Sin embargo, consciente de lo ridículo que resulta el resentimiento en los perdedores, devolvió a su rival el caballo desde el que había realizado tan desafortunado disparo, recibiendo el suyo a cambio, y le agradeció haberle ayudado a recuperar la buena opinión que siempre había tenido de su montura favorita; pues había corrido el grave peligro de acusar al pobre animal de algo de lo que sólo él era culpable. Y tras pronunciar ese discurso con falsa indiferencia, tratando de enmascarar la rabia que sentía, subió a lomos de su caballo y se alejó.

Tal como suele ocurrir, después de tan clara derrota, incluso aquellos que hubieran preferido ver triunfar a lord Evandale dirigieron aplausos y ovaciones a su victorioso rival.

—¿Quién es? ¿Cuál es su nombre? —corrió de boca en boca entre los nobles presentes, pues casi nadie creía haber visto antes al joven.

Cuando se hizo pública su identidad, al ver que se trataba de alguien que toda persona importante debía conocer, cuatro amigos del duque, con la misma obediencia que el pobre Malvolio atribuye a su imaginario séquito^[2], llevaron al triunfador hasta su presencia. Mientras lo conducían victorioso entre la muchedumbre, abrumándole con sus cumplidos, el joven pasó casualmente por delante de lady Margaret y de su nieta. El capitán Papagayo y la señorita Bellenden se ruborizaron intensamente, al tiempo que la muchacha devolvía el cortés saludo del primero con una tímida reverencia.

—De modo que conocéis a ese caballero, ¿no es así? —inquirió lady Margaret.

—Lo... lo he visto en casa de mi tío, señora; y de vez en cuando en algún otro lugar —balbució Edith Bellenden.

—He oído decir que el valiente joven es sobrino del anciano Milnewood —dijo su abuela.

—E hijo del difunto coronel Morton de Milnewood, que dirigió con enorme valor

un regimiento de caballería en las batallas de Dunbar y de Inverkeithing^[3] —aseguró un noble que cabalgaba junto a lady Margaret.

—Y que anteriormente había luchado junto a los covenanters, en Marston-Moor y en Philiphaugh^[4] —se apresuró a añadir la dama, suspirando al tiempo que pronunciaba esa funesta palabra que siempre traía a su memoria la muerte de su esposo.

—Estáis en lo cierto, señora —exclamó su vecino con una sonrisa—, pero todo eso pertenece al pasado.

—Sería mejor que ese joven no lo olvidara, Gilbertscleugh —respondió lady Margaret—, y se abstuviera de mezclarse con aquellos a quienes su nombre sólo puede traer recuerdos dolorosos.

—Parecéis ignorar, mi querida señora —dijo el caballero que había dado a conocer el nombre del joven—, que ha venido aquí para rendir tributo al rey en nombre de su tío. ¡Ojalá todas las propiedades del condado enviaran a un muchacho tan apuesto!

—Supongo que el anciano Milnewood, al igual que su difunto padre, es un cabeza pelada^[5] —afirmó lady Margaret.

—No es más que un viejo avaro —repuso Gilbertscleugh—, para el que una moneda de una libra tiene más valor que cualquier opinión política, y que, por ese motivo, a pesar de que con toda probabilidad no comulga con nuestras ideas, manda a su joven sobrino a las paradas militares para evitar multas y otras dificultades pecuniarias. Por lo demás, sospecho que el joven está encantado de poder escapar un día de la vieja y aburrida casa de Milnewood, donde sólo ve a su hipocondríaco tío y a su ama de llaves favorita.

—¿Sabéis cuántos hombres y caballos tienen la obligación de aportar las tierras de Milnewood? —continuó indagando la anciana.

—Dos hombres y dos caballos con todo su equipo —contestó Gilbertscleugh.

—Nosotros siempre hemos proporcionado ocho hombres, querido primo —afirmó lady Margaret irguiendo su figura con altivez—, y a menudo hemos triplicado voluntariamente ese número. Recuerdo que el día en que Su Gloriosa Majestad, el rey Carlos, desayunó en Tillietudlem, se mostró muy interesado por saber...

—El carruaje del duque se está moviendo —le interrumpió Gilbertscleugh, que sentía el mismo temor que el resto de los amigos de lady Margaret cuando ésta comenzaba a hablar de la visita real—, el carruaje del duque se está moviendo; supongo que abandonaréis la explanada en el lugar que por vuestro rango os corresponde. ¿Me permitiréis acompañaros a vos y a la señorita Bellenden hasta casa? Dicen que hay grupos violentos de whigs merodeando por los alrededores, que insultan y desarman a aquellos que son leales al rey y viajan en pequeñas comitivas.

—Os lo agradecemos, primo Gilbertscleugh —dijo lady Margaret—, pero, yendo escoltados por nuestra propia gente, no necesitamos importunar a los amigos. ¿Tendréis la amabilidad de pedir a Harrison que traiga a mis hombres rápidamente?

Viene hacia nosotros como si encabezara un desfile funerario.

El caballero comunicó al leal administrador las órdenes de su señora.

El honrado Harrison tenía sus motivos para dudar de la prudencia de semejante petición; mas, una vez formulada, debía obedecerla. Inició, así, un lento galope, seguido del mayordomo, quien avanzaba con aire marcial —tal como debía esperarse de un soldado que había luchado a las órdenes de Montrose—, al tiempo que dirigía miradas cada vez más desafiantes a su alrededor, animado por los estimulantes vapores del coñac que había bebido precipitadamente a la salud del rey y por la ruina del Covenant en los ratos que le habían dejado libres sus deberes militares. Por desgracia, ese potente refresco había borrado de las tabletas de su memoria^[6] la necesidad de ayudar a Gibbie el de los Gansos, que le seguía con grandes dificultades. Tan pronto como los caballos se pusieron a medio galope, las botas militares —que las piernas del pobre muchacho eran incapaces de controlar—, comenzaron a golpear los flancos del caballo; sus punzantes espuelas agotaron la paciencia del animal, que comenzó a saltar y a cabecear, mientras los gritos de socorro del pobre Gibbie jamás llegaban a oídos del irresponsable mayordomo, ahogados por el casco de acero donde se hallaba sumergida su cabeza y por la marcha militar del *Gallant Graemes*^[7] que el señor Gudyill silbaba con toda la fuerza de sus pulmones.

El jamelgo no tardó en tomar el asunto en sus manos y, tras brincar de un lado a otro para diversión de todos los presentes, se dirigió velozmente hacia el enorme carruaje familiar antes descrito. La lanza de Gibbie, soltándose de sus correajes, fue a caer atravesada a la altura de sus manos, que en aquellos momentos trataban desesperadamente de aferrarse a las crines, en un intento deshonesto de ponerse a salvo. Además, el casco se había deslizado hasta cubrir por completo su rostro, por lo que veía tan poco por delante como por detrás; aunque en aquellas circunstancias de poco le habría servido hacerlo, pues el caballo, al igual que si perteneciera al bando enemigo, corría a toda velocidad hacia el fastuoso vehículo del duque, amenazando con atravesarlo con la lanza, con el riesgo de llevarse por delante a tantos individuos como en el célebre ataque de Orlando, quien, según el poeta épico italiano, acabó con tantos moros como ranas escupe un francés^[8].

Al contemplar aquella descontrolada carrera, los ocupantes del carruaje, tanto los de fuera como los de dentro, lanzaron al unísono un grito de pánico en el que se mezclaban la ira y el terror, y que tuvo el bendito efecto de impedir la desgracia. El ruido aterrorizó al caprichoso caballo de Gibbie, que, dando un traspié mientras giraba bruscamente, empezó a dar coces y a corcovear cuando pudo recuperar el equilibrio. Las botas de campaña —origen de todo el desastre—, manteniendo la reputación ganada con más nobles caballeros, respondieron a cada salto con un nuevo espolonazo y, debido a su fuerte peso, no se separaron de los estribos. Mas no ocurrió lo mismo con el pobre muchacho, que salió volando por encima de la cabeza del caballo para diversión de todos los espectadores. Tanto el casco como la lanza le

abandonaron en la caída, y, para hacer más grande su desgracia, lady Margaret Bellenden, que aún no se había percatado de que era uno de los suyos quien entretenía de aquel modo a los presentes, se acercó al lugar justo a tiempo para ver a su diminuto guerrero despojado de la piel de león, o más bien de carnero, en la que le habían envuelto^[9].

Como nadie le había advertido de ese cambio e ignoraba cuál podía ser su causa, su asombro y su disgusto fueron extremos, y ni las explicaciones del administrador ni las del mayordomo lograron apaciguar su enojo. Se apresuró a regresar a su propiedad, indignada por los gritos y las carcajadas de quienes la rodeaban, firmemente decidida a desahogar su cólera con el obstinado labriego a quien Gibbie el de los Gansos había reemplazado con tan poca fortuna. La mayoría de los señores del lugar volvieron a sus hogares, comentando alborozados la desgracia caída sobre *les gens d'armerie*^[10] de Tillietudlem. Los hombres a caballo fueron, asimismo, dispersándose en pequeños grupos, con el fin de hacer juntos una parte del camino, y, siguiendo una vieja costumbre, sólo aquellos que habían probado su destreza con el papagayo se vieron obligados a quedarse a beber un último trago con su capitán.

*At fairs he play'd before the spearmen,
And gaily graithed in their gear then,
Steel bonnets, pikes, and swords shone clear then
As only one bead;
Now wha sall play before sic wier-men,
Since Habbie's dead?*

Elegía de Habbie Simson^[1]

Mientras se dirigían al poblado más cercano, el grupo de jinetes iba encabezado por Niel Blane, el gaitero del lugar, que cabalgaba a lomos de su pequeño y vigoroso caballo blanco; iba armado con un puñal y una espada de ancha hoja y llevaba una gaita en la que ondeaban tantas cintas como las que necesitarían seis bellas campesinas para ir a una feria o a un sermón. Niel, un hombre honrado, serio y bien plantado, había obtenido por méritos propios el puesto de gaitero mayor de..., con todos los emolumentos a que éste le daba derecho: disfrutar de lo que aún hoy se conoce como la Granja del Gaitero —un terreno de aproximadamente un acre de extensión—, un sueldo de cinco *merks*^[2] y una librea con los colores de la ciudad; asimismo, podía tener la esperanza de ganar un dólar^[3] el día en que se elegían los magistrados, siempre que el alcalde quisiera o pudiera proporcionarle semejante gratificación, y gozaba del privilegio de visitar una vez al año, en primavera, a todas las familias respetables de la vecindad, para alegrarles con su música mientras él se consolaba con su cerveza o su coñac y les pedía un poco de trigo para sembrar.

Además de esas inestimables ventajas, las buenas cualidades personales y profesionales de Niel habían conquistado el corazón de una simpática viuda, propietaria de la taberna más popular del municipio. Su primer marido había sido un severo y conocido presbiteriano al que sus correligionarios llamaban Gayo el posadero^[4], razón por la que los miembros más estrictos de la secta miraban escandalizados la profesión del hombre que había elegido como segundo esposo. Como el *browst* (o la cerveza) de Howff seguía teniendo, a pesar de todo, una fama incomparable, la mayoría de los antiguos clientes continuaban eligiendo aquel lugar para beber. El carácter complaciente del nuevo tabernero le permitió, sin abandonar jamás el timón, mantener a flote su pequeña nave en medio de corrientes tan contrarias. Era un individuo jovial, perspicaz y algo interesado, al que dejaban indiferente las discusiones religiosas o políticas, y cuya única preocupación era

asegurarse una buena clientela. Mas el lector comprenderá mejor su carácter, al igual que la situación del país, después de conocer los consejos que dio a su hija, una joven de dieciocho años, cuando ésta comenzó a ocuparse de las tareas que hasta unos seis meses antes del inicio de esta historia había realizado fielmente su esposa, ahora en el cementerio.

—Jenny —afirmó Niel Blane cuando la muchacha le ayudó a desembarazarse de la gaita—, hoy es el primer día que vas a sustituir a tu madre atendiendo a los parroquianos. Recuerda que siempre fue una mujer respetable, atenta con los clientes y apreciada en toda la ciudad tanto por tories como por whigs. No te resultará fácil ocupar su lugar, especialmente un día tan ajetreado como hoy, pero debemos obedecer la voluntad del Señor. Jenny, has de servir al joven Milnewood cuanto desee, pues es el capitán Papagayo y, además, debemos ayudar a los viejos clientes; si no puede pagar la cuenta, ya que siempre anda escaso de dinero, encontraré el modo de conseguirlo de su tío. El pastor^[5] está jugando a los dados con el oficial Grahame. Muéstrate amable y educada con los dos; en estos tiempos, tanto clérigos como capitanes pueden crearle a uno muchas dificultades, si así lo desean. Los dragones^[6] pedirán cerveza a gritos; no pueden prescindir de ella ni nos conviene que lo hagan... Son incorregibles, pero de una u otra forma siempre acaban pagando. Compré por ochenta y tres peniques la vaca sin cuernos, la mejor del establo, al infortunado Frank Inglis y al sargento Bothwell, y ellos se bebieron su precio de una sentada.

—Pero, padre —le interrumpió Jenny—, dicen que esos dos granujas se la habían quitado a la dueña del páramo Bell, sólo porque asistió a un sermón^[7] un sábado por la tarde.

—¡Calla, muchacha estúpida! —exclamó el gaitero—. ¿Qué importa cómo la consiguieron? ¡Allá ellos y sus conciencias! Fíjate en aquel tipo serio y ceñudo sentado junto a la chimenea, de espaldas a todos. Parece un hombre de las colinas^[8]. Vi cómo se sobresaltaba cuando entraron los casacas rojas; sospecho que habría preferido marcharse, pero su caballo —un hermoso animal— estaba demasiado exhausto para emprender el camino de nuevo. Sírvele con cuidado, Jenny, sin armar ruido, e intenta que no llame la atención de los soldados; sin embargo, no se te ocurra alojarlo solo en un dormitorio, podrían creer que lo estamos escondiendo. Por tu propio bien, sé atenta con todos y no hagas caso de las estúpidas bromas de los muchachos. Una posadera debe tener mucho aguante. Tu madre, que en paz descansa, tenía tanta paciencia como la que más... Pero, Jenny, ¡que nadie se atreva a tocarle! Si alguien es grosero contigo, me das un grito. Cuando la gente se emborracha, comienza a hablar del gobierno de la Iglesia y del Estado y empiezan las discusiones. Pero hay que dejarlos, Jenny... la cólera despierta la sed y cuanto más discuten, más cerveza beben. Sin embargo, será mejor que se la aligeres como te he enseñado; hará que se acaloren menos y no notarán la diferencia.

—Pero, padre —inquirió la joven—, si empieza una pelea como el otro día, será mejor que os avise, ¿no?

—De ningún modo, Jenny; el hombre que intenta detener una riña se lleva siempre la peor parte. Si los soldados desenfundan sus espadas, llamarás al cabo y al oficial de guardia; y si los campesinos se amenazan con las tenazas y el atizador, pedirás ayuda al juez y a los alguaciles. Ni se te ocurra acudir a mí, porque estoy agotado después de soplar la gaita todo el día, y me gusta comer tranquilamente en el cuarto interior. Estaré con el señor de Lickitup (él *era* el verdadero señor de esas tierras), que entró pidiendo una bebida sin alcohol y arenques salados, así que le tiré de la manga y le dije al oído que estaría encantado de cenar en su compañía. Fue un buen cliente en otro tiempo y si tuviera medios, seguiría siéndolo; apuesto a que le gusta beber tanto como antes. Jenny, si ves a algún conocido que duda en tomar algo porque no tiene dinero en el bolsillo, y está lejos de su casa, no vaciles en servirle un trago y un trozo de pastel. Con ello no perdemos nada y mejora la reputación de nuestro establecimiento. Y ahora, preciosa, ve a atender a la clientela; pero no dejes de traer antes mi cena con dos medias pintas de cerveza y una jarrita de coñac.

Una vez hubo descargado en Jenny todas sus responsabilidades de primer ministro, Niel Blane y el *ci-devant*^[9] caballero, antes su señor y ahora su agradecido compañero de mesa, se dispusieron a pasar una tranquila velada, lejos del bullicio de la taberna.

La joven estuvo de lo más atareada. Los caballeros del papagayo disfrutaron de la generosidad de su capitán, quien, a pesar de no beber nada, pasó rápidamente la copa a todos sus compañeros a fin de que nadie se sintiera ofendido. El número de hombres fue disminuyendo hasta quedar sólo un pequeño grupo de cuatro o cinco, que empezaron a despedirse.

En otra mesa, a cierta distancia, estaban los dos dragones que Niel Blane había mencionado, un sargento y un soldado raso del regimiento de la Guardia de Corps de Claverhouse^[10]. Todos sus integrantes, incluso los que no eran oficiales, en lugar de ser considerados vulgares mercenarios, tenían un estatus similar al de los mosqueteros franceses, como cadetes que cumplen sus tareas militares con la esperanza de distinguirse y ascender en el escalafón.

Había muchos jóvenes de buena familia entre sus filas, circunstancia que aumentaba la soberbia y el engreimiento de aquellas tropas. El sargento que acabamos de mencionar era un buen ejemplo de ello. Su verdadero nombre era Francis Estuardo, pero todos le llamaban Bothwell, pues descendía directamente del último conde de ese título; y no nos referimos al despreciable amante de la infortunada reina María^[11], sino a Francis Estuardo, conde de Bothwell, cuyo carácter turbulento y frecuentes conspiraciones sembraron el caos en los primeros años del reinado de Jacobo VI, y que acabaría muriendo en el exilio rodeado de la mayor de las miserias. Su hijo denunció ante los tribunales a Carlos I, con el fin de que le restituyera una parte de las propiedades arrebatadas a su progenitor, pero los nobles que se habían quedado con ellas se negaron obstinadamente a perder sus privilegios. El estallido de la guerra civil fue su ruina, pues dejó de cobrar la pequeña

pensión que Carlos I le había concedido y murió en la indigencia más completa. Su primogénito, después de haber servido como soldado en el extranjero y en Gran Bretaña, y de haber padecido importantes altibajos en su fortuna, había tenido que contentarse con ser un simple soldado de la Guardia de Corps, a pesar de descender en línea directa de la familia real, ya que el padre del difunto conde de Bothwell había sido hijo natural de Jacobo V. El joven^[12] no había tardado en llamar la atención de sus superiores, pues, además de tan notable abolengo, tenía una impresionante fuerza física y era muy diestro en el manejo de las armas. Sin embargo, era tan cruel y libertino como la mayoría de sus compañeros, acostumbrados a imponer multas, a exigir alojamiento gratis y a oprimir a los presbiterianos en nombre del gobierno. Esas prácticas habían llegado a ser tan habituales para ellos que creían tener derecho a cometer impunemente cualquier atropello, como si estuvieran exentos de cumplir las leyes o de obedecer a la autoridad, si exceptuamos a sus oficiales superiores. En esas circunstancias, Bothwell era sin duda uno de los más pendencieros.

Es probable que ni él ni su compañero se hubieran abstenido tanto tiempo de armar jaleo, de no haber estado allí el capitán del reducido número de dragones acuartelados en la ciudad, quien jugaba a los dados con el pastor. Sin embargo, en cuanto el oficial y el párroco se marcharon para tratar un asunto urgente con el jefe de los magistrados, Bothwell empezó a mostrar su desprecio por el resto de los presentes.

—¿No os parece extraño, Halliday —preguntó a su camarada—, ver ahí sentados a ese grupo de patanes, divirtiéndose toda la velada sin brindar por el rey?

—Os equivocáis —repuso su amigo—. He oído a aquel gusano verde referirse a la salud de Su Majestad.

—¿De veras? —añadió Bothwell—. Entonces, Tom, les obligaremos a beber a la salud del arzobispo de St Andrews, pero tendrán que arrodillarse para ello.

—Por supuesto —respondió Halliday—; y, si alguno se niega, lo llevaremos a la prisión del cuartel y le enseñaremos a montar en un caballo de palo^[13], apuntándole los pies con un par de carabinas para que se mantenga firme.

—Así es, Tom —continuó Bothwell—; y para hacer bien las cosas, empezaré por aquel individuo de gesto huraño, el de la gorra azul, sentado en el rincón de la chimenea.

El dragón se puso en pie, colocó con aire amenazador la espada sin desenvainar bajo el brazo y se detuvo ante el mismo desconocido que había llamado la atención de Niel Blane mientras hablaba con su hija; se trataba con toda probabilidad de un hombre de las colinas o de uno de aquellos obstinados presbiterianos.

—Querido hermano —dijo Bothwell con afectada solemnidad, adoptando el tono gangoso de un predicador rural—, tengo el atrevimiento de pedir os levantéis de la silla y, bajando las posaderas hasta tocar el suelo con vuestras rodillas, bebáis esta reconfortante copa de coñac a la salud y gloria del arzobispo de St Andrews,

digno primado de Escocia.

Todos esperaron la respuesta del desconocido. La severidad, que llegaba a ser feroz, de sus facciones —con aquella mirada torva que tan siniestro volvía su semblante— y su figura corpulenta, recia y vigorosa, aunque de altura inferior a la media, parecían reflejar una naturaleza poco inclinada a asimilar una broma pesada o a recibir insultos con impunidad.

—¿Y qué ocurriría si me negara a obedecer vuestra grosera petición? —preguntó.

—Primero, querido hermano, retorcería vuestras narices; luego, daría un puñetazo a vuestros torcidos órganos visuales; y para terminar, colocaría la hoja de mi espada sobre vuestros hombros.

—¿Iríais tan lejos? —dijo el desconocido—. En ese caso, dadme la copa.

Y, cogiéndola con sus manos, exclamó en un peculiar tono de voz:

—¡Por el arzobispo de St Andrews y el lugar que tan merecidamente ocupa ahora! ¡Ojalá todos los prelados escoceses sigan el ejemplo del virtuoso reverendo James Sharp^[14]!

—Ha pronunciado el juramento^[15] —exclamó Halliday exultante.

—Pero con reservas —añadió Bothwell—; no acabo de comprender las palabras de este whig cabeza pelada.

—Vamos, vamos, caballeros —interrumpió Morton, irritado ante tanta insolencia —, todos somos buenos súbditos, y hemos venido aquí a pasar un buen rato; tenemos derecho a esperar que nadie nos moleste con esa clase de discusiones.

Cuando Bothwell se disponía a contestar malhumorado, Halliday le recordó en voz baja que los soldados tenían órdenes estrictas del Consejo de no agraviar a los hombres que acudían a las paradas militares.

—Está bien, señor Papagayo —exclamó después de mirar a Morton lleno de cólera—, no os importunaré mientras dure vuestro reinado; según mis cálculos terminará a las doce de la noche. ¿Acaso no os parece raro, Halliday, que organicen tanto alboroto por dar con sus fusiles en una diana que cualquier mujer o niño podría alcanzar después de un solo día de entrenamiento? Si el capitán Papagayo o alguno de sus seguidores disputaran por una moneda de oro con su espada, sable, estoque, espadín o puñal, se acobardarían al primer rasguño. ¡Por los clavos de Cristo! —exclamó con desprecio mientras golpeaba la espada de Morton con la punta de su pie—. Si tienen miedo de desenvainar las armas que llevan encima, ¿cómo no van los muy patanes a nombrar ganador al que lance más lejos una vara de madera gruesa, una piedra pesada o el eje de un carruaje?

La sensatez y la prudencia de Morton parecieron llegar a su fin, y cuando estaba a punto de contestar airado al insolente comentario del dragón, el desconocido dio un paso al frente.

—Esta pelea es mía —afirmó—, y en nombre de la antigua y noble causa^[16], seré yo quien acabe con ella. ¡Escuchadme bien! —dijo, dirigiéndose a Bothwell—. ¿Queréis enfrentaros conmigo?

—No deseo otra cosa —respondió éste—; y sabed que no abandonaré la lucha hasta que caiga uno de los dos.

—El Señor está de mi lado —exclamó su rival—, así que sin más dilación os haré servir de ejemplo a todos los Rabshekahs^[17].

Tras pronunciar esas palabras, se quitó la capa y, extendiendo sus fornidos brazos con decisión, se preparó para la contienda. El soldado no se amilanó ante la musculatura, el robusto pecho, las anchas espaldas y la penetrante mirada de su adversario; silbando con tranquilidad, se desabrochó el cinturón y se quitó la casaca militar. Los demás hombres les rodearon inquietos.

Tanto en el primer como en el segundo asalto, Bothwell pareció aventajar a su rival; mas era evidente que el joven había iniciado la lucha con demasiado ímpetu y que se enfrentaba a un rival de enorme resistencia, destreza y vigor. Al tercer asalto, el desconocido alzó en vilo a su contrincante y lo arrojó al suelo con tanta violencia que durante unos instantes pareció yacer sin sentido. Inmediatamente, Halliday desenvainó su espada.

—Habéis matado a mi sargento —dijo al adversario victorioso—. ¡Juro por lo más sagrado que pagaréis por ello!

—¡Deteneos! —gritaron Morton y sus compañeros—. El combate ha sido limpio. Fue vuestro amigo quien provocó el altercado.

—Tenéis razón —exclamó Bothwell, poniéndose lentamente de nuevo en pie—. Guardad vuestra espada, Tom. No creí que existiera entre ellos un cabeza pelada capaz de tirar al suelo de una miserable taberna el mejor sombrero de plumas de la Guardia de Corps de Su Majestad. ¡Vamos, amigo! ¡Estrechad mi mano! Os prometo —continuó diciendo mientras apretaba con fuerza la mano que el otro le tendía— que volveremos a vernos las caras y a enfrentarnos valientemente.

—Y yo os prometo —repuso el desconocido devolviendo su saludo con idéntica firmeza— que el día que eso ocurra colocaré vuestra cabeza a la altura del suelo y no permitiré que la levantéis de nuevo.

—Está bien, querido hermano —añadió el dragón—. Si sois un whig, he de reconocer que no os falta arrojo ni valentía; por tanto os deseo suerte. Será mejor que cojáis vuestro rocín antes de que comiencen las rondas nocturnas del oficial, pues os aseguro que le he visto detener a individuos mucho menos sospechosos que vos.

El desconocido pareció inclinado a seguir su consejo; pagó cuanto debía y, dirigiéndose al establo, ensilló un hermoso caballo negro, ya recuperado del hambre y de la fatiga.

—Cabalgo hacia Milnewood —dijo a Morton—; tengo entendido que se trata de vuestro hogar. Me sentiría más seguro si vinierais conmigo.

—¡Será un placer! —contestó el joven, a pesar de que en la implacable severidad de aquel hombre había algo siniestro que le repelía.

Después de despedirse cortésmente, cada uno de los hombres siguió su camino. Algunos les acompañaron durante un trecho, mas los dos viajeros no tardaron en

quedarse a solas.

Apenas se habían marchado de Howff —nombre por el que era conocida la posada de Blane—, cuando empezaron a sonar trompetas y timbales. Ante tan inesperado llamamiento, los dragones acudieron con sus armas a la plaza del mercado, mientras el oficial Grahame y el alcalde de la ciudad, con una gran preocupación en el semblante, entraban en la morada de Niel Blane, seguidos de media docena de soldados, y de algunos alabarderos.

—¡Vigilad las puertas! —fueron las primeras palabras del oficial jefe—. No dejéis salir a nadie. Pero ¿qué hacéis ahí, Bothwell? ¿Acaso no habéis oído el toque de alarma?

—Estaba a punto de dirigirse a la guarnición, señor —repuso su compañero—. Ha sufrido una mala caída...

—En una vulgar pelea, ¿no es cierto? —dijo Grahame—. Si descuidáis así vuestros deberes, dudo que vuestra sangre real pueda protegeros.

—¿Por qué creéis que he descuidado mis deberes, señor? —inquirió Bothwell malhumorado.

—Teníais obligación de estar en vuestros acuartelamientos, sargento Bothwell; habéis desperdiciado una oportunidad de oro. Hemos recibido la noticia de que el arzobispo de St Andrews ha sido salvajemente asesinado por un grupo de rebeldes whigs, que detuvieron su carruaje en Magus-Muir, cerca de la ciudad de St Andrews; después de obligarle a apearse, le dieron muerte con sus espadas y puñales^[18].

Todos se horrorizaron.

—He aquí su descripción —continuó diciendo Grahame, mientras sacaba la proclama—. Se ofrece una recompensa de mil monedas de plata por cada una de sus cabezas.

—¡El juramento, el juramento y la reserva con la que lo pronunció! —dijo Bothwell a Halliday—. Ahora lo entiendo. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Por qué no le habremos detenido? Id a ensillar nuestros caballos, Halliday. Oficial Grahame, ¿alguno de los asesinos era un hombre fornido, muy ancho de espaldas, estrecho de caderas y de nariz aguileña?

—Dejadme comprobarlo —repuso su superior—. Haxtoun de Rathillet, alto, delgado, de pelo oscuro.

—Ése no es mi hombre —le interrumpió Bothwell.

—John Balfour, conocido como Burley^[19], nariz aquilina, pelirrojo, cinco pies y ocho pulgadas de estatura.

—¡Es él! ¡Es el hombre que buscamos! ¿Acaso tuerce de forma horrible uno de sus ojos? —preguntó el sargento.

—En efecto —continuó el jefe de la guarnición—. Tras el asesinato, huyó a lomos del hermoso corcel negro del primado.

—¡No hay duda de que se trata del mismo hombre! —exclamó Bothwell—. ¡Y del mismo caballo! Estaba en esta taberna hace menos de un cuarto de hora.

Unas cuantas preguntas apresuradas vinieron a confirmar la opinión de que el reservado y austero desconocido era Balfour de Burley, comandante en jefe de la banda de asesinos que, arrastrados por su equivocado celo religioso, habían asesinado al arzobispo tras encontrarle casualmente mientras seguían el rastro de otro de sus enemigos^[20]. En su exaltada imaginación, habían interpretado esa coincidencia como una señal divina, lo que les empujó a matar al primado con enorme sangre fría, convencidos, tal como explicarían después, de que el Señor lo había puesto en sus manos para que así lo hicieran.

—Coged los caballos y lanzaos en su persecución —vociferó el oficial Grahame—. La cabeza de ese perro asesino bien vale su peso en oro.

*Arouse thee, youth! —it is no human call—
God's church is leaguered —haste to man the wall;
Haste where the Redcross banners wave on high,
Signal of honoured death, or victory.*

JAMES DUFF^[1]

Morton y su acompañante avanzaron en silencio hasta encontrarse bastante alejados de la ciudad. Tal como hemos señalado, había algo repulsivo en la actitud del desconocido que impedía al joven iniciar la conversación, y no parecía que tuviera el menor deseo de hablar, hasta que, bruscamente, preguntó:

—¿Cómo podéis, siendo hijo de vuestro padre, participar en esas ridículas ceremonias profanas?

—Es mi deber de súbdito, y me divierte participar en unos festejos que no perjudican a nadie —repuso Morton, algo ofendido.

—¿Creéis que es vuestro deber, o el de cualquier joven cristiano, apoyar con las armas la causa de los que derramaron la sangre de los santos del Señor^[2] en los solitarios páramos, como si se tratara de agua? ¿Acaso os parece un pasatiempo lícito perder el tiempo disparando contra un puñado de plumas y terminar la velada en una taberna bebiendo vino^[3] cuando el Todopoderoso ha venido a la tierra con su biello en la mano para separar el trigo de la paja^[4]?

—Por el tono de vuestras palabras, supongo que estáis entre los que han considerado justo enfrentarse al gobierno —dijo Morton—. Debo recordaros que no es prudente hablar así en presencia de un desconocido; y, en los tiempos que corren, tampoco es seguro para mí escucharos.

—Es algo que no podéis evitar, Henry Morton —le interrumpió su acompañante —; desconocéis los designios del Señor, pero, cuando recibáis su llamada, le obedeceréis. Si hubieseis podido escuchar las palabras de un verdadero predicador, ya seríais lo que sin duda algún día llegaréis a ser.

—Soy presbiteriano, como vos —replicó el joven.

Lo cierto es que la familia de su tío asistía a los oficios de uno de los numerosos clérigos presbiterianos que, cumpliendo determinados requisitos, tenía licencia del gobierno para predicar. Esa *Indulgencia*^[5], como fue llamada, promovió la discordia entre los presbiterianos, y quienes la aceptaron fueron severamente censurados por los miembros más radicales de la secta, que rechazaban los términos del compromiso.

Por ese motivo, al escuchar la profesión de fe de Morton, el desconocido contestó con desprecio:

—Estáis en un error... en un lamentable error. Escucháis todos los sábados el frío, mundano y complaciente sermón de un hombre que ha olvidado lo elevado de su misión y busca únicamente el favor de cortesanos y falsos prelados. ¿Os parece ésa la palabra de Dios? De todos los cebos colocados por el demonio para pescar almas en estos días de sangre y oscuridad^[6], el más destructivo ha sido la Indulgencia Negra. A causa de esa terrible dispensa, los pastores han dejado de apacentar a sus ovejas — que se han dispersado por los montes^[7]—, un estandarte cristiano se ha levantado contra otro y las guerras de la oscuridad se combaten con las espadas de los hijos de la luz^[8].

—Mi tío piensa que con estos clérigos gozamos de una libertad de conciencia razonable —aseguró Morton—, y yo debo seguir sus consejos en materia religiosa.

—Vuestro tío —dijo el caballero— es uno de esos hombres para los que el último cordero de su redil de Milnewood es más importante que todo el rebaño de cristianos^[9]. Se hubiera postrado presuroso ante el becerro de oro de Betel^[10] y hubiese rebuscado entre el polvo cuando éste hubiera sido destruido y arrojado sobre las aguas. Vuestro padre era muy diferente.

—Es cierto que mi padre era un hombre intrépido y valeroso —replicó el joven—. Y, tal como habréis oído, combatió en defensa de la misma familia real que hoy he jurado proteger con mis armas.

—Sí; mas tengo el convencimiento de que, si hubiera vivido para ver estos días, habría maldecido la hora en que desenvainó la espada por su causa. Pero ya conoceréis más detalles en el futuro... Prometo que vuestra hora llegará; entonces, las palabras que acabo de pronunciar se clavarán en vuestro pecho cual afiladas flechas. Ahí está mi camino...

Señaló un sendero que llevaba desde el camino principal hasta un agreste territorio de colinas desiertas y sombrías. Cuando se disponía a dirigir su caballo por la vereda cubierta de musgo que conducía hacia allí, una anciana envuelta en un manto rojo, sentada en el cruce de los caminos, se puso en pie y se le acercó.

—Si sois uno de los nuestros y queréis salvar el pellejo, no subáis por el sendero esta noche —dijo en tono misterioso—. Hay un león en el camino^[11]. El párroco de Brotherstane y diez soldados han ocupado el paso para detener a cualquier infortunado viajero que se aventure a cruzar por allí para reunirse con Hamilton y Dingwall^[12].

—¿Sabéis si los que huyen han logrado agruparse? —preguntó el desconocido.

—Alrededor de sesenta o setenta hombres a caballo y a pie —contestó la anciana—; pero van pobremente armados y no les será fácil defenderse.

—Dios ayudará a los suyos —exclamó el caballero—. ¿Qué camino debo tomar para reunirme con ellos?

—Esta noche os resultará imposible —dijo la mujer—; los soldados han

estrechado la vigilancia. Dicen que han llegado noticias del este que los han enfurecido, y su crueldad será mayor que nunca. Antes de dirigiros a los páramos, debéis buscar algún refugio para la noche. Escondeos hasta que amanezca y luego tratad de llegar hasta vuestros compañeros atravesando el pantano de Drake. Cuando oí las terribles amenazas de los opresores, cogí el manto y me senté junto al camino para avisar a cualquier desgraciado que acertara a pasar por aquí mientras huía en desbandada^[13], evitando así que cayera en manos del enemigo.

—¿Vivís cerca? —inquirió el caballero—. ¿Tenéis algún lugar donde esconderme?

—Poseo una cabaña junto al camino, a una milla de distancia; pero cuatro hombres de Belial^[14], a quienes todos llaman dragones, se alojan allí, haciendo cuanto desean con mis pertenencias; y todo porque me niego a servir al ruin, manirroto y apocado de John Halftext, el párroco.

—Buenas noches, buena mujer, y gracias por vuestros consejos —exclamó el desconocido mientras se alejaba.

—Que la bendición de la vida eterna se extienda sobre vos —dijo la anciana—; y que os proteja aquel que tiene poder para hacerlo.

—Amén —repuso el viajero—, pues necesito ayuda divina para saber dónde dirigirme esta noche.

—Lamento profundamente que estéis en peligro —aseguró Morton—. Si tuviera alguna casa o refugio de mi propiedad, preferiría correr el riesgo de sufrir el peor de los castigos antes que abandonaros a vuestra suerte. Sin embargo, a mi tío le intimidan hasta tal punto las penas y sanciones que la ley aplica a quienes ayudan, hospedan o son vistos en compañía de covenanters, que nos ha prohibido terminantemente relacionarnos con ellos^[15].

—No me sorprenden vuestras palabras —dijo el desconocido—; sin embargo, podríais esconderme sin que él se enterara... Un granero, un pajar, el cobertizo de los carros... Cualquier lugar donde pudiera acostarme sería como un tabernáculo construido con tableros de cedro recubiertos de plata^[16].

—Me resulta imposible acogeros en Milnewood sin el consentimiento de mi tío —afirmó Morton, avergonzado—; sería imperdonable por mi parte exponerle a lo que más teme y rechaza.

—Está bien —dijo el viajero—; dejadme haceros una última pregunta. ¿En alguna ocasión oísteis mencionar a vuestro padre el nombre de John Balfour de Burley?

—¿El viejo amigo y camarada que arriesgó su vida para salvarle en la batalla de Longmarston-Moor? A menudo, muy a menudo.

—Yo soy ese John Balfour —exclamó el caballero—. Allí está la casa de vuestro tío; puedo ver las luces entre los árboles. El vengador de la sangre^[17] me persigue y moriré si no me dais cobijo. Ha llegado la hora de que toméis una decisión, muchacho: o alejaros sigilosamente de mí como un ladrón en la noche^[18] y dejarme

expuesto a una muerte tan terrible como aquella de la que salvé a vuestro padre, o exponer los bienes materiales de vuestro tío al castigo que espera, en esta generación incrédula y perversa^[19], a todos aquellos que ofrezcan un mendrugo de pan o un trago de agua fresca a un cristiano a punto de morir de hambre o sed.

Cientos de recuerdos se atropellaron en su pensamiento. Su padre, cuya memoria idolatraba, le había hablado largo y tendido de su deuda con aquel hombre, lamentando haberse separado de él, tras muchos años de estrecha amistad, cuando el reino de Escocia se dividió entre los que apoyaban a Carlos II, después de la muerte en el patíbulo de su padre, y los que deseaban unirse a los republicanos victoriosos^[20]. El fanatismo de Burley le empujó a unirse a estos últimos, y los dos amigos se despidieron enojados para no volverse a encontrar. El coronel Morton había mencionado a menudo aquel episodio a su hijo, expresando siempre el dolor que le producía no haber podido devolver a su viejo compañero los favores que, en más de una ocasión, éste le había prestado.

Para acelerar su decisión, el viento nocturno, al pasar junto a ellos, trajo el sonido de unos timbales cada vez más cercanos, indicando que un numeroso grupo de soldados se dirigía hacia ellos a caballo.

—Debe de ser Claverhouse con el resto de su regimiento. ¿Por qué habrán organizado esa marcha nocturna? Si seguís adelante, os detendrán; si volvéis a la ciudad, corréis peligro de caer en manos de los hombres del coronel Grahame; el sendero que lleva a las colinas está cortado... Es preciso que os esconda en Milnewood, o quedaréis expuesto a una muerte segura. Mas el peso de la ley tendrá que caer únicamente sobre mí; no sería justo que mi tío tuviera que pagar las consecuencias. ¡Seguidme!

Burley, que había esperado su decisión dando muestras de una gran serenidad, le obedeció en silencio.

La casa de Milnewood, construida por el padre del actual propietario, era una mansión espaciosa, acorde con el tamaño de la propiedad; sin embargo, desde que la había heredado el tío del joven, su deterioro era cada vez mayor. Morton se detuvo a cierta distancia de la vivienda, junto a los establos y los cobertizos.

—Será mejor que os quedéis aquí unos minutos hasta que encuentre en la casa una cama donde pueda acostaros —susurró.

—Dejadlo, no tiene importancia —aseguró Burley—; durante treinta años mi cabeza ha reposado con más frecuencia sobre hierba o rocas que sobre lana o plumón. Un trago de cerveza, un mendrugo de pan, decir mis oraciones y tenderme sobre un montón de heno han sido tan buenos para mí como un aposento bellamente pintado o la mesa de un príncipe.

Morton comprendió en aquel instante que tratar de introducir al fugitivo en la casa aumentaría el peligro de que los soldados lo encontraran. Por ese motivo, después de encender una pequeña luz que los hombres dejaban siempre en el establo y de atar los caballos, el joven señaló a Burley, para que reposara en él, un lecho de

madera situado en un pajar semivacío, donde había dormido un criado hasta que su tío lo despidió en uno de aquellos ataques de mezquindad que sufría cada vez con mayor frecuencia. Morton dejó a su compañero en el pajar solitario, aconsejándole que escondiera la luz para que nadie pudiese ver su reflejo a través de las ventanas, y prometió regresar cuando hallara algún bocado que llevarse a la boca. Sabía que la empresa no sería fácil a aquellas horas tan tardías, pues obtener incluso la más vulgar de las provisiones dependía únicamente del humor en que se encontrara la vieja ama de llaves, única confidente de su tío. Si ya se había acostado o estaba de mal talante —y eran muchas las probabilidades tanto de lo uno como de lo otro—, el joven era consciente de que tendría dificultades para conseguir su objetivo.

Maldiciendo para sí la mezquindad que imperaba en todas las propiedades de su tío, llamó suavemente, tal como acostumbraba, a la puerta por donde solían dejarle entrar cuando algún percance le impedía volver antes de la temprana hora señalada en Milnewood para el retiro. Se trataba de un toque vacilante, cuyo mero sonido encerraba el reconocimiento de una transgresión, y más que ordenar parecía solicitar ser atendido. Después de llamar repetidas veces, el ama de llaves refunfuñando entre dientes mientras se levantaba del rincón de la chimenea y se colocaba el pañuelo de cuadros en la cabeza para protegerse del frío aire nocturno atravesó el corredor empedrado.

—¿Quién hay ahí a estas horas de la noche? —insistió en preguntar antes de quitar el cerrojo y desatracar la puerta con cautela—. ¡Qué horas de llegar, señor Harry! —exclamó la anciana con la insolencia despótica de una sirvienta protegida y mimada por su amo—. No hay mejor hora para perturbar la paz de un tranquilo hogar y tener en vela a los pobres criados. Hace casi tres horas que vuestro tío se retiró a sus aposentos y, como Robin padece reumatismo, también se ha ido a dormir; de modo que he tenido que esperaros yo, a pesar de mi fuerte resfriado.

El ama de llaves tosió una o dos veces para dejar constancia de las molestias que le había ocasionado.

—No sabéis cuánto os lo agradezco, Alison, muchísimas gracias.

—¡Podríais ser más cortés conmigo, señor! Todos me conocen como señora Wilson, y Milnewood es la única persona que me llama Alison, aunque a menudo también se dirige a mí como señora Alison.

—De acuerdo, entonces, señora Alison —dijo Morton—. Siento mucho haberos hecho esperar levantada.

—Y ahora que habéis llegado, señor Harry, ¿por qué no cogéis vuestra vela y os vais a la cama? Tened cuidado de no derramar la cera sobre el entablado del pasillo, que luego cuesta mucho limpiarlo.

—Pero, Alison, antes de irme a dormir necesito comer algo y beber un trago de cerveza.

—¿Comer algo? ¿Y beber un trago de cerveza? ¡Pues sí que sois un amo exigente, señor Harry! ¿Acaso creéis que no nos hemos enterado de vuestro triunfo

con el papagayo, y de que con la pólvora que habéis disparado podríais haber dado caza a todos los ánades que necesitaremos desde hoy hasta Candlemas? También sabemos que fuisteis pavoneándoos hasta Howff, la taberna del gaitero, con todos los vagos de la región, y que os quedasteis a beber allí hasta el anochecer, sin duda a costa de vuestro pobre tío, con esos sinvergüenzas de las riberas. Y después de todo eso, ¿venís a casa pidiendo cerveza como si fuerais nuestro amo y señor?

A pesar de sentirse profundamente dolido, el deseo de conseguir algún bocado para su huésped le ayudó a disimular su enfado, y aseguró sonriente a la vieja ama de llaves que estaba muerto de hambre y sed.

—En cuanto a lo del tiro al papagayo, tengo entendido que estuvisteis allí, señora Wilson. Me alegraría que hubierais ido a vernos.

—¡Ay, amo Harry! —exclamó la anciana—. Espero que no estéis aprendiendo a decir zalamerías a las mujeres. En cualquier caso, mientras os limitéis a hacerlo con viejas como yo, carece de importancia. Pero tened cuidado con las jovencitas, muchacho. ¡Papagayo! Os creéis todo un héroe... Es cierto que no hay el menor defecto en vuestra apariencia —continuó diciendo mientras le examinaba detenidamente con su vela—, y si vuestro corazón es igualmente bueno... Pero recuerdo haber visto de niña a aquel duque que perdió su cabeza en Londres^[21]; dicen que no era un buen hombre, pero, pobre señor, ¡qué desgracia tan terrible para él! El caso es que ganó el torneo del papagayo, pues nadie quiso vencer a su excelencia... Era muy apuesto, y, cuando todos los jinetes empezaron a hacer cabriolas, el duque, tan cerca de mí como lo estáis vos, me dijo las siguientes palabras: «Tened cuidado, linda muchacha, mi caballo es peligroso». En fin, ahora que me habéis contado lo poco que habéis comido y bebido, os demostraré que no os he olvidado, pues no creo que sea bueno para los jóvenes acostarse con el estómago vacío.

Para hacer justicia a la señora Wilson, era bastante frecuente que sus arengas nocturnas finalizaran con aquella sabia sentencia, seguida siempre de la aparición de alguna vianda más exquisita de lo habitual, tal como sucedió aquella noche. Lo cierto es que, aunque la anciana refunfuñaba sin cesar para darse mayor importancia, en el fondo no tenía mal carácter, y las dos personas a quienes más quería en este mundo eran su viejo y su joven amo (a los que solía martirizar). Así pues, contempló con satisfacción al señor Harry, tal como le gustaba llamarlo, mientras le servía una rica cena.

—Os sentará bien, mi querido muchacho. Seguro que no os han dado unas cebollas fritas con harina de avena tan buenas como éstas en la taberna de Niel Blane. Su mujer era muy dispuesta y llevaba bien el negocio, pero un trabajo como el suyo no puede compararse con el de ama de llaves de un caballero. La hija parece algo necia... El domingo pasado llevó a la iglesia un extraño sombrero almidonado. Supongo que debe ser la última moda. Pero se me están cerrando los ojos... No tengáis prisa, mi joven amo, y acordaos de apagar la vela. Ahí tenéis una jarra de cerveza y un vaso de vino preparado con esencia de clavo; no es algo que ofrezca a

todo el mundo, sólo lo tomo a veces cuando me duele el estómago, pero es mejor que el coñac para un joven como vos. Así que buenas noches, señor Harry, y tened cuidado con la vela.

Morton prometió mostrarse precavido, y rogó a la anciana que no se alarmara si le oía abrir nuevamente la puerta, pues debía preparar su caballo para la noche, tal como acostumbraba a hacer. La señora Wilson se retiró; el joven cogió, entonces, las provisiones y, cuando se disponía a salir corriendo para reunirse con su huésped, el ama de llaves volvió a asomar la cabeza por la puerta para recordarle que hiciera un examen de conciencia antes de dormir y que rezara pidiendo protección durante las horas de oscuridad. Aquélla era la forma de comportarse de una peculiar clase de criados, muy numerosa antaño en Escocia, que quizá continúe existiendo en algunas casas solariegas de las zonas más remotas del país. Parecían encadenados a las familias que servían y, como jamás pasaba por su imaginación la posibilidad de ser despedidos, sentían un profundo cariño por sus amos. Por otra parte, cuando la indulgencia o la apatía de sus superiores los mal acostumbraban, tenían tendencia a volverse malhumorados, autosuficientes y despóticos; hasta tal punto que en algunas ocasiones un señor hubiera preferido cambiar su terca fidelidad por la tranquila y acomodaticia duplicidad de un criado moderno.

*Yea, this man's brow, like to a tragic leaf,
Foretels the nature of a tragic volume.*

SHAKESPEARE^[1]

Cuando consiguió finalmente desembarazarse del ama de llaves, Morton cogió las provisiones que había reservado para el fugitivo y se dispuso a llevarlas a su escondite. Fue una suerte que conociera cada recodo del camino y no necesitase una antorcha, pues, nada más cruzar el umbral de la puerta, el estruendo de unos caballos le hizo comprender que el grupo de dragones cuyos timbales^[2] había oído mientras regresaba a Milnewood se preparaba para pasar la noche en el sinuoso camino junto a la colina donde se levantaba la casa de su tío. Oyó con claridad cómo el oficial jefe daba el *alto* a sus hombres. El silencio que siguió a esta orden se vio únicamente interrumpido por los ocasionales relinchos y pateos de algún impaciente corcel.

—¿De quién son estas tierras? —preguntó una voz en tono autoritario.

—Con su permiso, señor, de un caballero llamado Milnewood —contestó uno de los soldados.

—¿Se trata de un súbdito leal?

—Obedece las órdenes del gobierno y frecuenta los servicios de uno de los ministros presbiterianos restituidos en sus cargos.

—¡Ah! ¿Uno de los que se acogieron a las Indulgencias? ¡Qué medida tan imprudente! Un simple disfraz para los traidores incapaces de defender sus principios a cara descubierta. ¿No sería aconsejable enviar un grupo de hombres a registrar su casa? Tal vez esconda en ella a alguno de los sanguinarios asesinos que ha participado en tan sacrílega carnicería.

—No creo que sea necesario —exclamó una tercera voz antes de que Morton tuviera tiempo para recobrase del susto—. Milnewood es un viejo achacoso e hipocondríaco; jamás se mete en política y lo único que parece importarle en este mundo son sus talegos y sus bonos del tesoro. Tiene un sobrino que, según he oído decir, ha asistido hoy a la parada militar y ha ganado en el tiro al papagayo, así que no creo que sea uno de esos fanáticos presbiterianos. Seguramente llevan mucho tiempo acostados, y un sobresalto así, a estas horas de la noche, podría matar al pobre anciano.

—Está bien —replicó el oficial jefe—; en tal caso, registrar la casa sería una pérdida de tiempo, y eso es algo que no podemos permitirnos. Adelante, caballeros,

¡en marcha!

El sonido de las trompetas, unido al retumbar ocasional de los timbales marcando el compás y al estrépito de los cascos de los caballos y de las armas, anunció que reemprendían la marcha. Cuando las primeras filas de la columna alcanzaron la cima de una colina, alrededor de la cual discurría el camino, la luna salió en todo su esplendor y bajo su luz resplandecieron los cascos de acero de los hombres; las negras siluetas de los caballos y de sus jinetes se vislumbraron en la oscuridad. Siguieron avanzando y el elevado número de dragones que pasó por la cima puso de manifiesto la magnitud de las tropas.

Una vez que los soldados desaparecieron, el joven Morton hizo de nuevo el propósito de visitar a su huésped. Al entrar en el refugio, lo encontró sentado en su humilde lecho, absorto en la lectura de una pequeña biblia. La espada que había desenvainado al oír la llegada de los dragones yacía desnuda sobre sus rodillas, y la pequeña vela, colocada sobre el viejo arcón que le servía de mesa, iluminaba sólo parcial y débilmente sus duras facciones, a las que el trágico entusiasmo parecía haber conferido mayor dignidad. Su frente era la de un hombre cuya obsesión por un principio hubiera aplastado cualquier otro sentimiento o pasión, al igual que el oleaje de una gran marea barre rocas y peñascos, y lo único que recuerda su existencia es la espuma y el vaho de las olas que rompen y giran sobre ellos. Morton llevaba un rato contemplándolo cuando el covenanter levantó su mirada del libro.

—Veo que os habéis percatado del paso de los dragones —exclamó Morton señalando su espada—. Por eso he tardado tanto en venir.

—Apenas les he prestado atención —aseguró Balfour—; aún no ha llegado mi hora^[3]. Pero soy consciente de que algún día caeré en sus manos y tendré la dicha de reunirme con los santos que ellos sacrificaron. Y no sabéis cuánto lo desearía, muchacho; aceptaría mi muerte con la misma alegría con la que un novio acude al altar. Mas si mi Maestro tiene otras misiones para mí en la tierra, le obedeceré gustoso.

—Comed y bebed ahora —dijo Morton—; si queréis poneros a salvo y llegar a las colinas, debéis abandonar este lugar al amanecer, en seguida que pueda distinguirse el camino entre las tierras pantanosas.

—Veo que tenéis ganas de libraros de mí, joven —afirmó el fugitivo— y, sin embargo, aún me detestaríais más si tuvierais conocimiento del acto que acabo de cometer. Os aseguro que no me sorprende, pues hay momentos en los que incluso yo estoy hastiado de mí mismo. ¿No os parece una prueba dolorosa para cualquier mortal ser llamado a ejecutar los justos y verdaderos juicios del Señor^[4]? Pues, siendo todavía de carne y hueso, no podemos evitar sentir esa compasión que hiela nuestras entrañas cuando asestamos un golpe sobre el cuerpo de alguno de nuestros semejantes. ¿Creéis que cuando un despreciable tirano ha sido derrocado, los instrumentos de su castigo recuerdan la parte que han desempeñado en su caída sin amedrentarse? ¿Acaso no deben cuestionarse a veces la verdad de esa inspiración que

les ha empujado a actuar? ¿No deben desconfiar del origen de ese fuerte impulso con el que creen que han sido escuchadas y confirmadas sus oraciones y que, en su distorsionada percepción, puede hacerles confundir la Verdad con un poderoso engaño del enemigo^[5]?

—Son asuntos que no estoy preparado para discutir con vos, señor Balfour —contestó Morton—; pero reconozco que tendría serias dudas sobre el origen de cualquier inspiración divina que me dictara un modo de comportamiento contrario a los sentimientos naturales de todo ser humano, pues creo que éstos deben servir para guiar nuestros actos.

Aquellas palabras parecieron disgustar a Balfour, quien se apresuró a ponerse en pie; mas no tardó en recuperar el dominio de sí mismo.

—No es de extrañar que penséis así —añadió fríamente—; aún no habéis logrado escapar de los calabozos de la ley^[6], un pozo más oscuro que aquel en el que echaron a Jeremías, la mazmorra de Melquías, hijo del rey Hamelmélec, en la que no había agua sino fango^[7]. Sin embargo, lleváis marcado el sello de los covenanters en vuestra frente^[8], y el vástago de un hombre virtuoso y justo que luchó hasta la muerte cuando la bandera fue izada sobre las montañas^[9] no se condenará como si fuera uno de los hijos de la oscuridad. ¿Acaso creéis que en estos tiempos de amargura y de dolor lo único que se nos exige es mantener la ley moral mientras nuestra fragilidad carnal nos lo permita? ¿Pensáis que nuestras conquistas deben únicamente limitarse a dominar nuestras peores y más corruptas inclinaciones y pasiones? No... Seremos llamados cuando nos aprestemos a disputar valerosamente la carrera^[10] y hayamos desenvainado nuestras espadas para golpear con su filo a los impíos, aunque se trate de nuestros vecinos, y a los poderosos y malvados, aunque sean de nuestra propia familia o muy queridos por nosotros.

—Vuestros enemigos os acusan de tener esa clase de sentimientos —aseguró Morton—, lo cual ayuda a justificar, no a exculpar, las crueles medidas que el Consejo ha tomado contra vosotros. Afirman que pretendéis seguir únicamente los dictados de la luz interior que dirige vuestras conciencias y rechazáis la autoridad de la magistratura, llegando incluso a desobedecer las leyes comunes a todos los hombres cuando se oponen a lo que llamáis vuestro espíritu.

—Se equivocan —respondió el covenanter—; son ellos los perjurios que rechazan las leyes divinas y humanas y que ahora nos persiguen por continuar defendiendo el Covenant^[11] firmado entre Dios y el reino de Escocia; todos juraron respetarlo en el pasado, excepto un pequeño grupo de viles papistas, y ahora lo queman en los mercados y lo pisotean entre burlas. ¿Acaso fueron los papistas quienes trajeron de nuevo a este país a Carlos Estuardo^[12]? Sé que lo intentaron con todas sus fuerzas, pero fracasaron. ¿Lograron James Grahame de Montrose y su ejército de indeseables de las Tierras Altas devolverle el trono de su padre? Creo que la exhibición de sus cabezas en Westport^[13] narró durante mucho tiempo otra historia. Sólo los hombres

dedicados a los trabajos más gloriosos, aquellos que reformaron la belleza del tabernáculo^[14], consiguieron elevarle nuevamente al lugar de donde su padre había caído. ¿Y cuál ha sido nuestra recompensa? En palabras del profeta: «Esperábamos paz, y no hubo bien; tiempo de curación, y hubo cuidado. Desde Dan se deja oír el resuello de sus caballos. Al relincho sonoro de sus corceles tembló la tierra toda. Vendrán y comerán el país y sus bienes, la ciudad y sus habitantes»^[15].

—Señor Balfour —repuso Morton—, no pretendo suscribir o refutar vuestras quejas contra este gobierno. He tratado de pagar la deuda que mi padre había contraído con vos proporcionándoos un refugio, pero esto no significa que vaya a comprometerme con vuestra causa o la de vuestros enemigos. Ahora os dejaré descansar; habría deseado con todo mi corazón poder ofreceros un lugar más confortable.

—¿Os veré nuevamente por la mañana, antes de partir? Confío en que así sea. No soy un hombre que eche de menos a familiares o amigos. Cuando puse la mano en el arado, acordé no volver a mirar hacia atrás^[16]. Pero el hijo de mi viejo camarada es como si fuera mi propio hijo, y al contemplar su rostro tengo la certeza de que algún día defenderá con su espada la misma causa noble y justa por la que su padre dio la vida.

Morton prometió avisarle cuando llegara la hora de proseguir su viaje y los dos hombres se separaron.

El joven intentó dormir unas horas, pero su imaginación, alterada por los acontecimientos del día, le impidió descansar. Terribles imágenes protagonizadas por su nuevo amigo aparecían ante sus ojos. La hermosa figura de una Edith Bellenden llorosa y con los cabellos en desorden se mezclaba en sus sueños, y parecía acudir a él en busca de consuelo y de ayuda; mas no estaba en su poder prodigárselos. Despertó de aquellas pesadillas con un pulso febril y un corazón que presagiaba el desastre. Comenzaba a clarear en las lejanas colinas: una nueva mañana de verano amanecía en todo su esplendor.

«He dormido demasiado —pensó Morton—; debo apresurarme y hacer que ese pobre fugitivo se ponga en camino».

Se vistió presuroso, abrió la puerta de la casa con el mayor sigilo y corrió hacia el refugio del covenanter. Entró de puntillas, pues el tono y los ademanes decididos de aquel extraño individuo, así como la singularidad de sus palabras y de sus creencias, le habían impresionado vivamente, despertando en él una mezcla de respeto y temor. Balfour continuaba dormido. Un rayo de luz caía sobre el lecho e iluminaba sus duras facciones, que un gran desasosiego interior parecía agitar. No se había desvestido. La manta dejaba al descubierto sus dos brazos: la mano derecha tenía el puño fuertemente cerrado y, tal como suele ocurrir en los sueños violentos, golpeaba de vez en cuando al aire; a veces movía el brazo izquierdo, que tenía extendido, como si tratara de rechazar algún enemigo. El sudor cubría su frente, «al igual que aparecen las burbujas en una corriente recién removida»^[17], y todos los gestos que

manifestaban sus emociones iban acompañados de palabras entrecortadas que salían de vez en cuando de sus labios.

—Ha llegado vuestra hora, Judas, ha llegado vuestra hora. No os abracéis a mis rodillas... Acabad con él. ¿Un profeta? Un profeta de Baal^[18] debe ser conducido y asesinado en el torrente de Quisón. Las armas de fuego no podrán con él^[19]... Golpeadle... Clavad el frío acero en sus entrañas... no dejéis que sufra, aunque sólo sea por respeto a sus canas...

Morton sintió gran inquietud al escuchar aquellas exclamaciones, pues brotaban de los labios de Balfour, incluso en medio del sueño, con la misma ferocidad que si acompañaran a un acto de enorme violencia. El joven sacudió por el hombro a su huésped para despertarlo.

—Conducidme donde queráis, y confesaré mi acción —fueron sus primeras palabras.

Al mirar a su alrededor, el fugitivo recuperó la conciencia de quién era y de dónde se hallaba, así como su acostumbrada calma y seriedad, y, cayendo de rodillas antes de dirigirse a Morton, pronunció una breve y fervorosa oración por la doliente Iglesia de Escocia, rogando al Cielo que supiera apreciar la sangre de sus santos y de sus mártires, y que el escudo del Todopoderoso amparara al resto de los covenanters que, por amor hacia Él, vivían dispersos en las tierras baldías. Y pidió finalmente venganza, una venganza terrible y fulminante, empleando un lenguaje grandilocuente y ampuloso que el orientalismo de las Sagradas Escrituras hacía aún más sobrecogedor.

Cuando hubo terminado sus plegarias, se puso en pie y, cogiendo del brazo al joven, bajó con él al establo; una vez allí, el Vagabundo, si damos a Burley el apodo que solían tener sus correligionarios, comenzó a preparar el caballo para proseguir el viaje. Una vez que lo hubo ensillado y le colocó las bridas, Burley pidió a Morton que le acompañara un trecho por el bosque para indicarle el camino de los páramos. El joven aceptó de buena gana, y caminaron silenciosos bajo la sombra de los hermosos árboles centenarios, siguiendo lo que parecía un sendero natural que, tras cruzar el bosque durante media milla, les condujo hasta unas tierras desoladas y agrestes que se extendían hasta el pie de las colinas.

—Me pregunto si las palabras que os dije la pasada noche han tenido algún efecto sobre vos... —dijo Burley rompiendo el silencio.

—Mis opiniones no han cambiado y tengo el firme propósito de conjugar, en la medida de lo posible, los deberes de un buen cristiano con los de un hombre amante de la paz —respondió Morton.

—Eso significa que deseáis servir a un tiempo a Dios y al Dinero^[20] —se apresuró a añadir Burley—. ¿Hablaréis en nombre de Dios un día, obedeciendo al siguiente las órdenes de una autoridad tiránica y terrena que os empuje a levantaros en armas para derramar la sangre de quienes lo han dejado todo por seguir al Señor^[21]? ¿Pensáis que el que toca la pez, permanece inmaculado^[22]? ¿Acaso creéis

posible mezclarlos con los malignos, papistas, latitudinarios y libertinos, compartir sus juegos, semejantes a los alimentos ofrecidos a los ídolos paganos, entablar relaciones con sus hijas, como hicieron antes del diluvio los hijos de Dios con las hijas de los hombres^[23], y a pesar de todo ello seguir libre de contagio? Yo os digo que cualquier contacto con los enemigos de la Iglesia es el anatema que Dios aborrece. ¡No toquéis, no probéis, no acariciéis^[24]! Y no os aflijáis, joven amigo, si sois llamado a abandonar a quienes amáis y a renunciar a los placeres que no son más que trampas para vuestros pies^[25]. Sabed que el hijo de David reveló que no existe mejor destino para un hombre.

Subió entonces a lomos de su caballo y, volviéndose hacia Morton, repitió el texto de las Sagradas Escrituras: «Un pesado yugo se impuso a los hijos de Adán, desde el día en que salen del seno materno hasta el día de su regreso a la madre de todos; desde el que lleva púrpura y corona hasta el que se cubre con harapos; todos conocen la ira, la envidia, la turbación, la inquietud, el resentimiento, la discordia y el miedo a la muerte mientras descansan en su lecho»^[26].

Y después de pronunciar estas palabras, espoleó a su caballo y se apresuró a desaparecer entre las ramas de los árboles.

«Adiós, implacable fanático —pensó Morton, contemplando cómo se alejaba—. Cuando mi ánimo decae, ¡qué peligrosa podría resultar la compañía de alguien como él! Aunque no logra conmoverme su entusiasmo por las doctrinas de la fe, o más bien por una peculiar forma de culto (lo que pretendía con sus reflexiones), ¿puedo sentirme verdaderamente hombre y escocés, y contemplar indiferente una persecución que hace perder el juicio a los más sabios? ¿Acaso no luchó mi padre por la libertad civil y religiosa? ¿Obraré bien permaneciendo impasible o apoyando un gobierno opresor si existe alguna posibilidad racional de terminar con las terribles injusticias a las que están sometidos mis infortunados compatriotas? Y, sin embargo, ¿quién podrá asegurarme que ese mismo pueblo, enfurecido por el acoso, no sería tan cruel e intolerante, una vez lograda la victoria, como aquellos que ahora les hostigan? ¿Qué moderación o piedad puede esperarse de un hombre como Burley, uno de sus principales adalides? No es difícil adivinar que acaba de cometer un acto de enorme crueldad, y ni siquiera su entusiasmo por la causa logra sofocar los remordimientos que le asaltan. Estoy cansado de no ver más que ira y violencia a mi alrededor, unas veces bajo el disfraz de la autoridad legal; otras, bajo el del celo religioso. Estoy harto de este país, de mí mismo, de mi falta de independencia, de verme obligado a reprimir los sentimientos, de esos bosques, de aquel río, de esta casa... de todo menos de Edith, y ella jamás podrá ser mía. ¿Por qué la persigo en sus paseos? ¿Qué sentido tiene alentar mi ilusiones y quizá las suyas? Ella nunca será mía. El orgullo de su abuela, los principios que enfrentan a nuestras familias, mi penosa dependencia económica (un miserable esclavo que no tiene ni el jornal de un criado)... No existe la menor esperanza de llegar a coronar nuestra unión. ¿Por qué prolongar entonces tan doloroso anhelo?».

—Mas no soy ningún esclavo —exclamó en voz alta poniéndose en pie—. Nada me impide abandonar esta mansión... La espada de mi padre me pertenece, y Europa se abre ante mí, de igual modo que lo hizo antaño ante él y cientos de compatriotas que la llenaron con la fama de sus proezas. Quizá alguna circunstancia afortunada me eleve hasta el rango de nuestros Ruthvens, Lesleys o Monros, cabecillas de la famosa causa protestante^[27]; de lo contrario, me conformo con la vida o la tumba de un soldado.

Una vez tomada esa resolución, se encontró junto a la entrada de la casa y decidió hablar en seguida con su tío.

«Contemplar una vez más los ojos de Edith, pasear junto a ella, y toda mi determinación se desvanecerá. Daré un paso irrevocable... y luego iré a verla por última vez», pensó el joven.

Con este ánimo, entró en una sala recubierta con paneles de madera; su tío se encontraba ya desayunando allí un enorme plato de gachas de avena, con la correspondiente ración de leche de manteca. El ama de llaves estaba de pie junto a él, ligeramente apoyada en el respaldo de una silla, en una postura que denotaba a un tiempo familiaridad y respeto. El anciano había sido extraordinariamente alto en su juventud, pero su espalda se había encorvado de tal modo con los años que, en una ocasión en la que se había reunido con otros caballeros para decidir el arco que debía colocarse sobre un arroyo de bastante anchura, un vecino con sentido del humor propuso ofrecer a Milnewood una hermosa suma por su arqueada columna, argumentando que éste sería capaz de vender cualquier cosa que tuviera en su poder. Unos pies torcidos de tamaño gigantesco, unas manos largas y esqueléticas coronadas por uñas que rara vez sentían el acero, un delgado rostro surcado de arrugas y unos ojos grises pequeños y penetrantes —que siempre parecían querer aprovecharse de los demás— componían el poco prometedor físico del señor Morton de Milnewood. Como si hubiera sido ofensivo alojar un talante liberal y benévolo bajo tan indigna apariencia, la naturaleza le había dotado de un carácter acorde con ésta: el anciano era mezquino, egoísta y codicioso.

Cuando este simpático personaje se percató de la presencia del joven, se apresuró a tragar, antes de dirigirle la palabra, una cucharada de gachas que acababa de llevarse a la boca y que, casualmente, estaba demasiado caliente; el dolor que le ocasionó su paso de la garganta al estómago inflamó aún más el mal humor con el que esperaba a su sobrino.

—¡Que el demonio se lleve a quien lo haya preparado! —fue su primera exclamación, refiriéndose al plato de gachas.

—Os aseguro que está delicioso —afirmó la señora Wilson—, dejad que se enfríe un poco. Lo he cocinado yo misma; la gente que no tiene paciencia, debería empedrar sus gargantas...

—No os enfadéis, Alison; estaba hablando con mi sobrino. ¿Qué ocurre? ¿Por qué entráis con tanta precipitación? Ayer no regresasteis a casa hasta cerca de la

medianoche.

—Creo que lo hice aproximadamente a esa hora, señor —contestó Morton con despreocupación.

—¿Aproximadamente? ¿Qué clase de respuesta es ésa? ¿Por qué no volvisteis a casa con los demás?

—Supongo que conocéis el motivo, señor —dijo el joven—; tuve la suerte de ser el mejor tirador y, como es costumbre, me quedé a celebrarlo con el resto de los jóvenes.

—¡Diantre! ¿Y tenéis el descaro de decírmelo a la cara? ¿Acaso pretendéis invitar a vuestros amigos con lo que robáis a un hombre prudente como yo? Si me habéis ocasionado algún gasto os pondré a trabajar hasta que paguéis vuestra deuda conmigo. No veo por qué no podéis guiar el arado, ahora que el labriego nos ha dejado; sería mejor para vos que seguir vistiendo esos ropajes verdes y gastando vuestro dinero en pólvora y plomo; tendríais una ocupación honrada y os ganaríais el pan sin ser una carga para nadie.

—No sabéis cuánto lo deseo, señor, pero desconozco cómo se maneja.

—¿Y qué importancia tiene? Es mucho más sencillo que tirar con arco o disparar un fusil, actividades a las que sois tan aficionado. El viejo Davie es quien se encarga de labrar ahora, podéis ser dos o tres días su ayudante y preocuparos de que el buey no se fatigue demasiado; estaréis entonces preparado para ocupar el puesto. Os aseguro que nunca seréis más joven para aprender. La vaguada de Haggie es un terreno difícil y Davie es demasiado viejo para manejar el arado.

—Lamento interrumpiros, señor, pero he trazado un plan que servirá igualmente para descargaros del peso de mi compañía.

—¿De veras? ¿Un plan para vos? ¡Será de lo más delicado! —exclamó el anciano mientras esbozaba una sonrisa sarcástica—; escuchemos lo que tenéis que decirme, muchacho.

—Os lo explicaré en pocas palabras, señor. Tengo la intención de marcharme de Escocia y servir en el extranjero, al igual que hizo mi padre antes de que en nuestro país estallaran tan trágicos sucesos. Allí donde luchó recordarán su nombre y al menos tendré la oportunidad de probar fortuna como soldado.

—¡Válgame Dios! —exclamó el ama de llaves—. ¿Irse al extranjero nuestro joven señor Harry? ¡De ningún modo! ¡No puede ser!

Milnewood, que no tenía la menor intención de separarse de su sobrino, el cual, además, le resultaba de gran ayuda, se quedó estupefacto al escuchar la repentina declaración de independencia de un joven que hasta entonces había mostrado un respeto ilimitado a su persona. Sin embargo, no tardó en recuperarse.

—¿Y quién creéis que os dará el dinero para tan desatinada empresa? No seré yo, os lo aseguro. Apenas puedo manteneros aquí. Y tengo el convencimiento de que os casaréis, al igual que mi hermano, y de que enviaréis a casa de vuestro tío un montón de niños, que se pelearán y alborotarán por los pasillos cuando yo sea anciano, y se

escabullirán como vos siempre que les pida ayuda en la granja.

—Nunca contraeré matrimonio —aseguró Morton.

—¡Lo que hay que oír! —interrumpió el ama de llaves—. Es una vergüenza oír hablar así a un joven como vos; todo el mundo sabe que es mejor casarse que abrazarse^[28].

—¡Calma, Alison! —dijo su amo—; y vos, Henry, quitaos de la cabeza todas esas tonterías. No es más que la consecuencia de haberos dejado hacer de soldado durante un día... Recordad que carecéis de medios para llevar adelante unos planes tan descabellados.

—Perdón, señor, necesitaré muy poco; podríais darme la cadena de oro que el margrave^[29] regaló a mi padre tras la batalla de Lutzen^[30].

—¡Que Dios se apiade de nosotros! ¿La cadena de oro? —exclamó su tío.

—¿La cadena de oro? —repitió el ama de llaves, tan horrorizada como su amo ante el atrevimiento de la propuesta.

—Guardaré algunos eslabones para recordar siempre quién la ganó y en qué lugar lo hizo —continuó Morton—; el resto me proporcionará el dinero que necesito para seguir la misma profesión en la que mi padre obtuvo tan importante condecoración.

—¡Cielo santo! —dijo la señora Wilson—. Mi amo la lleva todos los domingos.

—Los domingos y los sábados —añadió el viejo Milnewood—; siempre que me pongo la capa de terciopelo negro. Dice Wylie Mactrickit que se trata de una herencia que pertenece al jefe de la familia, no al descendiente inmediato. Tiene trescientos eslabones; los he contado un millar de veces. Su valor es de trescientas libras esterlinas.

—No necesito tanto, señor. Si preferís darme una tercera parte del dinero y cinco eslabones de la cadena, tendré más que suficiente para llevar adelante mis planes; el resto servirá para paliar los gastos y problemas que os he causado.

—¡Pero este muchacho ha perdido el juicio! —exclamó el anciano—. Señor, señor, ¿qué ocurrirá con las tierras de Milnewood cuando yo muera? Mi sobrino sería capaz de tirar al suelo la corona de Escocia si fuera suya.

—¡Vamos, señor! —interrumpió el ama de llaves—. He de decir que también vos tenéis algo de culpa. No deberíais obligarle a trabajar tanto; y, puesto que ha estado en la taberna de Howff, no estaría de más que pagarais la cuenta.

—Siempre que no pase de dos dólares, Alison —afirmó Milnewood a regañadientes.

—Yo arreglaré las cosas con Niel Blane el primer día que baje al pueblo —dijo la señora Wilson—, y me costará menos que a vos o al señor Harry. Y ahora dejad de molestar a vuestro tío —susurró al joven—; pagaré el resto con el dinero de la manteca, olvidad el asunto. No volváis a mencionar lo del joven amo manejando el arado, señor —continuó diciendo en voz alta—; hay tantos infortunados whigs recorriendo el país en la miseria y que se alegrarían de hacer ese trabajo a cambio de un poco de comida y de bebida... Es más apropiado para ellos que para un caballero

como vuestro sobrino.

—Y entonces se nos echarán encima los dragones —añadió el anciano—, por ofrecer consuelo y alojar en casa a unos rebeldes que están fuera de la ley. ¡Vaya un lío en el que queréis meternos! Pero tomad vuestro desayuno, Harry. Y será mejor que luego os quitéis la chaqueta verde y os pongáis la gris^[31]; es más adecuada y económica, además de decente, que esos largos ropajes con galones.

Morton salió de la estancia, perfectamente consciente de que no tenía la menor posibilidad de lograr sus propósitos, aunque tal vez no demasiado disgustado ante los obstáculos que parecían impedirle abandonar los alrededores de Tillietudlem. El ama de llaves le siguió hasta la sala contigua, mientras le golpeaba cariñosamente en el hombro y le rogaba que fuera un buen muchacho y se quitara la ropa nueva.

—Guardaré las cintas de vuestro sombrero y pondré a un lado la banda y los galones —dijo la servicial señora—. Y no debéis volver a hablar nunca, en ninguna circunstancia, de abandonar el país o vender la cadena de oro, pues a vuestro tío le agrada enormemente cuidar de vos y contar los eslabones. Ya sabéis que a los ancianos no tarda en llegarles su hora, así que la cadena, las tierras y todo cuanto posee serán vuestros algún día; y podréis casaros con la dama que más os guste en la región y disfrutar de una espléndida mansión en Milnewood, pues os sobraré el dinero. ¿Acaso no merece la pena esperar, mi pequeño?

Hubo unas palabras casi al final del discurso de la señora Wilson que sonaron a música celestial en los oídos de Morton. El joven estrechó cordialmente la mano del ama de llaves, mientras le agradecía sus consejos y le aseguraba que, antes de tomar cualquier resolución, sopesaría con cuidado las circunstancias.

*From seventeen years till now, almost fourscore,
Here lived I, but now I live here no more.
At seventeen years many their fortunes seek,
But at fourscore it is too late a week.*

A vuestro gusto^[1]

Debemos ahora conducir a nuestros lectores hasta la Torre de Tillietudlem, donde lady Margaret Bellenden había regresado, para decirlo de un modo romántico, malcontenta y profundamente entristecida por la inesperada e indeleble afrenta que el fracaso público de Gibbie el de los Gansos había infligido a su dignidad. El infortunado jinete recibió la orden de llevar sin la menor dilación sus pertrechos emplumados a la parte más remota de las dependencias de los criados, y de no despertar por ningún concepto ni la pena ni el resentimiento de su señora presentándose ante ella antes de que el tiempo mitigara la ofensa.

La siguiente medida de lady Margaret fue organizar un ceremonioso tribunal de justicia, en el que fueron admitidos Harrison y el mayordomo, en parte en calidad de testigos y en parte de asesores, para investigar la insubordinación de Cuddie Headrigg, el labriego, y el apoyo y la complicidad de su madre, principales causas del desastre acaecido a la caballería de Tillietudlem. Una vez comprobada la acusación, lady Margaret decidió reprender personalmente a los culpables y, si no mostraban arrepentimiento, endurecer el castigo y expulsarlos de la baronía. Sólo la señorita Bellenden se atrevió a intervenir en favor de los criados; mas no les sirvió de gran ayuda, como lo habría hecho en cualquier otra circunstancia, pues en cuanto la joven hubo averiguado que el infortunado jinete no había sufrido el menor daño, fue incapaz de disimular su disposición a tomarse el incidente con humor. A pesar de la indignación de lady Margaret —que jamás perdía el dominio de sí misma—, rompió a reír en varias ocasiones en el camino de regreso a Tillietudlem, hasta que su abuela, censurando los falsos motivos alegados por Edith para justificar su regocijo, la reprendió duramente, por ser tan poco sensible al honor de su familia. Así pues, su intercesión tenía pocas probabilidades de ser atendida.

Para mostrar el rigor de su temperamento y la gravedad de la situación, lady Margaret cambió el bastón de cabeza de marfil, con el que paseaba habitualmente, por un inmenso báculo de empuñadura dorada que había pertenecido a su padre, el difunto conde de Torwood, y que sólo usaba como mazo de juez en ocasiones

especialmente solemnes. Apoyada en su imponente bastón de mando, lady Margaret Bellenden entró en la cabaña de los delincuentes.

La anciana Mause no pareció extrañarse de su llegada; se levantó de su silla de mimbre, situada en el rincón de la chimenea, y en lugar de recibirla con su habitual cordialidad, manifestando cuánto le honraba su visita, lo hizo con cierta formalidad y turbación, de igual modo que lo haría un acusado en su primera comparecencia ante el juez, aunque estuviera dispuesto a defender su inocencia. Con los brazos cruzados y los labios prietos, expresando respeto a la par que obstinación, parecía concentrar todo su ser en la solemne entrevista. Tras hacer una profunda reverencia, señaló con ademán respetuoso la silla que, en anteriores ocasiones, lady Margaret (pues a la buena señora le gustaba ir a charlar de vez en cuando a casa de la anciana) se había dignado ocupar, a veces durante media hora, para enterarse de las últimas noticias del pueblo y del condado. Pero lady Margaret estaba demasiado indignada para hacer semejante concesión. Rechazó la muda invitación con un altivo movimiento de su mano e, irguiendo la figura mientras hablaba, inició el siguiente interrogatorio en un tono calculado para abrumar al inculpado:

—¿Es cierto, Mause, como me han informado Harrison, Gudyill y algunos de mis hombres, que os habéis atrevido, en contra de la lealtad que debéis a Dios, al rey y a mí, vuestra dueña y señora, a impedir que Cuddie asistiera al *wappenschaw*, tal como había ordenado el alguacil? ¿Que devolvisteis la armadura y el resto de su equipo militar cuando ya era imposible encontrar un sustituto apropiado que ocupara su puesto? Como consecuencia de vuestra acción, la ignominia y la deshonra han caído sobre la baronía de Tillietudlem, no sólo sobre su señora sino también sobre el resto de sus habitantes, algo que no había ocurrido desde los tiempos de Malcolm Canmore^[2].

Mause había sentido siempre un profundo respeto por lady Bellenden; vaciló al oír sus palabras, y una o dos pequeñas toses delataron su dificultad para defenderse.

—Lo siento, milady —se disculpó entre carraspeos—, lamento de veras haber sido la causa de vuestra indignación, pero la enfermedad de mi hijo...

—¡No me habléis de la enfermedad de vuestro hijo, Mause! Si hubiera estado verdaderamente indispuerto, habríais venido a la torre con las primeras luces del día para pedirme algo que le hiciera bien; sabéis de sobra que tengo remedios para algunas dolencias.

—¡Ay, milady! Estoy segura de que poseéis curas maravillosas; la última que enviasteis a Cuddie cuando tuvo el cólico pareció curárselo como por encanto.

—¿Por qué entonces no acudisteis a mí, si teníais necesidad de ello? Mas vuestro hijo no estaba... ¡Cuán desleal sois, Mause!

—Nunca me habíais hablado así, milady —continuó diciendo, mientras rompía a llorar con desconsuelo—. ¡A mí, una sirvienta nacida en la casa de Tillietudlem! ¡Tener que vivir para escuchar algo semejante! Estoy segura de que han interpretado mal nuestras intenciones, si han afirmado que mi hijo no defendería hasta la muerte a

milady, a la señorita Edith y a la vieja torre. ¡Ay! Preferiría verle enterrado bajo sus piedras, antes de que os traicionara. Sin embargo, milady, esas paradas militares y *wappenschaws*... lo cierto es que no tengo una opinión muy favorable de ellos; además, no les encuentro la menor justificación.

—Pero ¿qué decís, mujer? —exclamó la ilustre dama—. ¿Acaso ignoráis que vuestro vasallaje os obliga a cumplir una serie de deberes? Los terratenientes hemos de prestar ayuda en las cacerías, acoger a los soldados de Su Majestad en nuestros hogares, vigilarlos y tutelarlos; y vos os habéis comprometido a ello en mi nombre. Vuestro servicio no es gratuito; recibís tierras a cambio. Hace mucho tiempo que sois arrendatarios de nuestra familia; disfrutáis de una vivienda, de una huerta de coles y de abundante hierba para la vaca en los pastos comunes. Pocos reciben tan buen trato como vosotros y, aun así, ¿impedís a Cuddie prestarme un día de servicio en el campo?

—No, milady... no es eso, milady —exclamó Mause, avergonzada—. Es que no se puede servir a dos amos^[3]; y si la verdad debe salir a la luz, hay Uno por encima de todos los demás cuyas órdenes debo obedecer antes que las vuestras, señoría. Jamás antepondría a éstas las de un rey o un emperador, ni las de otra criatura de este mundo.

—¿Qué queréis decir con eso, vieja y loca mujer? ¿Creéis acaso que sería capaz de ordenar algo en contra de mi conciencia?

—No he pretendido decir nada que pudiera heriros, milady; sé bien que habéis sido educada en los principios episcopalianos; pero cada uno debe seguir su propia luz, y la mía —continuó diciendo Mause, envalentonándose a medida que la conversación se animaba— me ordena abandonar la casa, el huerto, los pastos y sufrir sus consecuencias, antes que colocar el arnés a una causa ilícita.

—¿Ilícita? —repitió lady Bellenden—. ¿Una causa que vuestra ama y señora os ha pedido defendáis, que el rey ha ordenado, que el Consejo Privado y el representante de la Corona han autorizado, y que cuenta con el mandamiento judicial del alguacil?

—Así es, milady; mas, sin ánimo de disgustaros, os contaré que hubo una vez un rey en las Escrituras llamado Nabucodonosor, que mandó erigir una estatua de oro en la llanura del Dura, como podría haberse hecho allá a lo lejos en la ribera, donde se celebró ayer la parada militar; y advirtió a los príncipes, gobernadores, capitanes, e incluso a los jueces, tesoreros, consejeros y alguaciles que le rindieran culto, y les ordenó que se postraran y la adorasen en cuanto escucharan el sonido de la trompeta, los timbales, el órgano, la flauta, las gaitas, y los demás instrumentos musicales.^[4]

—¿Qué significa todo eso, loca mujer? ¿Qué tiene que ver Nabucodonosor con el *wappenschaw* del Alto Distrito de Clydesdale?

—Mucho, milady —continuó diciendo Mause con firmeza—. Las autoridades eclesiásticas de aquí son como la estatua de oro de la llanura del Dura, y de igual modo que Sidrac, Misac y Abdénago se negaron a postrarse ante ella y adorarla,

tampoco Cuddie Headrigg, el humilde labriego de vuestra señoría, al menos con el consentimiento de su anciana madre, hará contorsiones ni genuflexiones, como las llaman, en casa de curas y prelados, o ceñirá la armadura para luchar por su causa, al escuchar el sonido de las trompetas, los timbales, los órganos, las gaitas o cualquier otro instrumento musical.

Lady Margaret Bellenden escuchó el relato de las Escrituras con toda la indignación y la sorpresa de que era capaz.

—Ya veo de dónde sopla el viento —dijo, tras unos instantes de estupefacción—; el espíritu maligno del año 1642^[5] trabaja de nuevo con la misma alegría de siempre, y cualquier anciana en el rincón de su chimenea cree saber más que los doctores en teología y los devotos padres de la Iglesia.

—Si os referís, milady, a obispos y curas, estoy segura de que sólo han sido los padrastros de la Iglesia de Escocia. Y, puesto que deseáis expulsarnos de Tillietudlem, soy libre para deciros lo que pienso sobre otra cuestión. Vuestra señoría y el administrador han propuesto a mi hijo Cuddie trabajar en el granero con una máquina moderna que separa el grano de la paja, lo que significa alterar los planes de la Divina Providencia; pues levanta viento en beneficio de vuestra señoría de forma artificial, en lugar de solicitarlo por medio de la oración, o esperar pacientemente a que Dios quiera enviarlo al lugar donde se trilla la mies. Y ahora, mi señora...

—¡Qué mujer tan necia e insensata! —exclamó lady Margaret, y adoptando un tono autoritario e indiferente, afirmó—: Está bien, Mause, terminaré por donde debí empezar. Sois demasiado sabia y piadosa para discutir con vos, así que me limitaré a deciros una cosa: o Cuddie acude a las reuniones militares si así lo requiere el oficial del condado, o cuanto antes emprendáis el vuelo y desaparezcáis de mi feudo, mejor. No hay escasez de ancianas ni de labradores; pero, si la hubiera, preferiría que las tierras de Tillietudlem no dieran más que malas hierbas antes de que fueran labradas por unos enemigos del rey.

—Está bien, milady —manifestó Mause—, he nacido aquí, y pensé que acabaría mis días donde mi padre murió. Habéis sido una buena señora, nunca lo negaré, y jamás dejaré de rezar por vos y por la señorita Edith; quizá algún día comprendáis lo desviado que está vuestro camino^[6]. Sin embargo...

—Pero ¿qué decís? —interrumpió lady Bellenden—. ¿Cómo podéis mostrar tanto descaro?

—Ay, milady, tan sólo somos ciegos que habitamos en este valle de lágrimas y de oscuridad, y cometemos muchos errores, tanto los poderosos como los humildes, pero, tal como os he dicho antes, mi bendición irá siempre con vos y los vuestros; allí donde me encuentre, sentiré un gran desconsuelo si oigo hablar de vuestra aflicción, y una gran alegría si gozáis de prosperidad, temporal y espiritual. Pero no puedo anteponer los mandamientos de una señora de este mundo a los del Señor Celestial, por lo que me dispongo a sufrir persecución por causa de la justicia.^[7]

—Está bien —exclamó lady Margaret, dándole la espalda muy enojada—; ya

conocéis mi opinión sobre el asunto. No admitiré whigs presbiterianos en la baronía de Tillietudlem; el paso siguiente sería instalar un conventículo en mis habitaciones privadas.

Y después de estas palabras, se marchó con aires de gran dignidad. Y Mause, dando rienda suelta a los sentimientos que había reprimido durante la entrevista — pues, al igual que lady Margaret, también ella tenía su orgullo—, se puso a llorar a gritos^[8].

Cuddie, a quien su enfermedad, real o ficticia, mantenía aún en la cama, había estado escondido durante toda la reunión, cómodamente instalado en su litera^[9], temiendo con horror que lady Margaret, por la que sentía un gran respeto, descubriera su presencia y le dedicase personalmente alguno de los amargos reproches que descargaba en su madre. En cuanto se percató de que lady Bellenden estaba lejos, salió de su nido.

—¡Que todos los maleficios caigan sobre vos! —gritó a su madre—. ¡Ya decía mi padre, un hombre honrado, que os ibais de la lengua con demasiada facilidad! ¿No podíais haber dejado en paz a la señora con vuestras historias de whigs? ¡Y yo como un estúpido, dejándome persuadir y escondiéndome entre las sábanas como un cobarde, en lugar de acudir al encuentro como los demás! ¡Diantre! Habéis de saber que os engañé, pues en cuanto disteis media vuelta, salté por la ventana, me fui a tirar al papagayo, y quedé tercero. Es cierto que con vuestras tonterías mentí a milady, pero no iba a defraudar a mi novia; aunque ahora podrá casarse con quien desee, pues yo estoy acabado. Es un castigo aún peor que el que nos infligió el señor Gudyill, cuando no me dejasteis probar el pastel de pasas y ciruelas el día de Nochebuena^[10], como si fuera asunto de Dios o de los hombres que un labriego cenara pasteles de carne picada o gachas agrias.

—Calla, hijo mío, calla —replicó Mause—, no sabes de qué estás hablando: la carne estaba prohibida, y los cristianos protestantes no pueden comer las viandas que se preparan los días de fiesta.

—Además —continuó diciendo Cuddie—, habéis puesto a lady Margaret en contra nuestra. Y pensar que podría haber conseguido una buena ropa si hubiera saltado de la cama y le hubiese contado que estaba dispuesto a ir a caballo donde ella quisiera, de día o de noche; y seguro que nos habría dejado ocupar la casa y el patio donde crecen las mejores coles rizadas de todo el país y los más ricos pastos para la vaca.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué hijo tan maravilloso tengo! —interrumpió Mause—. No te quejes de los designios divinos, Cuddie, y jamás lamentes sufrir por una buena causa.

—Qué sé yo si la causa es buena o mala, madre —replicó el joven—; todo cuanto proclamáis con vuestra doctrina está muy lejos de mi comprensión. No veo gran diferencia entre los dos caminos, como dicen los demás. Es cierto que los curas leen una y otra vez las mismas palabras; y, si éstas son justas y verdaderas, ¿por qué no hacerlo así?^[11] Supongo que una buena historia no empeora si se cuenta dos veces; y

de ese modo puede entenderse mejor. No todo el mundo comprende las cosas con tanta rapidez como vos, madre.

—¡Ay, mi querido Cuddie! Eso es lo que más me apena. ¿Cuántas veces te habré explicado la diferencia entre una doctrina evangélica pura y la corrompida por las invenciones de los hombres? Hijo mío, si no lo haces por la salvación de tu alma, hazlo por respeto a mis cabellos grises...

—Bueno, madre —dijo Cuddie, interrumpiéndola—, ¿qué necesidad tenéis de armar tanto alboroto? He hecho siempre lo que me habéis ordenado, he asistido a la iglesia todos los domingos y os he atendido bien el resto de la semana. Lo que más me preocupa es pensar cómo voy a apañármelas con vos en estos tiempos tan difíciles. Ignoro si sabré labrar un terreno que no pertenezca a los Mains y a Mucklewhame; al menos nunca lo he intentado, y no será fácil para mí. Además, ningún terrateniente de los alrededores se atreverá a dar empleo a alguien que ha sido expulsado por whig. Quizá tengamos que ir a una lejana región, a doce o quince millas de aquí. También podría unirme a los dragones, sé montar a caballo y manejar bastante bien el sable; pero estaríais todo el día mascullando vuestras bendiciones y recordándome vuestras canas —en ese punto las protestas de Mause se hicieron extremadamente enérgicas—. Pero ya hemos hablado de eso, y, además, sois demasiado vieja para ir sentada de cualquier modo en un furgón del ejército junto a Eppie Dumblane, la mujer del cabo. No sé qué será de nosotros. Tal vez acabe reuniéndome con los salvajes whigs de las colinas, como suelen llamarlos, y mi destino sea acabar cazado como una liebre o que me manden al Cielo con una soga al cuello.

—Ay, mi querido Cuddie, contén esas palabras tan egoístas y confía en la Divina Providencia. No he visto al hijo del justo mendigando un trozo de pan^[12], así lo proclama el texto sagrado; y tu padre era un hombre honrado y respetable, aunque demasiado apegado a las cosas de este mundo, al igual que tú, hijo mío.

—Está bien —exclamó Cuddie, tras considerar la situación durante unos momentos—. Sólo se me ocurre una salida a nuestros problemas, y no deja de presentar ciertas dificultades. Supongo que habréis adivinado, madre, la buena relación que existe entre la señorita Edith y Henry Morton, que debería ser conocido como el joven Milnewood, a los que he llevado en ocasiones algún pequeño libro o misiva que se cruzaban entre sí, simulando no saber de quién provenían, a pesar de estar enterado de ello. A veces conviene aparentar ser un poco estúpido... Los he visto pasear a menudo juntos por el sendero de Dinglewood-burn al atardecer, sin que ellos se dieran cuenta. Mas nadie ha sabido una palabra de esto por boca de Cuddie; sé que soy un poco torpe, pero tan honrado como nuestro viejo buey. ¡Pobre de mí! No creo que vuelva a encontrar trabajo. Espero que traten tan bien como a mí al labriego que ocupe mi puesto. Pero, tal como os iba diciendo, iremos a Milnewood y contaremos al señor Harry nuestros problemas. Necesitan un labrador, y la tierra no es muy diferente de la nuestra. Estoy seguro de que nos ayudará, es un caballero de

buen corazón. Mi paga será pequeña, pues su tío, el viejo Nippie Milnewood, tiene el puño tan cerrado como el mismísimo diablo. Pero tendremos un poco de pan, un plato de sopa, un lugar cerca del fuego y un techo sobre nuestras cabezas, y eso es lo único que necesitamos para la temporada. Así que, levantaos, madre, y preparad vuestras cosas, pues no tenemos más remedio que marcharnos; no quiero ver cómo el señor Harrison y el viejo Gudyill nos echan por la fuerza.

The devil a puntan, or any thing else, he is, but a time-server.

Noche de Reyes^[1]

Anocheecía cuando Henry Morton vio acercarse a la casa de Milnewood a una anciana que, envuelta en su manto de tartán^[2], se apoyaba en un joven corpulento de aspecto algo torpe, vestido con una chaqueta de basto paño. La vieja Mause le saludó, mas Cuddie fue el primero en dirigirle la palabra. Había acordado previamente con su madre que, en aquella ocasión, las cosas se harían a su modo; a pesar de conocer sus limitaciones y someterse habitualmente a los deseos de la anciana, estaba convencido de que tenía muchas más posibilidades que ella de conseguir trabajo o progresar en la vida, aunque su madre tuviera la misma labia que un ministro de la Iglesia.

Así pues, fue él quien inició la conversación con el joven Morton:

—Qué noche tan espléndida para el centeno, señoría; los sembrados del oeste estarán brotando con fuerza.

—Sin duda, Cuddie; pero me gustaría saber qué ha podido traer a vuestra madre... porque se trata de vuestra madre, ¿no es cierto?

El joven asintió.

—No comprendo qué ha podido empujaros a venir tan tarde a través de los pantanos —continuó Morton.

—¡La necesidad! Lo único que hace correr a las viejas, señor... Estoy buscando trabajo.

—¿En esta época del año? ¿Qué ha sucedido?

Mause no pudo contenerse por más tiempo. Orgullosa de su causa y de sus sufrimientos, exclamó en un tono de falsa humildad:

—El Cielo ha querido enviarnos este castigo, señoría.

—¡Malditas sean las mujeres! —dijo en voz baja Cuddie a su progenitora—. Si empezáis a hablar como un whig, todas las puertas del país se cerrarán ante nuestras propias narices.

Y, dirigiéndose nuevamente a Morton, se disculpó:

—Mi madre tiene demasiados años, señor; se propasó con milady, quien, como es lógico, no tolera que le lleven la contraria, especialmente su propia gente. Y lo cierto es que el señor Harrison, el administrador, y el señor Gudyill, el mayordomo, no nos aprecian demasiado... Y ya sabéis que no es bueno vivir en Roma y pelearse con el Papa, de modo que nos apresuramos a marcharnos, antes de que las cosas

empeoraran... Aquí tengo una nota para vos, señor; os la envía alguien que conocéis y quizá os explique mejor lo ocurrido.

Morton cogió la misiva y, ruborizándose hasta las cejas, entre la alegría y el asombro, leyó las siguientes palabras:

Si pudierais ayudar a estos seres desamparados, os quedaría sumamente agradecida.

E. B.

—¿Qué clase de trabajo buscáis, Cuddie? ¿En qué podríais sernos de utilidad? —preguntó cuando hubo recuperado la suficiente calma.

—Puedo hacer cualquier cosa, señor. Sólo quiero entrar a vuestro servicio y tener un lugar donde mi madre y yo podamos cobijarnos; si pudiéramos conseguir un carro, traeríamos nuestras pertenencias. Necesitaríamos también leche y harina, y algunos vegetales, pues los dos tenemos buen apetito. En cuanto al jornal, lo dejo en vuestras manos y en las del señor de Milnewood. Sé que, de poder evitarlo, nunca permitiríais a nadie abusar de un pobre muchacho.

Morton negó con la cabeza.

—En lo que se refiere a la comida y al alojamiento, Cuddie, creo que puedo prometeros algo; pero temo que no resultará nada fácil conseguir un jornal.

—Correré el riesgo, señor; de otro modo, tendría que seguir hasta Hamilton, o quizá incluso más lejos.

—Está bien; entrad en la cocina, Cuddie, y veré qué puedo hacer por vosotros.

La negociación no estuvo exenta de dificultades. Morton habló en primer lugar con el ama de llaves, que le hizo innumerables objeciones, pues le encantaba hacerse de rogar. Sin embargo, una vez que logró persuadirla, fue relativamente fácil convencer al viejo Milnewood para que contratara a un criado dispuesto a cobrar la cantidad que él estipulara. Asignaron, pues, una pequeña cabaña a Cuddie y a su madre, y establecieron que los recién llegados compartirían los frugales alimentos de la familia mientras organizaban su nuevo hogar. Morton entregó casi todos sus escasos ahorros a Cuddie, con el pretexto de que acababa de contratarle; quiso manifestar así la importancia que concedía a la misiva que éste le había hecho llegar.

—Volvemos a establecernos, madre —dijo Cuddie—, y, aunque no estemos tan cómodos como antes, la vida es así; y, además, ahora vivimos con gente decente, que acude a la iglesia presbiteriana y comparte nuestras creencias. Es algo que nadie puede discutir.

—¿Te refieres a mis creencias? ¡Cuánto me aflige tu ceguera y la suya, querido hijo! Ay, Cuddie, tan sólo se hallan en el patio de los gentiles^[3], y me temo que jamás pasarán de allí; apenas son mejores que los defensores del episcopado. Asisten a los servicios religiosos de Peter Poundtext, quien, después de haber predicado sabiamente la palabra del Señor, se ha convertido en uno de esos pastores sin fe; y, a cambio de un salario y de la protección de su familia, ha abandonado el angosto

camino^[4] y se ha extraviado en pos de la Indulgencia Negra. ¡Ay, hijo mío! Si hubieras sabido aprovechar las enseñanzas del Evangelio que escuchaste en el Glen de Bennogar a nuestro amado Richard Rumbleberry, aquel dulce joven que sufrió martirio en el Grassmarket^[5], antes de Candlemas. ¿Acaso no le oíste decir que el erastianismo^[6] era tan malo como el episcopado, y la Indulgencia tan nociva como el erastianismo?

—Si alguien os oyera hablar así —le interrumpió Cuddie—, nos echarían de esta casa antes de saber dónde dirigirnos. Sólo os diré una cosa más, madre. Si vuelvo a oíros alborotar delante de los demás, pues a mí no me importan vuestras necesidades, únicamente me dan sueño, si os oigo afirmar más tonterías en público sobre Poundtexts y Rumbleberries, doctrinas y malignos, me enrolaré como simple soldado, o tal vez como sargento o capitán; por mí, podéis marcharos al infierno tanto Rumbleberry como vos. Nunca saqué nada bueno de sus enseñanzas, tan sólo un fuerte cólico después de pasarme sentado cuatro horas seguidas en tierras pantanosas. Recuerdo que milady me obligó a tomar una medicina muy amarga; de haber sabido cómo había enfermado, no habría tenido tanta prisa por curarme.

A pesar de lamentar en su fuero interno que Cuddie fuera tan testarudo y no mostrara la menor señal de arrepentimiento, Mause decidió hacer caso de sus advertencias. Conocía bien el carácter de su difunto marido, a quien tanto se parecía aquel único vástago, y recordó que, aunque solía someterse gustoso a su voluntad —reconociendo mayor inteligencia en ella—, en situaciones extremas podía dar muestras de una gran tozudez que ni las reconvenciones, ni las lisonjas, ni las amenazas eran capaces de paliar. Por ese motivo, temblando ante la posibilidad de que el joven cumpliera sus amenazas, decidió morderse la lengua, e incluso cuando alguien afirmó en su presencia que Poundtext era un predicador virtuoso y capaz, tuvo el buen sentido de no abrir la boca para contradecirle y se limitó a expresar su desacuerdo suspirando hondamente, lo que hizo creer a los demás que recordaba con viveza los fragmentos más conmovedores de sus homilías. Resulta difícil saber cuánto tiempo habría logrado reprimir sus sentimientos. Un accidente inesperado la libraría de semejante necesidad.

El señor de Milnewood mantenía las antiguas tradiciones que le ayudaban a economizar. Así pues, todavía era costumbre en su casa —tal como había sido habitual en toda Escocia aproximadamente cincuenta años antes— que los criados, después de disponer los alimentos sobre la mesa, se sentaran en un extremo y comieran en compañía de sus señores. El día de la llegada de Cuddie, el viejo Robin, que hacía las funciones de mayordomo, ayuda de cámara, lacayo, jardinero y cualquier cosa que precisara la mansión de Milnewood, colocó sobre la mesa una inmensa olla de caldo, enriquecida con harina de avena y col, en la que se veían flotar, tras una minuciosa observación, dos o tres costillas de carne magra de cordero. Dos grandes cestas, una con panecillos de harina de cebada y guisantes, y otra con tortas de avena, acompañaban al plato principal. Un salmón hervido habría reflejado

en nuestros días una economía más liberal; sin embargo, en aquellos tiempos abundaban tanto en los ríos escoceses que era frecuente pescarlos para alimentar a los criados, quienes, según dicen, ponían a veces como condición no verse obligados a tomar un alimento tan nutritivo e indigesto más de cinco veces a la semana. Los sirvientes bebían a discreción de un enorme jarro de cuero, donde guardaban la insípida cerveza que fermentaban en el propio Milnewood, y podían comer cuantos panecillos, tortas y platos de caldo desearan; el cordero, sin embargo, estaba reservado para los dos amos y para la señora Wilson. La buena cerveza, destinada únicamente para ellos, estaba en un pichel^[7] de plata. Un queso de gran tamaño — fabricado con leche de oveja y de vaca— y un tarro de mantequilla salada estaban a disposición de todos los comensales.

Para disfrutar de tan deliciosa comida, el anciano señor se situó en la cabecera de la mesa, entre su sobrino y el ama de llaves. A una gran distancia, al otro lado del salero^[8], se sentaron el viejo Robin, un pobre criado medio muerto de hambre, malhumorado y contrahecho, y una sucia doncella, a quien los caprichos y las órdenes de su amo y de la señora Wilson parecían haber vuelto insensible; el trillador, un pastor de pelo blanco y Cuddie, el nuevo labriego, y su madre completaban el grupo. Los demás trabajadores de la propiedad residían en sus propias casas, lo cual constituía una bendición para ellos, pues, aunque sus alimentos no fueran más exquisitos que los que acabamos de describir, podían al menos comer en abundancia sin que el viejo Milnewood, quien parecía controlar cuanto comían y bebían cada uno de sus sirvientes, clavara en ellos sus penetrantes ojos grises, con tanta atención como si quisiera acompañar el paso de cada bocado desde los labios hasta el estómago. Una observación tan minuciosa no favoreció en nada a Cuddie, que causó muy mala impresión a su nuevo amo por la silenciosa rapidez con la que engullía los alimentos. Y, de vez en cuando, Milnewood levantaba la vista del voraz criado y miraba con indignación a su sobrino, pues no sólo le había obligado a contratar a un labriego por su aversión a las faenas del campo, sino que también le había recomendado a aquel auténtico glotón.

«¿Pagarle un jornal? —pensó Milnewood—. Comerá más en una semana de lo que pueda trabajar en un mes».

Un fuerte aldabonazo en la entrada vino a interrumpir tan desagradables reflexiones. Cuando las familias se sentaban a la mesa, era costumbre en Escocia cerrar con llave el portón que daba acceso al patio o, de no existir éste, la puerta de la casa; y únicamente se dejaba entrar a los invitados de importancia o a quienes acudían con algún asunto urgente que resolver. Por esa razón, los habitantes de Milnewood se sintieron sorprendidos y en cierta medida alarmados, debido a la inestabilidad de la época, al oír tan decididos y reiterados golpes. La señora Wilson corrió personalmente hasta la entrada y, después de reconocer a los recién llegados a través de la mirilla secreta que solían tener casi todas las puertas escocesas, regresó al comedor, retorciéndose las manos con desesperación.

—¡Casacas rojas! ¡Casacas rojas! —gritó.

—Robin, labriego... ¿cuál es tu nombre?, Benny, Nevoy Harry, abrid en seguida... —exclamó el viejo Milnewood, mientras cogía dos o tres cucharas de plata que había en su lado de la mesa y las escondía en el bolsillo; en la parte de los criados, éstas eran de simple asta—. Mostraos corteses con ellos... No tolerarán la menor insolencia. ¡Que el Señor se apiade de nosotros! ¡Estamos perdidos! ¡Estamos perdidos!

Mientras los sirvientes dejaban entrar a los soldados, cuyos juramentos y amenazas manifestaban su mal humor por la espera, Cuddie aprovechó la oportunidad para susurrar a su madre:

—Ahora haceos la sorda, vieja estúpida, y dejadme hablar a mí. No quisiera que me ahorcaran por culpa de los parloteos de una anciana, aunque se trate de mi propia madre.

—¡Ay, hijo mío! Me callaré para que no te ocurra nada malo —respondió Mause —; pero recuerda que aquel que niega al Señor, será negado por éste^[9]...

Sus advertencias se vieron interrumpidas por la entrada de la guardia, un grupo de cuatro dragones comandados por Bothwell.

Los altos tacones de acero de sus botas militares y el entrechocar de las largas y pesadas fundas de sus espadas les hacían avanzar con estrépito sobre el suelo empedrado. Milnewood y su ama de llaves se estremecieron al recordar los actos de pillaje y las multas que solían acompañar a aquellas visitas. Henry Morton tenía otro motivo para inquietarse: sabía que era responsable ante la ley de haber escondido a Burley. La viuda Mause Headrigg se debatía entre el temor por la vida de su hijo y un exacerbado fervor religioso, que parecía reprocharle haber aceptado traicionar sus creencias, aunque sólo fuera de manera tácita. Los demás criados temblaron de miedo sin saber por qué. Únicamente Cuddie, con ese aire indiferente y algo necio que en ocasiones adoptan nuestros campesinos para ocultar su enorme astucia y sagacidad, continuó engullendo grandes cucharadas de caldo, pues, aprovechando la confusión, había acercado la enorme sopera a su escudilla y se había servido por séptima vez.

—¿Qué deseáis de nosotros, caballeros? —preguntó Milnewood, inclinándose ante los satélites del poder.

—Venimos en nombre del rey —repuso Bothwell—. ¿Por qué demonios habéis tardado tanto en abrirnos?

—Nos encontrábamos almorzando —se disculpó el anciano—, y la puerta estaba cerrada con llave, como es habitual en las granjas del país. Si hubiera sabido que unos hombres de Su Majestad se hallaban en la entrada, caballeros... Pero ¿no desearíais beber un poco de cerveza... o de coñac... o una copa de vino blanco de Canarias... o de clarete? —exclamó, haciendo una pausa tan larga entre uno y otro ofrecimiento que parecía un avaro postor que se resistiera a hacer una nueva oferta en la subasta.

—Un clarete para mí —contestó uno de los soldados.

—Prefiero cerveza —añadió otro—, siempre que sea como la de John

Barleycorn^[10].

—No la encontraréis mejor —aseguró Milnewood—; si bien temo no poder decir lo mismo del clarete. Es una bebida insípida y sin cuerpo.

—El coñac solucionará ese problema —dijo un tercer joven—; una copa de coñac cada tres vasos de vino evita el ardor de estómago.

—Coñac, cerveza, vino blanco de Canarias y clarete... lo probaremos todo —exclamó Bothwell—, y continuaremos bebiendo lo que más nos guste. No hay duda de que es una decisión juiciosa, y lo seguiría siendo aunque la tomara el peor whig de Escocia.

Milnewood se apresuró a sacar dos pesadas llaves que entregó a la señora Wilson; el ligero estremecimiento de sus músculos delató su desagrado.

—El ama de llaves —continuó Bothwell— no es tan joven ni tan bonita como para que un hombre sienta la tentación de acompañarla hasta la bodega, y ¡qué demonios! Aquí no hay nadie que merezca la pena enviar en su lugar. ¿Qué es esto? ¿Carne? —preguntó, al tiempo que lograba pescar con un tenedor una costilla de cordero en el caldo—. Creo que voy a probarla. ¡Está tan dura como si la hubiera engendrado la mujer del diablo!^[11]

—Si tenemos algo mejor que ofreceros, señor... —dijo Milnewood, alarmado ante aquella muestra de desaprobación.

—No, no —le interrumpió Bothwell—, carece de importancia; continuaré con el asunto que me ha traído hasta aquí. Según tengo entendido, asistís a los servicios de Poundtext, el pastor presbiteriano, ¿no es cierto, señor Morton?

El viejo Milnewood se apresuró a admitirlo mientras buscaba el mejor modo de disculparse.

—De acuerdo con la Indulgencia de Su Graciosa Majestad y del gobierno, pues yo nunca desobedecería la ley. No hago la menor objeción al establecimiento de un episcopado tolerante; sin embargo, al ser un hombre educado en el campo, los ministros me resultan más familiares y puedo seguir mejor su doctrina. Por otra parte, señor, con todos mis respetos, es una institución menos costosa para el país.

—Está bien, lo cierto es que es algo que me deja indiferente —dijo Bothwell—; les han perdonado, así que no hablemos más de ello. Si yo tuviera que dictar las leyes, jamás permitiría que uno de esos curas cabeza peladas profiriera sus ladridos en un púlpito escocés. Sin embargo, debo limitarme a obedecer órdenes... Aquí llegan los licores; dejadlos sobre la mesa, buena mujer.

Vertió la mitad de una botella de clarete en un vaso de madera y se lo bebió de un trago.

—No habéis hecho justicia a vuestro vino, señor; es mejor que el coñac, aunque también éste sea bueno. ¿No vais a brindar conmigo a la salud del rey?

—Será un placer —repuso Milnewood—, pero lo haré con cerveza... Nunca bebo clarete, sólo guardo un poco para invitar a algunos amigos distinguidos.

—Como yo, supongo —dijo Bothwell, mientras empujaba la botella hacia su

sobrino—. Aquí tenéis, joven, brindad a la salud del rey.

Henry llenó un vaso mediano en silencio, ignorando los gestos de su tío, quien parecía indicarle que siguiera su ejemplo y bebiera cerveza en lugar de vino.

—¿Habéis brindado todos? —inquirió Bothwell—. ¿Y qué pasa con esa anciana? Dadle un vaso de coñac, también beberá a la salud del rey...

—Perdone, señoría —dijo Cuddie con aire flemático—; se trata de mi madre, y os aseguro que está tan sorda como las cataratas de Corra-linn^[12]. No oye absolutamente nada, así que, si no os parece mal, estoy dispuesto a beber en su nombre todos los vasos de coñac que gustéis.

—Me atrevería a jurar que no dudaríais en hacerlo —respondió Bothwell—; parecéis uno de esos jóvenes que no pueden estar lejos de la botella de coñac. Tomad, podéis serviros cuanto queráis... Allí donde voy, todo es gratuito. Tom, servid a la doncella un buen vaso, aunque no sea más que una sucia puta. Y ahora volved a llenar la copa... Este brindis es por nuestro noble comandante, ¡el coronel Grahame de Claverhouse! ¿Por qué demonios protesta esa vieja? Parece la whig más convencida que jamás se sentó en las colinas. ¿Renunciáis al Covenant, buena mujer?

—¿A qué Covenant os referís, señoría? ¿Al del Antiguo o al del Nuevo Testamento?^[13] —preguntó Cuddie, interponiéndose entre el dragón y su madre.

—A cualquiera de ellos; todos son iguales... —contestó el soldado.

—Madre —vociferó Cuddie, fingiendo dirigirse a una persona sorda—, el caballero quiere saber si renuncias al Covenant del Antiguo Testamento.

—Con todo mi corazón, Cuddie —dijo Mause—; sólo ruego que mis pies se libren de caer en su trampa.

—¡La vieja ha hablado con más franqueza de la que esperaba! —exclamó Bothwell—. Otra ronda y os diré lo que nos ha traído hasta aquí. Supongo que habéis tenido noticias del asesinato bárbaro y cruel del arzobispo de St Andrews, perpetrado por diez u once fanáticos armados...

Todos los presentes se sobresaltaron y miraron a sus compañeros; finalmente, Milnewood se animó a responder:

—Sabíamos que había ocurrido alguna desgracia, pero confiábamos en que no fuera cierto.

—Aquí tenéis la proclama^[14] del gobierno, caballero; ¿cuál es vuestra opinión de lo sucedido?

—¿Mi opinión? La... la misma que tiene el Consejo —tartamudeó Milnewood.

—Debéis ser más explícito conmigo —afirmó el dragón con voz autoritaria.

Los ojos del anciano lanzaron una rápida mirada al documento, con el fin de repetir alguna de las expresiones de censura que abundaban en él; las letras impresas en *italica* le sirvieron de gran ayuda.

—Creo que es... un asesinato y un parricidio... sanguinario y execrable..., planeado con diabólica e implacable crueldad... Una verdadera abominación y un escándalo para el país.

—Así se habla, caballero —dijo el interrogador—. Tomad, espero que disfrutéis de vuestros inmejorables principios. Me debéis una copa de agradecimiento por haber impedido que los olvidarais. No, brindaréis por mí con vuestro vino blanco de Canarias; la cerveza agria sienta mal a un estómago leal. Y ahora ha llegado vuestro turno, joven. ¿Qué pensáis de lo ocurrido?

—No tendría inconveniente en responderos —aseguró Henry—, si supiera qué derecho tenéis a hacerme esa pregunta.

—¡Que el Señor nos ampare! —sollozó el ama de llaves—. Decirle algo así a un dragón, cuando todos sabemos que hacen cuanto les viene en gana con hombres, mujeres y bestias, a lo largo y a lo ancho del país.

El viejo Milnewood, igualmente horrorizado ante las palabras de su sobrino, se apresuró a añadir:

—Tranquilizaos, señor, y contestad al caballero con prudencia. ¿Acaso pretendéis ofender a la autoridad real en la persona de un sargento de su guardia?

—¡Silencio! —exclamó Bothwell, dando un fuerte puñetazo en la mesa—. ¡Callaos todos y escuchadme! Me preguntáis qué derecho tengo a interrogaros, señor —continuó dirigiéndose a Henry—; mi escarapela^[15] y mi espada son la respuesta, y sin duda son mejores que cualesquiera de las que Old Nol^[16] entregó a sus cabezas peladas. En caso de que deseéis saber más al respecto, podéis leer el Acta del Consejo y comprobar que concede potestad a los oficiales de Su Majestad para perseguir, registrar y detener a cualquier sospechoso; así pues, volveré a preguntaros qué opináis sobre la muerte del arzobispo Sharp. Es una nueva piedra de toque para probar de qué metal estáis fabricado.

Henry había comprendido para entonces el riesgo inútil que haría correr a su familia si continuaba resistiéndose al poder tiránico que el gobierno había depositado en tan rudas manos. Por consiguiente, leyó la proclama y repuso con calma:

—Creo firmemente que los asesinos han cometido un acto malvado y temerario, y presiento que muchos inocentes, que sin duda repudian su crimen tanto como yo, serán perseguidos por ello, lo cual me entristece aún más.

Mientras Henry pronunciaba esas palabras, Bothwell, que no dejaba de observarle, pareció súbitamente reconocer su rostro.

—¡Mi amigo el capitán Papagayo! Creo haberos visto antes en dudosa compañía.

—Nos encontramos en una ocasión —respondió Henry—, en la taberna de la ciudad de...

—¿Y con quién os marchasteis de allí, joven? ¿Acaso no lo hicisteis con John Balfour de Burley, uno de los asesinos del primado?

—Abandoné el lugar con ese hombre —contestó Morton—; no puedo negarlo. Sin embargo, desconocía que hubiera asesinado al arzobispo; en aquellos momentos no sabía siquiera que se hubiera cometido el crimen.

—¡Que el Señor se apiade de mí! ¡Es mi ruina! ¡Mi ruina completa! —exclamó el viejo Milnewood—. Las palabras de este muchacho le conducirán a la horca, y a mí

no me dejarán conservar ni la capa gris que llevo sobre los hombros.

—Pero sí sabíais que Burley era un rebelde y un traidor, y sin duda conocéis la prohibición de entablar amistad con esa clase de gente —continuó el dragón dirigiéndose a Henry, indiferente a los lamentos de Milnewood—. Como súbdito leal de vuestro rey, no podíais ofrecer ayuda ni refugio a ese probado traidor, ni relacionaros con él de ningún modo, ni hablarle, ni escribirle, ni enviarle mensajes, ni proporcionarle carne, bebida, casa, escondite o provisiones. Teníais conocimiento de todo eso y, sin embargo, infringisteis la ley. ¿Dónde os separasteis de él? ¿En el camino? ¿O acaso le disteis alojamiento en esta misma casa?

—¿En esta casa? —dijo su tío—. Jamás osaría traer a uno de esos traidores a mi hogar.

—¿Os atrevéis a negarlo? —preguntó Bothwell.

—Puesto que me estáis acusando de ello —repuso Henry—, comprenderéis que no quiera decir nada que pueda incriminarme.

—¡Ay, las tierras de Milnewood! ¡Las hermosas tierras de Milnewood, en manos de los Morton desde hace más de doscientos años! —exclamó el anciano—. Se echarán a perder los pastos y los cultivos, las tierras escarpadas y los valles.

—No permitiré que sufráis por mi culpa —dijo Henry—. Reconozco que ofrecí refugio a ese hombre por una noche, por tratarse de un viejo compañero militar de mi padre; pero mi tío lo ignoraba y yo desobedecí sus órdenes. Confío en que este testimonio, de igual modo que servirá para culparme, probará su inocencia.

—Vamos, joven —dijo el soldado, suavizando su tono—, lo siento por vos, parecéis un muchacho inteligente; y vuestro tío es un buen tipo, más generoso con sus amigos que consigo mismo, pues a nosotros nos ofrece vino mientras él se contenta con beber cerveza. Pero ahora contadme qué sabéis de Burley, cuáles fueron sus palabras, cuándo os separasteis, dónde se dirigió, en qué lugar puede encontrarse... Y ¡maldita sea! Haré cuanto esté en mi poder para que salgáis impune de esta historia. Ofrecen una recompensa de mil monedas de plata por la cabeza de ese whig asesino, y yo podría hacerme con ella. Pero decidme de una vez, ¿dónde os despedisteis de él?

—Lamento no poder contestaros esa pregunta, señor —repuso Morton—; las mismas razones que me impulsaron a darle hospitalidad, poniendo en peligro mi vida y la de mis amigos, me obligarían a respetar cualquier secreto que hubiera querido confiarme.

—¿De modo que os negáis a darme una respuesta? —inquirió Bothwell.

—No tengo nada que deciros —aseguró Henry.

—Quizá cambiaríais de parecer si atara una mecha encendida entre vuestros dedos —amenazó Bothwell.

—¡Por el amor de Dios, señor! —susurró la vieja Alison a su amo—. Debéis ofrecerles dinero, es lo único que quieren. Primero matarán al señor Harry; después, a vos.

Milnewood protestó disgustado y, al igual que si estuviera entregando su alma,

exclamó:

—Si veinte li... libras pudieran arreglar este desgraciado asunto.

—Mi señor —insinuó la señora Wilson al sargento— está dispuesto a daros veinte libras esterlinas.

—Libras escocesas^[17], necia mujer —interrumpió el anciano, pues su avaricia superaba con creces su puritanismo y el respeto que le inspiraba habitualmente su ama de llaves.

—Libras esterlinas —insistió la vieja Alison—, si tenéis la bondad de pasar por alto el error cometido por el muchacho. Es tan obstinado que podríais despedazarlo sin que saliera una sola palabra de sus labios; y, además, ¿qué beneficio os reportaría quemar las uñas de sus hermosos dedos?

—No lo sé —dijo Bothwell, dudando—. Supongo que la mayoría de los que visten mi uniforme cogerían el dinero y se llevarían, asimismo, al prisionero; pero yo soy un hombre íntegro. Si vuestro amo apoya el ofrecimiento y paga una fianza por su sobrino, y si todos los aquí presentes pronuncian el juramento^[18], no sé, pero...

—¡Ay, sargento! —sollozó la señora Wilson—. Cualquier prueba o juramento que deseéis. ¡Vamos, señor! Daos prisa y coged el dinero; de otro modo quemarán la casa hasta los cimientos.

El viejo Milnewood dirigió una mirada arrepentida a su consejera y se marchó, extenuado, a liberar a los encarcelados ángeles^[19] y a poner remedio a aquella calamitosa situación. Entretanto, el sargento Bothwell, con toda la solemnidad que podía esperarse, comenzó a probar la lealtad de los presentes con las mismas preguntas que siguen haciéndose hoy en día en las aduanas de Su Majestad.

—¿Cuál es vuestro nombre, mujer?

—Alison Wilson, señor.

—Alison Wilson, ¿os atrevéis a certificar, declarar y jurar solemnemente que juzgáis desleal a todo aquel que, apoyándose en la Reforma o en cualquier otro pretexto, entra a formar parte de las ligas presbiterianas o firma los covenants...?

La ceremonia se vio súbitamente interrumpida por la discusión entre Cuddie y su madre, que, después de algún tiempo entre murmullos, acabó por hacerse audible.

—¡Cerrad el pico, madre! ¿No veis que están enfrentados? Callaos de una vez, terminarán poniéndose de acuerdo.

—Me niego a guardar silencio, Cuddie —repuso Mause—. Levantaré mi voz y confundiré al pecador, aunque sea el hombre de la casaca roja. Y mis palabras ayudarán a escapar al señor Henry del lazo del cazador^[20].

—Está fuera de sí —dijo Cuddie—, es imposible detenerla. Puedo ver cómo un dragón la conduce a prisión, y siento mis piernas atadas bajo la panza de un caballo... ¡Ay! Acaba de empezar su sermón y nada le impedirá terminarlo. ¡Estamos perdidos!

—¿Habéis venido aquí —inquirió Mause, mientras su vieja mano se agitaba al mismo tiempo que su rostro sagaz surcado de arrugas; las palabras de Bothwell habían despertado su ira y, empujada por el fervor religioso, parecía haber olvidado

toda prudencia, así como las advertencias de Cuddie—, habéis venido aquí con vuestros corrompidos y engañosos juramentos^[21], y nos ponéis a prueba con vuestras preguntas, estratagemas y trampas? Sin duda es inútil tender redes a la vista de los pájaros^[22].

—¿Qué os ocurre, buena mujer? —preguntó el soldado—. ¡Válgame Dios! He aquí un milagro de los whigs. La anciana ha recuperado el oído y la lengua, y ahora somos nosotros quienes nos quedaremos sordos. Vamos, tranquilizaos, y recordad con quién estáis hablando, vieja estúpida.

—¿Con quién estoy hablando? Demasiado bien lo sabe este desgraciado país. No sois más que los ruines partidarios de los prelados, los defensores de una causa endeble y nauseabunda, unas sanguinarias bestias de presa, una pesada carga para la tierra.

—¡Diantre! —exclamó Bothwell, tan asombrado como podría estarlo un mastín al verse atacado por una hembra de perdiz que tratara de defender sus polluelos—. ¡Jamás he oído un lenguaje tan exquisito! ¿Podríais continuar deleitando nuestros oídos?

—¿Un poco más? —prosiguió Mause, mientras tosía para aclarar su voz—. Continuaré declarando en contra vuestra, filisteos y edomitas^[23], pues sois leopardos y zorros; lobos esteparios que no dejan un hueso para la mañana^[24]; malvados perros que acorralan a los elegidos^[25]; opresores de los débiles, acosados por los toros de Basán^[26]; serpientes huidizas^[27], con parecido nombre y naturaleza que el Gran Dragón Rojo^[28], Apocalipsis, capítulo doce, versículos tercero y cuarto.

Y fue la falta de aire y no de palabras lo que, en ese momento, pareció detener a la anciana.

—¡Maldita bruja! —exclamó uno de los dragones—. Hay que amordazarla y llevarla al cuartel.

—¡Qué vergüenza, Andrews! —dijo Bothwell—. Recordad que la buena señora pertenece al sexo débil, y sólo está utilizando el privilegio de tener una lengua muy larga. Sin embargo, escuchadme bien, buena mujer, ningún toro de Basán y ningún Dragón Rojo serían tan corteses como yo o se contentarían con dejaros atada a una silla sumergida en el agua. Entretanto, me veo en la necesidad de conducir a este joven al cuartel. No podría justificar ante mi comandante haberlo dejado en una casa donde se respira tanta traición y tanto fanatismo.

—Mirad lo que habéis hecho, madre —cuchicheó Cuddie—; los filisteos, tal como acabáis de llamarles, van a llevarse al señor Harry por vuestra charlatanería, ¡parece cosa del demonio!

—¡Calla, no seas cobarde! —protestó la vieja Mause—. Y deja de echarme la culpa; si tanto tú como los asustados glotones que continúan ahí sentados, mirando como vacas que hubieran comido tréboles^[29], os hubieseis atrevido a defender vuestras creencias con los puños, de igual modo que yo lo he hecho con la lengua,

jamás se llevarían cautivo a ese valeroso joven.

Mientras ese diálogo tenía lugar, los soldados prendieron y ataron al prisionero. Milnewood regresó en aquel instante y, alarmado ante lo que ocurría, se apresuró a ofrecer a Bothwell, si bien entre gemidos de dolor, las monedas de oro que debía pagar como rescate de su sobrino. El dragón recibió la bolsa con aire indiferente, la sopesó, la lanzó al aire y volvió a cogerla mientras caía.

—¡Cuántas noches de diversión nos proporcionarían estas guineas, muchachos! Pero ¡maldita sea! No me arriesgaré por ellas. Esa anciana ha hablado demasiado alto, y delante de todos los hombres. Escuchadme bien, caballero —dijo al viejo Milnewood—. Debo conducir a vuestro sobrino hasta el cuartel, de modo que no puedo quedarme con más monedas de las que me corresponden.

Y diciendo esas palabras, abrió la bolsa, entregó una guinea a cada uno de los soldados y cogió tres para él.

—Ahora tenéis la tranquilidad de saber que vuestro pariente, el capitán Papagayo, estará bien atendido y no sufrirá el menor daño —exclamó—. Aquí tenéis el resto del dinero.

Milnewood tendió su mano con avidez.

—Sin embargo —dijo el dragón, mientras continuaba jugando con la bolsa—, debéis saber que los terratenientes son responsables de la lealtad de sus familiares y de sus criados, y que mis hombres no tienen por qué mantener en secreto el hermoso sermón de esa vieja puritana envuelta en su capa de tartán; supongo que sois perfectamente consciente de que, como consecuencia de la delación, el Consejo os impondrá una elevada multa.

—¡Mi buen sargento! ¡Valeroso capitán! —exclamó atemorizado el viejo avaro—. Estoy convencido de que nadie en esta casa sería capaz de infligiros la menor ofensa.

—Estáis muy equivocado —continuó Bothwell—; venid a escuchar el testimonio de la anciana, pues así es como ella lo denomina. Apartaos, muchacho —exclamó dirigiéndose a Cuddie—, dejad hablar a vuestra madre. Veo que se ha recuperado ya del primer asalto.

—¡Son sólo las palabras de una vieja, noble señor! No deberíais armar tanto jaleo por ellas. Mi padre y yo jamás les hemos concedido la menor importancia.

—Calmaos, muchacho, mientras podáis hacerlo —interrumpió Bothwell—; sois más listo de lo que queréis hacernos creer. Vamos, buena mujer, ya veis que vuestro señor no cree que podáis darnos tan enérgico testimonio.

El ardor de Mause no necesitaba que lo espolearan para proseguir su sermón.

—¡Ay de los egoístas que todo lo contaminan! —comenzó a decir la vieja Mause—. Calman su conciencia exigiendo las malvadas exacciones y entregando un dinero injusto^[30] a los hijos de Belial, sólo para conseguir la paz con ellos. Es una obediencia pecaminosa, una vergonzosa confederación con el enemigo. Es el mal que Menajén hizo ante el Señor, cuando entregó mil talentos de plata a Pul, rey de Asiria, para que le prestara ayuda y consolidara el poder real en su mano, Libro segundo de

los Reyes, capítulo quince, versículo decimoctavo. Es el perverso acto de Ajaz, cuando envió dinero a Teglathfalasar, rey de Asiria. Lo encontraréis, asimismo, en el Libro segundo de los Reyes, capítulo dieciséis, versículo ocho. Y hasta el piadoso Ezequías cometió un error, pues, para llegar a un acuerdo con Senaquerib, le ofreció dinero, además de soportar cuanto le impusiera^[31]. Libro segundo de los Reyes, capítulo dieciocho, versículos catorce y quince. Lo mismo ocurre con aquellos que en estos tiempos de extravío pagan tributos para mantener las tropas, multas, comisiones e impuestos sobre la tierra a malvados y avariciosos recaudadores, quienes a menudo cobran en provecho propio; así como estipendios a los curas mercenarios (perros mudos que no pueden ladrar, durmiendo, acostándose, buscando el reposo)^[32]; y ofrecen regalos que sirven de ayuda a quienes nos oprimen y destruyen. Todos ellos son como los que echan a suertes a ver qué se lleva cada uno^[33], los que ponen una mesa a los soldados y les llenan la copa^[34].

—¡Parece que quiere adoctrinaros, señor Morton! ¿Qué opináis de ello? —inquirió Bothwell—. ¿Y qué creéis que pensará el Consejo? Supongo que recordaremos casi todo su sermón sin necesidad de escribirlo, tal como hacen en los conventículos. Se niega a pagar los impuestos sobre la tierra, ¿no es cierto, Andrews?

—Así es —contestó éste—; y la anciana jura que es pecado dar cerveza a un soldado o invitarle a una mesa.

—¿Habéis oído? —dijo Bothwell a Milnewood—. Pues es un asunto del que no podéis desentenderos.

Y después de pronunciar esas palabras, devolvió al anciano con aire indiferente la bolsa de guineas, cuyo peso había disminuido sensiblemente.

Milnewood, aturdido ante la acumulación de desgracias, tendió mecánicamente la mano para coger el dinero.

—¿Acaso habéis perdido el juicio? —exclamó su ama de llaves—. Decidle que se lo quede; lo hará de todos modos, por las buenas o por las malas, y es la única oportunidad que nos queda para tranquilizarlos.

—No puedo, Alison, no puedo hacerlo —aseguró en voz baja el anciano—. Me resulta imposible entregar a esos canallas el dinero que he contado tantas veces.

—Entonces lo haré yo, Milnewood —dijo la señora Wilson—, o estaremos todos perdidos. Mi amo, señor —dijo dirigiéndose a Bothwell—, no desea coger nada de la mano de un hombre tan honorable como vos; os ruega que guardéis las guineas, tratéis del mejor modo posible a su sobrino, enviéis un parte favorable de lo ocurrido al gobierno y no toméis represalias contra nosotros por el estúpido sermón de una vieja —y lanzó una mirada de furia a Mause que le ayudó a desahogar su indignación, pues no le resultaba nada fácil mostrarse sumisa ante los soldados—, de una vieja whig y mal hablada, que nunca había pisado esta casa hasta ayer por la noche, y que jamás volverá a cruzar el dintel de esa puerta, una vez que la hayamos conducido fuera.

—¡Ay! —suspiró Cuddie—. Sabía que volverían a echarnos a la calle en cuanto

pronunciarais más de tres palabras. Estaba seguro de que sería lo único que conseguiríais, madre.

—Calla, hijo mío —repuso la anciana—, y deja de lamentar la cruz que llevas^[35]. ¿Cruzar el dintel de su puerta? Sé que volveré a hacerlo. Ninguna señal en su entrada hará pasar de largo al ángel exterminador^[36]. Su mano les golpeará inesperadamente, pues piensan demasiado en sí mismos y apenas recuerdan al Creador, se preocupan en exceso por sus posesiones en la tierra y olvidan un Covenant roto, viven obsesionados por esas monedas de excrecencias amarillas e ignoran el verdadero oro de las Escrituras, defienden a sus parientes y amigos y parecen menospreciar a los elegidos, que son declarados traidores, acosados, perseguidos, registrados, capturados, encarcelados, torturados, desterrados, decapitados, ahorcados, despedazados, y desmembrados; además, cientos de ellos se ven obligados a escapar de sus hogares y a errar por los desiertos, por las montañas^[37], por los páramos, por las ciénagas, por los pantanos y por las turberas, para escuchar la palabra de los covenanters, como si fuera un pan que debieran comer a escondidas^[38].

—Es una covenanter, sargento; ¿no deberíamos llevarla con nosotros? —pregunto uno de los soldados.

—No seáis necio —dijo Bothwell en voz baja—. ¿Acaso no os dais cuenta de que es mucho mejor dejarla en manos de un terrateniente serio, respetable y negociador, como el señor Morton de Milnewood, con riquezas suficientes para enmendar sus faltas? Dejemos volar a la vieja madre con el fin de que críe una nueva nidada, es demasiado terca para sacar partido de ella. ¡Tomad! —vociferó—. ¡Una nueva ronda por Milnewood y la viga más grande de su tejado^[39]! ¡Y por nuestro próximo encuentro! Estoy convencido de que será muy pronto, si continúa alojando en su casa a tan fanática familia.

Ordenó entonces a sus hombres que cogieran los caballos y requisaran la mejor montura^[40] de los establos de Milnewood para conducir al prisionero. La señora Wilson, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, preparó un pequeño paquete con lo más indispensable para el viaje que Henry se veía forzado a hacer, y, mientras iba de un lado para otro, aprovechó la oportunidad para deslizar una pequeña suma de dinero en la mano del joven, sin que los demás lo advirtieran. Bothwell y sus soldados, por lo demás, cumplieron su promesa y se comportaron con cortesía. Dejaron sin atar al prisionero y se contentaron con llevar su caballo entre una fila de hombres. Después, subieron a lomos de sus cabalgaduras y se alejaron entre risas y carcajadas, dejando a los habitantes de Milnewood sumidos en la confusión. El anciano señor, abrumado por la pérdida de su sobrino, así como por el desembolso inútil de veinte libras esterlinas, se limitó a pasar el resto de la velada meciéndose en su enorme butaca de cuero, mientras se lamentaba una y otra vez:

—¡La ruina completa, la ruina completa... tanto de mi cuerpo como de mi fortuna!

El torrente de insultos proferidos por la señora Alison Wilson, mientras expulsaba

a la vieja Mause y a Cuddie de Milnewood, le ayudaron a aliviar su dolor.

—¡Maldita seáis! El muchacho más apuesto del Clydeside habrá de sufrir innumerables penalidades por culpa de vuestras estúpidas creencias whigs.

—¡Alejaos de mí! —contestó Mause—. Sé que estáis encadenada por el pecado, en la amargura de la maldad^[41], y que envidiáis a los que mejor defienden la causa del Señor, quien os dio todo cuanto poseéis. Puedo prometeros que he hecho lo mismo por el señor Harry de lo que hubiera hecho por mi propio hijo; pues, si Cuddie tuviera que atestiguar en el Grassmarket...^[42]

—Existen muchas probabilidades de que eso ocurra —dijo Alison—, a menos que cambiéis de comportamiento.

—Y aunque quisieran tentarme —continuó Mause, ignorando la interrupción— con el malvado Doeg^[43] y los serviles hombres de Zif^[44], perdonando su pecaminosa obediencia, continuaría levantando mi testimonio contra el papismo, el episcopado, el antinomismo, el erastianismo, el lapsarianismo, el sublapsarianismo y todos los pecados y las trampas que nos acosan. Y gritaría como una parturienta^[45] contra la Indulgencia Negra, que no ha sido más que un obstáculo para los que profesan nuestra doctrina, y levantaría mi voz como un poderoso predicador.

—¡Ya basta, madre! —intervino Cuddie, llevándosela a la fuerza—. Dejad de molestar a esa señora con vuestras palabras; habéis predicado suficiente para seis días. Conseguisteis que nos echaran de nuestra confortable cabaña y nos quitaran nuestra huerta, y ahora hacéis que nos expulsen de este nuevo refugio, antes de que nuestros traseros hayan podido siquiera acomodarse en él; además, habéis logrado que se llevaran prisionero al señor Henry, y que sacaran, muy en contra de su voluntad, veinte libras del bolsillo del señor. Así pues, será mejor que os calléis una temporada y evitéis hacerme subir por una escalera y pender al final de una cuerda. ¡Vamos! ¡Salgamos de aquí! Esta familia ha tenido que soportar demasiados sermones vuestros para molestarse en detenernos.

—Testimonio... Covenant... malignos... Indulgencia —proclamaba Mause, mientras su hijo se la llevaba; debían prepararse para viajar en busca de un nuevo alojamiento.

—¡Qué mujer tan despreciable, necia y lunática! —exclamó el ama de llaves, viéndoles marchar—. Después de haber encontrado una colocación que muchos envidiarían... ¡Cuánta aflicción ha causado a una familia tan bondadosa y pacífica! Si no fuera porque mi posición en esta casa me ha convertido casi en una dama, le clavaría mis diez uñas en su arrugado pellejo.

*I am a son of Mars who have been in many wars,
And shew my cuts and scars wherever I come;
This here was for a wench, and that other in a trench,
When welcoming the French at the sound of the drum.*

BURNS^[1]

—No os desaniméis —dijo el sargento Bothwell a su prisionero mientras se dirigían al cuartel general—; sois un joven inteligente y estáis bien relacionado. Lo peor que puede ocurrir es que os cuelguen, y lo cierto es que ésa es la suerte que corren muchos hombres honrados. Sabed que vuestra vida está en manos de la ley, a menos que os mostréis sumiso y consigáis liberaros pagando una fuerte multa; vuestro tío bien puede permitírselo.

—Eso es lo que más me aflige —repuso Henry—. Sufre tanto al separarse de su dinero... Puesto que no tiene la menor culpa de que yo haya ofrecido alojamiento a John Balfour, pido al Cielo que me impongan un castigo que pueda pagar con mis propios medios, si escapo a la pena capital.

—Quizá os propongan uniros a uno de los regimientos escoceses que sirven en el extranjero^[2]. No es un mal destino; si vuestros amigos se mueven y llaman a algunas puertas, no tardaríais en convertirlos en oficial.

—Estoy convencido de que puedo tener mejor suerte —contestó Morton.

—¿Por qué habláis así? Después de todo, no sois ningún whig —exclamó el sargento.

—Hasta ahora no he querido vincularme a ningún partido —afirmó Henry—; me he quedado tranquilamente en casa. Sin embargo, he pensado seriamente en unirme a uno de nuestros regimientos en el extranjero.

—¿De veras? —replicó Bothwell—. Es una decisión que os honra. Estuve mucho tiempo sirviendo en la Guardia Escocesa destinada en Francia^[3]. Es el lugar idóneo para aprender disciplina, ¡qué demonios! No les importa lo que hacéis cuando estáis fuera de servicio, pero, si no acudís a la hora del recuento, ya veréis la que os espera. El viejo capitán Montgomery me hizo montar seis horas de guardia sobre el arsenal, con el peto y el espaldar de acero, los brazaes y el yelmo, bajo un sol tan abrasador que creí que terminaría cociéndome como una tortuga de Port Royale^[4]. Juré que siempre contestaría «¡Presente!» cuando oyera el nombre de Francis Estuardo, aunque tuviese que abandonar una partida de cartas en la que estuviera ganando. ¡Ah!

La disciplina es algo primordial.

—Por lo demás, ¿os gustó el servicio? —inquirió Henry.

—*Par excellence* —afirmó Bothwell—; mujeres, vino y grandes juergas, a cambio de casi nada; y si vuestra conciencia os permite persuadir a un obeso sacerdote de que tiene alguna posibilidad de convertiros, hará que os rodeen de comodidades con el único fin de ganarse un poco más vuestro afecto. ¿Acaso podríais encontrar algún ministro whig cabeza pelada que fuera tan atento con vos?

—Resultaría imposible, tenéis toda la razón —repuso el joven Morton—; pero ¿cuál era vuestra misión principal?

—Proteger al rey —le hizo saber Bothwell—, ocuparme de la seguridad de Luis el Grande^[5], mi querido muchacho, y de vez en cuando dar una batida entre los hugonotes^[6]. Y eso sí que era una gran oportunidad para mi bolsillo; la verdad es que no puedo quejarme de cómo me fue en ese país. Sin embargo, puesto que vais a convertiros en un *buon camerado*^[7], como dicen los españoles, os daré alguna de las monedas de vuestro viejo tío. Es la ley de los salteadores de caminos; si tenemos dinero, hemos de compartirlo con el compañero que lo necesite.

Y diciendo esas palabras, sacó su monedero y entregó unas guineas a Henry, sin molestarse siquiera en contarlas. El joven Morton declinó su ayuda y, juzgando imprudente comunicar al sargento, a pesar de su aparente generosidad, que ya tenía algún dinero, le aseguró que no hallaría la menor dificultad en conseguir que su tío le proporcionara algunas monedas.

—Como queráis —dijo Bothwell—; en tal caso, estas guineas seguirán haciendo que durante algún tiempo no le falte lastre a mi bolsa. Tengo por norma no abandonar la taberna (excepto cuando me obliga el cumplimiento del deber) mientras pese tanto que pueda lanzarla por encima de las señales del camino. Cuando es tan ligera que el viento la devuelve, sé que ha llegado el momento de subir a lomos de mi caballo y buscar la mejor forma de volver a llenarla. Pero ¿de quién es aquella torre, rodeada de bosques, que se alza sobre la escarpada loma?

—Es Tillietudlem —respondió uno de los soldados—. En ella vive la anciana lady Margaret Bellenden, una de las mujeres más leales de Escocia, una verdadera amiga de los soldados. En una ocasión en la que me hirió uno de esos malditos perros whigs, disparándome por la espalda, hallándose él escondido tras la cerca de un redil, permanecí un mes en su hogar; os aseguro que no me importaría nada volver a sufrir una herida semejante, si supiera que iba a disfrutar una vez más de tan magnífico alojamiento.

—En ese caso —dijo Bothwell—, le ofreceré mis respetos cuando pasemos por allí, y le pediré algo de comida y bebida para nuestros hombres y nuestros caballos; estoy tan sediento como si apenas hubiera bebido en Milnewood. Una cosa buena de estos tiempos —continuó dirigiéndose a Henry— es que un soldado del rey puede detenerse en cualquier casa y calmar su hambre o su sed. En un lugar como Tillie... ¿cuál era su nombre? Os sirven por afecto; en casa de unos fanáticos declarados es

necesario obligarles a hacerlo por la fuerza; y en el hogar de un presbiteriano moderado o de alguien que resulte sospechoso, el miedo les hace tratar bien a los soldados. Como podéis ver, de una u otra forma, siempre acabamos calmando nuestra sed.

—Y ¿tenéis intención de acercaros a aquella torre con esa finalidad? —preguntó Henry con inquietud.

—En efecto —contestó Bothwell—. No podré informar favorablemente a mis superiores de los sólidos principios de tan valiosa dama sin conocer el sabor de su vino español, pues doy por sentado que nos lo ofrecerá; es el mejor consuelo de una anciana aristócrata viuda, de igual modo que el clarete es la bebida favorita de un terrateniente.

—Entonces, ¡por lo que más queráis! —exclamó el joven Morton—. Si estáis decidido a ir, no mencionéis mi nombre ni me hagáis comparecer ante una familia que conozco. Dejad que me envuelva en la capa de uno de vuestros soldados, y tan sólo hablad de mí como de un prisionero a vuestro cargo.

—Así lo haré —aseguró Bothwell—; os di mi palabra de que seríais tratado con cortesía, y detesto romper una promesa. Venid, Andrews; debéis cubrir al prisionero con una capa, y no se os ocurra mencionar su nombre ni comentar que lo llevamos detenido, a menos que queráis montar un rato en el caballo de palo.

En aquel momento llegaron a un portón en forma de arco, flanqueado por dos torreones almenados; uno de ellos estaba completamente en ruinas, con excepción de la planta inferior, que servía de establo a los campesinos que continuaban viviendo en el torreón vecino. Los soldados de Monk^[8] habían derribado la puerta de acceso durante la guerra civil, y nadie había vuelto a colocarla en su lugar, por lo que Bothwell y sus hombres no encontraron el menor obstáculo para entrar. La avenida, estrecha y empinada, cubierta de grandes piedras redondeadas, ascendía en zigzag junto al precipicio, mientras la torre y los baluartes exteriores, que parecían elevarse casi perpendicularmente sobre sus cabezas, aparecían y desaparecían ante sus ojos. Los restos de la muralla gótica convertían el lugar en una poderosa fortaleza, lo que hizo exclamar a Bothwell:

—Es una suerte que Tillietudlem pertenezca a una familia honrada y leal. ¡Diablos! Si cayera en manos del enemigo, una docena de viejas whigs con sus bastones bastarían para defenderlo de un escuadrón de dragones... si tuvieran la mitad de las agallas de la anciana que dejamos en Milnewood. ¡Caramba! —continuó diciendo, mientras llegaban a una gran torre doble rodeada de murallas y bastiones—. ¡Qué lugar tan magnífico! Fundado por sir Ralph de Bellenden^[9] en 1350, dice la desgastada inscripción sobre la entrada, si mi latín no me engaña; una antigüedad más que respetable. Saludaré con el debido respeto a la dama, aunque tendré que esforzarme en recordar alguno de aquellos cumplidos a los que era tan aficionado cuando tenía esa clase de amistades.

Entretanto, el mayordomo, que había vigilado la llegada de los dragones desde

una aspillera, anunció a su señora que un grupo de soldados de caballería, acompañados de un recluso, esperaban en la puerta.

—Estoy completamente seguro de que el sexto hombre es un prisionero —afirmó Gudyill—, pues llevan sujetas las riendas de su caballo y los dos dragones que están junto a él apoyan las carabinas desenfundadas en sus muslos. Era así como escoltábamos a los detenidos en los días del gran marqués^[10].

—¿Soldados del rey? —preguntó lady Margaret—. Probablemente necesiten reponer fuerzas. Dadles la bienvenida, Gudyill, y proporcionadles todas las provisiones y el forraje que podamos permitirnos. Esperad un momento, decid a las doncellas que me traigan el chal negro y el manto. Bajaré personalmente a darles la bienvenida; hacen tanto por la autoridad real que todas las muestras de respeto son pocas. Y, Gudyill, haced saber a Jenny Dennison que debe ponerse sus ribetes de encaje, pues caminará delante de mí y de la señorita Edith; las otras tres mujeres nos seguirán. Y ordenad a mi nieta que venga a verme inmediatamente.

Una vez terminados todos los preparativos, lady Margaret salió al patio de la torre y recibió a los soldados con enorme cortesía y dignidad. El sargento Bothwell saludó a la solemne e ilustre dama del lugar con un desenfado más propio de un elegante libertino de la época de Carlos II que de un vulgar sargento de dragones. Sus palabras, al igual que sus modales, parecieron volverse mucho más refinadas. Lo cierto es que, en medio de una vida tan aventurera y disoluta como la suya, el sargento había entablado algunas amistades más acordes con sus ilustres antepasados que con su actual posición. Cuando la dama quiso saber en qué podía ayudarles, Bothwell, con una ligera reverencia, respondió:

—Aún nos queda mucho camino por recorrer, milady. Le agradeceríamos enormemente que dejara descansar a los caballos una hora.

—Será un placer —repuso lady Margaret—, y confío en que mi gente cuide de que tanto los caballos como los soldados tengan todo lo que necesiten.

—Sabemos muy bien, señora —continuó Bothwell—, que en Tillietudlem siempre se ha dispensado el mismo recibimiento a los servidores del rey.

—Hemos tratado de cumplir fielmente con nuestro deber —repuso la dama, complacida por el elogio—, tanto con nuestros monarcas como con sus seguidores, especialmente con sus leales soldados. No ha transcurrido mucho tiempo, y es probable que Su Graciosa Majestad, hoy en el trono, aún lo recuerde, desde que el rey honró mi humilde morada con su visita y desayunó en una de las estancias del castillo. Mis damas de honor se encargarán de mostrároslo, señor sargento; aún continuamos llamándolo el aposento real.

Bothwell, para entonces, había ordenado desmontar a sus hombres, encargando a unos el cuidado de los caballos, y a otros, la vigilancia del prisionero. Así pues, libre de obligaciones, podía continuar la conversación que la dama había iniciado con aires de superioridad.

—Puesto que mi señor, el rey, ha tenido el honor de conocer vuestra hospitalidad,

no puedo asombrarme de que deis tan magnífica acogida a quienes le sirven, aunque su único mérito sea hacerlo con verdadera devoción. Debéis saber, sin embargo, que mi relación con Su Majestad es más estrecha de lo que esta gruesa casaca roja puede indicar.

—¿De veras, señor? —exclamó lady Margaret—. ¿Habéis formado quizá parte de su escolta?

—No exactamente, milady; sería más acertado decir que soy miembro de su familia. Por ese motivo, puedo reivindicar mi parentesco con casi todos los mejores apellidos de Escocia; un privilegio que, según tengo entendido, no es exclusivo de Tillietudlem.

—No os comprendo, señor —exclamó la anciana, irguiéndose con dignidad al escuchar lo que consideró una broma impertinente.

—No es más que una necedad por mi parte mencionarlo, señora —respondió el dragón—, pero seguramente habéis oído hablar de la infortunada vida de mi abuelo, Francis Estuardo, a quien Jacobo I, su primo hermano, otorgó el título de Bothwell, apodo por el que me conocen mis compañeros. A la larga, no creo que a él le diera más suerte de la que me ha dado a mí.

—¿Son ciertas vuestras palabras? —preguntó lady Margaret, entre el asombro y la simpatía—. Tenía entendido que el nieto del último conde vivía casi en la indigencia, pero jamás habría esperado encontrarle sirviendo en el ejército con tan modesto rango. Con semejantes relaciones, ¿qué pudo llevaros a caer tan bajo?

—Supongo que nada en especial, señora —repuso Bothwell, interrumpiendo a la dama y anticipándose a sus preguntas—. He tenido buenos momentos como casi todo el mundo: he bebido con Rochester^[11], he jugado a los dados con Buckingham^[12] y he luchado codo a codo en Tánger con Sheffield^[13]. Pero mi suerte nunca fue duradera; jamás tuve amigos que me fueran útiles, tan sólo compañeros de diversión. Quizá no era suficientemente consciente del honor que suponía para un descendiente de los reyes Estuardo ser admitido en las reuniones de Wilmot y Villiers —continuó diciendo con cierta amargura.

—Pero ¿qué pasó con vuestros amigos escoceses, señor Estuardo? Vuestros familiares son numerosos y tienen un gran poder...

—Sí, milady. Algunos de ellos me habrían nombrado su guardabosque, ya que soy un buen tirador; otros me habrían pagado un jornal para que les protegiera con mi espada; e incluso más de uno habría buscado mi compañía, pues soy un gran bebedor. Sin embargo, no sé por qué razón, entre servir a uno u otro de mis parientes, prefiero hacerlo para el primo Carlos, que parece el más fiable de todos, aunque la paga sea escasa y el uniforme esté lejos de impresionar a nadie.

—¡Qué vergüenza! ¡Es un verdadero escándalo! —exclamó lady Margaret—. ¿Por qué no apeláis a la bondad de Su Majestad? Le sorprenderá saber que uno de los vástagos de su augusta familia...

—Os ruego que me disculpéis, señora —interrumpió el sargento—, no soy más

que un vulgar soldado, confío en que sepáis perdonar mi franqueza cuando afirmo que Su Graciosa Majestad está más preocupado por engendrar sus propios hijos que por alimentar a los que sembró el abuelo de su abuelo^[14].

—Está bien, señor Estuardo —dijo lady Margaret—, pero debéis prometerme que os quedaréis a pasar la noche en Tillietudlem. Mañana espero la visita de vuestro comandante en jefe, el valeroso Claverhouse, con el que el rey y el país están en deuda por su vigorosa lucha contra quienes sólo desean crear confusión en el mundo. Hablaré de vuestro rápido ascenso, y estoy convencida de que tanto la sangre que corre por vuestras venas como la petición de una dama tan distinguida por Su Majestad le impulsarán a asegurar vuestro porvenir.

—Os estoy muy agradecido, milady. Puesto que así lo deseáis, pasaré la noche aquí con mi prisionero; además, será la forma más rápida de presentarlo ante el coronel Grahame y conocer sus órdenes.

—Pero decidme, ¿quién es vuestro prisionero? —preguntó lady Margaret.

—Un joven de una de las mejores familias del vecindario; ha sido tan imprudente como para ofrecer protección a uno de los asesinos del primado y ayudarle a escapar.

—¡Qué atrocidad! —exclamó la dama—. Tengo tendencia a perdonar todo el daño que me han causado esos canallas, aunque algunas de mis heridas jamás lograrán cicatrizarse; pero ¿cómo se puede ser cómplice de tan cruel y premeditado homicidio? ¡Cuánta barbarie! Si queréis ponerlo a buen recaudo, sin molestar a vuestros hombres, ordenaré a Harrison o a Gudyill coger las llaves de nuestras mazmorras. No se han abierto desde la semana que siguió a la victoria de Kilsythe^[15], cuando mi pobre sir Arthur Bellenden encerró a veinte whigs en ellas. Sólo están dos plantas bajo tierra, de modo que no pueden ser demasiado insalubres; además, creo que existe una pequeña abertura en uno de sus muros.

—Os ruego que me perdonéis, milady —repuso el sargento—; seguro que es una magnífica mazmorra, pero he prometido tratar al muchacho con cortesía, así que me ocuparé de tenerlo bien vigilado para que su huida resulte imposible. Mis hombres le obligarán a permanecer tan inmóvil como si estuviera atado de pies y manos.

—Está bien, señor Estuardo —repuso lady Margaret—; conocéis mejor que nadie cuál es vuestro deber. Y ahora, después de daros sinceramente las buenas noches, os dejo en manos de Harrison, mi administrador. Os pediría que nos acompañarais pero...

—No necesitáis disculparos, señora; soy consciente de que la roja casaca del rey Carlos II destruye los privilegios de la roja sangre del rey Jacobo V.

—Estáis equivocado, os lo aseguro. Si pensarais eso de mí, cometeríais una injusticia. Mañana hablaré con vuestro oficial; en seguida os concederán la graduación que merecéis.

—Creo que vuestra bondad no se verá recompensada —dijo Bothwell—, pero no sabéis cuánto agradezco que intentéis ayudarme; en cualquier caso, pasaré una alegre velada en compañía del señor Harrison.

Lady Margaret se despidió con aire ceremonioso, mostrando así el respeto que le inspiraba la sangre real, aunque sólo corriera por las venas de un sargento de la Guardia de Corps; aseguró nuevamente al señor Estuardo que, tanto él como sus hombres, tenían a su disposición la Torre de Tillietudlem.

El sargento Bothwell pareció tomar al pie de la letra las palabras de la dama, y no tardó en olvidar en un alegre festín cuán bajo había caído su familia; el señor Harrison sirvió el mejor vino de la bodega e invitó a sus huéspedes a divertirse, mientras los animaba con su ejemplo, lo que en esa clase de situaciones significa siempre propasarse. El viejo Gudyill se unió complacido al grupo, de igual modo que Davy se entrometía en las juergas de su amo, el juez Shallow, en *Enrique IV. Segunda parte*. Bajó apresuradamente a la bodega, corriendo el riesgo de romperse la crisma, con el fin de saquear un escondrijo que se jactaba de ser el único en conocer, y del que, bajo su supervisión, jamás había salido una botella que no estuviera destinada a un verdadero amigo del rey.

—Cuando el duque^[16] cenó aquí, milady se vio obligada a ofrecerle una botella de este borgoña —dijo el mayordomo, sentándose a una prudente distancia de la mesa, algo intimidado por la genealogía de Bothwell; el anciano, sin embargo, parecía aprovechar cada frase de su discurso para acercarse un poco más con su silla —; pero no sé por qué razón, señor Estuardo, yo no las tenía todas conmigo. Sospechaba que no era tan amigo del gobierno como fingía; además, no creo que se pueda confiar en su familia. El viejo duque James^[17] perdió antes el corazón que la cabeza; y el hombre de Worcester^[18] no fue más que un insípido plato de gachas de avena, imposible de cocinar, inservible para un caldo —y con aquel expresivo comentario, dio por terminado su avance en paralelo y comenzó un zigzag digno del ingeniero militar más experimentado, con el único fin de continuar aproximándose a la mesa^[19]—. De modo que cuando milady ordenó: «¡Borgoña para Su Señoría! ¡El viejo borgoña... el más selecto... el que trajeron en el treinta y nueve!», me dije a mí mismo: «No dejaré bajar por su garganta ni una sola gota hasta conocer mejor sus principios; le serviré vino de Canarias o clarete». ¡De ningún modo, caballeros! Mientras yo ocupe el puesto de mayordomo en la casa de Tillietudlem, ningún hombre desleal o sospechoso beberá lo mejor de nuestra bodega. Sin embargo, cuando encuentro a un verdadero amigo del rey y de su causa, así como de un episcopado prudente; cuando encuentro a un hombre dispuesto a defender la Iglesia y la Corona, como lo hice yo en vida de mi señor, durante toda la campaña de Montrose, no hay nada en esta casa demasiado bueno para ofrecérselo.

El viejo Gudyill, para entonces, había logrado introducirse en territorio enemigo o, lo que es lo mismo, alcanzar la mesa con su silla.

—Y ahora, señor Francis Estuardo de Bothwell, tengo el honor de beber a vuestra salud. Ojalá os nombren oficial y logréis limpiar el país de whigs, cabezas peladas, fanáticos y covenanters.

Bothwell, quien había olvidado desde hacía mucho tiempo todo escrúpulo de

clases, cuestión que para él dependía más de su conveniencia y posición que de su linaje, se apresuró a responder al brindis del mayordomo, reconociendo, al mismo tiempo, la excelencia del vino; y el señor Gudyill, aceptado así como un miembro más del grupo, continuó proporcionándoles aquella fuente de alegría hasta primeras horas de la mañana.

*Did I but purpose to embark with thee
On the smooth surface of a summer sea,
And would forsake the skiff and make the shore
When the winds whistle and the tempests roar?*

PRIOR^[1]

Mientras lady Margaret mantenía con el sargento de dragones de tan ilustre ascendencia la conversación que hemos detallado en páginas anteriores, Edith Bellenden, participando en menor grado del entusiasmo que su abuela sentía por los descendientes de sangre real, se limitó a echar una ojeada al sargento Bothwell; le pareció un hombre alto y corpulento, de facciones duras curtidas por la intemperie, en quien el orgullo y la vida disipada habían infundido un aire de descontento mezclado con la alegría temeraria de la desesperación. No hubo nada en los demás soldados que llamara su atención; y, sin embargo, le resultó imposible apartar la mirada del prisionero, oculto bajo una capa de soldado. La joven no pudo evitar sentirse culpable por satisfacer una curiosidad que sin duda resultaba dolorosa para el detenido.

—Ojalá supiéramos quién es ese pobre muchacho —dijo a Jenny Dennison, su primera doncella.

—Estaba pensando lo mismo, señorita Edith; pero no puede tratarse de Cuddie Headrigg, es más alto y no tan fornido.

—Sin embargo —continuó la señorita Bellenden—, podría ser algún vecino cuya identidad resultara interesante conocer.

—En cuanto los soldados terminen sus faenas, me enteraré de quién se trata; conozco muy bien a uno de ellos, el más joven y apuesto de todos.

—Pareces hacer buenas migas con todos los holgazanes del país —bromeó Edith Bellenden.

—Pero ¡qué estáis diciendo, señorita! No puedo evitar reconocer a la gente que encuentro en la iglesia y en el mercado; lo cierto es que he hablado con muy pocos jóvenes, aparte de los que son de mi familia, de los tres Steinson, de Tom Rand, del joven molinero, de los cinco Howieson en Nethersheils, del altísimo Tam Gilry y...

—Te ruego que pases por alto una lista de excepciones que promete ser muy larga, y me cuentes cómo entablaste amistad con ese joven soldado.

—Se llama Tam Halliday, señorita Edith, aunque todos le conocen como soldado Tam; los hombres de las colinas le hirieron en el conventículo de Outerside-Muir, por

lo que se vio obligado a pasar una temporada entre nosotros, mientras se recuperaba de sus heridas. Puedo preguntarle cualquier cosa, Tam no se negará a contestarme. Sabe que puede confiar en mí.

—A ver si logras averiguar el nombre del prisionero —dijo su joven señora—; ven más tarde a mis aposentos para contarme cuál ha sido su respuesta.

Jenny Dennison se apresuró a cumplir el encargo, mas no tardó en regresar con aire consternado, lo que indicaba su honda preocupación por la suerte del detenido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Edith impaciente—. ¿Ha resultado ser Cuddie?

—¿Cuddie? No, no es él —respondió entre sollozos la fiel doncella, consciente del dolor que la noticia ocasionaría a Edith Bellenden—. ¡Ay, querida señorita! ¡Se trata del joven Milnewood!

—¡El joven Milnewood! —repitió Edith con desesperación—. ¡Es imposible! ¡Totalmente imposible! Su tío asiste a los oficios religiosos de un clérigo que respeta la ley, y no tiene la menor relación con los covenanters; y él nunca ha tomado parte en tan triste disputa. Seguro que es inocente, a no ser que haya defendido algún derecho que alguien haya pisoteado.

—¡Ay, mi querida señorita Edith! —sollozó su doncella—. No son tiempos para preguntarse qué está bien y qué está mal; aunque fuera tan inocente como un recién nacido, encontrarían el modo de culparle, si así lo desearan. Tam Halliday dice que su vida está en peligro, pues ayudó a uno de los caballeros del Fife^[2] que asesinaron al viejo arzobispo.

—¡Su vida! —exclamó Edith, poniéndose precipitadamente en pie—. No pueden... No deben hacerlo... Hablaré con él... No permitiré que le hagan daño... —continuó con voz temblorosa.

—¡Pensad en vuestra abuela, mi joven señora! —añadió Jenny—. ¡Pensad en los peligros y en las dificultades! Vigilarán estrechamente a Henry Morton hasta la llegada de Claverhouse, por la mañana, y dice Tam Halliday que, si su declaración no resulta satisfactoria, pronto habrá terminado todo: ¡De rodillas! ¡Preparados! ¡Presenten armas! ¡Fuego! Al igual que hicieron con el viejo John Macbriar, quien jamás oyó ninguna de las preguntas que le hicieron, y perdió la vida por haberse quedado sordo.

—Jenny —dijo la joven dama—, si él muriera, yo no podría seguir viviendo; no es hora de hablar de peligros ni dificultades. Me cubriré con una capa y correré contigo al lugar de su cautiverio. Me arrojaré a los pies del centinela y le suplicaré por la salvación de su alma...

—¡Santo Dios! —interrumpió la doncella—. ¡Nuestra joven señora a los pies del soldado Tam! Y hablando con él de su alma, cuando el pobre muchacho apenas sabe si la tiene, excepto a la hora de proferir un juramento. No puede salir bien; y, sin embargo, lo que tenga que ser, será, y yo jamás abandonaré una causa de amor verdadero. De modo que si tenéis que ver al joven Milnewood, y no sé qué podéis sacar con ello aparte de entristeceros los dos aún más, os ayudaré a distraer a Tam

Halliday; pero debéis dejarme hacer las cosas a mi modo, no digáis ni una sola palabra. Está vigilando a Milnewood en la parte este de la torre.

—Rápido, tráeme un manto —dijo Edith—. Si consigo reunirme con él, encontraré la manera de salvarle. Date prisa, Jenny; ya sabes que no dejaré de recompensarte por tu buena acción.

La doncella se alejó corriendo y regresó en seguida con el manto en la mano; Edith se envolvió en él hasta ocultar por completo su rostro, con el fin de no ser reconocida.

Era frecuente que las damas de aquel siglo y de los primeros años del siguiente se colocaran así esa prenda de vestir; y llegó a ponerse tan en boga que los venerables sabios de la Iglesia presbiteriana, convencidos de que favorecía toda clase de intrigas, intentaron condenar su uso. Pero la moda, como suele ocurrir, resultó más fuerte que la autoridad, y, mientras se siguió utilizando ese atuendo, las mujeres de toda clase y condición cubrieron con él su rostro y su figura.

Escondida bajo el manto, del brazo de su doncella, Edith corrió con pasos temblorosos hacia el lugar de cautiverio de Morton.

Se trataba de un pequeño estudio o gabinete, en el interior de uno de los torreones, que se comunicaba con la galería en la que el centinela montaba guardia; pues el sargento Bothwell, cumpliendo escrupulosamente su promesa y conmovido, quizá, por la juventud y cortesía del prisionero, había renunciado a la indignidad de colocar un vigilante en la misma estancia que él. Halliday, por ese motivo, caminaba de un lado a otro con su carabina al hombro, y se consolaba bebiendo de vez en cuando un trago de cerveza de una enorme jarra o tarareando una alegre melodía escocesa:

*Between Saint Johnstone and Bonny Dundee,
I'll gar ye be fain to follow me.*^[3]

Jenny Dennison pidió nuevamente a Edith que le dejara hacer las cosas a su modo.

—Me será fácil convencerle —aseguró—, a pesar de su rudo aspecto, le conozco bien; pero debéis guardar silencio.

Abrió, entonces, la puerta de la galería, en el preciso momento en que el centinela se ponía de espaldas a ella, y, haciendo suya la melodía, cantó con esa coquetería propia de las coplas populares:

*If I were to follow a poor sodger lad,
My friends wad be angry, my minnie be mad;
A laird, or a lord, they were fitter for me,
Sae I'll never befain to follow thee.*^[4]

—¡Diantre! ¡Qué hermoso desafío! —exclamó el centinela, mientras se daba la vuelta—. Mas no es fácil derrotar al soldado con sus propias armas...

Y, tras decir esas palabras, continuó cantando:

*To follow me ye weel may be glad,
A share of my supper, a share of my bed,
To the sound of the drum to range fearless and free,
I'll gar ye be fain to follow me.*^[5]

—Venid, mi bella enfermera, y dadme un beso por mi canción.

—Pero ¿por quién me tomáis, señor Halliday? —dijo Jenny, fingiendo cierto enojo ante su propuesta—; os aseguro que disfrutaréis muy poco de mi compañía si no mejoráis vuestros modales. No he venido hasta aquí con mi amiga para escuchar esas tonterías; deberíais avergonzaros de vuestras palabras.

—¿Y qué clase de tonterías os han hecho venir, señora Dennison?

—Mi prima tiene un asunto muy especial que resolver con vuestro prisionero, el joven Harry Morton, de modo que he decidido acompañarla.

—¡Diablos! —exclamó el centinela—. Y ¿podríais decirme cómo pretendéis llegar hasta él? No sois lo suficientemente delgadas para colaros por la cerradura, y en cuanto a abrir la puerta es algo que no vamos siquiera a discutir.

—No discutiremos sobre ello, simplemente lo haréis —replicó la perseverante damisela.

—Eso está por ver, hermosa Jenny —dijo el soldado mientras reanudaba su marcha, tarareando al tiempo que avanzaba por la galería:

*Keek into the draw-well,
Janet, Janet,
There ye'll see your bonny sell,
My Joe Janet.*^[6]

—¿Estáis pensando en no dejarnos entrar, señor Halliday? De acuerdo, os daré las buenas noches; pero no volveréis a vernos, ni a mí ni a esta preciosidad —afirmó Jenny, sujetando entre sus dedos un dólar de plata.

—¡Dadle oro, dadle oro! —susurró Edith, llena de inquietud.

—La plata es suficientemente buena para los que son como él, incapaces de apreciar el guiño de una bonita joven. Y, lo que es peor, seguro que está convencido de que la historia de mi parienta no era más que una disculpa. Además, no nos sobra el dinero, olvidaos del oro.

Y, después de dar ese consejo a su señora, subió el tono y exclamó:

—Mi prima desea marcharse, señor Halliday; será mejor que os demos las buenas noches.

—¡Un momento! ¡Esperad un momento! —dijo el soldado—; deteneos y conversemos un poco, Jenny. Si dejas hablar a vuestra prima con el prisionero, os quedaréis conmigo hasta que termine; de ese modo, todos estaremos contentos.

—¿Acaso habéis perdido el juicio? —preguntó Jenny—. ¿Cómo se os ocurre pensar que mi prima y yo vamos a perder nuestra buena reputación charlando a solas con alguien como vos o ese prisionero? ¡Con la diferencia que hay entre las promesas y los actos de un hombre! Siempre habéis despreciado al pobre Cuddie, y, sin embargo, tengo el convencimiento de que si yo le hubiera pedido un favor, aunque le colgaran por ello, no lo habría dudado dos veces.

—¡Maldito Cuddie! —protestó el dragón—. Espero sinceramente que termine en la horca. Hoy mismo lo he visto en Milnewood con la vieja puritana de su madre y, de haber sabido que su nombre iba a interponerse en mi camino, lo habría traído a rastras, atado a la cola de mi caballo; y os aseguro que no habría infringido la ley.

—Muy bien, muy bien... Pero no me extrañaría que Cuddie os pegara un tiro uno de estos días, si le obligáis a esconderse en los páramos con tantas otras gentes honradas. Tiene muy buena puntería, quedó tercero en el tiro al papagayo; y tan firme es su pulso como su deseo de cumplir las promesas que hace, aunque no presuma tanto de ello como alguno de vuestros conocidos. Pero vámonos ya, querida prima, qué importancia tiene todo eso...

—Esperad, Jenny; ¡maldita sea! Siempre lo estropeo todo cuando hablo —exclamó el soldado, vacilante—. ¿Sabéis dónde está el sargento?

—Bebiendo y divirtiéndose —repuso Jenny—, con el administrador y John Gudyill.

—Eso significa que no aparecerá por aquí; pero ¿y mis compañeros? —insistió el centinela.

—Emborrachándose con el chico del corral, con el cetrero y con los demás criados.

—¿Tienen cerveza en abundancia?

—Seis galones de la mejor calidad —contestó la doncella.

—Está bien, entonces, hermosa Jenny —dijo el centinela, convencido—, estaremos seguros hasta el cambio de guardia, o incluso un poco más; de modo que si prometéis venir sola la próxima vez...

—Tal vez sí, tal vez no —replicó la joven—; pero si cogéis este dólar, quedaremos en paz.

—¡Al infierno tendría que irme por ello! —exclamó Halliday, quedándose, sin embargo, con el dinero—. Compensará hasta cierto punto el riesgo que corro; pues, si Claverhouse se entera de esto, me colgará de un palo más alto que la torre de Tillietudlem. Pero todos los soldados del regimiento cogen cuanto se les ofrece, siguiendo el ejemplo de Bothwell y su sangre real. Y si yo confiara en vos, mala mujer, ello me costaría dolores y pólvora, mientras que ese muchacho —continuó, señalando el lugar donde se hallaba el prisionero— estará bien dondequiera que vaya. Pero démonos prisa... os dejaré pasar. Y no os quedéis llorando y rezando con el joven whig; cuando llame a la puerta, apresuraos a salir como si hubierais recibido la orden de partir inmediatamente hacia el campo de batalla.

Y, diciendo esas palabras, Halliday abrió la puerta del pequeño estudio, dejó entrar en él a Jenny y a su falsa prima, volvió a cerrarlo con llave y reanudó el paso desigual y los silbidos de un centinela que cumple con su deber.

Las dos jóvenes empujaron suavemente la puerta y encontraron a Morton reclinado en una mesa, con la cabeza apoyada en los brazos, dando muestras de un profundo abatimiento. El chirrido de los goznes le hizo levantar la mirada y, advirtiéndole la presencia de dos figuras femeninas, se puso en pie sobresaltado. Edith, como si la timidez hubiera mitigado el valor que su propia desesperación le había conferido, se quedó paralizada a una yarda de la entrada, incapaz de dar un paso o de pronunciar una palabra. Todos los planes para ayudar y consolar a su amado parecieron borrarse de su imaginación, y, en medio de una dolorosa confusión de ideas, temió rebajarse ante los ojos de Morton al haber dado aquel paso tan precipitado y atrevido. Sintiéndose desfallecer, permaneció inmóvil y sin fuerzas, colgada del brazo de su doncella, que trataba en vano de tranquilizarla y devolverle todo su ánimo.

—Ya estamos aquí, señora —le susurró Jenny al oído—, no podemos perder el tiempo; el sargento o el cabo no tardarán en hacer una ronda y sería una lástima que al pobre Halliday lo castigaran por hacernos un favor.

Morton, entretanto, avanzó tímidamente hacia ellas, sospechando la verdad; pues ¿qué joven de aquella casa, que no fuera la propia Edith, podría interesarse por su desgracia? Y, sin embargo, la débil luz y el misterioso manto le hacían dudar. Jenny, cuyo ingenio y desenfado resultaban de lo más apropiados para la misión, se apresuró a romper el hielo.

—Señor Morton, la señorita Edith lamenta enormemente vuestra situación...

No fueron necesarias más palabras; Henry estaba junto a ella, arrodillado a sus pies, estrechando sus dóciles manos y manifestando atropelladamente su gratitud con palabras entrecortadas, que resultarían ininteligibles si no pudiéramos describir el tono de voz, los gestos y los ademanes apasionados que las acompañaban.

Durante unos minutos, Edith pareció la estatua de una santa adorada por uno de sus fieles; y cuando recobró la suficiente serenidad para desasir sus manos de las del joven, a duras penas pudo articular:

—He dado un paso extraño, señor Morton... Un paso que tal vez incluso vos censuraréis —continuó diciendo con más coherencia, haciendo un enorme esfuerzo por ordenar sus ideas—. Pero hace mucho tiempo que os considero mi amigo... quizá debería ser más explícita... demasiado tiempo para abandonaros cuando todo el mundo parece haberlo hecho. ¿Por qué razón os han detenido? ¿Cómo podría ayudaros? ¿Acaso mi tío, que os tiene en tan alta estima, o el vuestro, Milnewood, no pueden hacer nada? ¿No existe algún medio para lograr vuestra libertad? ¿Qué puede sucederos?

—Sucedan lo que sucedan —respondió Morton, mientras conseguía adueñarse nuevamente de la mano de la joven—, es lo más hermoso que me ha ocurrido en mi

monótona existencia. Debo agradecerlos, Edith... perdonadme, debería haberos llamado señorita Bellenden, mas la desventura parece conceder raros privilegios... que me hayáis proporcionado los únicos momentos de felicidad que han iluminado una vida infortunada, y, si debo descansar para siempre, el recuerdo de este honor llenará de alegría mis últimos momentos.

—Pero, señor Morton, ¿acaso es tan grave vuestra situación? ¿Cómo es posible que vos, que jamás habéis intervenido en esas disputas aciagas, os veáis tan implicado que sólo podáis pagar con vuestra...?

La joven se detuvo, incapaz de terminar la frase.

—Con mi vida... ¿No es eso lo que queríais decir? —añadió Morton, con una calma no exenta de melancolía—; creo que es algo que sólo los jueces van a decidir. Mis vigilantes me hablaron de la posibilidad de canjear la condena por el servicio voluntario en el extranjero. Pensé que era una alternativa posible; y, sin embargo, señorita Bellenden, desde que he vuelto a veros, siento que el exilio sería más insoportable que la muerte.

—¿Es cierto, entonces, que habéis sido tan temerario que habéis ofrecido vuestra ayuda a uno de los crueles canallas que asesinaron al arzobispo? —inquirió Edith.

—La noche en que ofrecí alojamiento y refugio a uno de esos fanáticos —repuso el joven—, no sabía que semejante crimen se había cometido; se trataba de un viejo amigo y compañero de mi padre. Pero mi ignorancia me servirá de poco, pues ¿quién, aparte de vos, creerá mis palabras? Y, además, no podría deciros con seguridad cuál habría sido mi conducta de haber conocido el crimen; tal vez hubiera sido incapaz de negar al fugitivo un refugio para pasar la noche.

—Y ¿quién se encargará de examinar vuestra conducta? ¿De qué autoridad militar depende? —preguntó la señorita Bellenden, impaciente.

—De la jurisdicción del coronel Grahame de Claverhouse, según tengo entendido —respondió Morton—; uno de los oficiales a los que el rey, el Consejo Privado y el Parlamento, los mismos que solían defender con empeño nuestras libertades, han encargado vigilar nuestros bienes y nuestras vidas.

—¿Claverhouse? —repitió la joven con desmayo—. ¡Que Dios nos asista! ¡Estáis condenado de antemano! Escribió a mi abuela diciendo que llegaría mañana por la mañana, en su camino hacia el norte del país, donde asegura que varios hombres desesperados se han agrupado con el propósito de preparar una revuelta, animados por la presencia de dos o tres de los asesinos del primado. Las expresiones utilizadas en su carta me hicieron temblar, aunque por aquel entonces no sabía que... un amigo...

—No os preocupéis demasiado por mí, querida Edith —dijo Henry, mientras la estrechaba en sus brazos—; todo el mundo dice que Claverhouse, a pesar de ser un hombre duro e implacable, es honrado, justo y valeroso. Soy hijo de un militar, y defenderé mi causa como un soldado. Quizá escuche más favorablemente una defensa llana y sin ambages^[7] que las estratagemas contemporizadoras de un juez.

Sobre todo en una época en la que todas las ramas de la justicia están completamente corrompidas. Preferiría perder la vida en una violenta maniobra militar que ser condenado por el *hocus pocus* de un abogado arbitrario, que sólo emplea su conocimiento de la ley, nacida para nuestra protección, con el fin de procurar nuestra ruina.

—¡Estáis perdido! ¡Estáis perdido, si pensáis ocuparos de vuestra defensa con Claverhouse! —suspiró Edith—. «Ruina y destrucción total» era la más suave de sus expresiones. El infortunado arzobispo era su amigo íntimo, además de primer protector^[8]. «Ni excusas ni subterfugios», decía su carta, «salvarán a quienes tuvieron relación con su muerte o a quienes ofrecieron ayuda o alojamiento a los asesinos; el peso de la ley caerá sobre ellos. Y para vengar su atroz asesinato acabaré con tantas vidas como canas peinaba su venerable cabeza». Os aseguro que no sabe lo que es la compasión ni la piedad.

Jenny Dennison, que hasta entonces había guardado silencio, advirtiendo que, a pesar de su desesperación, los enamorados no encontraban una salida a sus entuertos, se atrevió a hacer la siguiente proposición:

—Con vuestro permiso, señorita Edith, joven Milnewood, no podemos perder más tiempo. Que el señor Morton se ponga mi manto y mi vestido; me los quitaré amparada en la oscuridad de aquel rincón, si prometéis no mirar hacia allí. Nada tiene que temer de Tam Halliday, que anda medio ciego de tanto beber cerveza. Yo le indicaré el mejor modo de salir de la torre, mientras vos os dirigís silenciosamente a vuestros aposentos, señorita Bellenden. Después, envuelta en su capa gris y con su gorra, me haré pasar por el prisionero hasta que la costa esté despejada; entonces llamaré a Tam Halliday y le pediré que me saque de aquí.

—¿Que os saque de aquí? —exclamó Morton—. Tendréis que responder con vuestra vida...

—No —contestó Jenny—. Tam no dirá a nadie que nos dejó entrar, por su propio bien; y yo le enseñaré un lugar por el que el prisionero pudo haber escapado.

—¡Santo Dios! ¿Seríais capaz de algo así? —preguntó el centinela, abriendo súbitamente la puerta—. Aunque medio ciego, no estoy sordo; si deseabais salir airoso, tendríais que haber organizado el plan con mayor discreción. Vamos, vamos, señora Janet, comenzad a caminar, más deprisa, poneos al trote... ¡maldita sea! En cuanto a vos, señora parienta, será mejor no preguntaros vuestro nombre, a pesar de la mala pasada que pensabais jugarme... Pero he de despejar la zona; debéis batiros en retirada, a menos que queráis que me expulsen de la guardia.

—Confío en que no mencionéis a nadie lo ocurrido, mi buen amigo —dijo Morton con inquietud—. Os agradecería enormemente que guardarais el secreto. Si habéis acertado a oír nuestra conversación, sabréis que jamás aceptamos la propuesta de esa amable joven.

—¡Endemoniadamente amable, en efecto! —añadió Halliday—. En cuanto a lo demás, ni soy rencoroso ni me gusta ir con historias...; pero no se lo agradezcáis a

esa pequeña bruja de Jenny Dennison, que merecería una buena bofetada por intentar meter en un lío a un honrado muchacho, únicamente porque éste ha cometido la estupidez de quedarse prendado de su cara de niña.

Jenny no tuvo más remedio que recurrir a la última estratagema empleada por las mujeres cuando quieren que las perdonen, y que suele resultar siempre eficaz: escondió su rostro tras el pañuelo y lloró con vehemencia, lo que le permitió salir del paso sin el menor contratiempo.

—Y ahora —continuó el soldado, algo más apaciguado—, si queréis decir algo más, tenéis dos minutos para hacerlo y poneros en marcha; pues si a Bothwell se le ocurre, en medio de su borrachera, adelantar media hora su ronda, todos lo pasaremos mal.

—Adiós, Edith —susurró Morton con una serenidad que estaba lejos de sentir—. Debéis marcharos de aquí y abandonarme a mi suerte; conociendo vuestro interés, cualquier cosa me parecerá soportable. ¡Buenas noches, buenas noches! Tenéis que iros antes de que os descubran.

Y, diciendo esas palabras, la condujo suavemente hasta su criada, quien, sirviéndole de apoyo, la ayudó a salir del pequeño gabinete.

«Cada uno tiene sus preferencias, desde luego —pensó Tam Halliday—, pero yo no habría contrariado a una joven tan dulce ni por todos los whigs que alguna vez juraron el Covenant».

Cuando Edith regresó a sus aposentos, dando rienda suelta a todo su dolor, prorrumpió en un llanto tan desesperado que Jenny Dennison, alarmada, se apresuró a consolarla.

—No os aflijáis tanto, señorita Edith —dijo su fiel doncella—; ¿quién sabe lo que puede ocurrirle al joven Milnewood? Es un muchacho apuesto y valeroso, un caballero de buena familia; no se atreverán a tratarle de igual modo que a los infortunados whigs, capturados en los páramos, a los que cuelgan como ristras de cebollas. Quizá el anciano señor de Milnewood logre comprar su libertad, o vuestro propio tío abuelo, el mayor Bellenden, hable en su defensa; conoce bien a los casacas rojas.

—¡Tienes toda la razón, Jenny! —exclamó Edith, recobrando la esperanza—. No es un momento para la desesperación, sino para la lucha. Tienes que encontrar a alguien que lleve esta misma noche una carta a mi tío.

—¿A Charnwood, señora? Es muy tarde, y son seis millas y pico de terreno pantanoso. No creo que podamos encontrar a un jinete esta noche; además, hay un centinela en la entrada. ¡Pobre Cuddie! Tuvo que marcharse, el infeliz; y ¡pensar que habría hecho cualquier cosa que yo le pidiera sin preguntar la razón! Y todavía no he tenido tiempo de entablar amistad con el nuevo labriego; aunque dicen que va a casarse con Meg Murdieson, a pesar de lo fea y antipática que es.

—Tienes que encontrar a alguien, Jenny; se trata de un asunto de vida o muerte.

—Iría yo en persona, señorita Edith, pues podría deslizarme por la ventana de la

despensa y descender fácilmente por el tejo; y no sería la primera vez. Pero el camino es demasiado peligroso, con todos esos casacas rojas merodeando por los alrededores; además, están los whigs, y no creo que sean mucho mejores (me refiero a los más jóvenes) cuando se tropiezan con un desconocido en los páramos. No me importaría la caminata, os aseguro que podría andar más de diez millas a la luz de la luna.

—¿Y no se te ocurre alguien que esté dispuesto a ir, a cambio de dinero o de algún favor? —preguntó Edith con inquietud.

—Tal vez lo hiciera Gibbie el de los Gansos —repuso Jenny, tras tomarse unos momentos para considerar la cuestión—, aunque es posible que desconozca el camino... pero si continúa por la senda de los caballos y no se olvida de torcer en Cappercleuch, ni se ahoga en el pantano de Whomlekirn, ni se despeña en los precipicios de la Senda del Diablo, ni da un traspié en el desfiladero de Walkwary, ni los whigs se lo llevan a las colinas, ni los casacas rojas lo detienen, le resultará fácil llegar.

—Tendremos que correr el riesgo —dijo Edith, interrumpiendo bruscamente la lista de peligros que podrían impedir a Gibbie llegar sano y salvo al final de su peregrinaje—, si no se te ocurre un mensajero mejor. Ve a decirle al muchacho que se prepare, y ayúdale a salir de la torre con el mayor sigilo. Si alguien le pregunta algo, tendrá que responder que lleva una carta al mayor Bellenden de Charnwood, pero sin mencionar ningún otro nombre.

—Comprendo, señora; ya veréis cómo lo consigue. Le diré a Tib, la mujer que cuida las gallinas, que se ocupe también de los gansos; haré saber a Gibbie que lady Margaret no debe enterarse de nada, y le daré un dólar.

—Dos, si tiene éxito en su misión —añadió Edith.

Jenny se fue a arrancar a Gibbie de los dulces sueños a los que normalmente se entregaba al ponerse el sol, pues parecía tener el mismo horario que las aves que atendía. Aprovechando su ausencia, Edith preparó la siguiente carta:

PARA ENTREGAR EN MANO AL MAYOR BELLENDEN DE CHARNWOOD, MI MUY HONORABLE
TÍO

Mi querido tío:

Esta breve carta servirá para notificaros mi inquietud por vuestra gota, pues ni mi abuela ni yo pudimos veros en la parada militar, lo que nos intranquilizó sobremanera.

Si vuestra salud os permitiera viajar, estaríamos encantadas de recibirlos en nuestro humilde hogar mañana por la mañana, a la hora del desayuno, ya que el coronel Grahame de Claverhouse pasará por aquí con su regimiento; nos agradaría enormemente contar con vuestra ayuda para recibir y agasajar a un militar tan distinguido, que, con toda probabilidad, no se sentirá demasiado feliz en compañía de dos mujeres.

Asimismo, mi querido tío, debo rogaros que permitáis a la señora Carfort, vuestra ama de llaves, enviarme mi túnica de seda más elegante, la de las mangas holgadas, que podrá encontrar en el tercer cajón del armario de nogal, en la habitación verde que vos tenéis la amabilidad de considerar mía.

Enviadme también, querido tío, el segundo tomo del *Gran Ciro*^[9], pues únicamente he leído hasta el encarcelamiento de Filidaspes, en la página setecientos treinta y tres.

Os suplico, sobre todo, que no dejéis de venir mañana antes de las ocho en punto; vuestro magnífico caballo os permitirá hacerlo sin necesidad de levantaros antes de la hora habitual.

Rezando a Dios por vuestra salud, se despide afectuosamente vuestra humilde sobrina,

EDITH BELLENDEN

Post scriptum. Un grupo de soldados trajo ayer por la noche prisionero a vuestro amigo, el joven Morton de Milnewood. Sé que lo lamentaréis por él, de modo que prefiero ponerlo en vuestro conocimiento por si decidís hablar en su defensa con el coronel Grahame de Claverhouse. No he querido nombrarlo en presencia de mi abuela, conociendo sus prejuicios contra la familia.

Una vez sellada esta misiva y en manos de Jenny, la fiel confidente se apresuró a entregarla a Gibbie, quien ya la esperaba preparado para abandonar el castillo. La joven le indicó entonces el sendero que debía tomar, pues temía que el muchacho se perdiera, ya que no había viajado más de cinco o seis veces por aquel camino y tenía tan poca memoria como entendimiento. Finalmente, le ayudó a salir de la fortaleza sin que nadie lo advirtiera, deslizándose por la ventana de la despensa y descendiendo por las ramas del tejo. Contempló con alegría cómo llegaba al suelo sano y salvo, y torcía a la derecha para coger el buen camino. Después regresó a los aposentos de la señorita Edith y logró persuadirla para que se acostara. Intentó tranquilizarla, en la medida de lo posible, asegurándole que Gibbie conseguiría cumplir con éxito su misión; y lo único que lamentaba era que el leal Cuddie, en cuyas manos la carta habría estado más segura, no anduviera por las cercanías para ayudarla.

Más afortunado como emisario que como caballero, fue la suerte de Gibbie y no su destreza lo que le hizo llegar al amanecer a la entrada de la mansión del mayor Bellenden, después de extraviarse nueve veces y de cubrirse del polvo de los diferentes^[10] pantanos, arroyos y barrizales que separan Tillietudlem de Charnwood; el muchacho había recorrido un trayecto de diez millas (pues el pico, tal como suele ocurrir, llegó casi a duplicar la distancia) en poco más o menos el mismo número de horas.

*At last comes the troop, by the word of command
Drawn up in our court, when the captain cries, Stand.*

SWIFT^[1]

El viejo ayuda de cámara del mayor Bellenden, Gedeón Pike, colocaba la ropa de su señor junto a la cama, preparándose para vestir al respetable veterano, cuando le comunicó, justificando así despertarle una hora antes de lo habitual, que acababa de recibir un mensaje urgente de Tillietudlem.

—¿De Tillietudlem? —repitió el anciano, sentándose rápidamente en el lecho—. ¡Abrid los postigos, Pike! Espero que no le haya pasado nada a mi cuñada. ¡Descorred las cortinas! Veamos qué noticias nos llegan —continuó, leyendo la nota de Edith—. ¿La gota? ¡Qué extraño! Sabe que no he tenido un ataque desde Candlemas. ¿La parada militar? Le dije hace un mes que no asistiría. ¿Túnicas de seda y mangas holgadas? ¡Qué caprichosa! ¿El gran Ciro y Philipdastus... o como demonios se llame? ¿Habría perdido el juicio esta jovencita? ¿Acaso era necesario enviar un mensaje urgente y despertarme a las cinco de la madrugada para decirme cuatro tonterías? Pero ¿qué dice en su posdata? ¡Dios mío! —exclamó tras leerla con atención—. ¡Pike! ¡Pike! Ensillad inmediatamente al viejo Kilsythe, y coged otro caballo para vos.

—Espero que no sean malas noticias de la Torre... —dijo Pike, alarmado ante el repentino nerviosismo de su señor.

—Sí... no... sí... La cuestión es que debo verme en seguida con Claverhouse para tratar un asunto de gran importancia; de modo que disponedlo todo para salir cuanto antes. ¡Ay, señor! ¡Qué tiempos éstos! Pobre muchacho... ¡El hijo de mi viejo compañero! Y esa necia chiquilla me lo comunica en su post scriptum, como ella dice, después de todas esas nimiedades sobre viejos atuendos y novelas de moda.

En pocos minutos, el buen oficial estuvo listo para partir; y, montando su decrepito corcel con la misma gravedad con que lo hubiera hecho el propio Marco Antonio^[2], inició su camino hacia la Torre de Tillietudlem.

Durante el trayecto, tomó la prudente decisión de no decir nada a lady Margaret (cuyo odio a los presbiterianos de toda clase y condición era despiadado) sobre la identidad del prisionero que había pernoctado entre los muros de su propiedad, y limitarse a utilizar toda su influencia sobre Claverhouse para conseguir la liberación de Morton.

«Es un hombre tan leal, que no dudará en complacer a un viejo caballero como yo —pensó el veterano—. Si es tan buen oficial como dicen, se alegrará de ayudar al hijo de un antiguo soldado. Nunca he conocido a un verdadero militar que no fuera franco y honrado; en mi opinión, el ejército se ocuparía cien veces mejor del cumplimiento de las leyes (aunque es una lástima que éstas deban ser tan severas) que esos pedantes abogados o esos estúpidos terratenientes».

Y ésas eran las meditaciones del mayor Miles Bellenden que John Gudyill vino a interrumpir (solamente medio borracho), cogiendo sus bridas y ayudándole a desmontar en el tosco empedrado del patio de Tillietudlem.

—Pero, John —bromeó el mayor—, ¿qué clase de disciplina habéis estado observando? ¿Tenéis esa mirada borrosa por la ginebra o habéis pasado la noche leyendo la Biblia^[3]?

—He estado hojeando la Letanía^[4] —contestó el viejo Gudyill, mientras movía su cabeza de un lado a otro con la mirada perdida, tras haber comprendido sólo una de las palabras que el mayor le había dirigido—. La vida es breve, señor; sólo somos flores del campo^[5] —continuó diciendo entre hipidos— y lirios del valle.

—¿Flores y lirios? Vaya, hombre, unos vejestorios como nosotros a duras penas podríamos considerarnos viejas cicutas, ortigas putrefactas o hierbajos marchitos; pero supongo que estáis convencido de que todavía merece la pena seguir regándonos.

—Soy un soldado, señor, gracias al Cielo —hipó.

—Más bien un viejo borrachín, John. Pero no os preocupéis, llevadme ahora junto a vuestra señora, muchacho.

El mayordomo le condujo hasta el vestíbulo de piedra donde lady Margaret —moviéndose de un lado a otro con nerviosismo, supervisando, arreglando y retocando lo que hacían sus criados— ultimaba los preparativos para recibir al famoso Claverhouse, a quien unos honraban y ensalzaban como a un héroe, mientras otros abominaban como a un opresor sediento de sangre.

—¿Acaso no te había pedido, Mysie —dijo la dama a su primera doncella—, que lo colocaras todo exactamente igual que aquella inolvidable mañana en la que Su Graciosa Majestad desayunó en Tillietudlem?

—No hay duda de que ésas fueron sus órdenes, milady; por lo que yo recuerdo...

—Entonces —interrumpió su señora con impaciencia—, ¿por qué razón has puesto el pastel de venado a la izquierda del trono y el jarro de clarete a la derecha? No tendrías que haber olvidado, Mysie, que Su Graciosa Majestad puso personalmente el pastel junto al vino, exclamando que eran demasiado buenos amigos para estar separados.

—Lo recuerdo bien, señora —repuso la criada—; habéis hablado tantas veces de aquella solemne mañana desde entonces... Sin embargo, pensé que querríais disponer las cosas tal como estaban antes de que Su Majestad, que Dios bendiga, entrara en esta sala, más cercano a un ángel del Señor que a un hombre, de no haber sido por su

tez oscura.

—Estabas equivocada, Mysie; pues sea cual sea el modo que Su Graciosa Majestad elija para colocar las tablas de trincar y los jarros, debería convertirse, tal como ocurre con asuntos de mayor importancia, en una ley para sus súbditos, y siempre lo será para las gentes de Tillietudlem.

—Está bien, señora —dijo la doncella, efectuando el cambio—, no es difícil enmendar un error así; pero, si todo debe disponerse como cuando Su Majestad se marchó, tendríamos que hacer un agujero en el pastel de venado.

La puerta se abrió en aquel justo momento.

—¿Quién ha venido, John Gudyill? —preguntó lady Margaret—. En estos momentos, no puedo atender a nadie. Pero ¡si sois vos, mi querido hermano! —continuó, sorprendida de ver al mayor Bellenden—. ¡Qué visita tan temprana!

—Espero que sea igualmente bienvenida —repuso el veterano soldado, mientras saludaba a la viuda de su difunto hermano—. Edith envió una nota a Charnwood para solicitar que le enviáramos algunas de sus pertenencias y mencionó que hoy recibiríais la visita de Claverhouse; de modo que, como un viejo mosquetero, pensé que me agradaría charlar con ese soldado de creciente fama. Ordené a Pike que ensillara a Kilsythe, y ¡aquí estamos!

—Ya sabéis que siempre sois bienvenido a la torre —afirmó la anciana dama—; de haber tenido más tiempo, os hubiera rogado que nos acompañarais. Como veis, estoy de lo más atareada. Todo debe estar dispuesto de igual modo que cuando...

—El rey desayunó en Tillietudlem —añadió el mayor que, como casi todos los amigos de lady Margaret, temía el comienzo de esa historia y deseaba interrumpirla como fuera—. Lo recuerdo muy bien, ya sabéis que yo atendí a Su Majestad.

—Así es, querido hermano —exclamó la dama—; quizá podáis ayudarme a recordar el orden de la ceremonia.

—Lo cierto es que no sería capaz —replicó el mayor—; el terrible festín que nos ofreció Nol en Worcester^[6], unos días después, borró de mi memoria vuestra deliciosa comida. Pero ¿qué es eso? Veo que habéis instalado con gran pompa la enorme butaca de cuero turco con los cojines tapizados.

—Os ruego que lo llaméis el trono —dijo lady Margaret seriamente.

—Como gustéis —continuó el mayor—. ¿Será ése el puesto desde el que Claverhouse ataque el pastel?

—No, querido hermano —contestó la anciana—; puesto que esos cojines tuvieron un día el honor de servir de asiento a nuestro venerado monarca, mientras yo siga con vida, jamás sostendrán un peso de menor dignidad.

—Entonces no deberíais ponerlos delante de un viejo y honrado caballero, que ha cabalgado diez millas antes de desayunar; para seros sincero, resultan muy tentadores. Pero ¿dónde está Edith?

—En las almenas de la atalaya —repuso lady Margaret—, observando la llegada de nuestros invitados.

—Iré a verla; y también deberíais hacerlo vos, querida hermana, en cuanto hayáis terminado de formar vuestra línea de batalla en esta sala. Es hermoso contemplar un regimiento de caballería mientras marcha, os lo aseguro.

Y diciendo estas palabras, ofreció con anticuada galantería su brazo a lady Margaret, quien lo aceptó con la misma gratitud y respeto que solían mostrar las damas en Holyrood-house^[7], antes de 1642^[8]; a partir de entonces, y durante algún tiempo, tanto las reverencias como las fiestas de la corte parecían pasadas de moda.

Ascendieron por estrechos pasadizos y solitarias escaleras hasta llegar a lo alto del torreón, donde hallaron a Edith, no con el aspecto de una joven que contempla con curiosidad y excitación la llegada de un distinguido regimiento de dragones, sino pálida y abatida, con visibles indicios de no haber podido conciliar el sueño la noche anterior. El anciano y bondadoso veterano se entristeció al verla tan desmejorada; pues lady Margaret había estado demasiado ajetreada para fijarse en ella.

—¿Qué os ocurre, pequeña? —preguntó—. ¿Por qué parecéis la esposa de un oficial cuando, después de una operación militar, abre el informe de las últimas noticias^[9] y espera encontrar a su marido entre los heridos o los muertos? Pero conozco el motivo: seguís empeñada en leer esas absurdas novelas, durante el día y la noche, mientras lloriqueáis por desgracias que nunca ocurrieron. ¿Cómo demonios podéis creer que Artamenes, o como se llame, luchara sin ayuda de nadie contra todo un batallón? Que un hombre ganara a tres es lo más singular que ha podido ocurrir, y nunca supe de nadie que tuviera deseos de intentarlo, excepto el viejo cabo Raddlebanes. Pero esos malditos libros obligan a sus apuestos héroes a realizar acciones desconcertantes. Estoy seguro de que Raddlebanes os dejaría indiferente, al lado de Artamenes. Debería enviarse a la picota a los que escriben esas tonterías por propagar semejantes calumnias^[10].

Lady Margaret, aficionada también a la lectura de novelas, salió en su defensa:

—El señor Scuderi^[11] —exclamó— es un soldado, querido hermano, y, según tengo entendido, de los pies a la cabeza; lo mismo ocurre con el señor D’Urfé^[12].

—Debería avergonzarles aún más; tendrían que haber conocido mejor lo que estaban escribiendo. Por mi parte, en estos últimos veinte años, sólo he leído mi Biblia, *The Whole Duty of Man*^[13] y, últimamente, el *Pallas Armata* de Turner^[14] sobre el ordenamiento de las maniobras con picas, y confieso que tampoco me gusta su disciplina. Propone colocar la caballería delante de una línea de picas, en lugar de situarla en las alas. Estoy seguro de que, si hubiéramos seguido sus consejos en Kilsythe en lugar de disponer nuestros grupos de caballos en los flancos, la primera descarga les hubiera hecho retroceder hasta nuestros hombres de las Tierras Altas. Pero estoy oyendo los timbales...

Asomaron sus cabezas entre las almenas del torreón, que dominaba el extenso valle atravesado por el río. La Torre de Tillietudlem se alzaba, y es posible que aún continúe haciéndolo, en lo alto de una escarpada loma, en el ángulo que formaba la

confluencia de un caudaloso arroyo con el Clyde^[15]. Un estrecho puente de elevado arco, que cruzaba el torrente cerca de su desembocadura, conducía hasta el camino público, que serpenteaba a lo largo de las accidentadas y revueltas orillas. Y, así, la fortaleza, dominando a un tiempo el puente y el desfiladero, había sido, en tiempo de guerra, un puesto de vital importancia, que era necesario defender para asegurar la comunicación entre las regiones más altas y salvajes del país y las tierras bajas, donde se extendía el valle y prosperaban los cultivos. Desde lo alto del castillo se divisaba un paisaje de frondosos bosques, pero el terreno llano y las suaves laderas próximas al río eran campos de cultivo de irregulares formas, salpicados de setos y arboledas, cuyos cercados parecían formar parte del espeso bosque que los rodeaba, ocupando los declives más abruptos y las orillas más lejanas. El respetable arroyo, de espumeantes aguas de un color cobrizo brillante, corría a través de aquella romántica región formando meandros y recodos, en parte visibles, en parte escondidos por los árboles que cubrían sus riberas. Con una providencia desconocida en otros rincones de Escocia, casi todos los campesinos habían plantado huertas alrededor de sus hogares, y los manzanos, floridos en aquella época del año, convertían en un jardín la zona más profunda del valle.

Al levantar la mirada hacia la cabecera del río, el paisaje variaba considerablemente. El terreno era árido y escarpado, y no se veía el menor cultivo; apenas unos árboles crecían junto a sus orillas, y los inhóspitos páramos se convertían en macizas colinas sin formas definidas, coronadas a su vez por una cadena de elevadas montañas que se distinguían débilmente en el horizonte. Así pues, la Torre de Tillietudlem dominaba dos panoramas: uno, hermosa y ricamente cultivado; otro, mostrando la tristeza y la monotonía de los lugares más agrestes y desolados.

En aquella ocasión, los ojos de quienes miraban desde la atalaya se limitaron a contemplar el valle, no sólo debido a su mayor belleza, sino también porque los timbales que oían a lo lejos y que anunciaban la llegada del esperado regimiento de caballería, provenían del camino que dividía el llano. No tardaron en divisar a lo lejos el tenue brillo de sus filas, apareciendo y desapareciendo tras los árboles y los recodos del camino, pues sus armas resplandecían cuando las iluminaba el sol. Era una larga e impresionante formación de más de doscientos cincuenta caballos; y el entrechocar de las armas y el balanceo de los estandartes, unidos al estrépito de las trompetas y de los timbales, producían en la imaginación de quienes la contemplaban una extraña mezcla de alegría y horror. Y el regimiento se fue acercando hasta que resultaron claramente visibles las filas de los soldados, que marchaban unos tras otros, armados hasta los dientes en sus soberbias cabalgaduras.

—Es un espectáculo que me hace rejuvenecer treinta años —dijo el anciano caballero—; y, sin embargo, no me agrada la misión encomendada a esos pobres muchachos. A pesar de haber luchado en la guerra civil, he de reconocer que no fue para mí una experiencia tan satisfactoria como cuando estuve de servicio en el continente, atravesando con mi espada a unos soldados con rostros extranjeros que

hablaban lenguas ininteligibles. Es muy duro escuchar a un hombre pidiendo gracia en escocés, y verse obligado a acabar con él como si hubiera pedido *misericordé*^[16]. Así que ya están cruzando el llano de Netherwood... ¡Qué muchachos tan gallardos! ¡Y con que brío llevan sus monturas! Aquel que viene galopando desde la retaguardia debe de ser el propio Claverhouse. ¡Mirad! Se coloca al frente de sus hombres para cruzar el puente; estarán aquí en menos de cinco minutos.

Al llegar al estrecho puente que conducía a la torre, la caballería se dividió, y la mayoría de los jinetes continuaron por la orilla izquierda del arroyo hasta cruzar por un pequeño vado, y tomaron el camino de los establos y de los graneros del castillo, donde lady Margaret había ordenado preparar su recibimiento. Únicamente los oficiales, con sus banderas y su escolta, ascendieron por el escarpado sendero hasta la entrada de la torre, quedando ocultos, en algunos tramos, bajo los salientes de la loma y los viejos y gigantescos árboles. Cuando salieron de la vereda, se encontraron ante la vieja fortaleza; sus puertas les esperaban abiertas. Lady Margaret, acompañada de Edith y de su cuñado, que habían bajado rápidamente de la atalaya, dieron la bienvenida a sus huéspedes con una comitiva de criados tan presentable como lo permitieron las orgías de la noche anterior. El joven e intrépido oficial Grahame (un familiar, además de homónimo, de Claverhouse, al que el lector ya ha tenido el gusto de conocer) bajó el estandarte entre la fanfarria de las trompetas, en homenaje al rango de lady Margaret y a la belleza de su nieta; y el eco de los viejos muros acentuaba aún más el estruendo de los instrumentos, y el piafar y el relinchar de los caballos.

Claverhouse^[17] desmontó de un corcel negro, el más hermoso quizá de toda Escocia. No tenía un solo pelo blanco en todo su cuerpo, circunstancia que, unida a su velocidad y vigor, así como al hecho de ser montado con frecuencia para perseguir a los presbiterianos rebeldes, había convencido a muchos de que el noble animal había sido regalado a su dueño por el mayor Enemigo de la Humanidad^[18], con el fin de ayudarlo a hostigar a los fugitivos. Cuando Claverhouse hubo presentado sus respetos a las damas con corrección militar, pedido disculpas por las molestias que estaba causando a la familia de lady Margaret, y escuchado a la dama afirmar el placer que sentía al recibir en Tillietudlem a un soldado tan distinguido y tan leal a Su Majestad; cuando, para ser breves, concluyeron todos los requisitos exigidos por las normas de la hospitalidad y de la buena educación, el coronel solicitó permiso para recibir el informe de Bothwell, con el que se entrevistó a solas durante unos minutos. El mayor Bellenden aprovechó la oportunidad para hablar con su sobrina, a espaldas de lady Margaret.

—¡Qué muchacha tan necia! ¿Cómo habéis podido enviarme un mensaje urgente con todas esas tonterías sobre libros y vestidos y escribir en la posdata lo único que me importaba un maravedí^[19]?

—Temía que no fuera correcto por mi parte... —comenzó a responder Edith, titubeante.

—Estaba seguro de que dudaríais de la conveniencia de interesaros por un presbiteriano. Pero conocí muy bien a su padre. Fue un valeroso soldado; y si en una ocasión se equivocó, supo enmendar su error. Debo alabar vuestra cautela, Edith, por no haber dicho nada sobre ese joven caballero a lady Margaret. Podéis confiar en que yo tampoco lo haré. Aprovecharé la menor oportunidad para hablar con Claverhouse. Venid, querida, se dirigen a desayunar; vayamos tras ellos.

*Their breakfast so warm to be sure they did eat,
A custom in travellers mighty discreet.*

PRIOR^[1]

El desayuno de lady Margaret Bellenden tenía tantas similitudes con un *dejeune*^[2] de nuestros días como la enorme sala de piedra de Tillietudlem con un comedor moderno. No había té, ni café, ni panecillos o bollos variados, sino manjares consistentes y sustanciosos: el sagrado jamón, el ilustre solomillo, la noble carne de vaca, el principesco pastel de venado. Las jarras de plata, salvadas con dificultad de las garras de los covenanters que ahora se ocultaban, contenían cerveza, aguamiel o excelentes vinos de distintos géneros y cualidades. El apetito de los invitados estaba a tono con la magnificencia y la solidez de los preparativos; no se trataba de un entretenimiento ni de un juego de niños, sino del masticar firme y constante de unas mandíbulas que parecían hacer mejor su trabajo a primera hora de la mañana, y cuando una ocasión especial así lo requería.

Lady Margaret miraba complacida con qué prontitud desaparecían las viandas en el interior de sus honorables invitados, y apenas tuvo ocasión de ejercitar, con algún comensal que no fuera el propio Claverhouse, su perentoria necesidad de insistir en que siguieran comiendo, *la peine forte et dure*^[3] que las damas de la época solían infligir a sus huéspedes.

Sin embargo, el jefe militar, más preocupado por atender a la señorita Bellenden, sentada junto a él, que por saciar su apetito, no pareció mostrar demasiado interés por la succulenta comida. Edith escuchó las amables palabras que le dirigía, en un tono de voz que modulaba hábilmente, y que pasaba de ser suave y armonioso en una conversación íntima a elevarse en medio del fragor del combate «tan fuerte como una trompeta con sonido de plata»^[4]. La conciencia de estar ante el temible jefe militar que decidiría el destino de Henry, así como el recuerdo del respeto y del terror que inspiraba su nombre, le impidieron por algún tiempo reunir el valor suficiente para contestar a sus preguntas o mirarlo de frente. Mas cuando, animada por la dulzura de su voz, levantó los ojos hacia él para articular una respuesta, comprobó sorprendida que el aspecto físico del coronel no poseía ninguno de los rasgos de crueldad que ella había imaginado.

Grahame de Claverhouse era un hombre joven, más bien menudo y de complexión delgada, aunque elegante; tanto su lenguaje como sus modales revelaban

que había vivido siempre entre personas nobles y afortunadas. Sus facciones eran de una regularidad casi femenina. Tenía un rostro ovalado, una nariz recta y bien formada, unos ojos color avellana, una tez lo suficientemente oscura para resultar viril, un labio superior fino y curvado hacia arriba —como el de una estatua griega—, ligeramente sombreado por un pequeño bigote castaño, y una profusión de largos rizos del mismo color, que caían a ambos lados de su cara; todo ello le convertía en uno de esos semblantes que los pintores desean retratar y las damas contemplar.

La severidad de su carácter y el increíble valor que hasta sus enemigos se veían obligados a reconocer en él se escondían bajo una apariencia más acorde con la corte y los salones que con el campo de batalla. La misma expresión afable y feliz que dominaba sus facciones parecía inspirar sus movimientos y sus gestos; y, en general, a simple vista, daba la impresión de inclinarse más por los placeres que por la ambición. Sin embargo, bajo aquel amable exterior, se ocultaba un espíritu cuya osadía y anhelo de poder no conocían límite, si bien su cautela y su prudencia resultaban dignas del mismísimo Maquiavelo. Inmerso en el mundo de la política, e imbuido de ese menosprecio por los derechos individuales que sus intrigas suelen generar, era un hombre frío y sereno ante el peligro, apasionado y cruel persiguiendo el éxito, indiferente a su propia muerte e implacable a la hora de infligírsela a los demás. Y éstos son los caracteres que se forman en tiempos de discordias civiles, cuando las cualidades más elevadas, pervertidas por el espíritu de partido e inflamadas por la continua oposición, se combinan demasiado a menudo con los vicios y los excesos que les privan de todo su mérito y brillo.

Al tratar de contestar a los amables comentarios que le dirigía Claverhouse, Edith mostraba tanta turbación que lady Margaret creyó necesario acudir en su ayuda.

—Llevo una vida tan retirada —dijo la anciana dama— que mi nieta apenas ha tenido ocasión de relacionarse con gente de su rango; no es fácil para ella encontrar las respuestas oportunas. Es extraño para nosotras ver a un soldado, coronel Grahame; si exceptuamos a vuestro lugarteniente, el joven lord Evandale, no solemos tener la oportunidad de recibir a un caballero uniformado. Y, ya que hablamos de él, ¿no deberíamos haber tenido el honor de encontrarle entre vuestro regimiento?

—Es cierto que lord Evandale nos acompañaba, lady Margaret —contestó Claverhouse—, pero no tuve más remedio que enviarle con un pequeño grupo de soldados a dispersar un conventículo que esos miserables canallas han tenido el descaro de organizar a cinco millas de mi cuartel general.

—¿De veras? —exclamó la dama—. Jamás pensé que unos fanáticos rebeldes pudieran mostrar tanto atrevimiento. Pero corren tiempos extraños, coronel Grahame. Un espíritu malvado parece haberse extendido por el país, empujando a los vasallos a rebelarse contra quienes los cobijan y alimentan. Uno de mis hombres se negó descaradamente a asistir a la parada militar, desatendiendo mi petición. ¿Acaso no existe alguna ley contra esa clase de desobediencias?

—Si me comunicarais el nombre y el domicilio del culpable, señoría —dijo

Claverhouse con calma—, no tendría la menor dificultad en encontrar alguna.

—Su nombre es Cuthbert Headrigg —repuso lady Margaret—, pero no sabría decirlos dónde vive; como podréis imaginar, coronel Grahame, no tardó en marcharse de Tillietudlem, de donde decidí expulsarle por su obstinación. Lo cierto es que no deseo ningún mal al muchacho; pero la cárcel, o incluso algunos latigazos, serían un buen ejemplo para el vecindario. Su madre, bajo cuya influencia sin duda actuó, es una vieja sirvienta de nuestra familia, lo que me inclina a apiadarme de ellos, aunque precisamente yo, coronel Grahame —continuó diciendo la anciana, mientras contemplaba los retratos de su esposo y de sus hijos en las paredes de la sala y exhalaba un profundo suspiro—, no creo tener derecho a compadecer a esa generación testaruda y rebelde. Me han convertido en una viuda sin hijos y, de no ser por la protección de Su Graciosa Majestad y de sus valientes soldados, no tardarían en arrebatarme tierras y pertenencias, hogar y religión. Siete de mis arrendatarios, cuya renta sobrepasa las cinco libras, se han negado a pagar tanto los impuestos como el arriendo, y han tenido el descaro de decirle al administrador que sólo reconocerían al rey o al terrateniente cuando hubieran aceptado el Covenant.

—Emprenderé acciones contra ellos... con el permiso de vuestra señoría, por supuesto —exclamó Claverhouse—; me desagradaría enormemente desatender la petición de una persona tan respetable como lady Margaret Bellenden. Mas lo cierto es que la situación del país empeora por días, lo que me obliga a adoptar unas medidas contra los rebeldes mucho más en consonancia con mi deber que con mis inclinaciones. Pero no puedo dejar de agradecer vuestra hospitalidad con un grupo de mis dragones que ha llegado con un prisionero, acusado de haber prestado ayuda al malvado asesino Balfour de Burley.

—La casa de Tillietudlem ha estado siempre abierta para los servidores de Su Majestad, y espero que no quede piedra sobre piedra si algún día cae en manos enemigas. Y esto me recuerda, coronel Grahame, que el caballero que dirige ese pequeño grupo no parece ocupar el lugar que le corresponde en el escalafón, teniendo en cuenta la sangre que corre por sus venas; si creyera que ibais a hacer caso de mis palabras, me tomaría la libertad de pedirlos que le ascendieseis en cuanto tuvierais la oportunidad de hacerlo.

—¿Os referís al sargento Francis Estuardo, más conocido como Bothwell? —preguntó Claverhouse, sonriendo—. Lo cierto es que es un hombre más bien violento e indisciplinado, señora, pero vuestros deseos son órdenes para mí. ¡Bothwell! —continuó, dirigiéndose al sargento que acababa de entrar por la puerta—. Debéis besar la mano de lady Margaret Bellenden; se ha interesado personalmente por vuestro ascenso, de modo que os nombraré oficial en cuanto haya una vacante.

Bothwell obedeció la orden con evidentes muestras de altanería y desgana.

—Besar la mano de una dama jamás puede deshonar a un caballero; pero no besaría la de un hombre, que no fuera el rey, ni siquiera para ser nombrado general.

—¿Oís sus palabras? —inquirió Claverhouse, riendo—. Es incorregible; no puede

olvidar su linaje.

—Estoy convencido, ilustre coronel —continuó Bothwell en el mismo tono—, de que no olvidaréis vuestra promesa; quizá entonces permitáis al *oficial* Estuardo recordar a su abuelo, aunque el *sargento* no pueda hacerlo.

—Ya es suficiente, señor —dijo el coronel Grahame con el tono autoritario con el que estaba acostumbrado a hablar—. ¿Sobre qué deseabais informarme?

—Lord Evandale y sus hombres se han detenido en el camino principal con algunos prisioneros —exclamó Bothwell.

—¿Lord Evandale? —repitió lady Margaret—. Confío, coronel, en que le permitáis honrarme con su compañía y disfrutar de nuestro humilde desayuno. Pensad que ni siquiera Su Graciosa Majestad pasó por la Torre de Tillietudlem sin detenerse a tomar un refrigerio.

Era la tercera vez que lady Margaret Bellenden mencionaba tan solemne acontecimiento en el curso de la conversación; por ese motivo, el coronel Grahame, con toda la rapidez que permitía la buena educación, aprovechó la primera pausa para interrumpir su relato.

—Somos ya demasiados invitados, pero sé cuánto lamentaría lord Evandale —dijo Claverhouse, dirigiendo su mirada hacia Edith— que le priváramos de unos momentos tan placenteros; así pues, correré el riesgo de abusar de vuestra hospitalidad. ¡Bothwell! Haced saber a lord Evandale que lady Margaret Bellenden solicita el honor de su compañía.

—Y que Harrison se encargue de atender a los hombres y a los caballos —añadió la anciana dama.

A Edith le dio un vuelco el corazón, pues de pronto se le ocurrió que, a través de su amistad con lord Evandale, quizá pudiera encontrar el medio de salvar a Morton, si la mediación de su tío fracasaba. En cualquier otra circunstancia, habría detestado servirse de esa influencia; era demasiado sensible, a pesar de su inexperiencia, para no darse cuenta de los inconvenientes que le acarrearía estar en deuda con un joven caballero. Y la habría humillado especialmente pedir un favor a lord Evandale, pues sabía que todos murmuraban en el Clydeside, por razones que más tarde explicaremos, que era pretendiente suyo, y porque era consciente de que cualquier pequeña señal de aliento podría convertir en realidad unas conjeturas hasta entonces sin fundamento. Temía que lord Evandale le hiciera una declaración formal, pues sin duda encontraría apoyo en lady Margaret y en sus amigos, y ella sólo podría oponerse a sus peticiones y a su autoridad confesando su predilección por otro joven, lo que resultaría tan peligroso como inútil. Decidió, por ese motivo, esperar el resultado de las gestiones de su tío; en caso de que no tuviera el menor éxito, lo que no tardaría en adivinar por la mirada o las palabras del bondadoso veterano, intercedería, haciendo un último esfuerzo, con lord Evandale a favor de Morton. Sus dudas sobre el resultado de la petición de su tío en seguida se despejaron.

El mayor Bellenden, que había hecho los honores en el extremo opuesto de la

mesa, charlando y riendo con los invitados de menor importancia, se sintió en libertad al finalizar la comida para abandonar su puesto; aprovechó entonces la ocasión para acercarse a Claverhouse, al tiempo que le pedía cortésmente a Edith que se lo presentara. Tanto su nombre como su carácter eran bien conocidos, por lo que los dos militares se saludaron con respeto, y la joven contempló, con el corazón encogido, cómo su anciano tío se dirigía en compañía de Claverhouse hacia uno de los ventanales en arco del salón. Observó su diálogo casi sin pestañear, impaciente por salir de la incertidumbre; y la angustia que sentía pareció agudizar sus sentidos, pues no tardó en comprender, por sus gestos, el desarrollo y el resultado de la mediación del mayor Bellenden.

Claverhouse inició la entrevista con esa expresión de cortesía sincera y complaciente que suele mostrar toda persona antes de conocer la naturaleza del favor que se le va a solicitar, y que parece reflejar un profundo deseo de prestar ayuda. Sin embargo, a medida que la conversación seguía su curso, la frente del oficial se iba ensombreciendo y sus facciones, sin perder un ápice de educación, adquirieron, al menos en la asustada imaginación de Edith, una implacable dureza. Apretó los labios con impaciencia, antes de doblarlos ligeramente hacia arriba, mostrando así su desprecio por los argumentos esgrimidos por el mayor Bellenden. Las palabras del anciano, atendiendo a sus ademanes, parecían defender con el mayor ardor al joven Morton, animadas tanto por su carácter espontáneo y afectuoso, como por el peso de la edad y de la fama. Mas éstas no causaron la menor impresión en el coronel Grahame, que se apresuró a cambiar de lugar, como si quisiera interrumpir al inoportuno veterano y poner fin, pesaroso, a su entrevista, dejando bien claro la imposibilidad de atender su petición. Claverhouse se acercó tanto a Edith que ésta pudo oír claramente el final de la conversación.

—No puede ser, mayor Bellenden —dijo el coronel—; la clemencia, en el caso que nos ocupa, excede los límites de mi poder, aunque deseo ardientemente ayudaros en cualquier otra cuestión. Pero aquí llega mi lugarteniente para informarnos de lo ocurrido. ¿Qué nuevas nos traéis, Evandale? —continuó, dirigiéndose al joven lord, quien entró con el uniforme en desorden y las botas manchadas, después de una dura cabalgada.

—Malas noticias, señor —respondió—. Un grupo muy numeroso de whigs se ha levantado en armas en las colinas. Los hombres han quemado públicamente el Acta de Supremacía y otros documentos oficiales, como el que restablece el episcopado u obliga a la observancia del martirio de Carlos I^[5]. Además, han declarado su intención de seguir agrupados para defender la Reforma.

Aquel acontecimiento tan inesperado sorprendió desagradablemente a todos los presentes, con la excepción de Claverhouse.

—¿Y a eso llamáis malas noticias? —exclamó el coronel Grahame, mientras sus ojos despedían fuego—. Son las mejores que he escuchado en los seis últimos meses. Ahora que esos canallas se han unido, acabaremos fácilmente con ellos. Cuando la

víbora se arrastra hasta la luz —añadió, golpeando el suelo con el talón de su bota, simulando aplastar tan peligroso reptil—, puedo pisotearla hasta acabar con ella; sólo está a salvo si permanece escondida en su madriguera o en el cenagal. ¿Dónde están esos bellacos? —preguntó a Evandale.

—A unas diez millas de aquí, en las montañas —contestó el joven lord—; en un lugar llamado Loudoun-hill. Dispersé el conventículo contra el que me enviasteis, e hice prisionero a un viejo predicador^[6] que estaba incitando a los asistentes a rebelarse y defender la causa de los justos, así como a uno o dos de sus oyentes que mostraron una gran insolencia. Algunos campesinos y nuestros exploradores me informaron de ello.

—¿A cuánto asciende su número? —inquirió el comandante.

—Probablemente a un centenar de hombres, aunque los datos difieren.

—Entonces —dijo Claverhouse—, es hora de ponernos en camino y hacer algo. Sargento, que los hombres se preparen para partir.

Bothwell, quien, al igual que el caballo guerrero de las Escrituras^[7], parecía olfatear la batalla en la lontananza, se apresuró a dar la orden a seis negros, ricamente ataviados de blanco, con enormes collares y brazales de plata. Aquellos oscuros funcionarios se encargaban de tocar las trompetas, y no tardaron en atronar el castillo y los bosques que lo rodeaban con su llamamiento.

—¿Debéis dejarnos, entonces? —preguntó lady Margaret, mientras se le partía el corazón al recordar tiempos pasados repletos de desgracias—. ¿No sería mejor enviar antes a alguien para conocer la fuerza de los rebeldes? ¡Ay, cuántos rostros hermosos se alejaron de la Torre de Tillietudlem al oír esa terrible llamada! ¡Si hubiera sabido que mis cansados ojos jamás los verían regresar!

—No puedo retrasarme —contestó Claverhouse—; si no los detenemos en seguida, hay suficientes canallas en este país para convertir su ejército en una fuerza cinco veces mayor.

—Son muchos los que acuden a reunirse con ellos, y dicen que esperan a un numeroso grupo de presbiterianos moderados^[8], dirigidos por el joven Milnewood, hijo del famoso coronel de los cabezas peladas, Silas Morton.

Aquellas palabras parecieron causar un efecto muy diferente en los oyentes. Mientras Edith estuvo a punto de desmayarse de terror, Claverhouse dirigió una sarcástica mirada de triunfo al mayor Bellenden, en la que podía leerse: «He aquí los principios del joven que defendíais con tanto ardor...».

—No es más que una mentira, una maldita mentira de esos fanáticos —se apresuró a exclamar el mayor—. Responderé por Harry Morton como si fuera mi propio hijo. Sus principios religiosos son tan buenos como los de cualquier caballero de la Guardia de Corps. No deseo ofender a nadie. Ha ido a la iglesia conmigo en más de cincuenta ocasiones, y jamás pasó por alto un solo rezo. Edith Bellenden también es testigo de ello; siempre compartía con él el libro de oraciones. Podía encontrar los pasajes con tanta facilidad como el propio cura. Hacedle venir; dejad que se defienda

él mismo.

—Sea culpable o inocente, ¿qué mal puede haber en ello? —dijo Claverhouse—. Mayor Allan —ordenó al segundo oficial—, coged un guía y dirigid el regimiento hacia Loudoun-hill por el camino mejor y más corto. Moveos con rapidez, y no reventéis a los caballos; lord Evandale y yo os alcanzaremos dentro de un cuarto de hora. Dejad que Bothwell y sus hombres escolten a los prisioneros.

Allan se despidió con una reverencia y salió de la estancia con todos los oficiales, excepto Claverhouse y el joven lord. En pocos minutos, una marcha militar y el estruendo de los cascos de los caballos anunciaron la partida de los soldados de Tillietudlem. El sonido dejó de oírse poco a poco, hasta desaparecer por completo.

Mientras Claverhouse intentaba aliviar los temores de lady Margaret y convencer al mayor Bellenden de su error con respecto a Morton, Evandale, sobreponiéndose a esa timidez que impide a un joven inocente acercarse al objeto de sus desvelos, se aproximó a la señorita Bellenden y se dirigió a ella en un tono entre interesado y respetuoso.

—Debemos abandonaros —dijo, cogiendo su mano y estrechándola con emoción—, y encaminarnos hacia un lugar no exento de peligro. Adiós, querida señorita Bellenden; dejadme llamaros por primera vez, y quizá por última, querida Edith. Nos separamos en unas circunstancias tan singulares que espero que podáis perdonar mi solemnidad a la hora de despedirme de alguien a quien conozco desde hace tanto tiempo y por quien siento... un enorme respeto.

El comportamiento del joven pareció traicionar sus palabras, pues reflejaba unos sentimientos mucho más profundos y exaltados. Ninguna mujer hubiera podido contemplar impasible tan sincera expresión de ternura. A pesar de su abatimiento por el riesgo que corría la vida del hombre que amaba, Edith se sintió conmovida ante la pasión respetuosa y sin esperanzas de aquel valeroso joven que ahora se alejaba de ella para enfrentarse a unos peligros difícilmente descriptibles.

—Espero... Confío sinceramente en que no encontréis dificultades. No creo que sea necesario despedirnos con tanta ceremonia. Deseo con todo mi corazón que sea el miedo y no la fuerza lo que obligue a esos rebeldes imprudentes a dispersarse, y que lord Evandale regrese pronto al lugar que debe ocupar, como amigo muy querido de todos cuantos vivimos en este castillo.

—¿De todos? —repitió, poniendo un melancólico acento en la palabra—. Tenéis razón... no puedo sino sentir estima por cualquiera que esté cerca de vos; su buena opinión es de suma importancia para mí. En cuanto al éxito de nuestra misión, no soy demasiado optimista. Nuestros soldados son tan poco numerosos que apenas tenemos esperanzas de terminar con esos desgraciados disturbios de forma rápida e incruenta. Los covenanters son hombres vehementes, decididos, desesperados, y sus jefes muestran una gran destreza militar. No puedo dejar de pensar que la impetuosidad de nuestro coronel nos está empujando a enfrentarnos con ellos prematuramente. Pero hay muy pocos soldados con menos razones que yo para rehuir el peligro.

Edith tenía ahora la oportunidad de pedirle al joven lord que ayudase y protegiera a Henry Morton, y lo cierto es que parecía el único camino que podría librarle de una muerte inminente. Sin embargo, la joven sentía que, de hacerlo, abusaría del cariño y de la confianza de su enamorado, quien había dejado que sus sentimientos lo delataran sin necesidad de una declaración expresa. ¿Era moralmente correcto comprometer a lord Evandale en la protección de un rival? ¿Acaso podía pedirle un favor, o quedar en deuda con él, sin crearle unas expectativas que jamás se cumplirían? Pero la situación era demasiado apremiante para continuar dudando o para buscar una explicación que ayudara a interpretar de forma diferente su petición.

—Me desharé de ese joven —afirmó Claverhouse, desde el extremo opuesto de la sala—, y después, lord Evandale, aunque lamente interrumpir tan agradable conversación, subiremos a nuestros caballos.

—Bothwell, ¿por qué no traéis al prisionero? Y que dos filas de hombres vayan cargando sus carabinas.

Edith creyó oír en aquellas palabras la condena a muerte de su amado. La joven olvidó al instante todas sus reservas.

—Lord Evandale —dijo—, ese joven caballero tiene una gran amistad con mi tío. Seguro que vuestro coronel os escucharía... Si pudierais interceder en su favor, el mayor os lo agradecería eternamente.

—Sobrevaloráis mi influencia, señorita Bellenden —dijo lord Evandale—. El coronel Grahame ha denegado muchas veces las peticiones que le he hecho apelando únicamente a su humanidad.

—¿No podríais intentarlo de nuevo por mi tío?

—¿Y por qué no por vos? —preguntó el joven lord—. ¿Acaso no me permitís pensar que el favor os lo haría a vos? ¿Tenéis tan poca confianza en un viejo amigo que ni siquiera le dais la satisfacción de pensar que está complaciendo vuestros deseos?

—Es cierto —repuso Edith—; no sabéis cuánto os lo agradecería. Estoy personalmente interesada en ese joven a causa de mi tío. ¡Por Dios, apresuraos!

Al oír los pasos de los soldados que traían al prisionero, los ruegos de Edith se hicieron más audaces e insistentes.

—Entonces, no permitiré que muera —exclamó lord Evandale—, aunque tenga que hacerlo yo en su lugar. Pero quisiera que me concedierais algo a cambio del ardor con que defenderé a vuestro amigo —continuó el joven, sin abandonar la mano que, con la excitación del momento, Edith no había tenido aún el valor de retirar.

—Cualquier cosa que deseéis, lord Evandale, y que el cariño de una hermana pueda ofreceros.

—¿Y sólo así corresponderéis a mi afecto si vivo o me recordaréis si muero?

—No habléis así, milord —dijo Edith—; además de mortificarme, sois injusto con vos. Sabéis que os considero mi amigo máspreciado y que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por vos... siempre que...

Un profundo suspiro a sus espaldas le hizo volver la cabeza sin terminar la frase; y, mientras pensaba el mejor modo de explicar a lord Evandale sus sentimientos, se dio cuenta de que Morton había oído sus palabras, pues, encadenado de pies y manos y estrechamente vigilado por los soldados, acababa de pasar tras ella con el fin de ser presentado a Claverhouse. Cuando sus miradas se encontraron, la expresión de tristeza y de reproche del joven prisionero pareció darle a entender que había escuchado e interpretado erróneamente algunas de sus palabras. Aquello fue demasiado para Edith. La turbación enrojeció su rostro, mas la sangre no tardó en abandonarlo y adquirió una palidez cadavérica. Aquel cambio no pasó desapercibido a lord Evandale: una sola mirada le bastó para comprender la existencia de un vínculo muy especial entre el prisionero y la mujer que amaba. Dejando la mano de ésta, contempló a Harry Morton antes de mirarla nuevamente, y ella no pudo disimular por más tiempo su confusión.

—Creo que es el joven caballero que ganó el concurso de tiro —exclamó lord Evandale tras un momento de penoso silencio.

—No lo sé —titubeó Edith—; quizá os equivoquéis...

—Es el mismo hombre —dijo Evandale, convencido de lo que decía—; lo conozco bien. Deberíais haber mostrado más interés por el vencedor de la prueba.

Se alejó entonces de Edith y, dirigiéndose hacia la mesa de Claverhouse, se quedó junto a él, apoyado en la vaina de su sable, como un espectador silencioso aunque no indiferente a cuanto acontecía.

O, my Lord, beware of jealousy.

Otelo^[1]

Para entender la profunda impresión que causaron en el infortunado prisionero las palabras que alcanzó a escuchar de la conversación anteriormente descrita, es necesario explicar el estado de ánimo en que se hallaba, así como el origen de su amistad con Edith.

Henry Morton era uno de esos hombres dotados de inteligencia que desconocen el alcance de su propio talento. Había heredado de su padre un intrépido valor, una gran destreza en el manejo de las armas y un firme y exaltado odio a la tiranía, tanto política como religiosa. Mas su entusiasmo carecía del fanatismo y de la rigidez del espíritu puritano. El joven había podido librarse de ello no sólo gracias a su buen juicio, sino también a sus largas y frecuentes visitas a la casa del mayor Bellenden, donde había tenido la oportunidad de conocer a numerosos invitados, cuyas conversaciones le habían enseñado que la bondad y el valor no eran privativos de quienes observaban una determinada religión.

La mezquindad y la tacañería de su tío habían obstaculizado su instrucción, pero había sabido aprovechar las oportunidades que se le habían presentado, sorprendiendo a maestros y amigos con sus progresos en medio de unas condiciones tan adversas. Sin embargo, la falta de independencia, la escasez de medios y, sobre todo, la conciencia de haber recibido una educación limitada e imperfecta pesaban poderosamente en su ánimo. Aquellos sentimientos le habían imbuido de una timidez e inseguridad que ocultaban, a los ojos de quienes no le conocían bien, el talento y la firmeza de carácter que, tal como hemos mencionado anteriormente, poseía. Las circunstancias de aquellos tiempos habían añadido un aire de indecisión y escepticismo a su discreción; pues, al no sentirse vinculado a ninguna de las facciones que dividían el país, pasaba por frívolo, insensible e indiferente a la religión o al patriotismo. No podía existir, sin embargo, una conclusión más infundada; y las razones que justificaban la neutralidad que hasta entonces había profesado, además de resultar dignas de elogio, tenían un origen muy diferente. No había congeniado con aquellos que eran objeto de persecución, y le repugnaba igualmente la intolerancia y el egoísmo de su espíritu de partido, su oscuro fanatismo, su execrable condena de los estudios refinados o de las diversiones inocentes y el rencor envenenado de su odio político. Pero, sin duda, aún aborrecía más la conducta

tiránica y cruel del gobierno, el desorden, el libertinaje y la brutalidad de la soldadesca, las ejecuciones en el patíbulo, las matanzas en campo abierto, las exacciones y el alojamiento libre impuestos por la ley militar, que situaba las vidas y propiedades de unos ciudadanos libres al nivel de las de un esclavo asiático. Por ese motivo, condenaba a los dos bandos por sus excesos, irritado al contemplar una maldad que no estaba en sus manos mitigar y hastiado de escuchar quejas o muestras de júbilo con las que no podía identificarse; y que le habrían hecho abandonar Escocia mucho tiempo antes de no haber sido por el gran afecto que sentía por Edith Bellenden.

Los primeros encuentros entre los dos jóvenes habían tenido lugar en Charnwood, donde el mayor Bellenden, mostrando tanta ingenuidad como el mismísimo tío Toby^[2], les había animado a estar siempre juntos sin imaginar siquiera las consecuencias que podrían derivarse de ello. El amor, como es habitual en esos casos, tomó prestado el nombre de la amistad, empleó su lenguaje y reclamó sus privilegios. Cuando Edith Bellenden fue llamada al castillo de su abuela, resulta asombroso pensar en los numerosos y singulares subterfugios a los que Henry Morton tuvo que recurrir para reunirse con ella en sus paseos solitarios, sobre todo si tenemos en cuenta la distancia que separaba sus domicilios. Mas la joven nunca pareció sorprenderse de la frecuencia con que se cruzaban sus caminos, ni de la creciente intimidad que existía entre ellos, y sus encuentros no tardaron en adquirir la apariencia de citas. Se intercambiaban libros, dibujos y cartas, y el encargo más insignificante daba origen a una nueva misiva. Es cierto que la palabra «amor» aún no se había mencionado entre ellos, pero ambos conocían la naturaleza de los sentimientos que anidaban en sus pechos, y no podían sino adivinar que su pasión era correspondida. Incapaces de prescindir de unas relaciones que tanta felicidad les producían y atemorizados ante sus probables consecuencias, habían continuado viéndose sin descubrir sus emociones hasta aquel momento en que el destino pareció decidir por ellos.

Como consecuencia de aquella situación, así como de la falta de confianza en sí mismo, Morton comenzó a dudar del amor de Edith. La posición de la joven era, desde cualquier punto de vista, tan superior a la suya, su valía tan evidente, sus virtudes tan numerosas, su rostro tan bello y sus modales tan encantadores, que no podía sino albergar el temor de que un pretendiente más rico e influyente, que gozara de la aprobación de su familia, se interpusiera entre él y su amada. Los rumores habían convertido a lord Evandale en ese rival, no sólo debido a su noble origen, fortuna, amistades e ideas políticas, sino también a sus frecuentes visitas a Tillietudlem, y al hecho de que siempre apareciese en los lugares públicos en compañía de lady Bellenden y de su nieta. No era extraño que la joven se viera obligada a asistir a alguna reunión a la que inevitablemente acudía lord Evandale, lo que le impedía reunirse con su amado; y Henry era consciente de que Edith evitaba hablar del joven lord en su presencia, y, cuando lo hacía, sus palabras resultaban

vacilantes y llenas de cautela.

Aquellos indicios, que únicamente probaban la delicadeza de sus sentimientos hacia Morton, fueron mal interpretados por el joven, tan inseguro de sí mismo, y despertaron en él unos celos que Jenny Dennison se había encargado de fomentar. La fiel criada era bastante coqueta y, cuando no tenía ocasión de importunar a uno de sus pretendientes, solía aprovechar la oportunidad para atormentar al de su señora. Y no es que deseara ningún mal a Henry Morton, a quien estimaba mucho, pues gozaba del cariño de la señorita Bellenden y era un joven muy atractivo. Pero lord Evandale era también apuesto; y, además de ser un verdadero lord, se mostraba más generoso de lo que Morton podría permitirse jamás. Si Edith aceptaba su mano, se convertiría en la esposa de un barón y, lo que es más importante, la pequeña Jenny Dennison, a quien la horrible ama de llaves de Tillietudlem reñía cuanto le venía en gana, se convertiría en la señora Dennison^[3], doncella personal o, quizá, dama de compañía de Edith Bellenden. La joven, a diferencia de la señora Quickly^[4], no deseaba que los dos pretendientes pudieran casarse con su ama; sus preferencias se inclinaban por lord Evandale, por lo que aprovechaba la menor ocasión para atormentar a Henry Morton y dejar claro que apoyaba a su rival. Advertencias amistosas, comentarios y frecuentes bromas reflejaban su convencimiento de que, antes o después, la romántica relación que mantenía con su joven señora llegaría a su fin, y de que Edith Bellenden, a pesar de los paseos estivales a la sombra de los frondosos árboles, y del intercambio de versos, dibujos y libros, acabaría convirtiéndose en lady Evandale.

Aquellas insinuaciones coincidían con tanta exactitud con sus sospechas y temores que Morton no tardó en sentir esos celos que se apoderan de todo aquel que ama, pero a los que son más propensos quienes carecen del beneplácito de los seres queridos o encuentran poderosos obstáculos a su pasión. La propia Edith, inconscientemente, empujada por su carácter generoso y leal, contribuyó al error en el que su amado corría el peligro de caer. En una ocasión en que los dos jóvenes habían comenzado a hablar de los últimos excesos perpetrados por un grupo de soldados dirigidos, según decían erróneamente, por lord Evandale, Edith, tan fiel en la amistad como en el amor, se sintió dolida ante las severas críticas de Morton, que quizá se había expresado con mayor dureza por tratarse de su supuesto rival; y defendió con tanto ardor a lord Evandale que el joven Milnewood no pudo dejar de sentirse herido en el fondo de su corazón, mientras Jenny Dennison, que siempre los acompañaba en sus paseos, experimentaba una gran satisfacción. Edith se dio cuenta de su error e intentó enmendarlo; mas sus palabras habían impresionado vivamente al joven, y sin duda le animaron a tomar la decisión de marcharse al extranjero, algo que las circunstancias que hemos mencionado anteriormente le impidieron llevar a cabo.

La visita de Edith, mientras se encontraba prisionero, y el apasionado interés que había mostrado por su suerte tendrían que haber disipado sus sospechas; pero, incapaz, de dejar de atormentarse, atribuyó las muestras de preocupación de la joven a su amistad o, a lo sumo, a un cariño pasajero que no tardaría en rendirse ante las

circunstancias, los ruegos de sus allegados, la autoridad de lady Margaret y las constantes atenciones de lord Evandale.

«¿Y por qué razón —pensó Morton— no puedo levantarme como un hombre y defender mi amor antes de darlo por perdido? Por culpa de la maldita tiranía que domina nuestros cuerpos, almas, bienes y afectos. ¿Debo ceder en mis pretensiones de conseguir a Edith Bellenden, dejándola en manos de uno de los asesinos a sueldo de este gobierno opresor? ¡Por Dios que no lo haré! He permanecido impasible ante tantas injusticias que merezco ser el blanco de sus iniquidades. ¡Mas no encontrarán a nadie menos dispuesto que yo a tolerarlo!».

Mientras ardían en su pecho aquellos violentos propósitos, y repasaba mentalmente las ofensas e injurias que habían sufrido tanto él como su país, Bothwell entró en la torre seguido de dos dragones, uno de los cuales llevaba unas esposas.

—Debéis seguirme, joven —exclamó—, pero antes hemos de prepararos.

—¿Qué queréis decir con ello? —preguntó Morton.

—Que os pondremos estas pulseras de hierro. No me atrevo... ¡Maldita sea! No hay nada que no me atreva a hacer... Pero ni siquiera a cambio de saquear durante tres horas una ciudad tomada por asalto, se me ocurriría presentar a un whig sin esposar ante mi coronel. Vamos, muchacho, no os enfadéis por eso.

Iba a atarle las manos cuando Morton, levantando el asiento de roble sobre el que se había sentado, amenazó con romper la cabeza del primero que se le acercara.

—No tardaría en reduciros, jovencito —afirmó Bothwell—, pero preferiría que arriaseis las velas en señal de rendición.

Y sus palabras estaban cargadas de razón, no porque temiera o detestara el uso de la fuerza, sino porque sabía que el ruido de la pelea podría descubrir a sus superiores que había desobedecido las órdenes, al haber dejado al prisionero toda la noche sin encadenar.

—Será mejor que os mostréis prudente —continuó en un tono que buscaba ser conciliatorio—, y no echéis a perder vuestra suerte. Dicen en el castillo que la nieta de lady Margaret pronto contraerá matrimonio con nuestro joven capitán, lord Evandale. Los he visto juntos en aquella sala, y pude oír cómo ella le pedía que intercediera a favor vuestro. Estaba tan hermosa y le miraba con tanta dulzura que... Pero ¿qué os ocurre? ¡Estáis blanco como el papel! ¿Queréis un poco de coñac?

—¿La señorita Bellenden pidió a lord Evandale que salvara mi vida? —dijo el prisionero débilmente.

—Así es; no hay mejor amistad que la de las mujeres. Sus intereses dirigen la vida militar. ¡Vamos! Parecéis haber entrado en razón. Sabía que os dejaríais convencer.

Y comenzó a ponerle las esposas sin que Morton, conmovido por la noticia, ofreciera la menor resistencia.

—Es él quien intercederá por mi vida, ¡y ella se lo pidió! Sí, colocadme esos hierros. Mis brazos no se negarán a llevar las mismas cadenas que han penetrado en

mi alma. Edith suplicando mi perdón, ¡al propio lord Evandale!

—Os aseguro que es el único que puede hacer algo por vos —exclamó Bothwell, mientras, acompañado de sus hombres, conducía al prisionero hasta la sala—. Nadie en todo el regimiento tiene tanto ascendiente sobre el coronel.

Al pasar por detrás de Edith, el infortunado Morton oyó un fragmento de su conversación con lord Evandale que pareció confirmar las palabras del sargento. Aquel instante transformó su carácter de un modo extraño y repentino. La intensa desesperación de un amor no correspondido, el peligro que corría su vida y el cambio experimentado por los sentimientos de Edith, quien, para hacer aún más dolorosa su inconstancia, había intercedido en su favor, parecieron destruir todo aquello por lo que había vivido hasta entonces, despertando, al mismo tiempo, sentimientos de distinta naturaleza, que unas pasiones menos violentas aunque más egoístas habían tenido adormecidos. Desesperado, tomó la decisión de defender los derechos de su país, al que se había injuriado a través de su persona. Y su carácter sufrió un cambio tan radical como el que experimenta una casa solariega cuando, tras la llegada repentina de un ejército, deja de ser un modelo de felicidad y paz hogareña para convertirse en un formidable puesto de defensa.

Tal como hemos mencionado ya, Morton dirigió una mirada a la joven en la que se mezclaban el reproche y la pena, como si se despidiera de ella para siempre. Después, se acercó con paso firme a la mesa en la que el coronel Grahame estaba sentado.

—¿Qué derecho tienen esos soldados, señor —exclamó sin esperar a que le preguntaran—, para arrancarme de mi familia y encadenar a un hombre libre?

—Obedecen mis órdenes —repuso Claverhouse—; y ahora exijo que os calléis inmediatamente y respondáis a mi interrogatorio.

—No lo haré —contestó Morton en tono decidido, mientras su atrevimiento parecía electrizar cuanto le rodeaba—. Quiero saber si me encuentro bajo custodia legal y frente a un magistrado civil, antes de que las leyes de Escocia sean violadas en mi persona.

—¡Menudo atrevimiento! —exclamó el coronel Grahame.

—¿Acaso habéis perdido el juicio? —preguntó el mayor Bellenden—. Por el amor de Dios, Harry Morton —continuó diciendo en un tono entre la censura y la súplica—, recordad que os estáis dirigiendo a uno de los oficiales de mayor rango de Su Majestad.

—Precisamente por ese motivo, señor —respondió Henry con firmeza—, deseo conocer qué derecho tiene a detenerme sin una orden legal. Si fuera un representante de la ley, sé que debería someterme.

—Vuestro amigo —dijo Claverhouse fríamente al veterano— es uno de esos escrupulosos caballeros que, al igual que el loco de la obra de teatro, no quiere atarse la corbata sin la autorización del señor Justice Overdo^[5]; mas yo le enseñaré antes de partir que mis galones tienen tanta autoridad legal como el mazo de la Justicia. Por

consiguiente, dejando a un lado esta discusión, ¿seríais tan amable de contarme de una vez cuándo visteis a Balfour de Burley?

—Puesto que desconozco el derecho que tenéis a hacerme esa pregunta, me niego a responderos.

—Confesasteis a mi sargento —afirmó Claverhouse— que le habíais visto y ayudado, a sabiendas de que se trataba de uno de los rebeldes traidores; ¿por qué no os mostráis igual de sincero conmigo?

—Porque supongo que un hombre de vuestra educación conoce la importancia de los derechos que ahora parecéis dispuesto a pisotear, y me gustaría que fuerais consciente de que todavía quedan escoceses dispuestos a defender las libertades de Escocia.

—Y sin duda reivindicaríais esos supuestos derechos con vuestra espada, ¿no es cierto? —preguntó el coronel Grahame.

—Si estuviera armado como vos y nos halláramos solos en las colinas, no osaríais hacerme de nuevo esa pregunta.

—Es más que suficiente —añadió Claverhouse, sin inmutarse—; vuestro lenguaje no hace sino confirmar cuanto he oído sobre vos; mas sois el hijo de un soldado, aunque rebelde, y no moriréis como un perro; os salvaré de esa indignidad.

—Sea cual sea el modo en que muera —replicó Morton—, lo haré como el hijo de un valiente, y sólo se cubrirán de ignominia aquellos que derramen sangre inocente.

—Tenéis entonces cinco minutos para arreglar vuestras cuentas con Dios. Bothwell, ¡conducidle al patio del castillo y preparad a vuestros hombres!

Al escuchar esas palabras, los presentes, que parecían haber enmudecido de horror ante la estremecedora naturaleza de la conversación, prorrumpieron en gritos y protestas. La anciana lady Margaret, quien, a pesar de todos sus prejuicios de clase y de partido, conservaba los sentimientos propios de su sexo, intercedió vivamente por el joven:

—¡Perdonadle, coronel Grahame! —exclamó—. Dejad que sea juzgado... No paguéis la hospitalidad que os he brindado derramando la sangre de un hombre en el umbral de mi puerta.

—Coronel Grahame —dijo el mayor Bellenden—, responderéis por este acto de violencia. No creáis que porque soy débil y anciano permitiré que asesinen impunemente ante mis ojos al hijo de mi viejo compañero. Tengo amigos que os harán responder por ello.

—Asumo la responsabilidad, mayor —repuso Claverhouse impasible—. En cuanto a vos, señora, permitidme recordaros que fueron hombres como él los que derramaron la noble sangre de los vuestros; quizá así me ahorréis el dolor de rechazar vuestra apasionada intercesión a favor de un traidor.

—Coronel Grahame —añadió la anciana lady Margaret, temblando de inquietud—, la venganza es cosa del Señor^[6]. Derramar la sangre de ese joven no devolverá la

vida a las personas que yo quería. ¿Cómo podría ser un consuelo para mí que tal vez otra viuda perdiera a su hijo en Tillietudlem?

—Esto no es más que una locura —dijo Claverhouse—; debo cumplir mi deber con la Iglesia y el Estado. Más de mil canallas están a punto de levantarse en armas, y ¡me pedís que perdone a un joven fanático que podría incendiar el país sin ayuda de nadie! Es imposible... ¡Llevaos al prisionero, Bothwell!

La persona a quien más afectaba tan terrible decisión había tratado de intervenir en dos ocasiones, mas había sido incapaz de articular el menor sonido; las palabras no acudían a su pensamiento y parecía haber perdido el habla. Se levantó, entonces, de un salto e intentó acercarse a los hombres, pero sus fuerzas la abandonaron y, de no haberla sujetado su doncella, se habría desplomado en el suelo.

—¡Socorro! —gritó Jenny—. ¡Por el amor de Dios, que alguien me ayude! Mi joven señora se está muriendo...

Al oír su exclamación, Evandale, que no se había movido de donde estaba, apoyado en su espada, durante la escena que acabamos de describir, dio un paso al frente.

—Coronel Grahame —dijo a su comandante en jefe—, antes de proseguir, ¿podríais hablar un momento conmigo en privado?

Claverhouse pareció sorprendido, pero se levantó al instante para dirigirse con él a un lugar apartado, donde sostuvieron el siguiente breve diálogo:

—No creo necesario recordaros, coronel, que cuando nuestra familia os ayudó hace un año a solucionar aquel asunto con el Consejo Privado, afirmasteis estar en deuda con nosotros.

—En efecto, mi querido Evandale —contestó Claverhouse—. No soy un hombre que olvide un compromiso semejante; me alegrará enormemente saber cómo puedo mostraros mi gratitud.

—Quedaríamos en paz si perdonarais la vida a ese joven.

—Evandale —repuso el coronel, atónito—. Estáis loco, completamente loco. ¿Qué interés puede tener para vos el hijo de un cabeza pelada? Su padre fue, sin duda, el hombre más peligroso de Escocia, decidido, frío, marcial y de principios inflexibles. El joven Morton es exactamente igual; no podéis imaginar el daño que sería capaz de hacer... Conozco a los hombres, Evandale. Si fuera necio, fanático e insignificante, ¿acaso creéis que hubiera negado algo tan baladí como su vida a lady Margaret y a su familia? Pero es un joven apasionado, vehemente y educado; el jefe que necesitan esos bellacos para dirigir su exaltada resistencia. Y no os digo todo esto porque piense denegar vuestra petición, sino para que seáis consciente de las posibles consecuencias. Jamás dejaré de cumplir una promesa o me negaré a devolver un favor. Si queréis que respete su vida, así lo haré.

—Mantedlo estrechamente vigilado —respondió Evandale—; pero no os sorprendáis si insisto en que no ordenéis su muerte.

—Obedeceré, entonces, vuestros deseos —dijo Grahame—; sin embargo, joven,

si queréis destacar en el futuro por vuestros servicios al rey y a Escocia, tenéis que aprender a subordinar vuestras pasiones, afectos y sentimientos personales al interés público, y cumplir siempre vuestro deber. En estos tiempos, no podemos sacrificar las severas y saludables medidas que los peligros que nos rodean nos obligan a adoptar, a los caprichos de los ancianos o a las lágrimas de necias mujeres. Y recordad que si ahora transijo en este punto, de acuerdo con vuestro ruego, quedaré libre para siempre de cualquier solicitud de idéntica naturaleza.

Y después de decir estas palabras, se dirigió a la mesa y miró fijamente a Morton, como si quisiera observar el efecto que causaba en el prisionero la terrible incertidumbre de hallarse entre la vida y la muerte, que parecía haber helado de horror a todos los presentes. El joven Milnewood conservaba una serenidad que sólo habría manifestado en aquel trance un hombre que hubiera perdido el amor y la esperanza.

—Ahí lo tenéis —dijo en voz baja Claverhouse a lord Evandale—, tambaleándose al filo de la eternidad, una situación mucho más aterradora que la más espantosa certeza. Y, sin embargo, sus mejillas son las únicas que no han perdido color; su mirada, la única que sigue tranquila; su corazón, el único que sigue latiendo con regularidad; sus nervios, los únicos que no se han crispado. Miradlo bien, Evandale. Si ese hombre encabezara un ejército de rebeldes, tendríais mucho que responder por lo que habéis hecho esta mañana. ¡Joven! —exclamó subiendo el tono de voz—. Gracias a la intercesión de vuestros amigos, estáis a salvo por el momento. Lleváoslo, Bothwell; conducidle junto a los demás prisioneros y que sea estrechamente vigilado.

—Si habéis perdonado mi vida —comenzó a decir Morton, irritado ante la idea de que aquella tregua se debiera a la intervención de su afortunado rival— porque lord Evandale os lo ha pedido...

—Llevaos al prisionero de una vez, Bothwell —interrumpió el coronel Grahame—. No tengo tiempo de pronunciar ni de escuchar hermosos discursos.

Bothwell hizo salir a Henry Morton, mientras le decía:

—¿Acaso tenéis tres vidas en ese bolsillo, además de una en el interior de vuestro cuerpo? ¿Cómo se os ocurre iros de la lengua en un momento así? Vamos, vamos, muchacho, ya me encargaré yo de que no os acerquéis al coronel; no creo que pudierais estar cinco minutos más con él sin que diera la orden de que os colgaran en el siguiente árbol y os arrojaran a la zanja más cercana. Será mejor que acompañéis a vuestros compañeros de cautiverio.

Y al tiempo que le daba aquellos consejos, el sargento, quien, a pesar de su rudeza, no podía evitar sentir cierta simpatía por el valeroso joven, se apresuró a conducir a Morton hasta el patio del castillo, donde los demás prisioneros (dos hombres y una mujer) capturados por lord Evandale permanecían escoltados por un grupo de dragones.

Entretanto, Claverhouse se despidió de lady Margaret. Mas no resultó fácil para la

buen señora perdonar su descortesía.

—Hasta ahora siempre había pensado que la Torre de Tillietudlem serviría de refugio a todos aquellos que estuvieran a las puertas de la muerte, aunque no lo merecieran tanto como debieran. Pero los frutos viejos apenas tienen sabor, y todos nuestros sufrimientos y nuestros servicios a la corona fueron hace tanto tiempo...

—Jamás los olvidaré, os lo aseguro, señoría —repuso Claverhouse—. Sólo lo que considero mi sagrado deber podría hacerme dudar de atender una demanda vuestra y del mayor Bellenden. Vamos, mi buena señora, dejadme oír de vuestros labios que me habéis perdonado; cuando regrese esta noche a Tillietudlem, traeré conmigo a más de doscientos whigs y perdonaré la vida a cincuenta de ellos únicamente en vuestro honor.

—Me alegraré de vuestro triunfo, coronel —añadió el mayor Bellenden—; pero seguid el consejo de un viejo soldado y no continuéis derramando sangre una vez concluida la batalla. Y dejadme rogaros de nuevo que aceptéis una fianza por el joven Morton.

—Arreglaremos ese asunto a mi vuelta —dijo Claverhouse—. Entretanto, tened la certeza de que su vida será respetada.

En el transcurso de aquella conversación, lord Evandale buscó lleno de inquietud a Edith con la mirada; mas Jenny Dennison había tenido la cautela de llevar a su señora hasta sus aposentos.

Lord Evandale obedeció lenta y trabajosamente las impacientes llamadas de su coronel, quien, tras despedirse amablemente de lady Margaret y del mayor, se había dirigido apresuradamente al patio de Tillietudlem. Los prisioneros, acompañados de sus centinelas, habían iniciado ya la marcha, seguidos de los oficiales y de sus escoltas a caballo. Todos aceleraron el paso para alcanzar al grueso del ejército, pues esperaban encontrar al enemigo en menos de dos horas.

Libro segundo

*My hounds may a' rin masterless,
My hawks may fly frae tree to tree,
My lord, may grip my vassal lands,
For there again maun I never be!*

Antigua balada^[1]

Dejamos a Morton con sus tres compañeros de cautiverio, viajando bajo la custodia del pequeño grupo de soldados que, encabezados por el sargento Bothwell, formaban la retaguardia de la columna dirigida por Claverhouse. Seguían el camino de las colinas, donde aseguraban que los presbiterianos rebeldes se habían levantado en armas. No habían avanzado ni un cuarto de milla, cuando Claverhouse y Evandale, seguidos de sus hombres, cabalgando a galope tendido con el fin de alcanzar sus posiciones en la columna que les precedía, les adelantaron. En cuanto se alejaron lo suficiente de ellos, Bothwell les ordenó detenerse y le quitó las esposas al joven Milnewood.

—La sangre real debe cumplir su palabra —exclamó el dragón—. Os prometí que seríais tratado con amabilidad mientras estuvierais conmigo. ¡Eh, cabo Inglis! Dejad que cabalgue junto al otro joven prisionero; permitidles hablar cuanto deseen, en tono muy bajo, pero cuidaos de que estén siempre vigilados por dos filas de soldados con las carabinas cargadas. Si tratan de escapar, voladles la tapa de los sesos. No sería una falta de cortesía —continuó dirigiéndose a Morton—, ya sabéis que son las normas de la guerra. ¡Inglis! Podéis juntar al predicador con la anciana, harán una pareja inmejorable; una fila de hombres bastará para mantenerlos a raya. Si empiezan a repetir sus necias y fanáticas plegarias, tapadles la boca con una correa. Siempre queda la esperanza de que, si le obligamos a guardar silencio, el clérigo se asfixie; si no puede seguir hablando, su propia traición le hará reventar.

Después de dar esas órdenes, Bothwell se situó al frente del grupo, e Inglis, acompañado de seis dragones más, cerró la marcha. Todos iniciaron el trote para alcanzar al grueso del regimiento.

Morton, abrumado por los sentimientos más contradictorios, se mostró indiferente a las medidas tomadas para asegurar su vigilancia, y apenas experimentó el menor alivio cuando le quitaron las esposas; como suele ocurrir tras el huracán de la pasión, sentía su corazón seco y vacío. El orgullo y la rectitud que habían dictado sus respuestas a Claverhouse parecían haberle abandonado, y contemplaba con profundo

abatimiento los claros del bosque por los que pasaba, cada uno de los cuales despertaba en él recuerdos felices o esperanzas frustradas de su pasado. La pendiente por la que ascendían en aquellos momentos era la misma desde donde solía divisar por primera o última vez la vieja torre, cuando se acercaba o alejaba de ella; y, aunque esté de más decirlo, acostumbraba a detenerse allí y mirar con el deleite de un enamorado las almenas que se elevaban a lo lejos, por encima del frondoso bosque, indicando el lugar donde vivía la joven que esperaba encontrar pronto o de quien acababa de separarse. Instintivamente, volvió la cabeza para despedirse del lugar que tanto había amado, y, sin poder hacer nada para evitarlo, exhaló un profundo suspiro. El eco le respondió con un gruñido de su compañero de infortunio, el cual, empujado tal vez por similares reflexiones, había dirigido su mirada en la misma dirección que él. Y, a pesar de su aparente rudeza, expresaba un dolor tan sincero como el del propio Morton. Cuando los dos volvieron la cabeza, sus ojos se encontraron, y el joven Milnewood reconoció el rostro impasible de Cuddie Headrigg con expresión apenada; y parecían mezclarse en ella el dolor por su destino y la solidaridad con su compañero de cautiverio.

—¡Santo Cielo! —exclamó el anterior labriego de las tierras de Tillietudlem—. Es terrible que los hombres honrados sean llevados a rastras por el país, como si fueran conocidos maleantes.

—Lamento veros aquí, Cuddie —añadió Morton, quien, a pesar de su desconsuelo, seguía compadeciéndose de los demás.

—Lo mismo digo, Milnewood —repuso Cuddie—; lo siento tanto por vos como por mí. Pero lo cierto es que sentirlo no nos servirá de gran consuelo. En cuanto a mí —continuó el agricultor cautivo, desahogando su pena mientras hablaba, aunque sabía lo inútil que era—, estoy seguro de que no he hecho nada para estar aquí, pues jamás he pronunciado una sola palabra en contra del rey o de los curas; pero mi madre, pobre mujer, fue incapaz de morderse la lengua, y mucho me temo que tendremos que pagar los dos por ello.

—¿También han detenido a vuestra madre? —preguntó Morton, sin saber apenas lo que decía.

—Ahí la tenéis, cabalgando detrás de nosotros como una novia, con ese viejo predicador al que todos llaman Gabriel Kettledrummle. Por lo que a mí respecta, ojalá no lo hubiera conocido. Veréis, nada más expulsarnos de Milnewood, mientras vuestro tío y el ama de llaves cerraban y atrancaban las puertas como si fuéramos dos apestados, le dije a mi madre que ignoraba dónde podríamos dirigirnos, pues nadie iba a querer contratarnos después de haber ofendido a lady Margaret y de ser los culpables de que los dragones se llevaran al joven Morton. Ella me pidió que no desfalleciese y que me preparara para una gran misión, ofreciendo mi testimonio como un hombre sobre el monte del Covenant^[2].

—Y supongo que fuisteis a un conventículo, ¿no es cierto? —interrumpió Henry.

—Ya veréis... —continuó Cuddie—. La verdad es que no se me ocurría nada

mejor que hacer, así que la acompañé a casa de otra estúpida vieja, que nos dio gachas de avena y tortas; y no pararon de soltar aburridas bendiciones y de cantar salmos antes de permitirme comer, y os aseguro que me moría de impaciencia. Me despertaron antes de que saliera el sol, y me obligaron a ir con ellas a una importante reunión de whigs en los Mirysikes, donde ese hombre, Gabriel Kettledrummle, decía a cuantos llegaban que debían prestar testimonio e ir a la guerra en Ramot de Galaad^[3] o un lugar parecido, pues sus palabras eran incomprensibles, señor Henry. Os aseguro que podía oírse su voz a una milla de distancia, pues mugía como una vaca extraviada. Bueno, pensé, no existe ningún paraje en esta región que se llame Roman Gilead, habrá que tomar el camino de los páramos del oeste; será mejor que me escabulla con mi madre antes de llegar, porque no me gustaría que me colgaran por culpa de ningún Kettledrummle. Y mientras esperaba que terminase aquel larguísimo sermón —continuó diciendo Cuddie, mientras se desahogaba detallando todas sus desgracias, sin preocuparse demasiado por la atención que le prestaba su compañero—, nos avisaron de que los dragones se acercaban. Unos echaron a correr, otros se mantuvieron firmes, otros gritaron contra los filisteos... Iba a llevarme a mi madre por la fuerza cuando los casacas rojas se lanzaron sobre nosotros. Y lo cierto es que no habría conseguido hacerle dar un solo paso, aunque hubiera intentado arrastrarla con nuestro viejo buey. Bueno, al fin y al cabo, estábamos en un desfiladero muy estrecho, y la niebla era cada vez más densa... Había muchas posibilidades de que los dragones no nos encontraran, si manteníamos la boca cerrada; pero, como si Kettledrummle no hubiera hecho ya ruido suficiente para levantar a los mismísimos muertos, ¡entonaron a gritos un salmo que pudo escucharse hasta en Lanrick^[4]! Y para no alargarme demasiado, os diré que apareció el joven lord Evandale, galopando a toda velocidad, seguido de veinte casacas rojas. Dos o tres jóvenes les atacaron, con pistolas y puñales en una mano y la Biblia en la otra, así que fueron brutalmente golpeados; mas los soldados no actuaron con demasiada violencia, pues Evandale les dio la orden de dispersarnos y respetar nuestras vidas.

—¿Acaso no ofrecisteis resistencia? —preguntó Morton, sintiendo que mejoraba su opinión sobre lord Evandale.

—Pues no —respondió Cuddie—. Sin perder de vista a mi vieja madre, grité que se apiadaran de nosotros; pero dos de los casacas rojas se acercaron, y uno de ellos se dispuso a golpearla con su sable, así que les amenacé con mi estaca y dije que me vengaría de ellos. Volvieron sus armas contra mí, y os aseguro que hice cuanto pude para protegerme la cabeza con las manos, hasta que llegó lord Evandale y me puse a gritar que era un criado de Tillietudlem, ya sabéis que todos dicen que estima mucho a la señorita Bellenden; entonces me pidió que tirara el garrote al suelo, y mi madre y yo nos convertimos en sus prisioneros. Creo que habríamos podido escapar de no haber sido por Kettledrummle, quien se acercó a nosotros montando el caballo de Andrew Wilson, que había pertenecido anteriormente a un dragón; y cuantos más esfuerzos hacía para alejarse de la contienda, más empeño ponía la testaruda bestia en

aproximarse a los casacas rojas. Cuando mi madre y el predicador se vieron juntos, no dudaron en reprender a los soldados con gran severidad. ¡Bastardos de la prostituta de Babilonia^[5]! fueron las palabras más suaves que pronunciaron. Por ese motivo, los ánimos volvieron a caldearse, y nos capturaron a los tres para que sirviéramos de ejemplo.

—¡Qué monstruosa e intolerable represión! —exclamó Morton, como si estuviera hablando consigo mismo—. He aquí a un pobre y pacífico muchacho, cuya única razón para asistir al conventículo ha sido su sentido del deber filial; y está encadenado al igual que un ladrón o un asesino, e incluso es probable que muera como uno de ellos, aunque sin el privilegio de un juicio justo, algo que nuestra ley garantiza al peor de los malhechores. Ser testigo de semejante tiranía y, sobre todo, sufrirla en la propia piel es suficiente para remover la sangre del esclavo más dócil.

—Estoy convencido —contestó Cuddie, sin acabar de entender las palabras que el sentimiento de humillación le había arrancado a Morton— de que no se puede injuriar a los dignatarios^[6]. Eso decía mi antigua señora, lady Margaret Bellenden, y no hay duda de que estaba en su derecho, ya que ocupa un lugar entre ellos; y yo la escuchaba pacientemente, pues, después de sermonearnos sobre nuestros deberes, ordenaba que nos sirvieran una copita de licor, un plato de sopa o alguna otra cosa. Pero los señores de Edimburgo^[7] no nos dan ni un vaso de agua fresca^[8]; y decapitan y ahorcan a los nuestros, y hacen que los infames soldados de caballería nos persigan, y nos despojan de nuestras pertenencias como si fuéramos proscritos. No puedo decir que me hayan tratado bien...

—Sería extraño que lo hicierais —añadió Morton, disimulando su emoción.

—Y lo que más me molesta de todo —continuó el pobre Cuddie— es ver a esos casacas rojas fanfarroneando ante nuestras muchachas y robándonos a nuestras novias. No sabéis cuánto me apenó atravesar las tierras de Tillietudlem esta mañana a la hora de las gachas, y ver el humo saliendo por nuestra chimenea, sabiendo que ya no era mi anciana madre quien se sentaba junto al fuego. Sin embargo, todavía me afligió más ver al inútil de Tam Halliday, uno de esos dragones, besando a Jenny Dennison ante mis propias narices. No entiendo cómo las mujeres pueden tener tanto descaro; pero siempre prefieren a los casacas rojas. A veces he pensado en unirme a los dragones, con el fin de conquistar a Jenny... Pero no creo que pueda culparla de nada, quizá dejó que Tam arrugara su gorro almidonado para ayudarme.

—¿Para ayudarlos? —inquirió Morton, incapaz de no interesarse por una historia que guardaba tantas similitudes con la suya.

—Así es, Milnewood —contestó Cuddie—. La pobre muchacha se acercó a hablar amablemente conmigo; me deseó mucha suerte y quiso deslizar unas monedas en mi mano. Apostaría a que era la mitad de su salario, pues se gastó el resto en encajes y lazos para ir a vernos el día del tiro al papagayo.

—¿Y cogisteis su dinero, Cuddie? —preguntó Morton.

—Por supuesto que no, señor Henry; fui tan necio que se lo devolví... Mi orgullo

no me permitía deberle nada, después de haber visto cómo la perseguía y besaba ese bribón. Pero sin duda cometí una estupidez; habría sido de gran ayuda para mi madre y para mí, y seguro que se lo gasta todo en prendas de vestir y tonterías.

Hubo entonces una pausa larga y profunda. Los dos jóvenes parecieron quedar ensimismados; probablemente, Cuddie lamentaba haber rechazado la generosidad de su amada, y Henry Morton se preguntaba por qué motivo o con qué condiciones habría logrado Edith Bellenden que lord Evandale intercediera en su favor.

«Tal vez haya interpretado de un modo injusto y precipitado su influencia sobre Evandale —pensó esperanzado—. ¿Debería censurarla severamente si, con el fin de ayudarme, ha consentido que el joven lord abrigara unas esperanzas que no tiene intención de cumplir? ¿Y si ha apelado a esa generosidad que parece poseer lord Evandale, y éste se ha comprometido a proteger a un rival más afortunado que él?».

Y, sin embargo, las palabras que había oído acudían una y otra vez a su pensamiento, causándole unas punzadas de dolor similares a las de la mordedura de una víbora.

«¡Estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por él! ¿Acaso era posible expresar con mayor claridad su predilección? En el lenguaje del amor, los límites impuestos a la delicadeza femenina impedían utilizar expresiones más directas. Así que la he perdido... y para siempre; sólo me queda ya vengar las ofensas que han infligido a mí y a mi país».

Todo indicaba que los pensamientos de Cuddie, si bien menos sutiles, seguían un rumbo muy semejante a los de su compañero, pues de pronto le dijo al oído:

—¿Os parecería mal que intentáramos escapar?

—Todo lo contrario —repuso Morton—; si se presenta la oportunidad, tened la seguridad de que sabré aprovecharla.

—Me alegra oíros decir eso —exclamó Cuddie—. No soy más que un joven pobre y estúpido, pero no creo que sea ningún delito emplear la fuerza para evadirnos, si es posible. Llegado el momento, lucharía con la mayor fiereza. Sin embargo, mi antigua señora nos acusaría de oponer resistencia a la autoridad real...

—Me rebelaré contra cualquier autoridad —interrumpió Morton— que vulnere con su tiranía los derechos que nuestro fuero reconoce a todo hombre libre. No dejaré que me encierren injustamente en una celda ni que me ahorquen, si puedo escapar de sus garras utilizando la astucia o la violencia.

—Comparto vuestra opinión, si se presenta la ocasión de huir. Pero habéis mencionado un fuero, y ya sabéis que sus leyes sólo se ocupan de los caballeros de vuestra clase; de nada sirven a un simple labriego como yo.

—El fuero al que me he referido —respondió el joven Milnewood— protege incluso al más humilde de los escoceses. Estoy hablando de la libertad que reclamó el apóstol Pablo, tal como reflejan las Escrituras^[9], y que impide azotar y encadenar a todo ciudadano libre; debemos defenderla por nuestro bien y el de nuestros compatriotas.

—¡Válgame Dios! —exclamó Cuddie—. ¡Con el tiempo que habrían tardado lady Margaret o mi madre en encontrar tan sabias enseñanzas en la Biblia! La primera refunfuña siempre que hay que pagar tributo al César^[10], y la segunda resulta igual de pesada con sus principios whigs. Está claro que pasar tanto tiempo en compañía de dos ancianas tan obstinadas me ha echado a perder. Si pudiese encontrar a un caballero que quisiera hacerme su criado, estoy seguro de que mejoraría mucho; espero que penséis en mis palabras, si algún día logramos salir de la esclavitud^[11], y me contratéis como vuestro *wally-de-shamle*^[12].

—¿De veras queréis ser mi criado, Cuddie? —se sorprendió Morton—. Os aseguro que, incluso en libertad, sería una triste elección.

—Sé que estáis pensando que, al haberme criado en el campo, os pondría en ridículo ante los demás; pero debéis saber que estoy dispuesto a aprender deprisa. Nunca se me dio bien leer, escribir o hacer cuentas, pero no hay nadie que juegue a la pelota como yo, y manejo tan bien la espada como el cabo Inglis; habría podido romperle la cabeza en más de una ocasión, a pesar de cabalgar detrás de nosotros dándose esos aires de importancia. Me pregunto si tenéis pensado quedaros en el país...

—Probablemente no —repuso el joven Milnewood.

—Bueno, me da lo mismo. Llevaré a mi madre con su vieja y gruñona hermana, la tía Meg, que vive en Glasgow, cerca de la Puerta de Gallow, donde espero que ni la quemén por bruja, ni enferme por falta de alimentos, ni la cuelguen por ser la mujer de un viejo whig; pues el alcalde, según dicen, se preocupa mucho de los desgraciados. Entonces podremos marcharnos juntos en busca de fortuna, al igual que los protagonistas de las viejas historias de *Juanito y el gigante*^[13] y *Valentín y Orson*^[14]. Y regresaremos a la Escocia feliz, como dice la canción, y yo volveré a manejar el arado, y labraré las hermosas tierras de Milnewood. Y valdrá la pena dar una gavilla de mies por verlas.

—Me temo, querido amigo Cuddie —dijo Morton—, que tenéis muy pocas probabilidades de recuperar vuestro antiguo trabajo.

—¡Os equivocáis, señor! Siempre es bueno no perder las esperanzas; hasta un barco destrozado arriba a la costa. Pero ¿qué oigo? ¡Mi madre predicando de nuevo! Reconozco el tono de sus sermones, es como el viento soplando en el interior de una casa; y ahí tenéis a Kettledrummy, empezando otra vez. ¡Por el amor de Dios! Si enfurecen a los soldados, los matarán a los dos, y nosotros no tardaremos en hacerles compañía.

Lo cierto es que su conversación se vio interrumpida por un desagradable griterío a sus espaldas, pues las voces del predicador y de la vieja Mause recordaban al gemido de un bajón^[15] y al chirrido de un violín roto. En un principio, los dos ancianos se habían contentado con lamentar su mala suerte sin manifestar su indignación; pero, a medida que se iban comunicando los agravios, éstos se fueron volviendo más mordaces y creció en ellos el sentimiento de haber sido gravemente

injurados, hasta que fueron incapaces de reprimir su ira.

—¡Que una triple desgracia caiga sobre vosotros, sanguinarios y violentos perseguidores! —exclamó el reverendo Gabriel Kettledrummle—. ¡En cuanto se rompan los siete sellos, toquen las siete trompetas y siete truenos hagan oír su fragor!

[16]

—¡Ay! ¡Malditos sean sus odiosos rostros y que no haya perdón para ellos cuando sean juzgados! —coreó la estridente voz de la anciana Mause, siguiendo al predicador.

—Yo os digo —continuó diciendo el teólogo— que vuestras graduaciones, paseos a caballo, relinchos y cabriolas, así como vuestra sanguinaria, primitiva e inhumana crueldad, y vuestro afán por entorpecer, debilitar y corromper las conciencias de las pobres criaturas con juramentos que condenan el alma y llevan en sí la contradicción, se han elevado desde la tierra hasta el Cielo como un pavoroso grito de perjurio que hará inminente la llegada de la ira^[17]. ¡Uh! ¡Uh! ¡Uh!

—Y yo os digo —añadió inmediatamente Mause en el mismo tono—, aunque apenas me quede aliento por el asma y el duro trote...

—¿Por qué no se limitarán a cabalgar? —dijo Cuddie entre dientes—. ¡Si pudiera conseguir que mi madre se mordiera la lengua!

—Con el poco resuello que me queda —continuó la anciana—, testificaré en contra de los que han perdido la fe, han traicionado a su causa y han traído la decadencia a esta tierra... y me enfrentaré a las injusticias y a las fuentes de la ira.

—Tranquilizaos, buena mujer, os lo ruego —exclamó el predicador, quien, tras recuperarse de un violento ataque de tos, temió ver su anatema superado por la elocuencia de Mause—. Tranquilizaos, y no quitéis las palabras de la boca a un servidor del altar. Y levantaré mi voz para decir que antes de que termine este episodio... sí, antes de que caiga el sol, comprenderéis que ningún Judas desesperado, como vuestro obispo Sharp, quien ocupa ahora el lugar que le corresponde; ningún Holofernes^[18] destructor de templos, como el malvado Claverhouse; ningún ambicioso Diótrefes^[19], como el joven Evandale; ningún codicioso y mundano Demas^[20], como ese a quien llaman sargento Bothwell, que se apropia de todos los ahorros y de todas las despensas de las mujeres; ninguna de vuestras carabinas, pistolas, espadas, monturas, sillas, bridas, albardas, cinchas y alforjas, resistirán las afiladas flechas y el arco que os apunta.

—Así será —añadió Mause—. Todos os condenaréis... pues no sois más que escobas exterminadoras^[21], que sólo merecen ser echadas al fuego después de quitar las inmundicias del Templo; látigos fabricados con pequeñas cuerdas^[22], con el fin de castigar a quienes aman más sus propios bienes y las cosas de este mundo que a la Cruz del Covenant. Y cuando hayáis terminado ese cometido, sólo seréis dignos de atar las correas de las sandalias de Satán.

—¡Que me lleve el demonio si mi madre no predica tan bien como el pastor! —exclamó Cuddie dirigiéndose a Morton—. Es una verdadera lástima que

Kettledrummle empieza a toser cuando su sermón se pone más interesante; y el largo recorrido de esta mañana, a tempranas horas, tampoco parece haberle sentado muy bien... No me importaría que acallara a mi madre con sus gritos, entonces sólo él tendría que responder de sus actos. Menos mal que la senda es abrupta y, con el traqueteo de los caballos, los soldados no prestan atención a sus palabras; si avanzáramos por un terreno menos escabroso, las cosas serían muy diferentes.

Las conjeturas de Cuddie no podían ser más acertadas. Nadie había escuchado las opiniones de los prisioneros debido al estruendo de los cascos de los caballos sobre el accidentado y pedregoso camino; pero en aquel momento entraron en los páramos, donde el testimonio de aquellos dos fanáticos cautivos carecía de salvaguarda. Así, cuando sus corceles empezaron a pisar los brezos y el verde césped, Gabriel Kettledrummle alzó su voz para exclamar:

—Elevo mi canto como un pelícano del desierto...

—Y yo el mío como un gorrión sobre los tejados^[23] —coreó Mause.

—¡Eh, vosotros! —gritó el cabo a sus espaldas—. Será mejor que cerréis la boca, maldita sea, si no queréis que os la tape con una correa.

—Me niego a obedecer las órdenes de un profano —respondió Kettledrummle.

—Yo tampoco lo haré —añadió la anciana—; no me someteré a ninguna vasija de barro^[24], aunque tenga el mismo color rojo que la Torre de Babel^[25], y se haga llamar cabo.

—Halliday —vociferó Inglis—. ¿Tenéis algo con que amordazarlos? Hay que hacerles callar o acabarán con nosotros.

Antes de que el soldado tuviera tiempo de contestar o de ofrecer alguna solución al cabo, un dragón se dirigió galopando hasta el sargento Bothwell, que sacaba una considerable delantera al grupo. Al oír sus instrucciones, el sargento se apresuró a regresar junto a sus hombres, y les ordenó cerrar filas, apretar el paso y moverse con cautela, pues no tardarían en avistar al enemigo.

*Quantum in nobis, we've thought good
To save the expence of Christian blood,
And try if we, by mediation,
Of treaty, and accommodation,
Can end the quarrel, and compose
This bloody duel without blows.*

BUTLER^[1]

Al apresurar la marcha, el grupo de jinetes no tardó en dejar sin aliento a los dos fanáticos prisioneros, quienes, en contra de su voluntad, se vieron obligados a guardar silencio. Hacía ya más de una milla que habían salido de los bosques, cuyos claros les habían acompañado desde que abandonaran las tierras de Tillietudlem. Unos cuantos robles y abedules se mecían sobre las estrechas gargantas, o crecían en pequeñas agrupaciones en las hondonadas del páramo; pero poco a poco fueron desapareciendo del paisaje. Ante ellos se extendía un inmenso territorio sobre el que se elevaban oscuras colinas cubiertas de brezo, atravesadas por profundos barrancos, donde los torrentes corrían impetuosos a lo largo del invierno; y durante el verano los inmensos cauces se convertían en insignificantes riachuelos que avanzaban sinuosa y torpemente entre los montones de piedras y grava, abandonados por la furia invernal, como tantos derrochadores arruinados a consecuencia de sus excesos y extravagancias. Aquella desolada región se extendía más allá del alcance de la vista y, aunque carecía de la grandeza e incluso de la dignidad de las altas montañas, impresionaba por las inmensas proporciones que parecía tener en comparación con las manchas mucho más fértiles de las tierras vecinas, adaptadas al cultivo para el sustento del hombre; por ese motivo, comunicaba vivamente al espectador la omnipotencia de la naturaleza, así como la relativa ineficacia de los medios que el hombre se enorgullece de haber inventado para paliar las desventajas del clima y de la tierra.

Un efecto extraordinario de las grandes extensiones de tierra baldía es que transmiten una fuerte impresión de soledad, incluso a aquellos que viajan en compañía de un numeroso grupo; pues la desproporción entre el desierto que nos rodea y los hombres que lo están atravesando conmueve profundamente nuestro ánimo. Por esa razón, los miembros de una caravana de miles de almas pueden sentir, en los desiertos de África o Arabia, una sensación de desamparo desconocida para el

viajero solitario que cruza una región próspera y cultivada.

No estuvo, por consiguiente, desprovisto de emoción el momento en que Morton divisó, a media milla, el grueso de la caballería a la que pertenecía su escolta, avanzando cautelosamente por el escarpado y tortuoso camino que ascendía desde el páramo hasta las colinas. Las tropas, que habían parecido muy numerosas mientras se agrupaban en los pequeños senderos, y que daban la impresión de haberse multiplicado cuando se encontraban semiescondidas entre los árboles, aparecían ahora muy disminuidas, súbitamente visibles en medio de un paraje cuya inmensidad volvía insignificante la columna de hombres y caballos; y su visión recordaba más a una manada de oscuro ganado^[2] que a un regimiento de soldados, pequeño y despreciable, subiendo lentamente por la colina.

«Un puñado de valientes podría defender cualquier desfiladero de esas montañas contra un ejército como éste, siempre que su coraje igualara a su entusiasmo», pensó Morton.

Mientras hacía esas reflexiones, el rápido avance de los jinetes que le escoltaban cubrió la distancia que les separaba de sus compañeros; y antes de que los hombres que encabezaban la columna de Claverhouse hubieran alcanzado la cima, Bothwell, acompañado de sus soldados y de sus prisioneros, dio prácticamente alcance al grueso del ejército. La extremada dificultad del terreno, que en unos lugares era empinado y en otros pantanoso, retrasaba la marcha de las tropas, especialmente en la retaguardia; pues el regimiento, en muchas ocasiones, pisoteaba el fango de las ciénagas haciendo hoyos tan profundos que las últimas filas se veían obligadas a abandonar el castigado camino y a encontrar un paso más seguro por donde cruzar.

Cuando eso sucedía, aumentaban considerablemente los apuros del reverendo Gabriel Kettledrummle y de Mause Headrigg, pues los crueles soldados que los vigilaban les obligaban a saltar por encima de zanjas y barrancos, o los empujaban a través de barrizales y pantanos, con todos los riesgos que eso suponía para unos jinetes tan poco experimentados.

—Con la ayuda del Señor, he asaltado la muralla^[3] —exclamó la pobre Mause, mientras los rudos centinelas obligaban a su caballo a franquear de un salto el cercado de un redil solitario, proeza que hizo salir volando su gorro y dejó al descubierto sus cabellos grises.

—Y yo me hundo en el cieno del abismo, donde no puedo hacer pie; me he metido en aguas profundas y las olas me anegan^[4] —añadió Kettledrummle, al tiempo que su corcel metía hasta los correaes de la silla en un *well-head*, como se denominan los manantiales que suministran agua a los pantanos, y la negra corriente salpicaba el rostro y la figura del predicador cautivo.

Aquellas exclamaciones arrancaron carcajadas de los soldados que los acompañaban; mas no tardaron en presentarse ciertos acontecimientos que les devolvieron la seriedad.

Las primeras filas del regimiento estaban a punto de alcanzar la cumbre de la

escarpada colina cuando dos o tres dragones de su propia avanzadilla, integrantes de la patrulla de reconocimiento, regresaron a galope tendido, con los caballos extenuados, como si estuvieran huyendo desordenadamente del enemigo. Les seguían, espoleando sus cabalgaduras, cinco o seis jinetes, armados con espadas y pistolas, que se detuvieron en la cima, mientras observaban la llegada de la Guardia de Corps. Uno o dos de ellos desmontaron con sus carabinas y, apuntando deliberadamente a las primeras filas del regimiento, descargaron sus armas e hirieron a dos soldados, a uno muy gravemente. Después volvieron a subir a sus monturas y desaparecieron tras la cresta de la colina, retirándose impasibles, como si no sintieran el menor temor ante el inminente ataque de un ejército tan numeroso, y estuvieran convencidos de contar con apoyo suficiente para su defensa. Aquel incidente obligó a detenerse a toda la columna; y mientras Claverhouse recibía personalmente el informe de su avanzadilla, que había retrocedido hasta unirse al grueso de las tropas, lord Evandale cabalgó hasta la cima por donde había huido el enemigo, y el mayor Allan, el corneta Grahame y otros oficiales se afanaron en sacar al regimiento del accidentado camino y conducirlo por la ladera, en dos columnas que se sirvieran de mutua protección.

Recibieron entonces la orden de continuar; y en pocos minutos, la primera línea llegó a la cúspide y dominó el panorama de la otra vertiente. Las demás tropas no tardaron en alcanzarlos, incluida la retaguardia con los prisioneros; y, así, Morton y sus compañeros de cautiverio pudieron ver, al igual que los demás, los obstáculos que dificultarían el avance de sus captores.

La otra falda de la colina, en cuya cumbre la Guardia de Corps se había detenido, descendía suavemente durante más de un cuarto de milla, y ofrecía un terreno que, a pesar de ciertos desniveles, no era arduo para las maniobras de la caballería; mas al pie de la ladera comenzaba una llanura pantanosa, atravesada en toda su longitud por lo que podía ser un torrente natural o un profundo canal artificial, a cuyas orillas llegaban manantiales y zanjales llenos de agua, de las que se había extraído el césped y la turba; aquí y allá crecían desperdigados los alisos, tan amantes de la humedad, que sobrevivían como matorrales, a pesar de que los estancados y hediondos cenagales les impedían crecer hasta convertirse en árboles. Fuera de aquel cauce, el terreno volvía a elevarse hasta formar un segundo montículo, o más bien colina, cubierto de brezo, en cuya parte inferior avistaron al grupo de rebeldes que, dispuestos a defender aquellas tierras accidentadas y pantanosas, se preparaban para presentar batalla.

Su infantería estaba dividida en tres líneas. La primera de ellas, bien provista de armas de fuego, se hallaba situada casi al borde de la ciénaga, con el fin de hostigar con sus disparos a la caballería real cuando descendiera por la ladera opuesta, poniendo en grave peligro a los dragones que encabezaran el regimiento y haciéndoles casi imposible cruzar el pantano. Tras esa primera línea, había un grupo de hombres armados con picas, que debían proteger a sus compañeros en caso de que los soldados de Claverhouse consiguieran abrirse paso por la fuerza. En la retaguardia

se encontraba la tercera línea, compuesta de campesinos equipados con hojas de guadaña firmemente sujetas a sus palos, bieldos, azadas, palos, pinchos, arpones y cuantas rústicas herramientas el intenso odio había convertido en instrumentos de guerra. En cada flanco de la infantería, pero algo más apartados de los cenagales, como si quisieran mantenerlos secos y en mejores condiciones, por si sus enemigos conseguían abrirse camino hasta allí, había un pequeño destacamento de jinetes, pertrechados con las armas más variadas y las monturas menos apropiadas, si bien rebosantes de entusiasmo por la causa; el grupo estaba integrado, principalmente, por pequeños terratenientes y ricos granjeros, cuyos medios les permitían luchar a caballo. Podía verse a algunos de los que se habían encargado de rechazar la avanzadilla de los realistas regresando lentamente hacia sus escuadrones. Eran los únicos miembros del ejército rebelde que parecían desplazarse. Los demás estaban inmóviles y firmes, como las piedras esparcidas a su alrededor sobre los brezales.

El número de sublevados ascendía casi a mil hombres; pero apenas había cien a caballo, y ni siquiera la mitad estaban convenientemente armados. Sin embargo, la ventaja de su posición, el sentimiento de haber dado un paso desesperado, la superioridad numérica y, sobre todo, su exaltado fervor eran las bazas con que contaban sus jefes para compensar la falta de armas, de caballos y de disciplina militar.

En la ladera de la colina donde se habían dispuesto las tropas para iniciar la batalla, se veía a las mujeres, e incluso a los niños, cuyo entusiasmo, enemigo de cualquier hostigamiento, les había conducido hasta los páramos. Parecían estar allí como espectadoras de un encuentro en el que se decidiría su propio destino, así como el de sus padres, maridos e hijos. Al igual que las mujeres de las antiguas tribus germánicas^[5], sus agudos gritos al divisar las brillantes filas enemigas sobre la loma vecina alentaban a sus familiares a luchar hasta la muerte en defensa de lo que más amaban. Aquellas exhortaciones surtieron el efecto deseado; pues un salvaje alarido recorrió las filas de los insurrectos cuando aparecieron los soldados, poniendo de manifiesto su decisión de combatir hasta el final.

Al tiempo que los jinetes se detenían en la cima, sus trompetas y timbales ejecutaron un toque de guerra amenazador y desafiante, que se extendió por las tierras baldías como las estridentes llamadas de un ángel exterminador^[6]. Los rebeldes unieron sus voces en respuesta, entonando solemnemente los dos primeros versos del Salmo setenta y seis, según la versión métrica de la Iglesia Escocesa:

*In Judah's land God is well known
His name's in Israel great,
In Salem in his tabernacle,
In Zion is his seat.
There arrows of the bow he brake,
The shield, the sword, the war.*

*More glorious thou than hills of prey,
More excellent art far.*^[7]

Un clamor, o más bien una impresionante ovación, acompañó el final de la estrofa; y, tras unos momentos de pausa, los rebeldes prosiguieron con el segundo verso, que hablaba de la destrucción de los asirios, profetizando el resultado de su próxima contienda:

*Those that were stout of heart were spoiled,
They slept their sleep outright,
And none of those their hands did find,
That were the men of might.
When thy rebuke, O Jacob's God,
Had forth against them past,
Their horses and their chariots both
Were in a dead sleep cast.*^[8]

Hubo una nueva ovación, que fue seguida del más profundo silencio.

Mientras aquellos solemnes cánticos, repetidos por un millar de voces, continuaban sonando en las desiertas colinas, Claverhouse estudió atentamente el terreno y el orden de batalla de los insurrectos, que reflejaba su intención de esperar a ser atacados.

—Los muy patanes deben de tener algún viejo soldado entre sus filas —comentó —; quien haya elegido ese lugar no es ningún campesino.

—Aseguran que Burley está con ellos —respondió lord Evandale—, y también Hackstoun de Rathillet^[9], Paton de Meadowhead^[10], Cleland^[11] y otros hombres adiestrados en el arte de la guerra.

—Eso pensé yo cuando vi cómo saltaban por encima del torrente aquellos primeros jinetes solitarios, al volver a sus posiciones. En seguida comprendí que entre ellos había algunos soldados de los cabezas peladas, verdadera semilla del viejo Covenant. Debemos obrar con enorme cautela, además de con valentía. Evandale, que los oficiales se acerquen a ese montículo.

Se dirigió a un pequeño montón de piedras cubiertas de musgo, probablemente la última morada de algún jefe celta de otros tiempos; y los oficiales no tardaron en obedecer la orden de su comandante y congregarse a su alrededor.

—No os he reunido, caballeros —dijo Claverhouse—, para celebrar un consejo de guerra, pues nunca descargaría en los demás una responsabilidad que es únicamente mía. Sólo quiero conocer vuestras opiniones, reservándome la libertad de tomarlas en consideración, como la mayoría de las personas cuando piden consejo. ¿Qué pensáis, corneta Grahame? ¿Debemos atacar a esos hombres que gritan en la lejanía? Sois el más joven y arrojado; por esa razón, lo deseáis o no, hablaréis el primero.

—Mientras tenga el honor de portar el estandarte de la Guardia de Corps —respondió el corneta—, jamás me retiraré por propia voluntad ante los rebeldes. En nombre de Dios y del rey, no dudaría en ordenar ¡al ataque!

—¿Y cuál es vuestra opinión, Allen? —continuó diciendo Claverhouse—. Evandale es tan modesto que jamás hablaría antes de oír lo que tengáis que decir.

—Esos hombres —repuso el viejo y experimentado oficial de caballería— son tres o cuatro veces más numerosos que nosotros. Esto carecería de importancia en campo abierto, pero se han situado en un lugar muy estratégico y no parecen dispuestos a abandonarlo. Por ese motivo, creo, con todos los respetos para el corneta Grahame, que deberíamos replegarnos hacia Tillietudlem, ocupar el paso entre las colinas y el campo abierto, y pedir refuerzos a lord Ross^[12], que se encuentra en Glasgow con un regimiento de infantería. De ese modo, les impediremos el acceso al valle del Clyde, y les obligaremos a salir de su baluarte para luchar contra nosotros en terreno firme; si deciden no moverse de aquí, les atacaremos en cuanto nuestra infantería se haya unido a nosotros, lo que nos permitirá hacerlo con mayor contundencia a través de esas ciénagas, acequias y lodazales.

—¡Bah! —exclamó el joven corneta—. ¿Qué más da que el terreno sea firme? No son más que una partida de viejas e hipócritas cantoras de salmos.

—El hecho de que un hombre honre a su Biblia y a su salterio no significa que sea un luchador menos diestro —contestó Allan—. Ya veréis cómo esos covenanters son tan duros como el acero; los conozco hace mucho tiempo.

—Su salmodia nasal —afirmó el corneta— le recuerda a nuestro mayor la batalla de Dunbar^[13].

—Si hubierais estado allí, jovencito —replicó su compañero—, no habríais querido que nada volviera a recordároslo mientras vivierais en este mundo.

—Calma, calma, caballeros —dijo Claverhouse—, no es momento para discusiones. Seguiría gustoso vuestro consejo, mayor Allan, si los bribones de nuestras patrullas de reconocimiento (a los que me encargaré de castigar severamente) nos hubieran informado a tiempo del número y de la posición del enemigo. Sin embargo, al habernos presentado ante ellos formados para la batalla, la retirada de la Guardia de Corps sería interpretada como una grave muestra de cobardía, que alentaría la insurrección en todo el oeste. Si eso ocurriera, en lugar de recibir ayuda de lord Ross, mucho me temo que sus tropas quedarían aisladas antes de que lográramos unirnos a él o él a nosotros. Replegarnos ahora perjudicaría tanto a la causa real como perder un combate; la única diferencia entre ambas acciones estribaría en el mayor o menor riesgo que correrían nuestras vidas, algo que, caballeros, estoy convencido de que carece de importancia para vosotros. Debe de existir algún paso o garganta que nos permita cruzar los cenagales y, cuando estemos en tierra firme, confío en que nadie dude de que nuestros escuadrones, a pesar de su inferioridad numérica, harán morder el polvo a esos patanes inexpertos, aunque se multipliquen por dos. ¿Qué opináis vos, milord Evandale?

—En mi humilde opinión —respondió el joven—, ocurra lo que ocurra, será un día sangriento; perderemos a muchos de nuestros valientes compañeros y, probablemente, nos veremos obligados a matar a gran número de esos seres descarriados que, después de todo, son tan escoceses y súbditos del rey Carlos como nosotros.

—¡Rebeldes! ¡No son más que unos rebeldes! Y no merecen la consideración de escoceses ni de súbditos —exclamó Claverhouse—; pero vamos, milord, ¿qué queréis decir con vuestras palabras?

—Que deberíamos llegar a un acuerdo con esos hombres ignorantes y ofuscados.

—¿Un acuerdo? ¿Con esos rebeldes armados? No lo consentiré mientras viva —contestó su comandante en jefe.

—Enarbolad, al menos, la bandera blanca y pedidles a son de trompeta que abandonen las armas y se dispersen —dijo lord Evandale—, con la promesa de una amnistía. Siempre he oído decir que, si se hubiera hecho eso antes de la batalla de Pentland-hills, se habría ahorrado mucha sangre.

—¿Y quién demonios creéis que podría llevar el mensaje a esos desesperados y testarudos fanáticos? —repuso Claverhouse—. Ni siquiera respetan las leyes de la guerra. Casi todos sus jefes han participado en el asesinato del arzobispo Sharp y luchan con una soga alrededor del cuello; probablemente, matarían al mensajero, aunque sólo fuera para manchar de sangre leal las manos de sus seguidores y hacerles tan culpables como ellos.

—Iré personalmente —afirmó Evandale—, si me dejáis. A menudo he arriesgado mi vida para salvar la de otros; permitidme hacerlo ahora con el fin de evitar el derramamiento de sangre.

—No os daré mi consentimiento, milord —exclamó el coronel Grahame—. En una época en la que escasean los buenos principios, la seguridad de un hombre de vuestro rango y graduación es demasiado importante para el país. Aquí está el hijo de mi hermano^[14], Dick Grahame, que siente tan poco temor ante la pólvora o el acero como si el demonio le hubiera regalado una armadura a prueba de golpes o disparos, tal como, según los fanáticos, hizo con su tío. Con una bandera de paz y una trompeta se acercará a la orilla del pantano para pedirles que depongan las armas y se dispersen.

—Será un honor para mí, coronel —replicó el corneta—; ataré a una pica el lazo de mi corbata a modo de bandera blanca. Seguro que esos canallas jamás han visto en su vida un pendón de encaje de Flandes...

—Coronel Grahame —dijo lord Evandale, mientras el joven oficial se preparaba para la misión—, ese muchacho es vuestro sobrino, vuestro muy amado sobrino y único heredero; por el amor de Dios, dejadme ir. La idea fue mía, soy yo quien debe asumir el riesgo.

—No impediría que fuera, aunque se tratara de mi único hijo^[15] —afirmó Claverhouse—. Espero que mis sentimientos personales nunca interfieran en mis

deberes públicos. Si Dick Grahame muere, la pérdida será únicamente mía; si vos lo hicierais, el rey y el país lo lamentarían. Vamos, caballeros, que cada uno ocupe su puesto. Si nuestra proposición es mal recibida, atacaremos al instante; como dice el viejo blasón escocés^[16], ¡Dios concederá la victoria al más justo!

*With many a stout thwack and many a bang,
Hard crab-tree and old iron rang.*

Hudibras^[1]

El corneta Richard Grahame bajó la colina, llevando en su mano la improvisada bandera blanca, mientras hacía saltar y corcovear a su caballo al ritmo de la melodía que silbaba. Un trompeta le seguía. Cinco o seis jinetes, con aspecto de oficiales, se separaron de cada uno de los flancos presbiterianos y, reuniéndose en el centro, atravesaron los cenagales hasta acercarse lo más posible al canal que dividía la hondonada. El corneta Grahame se dirigía hacia ellos, desde el otro lado del pantano; y sus movimientos se convirtieron en el centro de atención de los dos ejércitos. Sin menospreciar el valor de ninguno de los adversarios, es probable que todos desearan que aquella embajada evitase los peligros y el derramamiento de sangre de la inminente contienda.

Una vez que hubo llegado justo enfrente de quienes parecían ser los jefes enemigos, que se habían adelantado para recibir el mensaje, el joven Grahame ordenó al trompeta que anunciara su deseo de parlamentar. Como no disponían de ningún instrumento militar que les sirviera para responder adecuadamente, uno de los rebeldes preguntó a voz en grito por qué razón se aproximaba a su campamento.

—Para pedirlos en nombre del rey y del coronel John Grahame de Claverhouse, especialmente designado por el honorable Consejo Privado de Escocia —repuso el corneta—, que depongáis las armas y dejéis marchar a todos vuestros seguidores, a quienes habéis incitado a la rebelión, desobedeciendo el mandato de Dios, del rey y del país.

—Volved con quienes os han enviado —dijo el jefe de los insurrectos—, y decidles que nos hemos levantado en armas para defender un Covenant roto y a la perseguida Iglesia de Escocia; hacedles saber que renegamos del licencioso y perjuro Carlos Estuardo^[2], a quien llamáis rey^[3], a pesar de su traición al Covenant, después de haber jurado defenderlo de forma constante y sincera durante todos los días de su vida, sin más enemigos que los que se opusieran a él, ni más amigos que los que lo ampararan. Y, sin embargo, lejos de cumplir una promesa que había tenido por testigos a Dios y a los ángeles, su primera medida, al regresar a estos reinos, fue cometer el atropello de arrogarse las prerrogativas del Todopoderoso, redactando la terrible Acta de Supremacía^[4], además de expulsar a cientos de fieles predicadores

sin mandatos judiciales, denuncias o procesos; arrebatando, así, el pan de la vida de la boca de los hambrientos, desventuradas criaturas, y obligándoles a llenar sus gargantas con las gachas frías, sin sustancia ni sabor^[5] de los catorce falsos prelados^[6], y sus curas aduladores, engolados, carnales y escandalosos.

—No he venido a escuchar vuestros sermones —contestó el oficial—, sino a que me contestéis con una sola palabra si estáis dispuestos a dispersaros a cambio de una amnistía, que se hará extensiva a todos, excepto a quienes asesinaron al arzobispo de St Andrews; aunque tal vez preferiréis resistir el ataque de las fuerzas de Su Majestad, que no tardarán en avanzar sobre vosotros.

—Os lo diré con una sola palabra, entonces —dijo el portavoz de los rebeldes—. Hemos venido hasta aquí con nuestras espadas al cinto, por temor a ser asaltados en la noche^[7]. Y tomaremos parte en la lucha como hermanos en la justicia. Que caiga la sangre sobre la cabeza de quien ataque nuestra noble causa^[8]. Así que regresad junto a quien os envió, y que Dios os ayude a vislumbrar el mal que hay en vuestras acciones.

—¿Acaso no os llamáis John Balfour de Burley? —dijo el corneta, creyendo reconocer a su interlocutor.

—Si así fuera, ¿tendríais algo en contra de ello? —inquirió el covenanter.

—Solamente os recordaría —respondió Grahame— que la amnistía que he venido a ofrecer no es para vos, sino para esos campesinos, pues vuestro crimen es demasiado atroz para ser perdonado; no me han enviado a negociar con hombres como vos.

—Sois un joven soldado, amigo —afirmó Burley—, y parecéis ignorar muchas cosas de nuestra profesión. Deberíais saber que el portador de la bandera blanca sólo puede tratar con el ejército enemigo a través de sus oficiales; en caso contrario, su salvoconducto carece de valor.

Al tiempo que decía esas palabras, Burley desenfundó con rapidez su carabina y la sujetó fuertemente con la mano.

—Las amenazas de un asesino no impedirán que cumpla mi deber —dijo Grahame—. Escuchad, buena gente; en nombre del rey y de mi comandante en jefe, seréis todos amnistiados, excepto...

—Os aseguro que no bromeo —interrumpió su enemigo, apuntándole con el arma.

—Seréis todos amnistiados —continuó el joven oficial, dirigiéndose al grupo de rebeldes—, menos...

—Entonces, que el Señor se apiade de vuestra alma... ¡Amén! —exclamó Burley.

Y diciendo esas palabras, el covenanter hizo fuego y el corneta Richard Grahame^[9] cayó del caballo. El disparo fue mortal. Y antes de que la vida le abandonara, el joven e infortunado oficial sólo tuvo fuerzas para volverse en el suelo y murmurar: «¡Mi pobre madre!». Su asustado corcel regresó velozmente junto al regimiento, al igual que su no menos atemorizado ayudante.

—¿Qué habéis hecho? —inquirió uno de los oficiales que estaban con Burley.

—He cumplido con mi deber —respondió éste con firmeza—. ¿No ha sido escrito que llevarás tu celo hasta el asesinato^[10]? Dejad que quienes se atrevan, hablen AHORA de tregua o de perdón.

Claverhouse vio caer a su sobrino. Miró a lord Evandale, mientras una expresión momentánea de indescriptible dolor alteraba por unos segundos la serenidad de sus facciones.

—Habéis sido testigo de lo ocurrido —señaló.

—¡Vengaré a Grahame o moriré en el intento! —exclamó Evandale furioso. Y, espoleando a su caballo, descendió al galope por la colina, seguido de sus hombres y de los del difunto corneta, que, a pesar de no haber recibido ninguna orden, se aprestaron a ser los primeros en vengar la muerte de su oficial, avanzando en medio de la confusión. Aquellas fuerzas constituyeron la primera línea de los realistas. Claverhouse intentó en vano detenerlos, exclamando que tanta precipitación se volvería en su contra. Cabalgó tras ellos, al tiempo que rogaba, ordenaba e incluso amenazaba con su espada a los soldados para impedir que el resto de los dragones siguiera tan contagioso ejemplo.

—Allan —dijo el coronel, tan pronto como hubo calmado los ánimos de las tropas—, que bajen lentamente la colina y que sirvan de apoyo a lord Evandale, que precisará de toda nuestra ayuda. Bothwell, no hay duda de que sois un hombre frío y osado.

—¡Ay! —murmuró entre dientes—. Al menos lo recordáis en un momento como éste.

—Llevaréis a diez filas de dragones por la derecha de la hondonada —ordenó su comandante en jefe—, y tratad por todos los medios de encontrar el modo de cruzar el pantano; una vez formados, atacad los flancos y la retaguardia de los rebeldes cuando nos presenten batalla.

Bothwell hizo una señal de asentimiento, y se llevó a sus hombres a paso ligero.

Entretanto, el desastre temido por Claverhouse se hizo realidad. Los soldados que, siguiendo a lord Evandale, se habían abalanzado sobre el enemigo, no tardaron en ver entorpecida su desordenada carrera por la dificultad del terreno. Unos se atascaron en el lodo cuando trataban de cruzar los cenagales, otros retrocedieron y se quedaron junto a sus orillas, otros se desperdigaron buscando un paso más seguro. En medio de aquella confusión, casi todos los hombres de la primera línea enemiga se arrodillaron, los de la segunda se inclinaron hacia adelante, y los de la tercera se mantuvieron en pie; y abrieron fuego al mismo tiempo con tanta violencia que derribaron por lo menos a una veintena de jinetes, multiplicando por diez el caos existente. Lord Evandale, mientras tanto, a la cabeza de un reducido grupo de dragones con excelentes monturas, había conseguido salvar el torrente; mas, en cuanto llegó a la otra orilla, sufrió un ataque del flanco izquierdo de la caballería enemiga. Los insurrectos, enardecidos al ver cómo el pequeño grupo de dragones

había logrado abrirse paso a través de tan accidentado terreno, se lanzaron furiosos contra ellos, al tiempo que gritaban:

—¡Dolor y aflicción a los filisteos incircuncisos^[11]! ¡Abajo Dagón^[12] y todos sus seguidores!

El joven aristócrata peleó como un león, pero la mayoría de sus hombres cayeron en la batalla; y él habría corrido la misma suerte, de no haber sido por la ayuda de Claverhouse, quien, tras avanzar con la segunda línea hasta cerca del canal, castigó de tal modo con el fuego a su enemigo que tanto hombres como caballos se vieron obligados a retroceder. Lord Evandale, rescatado de tan desigual combate, aprovechó la oportunidad para emprender su solitaria retirada a través de los cenagales. Los rebeldes, sin embargo, a pesar de las pérdidas sufridas a raíz de esos primeros disparos, no tardaron en darse cuenta de que tanto la posición que ocupaban como el número de sus tropas aventajaban claramente al enemigo, por lo que, si resistían un corto período de tiempo con verdadero coraje, derrotarían inexorablemente a la Guardia de Corps. Los cabecillas cabalgaron entre sus filas, exhortándoles a seguir firmes y recomendándoles afinar la puntería a la hora de disparar a hombres y a caballos, pues los dragones, siguiendo la tradición, tiraban sin desmontar de sus cabalgaduras. Al ver a sus mejores hombres caer bajo el fuego enemigo sin poder defenderse, Claverhouse trató desesperadamente de cruzar el pantano por distintos lugares, con el fin de reanudar la batalla en tierra firme y en condiciones menos adversas. Pero la descarga cerrada de los insurrectos se unió a las dificultades naturales del paso, con lo que fracasaron todos sus intentos.

—Nos veremos obligados a replegarnos —comentó a Evandale—, a no ser que Bothwell logre distraer su atención. Entretanto, para mantener en jaque al enemigo, alejad a los hombres de la línea de fuego y dejad a unos cuantos, capaces de librar una escaramuza, tras esas matas de alisos.

Una vez cumplidas sus órdenes, esperaron con impaciencia la llegada de Bothwell y sus tropas. Pero también éste había encontrado obstáculos en su avance. El rodeo por la derecha no había pasado inadvertido a un observador tan perspicaz como Burley, que se había apresurado a realizar un movimiento similar con el ala izquierda de los jinetes rebeldes; de ese modo, cuando Bothwell, después de cabalgar valle arriba durante un largo trecho, encontró un lugar por el que atravesar las ciénagas, aunque con dificultad, advirtió que tenía frente a él a un enemigo muy superior. La osadía de su carácter no se vio mermada ante aquel inesperado tropiezo.

—¡Seguidme, muchachos! —ordenó a sus hombres—. ¡Nadie dirá jamás que retrocedimos ante esos cabezas peladas!

Y, como si le iluminara el espíritu de sus antepasados, se arrojó al pantano gritando: ¡Bothwell! ¡Bothwell! Siempre a la cabeza de sus hombres, luchó por abrirse paso a través del agua y del fango, y atacó a las tropas de Burley con tal furia que las obligó a retroceder con un par de pistoletazos, matando y reduciendo a tres rebeldes con sus propias manos. El jefe de los insurrectos, consciente de que una

derrota en aquel lugar les perjudicaría enormemente y de que sus hombres, a pesar de ser más numerosos, no eran tan diestros como los soldados en el uso de las armas y en el manejo de los caballos, se interpuso en el camino de Bothwell para enfrentarse con él cuerpo a cuerpo. Cada uno de los contrincantes estaba considerado campeón en su respectivo bando, por lo que aquella contienda resultó más novelesca que real. De forma instintiva, los seguidores de ambos se quedaron inmóviles, y contemplaron el combate entre los dos formidables espadachines como si la suerte del día fuera a decidirse en él. Los propios adversarios parecían compartir esa opinión; pues, después de haber intercambiado dos o tres impacientes estocadas y golpes, se detuvieron, como de común acuerdo, para recuperar el aliento, exhaustos tras los agotadores esfuerzos realizados, y para preparar un duelo en el que los dos habían encontrado a un digno rival.

—Sois un malvado asesino, Burley —exclamó Bothwell, agarrando firmemente la espada y apretando los dientes—. Lograsteis escapar de mí en una ocasión, pero —y lanzó un juramento demasiado terrible para ser escrito— vuestra cabeza bien vale su peso en plata, y volverá a casa en mi arzón, o mi silla regresará vacía.

—Sí —replicó Burley, con deliberada crueldad—. Soy aquel John Balfour que prometió colocar vuestra cabeza en un lugar donde no pudierais volver a cogerla jamás; y que Dios haga lo mismo conmigo, o incluso algo peor, si no cumplo mi palabra^[13].

—Entonces, ¡un lecho de brezo o mil marcos! —exclamó Bothwell, golpeando a Burley con todas sus fuerzas.

—¡Por la espada del Señor y de Gedeón^[14]! —respondió Balfour, mientras esquivaba y devolvía el ataque.

Rara vez han podido enfrentarse dos contrincantes tan igualados en fortaleza física, destreza en el manejo de las armas y de los caballos, intenso valor e implacable hostilidad. Después de intercambiar algunos golpes desesperados, asestando y recibiendo sablazos, aunque no de gravedad, se enzarzaron en la lucha con la exasperación propia de un odio mortal y, mientras Bothwell asía a su enemigo por el correa de su bandolera y Balfour intentaba ahogarle, ambos se precipitaron de cabeza al suelo. Los compañeros de Burley corrieron en su ayuda, mas fueron rechazados por los dragones, y la batalla volvió a ser general. Pero nada pudo distraer la atención de los dos adversarios, ni inducirles a liberarse del abrazo mortal que les hizo rodar por tierra, forcejeando, desgarrándose la piel y echando espumarajos por la boca con la fuerza de unos bull-dogs de pura sangre.

Varios caballos saltaron por encima de los contendientes mientras seguían enzarzados en la pelea, hasta que la coxa de uno de ellos partió el brazo armado de Bothwell. Ahogando un profundo gemido, soltó a su contrincante y los dos hombres se pusieron en pie. La mano derecha del sargento cayó inerte a su costado, mas la izquierda se abalanzó sobre el lugar donde guardaba el puñal; pero lo había perdido durante el combate, por lo que, con una mirada en la que se mezclaban rabia y

desesperación, contempló indefenso cómo Balfour, con una carcajada de salvaje alegría, blandía en alto la espada antes de clavarla en el cuerpo de su adversario. Bothwell siguió en pie tras la primera estocada, que sólo pareció rozar sus costillas; y sin intentar siquiera defenderse, miró a Burley con el odio reflejado en su rostro, mientras exclamaba:

—Infame y ruin campesino, ¡habéis derramado la sangre de un linaje de reyes!

—¡Morid de una vez, miserable! —gritó Balfour, redoblando su ataque con más acierto; y, colocando el pie sobre el cuerpo de Bothwell, que yacía en el suelo, lo atravesó por tercera vez con su espada—: ¡Morid, perro sediento de sangre! ¡Morid al igual que habéis vivido! ¡Morid como las bestias que dejan esta vida sin esperar ni creer en nada!

—¡Y sin TEMER nada! —añadió Bothwell, haciendo un último esfuerzo para pronunciar esas desesperadas palabras.

Capturar a uno de los caballos extraviados, montar en él y apresurarse a ayudar a sus seguidores fue, en aquellos momentos, la única preocupación de Burley. La derrota de Bothwell insufló a los rebeldes todo el coraje del que se vieron privados los soldados del rey, por lo que el resultado de aquella parte de la contienda resultó decisivo. Algunos soldados perdieron la vida, y los que sobrevivieron tuvieron que retroceder y dispersarse. El victorioso Burley, acompañado de sus hombres, cruzó nuevamente el pantano para atacar a Claverhouse, repitiendo la maniobra que éste había ordenado ejecutar a Bothwell. Colocó sus tropas en orden de batalla, con el fin de atacar el flanco derecho de los realistas, y, enviando noticias de su triunfo al grueso del ejército, les exhortó, en nombre del Cielo, a atravesar los cenagales y avanzar todos juntos contra el enemigo para defender la gloria del Señor.

Entretanto, Claverhouse había logrado mitigar la confusión creada por el primer ataque absurdo e infructuoso, y reducir el combate directo a una distante escaramuza con armas de fuego, que sostenían algunos dragones, apostados sin sus caballos tras los matorrales de alisos que crecían en las orillas del pantano, y cuyos disparos cercanos, fríos y certeros dañaban seriamente al enemigo y encubrían el escaso número de soldados. Mientras el comandante en jefe mantenía así la lucha, esperando que el rodeo de Bothwell y sus tropas facilitara una ofensiva general, fue abordado por uno de los soldados; su rostro cubierto de sangre y el agotamiento de su caballo revelaban que venía de cumplir una dura misión.

—¿Qué ocurre, Halliday? —preguntó Claverhouse, pues conocía el nombre de todos los hombres de su regimiento—. ¿Dónde está Bothwell?

—Ha caído junto con muchos otros valerosos muchachos —repuso el joven.

—Entonces el rey ha perdido a un heroico soldado —dijo el coronel con su acostumbrada serenidad—. El enemigo ha cruzado el pantano, ¿no es así?

—Con un importante número de jinetes, encabezados por el asesino de Bothwell, la encarnación de Satanás —contestó el aterrorizado Halliday.

—¡Callad! ¡Callad! —exclamó Claverhouse, poniendo un dedo en sus labios—;

no digáis ni una palabra a nadie. Lord Evandale, debemos batirnos en retirada. Así lo ha querido el destino. Reunid a los hombres que se encuentran dispersos librando esas escaramuzas. Dejad que Allan forme el regimiento; y replegaos hacia la colina en dos grupos, deteniéndooos alternativamente mientras uno u otro retrocede. Yo mantendré a raya a esos canallas con la retaguardia; resistiremos y les haremos frente. Deben de haber llegado al canal, pues veo a toda la columna en movimiento, preparándose para cruzar; será mejor que no perdamos más tiempo.

—¿Dónde está Bothwell con sus dragones? —inquirió lord Evandale, sorprendido ante la frialdad de su comandante en jefe.

—Lo han matado —le dijo Claverhouse al oído—; el rey ha perdido a un lacayo y el diablo lo ha ganado. Pero dejemos ese asunto, Evandale. Espolead vuestros caballos y reunid a los hombres. Allan, debéis procurar su serenidad. Retirarnos de este modo es algo nuevo para nosotros, pero ya llegará el día en que podamos vengarnos.

Evandale y Allan se dirigieron a cumplir su misión; pero antes de que hubieran logrado reorganizar el regimiento para replegarse en dos cuerpos, un importante número de insurrectos había conseguido atravesar los cenagales. Claverhouse, que se había rodeado de un pequeño grupo de dragones, los más valerosos y leales de su regimiento, atacó a los rebeldes que acababan de cruzar, aprovechando el desorden de sus filas a causa de la desigualdad del terreno. Acompañado de los suyos, mató a unos y obligó a retroceder a otros hasta el pantano, impidiendo, así, el avance enemigo; y su reducido ejército, sumido en el desánimo por la derrota, pudo, de ese modo, iniciar el ascenso de la colina.

Mas no tardaron en llegar los refuerzos de la vanguardia enemiga, lo que obligó a Claverhouse a seguir a sus tropas. Jamás ningún hombre, sin embargo, demostró como él aquel día lo que debe ser el carácter de un soldado. Destacando sobre los demás con su caballo negro y la escarapela blanca^[15], fue siempre el primero en atacar, aprovechando cuantas oportunidades se le presentaban para detener el avance de los perseguidores y cubrir la retirada de su regimiento. Todos los insurrectos dirigieron sus armas contra él, mas pareció invulnerable a sus disparos. Los supersticiosos fanáticos, que creían que el Maligno le había hecho casi invencible, afirmaron haber visto las balas rebotar en su chaqueta de cuero y en sus botas, como el pedrisco en un bloque de granito, mientras galopaba en medio de la tormenta de fuego. Fueron muchos los whigs que aquel día cargaron sus mosquetes con los fragmentos de un dólar, convencidos de que el proyectil de plata derribaría al hostigador de la Santa Iglesia de Escocia, ya que el plomo no tenía el menor poder sobre él.

—Intentadlo con el frío acero —gritaban cada vez que se producía un ataque—. La pólvora no puede hacerle daño. Es como si estuvierais disparando al propio demonio.

Pero, aunque esto se propagaba en alta voz, los rebeldes retrocedían asustados

ante Claverhouse, al igual que si se tratara de un ser sobrenatural, y muy pocos hombres osaban cruzar con él sus espadas. Y, sin embargo, luchaba batiéndose en retirada, con todas las desventajas que conlleva esa maniobra.

Los soldados de su regimiento, al ver el creciente número de enemigos que surgían del pantano, empezaron a perder la calma; y el mayor Allan y lord Evandale encontraron más y más dificultades para conseguir que se detuvieran y continuasen formados, al tiempo que su retirada se hacía demasiado rápidamente para poder mantener el orden. Al aproximarse a la cima, desde la que en mala hora habían descendido, el pánico empezó a extenderse. Todos se apresuraron a interponer la cumbre entre ellos y el incesante fuego de los insurrectos, y nadie parecía dispuesto a ser el último en retirarse y sacrificar, de ese modo, su seguridad en aras de sus compañeros. Con ese ánimo, varios dragones espolearon sus caballos y huyeron al galope; los demás continuaron avanzando con tanto nerviosismo que sus oficiales temieron verlos seguir el mismo ejemplo.

En medio de aquella escena de sangre y confusión, de las pisadas de los cascos de los caballos, de los lamentos de los heridos, del constante fuego del enemigo —una sucesión ininterrumpida de disparos de mosquete, mientras fuertes gritos acompañaban la caída de un soldado, señalando que el objetivo había sido alcanzado—, en medio de todo aquel terror y de aquel desorden, cuando apenas cabía duda de que sus desmoralizados hombres estaban a punto de abandonarlos, Evandale no podía dejar de observar la sangre fría de su comandante en jefe. Ni siquiera aquella mañana, ante la mesa de desayuno de lady Margaret, su mirada había parecido más viva o su porte más sereno. Se había acercado a Evandale con el fin de darle nuevas órdenes y llevarse a algunos hombres para reforzar su retaguardia.

—Si la desbandada dura cinco minutos más —dijo en voz muy baja—, estos bribones nos dejarán a Allan, a vos y a mí el honor de combatir con nuestras propias manos. Tengo que hacer algo para dispersar a los tiradores que tanto les inquietan, o será nuestra deshonra. No tratéis de socorrerme si me veis descender, quedaos siempre a la cabeza de vuestros hombres; por el amor de Dios, alejaos cuanto podáis y decid al rey y al Consejo Privado que he muerto cumpliendo con mi deber.

Y, tras decir esas palabras y elegir a veinte fornidos soldados para que le acompañaran, inició un asalto tan desesperado y repentino con aquella reducida tropa que sus adversarios se vieron obligados a retroceder a cierta distancia. En la confusión del ataque distinguió a Burley y, deseoso de aterrorizar a sus seguidores, le golpeó con tanta violencia en la cabeza que partió el acero de su casco y le tiró del caballo, dejándolo aturdido por unos momentos, aunque ileso. Fue verdaderamente prodigioso, tal como se comentó después, que un hombre aparentemente tan frágil como Claverhouse derribara a alguien tan corpulento como Balfour; y, como era de esperar, se atribuyó el hecho a la ayuda de un espíritu sobrenatural, capaz de dotar al brazo más débil de la fuerza necesaria. En su última ofensiva, sin embargo, Claverhouse se había aproximado demasiado a los rebeldes, y no tardó en verse

completamente rodeado.

Lord Evandale advirtió el peligro que corría su comandante, mientras daba el alto a sus hombres para que los de Allan continuaran la retirada. Haciendo caso omiso de las palabras de Claverhouse, ordenó a sus tropas lanzarse al ataque y liberar al coronel. Unos le acompañaron en su avance, otros se detuvieron indecisos, muchos aprovecharon la ocasión para huir. El pequeño grupo logró rescatar a Claverhouse. Su ayuda llegó justo en el momento preciso, pues uno de los aldeanos acababa de herir a su caballo de un modo terrible, golpeándole con su guadaña, y se disponía a asestarle un nuevo golpe cuando lord Evandale le atravesó con su espada. Una vez a salvo, miraron a su alrededor. Las tropas de Allan habían desaparecido tras la colina, sin que la autoridad del oficial hubiera sido capaz de detenerlas; las de Evandale estaban desperdigadas y sumidas en el caos.

—¿Qué haremos ahora, coronel? —preguntó lord Evandale.

—Creo que somos los únicos supervivientes en el campo de batalla —repuso Claverhouse—; y, cuando los hombres luchan hasta el límite de sus fuerzas, no debe avergonzarles huir. Somos veinte contra un millar. Incluso el propio Héctor^[16] gritaría: ¡Que el diablo se lleve al último! Salvad vuestro pellejo, muchachos, y reagrupaos tan pronto como podáis. Vamos, milord, escapemos en nuestros caballos.

Y diciendo esas palabras, espoleó a su maltrecha cabalgadura; el generoso animal, como si supiera que la vida de su jinete dependía únicamente de él, avanzó a galope tendido, sin dejarse abatir por el dolor o la abundante pérdida de sangre. Un pequeño grupo de oficiales y soldados le siguieron, aunque de forma turbulenta y desordenada. La huida de Claverhouse sirvió de señal a todos los rezagados, que aún continuaban oponiendo resistencia por su cuenta y riesgo, para salir de allí a toda prisa, dejando el campo de batalla a los victoriosos rebeldes.

*But see! Through the fast-flashing lightnings of war,
What steed to the desert flies frantic and far!*

CAMPBELL^[1]

Durante la severa escaramuza que hemos detallado, Morton, en compañía de Cuddie y su madre, y del reverendo Gabriel Kettledrummle, se quedó en la cima de la colina, cerca del pequeño montón de piedras o túmulo junto al que Claverhouse había celebrado su consejo de guerra, dominando desde allí cuanto ocurría en la hondonada. Como era de esperar, sus centinelas, el cabo Inglis y cuatro soldados, se preocupaban más de seguir los avatares de la batalla que de vigilar a los prisioneros.

—Si esos muchachos mantienen sus posiciones —dijo Cuddie—, quizá podamos recuperar nuestra libertad; pero lo dudo... Apenas saben luchar.

—Eso no es tan importante, Cuddie —respondió Morton—; ocupan un lugar muy estratégico, están armados y su número es más de tres veces superior al de sus oponentes. Si son incapaces de luchar por su libertad en esas condiciones, merecen perderla para siempre.

—¡He aquí un maravilloso espectáculo, señores! Mi alma es como la del bendito Elihú, está ardiendo en mi interior. Mis entrañas son como un vino sin salida, como una botella a punto de estallar^[2]. ¡Que el Señor cuide a su pueblo en este día en que se dispone a juzgarlo y a librarle de sus enemigos! Pero ¿qué os preocupa ahora, querido señor Gabriel Kettledrummle? ¿Qué puede afligir a alguien como vos? Un nazireo^[3] más limpio que la nieve, más blanco que la noche, más rojo que el sulfuro (tal vez quisiera referirse al zafiro). ¿Qué puede inquietaros ahora que estáis más negro que el carbón, que habéis perdido vuestro esplendor^[4] y que vuestra hermosura se ha marchitado como un trozo de barro cocido^[5]? Sin duda ha llegado la hora de levantarse y de ponerse manos a la obra^[6], de clamar a voz en grito y de no moderarse^[7], de luchar por la salvación de esos pobres hombres que están a lo lejos dando testimonio con su sangre y la de sus enemigos.

Aquellas protestas encerraban un reproche al señor Kettledrummle, pues, a pesar de comportarse como un verdadero Boanerges o hijo del trueno^[8] desde el púlpito —cuando el enemigo estaba lejos—, y de la rebeldía mostrada al caer en manos de los dragones, los disparos, gritos y alaridos que subían del valle parecían haberle dejado sin habla. Al igual que le habría ocurrido a más de un hombre honrado viéndose sin posibilidad de luchar ni de huir, estaba demasiado consternado para predicar los

horrores del presbiterio, como esperaba la valerosa Mause, o para rezar siquiera por el éxito en la batalla. Mas no había perdido por completo su presencia de ánimo, ni su celo por conservar su reputación de intachable y poderoso predicador de la palabra de Dios.

—Tranquilizaos, buena mujer —exclamó—, y no perturbéis mis meditaciones ni la lucha que libro en mi interior, pues es cierto que los disparos de los enemigos son cada vez más numerosos; quizá algún proyectil nos alcance, aun estando aquí arriba. ¡Santo Dios! Me refugiaré detrás de ese montón de piedras, como si fuera una gruesa muralla.

—No es más que un cobarde —afirmó Cuddie, al que no faltaba esa clase de valor que vuelve a un hombre insensible al peligro—; no es más que un cobarde inútil. No le llegaría a Rumbleberry a la suela del zapato. ¡Cuán extraño! Rumbleberry luchó y denunció los abusos como un dragón enfurecido. Fue una lástima, pobre hombre, que no pudiera librarse de la horca. Pero dicen que se dirigió a ella feliz y contento, como yo me acercaría a coger un cuenco de caldo, suponiendo que tuviera hambre, lo cual es bastante probable. ¡Dios! ¡Qué espectáculo tan espantoso! Y, sin embargo, resulta imposible dejar de mirarlo...

Por ese motivo, la fuerte curiosidad de Morton y de Cuddie, unida al exaltado entusiasmo de la vieja Mause, les impulsaron a quedarse en el lugar desde el que mejor divisaban y oían lo que ocurría en el campo de batalla, mientras dejaban a Kettledrummle ocupar su solitario refugio. Las vicisitudes del combate, que hemos descrito con anterioridad, fueron seguidas por nuestros espectadores desde lo alto de la colina; mas no les fue posible determinar cuál sería su desenlace. Era evidente que los presbiterianos resistían tenazmente, a juzgar por la intensa humareda que, iluminada por los frecuentes fogonazos, se arremolinaba en el valle, ocultando a los contendientes tras unas nubes sulfurosas. Por otra parte, el incesante fuego que provenía de la parte más cercana del pantano, indicaba que el enemigo perseveraba en su ataque, que el combate era muy reñido, y que podía temerse cualquier cosa de una prolongada contienda en la que los indisciplinados rebeldes debían rechazar las ofensivas de unos soldados bien armados y dirigidos por expertos oficiales.

Finalmente, algunos caballos sin jinete, cuyas gualdrapas revelaban su pertenencia a la Guardia de Corps, salieron huyendo de aquel caos. No tardaron en seguirles varios dragones sobre sus monturas, abandonando la lucha, vagando extraviados por la falda de la colina, intentando escapar del campo de batalla. Al aumentar el número de esos fugitivos, la suerte del día empezó a ser menos dudosa. Entre la humareda apareció una compañía más numerosa de soldados, en formación desordenada sobre la ladera, y sus jefes consiguieron no sin dificultad detener su marcha, hasta que se divisaron las tropas de Evandale en plena retirada. El resultado del combate estuvo entonces claro, y los prisioneros se llenaron de júbilo ante su próxima liberación.

—¡Lo han conseguido! —dijo Cuddie, sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¡Están huyendo! ¡Están huyendo! —afirmó Mause, maravillada—. ¡Oh, los malvados tiranos! Cabalgan como no lo habían hecho jamás. ¡Oh, los falsos egipcios! ¡Los orgullosos asirios! ¡Los filisteos! ¡Los moabitas! ¡Los edomitas! ¡Los ismaelitas! El Señor ha colocado afiladas espadas sobre sus cabezas para que sirvan de pasto a los pájaros del cielo y a las bestias de la tierra^[9]. Mirad cómo pasan las nubes y brilla el fuego tras ellos, mientras siguen su camino hacia los elegidos del Covenant, ¡como la columna de nube y la columna de fuego^[10] que condujeron al pueblo de Israel lejos de Egipto! Éste es sin duda un día de liberación para los justos, un día para arrojar toda nuestra ira contra los perseguidores y los impíos.

—¡Que Dios nos ampare! —exclamó Cuddie—. Madre, mordeos esa estúpida lengua, y escondeos detrás de ese montón de piedras como Kettledrummle, un hombre cabal. Las balas de los whigs vuelan indiscriminadamente, y les da igual saltar la tapa de los sesos a una vieja cantora de salmos que a un dragón blasfemo.

—No temas por mí, Cuddie —repuso la anciana, extasiada por el triunfo de los suyos—; no temas por mí. Subiré a ese montón de piedras, al igual que Débora, y entonaré mi cántico de reproche contra esos hombres que viven en Harosheth de los gentiles, cuyos caballos han partido sus cascos de tanto galopar^[11].

La entusiasmada anciana habría trepado verdaderamente hasta lo alto del túmulo, con el fin de convertirse en una señal y en un estandarte^[12] para su gente, de no habérselo impedido Cuddie con más amor filial que respeto, empleando toda la fuerza que sus brazos esposados le permitieron.

—¡Mirad allá a lo lejos, Milnewood! —dijo el joven, cuando hubo logrado su objetivo—. ¿Habíais visto a alguien luchar como ese demonio de Claverhouse? Ha estado cercado por el enemigo en tres ocasiones, y siempre ha conseguido escapar. Pero no creo que tardemos en ser libres, Henry Morton. Inglis y sus soldados a menudo miran hacia atrás, como si les gustara más el camino a sus espaldas que el que se extiende ante ellos.

Cuddie no se equivocaba; pues, cuando la principal oleada de fugitivos pasó cerca del lugar donde estaban apostados, el cabo y sus hombres dispararon al azar sus carabinas sobre los insurrectos que se aproximaban y, abandonando la vigilancia de sus prisioneros, se unieron a los compañeros que se batían en retirada. Morton y la vieja Mause, que tenían las manos libres, se apresuraron a quitar las ataduras a Cuddie y al predicador; para mayor seguridad, les habían atado los brazos con una cuerda por encima de los codos. Y una vez conseguido esto, la retaguardia de los dragones, que aún mantenía cierto orden, pasó bajo el montículo de tierra rematado por el túmulo del que hemos hablado en repetidas ocasiones. Se observaba en ellos toda la prisa y confusión propias de una retirada forzada, pero aún seguían juntos. Claverhouse encabezaba el grupo, con la espada desnuda teñida de sangre, al igual que el rostro y los ropajes; su caballo, malherido, avanzaba vacilante.

Lord Evandale, en condiciones muy parecidas, cerraba la marcha, al tiempo que continuaba exhortando a los soldados a mantenerse unidos y no dejarse acobardar.

Había varios hombres heridos, y uno o dos cayeron de sus cabalgaduras al coronar la colina.

El entusiasmo de Mause aumentó nuevamente al contemplar ese espectáculo, mientras erguía su figura sobre los brezales, con la cabeza descubierta y los cabellos grises ondeando al viento, como la imagen de una antigua bacante o de una bruja tesalia^[13] pronunciando sus conjuros. Y no tardó en descubrir a Claverhouse huyendo a la cabeza de sus hombres.

—Deteneos, deteneos —dijo con amarga ironía—; vos, que tanto os alegrabais de acudir a las reuniones de los santos, y que habríais recorrido todos los páramos de Escocia para encontrar un conventículo. ¿Acaso no vais a deteneros ahora que lo habéis hallado? ¿No os quedaréis a escuchar la palabra del Señor? ¿No esperaréis hasta el sermón de la tarde? ¡Ay de vos! —exclamó, cambiando el tono de su voz—. ¡Ojalá se partan los corvejones de vuestro caballo! ¡Fuera de aquí! ¡Marchaos! Vos, que habéis derramado tanta sangre inocente y ahora salvaréis vuestro pellejo. ¡Fuera de aquí difamador Rabshekah, maldito Semei^[14], sanguinario Doeg! ¡Corred cuanto podáis! La espada ha sido desenvainada y no tardareis en ser alcanzado por ella.

Claverhouse, como es lógico suponer, estaba demasiado ocupado para prestar atención a estos reproches, y se apresuró a subir la colina, deseoso de alejar a los supervivientes del alcance de las balas, con la esperanza de reunir a los fugitivos alrededor de su estandarte. Mas justo en el momento en que su retaguardia llegaba a la cima, un disparo alcanzó al caballo de lord Evandale, que cayó fulminado a sus pies. Dos jinetes whigs, que encabezaban la persecución, se precipitaron hacia el joven, dispuestos a acabar con su vida, pues la lucha continuaba sin cuartel. Morton corrió para tratar de impedir la muerte de su rival, no sólo para satisfacer su generosidad, sino también para devolver a lord Evandale el favor que le había hecho aquella misma mañana, y que las circunstancias tanto le habían hecho aborrecer. Cuando acababa de ayudar al joven, que estaba malherido, a apartarse de su caballo moribundo y volver a ponerse en pie, los dos covenanters llegaron hasta ellos.

—¡Muerte al tirano casaca roja! —gritó uno de los insurrectos, asestando un golpe a lord Evandale que Morton a duras penas logró desviar.

—Perdonad a este caballero —rogó el joven Milnewood al jinete, que no era otro que el propio Burley—; hacedlo por mí... por Henry Morton —añadió, al percibir que éste no le había reconocido—, el mismo que hace poco os ofreció refugio.

—¿Henry Morton? —repitió Burley, limpiando la sangre de su frente con sus aún más ensangrentadas manos—. ¿Acaso no os dije que el hijo de Silas Morton saldría de la esclavitud^[15] y dejaría de habitar en las tiendas de Cam^[16]? Sois como un tizón sacado de un incendio^[17]. ¡Pero este apóstol del episcopado debe morir! Les moleremos las costillas desde el amanecer hasta que caiga el sol. Nuestra misión es castigarlos como a Amalec, destruyendo todo cuanto poseen, sin tener compasión de hombres, mujeres, niños o lactantes.^[18] Así que no os interpongáis en mi camino —continuó diciendo, al tiempo que intentaba nuevamente derribar a lord Evandale—,

pues no es una tarea que pueda realizarse con negligencia.

—No debéis matarle, ni lo haréis, mientras se encuentre indefenso —dijo Morton, colocándose delante del oficial para detener los golpes—. Esta mañana salvó mi vida, que corría un grave peligro únicamente por haberos ocultado en Milnewood; derramar su sangre, ahora que no puede defenderse, sería no sólo una crueldad repulsiva a los ojos de Dios y de los hombres, sino también una despreciable muestra de ingratitud hacia él y hacia mí.

Burley se detuvo.

—Todavía estáis en la corte de los gentiles —exclamó—, y no puedo sino compadecer vuestra ceguera y vuestra flaqueza humanas. Los manjares sólidos no son para niños^[19], ni el poderoso designio divino que me empuja a desenvainar mi espada para acabar con aquellos cuyos corazones aún moran en chozas de adobe^[20], cuyas pisadas se pierden en la trampa de los sentimientos humanos, y que se cubren con las obras justas como si fueran paños inmundos^[21]. Mas ganar un alma para la causa verdadera es mejor que enviarla a Tófet^[22]; por ese motivo dejaré marchar a este joven, siempre que así lo confirme el Consejo General del Ejército de Dios, que ha sido bendecido en este día con tan clara victoria. Estáis desarmado. Aguardad mi regreso. Debo continuar persiguiendo a los amalecitas^[23], esos pecadores, y exterminarlos de la faz de la tierra^[24], desde Evila hasta Sut^[25].

Y, diciendo esas palabras, espoleó a su caballo, y prosiguió la caza de los fugitivos.

—Cuddie —dijo Morton—, por el amor de Dios, hazte con una cabalgadura, rápido. No confiaré la vida de lord Evandale a esos fanáticos. Estáis herido, milord. ¿Tenéis fuerzas para seguir huyendo? —preguntó a su prisionero, que, aturdido por la caída, empezaba a recobrar las fuerzas.

—Creo que sí —repuso el oficial—. Pero ¿es posible que deba mi vida a Morton?

—Habría intervenido de todos modos, por simple humanidad —se apresuró a contestar el joven Milnewood—; pero había contraído una deuda sagrada con vos y debía mostraros mi agradecimiento.

Cuddie regresó en aquel instante con un caballo.

—Apresuraos, por el amor de Dios, debéis montar y salir volando como un halcón, milord —dijo el afable labriego—; pues que el diablo me lleve si no están matando a todos los prisioneros y heridos.

Lord Evandale subió a lomos del corcel, mientras Cuddie le sujetaba respetuosamente el estribo.

—Levantaos, buen muchacho, vuestra cortesía puede costaros la vida. Señor Morton —continuó dirigiéndose a Henry—, podéis confiar en que jamás olvidaré vuestra generosidad. Adiós.

Y volviendo su caballo, cabalgó velozmente en la dirección menos expuesta.

Lord Evandale acababa de marcharse, cuando aparecieron varios de los rebeldes que encabezaban la persecución, prometiendo vengarse de Henry Morton y de

Cuddie por haber ayudado a escapar a un filisteo, tal como llamaban al joven aristócrata.

—¿Y qué podíamos hacer? —respondió Cuddie—. ¿Deberíamos haber detenido a un hombre que llevaba dos pistolas y una espada? Tendríais que haber llegado antes, en lugar de increparnos de ese modo.

Aquella excusa resultaba difícilmente creíble; pero tanto Kettledrummle, que había logrado recobrarse de su crisis de pánico y era conocido y reverenciado por la mayoría de los covenanters, como Mause, que dominaba el lenguaje de los rebeldes, al igual que el predicador, demostraron ser unos activos y eficaces mediadores.

—No los toquéis, no les hagáis el menor daño —exclamó Kettledrummle, con su mejor voz de contrabajo—. He aquí al hijo de Silas Morton, a quien el Señor empujó a hacer grandes cosas en estas tierras, cuando llegó la hora de reformar el episcopado, extender la palabra de Dios y renovar el Covenant; héroe y paladín de aquellos bienaventurados días, cuando éramos poderosos, eficaces y elocuentes, convertíamos a los pecadores, impartíamos enseñanzas, cofraternizábamos con los santos, y abundaban las especias del jardín del Edén.

—Y éste es Cuddie —dijo Mause, a su vez—, el hijo de su padre, Judden Headrigg, que fue un hombre honesto y respetable, y mío, Mause Middlemas, una declarada e indigna seguidora del Evangelio, y una covenanter como vosotros. ¿Acaso no ha sido escrito, «no separéis a las tribus de los clanes queatitas de los levitas»? En el libro de los Números, capítulo cuatro, versículo siete^[26]. ¡Oh, señores! No os quedéis aquí charlando con gente honrada, ahora que debéis celebrar la victoria con que la Providencia os ha bendecido.

Cuando aquellos insurrectos les dejaron tranquilos, fueron inmediatamente hostigados por un nuevo grupo, al que se vieron obligados a dar la misma explicación. Kettledrummle, cuyo miedo parecía haber desaparecido desde el alto al fuego, decidió volver a desempeñar el papel de intérprete de Dios y pareció recuperar su atrevimiento, convencido de que sus palabras eran necesarias para la protección de sus anteriores compañeros de cautiverio; pretendió haber contribuido en gran medida a la victoria, preguntando a Morton y a Cuddie si no habían observado cómo había cambiado el rumbo de la batalla mientras él oraba en la cima del Monte de Yahvé Nisi, como Moisés, pues Israel debía vencer a Amalec; y, al mismo tiempo, garantizaba haber tenido las manos en alto cuando la lucha era más encarnizada, de igual modo que Aarón y Jur habían sostenido las del profeta^[27]. Es probable que Kettledrummle adjudicara a esa parte del éxito a sus compañeros de adversidad, para que no sintieran la tentación de revelar su carnal y egoísta desmoronamiento, al haberse preocupado en exceso de su seguridad personal. Aquellos enérgicos testimonios en favor de los prisioneros liberados no tardaron en divulgarse, llenos de exageraciones, entre el ejército victorioso. Corrieron distintos rumores; pero fue generalmente aceptado que el joven Morton de Milnewood, hijo del valeroso soldado del Covenant, Silas Morton, en compañía del muy querido Gabriel Kettledrummle y

de una cristiana especialmente devota, a la que muchos consideraban tan bien preparada como él para extraer una enseñanza o un consejo que inspirara temor o consuelo, habían llegado para defender la vieja causa de los covenanters, con el apoyo de cien hombres del Middle Ward^[28], armados hasta los dientes.

*When pulpit, drum ecclesiastic,
Was beat with fist instead of a stick.*

Hudibras^[1]

Entretanto, la caballería de los insurrectos abandonó la persecución, extenuada y sin fuerzas tras el inesperado desenlace, y la infantería se congregó en el terreno conquistado, desfallecida por el hambre y la fatiga. Su victoria, no obstante, fue un elixir maravilloso, y pareció servir a todos de bebida y alimento. Fue, sin lugar a dudas, mucho más arrolladora de lo que jamás hubieran osado imaginar; pues, sin haber sufrido grandes bajas entre sus filas, habían derrotado a un regimiento de hombres experimentados, dirigidos por el mejor oficial de Escocia, cuya sola mención les había llenado de terror durante mucho tiempo. Como se habían levantado en armas con más desesperación que esperanza, el triunfo fue para ellos una repentina y violenta sorpresa. Su encuentro en las colinas había sido fortuito; y se habían apresurado a ponerse a las órdenes de unos comandantes conocidos por su fervor religioso y su coraje, sin apenas prestar atención a otras cualidades. A consecuencia de su falta de organización, los rebeldes celebraron en seguida una asamblea general con el fin de discutir qué pasos debían seguir tras la victoria, y lo cierto es que cualquier opinión, por descabellada que fuera, encontraba defensores y partidarios. Unos proponían dirigirse a Glasgow, otros a Hamilton, otros a Edimburgo, otros a Londres. Había quienes sugerían enviar una representación a Londres, con el fin de convertir a Carlos II y hacerle ver sus errores, mientras otros, menos caritativos, recomendaban elegir un nuevo sucesor a la corona o convertir Escocia en una república libre. Los más sensatos y moderados querían constituir un parlamento libre^[2] y una asamblea libre de la Iglesia de Escocia. Entretanto, empezó a escucharse el clamor de los soldados, que exigían pan y lo más indispensable, mientras se quejaban de las duras condiciones y del hambre que padecían, pues nadie había tomado las medidas necesarias para abastecer a aquellas tropas. Para no extendernos demasiado, el campamento de los covenanters, incluso en el momento de su victoria, parecía a punto de desvanecerse como un cortina de humo en el aire, debido a la ausencia de algo tan primordial como la unión y la concordia entre sus hombres.

Burley encontró a sus compañeros de armas sumidos en el caos cuando regresó de perseguir a los dragones. Con el rápido ingenio de alguien habituado a encontrar dificultades, propuso que un centenar de hombres, en buen estado, salieran a buscar

provisiones, que algunos de los cabecillas constituyeran un comité de dirección — hasta que los oficiales fueran elegidos—, y que, para coronar el triunfo, Gabriel Kettledrummle ensalzara la providencial victoria, dirigiendo unas palabras de aliento^[3] a todos los rebeldes. Estaba convencido, y no sin razón, de que esa última medida acapararía la atención de la mayor parte de los insurrectos, lo que le permitiría celebrar un consejo de guerra privado con dos o tres de sus jefes, sin verse interrumpido por las opiniones discordantes o el clamor sin sentido del grueso del ejército.

Kettledrummle superó con creces las expectativas de Burley. Predicó durante dos largas horas sin detenerse ni a respirar; y dudo mucho que otros pulmones o doctrina que no fueran los suyos hubieran sido capaces de mantener tanto tiempo la atención de unos hombres en circunstancias tan precarias. Pero lo cierto es que dominaba a la perfección una especie de tosca y familiar elocuencia, característica de los predicadores de aquel período, que, aunque habría sido rechazada con desagrado por un auditorio con buen gusto, constituía un pastel de la mejor levadura para los paladares de quienes le escuchaban. Inspiró su sermón en el capítulo cuarenta y nueve de Isaías: «Al valiente se le quitará el prisionero, y la presa del guerrero se escapará; con tus litigantes yo litigaré, y a tus hijos yo salvaré. Haré comer a tus opresores su propia carne, como con vino nuevo, con su sangre se embriagarán. Y sabrá todo el mundo que yo, Yahvé, soy el que te salva, y el que te rescata, el Fuerte de Jacob».

Dividió su homilía en quince apartados, adornando cada uno de ellos con siete aplicaciones prácticas, dos de consolación, dos que inspiraran espanto, dos que afirmasen las causas de reincidencia y de ira^[4], y uno que anunciara la prometida y anhelada salvación. Aplicó la primera parte de la lectura a su propia liberación y la de sus compañeros, y aprovechó la oportunidad para dedicar unas palabras de alabanza al joven Milnewood, a quien auguró grandes cosas como paladín del Covenant. Dedicó la segunda parte a los castigos que estaban a punto de caer sobre el gobierno que tanto les hostigaba. Unas veces empleaba un lenguaje familiar y coloquial; otras, se mostraba tajante, exaltado y turbulento; algunos pasajes de su discurso podían ser tachados de sublimes, otros caían en el ridículo. En ocasiones, defendía con gran vehemencia el derecho de todo hombre libre a adorar a Dios según su conciencia; y poco tiempo después, culpaba y llamaba miserables a aquellos que habían permitido la terrible negligencia de los gobernantes, que, además de haber impedido que el presbiterianismo se convirtiera en la religión de Escocia, habían tolerado a los seguidores de las distintas sectas: papistas, episcopalianos, erastianos^[5] que se hacían pasar por presbiterianos, independientes^[6], socinianos^[7] y cuáqueros^[8]. Kettledrummle proponía expulsar de golpe a todos ellos del país y reconstruir la belleza del santuario^[9]. También habló muy sucintamente del recurso a las armas y de la resistencia a Carlos II, afirmando que, en lugar del tutor^[10] de la Iglesia de Escocia, el monarca se había limitado a ser el tutor de sus bastardos. Se extendió algo

más en la vida y en las pláticas de ese alegre príncipe; y debemos admitir que algunos de los episodios que relató merecían los violentos comentarios de tan irrespetuoso orador, que le otorgó los crueles nombres de Jeroboán, Omrí, Ajab, Salún, Pécaj y otros malvados reyes de los que había constancia en el libro de las Crónicas, finalizando con un fragmento de las Escrituras: «Porque de antemano está preparado un Tófet; también para el rey, un foso profundo y ancho; hay paja y madera en abundancia. El aliento de Yahvé, cual torrente de azufre, lo enciende»^[11].

Cuando Kettledrummle concluyó su sermón y descendió de la enorme roca que le había servido de púlpito, ocupó su lugar un predicador muy diferente. El reverendo Gabriel era un hombre corpulento y de edad avanzada; tenía la voz potente, el rostro cuadrado y un conjunto de rasgos torpes e inexpresivos, en los que lo carnal predominaba sobre lo espiritual para ser un buen teólogo. El joven que subió tras él a exhortar tan extraordinaria asamblea apenas contaba veinte años de edad, aunque sus angulosas facciones delataban una constitución enfermiza, agotada por las vigiliass, el ayuno, la dureza del cautiverio y las fatigas inherentes a una vida fugitiva. A pesar de su juventud, en dos ocasiones había estado prisionero durante varios meses, y había padecido numerosas privaciones, lo que le había hecho ganar un gran ascendiente sobre sus correligionarios. Contempló con sus cansados ojos a la multitud y el lugar de la batalla, y un brillo de triunfo resplandeció en su mirada, al tiempo que sus pálidas, aunque acusadas facciones se teñían de un rubor pasajero y febril^[12] que denotaba su alegría. Unió sus manos, elevó el rostro hacia el Cielo y pareció entregarse a sus meditaciones y a su acción de gracias antes de dirigirse a los congregados. Cuando empezó a hablar, su débil y quebrada voz pareció poco apropiada para manifestar sus ideas. Pero el profundo silencio de la asamblea, la impaciencia con que los oídos recogían cada una de sus expresiones, de igual modo que los hambrientos israelitas recolectaban el maná del Cielo^[13], ejercieron una gran influencia sobre el propio predicador. Sus palabras se volvieron más claras, sus ademanes más enérgicos y apasionados; y pareció como si el fervor religioso triunfara sobre la flaqueza y la enfermedad del cuerpo. Su elocuencia natural se había contaminado de la rudeza propia de su secta y, sin embargo, debido a la influencia de un buen gusto innato, jamás caía en los errores más groseros y ridículos de sus contemporáneos; y el lenguaje de las Escrituras, que en las bocas de éstos se veía a veces degradado, adquiría en las exhortaciones de Macbriar un rico y solemne efecto, similar al de los rayos de sol cuando resplandecen sobre las vidas de los santos y de los mártires representadas en las vidrieras de una vieja catedral gótica.

Describió de forma conmovedora la desolación de la Iglesia durante los últimos tiempos de su aflicción. La comparó a Agar viendo a su hijo morir de sed en el desierto^[14]; a Judá, lamentando bajo una palmera la destrucción del templo; a Raquel, llorando a sus hijos y rehusando el menor consuelo^[15]. Pero, sobre todo, resultó sublime cuando, dirigiéndose a unos hombres que aún conservaban el hedor de la batalla, les invitó a recordar las grandes cosas que Dios había hecho en su favor^[16] y

a perseverar en el camino que su victoria había iniciado.

—Vuestros ropajes están teñidos^[17], mas no con el caldo del lagar; vuestras espadas están llenas de sangre —exclamó—, mas no es de cabras ni corderos; el polvo del desierto que pisáis está cubierto de sangre, mas ésta no proviene de los novillos, pues Yahvé tuvo un sacrificio en Bosrá y una gran matanza en la tierra de Idumea^[18]. Ésos no son los primogénitos de vuestro ganado^[19], el que se ofrece en los sacrificios^[20], cuyos cuerpos quedan como estiércol de la tierra^[21] en el campo arado del labrador; no es el aroma de la mirra, del incienso o de las hierbas dulces^[22] lo que llega hasta nosotros; esos ensangrentados troncos sólo son los cadáveres de aquellos que blandieron el arco y la lanza, de aquellos que fueron crueles y no mostraron la menor compasión, de aquellos cuyas voces rugieron como la mar, siempre sobre sus caballos, ordenados como un solo hombre para la batalla^[23]; son los cadáveres de los poderosos guerreros que persiguieron a Jacob el día de su liberación^[24], y ese humo es el fuego devorador que les ha consumido^[25]. Y las colinas salvajes que os rodean no son un santuario revestido de cedro y láminas de plata, ni vosotros sois los sacerdotes que ayudan en el altar, balanceando el incienso y las antorchas; solamente sostenéis en vuestras manos las espadas, el arco y las armas de la muerte. Y yo os digo, sin embargo, que ni siquiera cuando el anciano Templo estaba en toda su gloria, hubo un sacrificio más grato que el que habéis ofrecido vosotros en este día, al dar muerte al tirano y al opresor, mientras las rocas os servían de altares, el cielo era el techo abovedado de vuestro santuario y vuestras buenas espadas se convertían en los instrumentos del sacrificio. Mas no dejéis el arado entre los surcos, ni os apartéis del camino que habéis comenzado, como muchos famosos héroes del Antiguo Testamento, a quienes Dios llamó para glorificar su nombre y liberar a su afligido pueblo; no detengáis vuestra carreta^[26] o terminaréis peor de lo que habéis comenzado^[27]. Por todo ello, alzad un estandarte en esta tierra^[28]; tocad una trompeta sobre las montañas; no dejéis que el pastor se quede atrás junto al redil ni que el labriego continúe en el campo arado. Fortaleced la vigilancia, afilad las flechas, bruñid los escudos, estableced los jefes de millar, de cien, de cincuenta, de diez^[29]; convocad a los hombres a pie como una impetuosa ráfaga de viento y haced venir a los jinetes como el retumbar de una crecida^[30], pues se han ocupado los vados de los destructores, se han incendiado sus varas, y se ha atemorizado a sus guerreros^[31]. El Cielo os ha apoyado y ha quebrado el arco de los fuertes^[32]; dejad entonces que todos los corazones sean como el del valiente Macabeo^[33], todas las manos como la del poderoso Sansón^[34], todas las espadas como la de Gedeón, que no retrocedió ante la matanza; pues la bandera de la Reforma se ha extendido sobre las montañas en toda su belleza, y las puertas del Infierno no triunfarán sobre ella^[35].

»Ha llegado el día de cambiar su casa por un casco de acero, de vender sus ropajes y comprar una espada^[36], de unir su suerte a los hijos del Covenant, hasta cumplir la promesa; y ¡ay del que por motivos carnales o egoísmo se niegue a

participar en esta gran misión! Pues será maldito para siempre, al igual que Meroz^[37], quien no acudió en ayuda de Yahvé contra los poderosos. Levantaos, entonces, y poneos en marcha; la sangre de los mártires^[38] que hiede sobre los patíbulos demanda venganza; los huesos de los santos que blanquean los caminos suplican una reparación; los lamentos de los inocentes cautivos piden a gritos ser liberados desde las solitarias islas del mar^[39] y las mazmorras de los castillos de los tiranos. Los cristianos perseguidos, que se esconden de la espada de sus adversarios en madrigueras y desiertos^[40], desfallecidos de hambre, muertos de frío, desprovistos de fuego, alimentos y ropa, sin un lugar donde cobijarse, únicamente por servir a Dios antes que a los hombres, elevan sus plegarias por vosotros, rogando, acechando, llamando, tomando por asalto las puertas del Paraíso en nombre de los covenanters. Y el propio Cielo luchará a vuestro lado, como combatieron las estrellas contra Sísara^[41]. Y aquellos que merezcan fama inmortal en este mundo y felicidad eterna en el que nos espera entrarán al servicio del Señor y recibirán la paga de la mano de su sirviente; y él, su hogar y sus hijos, hasta la novena generación, serán bendecidos con la vida eterna, por los siglos de los siglos, ¡amén!

La elocuencia del orador fue premiada con un profundo y severo murmullo de aprobación, que resonó entre la armada concurrencia al concluir una exhortación que tan bien se adaptaba a lo que venían de realizar y a lo que aún les quedaba por hacer. Los heridos olvidaron su dolor, los desfallecidos y hambrientos sus fatigas y privaciones, mientras escuchaban unas palabras que los elevaban por encima de las miserias y calamidades de este mundo, e identificaban su causa con la de Dios. Muchos se congregaron alrededor del predicador, cuando bajó del promontorio desde el que había pronunciado su sermón, y, asiéndole con unas manos en las que la sangre ya se había secado, le hicieron prometer solemnemente que los covenanters serían los verdaderos soldados del Señor.

—Que Dios os bendiga, queridos hermanos... Ésta es SU causa... Resistid con firmeza y portaos como hombres... Si ocurriera lo peor, no sería más que un breve y sangriento pasaje hasta el Cielo —respondió con voz entrecortada, extenuado por su propio entusiasmo y por el exaltado fervor que había inspirado su discurso.

Balfour y los demás cabecillas no habían perdido el tiempo mientras se celebraban aquellos ejercicios espirituales. Se encendieron fogatas, se apostaron centinelas y se organizó el sustento del ejército con los víveres recogidos precipitadamente en las granjas y poblados más cercanos. Una vez solventadas las necesidades del día, dirigieron sus pensamientos hacia el futuro. Habían enviado a algunos destacamentos a mayor distancia para extender la noticia de la victoria y conseguir, a través de la solidaridad o de la fuerza, las provisiones que tanto necesitaban. Lograron esto último con mayor facilidad de la esperada, al capturar en una aldea una pequeña partida de alimentos, forraje y municiones destinadas a las fuerzas realistas. Aquel triunfo no sólo sirvió para aliviar la tensión del momento, sino también para devolver la esperanza en el futuro; y animó a algunos rebeldes,

cuyo entusiasmo había comenzado a enfriarse, a continuar juntos en la lucha y mantener el apoyo a la causa en caso de guerra.

Y, a pesar de cuanto pueda pensarse de la extravagancia y del fanatismo de muchos de sus principios, resulta imposible negar la lealtad y el coraje de unos centenares de campesinos que, desprovistos de caudillos, de dinero y de pólvora, sin haber trazado el menor plan de ataque, y prácticamente sin armas, empujados tan sólo por el fervor religioso y el odio a la opresión de sus gobernantes, osaron declarar una guerra abierta al poder establecido, apoyado por un poderoso ejército y la fuerza de tres reinos.

Why, then, say an old man can do somewhat.

Enrique IV. Segunda parte^[1]

Debemos regresar ahora a la Torre de Tillietudlem, sumida en el silencio y en la inquietud tras la partida de la Guardia de Corps en la mañana de aquel azaroso día. Las promesas de lord Evandale no habían logrado tranquilizar los temores de Edith. Sabía que era un hombre generoso y fiel a su palabra; pero, sin duda, sospechaba que aquel por el que intercedía la joven era un rival más afortunado. ¿Acaso no estaba esperando de él un esfuerzo sobrehumano al imaginar que velaría por la seguridad de Morton? ¿Cómo iba a librarle de todos los peligros derivados de su cautiverio y de las sospechas que había despertado? Por ese motivo, se abandonó a la desesperación, sin escuchar siquiera las innumerables palabras de consuelo que pronunciaba Jenny Dennison, una tras otra, como si se tratara de un experto general atacando con las diferentes divisiones de sus tropas.

En primer lugar, Jenny estaba convencida de que al joven Milnewood no le ocurriría ningún daño; de lo contrario, siempre quedaría el consuelo de pensar que lord Evandale era mejor partido. Aunque también existían muchas probabilidades de que se desarrollara una batalla en la que el joven oficial perdiera la vida, y entonces no habría que darle tantas vueltas al asunto. Y, tal vez, si ganaban los whigs, Milnewood y Cuddie podrían volver al castillo para raptar a sus amadas...

—Pues olvidé decirlo, señorita Edith —continuó diciendo la doncella, mientras acercaba un pañuelo a sus ojos—, que Cuddie, al igual que Henry Morton, ha caído en manos de los filisteos, que lo trajeron prisionero esta mañana; y me vi obligada a hablar cariñosamente con Tam Halliday para engatusarle y poder acercarme al pobre infeliz. Pero Cuddie no pareció alegrarse de verme —añadió, al tiempo que cambiaba el tono de voz y retiraba bruscamente el pañuelo de su rostro—; así que no volveré a perder el tiempo llorando por eso. Seguiría habiendo suficientes jóvenes, aunque colgaran a la mitad.

Los demás habitantes del castillo también estaban disgustados e intranquilos. Lady Margaret pensaba que el coronel Grahame, al ordenar una ejecución a la puerta de Tillietudlem y negarse a atender su petición de gracia, había faltado al respeto que debía a su elevado rango, y había usurpado incluso sus derechos señoriales.

—El coronel debería haber recordado, querido hermano —afirmó—, que la baronía de Tillietudlem tiene el privilegio de condenar a muerte a los malhechores

encontrados en sus tierras^[2]; por esa razón, si el joven había de ser ejecutado dentro de esta propiedad (algo terrible, teniendo en cuenta que está en manos de dos mujeres, y que una tragedia así es siempre injustificable para ellas), Claverhouse, de acuerdo con la ley, debería haberlo entregado a mi administrador para que lo ejecutara bajo su supervisión.

—La ley marcial, lady Margaret —repuso el mayor Bellenden—, impera sobre todas las demás leyes; pero reconozco que el coronel Grahame no ha sido demasiado atento con vos. En cuanto a mí, lo cierto es que me siento humillado por el hecho de que haya accedido al ruego del joven lord Evandale (supongo que porque es un lord y tiene influencia sobre el Consejo Privado) después de haberle negado la misma petición a un antiguo y leal servidor del rey. Pero con tal de que ese pobre joven haya salvado la vida... me consolaré con el final de una canción tan vieja como yo —y comenzó a tararear la siguiente estrofa:

*And what though winter will pinch severe
Through locks of grey and a doak that's old,
Yet keep up thy heart, bold cavalier,
Far a cup of sack shall fence the cold.*^[3]

»Seguiré siendo vuestro invitado durante todo el día, querida hermana. Quisiera conocer el desenlace del encuentro de Loudoun-hill. Aunque no creo que los rebeldes tengan nada que hacer frente a un regimiento de caballería tan bien pertrechado como el de nuestros huéspedes. ¡Lástima! Hubo un tiempo en que habría sido incapaz de esperar cómodamente sentado las noticias de una escaramuza ¡a tan sólo diez millas de distancia! Pero como sigue diciendo la canción:

*For time will rust the brightest blade,
And years will break the strongest bow;
Was never might so starkly made,
But time and years would overthrow.*^[4]

—Estamos encantadas de que os quedéis con nosotras, mayor —dijo lady Margaret—; disfrutaré ahora del viejo privilegio de ocuparme de mi casa, algo revuelta tras la colación de esta mañana, aunque no sea muy cortés dejaros solo.

—¡Oh! Ya sabéis que los cumplidos me gustan tan poco como un caballo cojitranco —contestó el anciano—. Además, volveréis para comer conmigo la carne fría y los restos de empanada. ¿Dónde está Edith?

—Se ha retirado a su habitación algo indispuesta, según me han informado, y está descansando un rato —dijo su abuela—; cuando se despierte, le daré unas gotas.

—¡Bah! ¡Bah! Sólo tiene el síndrome del soldado —interrumpió el mayor Bellenden—. No está acostumbrada a ver cómo se llevan a uno de sus conocidos para pegarle un tiro, mientras otro se marcha a la batalla con muchas posibilidades de no

regresar jamás. No tardará en habituarse a ello, si la guerra civil estalla de nuevo.

—¡No lo quiera Dios, hermano! —exclamó lady Margaret.

—¡Sí! Como bien decís, espero que el Cielo no lo permita. Entretanto, jugaré al trick-track^[5] con Harrison.

—Ha salido, señor —dijo Gudyill—, para ver si podía averiguar algo sobre la batalla.

—¡Maldita batalla! —afirmó Miles Bellenden—. Ha trastornado a los miembros de esta familia como si en este país no hubiera habido otra. Y, sin embargo, existió un lugar como Kilsythe, John.

—¡Sí! Y como Tippermuir, mayor —respondió Gudyill—, donde yo cerraba las filas de mi difunto amo.

—Y Alford, John, donde yo dirigía a la caballería; e Innerlochy, donde fui ayuda de campo del gran marqués^[6]; y Auld Earn, y Brig o'Dee.

—Y Philiphaugh —dijo John.

—¡Diantre! —exclamó el mayor—. Cuanto menos hablemos de ella, mejor.

Sin embargo, una vez embarcados en las campañas de Montrose, el mayor y John Gudyill siguieron guerreando con suficiente bravura para acorrallar durante un buen rato a ese gran enemigo llamado Tiempo, contra el que los viejos soldados retirados, durante el tranquilo final de una vida llena de acción, acostumbran a sostener continuas hostilidades.

Como puede observarse a menudo, las noticias de los sucesos importantes vuelan a una velocidad casi inverosímil, y los rumores, ciertos en lo esencial, aunque inexactos en sus detalles, preceden a la información real de lo ocurrido, como si fueran llevados por los pájaros. Y es cierto que éstos anticipan la realidad, al igual que «las sombras de los acontecimientos venideros», que tanto obsesionaban al Highland Seer^[7]. Y, así, durante su paseo a caballo, Harrison escuchó algunas nuevas sobre la evolución de la batalla que se apresuró a llevar a Tillietudlem, consternado. Decidió buscar en primer lugar al mayor Bellenden, a quien interrumpió en su minucioso relato del asedio y asalto de Dundee.

—¡Quiera Dios que no tengamos que ver el asedio de Tillietudlem antes de envejecer un poco más! —exclamó el administrador.

—¿Qué ocurre, Harrison? ¿Qué diablos queréis decir con esas palabras? —preguntó el sorprendido veterano.

—Lo cierto es que se ha corrido la voz, señor, de que Claverhouse ha sido derrotado, y algunos afirman incluso que ha muerto; dicen que los soldados andan dispersos y que los rebeldes avanzan a toda prisa hacia aquí, amenazando con la muerte y la destrucción a todos aquellos que no se adhieren al Covenant.

—¡Imposible! —exclamó el mayor, poniéndose en pie—. Jamás creeré que la Guardia de Corps se ha batido en retirada ante los insurrectos. Y, sin embargo —continuó diciendo, mientras recobraba la calma—, ¿cómo puedo hablar así cuando he contemplado esa escena con mis propios ojos? Enviad a Pike, junto con uno o dos

criados más, en busca de noticias, y dejad que todos los hombres de confianza del castillo y de la aldea empuñen las armas. Esta vieja torre podría detener su avance por algún tiempo, si estuviera bien avituallada y guarnecida, pues domina el paso entre las altas y las bajas tierras. Es una suerte que me encuentre aquí. Id a reunir a los hombres, Harrison. Vos, Gudyill, comprobad las provisiones que tenéis y lo que podéis conseguir; y, si las noticias se confirman, estad preparado para matar todos los novillos que podáis salar. El pozo nunca se seca. Hay algunos anticuados cañones en las almenas; si tuviéramos suficientes municiones, nos las arreglaríamos.

—Los soldados han dejado algunos barriles de pólvora en los graneros, esperando su regreso —dijo Harrison.

—Apresuraos, entonces —exclamó el mayor—, y traedlos al castillo con todas las picas, espadas, pistolas y armas que podáis conseguir; no dejéis ni una aguja. ¡Menos mal que estoy aquí! Hablaré inmediatamente con mi cuñada.

Lady Margaret Bellenden se quedó estupefacta al oír unas noticias tan alarmantes como inesperadas. Había creído que el formidable regimiento que había salido del castillo aquella mañana era suficientemente poderoso para derrotar a todos los enemigos de Escocia, aunque se unieran en la lucha; y lo primero que acudió a su pensamiento fue lo arduo que resultaría enfrentarse a un ejército que había sido capaz de aplastar a Claverhouse y sus escogidas tropas.

—¡Ay de nosotros! —exclamó—. ¿De qué podrá servir cuanto hagamos, querido hermano? Oponer resistencia sólo nos traerá la destrucción de la torre, y de la joven Edith; pues bien sabe Dios que no pienso en una anciana como yo.

—Vamos, lady Margaret —interrumpió el mayor—, no debéis desanimaros; Tillietudlem es una fortaleza, y los rebeldes son ignorantes y están mal equipados; el hogar de mi hermano no se convertirá en una madriguera de ladrones y rebeldes mientras el viejo Miles Bellenden se encuentre en él. Mi mano no es tan firme como antes, pero doy gracias al Cielo porque bajo estos cabellos grises todavía conservo algunos conocimientos militares. Ahí llega Pike con más noticias. ¿Qué habéis averiguado? ¿Se trata de un nuevo Philiphaugh?

—Así es —contestó Pike, sin perder la calma—; un completo desastre. Esta mañana pensé que no saldría nada bueno de la nueva forma de llevar las carabinas.

—¿A quién habéis visto? ¿Quién os dio la noticia? —inquirió el mayor.

—Más de media docena de dragones que corrían hacia Hamilton, como si quisieran ver quién llegaba primero. Les aseguré que ganarían la carrera, aunque hubieran perdido la batalla.

—Continuad con vuestros preparativos, Harrison; traed las municiones al castillo y matad el ganado. Enviad a algunos hombres a la aldea para conseguir todos los víveres que podáis. No debemos perder ni un minuto. ¿No sería aconsejable que Edith y vos, mientras todavía podemos llevaros, regresarais a Charnwood?

—No, querido hermano —contestó lady Margaret, muy pálida pero con enorme serenidad—; puesto que el viejo castillo se dispone a resistir, me arriesgaré a

permanecer en él. Cuando era joven, salí huyendo en dos ocasiones y, a mi regreso, habían desaparecido los más hermosos y valientes, de modo que ahora me quedaré y terminaré aquí mi peregrinaje.

—Quizá sea lo más seguro tanto para Edith como para vos —añadió el mayor Bellenden—; los whigs ocuparán el camino entre Tillietudlem y Glasgow, por lo que el trayecto hasta Charnwood y vuestra estancia allí resultarían muy peligrosos.

—Que así sea, entonces —dijo la anciana—; y, puesto que sois el pariente más cercano de mi marido, os entrego con este símbolo —y puso en su mano el venerable bastón de empuñadura dorada del difunto conde de Torwood— la defensa, el gobierno y el senescalado de mi Torre de Tillietudlem y sus dependencias, por lo que os concedo poder absoluto para matar, asesinar y herir a aquellos que la ataquen, con la misma libertad con que lo haría yo misma. Y confío en que sepáis defender una casa en la que Su Graciosa Majestad no desdeñó...

—Está bien, querida —interrumpió el mayor—, ¡ahora no disponemos de tiempo para hablar del rey y de su desayuno!

Y saliendo precipitadamente de la estancia, con la animación de un joven de veinticinco años, se apresuró a examinar el estado de la guarnición y a dictar cuantas disposiciones fueran necesarias para la defensa de la fortaleza.

La Torre de Tillietudlem, con sus gruesos muros y estrechas ventanas, y su patio rodeado por una poderosa muralla en la que se elevaban dos torreones en el único lado accesible y tres al borde del precipicio, era muy capaz de defenderse de cualquier ataque que no fuera el de la artillería pesada.

Dos cosas eran las que aquella guarnición más debía temer: el hambre o que el enemigo escalara sus muros. En cuanto a la artillería, la cima de la torre tenía algunas piezas anticuadas y pequeños cañones, que recibían los desusados nombres de culebrinas, sacres, medio sacres, falcones y falconetes. El mayor Bellenden, con la ayuda de John Gudyill, ordenó que fueran ajustados y cargados, apuntando hacia el camino que discurría sobre la cima de la colina de enfrente, por donde los rebeldes debían avanzar, al tiempo que mandaba cortar dos o tres árboles, que habrían podido entorpecer el efecto de la artillería cuando fuera preciso utilizarla. Con esos troncos y otros materiales, organizó la construcción de barricadas en el sinuoso sendero que subía desde el camino principal hasta la torre, poniendo especial cuidado en que cada una de ellas dominara la anterior. Colocó aún mayores defensas ante el portón que daba acceso al patio, dejando sólo un pequeño postigo abierto que sirviera de paso. Lo que más le inquietaba era el reducido número de soldados; pues, a pesar de todos sus esfuerzos, el administrador únicamente había encontrado a nueve hombres dispuestos a luchar, incluidos él y Gudyill, lo que reflejaba cuánto más popular era la causa de los insurrectos que la del gobierno. El mayor Bellenden y Pike, su fiel criado, elevaron hasta once el número de la guarnición; la mitad no eran más que unos ancianos. Lo cierto es que podría haberse alcanzado la docena, de haber permitido lady Margaret que Gibbie el de los Gansos volviera a empuñar las armas.

Pero rechazó la sugerencia de Gudyill, al recordar con espanto las anteriores hazañas de aquel infortunado caballero, afirmando que preferiría perder el castillo antes que tener que enrolar al muchacho en su defensa. Con once hombres, él incluido, el mayor Bellenden tomó la firme decisión de defender Tillietudlem hasta la muerte.

Los preparativos se realizaron en medio de los gritos y disputas que suelen darse en semejantes situaciones. Las mujeres chillaban, el ganado mugía, los perros aullaban, los hombres corrían de un lado a otro, maldiciendo y jurando sin cesar, el lento y torpe movimiento de los viejos cañones sacudía las almenas, el rápido galopar de los mensajeros que iban y venían con recados de importancia resonaba en el patio, y el estrépito de los preparativos para la guerra se mezclaba con los lamentos de las mujeres.

Semejante torre de Babel de la discordia^[8] podría haber despertado incluso a los muertos de sus sueños más profundos, y, por esa razón, no tardó mucho tiempo en sacar a Edith Bellenden de sus ensoñaciones. Envió a Jenny a investigar la causa del estruendo que sacudía el castillo hasta sus cimientos; pero la doncella, una vez envuelta en el torbellino general, tenía tantas cosas que presentar y que oír, que olvidó el estado de preocupación e incertidumbre en el que había dejado a su joven señora. Al no disponer de ninguna paloma para enviar en busca de noticias, ahora que la había abandonado su cuervo mensajero^[9]. Edith se vio obligada a salir de sus aposentos y adentrarse en el torrente de confusión que invadía el resto del castillo. Seis voces, hablando al mismo tiempo, le informaron, en respuesta a su primera pregunta, de que Claverhouse y todos sus hombres habían perecido, y de que un millar de whigs avanzaban hacia allí para asediar el castillo, encabezados por John Balfour de Hurley, el joven Milnewood y Cuddie Headrigg. Aquella singular alianza parecía demostrar la falsedad de la historia y, sin embargo, el incesante ajeteo del castillo le hizo comprender que el peligro era inminente.

—¿Dónde está lady Margaret? —fue su segunda pregunta.

—En su oratorio —le respondieron.

Se trataba de una pequeña celda al lado de la vieja capilla, donde la bondadosa anciana solía pasar la mayor parte de los días destinados por la Iglesia Episcopal a determinadas prácticas devotas, así como los aniversarios de las muertes de su marido y de sus hijos, y cuando, debido a calamidades nacionales o domésticas, debía dirigirse a Dios con mayor solemnidad.

—Entonces, ¿dónde está el mayor Bellenden? —inquirió Edith, muy alarmada.

—En las almenas de la torre, señorita, poniendo a punto los cañones —le contestaron.

Se encaminó hacia allí, sorteando innumerables obstáculos, y encontró al anciano caballero, en su elemento natural, el militar, dando órdenes, reprendiendo, animando, instruyendo y cumpliendo los innumerables deberes de un buen gobernador.

—En nombre de Dios, ¿qué sucede, tío? —quiso saber la joven.

—¿Preguntáis qué sucede, querida? —dijo impasible el mayor, al tiempo que, con

los anteojos apoyados en la nariz, examinaba la posición de un cañón—. Pues sucede... Elevad la recámara un poquito más, John Gudyill. Bueno, sucede que Claverhouse ha sido derrotado, querida, y los whigs se dirigen hacia nosotros en gran número; nada más.

—¡Santo Cielo! —exclamó Edith, cuya mirada se había desviado hacia el camino que bordeaba el río—. Allí vienen...

—¿Allí? ¿Dónde? —preguntó el veterano, y, dirigiendo sus ojos en la misma dirección, vio a un numeroso grupo de jinetes descender por el sendero—. ¡Todos a vuestros cañones, muchachos! —fueron sus primeras palabras—; les obligaremos a pagar peaje si quieren atravesar el barranco. Pero, un momento, deteneos, se trata sin duda de la Guardia de Corps.

—No, tío, es imposible —repuso la joven—; mirad el desorden con que cabalgan y lo mal alineados que van. No pueden ser los magníficos soldados que partieron esta mañana.

—¡Ay, querida! —contestó el mayor—, desconocéis la diferencia que hay entre unos hombres antes de una batalla y después de una derrota; pero sí, se trata de la Guardia de Corps, pues veo el rojo, el azul y el estandarte real. Me alegro de que hayan podido rescatarlo.

Su opinión quedó confirmada a medida que las tropas se iban aproximando y se detenían finalmente en el sendero que ascendía a la torre, mientras su comandante en jefe, dejando que hombres y caballos recobraran el aliento, se apresuraba a subir la colina.

—Es Claverhouse, sin duda —dijo el mayor Bellenden—; me alegro de que haya escapado, pero ha perdido su famoso corcel negro. Comunicádselo a lady Margaret, John Gudyill; ordenad que saquen bebidas y alimentos, y avena para los caballos de los soldados. Nosotros, Edith, iremos al vestíbulo para recibirle. Supongo que sus noticias serán fidedignas.

*With careless gesture, mind unmoved,
On rade he north the plain,
His seem in thrang of fiercest strife,
When winner aye the same.*

Hardyknute^[1]

El coronel Grahame de Claverhouse se dirigió al encuentro de la familia, reunida en el vestíbulo de Tillietudlem, con la misma serenidad y cortesía de la que había hecho gala aquella mañana. Había tenido incluso el aplomo de arreglar el desorden de su uniforme y limpiar las señales de la batalla de su rostro y de sus manos, y no mostraba mayor desaliño que si acabara de regresar de una cabalgada matinal.

—Lo lamento, coronel Grahame —dijo la ilustre anciana, mientras las lágrimas caían por su rostro—, lo lamento profundamente.

—Y yo lamento, mi querida lady Margaret —replicó Claverhouse—, que esta desgracia convierta en muy peligrosa vuestra permanencia en la torre, sobre todo cuando pienso en la reciente hospitalidad que habéis ofrecido a las tropas del rey y en vuestra reconocida lealtad. Y he venido aquí principalmente para pedirlos a la señorita Bellenden y a vos que me aceptéis como escolta (siempre que no despreciéis el ofrecimiento de un pobre fugitivo) hasta Glasgow, desde donde me ocuparé de enviaros sanas y salvas a Edimburgo o al Castillo de Dumbarton, según vuestros deseos.

—No sabéis cuánto os lo agradezco, coronel Grahame —contestó lady Margaret—, pero mi cuñado, el mayor Bellenden, ha asumido la responsabilidad de proteger esta casa del ataque de los rebeldes; y vive Dios que aún no ha nacido el hombre que pueda expulsar a Margaret Bellenden de su propio hogar mientras exista un valiente dispuesto a defenderla.

—¿Y el mayor Bellenden se ocupará de hacerlo? —dijo Claverhouse con impaciencia, volviéndose hacia el veterano con un brillo jocoso en la mirada—. Mas no sé por qué lo pregunto. Es algo coherente con el resto de su vida. Pero, mayor, ¿acaso disponéis de medios para resistir?

—Sólo andamos escasos de hombres y provisiones —repuso el anciano.

—En cuanto a lo primero —exclamó el coronel Grábame—, dejaré a doce o veinte soldados capaces de defender con éxito un boquete en la muralla, aunque atacara el mismísimo demonio. Os serán de gran ayuda, si lográis defender la

fortaleza durante una semana; para entonces, seguramente habréis sido liberados.

—Podríamos resistir tres veces más, coronel —respondió el mayor Bellenden—, con veinticinco hombres y una reserva de municiones, aunque tuviéramos que roer las suelas de nuestros zapatos para paliar el hambre; pero espero conseguir algunos víveres en los alrededores.

—Coronel Grahame —dijo lady Margaret—, si no es un atrevimiento por mi parte, os ruego que permitáis al sargento Francis Estuardo dirigir el destacamento que tendréis la bondad de dejar en nuestra guarnición; puede ser útil para su promoción, y ya sabéis que su noble cuna no me deja indiferente.

—Las batallas del sargento han llegado a su fin, señora —respondió Grahame impasible—; ningún señor de este mundo puede ofrecerle ya la ayuda que necesita.

—Perdonad —interrumpió el mayor Bellenden, mientras cogía a Claverhouse del brazo y lo alejaba de las damas—, pero estoy muy preocupado por mis amigos; mucho me temo que habéis sufrido otra pérdida más importante. He observado que otro oficial porta el estandarte de vuestro sobrino.

—Estáis en lo cierto, mayor Bellenden —contestó el coronel con firmeza—; el corneta Grahame ya no está entre nosotros. Ha muerto cumpliendo con su deber, tal como se esperaba de él.

—¡Dios mío! —exclamó el veterano—. ¡Qué gran desgracia! ¡Un joven tan alegre, valiente y hermoso!

—En efecto, era tal como decís —afirmó Claverhouse—. El pobre Dick era como un hijo primogénito para mí, la niña de mis ojos, mi único heredero... Pero murió cumpliendo con su deber y yo... yo, mayor —y apretó con fuerza la mano del veterano mientras hablaba—, viviré para vengarlo.

—Coronel Grahame —dijo el afectuoso anciano, con los ojos llenos de lágrimas—, me alegra ver la entereza con que sobrelleváis esta desgracia.

—No soy un hombre egoísta —repuso Claverhouse—, a pesar de que el mundo os dirá lo contrario; no soy egoísta ni en mis miedos o esperanzas, ni en mis penas o alegrías. No he sido estricto para beneficiarme de ello, ni avaro ni ambicioso. Sólo he tratado de servir a mi señor y hacer el bien a mi país. Es posible que haya convertido el rigor en crueldad, pero siempre lo hice con la mejor intención; y no mostraré ahora más compasión por mis sentimientos de lo que lo he hecho por los demás.

—Me sorprende vuestra fortaleza en medio de tan ingratas circunstancias —prosiguió el mayor Bellenden.

—Sí —respondió Claverhouse—, mis enemigos en el Consejo Privado se encargarán de culparme de esta desgracia; mas no puedo sino despreciar sus acusaciones. Me calumniarán ante el rey, pero sabré defenderme. Mis enemigos públicos se regocijarán con esta derrota; ya llegará el momento de demostrarles que su alegría fue demasiado temprana. El joven que acaba de morir se interponía entre un codicioso pariente y mi herencia, pues ya sabéis que mi tálamo es estéril^[2]; sin embargo, ¡que descanse en paz! No era un hombre tan necesario para el país como

vuestro amigo lord Evandale, quien, después de mostrar gran valentía, temo que también haya caído.

—¡Qué día tan funesto! —exclamó el mayor—. Escuché esa noticia, aunque más tarde fue desmentida; también oí decir que la impetuosidad de ese desdichado joven había sido la causa de la derrota.

—No, mayor —se apresuró a corregir Grahame—; dejad que toda la culpa recaiga sobre los oficiales vivos, y que los laureles crezcan sin mácula sobre los sepulcros de los caídos. No puedo aseguraros, sin embargo, que lord Evandale haya muerto. De no ser así, quizá esté prisionero. La última vez que hablamos había logrado salir de aquel tumulto. Nos disponíamos a abandonar el campo de batalla con una retaguardia de apenas veinte hombres; el resto del regimiento se había dispersado.

—En seguida parecen haberse recuperado —dijo el mayor, mirando por la ventana a los dragones, que alimentaban a sus caballos y comían y bebían junto al arroyo.

—Sí —respondió Claverhouse—, esos bribones míos no sienten la tentación de desertar o de vagar extraviados, una vez superado el primer momento de pánico. Existe poca amistad y escasa cortesía entre mis dragones y los patanes de esta legión; cada pueblo que atraviesan parece a punto de levantarse contra ellos, así que los muy granujas prefieren regresar al regimiento por miedo a los espetones, estacas, horcas y palos de escoba. Pero hablemos ahora de vuestros planes y necesidades, y del modo en que nos comunicaremos. Para ser sincero con vos, dudo que pueda quedarme en Glasgow mucho tiempo, incluso cuando haya logrado ver a lord Ross; pues esta victoria imprevista y accidental de los fanáticos armará un buen revuelo en las regiones del oeste.

Discutieron entonces las medidas de defensa tomadas por el mayor, y establecieron un plan de correspondencia en caso de que se produjera una insurrección general, como era de esperar. Claverhouse repitió su ofrecimiento de escolta a las damas hasta un lugar seguro; mas, una vez analizada la cuestión, el mayor Bellenden decidió que estarían igualmente protegidas en Tillietudlem.

El coronel se despidió cortésmente de lady Margaret y de la señorita Bellenden, al tiempo que les aseguraba que, aunque se veía obligado a dejarlas, en contra de su voluntad, en unas circunstancias tan peligrosas, antes tenía que dedicarse a rehabilitar su reputación de caballero leal e íntegro, y que podían confiar en que pronto tendrían noticias suyas o volverían a verlo.

Abrumada por la incertidumbre y el temor, lady Margaret fue incapaz de responder a unas palabras que tanto armonizaban con sus sentimientos y manifestaciones habituales, y se contentó con decir adiós a Claverhouse y agradecer la ayuda que había prometido prestarles. Edith anhelaba preguntar por la suerte de Henry Morton, pero no encontró el menor pretexto para hacerlo, y tuvo la esperanza de que su tío hubiera averiguado algo sobre él durante la larga conversación que

había mantenido a solas con el coronel Grahame. Sin embargo, sus expectativas se vieron defraudadas; pues el veterano estaba tan absorto en sus nuevos deberes que sólo había hablado con Claverhouse de cuestiones militares; y lo más probable era que también se hubiera olvidado del asunto, si la suerte de su propio hijo, en lugar de la de Henry Morton, hubiera estado en la balanza.

El coronel Grahame descendió por la loma sobre la que se elevaba el castillo, con el fin de volver a movilizar sus tropas, y el mayor Bellenden le acompañó para recibir al destacamento que se quedaría en la torre.

—Dejaré a Inglis con vos —dijo Grahame—; mi situación no me permite prescindir de los oficiales. Es lo único que podemos hacer, al unir nuestros esfuerzos, para mantener a los hombres agrupados. En cualquier caso, si alguno de los oficiales extraviados aparece por aquí, tenéis mi autorización para retenerlo; ya sabéis que mis hombres se resisten a aceptar otra autoridad que no sea la mía.

Una vez formadas las tropas, llamó a dieciséis soldados por su nombre y les mandó ponerse a las órdenes del cabo Inglis, a quien ascendió a sargento en aquel mismo lugar.

—Escuchad, caballeros —fue su última arenga—. Os dejo aquí para defender el hogar de una dama, bajo el mando del mayor Bellenden, un leal servidor del rey. Debéis comportaros con valentía, sensatez, orden y disciplina, y seréis generosamente recompensados cuando vuelva a liberar la guarnición. En caso de motín, cobardía, incumplimiento del deber o el menor exceso con la familia, ¡capitán preboste^[3] y una soga al cuello! Ya sabéis que siempre cumplo mi palabra, tanto para lo bueno como para lo malo.

Se despidió de ellos tocando el ala de su sombrero, y estrechó cordialmente la mano del mayor Bellenden.

—¡Adiós, mi valiente amigo! —exclamó—. Que tengáis buena suerte y lleguen mejores tiempos para los dos.

Gracias a los esfuerzos del mayor Allan, los jinetes que acaudillaba habían vuelto a alinearse de una forma bastante aceptable y, a pesar de que sus dorados estaban deslucidos^[4], al salir por segunda vez de la Torre de Tillietudlem, ofrecían un aspecto mucho más ordenado y marcial que a su regreso a ella después de la derrota.

El mayor Bellenden, abandonado ahora a sus propios recursos, envió a varios soldados en busca de víveres, especialmente harina, y a investigar los movimientos del enemigo. Toda la información que pudo obtener parecía probar que los rebeldes se disponían a pasar la noche en el campo de batalla. Mas también éstos habían hecho salir a sus destacamentos y patrullas en busca de suministros, y eran grandes las dudas y la angustia de los que recibían órdenes contradictorias en nombre del rey o de la Iglesia de Escocia; unos les exigían enviar provisiones para abastecer el castillo de Tillietudlem, y otros les obligaban a proporcionar vituallas al campamento de los piadosos seguidores de la verdadera religión, que se habían levantado en armas para defender la causa del Covenant y estaban ahora atrincherados en Drumclog, cerca de

Loudoun-hill. Todas esas peticiones terminaban, de no ser obedecidas, con la amenaza del fuego y de la espada, pues ninguno de los dos bandos podía confiar en la lealtad o el fervor religioso de aquellos a quienes se dirigían hasta el punto de esperar que renunciaran voluntariamente a sus bienes. De modo que la pobre gente no sabía hacia qué lado inclinarse; y, para ser sinceros, hubo más de uno que contemporizó con ambas facciones.

—Estos tiempos tan difíciles acabarán volviendo loco incluso al más sabio —exclamó Niel Blane, el cauto tabernero del Howff—; pero bueno, no perdamos los nervios... Jenny, ¿qué harina tenemos en la despensa?

—Cuatro sacos de avena, dos de cebada y dos de guisantes —repuso la joven.

—Está bien, preciosa —dijo su padre, con un hondo suspiro—, deja que Bauldie lleve los de guisantes y cebada al campamento de Drumclog. Es uno de los whigs, y en otro tiempo fue el labriego de la posadera. Las tortas de cereales y legumbres sentarán bien a sus estómagos de los páramos. Pero que diga que no nos queda más harina y, si es demasiado escrupuloso para mentir (lo que dudo bastante, sabiendo que es por el bien del Howff), vale más que espere a que Duncan Glen, el viejo soldado borracho, se lleve la avena a Tillietudlem, pues debo obediencia a milady y al mayor. ¡No me quedará ni para un plato de gachas! Si Duncan se porta bien, le daré un vaso de whisky que le hará echar fuego por la boca.

—¿Y qué comeremos nosotros, padre, cuando se hayan llevado la harina que guardamos en la alacena y en la despensa?

—Nos contentaremos con la de trigo por algún tiempo —respondió Niel con resignación—. No es mala, Jenny, aunque no sea tan sabrosa, ni siente tan bien a un estómago escocés como la de avena; los ingleses la toman continuamente, aunque la verdad es que los *pock-pudding*^[5] no conocen nada mejor.

Mientras los prudentes y pacíficos como Niel Blane intentaban llevarse bien con ambos bandos, quienes tenían mayor espíritu cívico empezaron a levantarse en armas por doquier. Los realistas no eran muy numerosos en la región, pero se trataba de hombres respetables debido a su fortuna e influencias, casi todos terratenientes de antiguo origen, que llevaban generaciones y generaciones —con sus hermanos, primos y familiares, además de sus criados— formando una especie de milicia capaz de defender sus casas-fortaleza de los grupos sueltos de rebeldes, de resistirse a sus exigencias de provisiones y de interceptar las que enviaban otros al campo presbiteriano. La noticia de que el castillo de Tillietudlem iba a resistir el ataque de los insurrectos recomfortó e insufló nuevo valor a esos voluntarios feudales, que lo consideraban un espléndido baluarte donde refugiarse en caso de no ser capaces de continuar la guerra sin orden que se disponían a librar.

Por otra parte, las ciudades, pueblos, granjas y propiedades de los pequeños terratenientes aportaron numerosos soldados al bando presbiteriano. Esos hombres habían sido las principales víctimas de la opresión de aquellos tiempos. Sus corazones estaban irritados, doloridos y se habían visto arrastrados a la desesperación

por culpa de las exacciones y crueldades a las que les habían sometido; y, a pesar de su desunión, pues nadie sabía qué ocurriría al final de aquella formidable rebelión ni cómo obtendrían la victoria, para la mayoría de ellos fue como si la Providencia hubiese abierto una ventana para recuperar la libertad de conciencia —de la que llevaban privados mucho tiempo— y sacudirse el yugo de la tiranía, tanto del cuerpo como del alma. Y fueron muchos los hombres que, por ese motivo, empuñaron sus armas y se dispusieron, según una expresión de la época, a unir su suerte a la de los vencedores de Loudounhill.

ANANIAS. *I do not like the man: He is a heathen,
And speaks the language of Canaan truly.*

TRIBULATION. *You must await his calling and the coming
Of the good spirit. You did ill to upbraid him.*

The Alchemist^[1]

Regresemos ahora con Henry Morton, a quien habíamos dejado en el campo de batalla. El joven estaba comiendo, junto a una de las fogatas, la ración distribuida entre los soldados, absorto en profundas reflexiones sobre su futuro más inmediato, cuando Burley se acercó súbitamente a él, acompañado del joven ministro que había pronunciado el sobrecogedor sermón tras la victoria.

—Henry Morton —dijo Balfour con brusquedad—, el consejo del ejército del Covenant, consciente de que el hijo de Silas Morton jamás podrá ser un tibio laodiceo^[2] ni un indiferente Galión^[3], ha decidido nombraros, en este glorioso día, capitán de sus huestes; podréis votar en el consejo y gozaréis de toda la autoridad que merece un oficial al mando de verdaderos cristianos.

—Señor Balfour —contestó Morton, sin la menor vacilación—, agradezco esa muestra de confianza, y no sería extraño que el conocimiento de los graves daños infligidos a mi país, sin mencionar los sufridos en carne propia, me impulsaran a desenvainar mi espada para defender la libertad de conciencia; sin embargo, debo confesaros que, antes de hacerme cargo del mando de vuestras tropas, he de estar plenamente convencido de los principios en que basáis vuestra lucha.

—¿Acaso podéis dudar de ellos? —exclamó Burley—. ¿No nos habéis oído afirmar que son la reforma de la Iglesia y del Estado, la reconstrucción del deteriorado templo, la unión de todos los santos desperdigados^[4] y la destrucción del pecador^[5]?

—Para seros sincero, señor Balfour —repuso el joven Milnewood—, esa manera de hablar que, según he observado, tiene gran poder sobre otros, a mí me deja indiferente. Creo que es algo que debéis saber antes de continuar nuestra conversación.

Al oír estas palabras, el joven predicador emitió un profundo gemido.

—Os he disgustado, señor —dijo Morton—; pero quizá sea porque no me habéis escuchado hasta el final. Venero las Escrituras tanto como vos o cualquier otro cristiano. Acudo a ellas con la humilde esperanza de extraer unas reglas de conducta

y una ley para la salvación. Pero es algo que espero encontrar examinando su carácter general, el espíritu que regularmente las alimenta, y no sacando determinados pasajes de su contexto o aplicando sus frases a circunstancias o sucesos con los que a menudo no guardan la menor relación.

El teólogo, cuyo nombre era Ephraim^[6] Macbriar, pareció sorprendido y escandalizado por esta declaración, y se dispuso a manifestar su contrariedad.

—¡Silencio, Ephraim! —exclamó Burley—. Recordad que aún no es más que un niño en pañales^[7]. Escuchadme, Morton. Os hablaré con el lenguaje carnal y mundano que, por el momento, os sirve de imperfecta y ciega guía. ¿Por qué razón os alegraría desenvainar vuestra espada? ¿Para que la Iglesia y el Estado sean reformados tras la constitución de un Parlamento libre, cuyas leyes impidan que el gobierno derrame sangre, torture y encarcele, arruinando las propiedades y pisoteando las conciencias de los hombres?

—Ciertamente —replicó el joven Milnewood—; me parecen razones que legitiman la guerra, y lucharé por ellas mientras tenga fuerzas para empuñar una espada.

—No puede ser —exclamó Macbriar—, estáis haciendo demasiadas concesiones; mi conciencia no me permitirá ensuciar las causas de la ira divina...

—Tranquilizaos, Ephraim Macbriar —interrumpió nuevamente Burley.

—Me niego a ello —contestó el joven—. ¿No me ha enviado mi Señor a defender su causa? ¿Acaso no se trata de un profano y erastiano que destruye su autoridad, usurpa su poder y niega su nombre, con el único fin de colocar al rey o al Parlamento en su lugar, como único dueño y señor de su morada, y marido adúltero de su esposa^[8]?

—Habláis bien —dijo Burley, alejando al predicador de Morton—, pero no lo hacéis con sabiduría; habéis oído esta noche en el consejo lo divididas y desperdigadas que están nuestras fuerzas, ¿pretendéis poner un velo de separación^[9] entre ellas? ¿Levantaréis un muro cubierto de argamasa^[10]? Si un zorro trepara por él, lo rompería.

—Sé que sois un hombre leal y honrado —afirmó Macbriar—, capaz de llevar vuestro celo hasta el asesinato; pero, creedme, esa astucia carnal, esa connivencia con el pecado y la flaqueza, significan que está perdiendo la fe, y temo que el Señor nos impida seguir defendiendo su gloria si recurrimos a la perfidia terrena y a un brazo de carne^[11]. Los fines sagrados deben forjarse con medios santos.

—Vuestro celo os hace ser demasiado estricto —añadió Balfour—; todavía no podemos prescindir de la ayuda de laodiceos y erastianos. Tendremos que tolerar por algún tiempo la presencia en el consejo de los que se acogieron a las Indulgencias. Los hijos de Sarria son aún demasiado fuertes para nosotros^[12].

—Habéis de saber que me disgusta —dijo Macbriar—; Dios no necesita a una multitud para alcanzar la liberación. El ejército de fieles derrotado en Pentland-hills

fue justamente castigado por reconocer los intereses egoístas de ese tirano opresor llamado Carlos Estuardo.

—Está bien —exclamó Balfour—, ya conocéis la decisión que han tomado nuestros jefes de hacer una declaración que agrade a los tiernos corazones que gimen ante el yugo de nuestros actuales opresores. Regresad al consejo, si así lo deseáis, y convenced a sus miembros para que la cambien por otra más estricta. Pero no continuéis aquí para impedirme que persuada a este joven, algo por lo que tanto trabaja mi alma^[13]; con sólo oír su nombre cientos de hombres se unirán a nuestra causa.

—Haced lo que queráis —dijo Macbriar—; pero no me quedaré a presenciar cómo engañáis a Henry Morton y ponéis en peligro su vida, a menos que busquéis los medios para asegurar su salvación eterna.

El astuto Balfour despidió al impaciente predicador y regresó junto a su prosélito.

En lugar de describir detalladamente los argumentos que empleó para animar a Morton a unirse a los rebeldes, aprovecharemos la ocasión para hacer un breve retrato de este fanático whig, y explicaremos por qué mostraba tanto empeño en convertir al joven Milnewood a su causa.

John Balfour de Kinloch, o Burley, pues recibe ambos nombres en las historias y proclamas de aquel triste período, era un caballero de buena familia y cierta fortuna, nacido en la región del Fife, y soldado desde su juventud. Durante algunos años había llevado un vida desordenada y licenciosa, pero, aún joven, había dejado a un lado sus costumbres libertinas para abrazar los severos principios del calvinismo. Desgraciadamente, los excesos y la intemperancia de su oscura, taciturna y emprendedora naturaleza resultaron más fáciles de eliminar de su carácter que los vicios de la venganza y la ambición, pues estos, a pesar de su exacerbada religiosidad, continuaron ejerciendo gran influencia sobre su espíritu. Osado en sus planes, impulsivo y violento en sus acciones, y capaz de los mayores extremos, aspiraba a convertirse en el principal jefe de la causa presbiteriana.

Para conseguir esa supremacía entre los whigs, había asistido frecuentemente a los conventículos y, en más de una ocasión, había acaudillado sus rebeliones y derrotado a las tropas enviadas para dispersarlos. Finalmente, su feroz entusiasmo, unido, según dicen algunos, al deseo de venganza personal, le colocó a la cabeza del grupo de hombres que asesinaron al primado de Escocia, como responsable del sufrimiento de los presbiterianos. Las violentas medidas que adoptó el gobierno para vengar ese crimen, no sólo contra los autores sino también contra los que profesaban su misma religión, sumadas a los múltiples padecimientos anteriores, sin la menor esperanza de liberación, excepto a través del empleo de las armas, habían conducido a la insurrección que, tal como hemos visto, se inició con la derrota de Claverhouse en la sangrienta escaramuza de Loudoun-hill.

Mas Burley, a pesar del importante papel que había desempeñado en la victoria, se hallaba lejos de ocupar el lugar que ambicionaba. Ello se debía, en parte, a las

opiniones encontradas de los rebeldes ante el asesinato del arzobispo Sharp. Los más violentos consideraban el hecho como un acto de justicia, realizado contra un hostigador de la Iglesia del Señor siguiendo la inspiración divina; pero la mayoría de los presbiterianos rechazaban tan terrible crimen, a pesar de admitir que los excesos del primado merecían dicho castigo. Los insurrectos diferían también en otro punto importante, del que ya hemos hablado con anterioridad. Los más exaltados y fanáticos condenaban a los predicadores y congregaciones que habían accedido, en cierta manera, a seguir practicando su religión siguiendo los dictados del gobierno, y les acusaban de haber abandonado cobardemente los derechos de la Iglesia. Aquello, según decían, era el más completo erastianismo, pues anteponía las normas de un gobierno terreno a la Iglesia de Dios, por lo que apenas era mejor que el episcopado o el papismo. De nuevo, los más moderados defendían el derecho del rey a ocupar el trono, y reconocían su autoridad en asuntos seculares, siempre que mostrara el debido respeto a las libertades de sus súbditos, en conformidad con las leyes del reino. Pero los principios de los más fanáticos, que por seguir los dictados de su guía Richard Cameron recibían el nombre de cameronianos, llegaban al extremo de rechazar al monarca reinante, así como a cualquier sucesor que no reconociera el Covenant^[14]. Las semillas de la discordia eran, pues, profundas en aquel desdichado partido; y Balfour, a pesar de su entusiasmo y de identificarse con las ideas más radicales, se dio cuenta de que continuar insistiendo en ellas durante aquellos momentos de crisis, cuando la unidad era tan importante, significaría conducir a la ruina la causa de los covenanters. Por ese motivo, censuraba, como hemos visto, el rigor, la franqueza y el exaltado celo de los hombres como Macbriar, y estaba deseoso de contar con el apoyo de la facción más moderada de los presbiterianos para derrocar al gobierno, con la esperanza de dictarles después quién tomaría el mando en su lugar.

Anhelaba especialmente, por esa razón, asegurar la incorporación de Henry Morton a las filas de los rebeldes. Su padre había dejado un gran recuerdo entre los presbiterianos; y eran tan pocas las personas de valía que se habían unido a los insurrectos que sin duda su apellido y las expectativas que despertaba lo convertirían en uno de los jefes. A través del joven, por tratarse del hijo de su viejo camarada, Burley imaginó que podría alcanzar cierta influencia sobre los miembros más liberales del ejército, y llegar incluso a congraciarse con ellos, hasta el punto de ser elegido comandante en jefe^[15], diana hacia la que su ambición apuntaba. Y, así, sin esperar a que nadie sacara el tema antes que él, ensalzó ante el consejo las cualidades y el temperamento del joven Milnewood, obteniendo sin dificultad su ascenso al doloroso rango de capitán en aquel dividido e indisciplinado ejército.

Los argumentos esgrimidos por Balfour para convencer a Morton de aceptar el peligroso ascenso, apenas se hubo librado de su menos astuto y más intransigente compañero Macbriar, fueron suficientemente arteros y apremiantes. No quiso negar ni disfrazar el hecho de que sus sentimientos respecto a la Iglesia y el gobierno eran tan exaltados como los del predicador que acababa de dejarles. Pero manifestó su

convicción de que, en medio de tan terrible crisis, las pequeñas diferencias de opinión no debían impedir que cuantos desearan el final de la opresión unieran sus espadas. Muchos de los aspectos que dividían a los sublevados, por ejemplo el de la Indulgencia, no eran más que el resultado de unas circunstancias que dejarían de existir, siempre que triunfaran sus tentativas de liberar el país; pues, una vez instaurado el presbiterianismo, no habría necesidad de llegar a esa clase de compromisos con el gobierno y, al abolir la Indulgencia, terminaría cualquier discusión sobre su legalidad. Insistió en la necesidad de sacar partido de aquella situación, convencido de que no tardarían en unirse a ellos las regiones del oeste, y de que incurrirían en una grave culpa todos los que por miedo o indiferencia, siendo testigos del dolor del país y de la creciente tiranía con que era gobernado, se negaran a prestar ayuda a la buena causa.

Morton no necesitaba tales argumentos para sumarse a una insurrección capaz de devolver la prometida libertad a Escocia. Lo cierto es que dudaba mucho de que aquella rebelión fuera a encontrar respaldo suficiente para lograr la victoria, o tuviera el talento y la generosidad de espíritu necesarios para hacer buen uso de las ventajas que alcanzase. En conjunto, sin embargo, después de considerar las injusticias que había soportado y que había visto infligir diariamente a sus compatriotas, y de meditar sobre la peligrosa situación en que se hallaba respecto al gobierno, sintió que debía unirse al ejército de presbiterianos levantado en armas.

Comunicó a Burley su conformidad con el nombramiento de capitán de los rebeldes y miembro del consejo de guerra, mas lo hizo con ciertas reservas.

—Tengo ganas de hacer cuanto esté en mis humildes manos para ayudar a la emancipación del país —dijo el joven—. Pero no me interpretéis mal. Condeno de manera rotunda el suceso que parece haber originado este levantamiento, y ningún argumento podrá inducirme a tomar parte en él, si pensáis continuar perpetrando el mismo tipo de acciones.

La sangre de Burley afluyó a su rostro, tiñendo de rojo su oscura ceño.

—¿Os referís —preguntó, sin que le traicionara la menor emoción—, os referís a la muerte del arzobispo Sharp?

—Así es —respondió Morton.

—¿Imagináis, entonces —dijo Burley—, que el Todopoderoso, en tiempos de dificultad, no encuentra instrumentos para liberar a su Iglesia de los opresores? ¿Opináis que la justicia de una ejecución no consiste en la magnitud del crimen de la víctima, o en el hecho de que haya merecido el castigo, o en el efecto beneficioso que ese ejemplo podrá tener sobre otros malhechores? ¿Creéis, en cambio, que es algo que sólo depende de la toga del juez, de la altura del banquillo o de la voz de quien lee la sentencia de muerte? ¿Acaso no se trata de un justo castigo, ya sea infligido en el cadalso o en el páramo? Y allí donde los jueces constituidos, por cobardía o connivencia con los pecadores, no sólo permiten a éstos cruzar libremente el país, sino también ocupar los puestos más elevados y secar sus ropajes con la sangre de los

santos^[16], ¿no obran bien los espíritus valerosos que prestan sus espadas a la causa de todos?

—No deseo juzgar esa acción individual —replicó Morton—, sino que comprendáis únicamente mis principios. Por ese motivo, quisiera reiteraros mi condena. Que el Todopoderoso, en su misteriosa providencia, conduzca a un hombre sanguinario a la cruel muerte que merece no justifica a quienes, sin la menor autoridad, toman sobre sí la responsabilidad de convertirse en los instrumentos del castigo, y pretenden proclamarse ejecutores de la venganza divina.

—¿Y acaso no lo fuimos? —exclamó Burley en un tono de feroz entusiasmo—. ¿No estábamos obligados, al igual que todos los que prometieron fidelidad a la Iglesia de Escocia, a acabar con el Judas que vendió la causa del Señor por los mil setecientas cincuenta libras^[17]? Al encontrarnos con él, mientras se dirigía a Londres, y golpearle con el filo de la espada^[18], sólo cumplimos con el deber de los hombres leales al Covenant. ¿No constituyó la ejecución una prueba de nuestra razón? ¿Acaso no fue el propio Señor quien puso en nuestras manos al arzobispo, cuando sólo buscábamos a otro hostigador de menos renombre^[19]? ¿No rezamos y rezamos para saber cómo debíamos actuar? ¿Y no lo llevamos en nuestros corazones como si la punta de un diamante hubiera grabado en ellos^[20]: «Lo cogeréis y acabaréis con su vida»? ¿No fue una larga tragedia que duró su buena media hora antes de que el sacrificio concluyera, en campo abierto y rodeados de patrullas de sus guarniciones? Y, sin embargo, ¿quién interrumpió la gran misión? ¿Qué perro se atrevió a ladrarnos durante la persecución, la captura, el asesinato y la huida? ¿Quién dirá entonces, quién osará decir que un brazo más poderoso que el nuestro no inspiró nuestros actos?

—Os engañáis, señor Balfour —dijo Morton—; esa facilidad para perpetrar el crimen y escapar ha acompañado a menudo los crímenes más monstruosos. Pero no soy quién para juzgaros. No he olvidado que un acto de violencia que ningún hombre puede disculpar, el asesinato de Cumming a manos de Robert Bruce^[21], abrió el camino de la anterior liberación de Escocia; y, sin embargo, al condenar dicha acción, tal como debo hacer, se me ocurre que habréis encontrado el modo de justificarla ante vuestros ojos, aunque no ante los míos o los de la razón; y si menciono esto es porque deseo que comprendáis que estoy dispuesto a sumarme a una lucha que respete las reglas de las naciones civilizadas, pero que, bajo ningún concepto, suscribo el acto de violencia que la originó.

Balfour se mordió los labios y sólo con dificultad logró reprimir una exaltada respuesta. Percibió con desilusión que, en cuanto a principios, su joven compañero de armas poseía una claridad de juicio y una firmeza de ánimo que le impedirían ejercer sobre él la influencia deseada. Tras unos momentos de silencio, exclamó con frialdad:

—Mi conducta está abierta a los hombres y a los ángeles; el acto no se perpetró a escondidas. Aquí estoy armado para reconocerlo, sin importarme dónde o ante quién deba hacerlo, en el consejo, en el campo de batalla, en el lugar de ejecución o en el

día del Juicio Final. Pero no discutiré ahora con alguien que está al otro lado del velo^[22]. Sin embargo, si pensáis uniros a nosotros como un hermano, venid conmigo al consejo, que continúa reunido, para organizar la marcha futura del ejército y el mejor modo de aprovechar nuestra victoria.

Morton se levantó y le siguió en silencio, no muy complacido con su compañero, y más conforme con la justicia de la causa que había abrazado que con los métodos o las razones de muchos de los que se habían embarcado en ella.

*And look how many Grecian tents do stand
Hollow apon this plain —so many hollow factions.*

Troilo y Cressida^[1]

En una hondonada de la colina, aproximadamente a un cuarto de milla del campo de batalla, había una cabaña de pastor, una miserable choza, que los presbiterianos habían elegido para celebrar temporalmente sus consejos, por tratarse del único recinto cerrado de los alrededores. Burley condujo hacia allí a Morton, quien, al aproximarse, se sorprendió con el alboroto que salía de sus cuatro paredes. La seriedad y la calma que tendrían que presidir todo consejo reunido para discutir asuntos de tanta trascendencia en unos momentos críticos, parecían haber sido reemplazadas por violentas discordias y ruidosas protestas, que llegaron a oídos del nuevo aliado como un mal augurio de futuro. Al acercarse a la puerta, la encontraron abierta de par en par, pero una aglomeración de cuerpos y cabezas de campesinos, que, aunque no eran miembros del consejo, se entrometían sin ningún recato en las disquisiciones que juzgaban de gran interés para ellos, les impidió el paso. Con protestas, amenazas e incluso cierto grado de violencia, Burley, que tenía una indiscutible autoridad sobre aquellas desorganizadas fuerzas gracias al rigor de su carácter, obligó a los intrusos a retirarse y, haciendo entrar a Morton, cerró la puerta tras ellos para librarse de su molesta e impertinente curiosidad. Es muy posible que en un momento menos turbulento el joven se hubiera divertido con la singular escena que le tocó presenciar.

El interior de la oscura y ruinosa cabaña estaba parcialmente iluminado por unas ramas de aulaga que ardían en la chimenea; como no había respiradero, el humo se arremolinaba en torno a las cabezas de los reunidos, creando una densa nube en forma de bóveda, tan opaca como la metafísica de su teología, a través de la cual, como estrellas en la niebla, se adivinaba el brillo de unas velas parpadeantes, o más bien de unos juncos hundidos en sebo, propiedad del mísero dueño de la vivienda, y fijados a los muros con pedazos de arcilla. Aquella luz oscura e intermitente dejaba ver numerosos semblantes iluminados por el gozo espiritual o ensombrecidos por el feroz entusiasmo; mas también había miradas distraídas, inquietas y vacilantes, que reflejaban el pesar de algunos por haberse embarcado precipitadamente en una causa que no tenían el coraje ni la capacidad de llevar a buen fin, y que, sin embargo, la vergüenza les impedía abandonar. Sin duda se trataba de un grupo desigual y

dividido. Sus miembros más activos eran los compañeros de Burley en el asesinato del primado, cuatro o cinco de los cuales habían conseguido llegar hasta Loudounhill, así como otros hombres igualmente despiadados y fanáticos, acusados de haber infligido gravísimas e imperdonables ofensas al poder establecido.

Con ellos se mezclaban los predicadores que habían rechazado la Indulgencia ofrecida por el gobierno, y preferían reunir a sus rebaños en los salvajes páramos antes que venerar a Dios en los templos edificadas por la mano del hombre, como si esto último significara ratificar el derecho de sus gobernantes a interferir en la supremacía de la Iglesia de Escocia. El resto de los consejeros eran caballeros de escasa fortuna y ricos granjeros, a los que la conciencia de una opresión intolerable había empujado a empuñar las armas y unirse a los insurrectos. Iban también acompañados de sus clérigos, que, habiéndose acogido en su mayoría a la Indulgencia, se preparaban para oponer resistencia a los más violentos, pues éstos proponían declarar pecaminoso e ilegal cualquier mandamiento o instrucción relacionado con la Indulgencia. Aquella delicada cuestión se había omitido en el primer borrador del manifiesto que tenían intención de publicar para dar a conocer las razones de la rebelión; mas, durante la ausencia de Burley, había vuelto a plantearse, y, para disgusto de éste, encontró a ambas facciones enzarzadas en una fuerte disputa. Macbriar, Kettledrummle y otros maestros de los covenanters discutían acaloradamente con Peter Poundtext, pastor de la parroquia de Milnewood, quien, según afirman, se había ceñido la espada, pero que, antes de que le convocaran al campo de batalla para luchar por la causa presbiteriana, defendía valientemente sus principios ante el consejo. Y había sido el alboroto de aquel altercado, que involucraba principalmente a Poundtext y Kettledrummle, unido al clamor de sus seguidores, lo que había llegado hasta los oídos de Morton mientras se acercaba a la cabaña. Lo cierto es que como ambos eclesiásticos tenían el don de la palabra, además de unos buenos pulmones, y defendían con entusiasmo, fiereza e intolerancia su doctrina, prestos a recordar textos con los que atacar sin piedad a su adversario, y profundamente convencidos de la importancia del asunto que debatían, el fragor de su disputa resultaba casi tan intenso como si se tratara de un combate cuerpo a cuerpo.

Burley, profundamente disgustado por la desunión que reflejaba aquella querella de las lenguas^[2], se interpuso entre los dos hombres y, tras hacer unas observaciones generales sobre lo inoportuno de la controversia, pronunciar unas palabras que calmaran la vanidad de ambas facciones, y ejercer la autoridad que le correspondía después de los servicios prestados en la batalla, consiguió finalmente detener la disputa. Sin embargo, a pesar de guardar silencio, Kettledrummle y Poundtext continuaron mirándose entre sí como dos perros que, tras haber sido separados por sus amos mientras pelean, se retiran bajo las sillas de éstos sin dejar de observar los movimientos de su enemigo; y los ocasionales gruñidos, los lomos erizados, las orejas erguidas y la feroz mirada delatan que sus ánimos no se han apaciguado, y que sólo esperan el primer momento de confusión para lanzarse de nuevo a la garganta de

su adversario.

Balfour aprovechó la breve pausa para presentar ante el consejo al señor Henry Morton de Milnewood, un joven preocupado por los males que asolaban el país, dispuesto a poner en peligro tanto sus bienes como su vida para defender la gloriosa causa por la que su padre, el famoso Silas Morton, había luchado de forma conmovedora. Poundtext, su antiguo pastor, se apresuró a tenderle la mano derecha^[3], seguido del resto de los rebeldes que defendían los principios más moderados. Los demás murmuraron algo sobre erastianismo, y se recordaron entre ellos en voz baja que Silas Morton, antaño un fuerte y valeroso servidor del Covenant, había abandonado sus principios el día en que los presbiterianos moderados^[4] reconocieron la autoridad de Carlos Estuardo, ayudando con ello a que el actual tirano oprimiera a la Iglesia y al país. Añadieron, sin embargo, que, en aquel gran día, no rehusarían la ayuda de nadie que quisiera poner la mano en el arado^[5]. Y Henry Morton inició, así, su cometido de consejero y guía, y, aunque sin contar con la total aprobación de sus compañeros, nadie se opuso abiertamente a su nombramiento. Procedieron entonces, a petición de Balfour, a repartirse el mando de los hombres que habían logrado reunir, cuyo número aumentaba de día en día. Los insurrectos de la parroquia y de la congregación de Poundtext fueron colocados, como era lógico, bajo las órdenes de Morton; un acuerdo que agradó a ambas partes, pues el joven Milnewood contaba con la confianza de sus vecinos tanto por sus cualidades personales como por el hecho de haber nacido entre ellos.

Una vez finalizada esa tarea, se hizo necesario determinar el mejor modo de aprovechar la victoria. El corazón de Morton latió con violencia cuando oyó exclamar a sus compañeros que la Torre de Tillietudlem era una de las primeras posiciones que debían ocupar. Dominaba, tal como hemos destacado a menudo, el paso entre los páramos salvajes y las tierras fértiles y, con toda probabilidad, se convertiría en un baluarte y lugar de encuentro para cuantos partidarios del rey y malignos hubiera en el distrito, en caso de que los insurrectos continuaran su marcha sin sitiario. Poundtext y sus más cercanos seguidores recomendaron encarecidamente asediar la vieja fortaleza, pues sus familias y viviendas correrían un grave peligro si ésta seguía en manos de los realistas.

—En mi opinión —dijo el reverendo, que, como los demás religiosos de la época, no dudaba en aconsejar sobre asuntos militares, a pesar de su ignorancia—, deberíamos conquistar y arrasar el castillo de lady Margaret Bellenden, aunque tengamos que construir una torre de asalto y levantar un terraplén^[6]; pues pertenece a una estirpe rebelde y sanguinaria, que ha descargado su mano^[7] sobre los hijos del Covenant, tanto en los viejos tiempos como en la actualidad. Y hemos tenido sus anzuelos en nuestra nariz y sus bridas en nuestra boca^[8].

—¿Con qué medios cuentan para su defensa? ¿Cuántos hombres tienen? —inquirió Burley—. Es una verdadera fortaleza, pero no creo que dos mujeres puedan enfrentarse a un ejército.

—Está con ellas John Gudyill, el mayordomo de lady Margaret —añadió Poundtext—, que se jacta de haber sido soldado desde su juventud, y de haber desplegado la bandera contra nuestra causa con James Grahame de Montrose, aquel hombre de Belial^[9].

—¡Bah! —exclamó Balfour con desprecio—. ¡Un vulgar mayordomo!

—También cuentan con ese viejo malvado, Miles Bellenden de Charnwood —dijo Poundtext—, que ha bañado sus manos en la sangre de los santos^[10].

—Si os referís a Miles Bellenden, el hermano de sir Arthur —interrumpió Burley—, es uno de esos hombres que jamás retroceden ante la batalla; pero debe de ser bastante anciano...

—Oí decir mientras cabalgaba hacia aquí —afirmó otro de los miembros del consejo— que, tan pronto como tuvieron noticias de nuestra victoria, ordenaron cerrar los accesos a la torre, llamaron a los hombres y reunieron municiones. Siempre fue una familia malévola y cruel.

—No daré mi consentimiento para emprender un asedio que podría ser largo —aseguró Burley—. Debemos apresurarnos y aprovechar la ventaja obtenida para ocupar Glasgow; estoy seguro de que las tropas que hoy hemos derrotado no juzgarán prudente esperar nuestra llegada, ni siquiera con la ayuda del regimiento de lord Ross.

—Sin embargo —dijo Poundtext—, podemos desplegar un estandarte ante Tillietudlem, tocar la trompeta y pedirles que se rindan. Tal vez, a pesar de ser gente rebelde, decidan entregar la torre a cambio de nuestra clemencia. Instaremos a las mujeres a salir de la fortaleza, es decir a lady Margaret Bellenden y a su nieta, a Jenny Dennison, una joven de mirada engañosa, y a las demás criadas; les daremos un salvoconducto y las enviaremos tranquilamente a la ciudad, incluso al propio Edimburgo. Pero a John Gudyill, Hugh Harrison y Miles Bellenden los encerraremos con grilletes de hierro, al igual que hicieron ellos, en el pasado, con nuestros santos mártires.

—¿Quién habla de salvoconductos y de paz? —gritó entre la multitud una voz chillona, entrecortada y nerviosa.

—Silencio, hermano Habakkuk —dijo Macbriar en tono tranquilizador al autor de esas palabras.

—No guardaré silencio —repitió con aquella voz extraña y afectada—; no es hora de hablar de paz cuando la tierra tiembla, las montañas se agrietan, los ríos se convierten en sangre^[11] y la espada de dos filos^[12] se ha desenvainado^[13] para beber la sangre como si fuera agua y devorar la carne^[14], al igual que el fuego consume los rastrojos secos^[15].

Mientras decía esas palabras, el orador luchó por abrirse paso hasta llegar al centro del grupo, y Morton contempló con sorpresa una figura digna de aquella voz y de aquel lenguaje. Los harapos de un traje en otros tiempos negro, acompañados de un andrajoso manto de pastor, componían una imagen que parecía haber reñido con el

decoro, y desconocer la noción de comodidad o calor. Una larga barba, blanca como la nieve, colgaba sobre su pecho, y se mezclaba con unos cabellos espesos, encanecidos y despeinados que caían cual mechones de elfo sobre su salvaje y extraño rostro. Las facciones parecían tan extenuadas por el hambre y la penuria que apenas quedaba en ellas algo humano. Sus ojos, grises, fieros y de mirada extraviada, anunciaban una imaginación desmedida. Llevaba en su mano una herrumbrosa espada salpicada de sangre; también lo estaban sus largas y delgadas manos, con unas uñas que recordaban las garras de un águila.

—¡En nombre del Cielo! ¿Quién es? —susurró Morton a Poundtext, atónito, confundido e incluso alarmado por aquella horrible aparición, que parecía más un sacerdote caníbal o un druida resucitado, ensangrentado tras un sacrificio humano, que un simple mortal.

—Es Habakkuk Meiklewrath^[16] —contestó Poundtext en el mismo tono—, a quien el enemigo ha tenido tantos años cautivo en fuertes y castillos que ha perdido el juicio; me temo que un espíritu maligno le ha poseído. A pesar de ello, nuestros violentos hermanos lo escucharán, pues los anima con las palabras que surgen del fondo de su alma.

Su respuesta se vio interrumpida por los gritos de Meiklewrath, que hicieron temblar las vigas del tejado.

—¿Quién habla de paz y de salvoconductos? ¿Quién afirma que habrá perdón para la sanguinaria estirpe de los malignos? Yo os digo: coged a los niños y estrelladlos contra las rocas^[17], sacad a las hijas y a las madres de sus hogares y arrojadlas desde las almenas de su confianza, que los perros puedan engordar con su sangre como lo hicieron con la de Jezabel^[18], la esposa de Ajab, y que sus cadáveres sean como estiércol sobre la superficie del campo^[19], incluso en la tierra heredada de sus padres.

—Tiene razón —exclamó más de una voz malhumorada desde el fondo—; de poco serviremos a la gran causa si ya intentamos congraciarnos con los enemigos del Señor.

—¡Qué abominación! Esa falta de piedad es vergonzosa —interrumpió Morton, incapaz de contener su indignación—. Si prestáis atención a unos delirios en los que se mezclan la locura y la atrocidad, ¿cómo podéis esperar que vuestra causa sea bendecida?

—¡Callaos, joven! —dijo Kettledrummle—. Reservad esas críticas para asuntos que podáis argumentar. No sois quién para juzgar en qué recipientes debe verterse el espíritu.

—Reconocemos el árbol por sus frutos^[20] —afirmó Poundtext—; no consideremos inspiración divina lo que contradice las leyes del Señor.

—Olvidáis, hermano Poundtext —exclamó Macbriar—, que este mundo se acerca al final de sus días; por ese motivo, señales y prodigios se multiplicarán.

Poundtext se adelantó para contestar; pero, antes de que pudiera abrir la boca, el

demente predicador lanzó un espantoso grito con el que resultó imposible rivalizar.

—¿Quién habla de señales y prodigios? ¿Acaso no soy Habakkuk Meiklewrath, cuyo nombre ha pasado a ser Magor-Missabib^[21], al convertirme en terror para mí mismo y para los que me rodean? Pude escucharlo... ¿dónde pude escucharlo? ¿No fue durante mi cautiverio en la torre de Bass^[22], sobre aquel mar inmenso y bravío? Cuando aullaba el viento y rugían las olas, y las aves marinas gritaban y silbaban al posarse en el agua, alzar el vuelo, lanzarse en picado y zambullirse en las profundidades. Pude verlo... ¿dónde pude verlo? ¿No fue en las elevadas cumbres de Dumbarton^[23], mientras contemplaba los fértiles prados del oeste y las agrestes montañas de las Tierras Altas en el norte? Cuando se acumulaban las nubes y estallaba la tormenta, y los relámpagos del Cielo lanzaban unos destellos tan asombrosos que parecían estandartes de un ejército. ¿Y qué pude ver? Cadáveres y caballos heridos, el fragor de la batalla y mantos empapados en sangre^[24]. ¿Y qué pude escuchar? Una voz que gritaba: «Matad, matad a viejos y jóvenes, doncellas, niños y mujeres de cabellos grises. ¡Profanad la casa y llenad los patios con las víctimas!»^[25].

—¡Es la voluntad del Señor! —exclamaron algunos de los asistentes—. Tras seis días de silencio y ayuno, ¡su lengua se ha soltado! La orden ha llegado hasta nosotros, como prometió.

Sin poder disimular el asombro, la repugnancia y el terror que le inspiraba aquella escena, Morton se alejó del círculo y salió de la cabaña. Burley, que vigilaba todos sus movimientos, se apresuró a seguirle.

—¿Dónde vais? —preguntó este último, cogiendo su brazo.

—A cualquier lugar, me es indiferente; pero no continuaré aquí más tiempo.

—¿Tan pronto os habéis cansado, joven? —dijo Burley—. ¿Acabáis de poner vuestra mano en el arado y ya queréis abandonarlo? ¿Así es como apoyáis la causa de vuestro padre?

—Ninguna causa —repuso Morton, indignado—, ninguna causa puede prosperar en medio de este caos. Algunos consejeros respaldan los desvaríos de un loco sediento de sangre; uno de los jefes es un pedante escolástico, otro...

El joven se detuvo y su compañero continuó la frase:

—Es un cruel homicida, como John Balfour de Burley. ¿No era eso lo que ibais a decir? No os guardo rencor por vuestra interpretación equivocada de los hechos. Parecéis olvidar que no son hombres moderados y egoístas quienes se levantan en estos días de ira^[26] para ejecutar la sentencia y alcanzar la liberación. Si hubierais contemplado los ejércitos del parlamento inglés en 1642^[27], cuyas filas estaban llenas de sectarios y entusiastas más violentos que los anabaptistas de Munster^[28], habríais encontrado más motivos para asombraros; y, a pesar de todo, aquellos hombres ganaron en el campo de batalla, y sus manos hicieron maravillas en defensa de las libertades de nuestro país.

—Pero fueron sabiamente dirigidos —respondió Morton—, y desahogaron el fervor de su celo en discursos y sermones, sin fomentar la división en sus consejos ni la crueldad en su conducta. Recuerdo a mi padre diciendo eso a menudo; aseguraba que nada le había sorprendido tanto como el contraste entre la extravagancia de sus principios religiosos y la sabiduría y moderación con que habían conducido los asuntos civiles y militares. Nuestros consejos, sin embargo, no son más que caos y confusión.

—Debéis tener paciencia, Henry Morton —contestó Balfour—; no podéis abandonar la causa de vuestra religión y de vuestro país por una palabra exaltada o una acción extravagante. Escuchadme. He logrado persuadir a los presbiterianos más eminentes de que tantos consejeros no pondrán en nuestras manos a los madianitas^[29]. Han escuchado mi voz, y nuestras asambleas se verán reducidas a un pequeño grupo de hombres capaces de tomar decisiones y actuar conjuntamente; allí seréis libre para discutir la marcha de los asuntos militares y la protección de aquellos que merezcan ser perdonados. ¿Estáis satisfecho ahora?

—Sin duda me alegrará —replicó el joven Milnewood— ayudar a mitigar los horrores de una guerra civil y, mientras no adoptéis medidas que repugnen a mi conciencia, continuaré en mi puesto. Pero no daré mi aprobación ni autorizaré matanzas sangrientas tras una rendición, o ejecuciones sin juicio; y podéis tener la certeza de que me opondré a ellas con el corazón y con la espada, y castigaré a nuestros seguidores si perpetran dichos actos, con la misma contundencia que si fueran obra del enemigo.

Balfour movió la mano con impaciencia.

—Descubriréis que la estirpe insensible y obstinada de la que hablamos deberá ser azotada con escorpiones^[30] antes de humillar sus corazones y expiar su iniquidad^[31]. La palabra de Dios se ha pronunciado en contra suya: «Traeré sobre vosotros la espada que vengará la disputa de mi Covenant»^[32]. Pero haremos lo que tengamos que hacer con seriedad y discreción, al igual que el virtuoso James Melvin, que ejecutó al tirano y opresor cardenal Beaton^[33].

—Debo reconocer —dijo Morton— que me repugna más un crimen premeditado y a sangre fría que el cometido en un momento de arrebato.

—No sois más que un joven —añadió Balfour—, y aún no habéis aprendido cuán poco pesan en la balanza unas gotas de sangre, en comparación con la importancia de este gran testimonio nacional. Pero no tengáis miedo; votaréis y juzgaréis sobre esas cuestiones; tal vez encontremos muy poco que discutir.

Morton tuvo que contentarse por el momento con aquella explicación, y Burley se marchó, no sin aconsejarle antes que se acostara e intentase dormir, pues el ejército probablemente se pondría en marcha por la mañana.

—¿Y vos? —inquirió el joven—. ¿No iréis también a descansar un rato?

—No —repuso Burley—; mis ojos deben continuar abiertos. Esta misión no puede hacerse a la ligera. Todavía he de completar la elección del comité de jefes; os

despertaré mañana para que presenciéis sus entrevistas.

El covenanter se alejó de allí, y Henry Morton se dispuso a dormir durante unas pocas horas.

El lugar se adecuaba bastante a sus propósitos, al tratarse de un abrigado rincón, bajo una enorme roca protegida de los vientos dominantes. La tierra estaba cubierta de una gruesa capa de musgo, que constituía un mullido lecho para alguien que había sufrido tantas penalidades. Morton se envolvió en la capa de soldado que aún tenía en su poder, se tumbó en el suelo y, nada más abandonarse a sus melancólicas reflexiones sobre el estado del país y su propia situación, tuvo la suerte de caer profundamente dormido.

El resto del ejército descansaba sobre la ladera, en grupos desperdigados, que habían tratado de elegir los lugares más cómodos y resguardados. Algunos de los cabecillas se reunieron con Burley para discutir la situación; y los centinelas recibieron la orden de cantar salmos o escuchar cómo lo hacían quienes tenían mejor voz, con el fin de mantenerse bien despiertos.

Got with much ease —now merrily to horse.

Enrique IV. Primera parte^[1]

Henry se despertó con las primeras luces del día y encontró al fiel Cuddie junto a él con un pequeño baúl de cuero en la mano.

—Puesto que habéis tenido la bondad de tomarme a vuestro servicio —dijo Cuddie— he estado preparando vuestras cosas antes de que os levantarais, tal como es mi obligación.

—¿Que yo os he tomado a mi servicio? —preguntó Morton—. Debéis de estar soñando.

—No, no, señor —respondió Cuddie—; ¿acaso no os dije, cuando estaba maniatado en el caballo, que si alguna vez conseguía escapar sería vuestro criado? Y vos no dijisteis que no. Si eso no fue contratarme... Además, antes me habíais dado trabajo en Milnewood.

—Está bien, Cuddie, si insistís en arriesgaros a correr mi desventurado destino...

—¡Oh! Estoy seguro de que prosperaremos —respondió alegremente el joven—; ahora que mi madre está bien instalada, he empezado mi vida de soldado con un propósito fácil de imaginar.

—El pillaje, supongo —exclamó Morton—, pues ¿de qué otro modo podríais haber conseguido ese baúl?

—No sé si es pillaje, o qué nombre le daréis —dijo Cuddie—, pero parece algo natural en el hombre y, sin duda, es un negocio rentable. Los nuestros han dejado a los cadáveres de los dragones tan desnudos como si acabaran de llegar al mundo, y los despojaban de sus bienes cuando la batalla aún no había terminado. De modo que cuando vi que los whigs escuchaban hipnotizados a Kettledrummle y a ese otro joven predicador, eché a correr para ocuparme de mis asuntos y de los vuestros. Seguí durante un trecho aquel pequeño arroyo, y me alejé hacia la derecha, donde vi las huellas de muchos caballos; llegué, así, a un lugar donde se había producido un violento enfrentamiento, y los pobres muchachos yacían en el suelo, con las mismas ropas que se habían puesto por la mañana. Nadie había encontrado aún aquel escondite donde se amontonaban los cadáveres, y ¿quién diréis que estaba entre ellos sino nuestro viejo conocido, el sargento Bothwell?

—¿De veras? ¿Ha caído ese hombre? —inquirió Morton.

—En efecto —replicó Cuddie—; sus ojos continuaban abiertos, y tenía la frente

hundida, y apretaba fuertemente los dientes, como si fuera un cepo para cazar hurones y comadreas al final de la primavera. Os aseguro que daba miedo mirarle; sin embargo, pensé que debía tratarle como él me había tratado a mí, así que registré sus bolsillos, como habrían hecho muchos hombres más honrados... Y aquí tenéis vuestras libras (o las de vuestro tío, es indiferente), las mismas que robó en Milnewood aquella desventurada noche en que los dos fuimos hechos prisioneros.

—No haremos ningún mal quedándonos con este dinero, Cuddie, pues sabemos de dónde procede. Pero la mitad es vuestro.

—Esperad un momento, esperad un momento —dijo el criado—. Y aquí está el anillo que llevaba colgado con una cinta negra sobre el pecho. Debía de ser una prenda de amor, pobre sargento; ni siquiera los hombres más violentos pueden evitar sentir ternura por las muchachas. Y tenía esta cartera, donde guardaba algunos documentos, además de dos o tres extraños objetos que quisiera conservar.

—A fe mía que habéis hecho una buena incursión para ser un principiante, Cuddie —exclamó su nuevo amo.

—¿Lo veis? Ya os dije que no era nada estúpido para conseguir cosas —afirmó el joven, exultante—. Además, he encontrado dos buenos caballos. Un necio tejedor de Strathaven, que había abandonado su telar y su familia para desgañitarse cantando salmos sobre una fría ladera, había capturado los caballos de dos dragones y no podía conseguir que giraran ni a izquierda ni a derecha, de modo que me los entregó a cambio de una moneda de oro. Debería haberlos comprado por la mitad de precio, pero no era un buen lugar para encontrar cambio. Como veréis, el dinero salió del bolsillo de Bothwell.

—No podríais haber hecho una compra mejor y más necesaria, Cuddie. Pero ¿de quién es ese baúl?

—Ayer era de lord Evandale, hoy os pertenece a vos. Lo descubrí tras aquellas matas de retama. A cada cerdo le llega su San Martín. Ya conocéis la vieja canción:

*Take tum about, mither,
quo Tam o'the Linn*^[2]

»Eso me recuerda que he de ir a ver cómo está mi madre, pobre anciana, si no deseáis nada más de mí en estos momentos.

—Pero, Cuddie —dijo Morton—, no puedo aceptarlo sin recompensaros.

—¡Vamos, señor! —respondió el joven—. Deberíais cogerlo. Ya me pagaréis de algún modo. Os aseguro que me he quedado con otras prendas que me sentaban mejor. ¿Dónde podría ir yo con las elegantes ropas de lord Evandale? Las del sargento Bothwell son suficientes para mí.

Incapaz de conseguir que su desinteresado criado aceptara quedarse nada que no fuera aquella parte del botín, Morton decidió aprovechar la primera oportunidad que se le presentara para devolver a lord Evandale sus pertenencias, si aún continuaba con

vida; entretanto, se tomó la libertad de coger unas mudas de ropa blanca y otros artículos sin importancia, dejando cuidadosamente guardados en el baúl los objetos de más valor.

Echó entonces un rápido vistazo a los documentos que Bothwell guardaba en su cartera. Sin duda eran de lo más variopinto. En primer lugar encontró la relación de los miembros de su tropa —con los nombres de quienes estaban de permiso—, facturas de tabernas, listas de delincuentes que debían ser perseguidos o multados y una orden del Consejo Privado para arrestar a algunas personas de cierto renombre. En otro pequeño compartimento, descubrió una o dos comisiones que le habían sido encomendadas en el pasado, además de varios certificados de sus servicios en el extranjero, en los que se elogiaba tanto su coraje como su talento militar. Pero el escrito más relevante era una detallada relación de su genealogía, con referencias a numerosos documentos que establecían su autenticidad; iba acompañado de una lista de las inmensas propiedades del conde de Bothwell antes de perder sus derechos y un minucioso informe sobre el modo en que el rey Jacobo VI las había repartido entre los cortesanos y los nobles, cuyos descendientes aún las conservaban en su poder; debajo de la lista de las posesiones familiares, el sargento había escrito a mano, en tinta roja: «*Haud Immemor*^[3], F.E.C.B.», siglas que probablemente correspondían a las iniciales de Francis Estuardo, conde de Bothwell. Sin embargo, además de aquellos documentos que tan bien definían el carácter y los sentimientos de su difunto dueño, Henry Morton encontró otros que presentaban a un Bothwell muy diferente del que hasta ahora se ha venido mostrando al lector.

En un compartimento secreto de la cartera, que Morton descubrió casi por casualidad, aparecieron una o dos cartas escritas con una hermosa letra femenina. Habían sido fechadas hacía casi veinte años, carecían de dirección y su única firma eran unas iniciales. Morton comprendió que aquellas elegantes y cariñosas frases de amor habían sido dirigidas para mitigar los celos de un hombre, de cuyo temperamento desconfiado e impulsivo la autora se quejaba con dulzura. La tinta de aquellos manuscritos se había borrado con el paso del tiempo, y, a pesar de que resultaba evidente que Bothwell había hecho cuanto estaba en sus manos por conservarlos en buen estado, en uno o dos puntos sus palabras resultaban ilegibles.

En el sobre más deteriorado, aparecía escrito lo siguiente: «No importa, me los sé de memoria».

Junto a las cartas, había un mechón de cabello envuelto en unos versos; éstos habían sido escritos con un sentimiento que, en opinión de Morton, subsanaba la tosquedad del poema, en el que, como correspondía a los gustos de la época, abundaban las figuras retóricas:

*Thy hue, dear pledge, is pure and bright,
As in that well-remembered night,
When first thy mystic braid was wove,*

*And first my Agnes whispered love.
 Since then how often hast thou pressed
 The torrid zone of this wild breast,
 Whose wrath and hate have sworn to dwell
 With the first sin which peopled hell,
 A breast whose blood's a troubled ocean,
 Each throb the earthquake's wild commotion?
 O, if such clime thou canst endure,
 Yet keep thy hue unstained and pure,
 What conquest o'er each erring thought
 Of that fierce realm had Agnes wrought!
 I had not wandered wild and wide,
 With such an angel for my guide;
 Nor heaven nor earth could then reprove me,
 If she had lived, and lived to love me.
 Not then this world's wild joys had been
 To me one savage hunting scene,
 My sole delight the headlong race,
 And frantic hurry of the chace,
 To start, pursue, and bring to bay,
 Rush in, drag down, and rend my prey,
 Then —from the carcase turn away!
 Mine ireful mood had sweetness tamed,
 And soothed each wound which pride inflamed;
 Yes, God and man might now approve me,
 If thou hadst lived, and lived to love me!*^[4]

Cuando acabó de leer esas líneas, Morton no pudo sino compadecer el destino de aquel extraño e infortunado ser que, incluso cuando más se había degradado y más desprecio había inspirado, había tenido presente la elevada posición que le correspondía por su noble cuna; y, a pesar de lo grosera y licenciosa que había sido su vida, parecía haber recordado siempre con amargura aquel período de su juventud en el que había alimentado un virtuoso, aunque desgraciado amor.

«¡Ay! —pensó Morton—. ¿Qué clase de criaturas somos? ¿Por qué nuestros mejores y más loables sentimientos pueden llegar a rebajarse y envilecerse de ese modo? ¿Cómo es posible que el orgullo más legítimo se hunda en una indiferencia altiva y desesperada ante la opinión de los demás? ¿Cómo puede el dolor de un amor perdido habitar en el mismo pecho que el libertinaje, la venganza y la rapiña han elegido como su ciudadela? Pero siempre ocurre igual; los principios generosos de un hombre se enfrían y caen en la insensible indiferencia, el fervor religioso de otro se convierte en salvaje y fanático entusiasmo. Nuestras decisiones, nuestras pasiones,

son como las olas del mar y, sin la ayuda de Aquel que creó el corazón humano, no podemos decir a sus mareas: “Hasta aquí llegarás, no pasarás”^[5]».

Mientras se hallaba sumido en esos pensamientos, alzó la mirada y reparó en la presencia de Burley.

—¿Ya estáis despierto? —preguntó el whig—. Me alegro; revela vuestro afán por pisar el camino que os espera. ¿Qué documentos son éstos?

Morton le relató brevemente el resultado de las expediciones de Cuddie y le entregó la cartera de Bothwell con todo su contenido. El jefe cameroniano examinó detenidamente los papeles relacionados con asuntos militares o de interés público, pero, al encontrar los versos, los tiró con desprecio.

—Cuando, gracias a la ayuda del Señor —exclamó—, clavé tres veces mi espada en el cuerpo de ese malvado instrumento de crueldad, jamás pensé que un hombre tan peligroso y desesperado pudiera sentir inclinación por un arte tan insignificante como profano. Pero veo que Satanás puede reunir las más variadas cualidades en sus servidores más queridos, y que la misma mano que empuña una estaca o un instrumento de castigo^[6] contra los piadosos en el valle de la destrucción, sabe tocar un tintineante^[7] laúd o una vihuela para tranquilizar los oídos de las danzarinas hijas de la perdición^[8] en esta Feria de las Vanidades^[9].

—Vuestro sentido del deber, entonces —dijo Morton—, excluye el amor a las bellas artes, que siempre se han considerado un medio de purificar y elevar el espíritu.

—Para mí, joven —respondió Burley—, al igual que para todos aquellos que piensan como yo, los placeres de este mundo, sin importar el nombre bajo el que se disfracen, son vanidad, pues su grandeza y su poder no son más que una trampa. Nuestra única meta en la tierra es construir el templo del Señor.

—Oí decir a mi padre —aseguró Morton— que muchos de los que asumen el poder en nombre del Cielo lo ejercen con tanta severidad y muestran tan poca disposición a abandonarlo como si únicamente les moviera una ambición mundana. Pero ya hablaremos de eso en otra ocasión. ¿Habéis logrado que el consejo nombre un comité?

—Así es —contestó Burley—. El número de sus miembros se ha limitado a seis, y vos sois uno de los elegidos; he venido a convocaros a sus deliberaciones.

Morton le acompañó hasta un prado solitario, donde sus compañeros los esperaban. Las dos principales facciones que dividían aquel turbulento ejército se habían preocupado de que entre los nuevos delegados del poder figuraran tres de sus seguidores. Por parte de los cameronianos se encontraban Burley, Macbriar y Kettledrummle; entre los moderados, Poundtext, Henry Morton y un pequeño terrateniente, a quien llamaban señor de Langcale. De ese modo, a través de sus representantes en el comité de gobierno, existía un equilibrio entre ambos partidos, aunque con toda probabilidad, como suele ocurrir siempre, los más violentos y exaltados iban a ejercer mayor presión. El debate, sin embargo, fue mucho más

civilizado de lo que habría cabido esperar tras el espectáculo de la noche anterior. Después de examinar con sensatez la situación, los medios con que contaban y el posible aumento de sus filas, acordaron no abandonar su posición durante toda la jornada, a fin de que los hombres se recuperaran del cansancio y los refuerzos pudieran unirse a ellos; al día siguiente, se dirigirían hacia Tillietudlem e instarían a esa fortaleza de malignidad, tal como les gustaba denominarla, a rendirse ante los insurrectos. De no conseguir sus propósitos, tratarían de sorprender a sus enemigos con un rápido asalto y, en caso de fracasar, dejarían a una parte de sus tropas asediando la torre hasta que, por el hambre, ésta cayera en sus manos; entretanto, el grueso del ejército avanzaría hacia Glasgow, con el fin de obligar a Claverhouse y a lord Ross a abandonar la ciudad. Tales fueron las decisiones tomadas por el consejo de gobierno. Y, así, la primera misión militar de Morton pareció que iba a ser el asalto al castillo de la familia de su amada, defendido por su tío, el mayor Bellenden, a quien personalmente debía tantos favores. A pesar de sentirse verdaderamente confundido por la situación, se consoló pensando que su recién adquirido poder en el ejército rebelde le permitiría, en cualquier caso, ofrecer una protección a los habitantes de Tillietudlem que ninguna otra circunstancia haría posible; tampoco perdió la esperanza de ayudar a establecer un acuerdo entre ellos y las tropas presbiterianas que les asegurara una tranquila neutralidad durante la guerra que estaba a punto de estallar.

*There came a knight from the field of slain,
His steed was drench'd with blood and rain.*

FINLAY^[1]

Debemos regresar ahora a la fortaleza de Tillietudlem y a sus moradores. La mañana que siguió a la batalla de Loudoun-hill había amanecido sobre sus almenas, y los hombres encargados de su defensa habían concluido los preparativos destinados a convertirla en un lugar inexpugnable, cuando el vigía apostado en la atalaya, conocida como la Torre de la Madriguera, dio la señal de que un jinete se aproximaba. Sus ropas señalaron, al acercarse, que se trataba de un oficial de la Guardia de Corps; y la lentitud del caballo, así como el modo en que se inclinaba sobre la silla, revelaron que estaba enfermo o herido. El postigo se abrió inmediatamente para dejarle entrar, y lord Evandale cabalgó hasta el patio, tan debilitado por la abundante pérdida de sangre que fue incapaz de desmontar sin ayuda. Al entrar en el vestíbulo, apoyado en uno de los sirvientes, las damas profirieron un grito de sorpresa y espanto; pues, pálido como un cadáver, ensangrentado, con el uniforme mugriento y desgarrado, y los cabellos enmarañados y en desorden, asemejaba más un espectro que un ser humano. Mas la siguiente exclamación fue de alegría por el hecho de que hubiera conseguido huir.

—¡Gracias a Dios que estáis aquí y habéis escapado de manos de los sanguinarios asesinos que han acabado con la vida de tantos leales servidores del rey! —exclamó lady Margaret.

—¡Gracias a Dios que habéis llegado sano y salvo! —añadió Edith—. Temíamos lo peor; pero estáis herido, y me temo que contamos con escasos medios para asistiros.

—Son sólo algunos cortes de espada —repuso el joven aristócrata, mientras se sentaba en una silla—; apenas siento dolor y, de no haber perdido tanta sangre, ni siquiera estaría cansado. Pero no he venido aquí para añadir mis padecimientos a vuestros peligros y aflicciones, sino para paliarlos en la medida de lo posible. ¿Qué puedo hacer para ayudaros? Permitidme —añadió, dirigiéndose a lady Margaret— pensar y actuar como si fuera vuestro propio hijo, querida señora... Y ¡como vuestro hermano, Edith!

Pronunció esas últimas palabras con especial énfasis, como si temiera que sus aspiraciones como pretendiente pudiesen impedir a la joven aceptar su ofrecimiento.

Edith Bellenden no fue insensible a su delicadeza, pero no tenían tiempo para comunicarse sus sentimientos.

—Nos preparamos para resistir —dijo la anciana dama con gran dignidad—; mi cuñado se ha puesto al frente de la guarnición y, con la ayuda de Dios, daremos a los rebeldes el recibimiento que merecen.

—¡Con qué alegría habría participado en la defensa del castillo! —exclamó lord Evandale—. Pero, en mi estado, sólo seré un estorbo o algo peor; pues, si esos canallas se enteran de que hay un oficial de la Guardia de Corps en el interior de la fortaleza, sentirán aún mayores deseos de conquistarla. Si piensan que únicamente la defiende la familia, tal vez continúen avanzando hacia Glasgow, en lugar de arriesgarse a un ataque.

—¿Acaso nos creéis tan mezquinos, milord? —preguntó Edith, con uno de esos arranques de generosidad que a menudo tienen las mujeres, y que tanto las favorece, con la voz entrecortada por la emoción, mientras el noble impulso que dictaba sus palabras le encendía el rostro—. ¿Acaso nos creéis tan mezquinos como para permitir que semejantes consideraciones nos impidan daros cobijo y protección ahora que os halláis indefenso y el país está infestado de enemigos? Sabéis que ningún escocés dejaría a un buen amigo que estuviera en vuestras circunstancias abandonar su cabaña. ¿Cómo se os ocurre pensar que vamos a dejaros salir de un castillo que consideramos suficientemente fuerte para nuestra defensa?

—Lord Evandale debe olvidar esos pensamientos —afirmó lady Margaret—. Yo misma vendaré sus heridas; es lo único que puede hacer una anciana en tiempo de guerra. Pero abandonar Tillietudlem cuando el enemigo ha desenvainado su espada para matarle... No se lo permitiría ni al más despreciable de los soldados que llevara el escudo del rey en la espalda, y mucho menos a mi joven lord Evandale. Ese deshonor no debe caer sobre esta casa. Fue una distinción tan grande para la Torre de Tillietudlem recibir la visita de Su Graciosa...

La llegada del mayor interrumpió sus palabras.

—Hemos cogido a un prisionero, querido tío —dijo Edith—, a un prisionero herido, y quiere escapar de nosotros. Debéis ayudarnos a retenerlo por la fuerza.

—¡Lord Evandale! —exclamó el veterano—. Me siento tan feliz como el día en que me encomendaron mi primera misión. Claverhouse anunció que habíais muerto o, al menos, desaparecido.

—Me habrían matado de no haber sido por un amigo vuestro —aseguró el joven oficial, en tono emocionado, mientras clavaba su mirada en el suelo para no ver la impresión que sus palabras producían en la señorita Bellenden—. Me encontraba indefenso y sin caballo, y una espada estaba a punto de caer sobre mí, cuando Henry Morton, el prisionero por el que os interesasteis ayer por la mañana, se interpuso con enorme generosidad, salvó mi vida y me ayudó a escapar.

Al terminar aquella frase, su curiosidad —aunque dolorosa— fue más fuerte que su primera resolución; levantó la mirada hacia el rostro de Edith e imaginó que el

rubor de sus mejillas y el brillo de sus ojos reflejarían una inmensa alegría al saber que su amado estaba a salvo y en libertad, y había sido capaz de mostrar tanta magnanimidad. Lo cierto es que éstos eran los sentimientos de la joven, pero se unía a ellos su admiración por la honradez de lord Evandale, quien no había dudado en comunicarles en seguida la noble acción realizada por un rival más afortunado, y en reconocer su deuda con el último hombre de la tierra a quien desearía deber un favor.

El mayor Bellenden, que jamás se habría percatado de las emociones de ambos, aunque hubiesen sido mucho más evidentes, se contentó con decir:

—Puesto que Henry Morton tiene influencia sobre esos rufianes, me alegro de que la haya ejercido; pero espero que se aleje de su compañía lo antes posible. Estoy seguro de que lo hará. Conozco sus principios, y sé que detesta su jerga y su hipocresía. Le he oído reírse cientos de veces de la pedantería de Poundtext, ese viejo presbiteriano sinvergüenza, que, después de acogerse a la Indulgencia del gobierno durante muchos años, ha aprovechado el primer disturbio para unirse con las tres cuartas partes de su congregación de whigs al ejército de los fanáticos. Pero ¿cómo lograteis escapar tras alejaros del campo de batalla, milord?

—Cabalgué para salvar la vida, como debe hacer un caballero derrotado —respondió lord Evandale, sonriendo—. Tomé el camino que consideré más seguro y encontré refugio por unas horas en... No creo que podáis adivinarlo.

—¿En el Castillo de Brecklan, quizá, o en el hogar de algún otro leal caballero? —inquirió lady Margaret.

—No, señora. En muchas de esas casas me negaron ayuda, alegando algún mezquino pretexto, pues temían que el enemigo siguiera mi rastro; pero me dio asilo en su cabaña una pobre viuda, cuyo marido había muerto hace menos de tres meses a manos de un grupo de nuestros dragones, y cuyos dos hijos perdieron la vida de un modo aún más cruel.

—¿De veras? —exclamó lady Margaret—. ¿Y cómo pudo una fanática como ella mostrar tanta generosidad? Supongo que no le gustaban los principios religiosos de su familia, ¿no es así?

—Todo lo contrario, señora —continuó diciendo el joven aristócrata—; era una presbiteriana convencida, pero, al percibir el peligro que corría y cuán grande era mi agotamiento, su amor al prójimo le empujó a olvidar que era un caballero y un soldado del rey. Vendó mis heridas, me dejó descansar en su lecho, no dudó en ocultarme de un grupo de rebeldes que buscaban a los rezagados, me dio comida y no consintió en dejarme marchar hasta que estuvo convencida de que llegaría a salvo hasta esta torre.

—Fue una noble acción —afirmó Edith—; confío en que encontréis la ocasión de premiar su generosidad.

—Estoy contrayendo tantas deudas en estos infortunados días, señorita Bellenden —repuso lord Evandale—. Pero, en cuanto encuentre el modo de mostrar mi gratitud, cumpliré vuestro deseo.

Todos unieron sus esfuerzos para disuadir a lord Evandale de marcharse del castillo; mas el argumento del mayor Bellenden fue el más eficaz.

—Vuestra presencia en la torre será de gran utilidad, por no decir absolutamente necesaria, milord. Debéis mantener, con vuestra autoridad, la disciplina entre los soldados que Claverhouse ha dejado en la guarnición, y que no parecen fácilmente manejables; además, contamos con el permiso de vuestro coronel para retener a cualquier oficial de su regimiento que pase por esta fortaleza.

—Vuestras palabras me han hecho comprender —respondió el joven— que mi presencia aquí serviría de ayuda, a pesar de mi estado.

—En cuanto a vuestras heridas, milord —exclamó el mayor—, si mi querida hermana, lady Margaret, se encarga de presentar batalla al menor síntoma febril, en caso de que aparezca, yo responderé de que mi viejo compañero de lucha, Gedeón Pike, vende vuestras heridas superficiales como cualquier miembro del gremio de los Barberos Cirujanos^[2]. Hizo prácticas de sobra en los tiempos de Montrose, pues, como podéis suponer, apenas teníamos cirujanos militares con preparación. ¿Os quedaréis entonces?

—Mis razones para abandonar el castillo —dijo lord Evandale, mirando de reojo a Edith—, aunque poderosas, deben supeditarse a aquellas otras que hacen necesaria mi permanencia. ¿Podría tomarme la libertad de preguntar por vuestros medios y planes de defensa, mayor? ¿Me dejaríais acompañaros a observar los preparativos?

A la señorita Bellenden no le pasó inadvertido que el joven parecía extenuado, física y mentalmente.

—Creo, señor —dijo a su tío—, que, puesto que lord Evandale se ha dignado convertirse en un oficial de nuestra guarnición, deberíais empezar por someterlo a vuestra autoridad, y enviarle a su aposento para que pueda dormir un rato antes de entrar en discusiones militares.

—Edith tiene razón —exclamó la anciana—. Tenéis que acostaros inmediatamente, milord, y tomar algo que os baje la fiebre; yo misma lo prepararé. La señora Martha Weddell, mi dama de compañía, hará un caldo de pollo o algo muy ligero. John Gudyill, decid al ama de llaves que acondicione la mejor estancia. Lord Evandale debe retirarse a descansar en este mismo instante. Pike le ayudará a desvestirse y examinará el estado de sus heridas. No creo aconsejable que beba vino.

—¡Qué tristes preparativos, señora! —afirmó el joven oficial, mientras daba las gracias a lady Margaret y se disponía a salir de la sala—. Pero me someteré a vuestros deseos; y confío en que vuestra habilidad no tarde en devolverme la fortaleza que necesito para contribuir a la defensa de Tillietudlem. Tenéis que conseguir lo antes posible que mi cuerpo sea útil a la causa, pues mi cabeza no la necesitáis mientras tengamos al mayor Bellenden.

Y, diciendo esas palabras, lord Evandale abandonó su compañía.

—Un muchacho excelente, y lleno de modestia —exclamó el mayor.

—Carece de esa presunción de tantos jóvenes, que creen conocer mejor que las

personas de experiencia cómo deben tratarse sus dolencias.

—Y es un caballero tan guapo y generoso —añadió Jenny Dennison, que había entrado en la sala durante la última parte de la conversación, y se quedó a solas con su ama, cuando el mayor regresó a sus ocupaciones militares y lady Margaret se retiró a preparar la medicina.

Edith sólo respondió a los elogios con un suspiro; pero, a pesar de su silencio, sentía y sabía mejor que nadie cuánto los merecía el joven a quien se los había dedicado. Jenny, sin embargo, decidió seguir con sus golpes bajos:

—Después de todo, milady tiene razón cuando dice que nunca se puede confiar en un presbiteriano; no son más que unos malvados y unos perjuros. ¿Quién habría podido imaginar que el joven Milnewood y Cuddie Headrigg se unirían a esos rebeldes canallas?

—¿Qué quieres decir con esas tonterías, Jenny? —preguntó Edith, sumamente disgustada.

—Sé que no es agradable para vos, señorita —repuso la doncella con descaro—, y os aseguro que tampoco es un placer para mí, pero cuanto antes lo sepáis, mejor; y en el castillo no se habla de otra cosa.

—Pero ¿de qué se habla, Jenny? ¿Acaso has decidido volverme loca?

—Dicen que Henry Morton de Milnewood está con los insurrectos y se ha convertido en uno de sus principales jefes.

—¡Es una falsedad! ¡Y la más rastrera de las calumnias! —exclamó Edith—. ¿Cómo has osado repetir esas palabras en mi presencia? Henry Morton no sería capaz de semejante traición a su rey y a su país; tanta crueldad conmigo... quiero decir, con todas las víctimas inocentes e indefensas que tienen que sufrir en una guerra civil. Él jamás haría algo así.

—¡Ay! ¡Señorita Edith! —continuó Jenny, erre que erre—. No conozco lo suficiente a los jóvenes, ni quisiera hacerlo, para afirmar con tanta seguridad lo que son o no capaces de hacer. Pero el soldado Tam y un compañero se pusieron unas gorras y unos mantos grises, como los campesinos, y se fueron a re... a reconocer el territorio enemigo, creo que así lo ha llamado John Gudyill. Y han estado entre los rebeldes, y han vuelto diciendo que vieron al joven Milnewood, montado en el caballo de uno de los dragones desaparecidos en Loudoun-hill, armado de espada y pistolas, en compañía de los más importantes whigs, como si fuera inseparable de ellos, adiestrando y dando órdenes a los hombres; y Cuddie le pisaba los talones, con uno de los chalecos bordados del sargento Bothwell, una gorra militar adornada con cintas azules^[3] por la vieja causa del Covenant (pero a Cuddie siempre le gustaron las cintas azules) y una arrugada camisa, como cualquier señor de la región, ¡parece tan propio de él!

—Jenny —le interrumpió su joven señora—. Lo que dicen esos hombres no puede ser verdad; mi tío no sabía nada hace unos instantes.

—Porque Tam Halliday llegó cinco minutos después que lord Evandale —

contestó su doncella—; y cuando se enteró de que su señoría estaba en el castillo, juró (el muy blasfemo) que prefería condenarse antes que dar el parte al mayor Bellenden, habiendo un oficial de su regimiento en la guarnición. De modo que no piensa decir nada hasta que lord Evandale se levante mañana; sólo me lo ha contado a mí —continuó Jenny, con aire deprimido—, para fastidiarme con Cuddie.

—¡Bah! ¡Qué necia eres! —dijo Edith, tratando de animarse—. No es más que una artimaña de ese muchacho para tomarte el pelo.

—No, señorita Edith, no puede ser, porque John Gudyill se llevó al otro dragón (un horrible viejo, no sé su nombre) a la bodega, y le dio una copa de coñac para sonsacarle, y éste le repitió palabra por palabra lo que Tam Halliday me había contado; y el señor Gudyill se puso tan furioso que se lo dijo a los demás, y está convencido de que la rebelión nunca habría estallado, de no haber sido por la necedad de milady, del mayor Bellenden y de lord Evandale, que intercedieron por las vidas del joven Milnewood y de Cuddie ayer por la mañana, pues, si ellos estuvieran muertos, el país seguiría en paz. Y la verdad es que estoy de acuerdo con él.

Jenny añadió este último comentario a su relato para vengarse de la terca y exagerada incredulidad de su ama. Se sintió súbitamente alarmada, sin embargo, al contemplar el efecto que sus noticias producían en la joven, un efecto doblemente intenso debido a los prejuicios y a los principios religiosos que le habían inculcado. Su tez adquirió una palidez cadavérica y su respiración se hizo tan difícil que pareció a punto de ahogarse; sin fuerzas para continuar en pie, más que tomar asiento, se desplomó sobre uno de los sillones de la sala, y Jenny creyó que iba a desmayarse. La doncella probó a darle agua fría, quemar algunas plumas^[4], desatar las cintas que la aprisionaban, y demás remedios que suelen emplearse en las crisis de histeria, mas sin ningún efecto inmediato.

—¡Que Dios me perdone! Pero ¿qué he hecho? —exclamó arrepentida—. ¡Ojalá me hubiesen cortado la lengua! Nunca imaginé que fuera a ponerse así, y todo por un joven. ¡Oh, señorita Edith! ¡Querida señorita Edith! Anímese, tal vez no sea verdad lo que os he dicho. ¡Ojalá se hubiera llagado mi lengua!^[5] Todos dicen que algún día ésta me jugará una mala pasada. ¿Qué ocurrirá si aparecen milady o el mayor? ¡Ay! ¡Y está en el trono donde nadie había vuelto a sentarse desde aquella fastidiosa mañana en que vino el rey! ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué será de nosotros?

Mientras Jenny Dennison lamentaba su destino y el de la señorita Bellenden, Edith empezó a recobrarse del paroxismo ocasionado por tan inesperada noticia.

—Aunque hubiera caído en desgracia —aseguró—, jamás le habría abandonado. Nunca lo hice, ni siquiera cuando interceder por él constituía un peligro y una deshonra. Si hubiese muerto, lloraría su pérdida; si hubiera sido desleal, le perdonaría. Pero rebelarse contra el rey, traicionar a su patria, asociarse con criminales y asesinos, perseguir lo más noble, convertirse en el enemigo declarado y blasfemo de todo lo sagrado... Lo arrancaré de mi corazón, aunque me vaya la vida en ello.

Secó sus ojos y se levantó de un salto del gran sillón (o trono, como lady Margaret prefería llamarlo), mientras la aterrorizada Jenny corría a sacudir el cojín y borrar cualquier vestigio que pudiera inducir a pensar que se había ocupado tan sagrado lugar; aunque el propio rey Carlos, considerando la belleza y juventud, así como el dolor de la momentánea usurpadora de su asiento, apenas habría concedido importancia a aquella profanación. La doncella se apresuró solícita a ayudar a Edith, mientras ésta atravesaba la sala sumida en profundas reflexiones.

—Coged mi brazo, señora; será mejor que os desahoguéis conmigo, y sin duda...

—No, Jenny —dijo Edith con firmeza—; has sido testigo de mi flaqueza, te demostraré cuán fuerte soy.

—El otro día os apoyasteis en mí, señorita Edith, cuando os sentíais tan apenada.

—Un cariño inmerecido y equivocado puede necesitar de ayuda, Jenny; el deber se basta a sí mismo. Pero no tomaré ninguna decisión precipitada. Conoceré los motivos de su conducta y entonces... me alejaré para siempre de él —exclamó la joven con determinación.

Intimidada por una actitud que no podía comprender ni apreciar, Jenny murmuró entre dientes: «¡Qué extraño! En cuanto se le ha pasado la agitación del primer momento, la señorita Edith parece tan tranquila como yo, o incluso más; y estoy segura de que nunca he sentido por Cuddie Headrigg ni la mitad de lo que ella ha sentido por el joven Milnewood. Por otra parte, quizá esté bien tener un amigo en cada bando; pues, si los whigs toman el castillo, como parece probable, por lo escasos que andamos de provisiones y el modo en que las malgastan los dragones, en ese caso, Milnewood y Cuddie tendrían ventaja, y su amistad sería muy valiosa. Se me ocurrió esta mañana, antes de enterarme de la noticia».

Con aquellos pensamientos tan reconfortantes, la joven se dirigió a su habitación, dejando que Edith hiciera comprender a su corazón, como mejor pudiese, la necesidad de olvidar los sentimientos que hasta entonces había abrigado por Henry Morton.

Once more unto the breach — dear friends, once more —.

Enrique V^[1]

Aquella noche, la información que pudieron recabar les indujo a pensar que el ejército insurrecto emprendería su marcha hacia Tillietudlem al amanecer. Las heridas de lord Evandale fueron examinadas por Pike, quien aseguró que la recuperación sería rápida. Eran numerosas, pero ninguna de ellas revestía la menor gravedad; y la pérdida de sangre, al igual que el tan cacareado brebaje de lady Margaret, habían evitado la subida de la fiebre; por ese motivo, a pesar de sentirse dolorido y muy debilitado, el paciente aseguró que era capaz de desplazarse de un lugar a otro con la ayuda de un bastón. En aquellas circunstancias, se negó a quedarse confinado en su aposento, pues podría infundir ánimo a los soldados con su presencia y sugerir algunas mejoras en el plan de defensa, que el mayor probablemente habría basado en alguna anticuada estrategia. Lord Evandale estaba muy capacitado para aconsejar en esos temas, pues, siendo muy joven, había servido en Francia y en los Países Bajos. Lo cierto, sin embargo, es que apenas tuvieron oportunidad de realizar el menor cambio en los preparativos; y, a no ser por la escasez de provisiones, no parecía existir ninguna razón para temer que dichos agresores hicieran peligrar la defensa de tan poderosa fortaleza.

Al amanecer, lord Evandale y el mayor Bellenden subieron a las almenas para inspeccionar y revisar los preparativos, y allí esperaron con impaciencia la llegada del enemigo. Y debo añadir que los espías habían dado ya el parte a sus oficiales. Pero el mayor, al oír la noticia de que Morton se había levantado en armas contra el gobierno, reaccionó con despectiva incredulidad.

—Conozco muy bien a ese muchacho —fueron las únicas palabras que se dignó pronunciar—. Esos soldados no han tenido valor para acercarse lo suficiente, y se han dejado engañar por alguien con cierto parecido o por alguna estúpida historia.

—No estoy de acuerdo con vos, mayor —repuso lord Evandale—; creo que veremos a ese caballero a la cabeza de los insurrectos y, a pesar de que lo sentiré de veras, no me sorprenderá demasiado.

—Sois tan mal pensado como Claverhouse —exclamó el mayor—, quien ayer por la mañana quiso obligarme a aceptar que ese joven, el más alegre y educado que conozco, sólo deseaba encontrar una oportunidad para acaudillar a los rebeldes.

—Si tenemos en cuenta lo injustamente que se le ha tratado, y las sospechas que

han recaído sobre él —dijo lord Evandale—, ¿qué otro camino le queda? Por mi parte, no sabría decir si merece nuestra condena o nuestra compasión.

—¿Nuestra condena, milord? ¿Nuestra compasión? —repitió el mayor, sin salir de su asombro ante las palabras del joven—. Merecería ser colgado, y nada más; y si fuera mi propio hijo, incluso contemplaría este hecho con satisfacción. ¡Por supuesto que merece nuestra reprobación! Pero, sinceramente, no creo que penséis lo que estáis diciendo.

—Os prometo por mi honor, mayor Bellenden, que desde hace algún tiempo soy del parecer de que nuestros políticos y prelados han llevado las cosas a extremos muy dolorosos en este país y, recurriendo a una u otra clase de violencia, se han ganado la animadversión no sólo de los más humildes, sino también de los miembros de la clase alta contrarios a un fuerte espíritu de partido o los intereses cortesanos.

—No soy un político —replicó el mayor—, y no comprendo vuestras hermosas disquisiciones. Mi espada es del rey; y, cuando lo ordena, la desenvaino por su causa.

—Confío —dijo el joven lord— en que no creáis que soy menos leal que vos, aunque desearía ardientemente que mis adversarios fueran extranjeros. No es hora, sin embargo, de discutir este asunto, pues el enemigo viene allí a lo lejos y tenemos que hacer cuanto esté en nuestras manos por defendernos.

Mientras lord Evandale decía esas palabras, la vanguardia de los insurrectos hizo su aparición en lo alto de la colina de enfrente, desde donde el camino descendía hasta llegar a la torre. Se detuvieron, no obstante, sobre la cima, como si fueran conscientes de que, si continuaban, sus columnas se verían expuestas al fuego de la artillería realista. Pero los rebeldes, que en un principio parecían sólo un puñado, empezaron a aumentar y a aglomerarse, y, a juzgar por la muchedumbre que ocupaba la senda tras la colina y por lo apiñadas que estaban las primeras filas, resultaba evidente que se trataba de un ejército muy numeroso. Ambos bandos se detuvieron inquietos; y, mientras las desorganizadas filas de los covenanters se agitaban como si las empujasen desde atrás o dudaran cuál debía ser el próximo movimiento, sus armas, que por ser tan variadas resultaban pintorescas, brillaban con el sol de la mañana, al tiempo que sus rayos se reflejaban en aquella arboleda de picas, mosquetes, alabardas y hachas de combate. Durante unos minutos, la multitud armada mantuvo esa vacilante posición, hasta que tres o cuatro jinetes, que parecían sus jefes, se dirigieron a ocupar un promontorio más cercano al castillo. John Gudyill, que no carecía de habilidad como artillero, apuntó al grupo con uno de los cañones.

—Dispararé el falcón —que era el nombre del pequeño cañón—, en cuanto vuestras señorías lo ordenen. Echaré el halcón al vuelo y juro que erizará sus plumas en contra de ellos^[2].

El mayor miró a lord Evandale.

—Esperad un momento —dijo el joven—, van a enarbolar una bandera blanca.

Y lo cierto es que uno de los jinetes desmontó y, colocando un trapo blanco sobre una pica, avanzó en dirección a la torre, mientras el mayor y lord Evandale

descendían de las almenas de la fortaleza principal y llegaban hasta la última barricada para salirle al encuentro, pues consideraban imprudente admitirle dentro de las murallas que se proponían defender. Al tiempo que el emisario se ponía en camino, el grupo de jinetes, como si hubieran previsto los preparativos de John Gudyill para hostigarlos, se retiraron del puesto de avanzadilla y regresaron junto al grueso del ejército.

El enviado de los covenanters, a juzgar por su semblante y ademanes, estaba imbuido de ese orgullo espiritual que distinguía a los de su secta. Sus facciones reflejaban un altivo puritanismo, y sus ojos entreabiertos parecían no dignarse mirar los objetos mundanos que le rodeaban, mientras, a cada solemne zancada, la punta de sus pies se proyectaba hacia fuera con aire de despreciar el suelo que pisaba. Lord Evandale no pudo disimular una sonrisa ante la singularidad de la figura.

—¿Habíais visto en alguna ocasión a tan ridículo autómatas? —preguntó al mayor Bellenden—. Juraría que se mueve con ayuda de algún resorte. ¿Creéis que sabrá hablar?

—¡Oh, sí! —dijo el mayor—. Parece un viejo conocido, un verdadero puritano de la levadura de los fariseos^[3]. Esperad... tose y carraspea; se dispone a pedir la rendición del castillo con un sermón, en lugar de con el sonido de una trompeta.

El veterano, que en su juventud había tenido numerosas oportunidades de familiarizarse con las costumbres de esos fanáticos religiosos, no iba muy descaminado en sus conjeturas, si bien, en lugar de pronunciar un discurso en prosa, el señor de Langcale, pues de ese personaje se trataba, elevó una voz estentórea para recitar el verso del Salmo decimocuarto:

*Ye gales lift up your heads, ye doors,
Doors that do last for aye,
Be lifted up...*^[4]

—Tal como os había dicho —comentó el mayor a lord Evandale, antes de acercarse personalmente a la barricada para preguntarle el motivo de aquel lastimero gruñido, que recordaba al del puerco^[5] cuando el viento sopla con fuerza, a las puertas del castillo.

—Me envía el piadoso ejército de la Solemne Liga del Covenant —respondió el emisario, con una voz aguda y penetrante, sin dirigir el acostumbrado saludo o mostrar la menor deferencia hacia el mayor—, para hablar con dos malignos de la carne, William Maxwell, llamado lord Evandale, y Miles Bellenden de Charnwood.

—¿Y qué tenéis que comunicar a Miles Bellenden y a lord Evandale? —inquirió el veterano.

—¿Acaso sois vosotros? —preguntó el señor de Langcale, sin variar su tono chillón, engreído e irrespetuoso.

—En efecto, a falta de nadie mejor —repuso el mayor.

—Aquí tenéis el llamamiento oficial a vuestra rendición —dijo el enviado, entregando un documento a lord Evandale—; y una carta privada dirigida a Miles Bellenden por un piadoso joven, a quien se ha otorgado el honor de comandar uno de los regimientos de nuestro ejército. Apresuraos a leer ambos escritos, y que el Señor os conceda la gracia de extraer algún fruto de ellos, aunque sea mucho más que dudoso.

El llamamiento rezaba así:

Nosotros, designados y constituidos en jefes de los caballeros, ministros de la Iglesia y demás escoceses levantados en armas para defender la causa de la libertad y la verdadera religión, hacemos un llamamiento a lord William Evandale, a Miles Bellenden de Charnwood y a cuantos hombres les acompañen en la defensa de la guarnición de la Torre de Tillietudlem para que entreguen la mencionada fortaleza; a cambio de ello, sus vidas serán respetadas y obtendrán permiso para abandonar el lugar con sus bolsas y baúles. En caso contrario, serán castigados con la espada y el fuego, tal como establecen las leyes de la guerra cuando el enemigo se obstina en defender una posición insostenible. Y que Dios ayude a nuestra buena causa.

El documento estaba firmado por John Balfour de Burley, comisario general del ejército del Covenant, en su nombre y en el de los restantes cabecillas.

La carta del mayor Bellenden era de Henry Morton. El joven se expresaba con el siguiente lenguaje:

He dado un paso, mi venerable amigo, que, además de otras consecuencias dolorosas, obtendrá vuestra más enérgica censura. Pero he tomado mi resolución con honor, de buena fe y obedeciendo los dictados de mi conciencia. No puedo seguir contemplando con indiferencia cómo mis derechos y los de mis compatriotas son pisoteados, nuestra libertad violada, nuestras personas insultadas y nuestra sangre derramada, sin una causa justa o un juicio legal. La Divina Providencia, a través de la brutalidad de los opresores, parece haber abierto un camino de liberación para esta intolerable tiranía, y no merecería el nombre ni los derechos de un ciudadano libre aquel que, pensando como yo, se negara a ofrecer ayuda a la causa de su país. Pero Dios, que conoce bien mi corazón, es testigo de que no comparto las pasiones feroces y violentas de las víctimas sojuzgadas y perseguidas que me acompañan en la lucha. Mi deseo más ardiente es que esta perversa guerra tenga un rápido desenlace, con la unión de cuantos hombres sabios, bondadosos y moderados haya en ambas facciones, y que se restaure una paz, en la que, sin que los derechos constitucionales del rey sufran el menor perjuicio, la autoridad de unas leyes justas prime sobre la violencia militar; y en la que, permitiendo a los hombres adorar a Dios de acuerdo con su conciencia, la cordura y la afabilidad acaben con el fanatismo religioso, en lugar de hacerlo aún más extremo con la persecución y la intolerancia.

Con esos sentimientos, podéis imaginar mi dolor al comparecer armado ante el hogar de vuestra venerable familia, la cual, según nos han informado, os proponéis defender de nuestro ataque. Permitidme aseguráros que semejante acción sólo conducirá al derramamiento de sangre, y, aunque logréis rechazar el asalto, tenemos poder para sitiar el castillo y obtener su rendición por medio del hambre, pues somos conscientes de que no disponéis de suficientes provisiones para resistir un asedio prolongado. No sabéis cuánto me entristece pensar en los sufrimientos que esto acarrearía, y en quiénes serían sus principales víctimas.

No creáis, mi respetable amigo, que sería capaz de proponeros unas condiciones que pudieran comprometer ese carácter noble y generoso que siempre habéis demostrado tener y cuya fama habéis ganado tan merecidamente. Si los soldados (a quienes garantizaré una segura retirada) abandonan la torre, sólo necesitaré vuestra promesa de neutralidad durante este desgraciado enfrentamiento para conseguir que las propiedades de lady Margaret, así como las vuestras, sean debidamente respetadas, y que ninguna guarnición os cause la menor molestia. Podría decir muchas cosas en favor de mi propuesta; pero siento el temor de que, en las actuales circunstancias, me consideraréis culpable, y los buenos argumentos perderían toda su influencia al venir de un bando que detestáis. Me despediré, sin embargo, asegurándoos que, cualesquiera que sean vuestros sentimientos por mí a partir de ahora, mi gratitud hacia vos no se verá jamás disminuida o borrada, y el poder demostrároslo con algo más que simples palabras constituiría el momento más feliz de mi vida. Por esa razón, aunque en un primer momento el odio os empuje a rechazar mi propuesta, no dejéis que os impida

considerarla de nuevo si los acontecimientos futuros la hicieran más aceptable; pues, en cualquier ocasión o de cualquier forma que pueda seros de utilidad, me llenará de satisfacción hacerlo.

HENRY MORTON

Después de leer la larga misiva sin disimular su indignación, el mayor Bellenden la puso en manos de lord Evandale.

—Jamás lo hubiera creído de Henry Morton —afirmó—, ¡aunque media humanidad lo hubiese jurado! ¡Qué desagradecido y rebelde traidor! Y todo a sangre fría, sin el pretexto siquiera de haber sufrido uno de esos arrebatos que calientan el hígado de los mentecatos como nuestro amigo el emisario. Pero tendría que haber recordado que se trataba de un presbiteriano; tendría que haber sido consciente de que estaba criando a un lobezno, cuya diabólica naturaleza me destrozaría y devoraría en cuanto se presentara la primera oportunidad. Si el propio san Pablo volviera a nacer y fuera un presbiteriano, no tardaría ni tres meses en convertirse en un rebelde. ¡Es algo que llevan en la sangre!

—Bien —dijo lord Evandale—, seré el último en recomendar una rendición, pero, si nos quedamos sin víveres y no recibimos el menor apoyo de Edimburgo o Glasgow, creo que tendremos que valernos de este subterfugio para sacar al menos a las damas del castillo sin peligro.

—Estoy seguro de que soportarán cualquier cosa antes que aceptar la protección de un hipócrita y adulador como él —contestó el mayor irritado—; de lo contrario, renunciaré a su parentesco. Pero debemos despedir a su respetable embajador. Amigo mío —dijo volviéndose hacia Langcale—, comunicad a vuestros jefes y a la muchedumbre que han congregado a su alrededor que, si no están demasiado convencidos de la dureza de sus cráneos, sigan mi consejo y pongan especial cuidado en cómo lo golpean contra estas viejas murallas. Y que no envíen más banderas de paz, o colgaremos al mensajero para vengar el asesinato del corneta Grahame.

Con esa respuesta, el emisario regresó junto a quienes le habían enviado. Tan pronto como hubo alcanzado al grueso del ejército, un murmullo se elevó entre la multitud y, en la parte delantera de sus filas, se levantó una gran bandera roja con los bordes ribeteados de azul. Cuando esa señal de guerra y desafío se desplegó en toda su extensión con el viento de la mañana, el viejo estandarte de la familia de lady Margaret, unido a la enseña real, fue inmediatamente enarbolado en los muros de la torre, al tiempo que se disparaba una salva de artillería contra la vanguardia de los insurrectos, que ocasionó alguna pérdida entre sus filas. Los cabecillas se apresuraron a retirar a sus hombres tras la colina.

—Creo —afirmó John Gudyill, mientras recargaba los cañones— que han encontrado el pico de ese halcón demasiado duro para ellos. No es un pájaro al que guste silbar en vano.

Pero, mientras decía esas palabras, la cima volvió a llenarse de rebeldes, que abrieron fuego contra quienes defendían la fortaleza desde las almenas. Al amparo

del humo, una columna de hombres armados de picas se apresuró a descender por el camino con decidido valor y, resistiendo con firmeza los cañonazos de los sitiados, logró abrirse paso, a pesar de la oposición, hasta la primera barricada que protegía el acceso al castillo. Iban encabezados por el propio Balfour, cuyo coraje igualaba a su entusiasmo, y, aunque no les resultó fácil, salvaron el primer obstáculo matando e hiriendo a algunos realistas y obligando al resto a retirarse a la segunda posición. Las precauciones tomadas por el mayor Bellenden, sin embargo, hicieron inútil su éxito pues, tan pronto como los covenanters tomaron el puesto, se convirtieron en el blanco de la artillería enemiga. Al no tener posibilidad de protegerse del fuego, o de devolver los disparos a unos hombres que estaban al abrigo de barricadas y defensas, los presbiterianos se vieron obligados a retirarse; mas no lo hicieron hasta destrozar con sus hachas la empalizada, con el fin de impedir que los defensores de Tillietudlem volvieran a ocuparla.

Balfour fue el último en replegarse. Y continuó por algún tiempo, casi en solitario, con un hacha en la mano, trabajando como un pionero^[6] en medio de una tormenta de balas, dirigidas en su mayoría contra él. El grupo que comandaba sufrió importantes pérdidas en su huida; una dura lección que les hizo comprender la privilegiada situación de la torre.

El siguiente ataque de los covenanters fue más cauteloso. Un importante número de tiradores (muchos de ellos competidores en el juego del papagayo) encabezados por Henry Morton se deslizaron entre los árboles del bosque, donde era más fácil guarecerse, y, apartándose del camino principal, se abrieron paso entre los árboles y las matas y escalaron las rocas circundantes, con el fin de alcanzar una posición desde la que, sin exponerse demasiado, pudieran hostigar el flanco de la segunda barricada, al tiempo que Burley lanzaba un nuevo ataque contra ella. Los sitiados comprendieron el peligro de esa maniobra, y trataron de impedir que los hombres del joven Milnewood se aproximaran, disparando contra ellos cuando estaban a la vista. Los agresores, por su parte, demostraron tener sangre fría, temple y buen juicio al acercarse a las defensas. Esto se debió, en gran medida, a la firmeza y habilidad con que fueron conducidos por su joven jefe, quien mostró tanta destreza para proteger a sus hombres como energía para acosar al enemigo.

En repetidas ocasiones ordenó al grupo de insurrectos dirigir sus disparos principalmente contra los casacas rojas y no herir a los demás hombres encargados de proteger el castillo; y, sobre todo, perdonar la vida del viejo mayor, cuya vehemencia a menudo le llevaba a exponerse de un modo que, de no haber sido por la generosidad de sus adversarios, habría resultado fatal. Los irregulares fogonazos de los mosquetes resplandecían en todos los rincones de la escarpada colina sobre la que la fortaleza se elevaba. De arbusto en arbusto, de peñasco en peñasco, de árbol en árbol, los tiradores continuaban su avance, valiéndose de ramas y raíces para ayudarse en la escalada, y enfrentándose al mismo tiempo a las dificultades del terreno y al fuego enemigo. Finalmente, llegaron tan alto en su ascenso, que varios entre ellos tuvieron

ocasión de descargar sus armas contra la barricada de los realistas, que ofrecían un blanco perfecto, y Burley, aprovechando la confusión del momento, se dispuso a atacarles de frente. Acometió la ofensiva con la misma furia y desesperación que antes, y apenas encontró resistencia, pues los defensores contemplaban alarmados cómo los hombres de Morton rodeaban sus flancos con el fin de atacarles desde todos los costados. Decidido a aumentar su ventaja, Burley, con un hacha en la mano, persiguió al grupo de soldados hasta la tercera y última barricada, donde llegó al mismo tiempo que ellos.

—¡Muerte! ¡Muerte y destrucción a los enemigos del Señor y de su pueblo! ¡No les demos cuartel! ¡El castillo es nuestro! —eran los gritos con que animaba a sus compañeros.

Los más intrépidos le seguían de cerca, mientras el resto, armados de hachas, palas y otras herramientas, lanzaban la tierra al aire y cortaban árboles, afanándose por hacer un refugio defensivo que les permitiera mantener el dominio de la segunda barricada, en caso de que la fortaleza no cayera en aquel *coup-de-main*^[7].

Lord Evandale no pudo contener por más tiempo su impaciencia. Con una pequeña reserva de soldados que esperaban en el patio de la torre, cargó contra el enemigo; y, a pesar de tener un brazo en cabestrillo, alentó a los hombres con sus palabras y sus ademanes para que acudieran en auxilio de los compañeros que resistían el ataque de Burley. El combate se hizo desesperado. Los seguidores del fanático whig invadieron el estrecho camino, apretando el paso con el fin de apoyar a los suyos en la lucha. Los dragones, animados por la voz y la presencia de lord Evandale, combatían con furia; y la escasez de su número se veía en cierta medida compensada por su mayor destreza, así como por hallarse en un terreno más elevado, que defendían a muerte con picas y alabardas, con las culatas de sus carabinas y sus espadas. Los que continuaban en el interior del castillo trataban de ayudar a sus compañeros, siempre que tenían ocasión de dirigir sus armas contra el adversario sin que los suyos corrieran peligro. Los tiradores se dispersaron por doquier, y no dejaron de abrir fuego contra cualquier objeto que divisaran sobre las almenas. El castillo estaba envuelto en humo, y los gritos de los combatientes resonaban en los peñascos. En medio de aquella confusión, un extraño accidente estuvo a punto de entregar a los rebeldes el control de la fortaleza.

Cuddie Headrigg, que estaba entre los hombres de Morton, conocía bien cada una de las rocas y matorrales que rodeaban el castillo, donde a menudo había recogido nueces con Jenny Dennison, por lo que estaba en condiciones de acercarse más, y corriendo menos peligro, que la mayoría de sus compañeros, a excepción de dos o tres que iban pisándole los talones. Lo cierto es que Cuddie, aunque por lo general era un muchacho valeroso, no sentía el menor apego al peligro, ni por su propio bien ni por el de la gloria venidera. Y, así, durante aquella marcha no había cogido el toro por los cuernos, como dice el refrán, o lo que es igual no había avanzado directamente hacia el fuego enemigo. Por el contrario, se había alejado poco a poco de la escena

del combate y, ascendiendo hacia la izquierda, había proseguido su camino hasta llegar a las murallas del castillo, en un punto que los realistas no habían creído necesario vigilar por tratarse de un abrupto precipicio. Justo en aquel lugar, sin embargo, se encontraba la pequeña ventana de una despensa, desde la que se accedía a las ramas de un tejo que había crecido en una de las escarpadas grietas de la roca; se trataba del mismo árbol por el que Gibbie el de los Gansos había escapado del castillo sin que nadie lo advirtiera para llevar la carta de Edith a Charnwood, y que sin duda habría sido utilizado en su día para hacer contrabando. Cuddie, apoyándose en la culata del fusil y mirando hacia la ventana, comentó a uno de sus compañeros:

—Conozco bien este lugar; muchas veces ayudé a Jenny Dennison a salir por esa ventana, y de vez en cuando entraba yo sigilosamente para cortejarla, al anochecer, después de terminar con el arado.

—¿Y qué nos impide colarnos por ella ahora? —preguntó su interlocutor, un joven alegre, inteligente y emprendedor.

—No sería difícil si eso fuera todo —dijo Cuddie—; pero ¿qué haríamos después?

—Tomaríamos el castillo —respondió el otro—; somos cinco o seis hombres y todos los soldados están luchando en la entrada.

—Vamos, entonces —exclamó Cuddie—; pero que a nadie se le ocurra tocar a lady Margaret, a la señorita Edith, al viejo mayor o a alguien que no sea uno de los soldados. Por mí podéis descuartizarlos.

—Sí, sí —dijo su acompañante—, apresurémonos a entrar, ya les impondremos nuestras condiciones.

Con toda cautela, como si pisara huevos, Cuddie empezó a encaramarse, no de muy buena gana, a aquella abertura que tan bien conocía; pues, además de sentir cierta inquietud por el recibimiento que podrían dispensarles en el interior, su conciencia insistía en recordarle que aquélla era una vil forma de corresponder a la anterior ayuda y protección de lady Margaret. Trepó hasta lo alto del tejo, sin embargo, seguido de sus compañeros, uno tras otro. La ventana era pequeña y estaba apuntalada con unas barras de hierro; pero éstas se habían desgastado con el tiempo o se habían visto forzadas por los criados, con el fin de tener un lugar por donde salir libremente cuando así lo desearan. La entrada resultaba fácil, siempre que no hubiera nadie en la despensa, algo que Cuddie procuró descubrir antes de dar el último y peligroso paso. Mientras sus camaradas, por ese motivo, le instaban a seguir con sus amenazas y él, no sabiendo si continuar, estiraba el cuello para mirar en el interior, su cabeza fue divisada por Jenny Dennison, quien se había instalado cómodamente en la mencionada despensa creyendo que era el lugar más seguro para esperar el final del ataque. Al advertir tan terrorífica imagen, la joven lanzó un grito histérico y se precipitó hacia la cocina contigua, donde, llevada por el pánico, cogió un puchero de caldo de col que ella misma había colgado sobre el fuego antes del inicio del combate, pues había prometido a Tam Halliday prepararle algo de comer. Y así

cargada, regresó junto a la ventana de la despensa.

—¡Asesinos! ¡Vienen a saquearnos y violarnos! ¡Han tomado el castillo! — exclamó Jenny, mientras arrojaba el contenido del perol ardiendo sobre el infortunado Cuddie.

Por mucho que a éste le hubiera gustado aquel rancho en condiciones normales, es muy probable que, de haber estado mirando hacia arriba en aquellos momentos, Jenny le hubiera curado para siempre la afición a servir como soldado. Pero, afortunadamente para nuestro combatiente, el primer grito de la joven le había puesto sobre aviso, por lo que en ese instante se encontraba increpando a los seguidores que le cortaban el paso, para que le permitieran iniciar el descenso; y el casquete y el jubón de cuero que antes habían pertenecido al sargento Bothwell, por ser de buena calidad, le protegieron en gran medida del caldo abrasador. Mas no pudieron evitar que una parte cayera sobre él, y el dolor y la sorpresa le empujaron a tirarse del árbol y a tropezar con sus compañeros, poniendo en peligro cuantos brazos y piernas encontró a su paso, y, haciendo caso omiso de los argumentos, de las súplicas o de la autoridad, se apresuró a volver por el camino más seguro con el grueso del ejército, y ni las amenazas ni la persuasión consiguieron que repitiera el ataque.

En cuanto a Jenny, una vez que hubo ofrecido al exterior de uno de sus admiradores las viandas que sus lindas manos estaban preparando para el estómago de otro, continuó con su recital, repasando con sus alaridos esos crímenes que los abogados llaman «los cuatro alegatos de la corona»^[8], a saber, asesinato, fuego, violación y robo. Aquellas terribles exclamaciones sembraron gran alarma, y originaron tanta confusión en el castillo, que el mayor Bellenden y lord Evandale juzgaron más prudente abandonar la lucha en el exterior de las murallas y dejar las barricadas en manos del enemigo; se encerraron, pues, en la fortaleza, temiendo verse sorprendidos por algún lugar en el que no hubieran apostado centinelas. Su retirada fue tranquila, pues el pánico de Cuddie y de sus compañeros había creado casi el mismo caos en el bando de los atacantes que los gritos de Jenny en el de los defensores.

Aquel día ninguna de las dos facciones intentó reanudar la lucha. Los rebeldes eran quienes habían sufrido mayores daños; y por la dificultad que experimentaron para conquistar las barricadas que el enemigo había instalado fuera del recinto amurallado, comprendieron que tenían pocas esperanzas de tomar la torre por asalto. Por otra parte, la situación de los asediados era triste y desalentadora. En la escaramuza habían matado a dos o tres de sus hombres y herido a varios; y, aunque sus bajas eran mucho menores que las del enemigo —que había dejado sobre el terreno veinte cadáveres—, un grupo tan reducido como el suyo no podía permitirse semejante fatalidad, cuando los desesperados ataques de los covenanters ponían de manifiesto el empeño que habían puesto los cabecillas en adueñarse de la fortaleza y el entusiasmo con que eran secundados por los insurrectos. Pero el hambre era la mayor amenaza que pesaba sobre la guarnición, en caso de que decidieran asediarlos

para conquistar el castillo. El mayor había dado orden de hacer acopio de provisiones, pero sus hombres no le habían obedecido como debían; y los dragones, a pesar de todas las advertencias, parecían dispuestos a hacer uso de ellas sin la menor prudencia. Y el mayor Bellenden, apesadumbrado, mandó vigilar la ventana por la que habían estado a punto de ser sorprendidos, así como cualquier otra abertura que pudiera servir, aunque remotamente, de acceso al enemigo.

*The King hath drawn
The special head of all the land together*

Enrique IV. Primera parte^[1]

Los cabecillas del ejército presbiteriano celebraron una importante reunión la noche del mismo día en que atacaron Tillietudlem. No pudieron sino advertir que sus seguidores estaban desalentados por las bajas sufridas entre sus filas, que, como suele ocurrir en tales ocasiones, eran algunos de los covenanters más valerosos e intrépidos. Era de temer que, si se veían obligados a agotar su entusiasmo y sus esfuerzos en algo tan secundario como la captura de aquella insignificante fortaleza, su número iría desvaneciéndose poco a poco, y perderían todas las ventajas derivadas del improvisado estado actual de gobierno. Empujados por esos argumentos, acordaron que el grueso del ejército continuase su marcha hacia Glasgow para expulsar a los soldados que se encontraran en dicha ciudad. El consejo encargó esta última misión a Henry Morton, entre otros, y nombró a Burley comandante de un selecto regimiento de quinientos hombres que debía quedarse atrás con el fin de sitiar la Torre de Tillietudlem. Morton se opuso abiertamente al plan.

—Tengo serios motivos personales para desear quedarme cerca de Tillietudlem —explicó—; si me confiáis el asedio de esa fortaleza, estoy convencido de que lograré llegar a un acuerdo que, sin mostrar demasiado rigor con los sitiados, satisfaga plenamente nuestros propósitos.

Burley adivinó en seguida la razón de que Morton se resistiera a partir con el ejército; pues, interesado como estaba en conocer a fondo el carácter de aquellos con los que debía tratar, se las había ingeniado, ayudado por la ingenuidad de Cuddie y el entusiasmo de la vieja Mause, para conseguir bastante información sobre las relaciones entre Morton y la familia de Tillietudlem. Por ese motivo, cuando vio a Poundtext ponerse en pie para pronunciar, según él mismo recalcó, unas breves palabras —lo que suponía un discurso de no menos de una hora, tal como interpretó Burley sin equivocarse—, aprovechó para dirigirse al joven Milnewood sin que le oyeran sus compañeros y sostener con él la siguiente discusión:

—No sois prudente, Henry Morton, al desear sacrificar esta sagrada causa a vuestra amistad con un filisteo incircunciso^[2] y a vuestra lujuria por una mujer de Moab^[3].

—No entiendo vuestras palabras ni me gustan vuestras alusiones —repuso el

joven, indignado—; no tenéis derecho a hacerme unas acusaciones tan groseras ni a utilizar un lenguaje tan desconsiderado.

—Sin embargo, confesad la verdad: preferiríais vigilar, como una madre a sus pequeños, a algunos de los que están en aquella oscura torre a hacer ondear el estandarte de la Iglesia de Escocia sobre los cuellos de sus enemigos^[4].

—Si queréis indicar así mi predisposición a terminar esta guerra sin necesidad de una victoria sangrienta, así como vuestro convencimiento de que estoy más preocupado por eso que por conseguir fama o poder, es posible que tengáis razón —afirmó el joven.

—Y no creo equivocarme si digo que no excluiríais de esa pacificación general a vuestros amigos de la guarnición de Tillietudlem.

—Por supuesto —contestó Morton—; estoy demasiado agradecido al mayor Bellenden para no desear serle útil, siempre que eso no perjudique los intereses de la causa que he abrazado. Jamás oculté mi gran estima por él.

—Lo sé —dijo Burley—, mas, si lo hubierais hecho, yo lo habría descubierto. Y ahora escuchadme bien. Ese Miles Bellenden está preparado para sostener la fortaleza durante un mes.

—No es cierto —respondió el joven Milnewood—, sabemos que apenas tiene provisiones para una semana.

—Sí, pero he conseguido pruebas de lo más fidedignas de que el propio maligno de grises cabellos propagó esa información dentro del castillo no sólo para que los soldados aceptaran el racionamiento de los víveres, sino también para que nos detuviéramos ante los muros de la fortaleza hasta que sus espadas estuvieran afiladas para golpearlos y destruirnos.

—¿Y por qué motivo no habéis declarado esto ante el consejo de guerra? —inquirió Morton.

—¿Qué hubiera conseguido con ello? —dijo el fanático presbiteriano—. ¿Qué necesidad hay de desanimar a Kettledrummle, Macbriar, Poundtext y Langcale en esa cuestión? Ya sabéis que cualquier cosa que digamos será repetida por los predicadores en su próximo sermón ante el ejército. Si la idea de sitiar Tillietudlem durante una semana ya les llena de desaliento, ¿qué ocurriría si recibieran la orden de prepararse para un asedio de un mes?

—Pero ¿por qué me lo habéis ocultado? ¿Por qué me lo comunicáis ahora? Y, sobre todo, ¿qué pruebas tenéis de ello? —continuó diciendo Morton.

—He aquí las pruebas —repuso Burley.

Y colocó en sus manos tantas requisiciones del mayor Bellenden para conseguir ganado, cereales, harina, etc., firmadas en el reverso por los distintos propietarios, que pareció imposible temer que la guarnición tuviera problemas de avituallamiento. Pero Burley no informó a Morton de algo que conocía bien: la mayoría de aquellas provisiones nunca habían llegado al castillo, gracias a la rapiña de los dragones que habían enviado a recogerlas, quienes se habían apresurado a vender a un hombre lo

que acababan de arrebatarse a otro, y habían abusado de la orden del mayor para almacenar víveres de igual modo que sir John Falstaff abusó de la orden del rey para reclutar hombres^[5].

—Y sólo me queda aclarar —exclamó Balfour, observando que había logrado el efecto deseado— que no os he ocultado la menor información, pues ha llegado a mis manos esta misma mañana. Y si os lo hago saber ahora es para que sigáis jubiloso vuestro camino^[6] y realicéis con entusiasmo vuestra obra^[7] en Glasgow, con la seguridad de que ningún mal alcanzará^[8] a vuestros amigos del partido de los malignos, puesto que la torre está suficientemente abastecida, y lo único que puedo hacer con mi escaso número de hombres es impedir que salgan de ella.

—¿Y por qué no dejáis que me quede dirigiendo esta pequeña tropa y avanzáis vos hacia Glasgow? Es una misión más honrosa.

—Por ese motivo he insistido en que fuera confiada al hijo de mi antiguo amigo Silas Morton. Me estoy haciendo viejo, y estos cabellos canosos han cosechado suficiente gloria en medio de los peligros. Y no me refiero únicamente a eso tan vano y superficial que los hombres llaman fama terrena, sino al honor de pertenecer a aquel que no realiza el trabajo con negligencia. Pero vuestra carrera comienza ahora, y debéis justificar la elevada confianza que se ha depositado en vos gracias al testimonio que he dado de vuestra valía. En Loudoun-hill erais un prisionero, y durante el último ataque os correspondió luchar a cubierto, mientras yo dirigía la ofensiva más peligrosa; ¿seríais capaz de quedaros ante estas murallas cuando os espera un servicio activo en otro lugar? Confiad en mí, los hombres dirían que el hijo de Silas Morton ha abandonado la senda de su padre.

Ofendido por esa afirmación, a la que ni como caballero ni como soldado podía encontrar una respuesta adecuada, Morton se apresuró a aceptar el plan propuesto. Y, sin embargo, no pudo dejar de sentir cierta desconfianza que atribuyó de forma involuntaria a la personalidad del cameroniano.

—Señor Balfour —afirmó—, será mejor que hablemos con claridad. Os habéis molestado en dedicar una especial atención a mis asuntos privados y averiguar en quién tengo depositados mis afectos. Debéis comprender que soy tan fiel a ellos como a mis principios políticos. Es posible que durante mi ausencia tengáis poder para aliviar o herir esos sentimientos. Tened la seguridad de que cualesquiera que sean las consecuencias y el resultado de nuestra aventura, contaréis con mi gratitud eterna o con mi odio hasta el final de vuestros días, según vuestra conducta en semejante ocasión; y, a pesar de mi juventud y de mi falta de experiencia, sé que encontraré amigos que me ayudarán a expresar mis sentimientos en uno u otro caso.

—Si lo que pretendéis es amenazarme con vuestras palabras —replicó Burley con frialdad y altanería—, podríais habéros las ahorrado. Sé valorar el respeto de mis amigos y despreciar, desde el fondo de mi alma, las amenazas de mis enemigos. Mas no me ofenderé por ello. Ocurra lo que ocurra mientras estéis lejos, trataré de respetar vuestros deseos mientras no resulten incompatibles con el compromiso que he

contraído con un poder superior.

Y Morton se vio obligado a contentarse con aquella promesa con reservas.

«Nuestra derrota liberará la guarnición —pensó—, antes de que puedan obligarles a rendirse sin condiciones; y en caso de que salgamos victoriosos, los presbiterianos moderados son tan numerosos, que sin duda tendré tanto poder como Burley para decidir el futuro de Tillietudlem».

Así pues, siguió a Balfour hasta el consejo, donde encontraron a Poundtext añadiendo al final de su discurso una importante enseñanza moral. Cuando el predicador hubo terminado, Morton declaró su deseo de acompañar al grueso del ejército, destinado a expulsar a las tropas realistas de Glasgow. Eligieron entonces al resto de los mandos que irían con él, y los predicadores allí presentes les animaron con sus sermones. A la mañana siguiente, con las primeras luces del día, el indisciplinado ejército rebelde levantó su campamento e inició la marcha hacia Glasgow.

No es nuestra intención extendernos en los acontecimientos históricos de aquel período^[9]. Será suficiente decir que Claverhouse y lord Ross, al tener noticia del poderoso regimiento que avanzaba hacia ellos, decidieron atrincherarse, o más bien parapetarse tras unas buenas barricadas en el centro de la ciudad, junto a la casa consistorial y la vieja cárcel, con la determinación de resistir el asalto de los rebeldes y no abandonar la capital del oeste de Escocia. Los presbiterianos dividieron a sus hombres para el ataque; una columna penetró en la ciudad siguiendo el camino del *college* y la catedral, mientras otra lo hacía por la Puerta de Gallow, principal acceso desde el sudeste. Las dos divisiones iban encabezadas por hombres audaces y marchaban llenas de optimismo; pero las ventajas de la disciplina y de la posición eran demasiado para su rebelde entusiasmo. Ross y Claverhouse habían colocado estratégicamente a grupos de soldados en el interior de las casas, en las entradas de las calles y en las pequeñas callejuelas, además de tras las barricadas que invadían las calzadas. Las filas de los asaltantes se vieron reducidas por los disparos de unos enemigos invisibles, contra los que no tenían posibilidad de abrir fuego. Morton y otros jefes presbiterianos, con enorme coraje, se expusieron a ser alcanzados por las balas y trataron de obligar a sus adversarios a enfrentarse abiertamente a ellos, mas todo resultó en vano. Sus seguidores huían en todas direcciones; y, sin embargo, a pesar de que Henry Morton fue uno de los últimos en replegarse y condujo valerosamente a la retaguardia, manteniendo el orden en la retirada y controlando cualquier nuevo intento del enemigo para mejorar su posición, tuvo que escuchar con mortificación cómo muchos de los que integraban sus filas murmuraban entre dientes que aquello era el resultado de haber confiado en unos muchachos latitudinarios, y que si el honrado y leal Burley hubiera dirigido el ataque, tal como hizo en las barricadas de Tillietudlem, el resultado habría sido muy diferente. Y Morton escuchó airado y resentido las críticas que le dirigían precisamente los hombres que antes habían dado muestras de desaliento. El injusto reproche, sin embargo, sirvió para

enardecer su amor propio y hacerle comprender que, después de comprometerse en una causa tan peligrosa, no le quedaba otro remedio que vencer o morir.

«No puedo batirme en retirada —pensó—. Todos admitirán, incluso el mayor Bellenden... y Edith, que, al menos en valor, el rebelde Morton no fue inferior a su padre».

Después de aquella fracasada incursión, el ejército insurrecto se encontraba sumido en el caos, por lo que sus jefes consideraron más prudente alejarse unas millas de la ciudad para ganar tiempo y reorganizarlo del mejor modo posible. Entretanto, no tardaron en unirse a ellos nuevos presbiterianos, empujados por la extrema dureza de sus vidas, más animados por la victoria obtenida en Loudoun-hill que desalentados por la última y desafortunada ofensiva. Fueron muchos los que quisieron enrolarse en la división de Morton, que contempló, sin embargo, apesadumbrado, cómo crecía su impopularidad entre la facción más intolerante de los covenanters. La prudencia, nada propia de su edad, que mostraba al reforzar la disciplina y el orden de sus seguidores, llevaba a afirmar a los más fanáticos que sólo confiaba en el brazo de carne^[10], y su reconocida tolerancia con quienes tenían sentimientos religiosos y observancias diferentes de los suyos, le ganó el injusto apodo de Galión^[11], quien no mostraba más que apatía ante esas cuestiones. Y lo que era aún peor, la muchedumbre rebelde, siempre dispuesta a aplaudir las ideas políticas y las opiniones religiosas más extremas, y disgustada ante cualquier intento de verlas reducidas al yugo de la disciplina, prefería abiertamente a los cabecillas más exaltados, en cuyas filas el entusiasmo por la causa suplía al deseo de orden y disciplina militar que el joven Milnewood trataba de imponer. Para ser breves, mientras cargaba sobre sus hombros con todo el peso del mando (pues sus compañeros le cedían gustosos lo más molesto y desagradable del cargo que ocupaban), Morton no gozaba de la autoridad necesaria para hacer efectivas sus normas.

Sin embargo, a pesar de todos esos obstáculos, se había esforzado tanto aquellos días por incorporar algo de disciplina en el ejército que decidió aventurarse a lanzar un segundo ataque sobre Glasgow con bastantes probabilidades de éxito.

No hay duda de que el ansia de medirse con el coronel Grahame de Claverhouse, que tan injustamente le había tratado, contribuyó a empujar al joven Milnewood a realizar tan extraordinario esfuerzo. Pero Claverhouse defraudó todas sus expectativas; pues, satisfecho por haber logrado rechazar la primera ofensiva contra Glasgow, resolvió no esperar con el puñado de hombres que tenía a sus órdenes un segundo ataque de los rebeldes, unas tropas más numerosas y disciplinadas que las que habían iniciado el asalto. Por ese motivo, ordenó a los soldados evacuar la ciudad y marchó a la cabeza del regimiento en dirección a Edimburgo. Los insurrectos ocuparon Glasgow sin encontrar la menor resistencia; y Morton no tuvo la oportunidad que tanto ambicionaba de volver a encontrarse personalmente con Claverhouse. Pero, aunque no se le presentó la ocasión de borrar la deshonra que

había caído sobre su división del ejército del Covenant, la retirada de Claverhouse y la conquista de Glasgow insuflaron nuevos ánimos al ejército rebelde y aumentaron el número de sus seguidores. La necesidad de nombrar nuevos oficiales, de organizar nuevos regimientos y escuadrones, de inculcar a los hombres los principios básicos de la disciplina castrense eran tareas que, según la opinión general, parecían corresponder a Henry Morton, el cual se apresuró a encargarse de ellas, no sólo porque su padre le hubiera instruido en la teoría del arte militar, sino también porque percibió con claridad que, de no acometer personalmente dicha labor, sería inútil confiar en que otro lo hiciera.

Entretanto, la fortuna pareció sonreír a la causa de los insurrectos más de lo que habrían podido esperar los más optimistas. El Consejo Privado de Escocia, sorprendido ante el alcance de la resistencia que la arbitrariedad de sus medidas había ocasionado, pareció quedar paralizado por el terror, y ser incapaz de tomar cualquier decisión que mitigara el resentimiento originado por sus disposiciones. No había demasiadas tropas en Escocia, y todas ellas fueron enviadas a Edimburgo, con el fin de reunir a un ejército capaz de proteger la metrópoli. En diversos condados, de acuerdo con el orden feudal, los vasallos de la corona fueron obligados a demostrar su valor y prestar la ayuda militar que debían al rey a cambio de sus tierras. Pero los llamamientos apenas tuvieron respuesta. La violencia no era demasiado popular entre la pequeña aristocracia; e incluso quienes se mostraban personalmente inclinados a empuñar las armas, refrenaban su apoyo a la causa por la oposición que ejercían sus esposas, madres y hermanas. Mientras tanto, la ineptitud del gobierno escocés para organizar su propia defensa o aplastar una rebelión cuyo estallido parecía tan trivial, hizo dudar a la corte inglesa de su capacidad, así como de la prudencia de las severas medidas que habían adoptado contra los oprimidos presbiterianos. Por esta razón, decidieron nombrar a un nuevo comandante en jefe del ejército de Escocia, el infortunado duque de Monmouth^[12], quien tenía por su matrimonio grandes intereses en el sur de ese reino. La destreza militar que había demostrado en diferentes ocasiones en el extranjero fue considerada más que suficiente para dominar a los insurrectos en el campo de batalla; y creyeron que su carácter apacible y buena disposición hacia los presbiterianos en general podrían suavizar la vehemencia de los covenanters e inclinarles a reconciliarse con el gobierno. Encargaron, pues, al duque esa misión, concediéndole amplios poderes para solucionar los inestables asuntos de Escocia, y lo enviaron desde Londres con importantes refuerzos para hacerse cargo del principal mando militar del país.

*I am bound to Bothwell-hill
Where I maun either do or die.*^[1]

Hubo una pausa en las maniobras militares de ambos bandos. El gobierno pareció contentarse con impedir que los rebeldes avanzaran hacia la capital, mientras los insurrectos se dedicaban a aumentar y fortalecer su ejército. Para ese fin, establecieron una especie de campamento en el parque de la residencia del duque de Hamilton, un lugar idóneo para recibir a quienes venían a alistarse, y donde no podrían ser atacados por sorpresa, pues corría ante ellos el Clyde, un río profundo y de aguas turbulentas, que sólo podía cruzarse por un largo y estrecho puente cerca del castillo y del poblado de Bothwell.

Morton continuó allí cerca de quince días después de la toma de Glasgow, dedicado en cuerpo y alma a sus deberes militares. Había recibido más de un mensaje de Burley, pero en ellos sólo le comunicaba que el castillo de Tillietudlem seguía resistiendo, incapaz de aguantar por más tiempo la incertidumbre que aquel asunto le ocasionaba, acabó manifestando al resto de los mandos su deseo, o más bien su intención —pues ¿por qué no iba a tomarse un permiso cuando todo el mundo lo hacía en aquel indisciplinado ejército?—, de pasar un día o dos en Milnewood, con el fin de arreglar unos importantes asuntos privados. Su propuesta no fue bien recibida; sus compañeros temían su marcha, pues conocían demasiado bien su valía y eran conscientes de su incapacidad para sustituirle. No pudieron, sin embargo, dictar para él unas leyes más severas de las que se aplicaban a sí mismos, por lo que le dejaron partir sin atreverse a expresar sus objeciones. El reverendo Poundtext quiso aprovechar la ocasión para visitar su hogar en las cercanías de Milnewood, y se brindó a acompañar a Morton durante el trayecto. Aquella región apoyaba mayoritariamente la causa de los covenanters —con excepción de un pequeño número de fortalezas desperdigadas, defendidas por algún viejo barón leal al rey—, y contaban con algunos destacamentos en la zona, por lo que decidieron viajar sin más escolta que el fiel Cuddie.

Empezaba a anochecer cuando llegaron a Milnewood, donde Poundtext se despidió de sus compañeros para continuar su recorrido hasta la rectoría, situada a media milla en el camino que conducía a Tillietudlem. Morton se quedó a solas con sus pensamientos y ¡qué emociones tan contradictorias experimentó al contemplar de nuevo aquellos bosques, campos y riberas que le eran tan familiares! En poco más de quince días^[2], su carácter, así como sus hábitos, pensamientos y ocupaciones habían

cambiado por completo; y en tan sólo veinte días había madurado muchos años. Un joven pacífico, romántico y afable, que se inclinaba resignado ante las órdenes del familiar despótico y mezquino de quien dependía, de forma inesperada, por la vara del tirano^[3] y el estímulo de los sentimientos heridos, se había visto obligado a ponerse al frente de unos hombres armados, estaba profundamente comprometido en asuntos de carácter público, tenía amigos que alentar y enemigos de los que defenderse, y había unido su destino a una insurrección y revolución nacional. Era como si hubiera pasado de golpe de los románticos sueños de la juventud a los trabajos e inquietudes de un hombre adulto. Había olvidado sus anteriores intereses, con excepción del cariño hacia Edith, e incluso su amor por ella parecía menos ingenuo y egoísta, al igual que si lo hubiera mezclado y contrastado con otros sentimientos y otros deberes. Mientras el joven meditaba sobre los detalles de ese brusco cambio, las circunstancias que lo habían originado y las posibles consecuencias de su nuevo cargo, el sentimiento de lógica inquietud que cruzó su pensamiento fue inmediatamente desterrado por una sensación de alegre confianza.

«Moriré joven —pensó—, si ése es mi destino; y las personas que más deseo que piensen bien de mí interpretarán erróneamente mis razones y condenaran mis acciones. Pero la espada de la libertad y del patriotismo está en mi mano, y será una muerte heroica que no quedará sin venganza. Podrán exhibir mi cuerpo y colgar mis miembros en una estaca^[4], pero ya llegará el día en que la condena por infamia recaerá sobre quienes la pronuncien. Y que el Cielo, cuyo nombre se ha profanado tan a menudo en esta perversa guerra, sea testigo de la pureza de los motivos que me han servido de guía».

Al llegar a Milnewood, sus golpes en la entrada no reflejaban la timidez de un joven imberbe que ha vuelto más tarde de lo debido, sino la seguridad de un hombre audaz, libre y decidido, en posesión de sus derechos y dueño de sus acciones. La puerta fue abierta con suma cautela por su vieja conocida, la señora Alison Wilson, quien retrocedió sobresaltada al divisar el casquete de acero y el penacho ladeado del marcial visitante.

—¿Dónde está mi tío, Alison? —preguntó Morton, sonrió ante su alarma.

—¡Santo Dios! ¿Sois vos, señor Harry? —exclamó la anciana—. Os juro que, al veros, se me ha encogido el corazón. Pero no es posible que seáis vos, pues parecéis más alto y más hombre que antes.

—Sin embargo, soy yo —dijo Henry, suspirando y sonriendo a la vez—; supongo que estas ropas me hacen parecer más alto, y vivimos unos tiempos, Ailie, que convierten a los niños en hombres.

—¡Malos tiempos, ciertamente! —repitió el ama de llaves—. ¡Ay, y que os veáis envuelto en tantos peligros por ello! Pero ¿quién habría podido evitarlo? No fueron justos con vos y, como suelo decir a vuestro tío, hasta los más humildes se resienten de los malos tratos.

—Sé que siempre fuisteis mi defensora, Ailie, y no dejaríais que nadie excepto

vos me culpara. ¿Dónde está mi tío?

—En Edimburgo —contestó Alison—; pensó que sería más seguro acercarse a la fuente del conflicto. Estaba tan enfadado y tenía tanto miedo... Pero le conocéis tan bien como yo.

—Espero que no haya tenido problemas de salud...

—¡Oh! No os preocupéis —repuso la anciana—; ni su salud ni sus bienes se han visto afectados. Hemos sabido apañárnoslas; y, aunque los soldados de Tillietudlem nos quitaron la vaca rubia y la vieja Hackie (que recordaréis muy bien), nos vendieron a buen precio otras cuatro que llevaban al castillo.

—¿Qué queréis decir con eso de que os vendieron a buen precio? —preguntó Morton.

—Tenían órdenes de recoger vacas para la guarnición —replicó el ama de llaves—, pero prefirieron volver a su antiguo negocio, y se dedicaron a recorrer estas tierras intercambiando y vendiendo cuanto obtenían, como tantos comerciantes de ganado en las tierras del oeste^[5]. Seguro que el mayor Bellenden, a pesar de que todo se hacía en su nombre, no recibía un solo penique por ello.

—En ese caso —se apresuró a decir Morton—, apenas deben de quedar provisiones en el castillo...

—Seguro que están en las últimas —afirmó la señora Wilson.

En aquel instante, una luz se encendió en el pensamiento de Morton.

—Burley ha debido de engañarme. La astucia y la crueldad están permitidas por su credo. No puedo quedarme, señora Wilson, he de continuar mi camino sin más demora.

—Pero debéis tomar algo —le suplicó la cariñosa ama de llaves—, os lo prepararé como hacía antes.

—Es imposible —respondió Morton—. Cuddie, ensillad los caballos.

—Están comiendo su forraje —dijo Cuddie.

—¿Cuddie? —exclamó Ailie—. ¿Qué os ha hecho traer a ese odioso y desventurado joven con vos? Él y su deslenguada madre trajeron la desgracia a esta casa.

—¡Vamos! ¡Vamos! —contestó Cuddie—. Deberíais olvidar y perdonar, señora. Mi madre está en Glasgow con su hermana y no volverá a molestaros; ahora soy el criado del capitán, y le atiendo mucho mejor de lo que jamás lo hicisteis vos. ¿Acaso le habíais visto alguna vez tan bien vestido como esta noche?

—La verdad es que tenéis razón —dijo la vieja ama de llaves, mirando complacida a su joven amo, al que tanto favorecían aquellos ropajes—. Estoy segura de que nunca tuvo un lazo de corbata como ése cuando vivía en Milnewood; no creo haberlo cosido yo.

—No, no, señora —repuso Cuddie—, lo conseguí con estas manos; es una de las elegantes prendas de lord Evandale.

—¿Lord Evandale? —repitió la anciana—. He oído decir que los whigs van a

colgarle mañana.

—¿Que los whigs van a ahorcar a lord Evandale? —exclamó Morton sumamente sorprendido.

—Así es —repuso la señora Wilson—. Ayer por la noche, cuando intentaba evadirse de la fortaleza para conseguir provisiones, sus hombres fueron obligados a retroceder y él fue capturado; el capitán whig, Balfour de Burley, ordenó levantar una horca y juró (mejor dicho, dio su palabra, pues ellos no profieren juramentos) que, si la guarnición no se rendía al amanecer, colgaría al joven lord, pobrecillo, en una horca tan alta como la de Amán^[6]. ¡Vivimos unos tiempos terribles! Pero no podemos hacer nada para evitarlo, así que será mejor que toméis asiento y comáis un poco de pan con queso hasta que prepare algo mejor. No habría dicho una sola palabra de todo ello, si hubiera sabido que iba a estropear vuestra cena, señor Harry.

—Alimentados o sin alimentar, ensillad inmediatamente los caballos, Cuddie. No descansaremos hasta llegar al castillo.

Y, sin dejarse convencer por las súplicas de Ailie, reanudaron en seguida su viaje.

Morton no dejó de detenerse en la rectoría para pedir a Poundtext que le acompañara al campamento. El buen religioso acababa de recuperar por unos momentos sus pacíficos hábitos y se encontraba hojeando un viejo tratado de teología, con una pipa en la boca y una pequeña jarra de cerveza a su costado, que le ayudaría a digerir el escrito. No puede decirse que abandonara gustoso aquellas comodidades (que él llamaba sus estudios) para emprender de nuevo una dura cabalgada sobre un brioso corcel. Sin embargo, cuando el joven le informó de lo sucedido, con un gruñido de protesta, renunció a sus planes de pasar una apacible velada en el pequeño gabinete; pues estaba completamente de acuerdo con Morton en que, por mucho interés que tuviera Burley en abrir una brecha irreconciliable entre los presbiterianos y el gobierno asesinando al joven aristócrata, el partido moderado no debía tolerar semejante atrocidad. Y para ser justos con el señor Poundtext hemos de añadir que, al igual que la mayoría de sus correligionarios, estaba decididamente en contra de cualquier acto de violencia gratuita; además, sus sentimientos le empujaban a escuchar con enorme agrado la posibilidad, mencionada por Henry Morton, de que lord Evandale se convirtiera en mediador para el establecimiento de la paz en unas condiciones justas y moderadas. Y estando tan de acuerdo en sus puntos de vista, se apresuraron a partir y llegaron hacia las once de la noche a una pequeña aldea vecina a la Torre de Tillietudlem, donde Burley había instalado su cuartel general.

Un centinela que hacía su triste ronda en la entrada del poblado les dio el alto, mas, después de que declararan sus nombres y los cargos que ocupaban en el ejército, les permitió continuar. Otro vigilaba la puerta de una pequeña casa, que imaginaron que debía ser el lugar donde lord Evandale estaba confinado, pues habían levantado frente a ella una horca, visible desde las almenas del castillo, lo que no era sino una triste confirmación de la veracidad del relato de la señora Wilson. Morton exigió

hablar inmediatamente con Burley y fue conducido a su alojamiento. Le encontraron leyendo las Sagradas Escrituras, con sus armas extendidas junto a él, como si estuviera preparado para cualquier sobresalto. Se incorporó bruscamente al ver entrar a sus compañeros.

—¿Qué os ha traído hasta aquí? —se apresuró a preguntar—. ¿Acaso tenéis malas noticias del ejército?

—No —respondió Morton—; pero sabemos que habéis adoptado unas medidas que afectan profundamente a la seguridad de nuestras tropas. ¿Habéis capturado a lord Evandale?

—El Señor lo ha puesto en nuestras manos —exclamó Burley.

—Y ¿aprovecharéis esa ventaja que os ha concedido el Cielo para deshonar nuestra causa a los ojos del mundo, ajusticiando a un prisionero de forma tan ignominiosa? —inquirió el joven.

—En el caso de que la Torre de Tillietudlem no se rinda al amanecer —contestó el fanático whig—, que Dios me haga esto y añada esto otro^[7], si no le damos la misma muerte que su caudillo y ejemplo, John Grahame de Claverhouse, ha procurado a tantos santos de Dios.

—Hemos empuñado las armas —afirmó Morton— para acabar con esas crueldades, no para imitarlas; y nada más lejos de nuestros propósitos que vengar las acciones de los culpables en un hombre inocente. ¿En qué ley os basáis para justificar semejante atrocidad?

—Aunque vos la ignoréis —replicó Burley—, seguro que vuestro acompañante conoce bien la ley que entregó los hombres de Jericó a la espada de Josué, hijo de Nun^[8].

—Pero nosotros vivimos bajo una nueva justicia, superior a la antigua^[9], que nos enseña a devolver el bien por el mal, y a rezar por aquellos que muestran su desprecio por nosotros maltratándonos y persiguiéndonos —dijo el reverendo Poundtext.

—¿Eso significa —preguntó Burley— que pensáis unir vuestros cabellos grises a ese joven imberbe para detenerme?

—Los dos hemos sido elegidos, al igual que vos —repuso el anciano—, para dirigir este ejército, y no dejaremos que toquéis un pelo de la cabeza del prisionero. Es posible que el Señor desee convertirle en el instrumento de curación de esas infelices brechas entre las tribus de Israel^[10].

—Supe que ocurriría esto —afirmó Burley—, en cuanto vi que hombres de vuestro talante entraban a formar parte del consejo de los mayores.

—¿Hombres de mi talante? —exclamó Poundtext—. ¿Y por qué motivo habláis de mí con ese desprecio? ¿Acaso no he protegido a mi rebaño de los lobos durante treinta años? Sí, incluso mientras vos, John Balfour, estabais luchando en las filas de los incircuncisos, un filisteo^[11] de fruncido ceño y sangrienta mano. ¿Quién soy para vos?

—Os lo diré, ya que deseáis tanto saberlo —dijo el cameroniano—. Sois uno de

los que cosechan donde no han sembrado^[12], y se reparten el botín mientras los demás combaten, uno de los que siguen el evangelio para comer los panes de cebada y los peces^[13], de los que aman más a su propio hogar que a la Iglesia de Dios, y de los que preferirían recibir su salario de los partidarios del episcopado o de los paganos antes que acompañar a esos nobles espíritus que lo han dejado todo en nombre del Covenant.

—Y yo os diré, John Balfour —respondió Poundtext, merecidamente indignado—, os diré lo que sois vos. Uno de los que con su naturaleza sanguinaria y despiadada han causado el oprobio de toda la iglesia en este desdichado reino; uno de los que, tal vez, con su violencia y sus manos manchadas de sangre impedirán que la Divina Providencia nos conceda el honor de salir victoriosos en este hermoso intento de recobrar nuestros derechos civiles y religiosos.

—¡Basta de recriminaciones, caballeros! —exclamó Morton—; y vos, señor Balfour, debéis decirnos si tenéis intención de oponeros a la liberación de lord Evandale, lo que consideramos más aconsejable dadas las circunstancias.

—Sois dos voces contra una sola —contestó Burley—; pero supongo que no os negaréis a esperar hasta que el consejo reunido decida sobre este asunto.

—Es algo que no declinaríamos —aseguró Morton—, si pudiéramos confiar en las manos en que dejamos al prisionero. Pero sabéis muy bien —añadió, mirando severamente a Burley— que en esta cuestión me habéis defraudado.

—Vamos, vamos —dijo el cameroniano, desdeñosamente—; no sois más que un muchacho vano y desconsiderado, dispuesto a vender vuestra fe y vuestro honor, además de la causa de Dios y de Escocia, a cambio de los favores de una necia jovencita.

—Señor Balfour —exclamó Morton, llevando su mano a la espada—, exijo una satisfacción por vuestras palabras.

—Y os la daré, joven imberbe, donde y cuando os atreváis a ello —replicó Balfour—; tenéis mi palabra.

Poundtext, a su vez, intervino para convencerles del sinsentido de aquella disputa, y logró con dificultad que aparentaran reconciliarse.

—En cuanto a lord Evandale —dijo Burley—, haced lo que queráis con él. Me lavo las manos. Es mi prisionero, capturado con mi espada y con mi lanza, mientras vos, señor Morton, jugabais a instrucciones y desfiles, y vos, señor Poundtext, convertíais las Sagradas Escrituras en erastianismo. Lleváoslo, sin embargo, y haced con él lo que creáis más conveniente. Dingwall —gritó, dirigiéndose a una especie de *aid-de-camp* que dormía en la habitación contigua—, que los centinelas encargados de vigilar al maligno Evandale cedan su puesto a los hombres que el capitán Morton elija. El prisionero —dijo, volviéndose hacia Poundtext y Morton— se encuentra a vuestra disposición, caballeros. Pero recordad que algún día ajustaremos cuentas por ello.

Y tras pronunciar estas palabras, desapareció en una alcoba interior sin

despedirse. Los dos visitantes, tras unos momentos de deliberación, acordaron que lo más prudente sería elegir un nuevo centinela de su confianza para evitar que la vida de lord Evandale corriera peligro. Encontraron en el poblado a un grupo de parroquianos, que habían quedado a las órdenes de Burley, con el fin de permanecer el mayor tiempo posible cerca de sus hogares. Eran, por lo general, jóvenes inteligentes y vigorosos, conocidos por sus compañeros como los Tiradores de Milnewood. Siguiendo los deseos de Morton, cuatro de esos muchachos acometieron de buen grado la tarea de vigilar al prisionero; y dejó con ellos a Headrigg, en cuya fidelidad podía confiar, con instrucciones de avisarlo si ocurría algún percance.

Una vez arreglada esa cuestión, Henry Morton y su acompañante se alojaron, por aquella noche, en el único lugar que pudo proporcionarles una aldea tan pequeña y atestada de gente. Sin embargo, no se retiraron a descansar sin redactar antes un memorial de los agravios infligidos a los presbiterianos moderados, que venía a solicitar tolerancia para su religión en el futuro, así como libertad para asistir a los servicios que oficiaran sus propios clérigos, siguiendo el evangelio, sin intransigencias ni vejaciones. Su escrito proseguía con la petición de convocar un parlamento libre que resolviera los asuntos de la Iglesia y del Estado, y reparara los daños sufridos por los súbditos; y que todos aquellos que, antes o después, hubieran empuñado las armas con tales fines fueran resarcidos. Morton deseaba fervientemente que esas condiciones, que abarcaban cuanto pretendía o anhelaba el partido moderado de los insurrectos, pudieran encontrar, una vez desprovistas del exaltado fanatismo, defensores incluso entre los realistas, al limitarse a reclamar los derechos naturales de un escocés libre.

Confiaba aún más en una acogida favorable de ese documento porque el duque de Monmouth, a quien Carlos II había encargado reprimir la rebelión, era un hombre afable, moderado y de talante comprensivo, conocido por su buena disposición hacia los presbiterianos, además de investido por el rey de todos los poderes para adoptar medidas destinadas a apaciguar los disturbios en Escocia. Morton estaba convencido de que lo único que necesitaban para ganar su apoyo era establecer un canal de comunicación suficientemente respetable, y creía que la mediación de lord Evandale podía ser decisiva. Resolvió, por ese motivo, visitar al prisionero muy temprano, con el fin de tantear su disposición para acometer dicha tarea; mas un incidente le obligó a adelantarse a sus propósitos.

*Gi'e ower your house, lady, he said, —
Gi'e ower your house to me.*

Edom of Gordon^[1]

Morton había acabado de revisar y pasar a limpio el escrito que Poundtext y él habían acordado presentar como un manifiesto de los agravios sufridos por los presbiterianos y de las condiciones en las que la mayoría de ellos aceptarían deponer las armas; se disponía a retirarse a descansar cuando alguien llamó a la puerta de su alcoba.

—¡Adelante! —exclamó el joven; y la cabezota redonda de Cuddie Headrigg se introdujo en la habitación—. Entrad —dijo Morton— y decidme qué deseáis. ¿Hay algo que os inquiete?

—No, señor; pero he traído a alguien para hablar con vos.

—¿Quién es, Cuddie? —inquirió el joven Milnewood.

—Una antigua conocida —respondió su criado; y abriendo más la puerta, entró llevando medio a rastras a una mujer con el semblante oculto bajo un manto de cuadros—. Vamos, vamos, no tenéis por qué ser tan tímida con un viejo amigo, Jenny —añadió Cuddie, mientras tiraba de la capa y descubría ante su señor el inolvidable rostro de Jenny Dennison—. Contadle ahora a su señoría, preciosa, lo que queríais decirle a lord Evandale.

—¿Lo que quería decir a su señoría la otra mañana, cuando fui a visitarle a su lugar de cautiverio, mentecato? —repuso la joven—. ¿Acaso sois tan necio que os parece extraño que la gente quiera visitar a sus amigos en la adversidad?

Jenny pronunció aquellas palabras con su habitual locuacidad; pero en el temblor de su voz y de sus manos, en la palidez de sus delgadas mejillas, en las lágrimas que asomaban a sus ojos y en sus inquietos ademanes se veían las huellas de los recientes sufrimientos y privaciones, así como su histérico nerviosismo.

—¿Qué ocurre, Jenny? —preguntó amablemente Morton—. Sabéis lo mucho que os debo; será difícil que no acceda a una petición vuestra, si está en mi poder.

—Gracias, Milnewood —respondió la llorosa damisela—; siempre fuisteis un buen caballero, aunque la gente dice que habéis cambiado tanto...

—¿Qué dicen de mí? —quiso saber Morton.

—Todos afirman que vos y los whigs habéis prometido solemnemente expulsar al rey Carlos del trono, e impedir que él o alguno de sus descendientes vuelvan a ocuparlo; y John Gudyill asegura que pretendéis entregar los órganos de las iglesias^[2]

a los gaiteros, y dejar que los verdugos quemen el libro de oraciones^[3], porque así lo hicieron con el Covenant cuando el rey accedió al poder^[4].

—Mis amigos de Tillietudlem se han precipitado y han sido muy poco justos a la hora de juzgarme —contestó Morton—. Sólo deseo practicar libremente mi religión, sin molestar a los demás; en cuanto a vuestra familia, no sabéis cuánto deseo tener una oportunidad para mostrarles que mi amistad y mi cariño siguen siendo los de siempre.

—Que Dios os bendiga por ello —dijo Jenny, irrumpiendo en sollozos—; lo cierto es que nunca han necesitado tanto como ahora de generosidad y afecto, pues están pasando mucha hambre.

—¡Santo Dios! —exclamó Morton—. ¡Había oído hablar de escasez, no de hambre! ¿Es eso cierto? ¿Acaso las damas y el mayor...?

—Están padeciendo igual que el resto de nosotros —repuso Jenny—, pues han compartido hasta la última cucharada de sopa con los demás habitantes del castillo. Estoy tan desfallecida que se me nublan los ojos, y la cabeza me da tantas vueltas que apenas puedo tenerme en pie.

La delgadez extrema de las mejillas de la pobre joven y sus rasgos afilados atestiguaban la verdad de sus palabras. Morton se sintió profundamente impresionado.

—Sentaos, ¡por el amor de Dios! —se apresuró a decir, obligándola a ocupar la única silla de la alcoba, mientras caminaba de un lado a otro de la estancia dando muestras de impaciencia y de horror—. No sabía nada de esto —exclamó con desesperación—. ¿Cómo iba a saberlo? ¡Desalmado, cruel, fanático y falso canalla! Cuddie, id a por bebidas y alimentos... traed vino, si es posible... y todo lo que encontréis.

—Con el whisky le bastará —murmuró Cuddie—; ¿quién habría podido imaginar que andaban tan escasos de comida, con la cantidad de delicioso caldo de col que me tiró escaldándome las orejas?

A pesar de lo débil y abatida que parecía, Jenny fue incapaz de oír aquella alusión a su proeza durante el asalto al castillo sin soltar una carcajada que el agotamiento convirtió en risa histérica. Desconcertado por la reacción de la joven, e imaginando horrorizado la angustiosa situación del castillo, Morton repitió sus órdenes a Headrigg en tono imperioso; y, cuando se hubo marchado, intentó tranquilizar a su visitante.

—Supongo que habéis venido a entrevistarnos con lord Evandale, siguiendo las instrucciones de vuestra señora, ¿no es así? Decidme qué quiere; sus deseos serán órdenes para mí.

—Sois un viejo amigo, señor —exclamó Jenny tras unos instantes de reflexión—; debería confiar en vos y contaros la verdad.

—Podéis estar segura —dijo Morton, observando que la joven dudaba— de que el mejor modo de ayudar a vuestra señora es sinceraros conmigo.

—De acuerdo, señor; entonces debéis saber que estamos muriéndonos de hambre, como he dicho antes, y llevamos más de un día sin probar bocado. El mayor jura todas las mañanas que llegarán refuerzos y dice que no entregará Tillietudlem al enemigo mientras no nos hayamos comido sus viejas botas... ¡con lo gruesas que son sus suelas y lo correoso que resulta su cuero! Los dragones creen que acabaremos rindiéndonos, y no son capaces de soportar el hambre, después de la buena vida que han llevado en el pasado, robando a todo el mundo; y, desde que han capturado a lord Evandale, no obedecen a nadie, y dice Inglis que entregará la guarnición, así como al mayor Bellenden y a las damas, si los whigs dejan salir libres a los soldados.

—¡Canallas! —exclamó Morton—. ¿Por qué no llegan a un acuerdo para salvar a todos los habitantes del castillo?

—Porque temen que no tengan clemencia con ellos, ¡han cometido tantos atropellos en la región! Y Burley ya ha colgado a más de uno... Así que pretenden salvar su pellejo poniendo en peligro el de la gente honrada.

—¿Os han enviado para llevar a lord Evandale la desagradable noticia del motín de sus hombres? —inquirió Morton.

—Así es —repuso Jenny—; Tam Halliday se arrepintió, vino a contármelo y me ayudó a salir del castillo para que se lo comunicara a lord Evandale, si lograba llegar hasta él.

—¿Y cómo podría ayudaros? No es más que un prisionero.

—¡Ay de mí! —exclamó la infortunada joven—. Pero quizá pudiera llegar a un acuerdo que nos beneficiara, o darnos algún buen consejo, u ordenar por escrito a los dragones que se comportasen, o...

—O, tal vez —interrumpió Morton—, intentarais liberarlo...

—Si eso fuera cierto —respondió la joven con viveza—, no sería la primera vez que hago todo lo posible por socorrer a un cautivo.

—Tenéis razón, Jenny; he sido muy ingrato al olvidarlo. Pero aquí llega Cuddie con algunos víveres. Llevaré vuestro recado a lord Evandale mientras coméis algo y bebéis un poco de vino.

—No estaría mal que supieseis —dijo Cuddie a su amo—, que esa Jenny, esa señora Dennison trataba de congraciarse con Tam Rand, el molinero, para que la llevara junto a lord Evandale sin que nadie se enterase. Lo que no sabía, la muy gitana, era que yo le seguía los talones.

—Y menudo susto me llevé cuando vinisteis por detrás y me agarrasteis —afirmó la joven, dándole a hurtadillas un pellizco—. Si no os hubiera conocido, insensato...

Cuddie, ablandándose un poco, sonrió burlón a su astuta amiga, mientras Morton se envolvía en una capa, se ponía la espada bajo el brazo y se dirigía directamente al lugar donde el joven aristócrata estaba confinado. Preguntó a los centinelas si algo había llamado su atención.

—Nada que merezca la pena comentar —respondieron—, a excepción de la muchacha capturada por Cuddie y de dos mensajes despachados por el capitán

Balfour, uno para el reverendo Ephraim Macbriar y otro para Kettledrummle.

Los dos religiosos estaban tratando de ganar adeptos desde el púlpito en las iglesias de los diferentes poblados que mediaban entre la posición de Burley y el cuartel general del grueso del ejército, cerca de Hamilton.

—Supongo que su propósito era reunirlos aquí —dijo Morton, aparentando indiferencia.

—Eso tengo entendido —contestó el centinela, que había hablado con los dos mensajeros.

«Está tratando de conseguir una mayoría en el consejo —pensó Morton—, con el fin de impedirnos sancionar sus atrocidades y desobedecer sus órdenes. Debo apresurarme o perderé mi oportunidad».

Cuando entró en el lugar donde lord Evandale se hallaba cautivo, un desván miserable en una humilde cabaña, encontró al joven encadenado, descansando sobre un lecho en el que se amontonaban las guedejas de lana. Dormía o estaba sumido en profundas reflexiones y, al ponerse en pie, volvió hacia Morton un rostro tan desmejorado por la pérdida de sangre, la falta de sueño y la escasez de comida, que nadie habría podido reconocer en él al gallardo soldado que luchó con tanta valentía en la escaramuza de Loudoun-hill. Manifestó su sorpresa ante la llegada del joven Milnewood.

—Lamento encontraros así, milord —dijo el capitán de los insurrectos.

—Tengo entendido que admiráis la poesía —respondió el prisionero—; en ese caso, quizá recordéis estas líneas:

*Stone walls do not a prison make,
Or iron bars a cage;
A free and quiet mind can take
These for a hermitage.*^[5]

Pero, aunque mi cautiverio fuera menos soportable —continuó diciendo—, todo parece indicar que mañana seré completamente libre.

—¿Con vuestra muerte? —preguntó Morton.

—En efecto —repuso lord Evandale—; no tengo escapatoria. Las manos de vuestro camarada Burley están manchadas con la sangre de unos hombres a los que podía haber salvado su humilde rango y oscura extracción. No puedo alardear de tener un escudo semejante para evitar su venganza; sé que ésta caerá sobre mí.

—Pero es posible que el mayor Bellenden se rinda con el fin de salvaros la vida —dijo el joven Milnewood.

—Jamás lo hará mientras quede un solo hombre para defender la fortaleza, y ese hombre disponga de un mendrugo de pan para comer. Conozco su valerosa decisión, y lamentaría enormemente que no la mantuviera por mi culpa.

Morton se apresuró a informarle del motín que preparaban los dragones, y su

determinación de entregar el castillo y poner a las damas de la familia y al mayor en manos del enemigo. En un principio, lord Evandale pareció algo sorprendido y escéptico, pero no tardó en sentirse profundamente afectado.

—¿Qué puede hacerse? —inquirió—. ¿Cómo evitar semejante desgracia?

—Escuchadme, milord —dijo Morton—. Estoy convencido de que no os disgustará llevar el ramo de olivo entre nuestro señor el rey y esa parte de sus súbditos que se han levantado en armas, no por capricho, sino por necesidad.

—Pareéis conocerme bien —dijo lord Evandale—; pero ¿dónde queréis ir a parar con ello?

—Permitidme, milord —afirmó el capitán insurrecto—. Os dejaré en libertad bajo palabra; volveréis a la guarnición con un salvoconducto para las damas, el mayor y todos los que deseen salir de allí, como contrapartida de su inmediata rendición. Las circunstancias os obligan a hacerlo: con los hombres amotinados y sin provisiones, resultará imposible defender la fortaleza veinticuatro horas más. Por consiguiente, quienes rehúsen acompañaros serán responsables de su destino. Tendréis autorización para viajar con vuestros amigos hasta Edimburgo, o dondequiera que se encuentre el duque de Monmouth. A cambio de vuestra libertad, tenemos la esperanza de que entreguéis a su excelencia, como lugarteniente general de Escocia, este humilde memorial, en el que se enumeran las injusticias que han originado esta insurrección, y cuya reparación bastaría, y respondo con mi vida de ello, para que la mayor parte de los rebeldes abandonaran las armas.

Lord Evandale leyó el escrito con atención.

—Señor Morton —dijo—, en mi modesta opinión, no creo que puedan hacerse objeciones a las medidas aquí aconsejadas; es más, estoy convencido de que, en cierto modo, coinciden con los sentimientos personales del duque de Monmouth. Sin embargo, para ser sincero con vos, sospecho que no aceptará vuestras condiciones, a menos que depongáis antes las armas.

—Sería tanto como reconocer que no tenemos derecho a empuñarlas, y eso es algo con lo que nunca estaré de acuerdo.

—Tal vez sería extraño que lo estuvierais —respondió lord Evandale—; y, sin embargo, tengo la certeza de que la negociación fracasará por ello. Después de haberos dado mi parecer, deseo, sin embargo, hacer cuanto esté en mi poder para lograr una reconciliación.

—Es cuanto podemos desear o esperar —concluyó Morton—; el resultado está en manos del Señor, que guía los corazones de los príncipes. ¿Aceptáis, entonces, el salvoconducto?

—Desde luego —contestó lord Evandale—; y, aunque apenas mencione mi deuda con vos por haber salvado nuevamente mi vida, sabed que mi agradecimiento no es menor por ello.

—¿Y la guarnición de Tillietudlem?

—Se abandonará, tal como proponéis. Soy consciente de que el mayor no

conseguirá que entren en razón los amotinados, y tiemblo al pensar en lo que ocurriría si las damas y el valeroso anciano cayeran en manos de Burley, ese asesino sediento de sangre.

—En ese caso, sois libre —afirmó Morton—. Preparaos para cabalgar; un pequeño grupo de jóvenes de mi confianza os escoltarán hasta ponerlos a salvo de nuestras patrullas.

Y dejando a lord Evandale sorprendido y radiante por su inesperada liberación, Henry Morton se apresuró a elegir un reducido número de hombres armados y a caballo, cada uno de los cuales llevaba la rienda de otro corcel. Jenny, que se las había ingeniado para hacer las paces con Cuddie mientras reponía sus fuerzas, se colocó a la izquierda del intrépido jinete. No tardó en escucharse el ruido de los cascos de los caballos bajo la ventana de lord Evandale. Dos desconocidos entraron en su lugar de cautiverio, le quitaron las cadenas y, conduciéndolo escaleras abajo, le ayudaron a montar en medio del destacamento. Sin más demora, salieron al trote en dirección a Tillietudlem.

La luz de la luna daba paso a la aurora, cuando llegaron a la vieja fortaleza, y los pálidos colores de la mañana comenzaban a iluminar su oscura y formidable torre. El grupo se detuvo ante la primera verja, sin aventurarse a continuar por miedo al fuego enemigo. Lord Evandale cabalgó solo hasta la entrada, seguido a cierta distancia por Jenny Dennison. Al aproximarse al portón, llegó hasta sus oídos un fuerte tumulto procedente del patio, nada acorde con la tranquila serenidad de un amanecer de verano. Se oyeron gritos y juramentos, uno o dos pistoletazos resonaron en el aire, y todo parecía anunciar el estallido del motín. En medio de aquella confusión, lord Evandale se acercó a la entrada donde estaba apostado Tam Halliday. El joven había aceptado de mala gana participar en la conspiración, y había, además, ayudado a Jenny a escapar del castillo para comunicar a su oficial las intenciones de los dragones. Al oír la voz de lord Evandale, se apresuró a dejarle pasar, exultante, y el joven aristócrata apareció entre los soldados amotinados como si hubiera caído súbitamente de las nubes. Los soldados acababan de poner en marcha su plan para apoderarse de la guarnición y, en aquellos momentos, se disponían a desarmar y reducir por la fuerza al mayor Bellenden, a Harrison y al resto de los habitantes de Tillietudlem que quisieran oponer resistencia.

El regreso de lord Evandale dio un vuelco a la situación. Agarró a Inglis por el cuello y, censurando su villanía, obligó a dos de sus compañeros a mantenerle bien sujeto, mientras aseguraba a los demás dragones que sólo saldrían impunes si acataban inmediatamente su autoridad. Les ordenó colocarse en formación. Obedecieron. Les ordenó tirar las armas al suelo. Dudaron; mas el instinto de disciplina, unido a su convencimiento de que aquel oficial, que con tanto valor imponía su mando, contaba con el apoyo de otras fuerzas en el exterior, les indujeron a claudicar.

—¡Llevaos esas armas! —dijo lord Evandale a la gente del castillo—; no

volveremos a confiárselas hasta que aprendan a hacer mejor uso de ellas. Y, ahora —continuó diciendo a los amotinados—, ¡fuera de aquí! Aprovechad la tregua de tres horas que el enemigo se ha dignado concederos. Debéis dirigirlos a Edimburgo, donde os reuniréis conmigo en el House-of-Muir^[6]. No necesito pedir que os guardéis de perpetrar actos de violencia por el camino; en vuestras actuales circunstancias, y por la cuenta que os trae, no molestaréis a nadie. Demostrad con vuestra puntualidad que pretendéis expiar este incidente.

Los soldados se alejaron de su oficial en silencio y desarmados, y, tras abandonar el castillo, tomaron la ruta que iba a conducirlos hasta el lugar de encuentro; avanzaron a marchas forzadas por miedo a tropezarse con alguna patrulla de los insurrectos, a la que su actual indefensión o anterior insolencia pudiera inspirar algún deseo de venganza. Inglis, a quien Evandale quería castigar, permaneció bajo custodia. Halliday fue elogiado por su conducta, y se le garantizó un ascenso al rango del culpable. Una vez resueltas todas aquellas cuestiones, lord Evandale se dirigió al mayor, que había contemplado el desarrollo de la escena como si de un sueño se tratara.

—Mi querido mayor, debemos entregar la fortaleza.

—¿Es eso cierto? —dijo Miles Bellenden—. Tenía esperanzas de que hubierais traído refuerzos y provisiones.

—Ni un solo hombre, ni una libra de harina —respondió lord Evandale.

—A pesar de todo, me alegro de veros —exclamó el honrado veterano—. Ayer fuimos informados de que esos desvergonzados cantores de salmos tramaban ahorcaros; y yo había reunido a los insolentes dragones hace diez minutos, con el fin de irrumpir en el campamento de Burley y liberaros, cuando ese perro de Inglis, en lugar de obedecerme, inició el motín. Pero ¿qué vamos a hacer ahora?

—No tengo elección —contestó lord Evandale—, soy un prisionero a quien se ha dejado libre bajo palabra, y he de dirigirme a Edimburgo. Debéis venir conmigo, acompañado de las damas. Gracias a la ayuda de un amigo, tenemos un salvoconducto y caballos tanto para vos como para vuestra comitiva. ¡Daos prisa, por Dios! No podéis seguir resistiendo con siete u ocho hombres y sin provisiones. Habéis hecho lo suficiente para defender vuestro honor y conseguir que esta fortaleza sea de vital importancia para el gobierno. Continuar aquí sería innecesario, además de desesperado. Las tropas inglesas han llegado a Edimburgo y no tardarán en marchar sobre Hamilton. Los rebeldes sólo ocuparán temporalmente Tillietudlem.

—Si pensáis así, milord —dijo el veterano, con un suspiro que reflejaba su contrariedad—; sé que no me aconsejaríais nada deshonesto... Debo rendirme, pues el motín de esos canallas haría imposible defender estas murallas. Gudyill, ¡que las mujeres avisen a sus señoras y todo el mundo se disponga a partir! Mas si yo creyera que quedándome entre estos viejos muros hasta que el hambre me convirtiera en una momia, podía ser de alguna utilidad a la causa del rey, el viejo Miles Bellenden no se marcharía de aquí mientras quedara un destello de vida en su cuerpo.

Las damas, ya alarmadas por el motín, escucharon la determinación del mayor y consintieron de buen grado. Los preparativos para evacuar el castillo se hicieron con presteza; y mucho antes de que las primeras luces del día permitieran distinguir los objetos con precisión, ya montaban los caballos que les habían llevado los hombres de Morton, o que habían conseguido en los alrededores, y se encaminaban hacia el norte, escoltados aún por cuatro jinetes rebeldes. Los demás hombres que habían acompañado a lord Evandale desde la aldea tomaron posesión del castillo abandonado, evitando cuidadosamente cualquier atropello o acto de pillaje. Y cuando salió el sol, el rojo y el azul, los colores del Covenant Escocés, ondeaban sobre la Torre de Tillietudlem.

*And, to my breast, a bodkin in her hand
Were worth a thousand daggers.*

MARLOW^[1]

Habiendo dejado atrás los puestos de avanzada de los rebeldes, el grupo de jinetes que abandonó el castillo de Tillietudlem se detuvo unos minutos, con el fin de tomar el ligero refrigerio que sus acompañantes habían dispuesto para ellos, algo verdaderamente necesario para quienes tanto habían padecido por la falta de alimentos. Se apresuraron entonces a coger el camino de Edimburgo. Habría sido lógico esperar que, durante el trayecto, lord Evandale cabalgara a menudo al lado de Edith Bellenden; sin embargo, tras dirigirle un saludo y adoptar solícito todas las medidas que pudieran contribuir a su bienestar, se situó a la vanguardia del grupo con el mayor Bellenden, y pareció ceder la tarea de asistir a la hermosa sobrina de éste a un jinete de los insurrectos, cuya oscura capa militar y sombrero de ala ancha con plumas, ladeado sobre el rostro, ocultaban tanto su figura como sus facciones. Después de cabalgar juntos en silencio durante más de dos millas, el desconocido se dirigió a la señorita Bellenden con una voz ahogada y trémula:

—La señorita Bellenden debe de tener amigos dondequiera que vaya —dijo—; incluso entre aquellos cuya conducta menos le gusta. ¿Hay algo que estos últimos puedan hacer para demostrar el respeto que les inspira y el pesar que sienten por sus sufrimientos?

—Dejad que aprendan, por su propio bien —repuso Edith—, a venerar la ley y a no derramar sangre inocente; dejad que vuelvan a ser leales al rey; entonces podría perdonarles, aunque mis padecimientos hubieran sido diez veces mayores.

—¿Creéis imposible, entonces —inquirió el jinete—, que alguien que milite en nuestras filas pueda desear sinceramente el bien de su país e imaginar que está cumpliendo un deber patriótico?

—Sería una imprudencia por mi parte responder a esa pregunta, mientras esté en vuestro poder —exclamó la señorita Bellenden.

—No en estos momentos, tenéis mi palabra de soldado —aseguró el rebelde.

—Desde la cuna me han enseñado a decir la verdad —dijo la joven—, y, si he de hablar, lo haré con franqueza. Sólo Dios puede juzgar los corazones^[2]; los hombres deben evaluar las intenciones basándose en las conductas. La traición, el asesinato con la espada o con la horca, la opresión de una familia como la nuestra, que sólo ha

empuñado las armas para defender sus propiedades, son acciones que manchan inequívocamente a cuantos las consienten, aunque intenten adornarse con hermosas palabras.

—La culpa de la guerra civil —replicó el jinete— y los sufrimientos que acarrea han de atribuirse a quienes la originan con su tiranía, no a los que se ven empujados a levantarse en armas con el fin de hacer valer sus derechos como hombres libres.

—Sólo si dais por sentado algo que debe probarse —añadió Edith—. Ambas facciones afirman defender los principios más justos; en la duda, debería culparse a los primeros en desenvainar la espada, de igual modo que, en una reyerta, la ley condena a quienes recurren antes a la violencia.

—¡Ay! —exclamó el rebelde—, si esto sirviera de justificación, ¡cuán fácil sería demostrar la paciencia sobrehumana con que hemos soportado la opresión antes de rebelarnos abiertamente! Pero veo que es inútil defender ante la señorita Bellenden una causa que ella ya ha prejuzgado, quizá tanto por la aversión que siente a sus principios como a las personas comprometidas en su lucha.

—Disculpad —dijo la joven—, me he limitado a daros mi opinión sobre los principios de los rebeldes; en cuanto a las personas, no conozco a ninguna... con excepción de un único caso.

—¿Y ese caso —preguntó el jinete— ha influido en vuestra actitud ante el resto de los insurrectos?

—Al contrario —contestó Edith—, se trata de un hombre, o al menos eso creí en otros tiempos, con el que pocos podrían compararse; es... o parecía ser un joven inteligente, afectuoso, de elevadas creencias e intachable moralidad. ¿Cómo puedo aceptar una rebelión que ha convertido a un ser humano como él, nacido para enriquecer, iluminar y defender su país, en un aliado de esos fanáticos ignorantes e hipócritas, en un cabecilla de esos brutales patanes, en un compañero de armas de esos *banditti*,^[3] y asesinos? Si conocéis a alguien así entre los vuestros, decidle que Edith Bellenden ha derramado más lágrimas por la deshonor de su nombre, por sus frustradas aspiraciones y por su reputación perdida, que por las desgracias caídas sobre su propia familia; y que ha soportado con mayor entereza el hambre que ha consumido sus mejillas y nublado sus ojos, que las punzadas de dolor que siente en su corazón cuando recuerda quién le infligió esas calamidades.

Y, mientras pronunciaba esas palabras, volvió el rostro hacia su acompañante; y sus pálidas mejillas delataban un gran sufrimiento, a pesar de que la pasión con que acompañaba su discurso las habían encendido fugazmente. El jinete no fue insensible a esa apelación; se llevó la mano a la frente —con la brusquedad de alguien que siente una latigazo de dolor en ella—, la pasó apresuradamente por el rostro y se caló aún más el sombrero. Aquel ademán y los sentimientos que lo habían inspirado no pasaron inadvertidos a la joven, que le observó con emoción.

—Y, sin embargo, si vierais a la persona de quien hablo profundamente afectada por la dura opinión de... de... una vieja amiga, decidle que un sincero

arrepentimiento se acerca a la inocencia; y que, a pesar de haber caído desde una altura que será muy difícil que pueda volver a alcanzar, y de haber causado tanto mal con su ejemplo, todavía puede expiar en parte su falta.

—¿Y de qué modo? —preguntó el jinete, con la voz embargada por la emoción.

—Poniendo todo su empeño en restaurar la paz entre sus ofuscados compatriotas e inducir a los rebeldes descarriados a deponer las armas. Al impedir el derramamiento de más sangre, podrá compensar el daño ya causado. Aquel que más luche por acabar con esta guerra merecerá el agradecimiento de esta época y la gloria en tiempos venideros.

—Supongo —dijo el insurrecto con más firmeza— que la señorita Bellenden no desearía una paz en la que los intereses del pueblo se vieran sacrificados a los de la corona.

—No soy más que una joven —respondió la dama—, y hablar de este asunto no es más que una presunción por mi parte. Pero, puesto que he llegado tan lejos, añadiré que me gustaría lograr una paz que serenara a todos los partidos e impidiera a los súbditos ser víctimas de la rapiña militar, algo que aborrezco tanto como los medios adoptados ahora para combatirla.

—Señorita Bellenden —afirmó Henry Morton, dejando al descubierto su rostro y dirigiéndose a ella con su voz habitual—, el hombre que ha perdido el elevado lugar que ocupaba en vuestra estima tiene aún demasiado orgullo para abogar por su causa como si fuera un criminal, y, consciente de que no puede seguir reclamando vuestra amistad, soportaría en silencio la dureza con que lo condenáis, si no pudiera a través del respetable testimonio de lord Evandale confirmaros que tanto mis deseos como mis esfuerzos van encaminados a conseguir esa paz que los más leales no pueden censurar.

Y se inclinó con dignidad ante la joven, que, a pesar de haber reconocido a su interlocutor, tal como revelaban sus palabras, probablemente no había esperado que éste se justificara con tanta vehemencia. Devolvió su saludo confusa y en silencio. Morton se dirigió entonces cabalgando hacia la vanguardia del grupo.

—¡Henry Morton! —exclamó el mayor Bellenden, sorprendido ante su repentina aparición.

—El mismo —respondió el joven— que lamenta que el mayor Bellenden y su familia hayan interpretado desfavorablemente su manera de proceder^[4]. Milord Evandale —continuó, dirigiéndose al aristócrata e inclinándose ante él—, os confío la tarea de explicar a vuestros amigos los detalles de su conducta y la rectitud de sus motivos. Adiós, mayor Bellenden. Que el destino os depare toda clase de venturas a vos y a los vuestros. Quizá volvamos a encontrarnos en tiempos mejores y más felices.

—Creedme, señor Morton —dijo lord Evandale—, habéis depositado vuestra confianza en buenas manos; trataré de corresponder a vuestros favores haciendo todo lo posible para que el mayor Bellenden y cuantos os aprecian hagan justicia a vuestro

carácter.

—No esperaba menos de vuestra generosidad, milord —contestó Morton.

Reunió entonces a sus seguidores y se alejó por el brezal en dirección a Hamilton, mientras sus penachos ondeaban al viento y sus cascos de acero resplandecían bajo el sol. Cuddie Headrigg fue el único en quedarse atrás unos instantes para despedir cariñosamente a Jenny Dennison, que se las había ingeniado en aquella breve cabalgada matinal para conquistar nuevamente el corazón del enamorado joven. Uno o dos árboles desperdigados disimularon, más que escondieron, su *tete-a-tete*^[5], cuando detuvieron los caballos para decirse adiós.

—Adiós, Jenny Dennison —dijo Cuddie, con una fuerte exhalación, que tal vez intentara ser un suspiro pero se asemejó más a un gruñido—. ¿Te acordarás alguna vez del pobre Cuddie, un honrado muchacho que te ama? ¿Pensarás en él de vez en cuando?

—En algunas ocasiones... a la hora de tomar las gachas —respondió la maliciosa joven, incapaz de reprimir la aguda réplica o la pícara sonrisa que acompañó a ésta.

Cuddie se vengó de ella como acostumbran hacer los campesinos enamorados, y como probablemente esperaba Jenny: cogió a su adorada por el cuello, besó con entusiasmo su mejilla y sus labios y, tirando de las riendas del caballo, se alejó al trote tras su amo.

—¡Endemoniado muchacho! —protestó Jenny, mientras se limpiaba los labios y se ajustaba la toca—. Después de todo, tiene el doble de agallas que Tam Halliday. ¡Ya voy, milady, ya voy! ¡Dios nos asista! ¡Espero que la anciana señora no haya visto nada!

—Jenny —dijo lady Margaret, cuando la criada llegó a su lado—. ¿No era ése el mismo joven que ganó el tiro al papagayo y que estaba prisionero en Tillietudlem la mañana que recibimos a Claverhouse?

La joven, encantada de que la pregunta no se refiriera a sus pueriles asuntos, miró a su joven señora para tratar de descubrir si debía o no decir la verdad. Incapaz de percibir la menor indicación, siguió su instinto y mintió.

—No creo que fuera él, milady —afirmó Jenny, con la misma confianza que si estuviera recitando su catecismo—; era moreno y de baja estatura.

—Debes de estar ciega, Jenny —dijo el mayor—; Henry Morton es alto y rubio, y ese joven era él.

—¡Como si no tuviera nada mejor que hacer que mirarle! —exclamó la joven, sacudiendo la cabeza—. ¡A mí qué me importa lo rubio que es! ¡Por mí puede ser como un querubín!

—¿No ha sido milagroso escapar de las manos de tan desesperado y sanguinario fanático? —comentó lady Margaret.

—Os engañáis, señora —se apresuró a responder lord Evandale—; Henry Morton no merece ese calificativo de nadie, y menos de nosotros. Que yo continúe con vida y vos estéis a salvo, camino de reuniros con vuestros amigos, en lugar de ser

prisioneros de un verdadero fanático y asesino, se debe únicamente a la rápida y enérgica generosidad de ese joven caballero.

Pasó entonces a relatarles con todo detalle los sucesos que tan bien conoce el lector, explayándose en los méritos de Morton y haciendo hincapié en los riesgos que había corrido para prestarles tan importante ayuda, más como un hermano que como un adversario.

—Sería algo peor que un desagradecido, si silenciara la bondad del hombre que ha salvado mi vida en dos ocasiones —exclamó lord Evandale.

—No sabéis cuánto me gustaría pensar bien de Henry Morton, milord —repuso el mayor Bellenden—; y reconozco que se ha comportado noblemente con vuestra señoría y con nosotros. Mas no puedo ser tan indulgente como vos ante su actual comportamiento.

—Debéis tener en cuenta —añadió lord Evandale—, que, en parte, le ha empujado la necesidad; y he de añadir que sus principios, a pesar de diferir de los míos, merecen el mayor de los respetos. Claverhouse, cuyo conocimiento de los hombres es indudable, no se equivocó al hablar de sus extraordinarias cualidades, aunque se refiriera con dureza y lleno de prejuicios a sus creencias y motivos.

—No habéis tardado mucho en apreciar todas sus virtudes, milord —afirmó el mayor Bellenden—. Yo, que le conozco desde su niñez, podría haber dicho, antes de que comenzara esta insurrección, muchas cosas sobre sus excelentes principios y su buen carácter; en cuanto a inteligencia y dotes de mando...

—Quizá ni él mismo era consciente de poseer dichas cualidades hasta que las circunstancias le han obligado a extraerlas de su interior; he podido percatarme de su enorme valía porque en nuestros encuentros siempre hemos entablado conversaciones de gran trascendencia. Actualmente, está haciendo cuanto está en sus manos para poner fin a esta rebelión, y las condiciones que ha propuesto son tan moderadas que no les faltará mi más ferviente recomendación.

—¿Y tenéis alguna esperanza de llevar adelante un plan tan singular? —inquirió lady Margaret.

—Lo tendría, señora, si todos los whigs fueran tan moderados como Morton, y todos los realistas tan desinteresados como el mayor Bellenden. Pero existe tanto fanatismo en ambas facciones, que temo que sólo el filo de la espada pueda acabar con esta guerra civil.

Como es lógico imaginar, Edith escuchaba con el mayor interés esta conversación. Al tiempo que lamentaba haberse expresado con tanta dureza y precipitación ante su amado, se sentía orgullosa y satisfecha al comprobar que, incluso para su generoso rival, el carácter de Henry Morton era el que en otro tiempo ella había imaginado.

«Es posible que disputas civiles y prejuicios familiares me obliguen a arrancar su recuerdo de mi corazón —pensó la joven—, pero es un consuelo saber que ha sido digno de ocupar tan importante lugar en él».

Mientras Edith se retractaba así de su error y olvidaba su injusto resentimiento, Henry Morton llegaba al campamento de los rebeldes, cerca de Hamilton, donde encontró a los hombres sumidos en la confusión. Habían tenido noticias de que el ejército real, tras haber recibido los refuerzos esperados de Inglaterra, se disponía a enfrentarse a ellos. La fama magnificaba el número de sus soldados, el inmejorable estado de sus equipos y su disciplina, y propagaba a los cuatro vientos otras circunstancias que desalentaban el coraje de los insurrectos. Cualquier favor que hubieran podido esperar de Monmouth iba irremediabilmente a ser obstaculizado por la influencia de sus compañeros en el mando. Su principal lugarteniente era el famoso general Thomas Dalzell de Binns^[6], quien, tras haber practicado el arte de la guerra en la violenta y sanguinaria Rusia de aquel entonces, era tan temido por su crueldad e indiferencia por la vida humana y el sufrimiento de sus semejantes, como respetado por su firme lealtad e indudable valentía. Ese hombre era el segundo de Monmouth, y la caballería estaba dirigida por Claverhouse, en cuyo pecho ardía el deseo de vengar la muerte de su sobrino y la derrota de Drumclog. A todas aquellas historias se unía una impresionante y terrorífica descripción de la artillería y de la caballería con que el ejército real se disponía a atacar el campamento; y aquellos rumores hacían crecer el miedo entre los insurrectos, pues parecían probar que el rey había retrasado su venganza para que cayera sobre ellos con mayor contundencia.

Morton trató de infundir valor a sus hombres señalando la más que probable exageración de aquellos informes y recordando su inmejorable posición, con aquel río imposible de vadear, que sólo podría ser atravesado por un largo y estrecho puente. Les pidió que no olvidaran la victoria sobre Claverhouse con un pequeño número de hombres, mucho menos disciplinados y entrenados para la batalla que en las presentes circunstancias, y les hizo ver que la ondulación del terreno y los matorrales que crecían en él constituían una importante protección contra la artillería, e incluso contra la caballería, si se defendían con valor; y que la victoria dependía, en realidad, de su propia audacia y decisión.

Morton intentaba así mantener el ánimo de las tropas, mas no quiso desaprovechar esas desalentadoras noticias para tratar de convencer a los demás jefes de la necesidad de proponer unas condiciones moderadas que les permitieran llegar a un acuerdo con el gobierno, mientras aún contaran con el respaldo de un ejército tan numeroso y unido. Señaló que los rebeldes estaban demasiado desmoralizados para enfrentarse con éxito a las entrenadas y bien equipadas fuerzas del duque de Monmouth; y que, si sufrían una derrota y se dispersaban, aquella insurrección, lejos de beneficiar al país, se convertiría en una excusa para reforzar la tiranía. Empujados por esos argumentos, y conscientes de que sería tan peligroso mantenerse unidos como despedir a las tropas, la mayoría de los cabecillas se apresuraron a afirmar que, si se aprobaban unas condiciones como las entregadas al duque de Monmouth por lord Evandale, habrían conseguido, en gran medida, lo que perseguían al empuñar las armas; y, tras llegar a unas conclusiones parecidas, tomaron la decisión de respaldar

la petición y las quejas redactadas por Morton. Por el contrario, hubo una serie de cabecillas, y precisamente aquellos que más ascendencia tenían sobre la multitud, que consideraron nulo, inválido, impío y poco cristiano cualquier tratado que no se basara estrictamente en el *Solemn League and Covenant* de 1643. Esos hombres difundieron sus ideas entre la muchedumbre, que ignoraba lo que se avecinaba y no tenía nada que perder, y lograron convencer a muchos de que aquellos débiles consejeros, que deseaban alcanzar la paz con unas condiciones que no incluían el destronamiento de la familia real ni la independencia de la Iglesia y el Estado, eran unos cobardes, dispuestos a quitar sus manos del arado, y unos despreciables oportunistas, que únicamente buscaban un engañoso pretexto para abandonar a sus hermanos en la lucha. Aquellas opiniones encontradas fueron ferozmente discutidas en cada una de las tiendas del ejército rebelde, o más bien en las cabañas y en las chozas que les servían de alojamiento. La violencia verbal condujo a menudo a peleas y golpes, y la profunda escisión del ejército de los oprimidos resultó un claro presagio del futuro que les aguardaba.

*The curse of growing factions and divisions
Still vex your councils!*

Venice Preserved^[1]

Morton, entregado en cuerpo y alma a refrenar el feroz enfrentamiento entre los dos bandos rebeldes, recibió, dos días después de regresar a Hamilton, la visita de su amigo y compañero, el reverendo Poundtext, que había salido huyendo, como pudo comprobar, de John Balfour de Burley, quien estaba indignado por su participación en la puesta en libertad de lord Evandale. Cuando el respetable religioso hubo recuperado las fuerzas, tras las prisas y la fatiga del viaje, procedió a relatar a Morton lo ocurrido en los alrededores de Tillietudlem después de la memorable mañana de su partida.

La partida nocturna de Morton se había llevado a cabo con tanta maestría, y los hombres habían respondido a su confianza con tanta lealtad, que Burley no tuvo conocimiento de lo ocurrido hasta bien avanzada la mañana. Lo primero que preguntó al levantarse fue si Macbriar y Kettledrummle habían recibido los mensajes que había despachado a media noche. Le respondieron que Macbriar ya había llegado a la aldea y que Kettledrummle, a pesar de viajar con más lentitud, aparecería de un momento a otro. Envío entonces un emisario al alojamiento de Morton para convocarle a una reunión de urgencia. El mensajero volvió con la noticia de que el capitán se había marchado. Hizo llamar inmediatamente a Poundtext, pero éste, poco dispuesto a tratar con sus indignados compañeros, se había retirado a su tranquila rectoría, prefiriendo una cabalgada nocturna, a pesar de haber pasado a caballo toda la jornada anterior, a reanudar por la mañana su disputa con Burley, cuya ferocidad le intimidaba cuando no se veía respaldado por la firmeza de Henry Morton. Balfour preguntó a continuación por lord Evandale; y apenas pudo contener su rabia al enterarse de que un grupo de los Tiradores de Milnewood lo habían sacado de allí, en medio de la noche, obedeciendo las órdenes del propio Henry Morton.

—¡El muy villano! —exclamó Burley, dirigiéndose a Macbriar—. El infame y despreciable traidor, para congraciarse con el gobierno, ha dejado en libertad al prisionero que capturé con mis propias manos y que, sin duda, nos habría ayudado a conquistar la fortaleza que tantos quebraderos de cabeza nos ha dado.

—Pero ¿no ha caído ya en nuestro poder? —preguntó Macbriar, levantando su mirada hacia la Torre de Tillietudlem—. ¿Acaso no ondean los colores del Covenant

sobre sus murallas?

—No es más que una estratagema, un vulgar engaño —dijo Burley—, un ultraje a nuestro desaliento, destinado a irritarnos y a envenenar nuestros espíritus.

Sus palabras fueron interrumpidas por uno de los seguidores de Morton, que venía a informarle de la retirada del enemigo, así como de la toma del castillo por parte de los rebeldes. Burley pareció más enfurecido que satisfecho con la noticia de aquella victoria.

—He montado guardia —afirmó—, he combatido, he conspirado, he luchado para reducir esa fortaleza. Me he abstenido de encabezar otras misiones de mayor importancia y honor. He impedido la salida de sus habitantes, he cortado sus torrentes, he obstaculizado la entrada de provisiones en el interior de sus muros. Y cuando los hombres estaban a punto de rendirse y caer en mis manos, y sus hijos iban a convertirse en nuestros esclavos y sus hijas a servir de diversión a nuestro campamento, llega ese joven imberbe y se empeña en meter su hoz en la siega^[2] y en arrancar la presa al cazador. Seguro que el obrero merece su salario^[3], y la ciudad, con sus prisioneros, debe ser entregada a quien la ha conquistado.

—No os enojéis a causa de los impíos —dijo Macbriar, sorprendido ante la enorme agitación de Balfour—. El Cielo se servirá de sus propios instrumentos; y quién sabe si ese joven...

—¡Chitón! ¡Callaos! —exclamó Burley—; no desacreditéis vuestro buen juicio. Vos fuisteis el primero en advertirme de ese sepulcro bellamente pintado^[4], de esa moneda de cobre barnizada que yo tomé por oro. Ni siquiera los elegidos pueden desatender los consejos de un pastor tan piadoso como vos. Pero nuestros afectos carnales nos engañan... el padre de ese desagradecido muchacho era un viejo amigo. Deben ser tan fervorosos en sus luchas como vos, Ephraim Macbriar, y eso les libraría de las cargas y exigencias propias de los hombres.

Aquel cumplido emocionó profundamente al predicador; y ello hizo pensar a Burley que no encontraría demasiada oposición a moldear las opiniones del joven para que respaldara sus puntos de vista, especialmente porque los dos tenían las mismas ideas sobre el gobierno de la iglesia.

—Subamos en seguida al castillo —propuso Burley—; en los archivos de esa fortaleza hay documentos que, bien utilizados, pueden resultarnos más valiosos que un intrépido caudillo acompañado de cien jinetes.

—Pero ¿serán para los hijos del Covenant? —inquirió Macbriar—. Tenemos ya entre nuestras filas demasiados individuos ávidos de tierras, plata y oro, y no de la palabra de Dios; no serán ellos los que consigan nuestra liberación.

—Os equivocáis —respondió Burley—; todos los medios son válidos, y esos hombres tan mundanos serán nuestros instrumentos. En cualquier caso, las mujeres de Moab^[5] serán despojadas de su herencia, y ni el maligno Evandale ni el erastiano Morton serán dueños de ese castillo ni de esas tierras, aunque contraigan matrimonio con Edith Bellenden.

Y, diciendo esas palabras, guió a su compañero hasta Tillietudlem, donde confiscó la vajilla de plata y otros objetos de valor en nombre del ejército, registró los archivos en busca de documentos familiares y trató con desprecio a todos aquellos que osaron recordarle que una de las condiciones de la rendición había sido el respeto a la propiedad privada.

Burley y Macbriar, instalados en sus nuevos dominios, recibieron a lo largo del día la visita de Kettledrummle y del señor de Langcale, a quien el predicador había logrado apartar, según palabras de Poundtext, del resplandor de pureza en que había sido educado. Una vez reunidos, enviaron a Poundtext una invitación, o más bien un requerimiento, para asistir a una reunión en Tillietudlem. Pero éste recordó que la entrada tenía una verja de hierro y la torre del homenaje unas mazmorras, y no se atrevió a ir por desconfianza de sus encolerizados compañeros. Así que se batió en retirada o, para ser más claros, huyó en dirección a Hamilton con una noticia: que Burley, Macbriar y Kettledrummle se dirigirían hacia allí apenas logaran formar un regimiento de cameronianos capaz de intimidar al resto del ejército.

—Y ya veréis —concluyó Poundtext, con un profundo suspiro— cómo consiguen la mayoría en el consejo; pues el señor de Langcale, aunque siempre se le ha considerado un miembro del partido menos exaltado y razonable, no es ni carne ni pescado. Siempre estará con los más poderosos.

Y así terminó el triste relato del sincero señor Poundtext, que volvió a suspirar mientras recordaba el peligro que corría en medio de los insensatos adversarios de su propio partido, además de frente al enemigo común. Morton le pidió que tuviera paciencia, ánimo y serenidad; afirmó sus esperanzas de negociar la paz y la inmunidad a través de lord Evandale, y le dio a entender que no tardaría en volver a los viejos pergaminos de Calvino^[6], a la pipa de tabaco de las tardes y a la pequeña jarra de inspiradora cerveza, siempre que ofreciera su apoyo a las medidas adoptadas por Morton para lograr una pacificación general. Con el respaldo y el consuelo del joven Milnewood, el reverendo Poundtext decidió generosamente esperar la llegada de los cameronianos.

Burley y sus cómplices habían reunido un importante regimiento de esos sectarios, que ascendía a cien jinetes y alrededor de mil quinientos hombres de a pie, con aspecto sombrío y poco afable, carácter taciturno y desconfiado, y corazón altivo; y estaban tan seguros de que sólo ellos alcanzarían la salvación que contemplaban a sus compañeros —aunque las diferencias entre sus doctrinas fueran insignificantes— casi como a malhechores y réprobos. Esos hombres entraron en el campamento presbiteriano, más como celosos aliados o posibles adversarios, que como soldados embarcados en la misma causa y expuestos a idénticos peligros. Burley no visitó a Morton y a Poundtext ni les envió el menor comunicado sobre la situación del ejército; se limitó a convocarles a la reunión del consejo que se celebraría aquella noche.

Cuando Henry Morton y el reverendo llegaron al lugar de la asamblea,

encontraron a sus compañeros ya sentados. Se saludaron con frialdad, y pronto resultó evidente que los organizadores del encuentro no tenían intención de celebrar una reunión amistosa. Macbriar formuló la primera pregunta, pues el ímpetu de su celo religioso le empujaba siempre a adelantarse a los demás. El joven quería saber con qué autoridad se había librado al maligno, llamado lord Evandale, de la condena de muerte que tan justamente pesaba sobre él.

—Con la mía y la del señor Morton —repuso Poundtext, quien además de desear convencer a Henry de su valor, confiaba ciegamente en su apoyo.

Por otra parte, el reverendo prefería enfrentarse a un compañero de profesión, lo que le obligaría a defenderse con las armas de la controversia teológica, terreno en el que Poundtext no temía a nadie, en vez de entablar un debate con Balfour, el asesino implacable.

—¿Y quién os dio permiso, hermano —inquirió Kettledrummle—, para entrometeros en tan importante asunto?

—Nuestro cargo en el consejo nos autoriza a atar y desatar^[7]. Si el voto de un solo hombre era suficiente para condenar de forma justa a lord Evandale, el voto de dos sin duda bastaba para salvarlo de la muerte.

—Vamos, vamos —exclamó Burley—, conocemos vuestros motivos; queríais que ese gusano de seda... ese falso oropel... ese lord de pacotilla, llevase vuestras condiciones de paz hasta el tirano.

—Es cierto —contestó Morton, advirtiéndole que los demás consejeros empezaban a acobardarse ante la furiosa mirada de Balfour—; ¿y qué hay de malo en ello? ¿Acaso debemos sumir al país en una guerra interminable por perseguir unos objetivos tan crueles y perversos como inalcanzables?

—¡Escuchadle! —dijo Burley—. ¡Ha blasfemado!

—Es falso —interrumpió Morton—; blasfeman aquellos que fingen esperar milagros y se niegan a emplear los medios humanos con que la Providencia les ha bendecido. Lo repito. Nuestro propósito es restablecer la paz asegurando unas condiciones justas y honorables para nuestra religión y nuestra libertad. Rechazamos cualquier intento de sojuzgar las de otros.

La discusión habría sido cada vez más acalorada, de no haberse visto interrumpidos por la noticia de que el duque de Monmouth había emprendido su marcha hacia el oeste, y estaba ya a medio camino de Edimburgo. Aquella información acalló por el momento la disputa, y acordaron ayunar al día siguiente por los pecados del país, en señal de humillación; asimismo, decidieron que el reverendo Poundtext dirigiría un sermón al ejército por la mañana, y Kettledrummle por la tarde, y que ninguno de ellos haría alusión al cisma o a la división, limitándose a animar a los soldados a resistir en el combate como hermanos en la buena causa. Tras aprobar aquella reconciliadora propuesta, el partido moderado se aventuró a sugerir algo que creyó que contaría con el apoyo de Langcale, quien parecía perplejo ante las noticias que acababan de recibir, y tal vez prefiriera apoyar de nuevo las medidas

menos extremistas. Según afirmaron, en aquella ocasión el rey no había confiado el mando de sus fuerzas a ninguno de sus opresores, sino que, por el contrario, había elegido a un hombre de carácter afable y bien dispuesto hacia la causa presbiteriana, lo que parecía indicar que sus intenciones hacia ellos eran mejores de lo que habían sido en el pasado. Sostuvieron que no sólo era prudente sino también necesario averiguar, en una entrevista con el duque de Monmouth, si había recibido alguna instrucción secreta que los amparara. Y esto sólo se podía saber mandando a un emisario hasta su ejército.

—¿Y quién se encargará de dicha tarea? —exclamó Burley, eludiendo una propuesta demasiado razonable para ser rechazada abiertamente—. ¿Quién irá a su campamento, sabiendo que Grahame de Claverhouse ha jurado colgar al primer hombre que les enviemos para vengar la muerte de su joven sobrino?

—Eso no será ningún obstáculo —afirmó Morton—; correré gustoso cualquier riesgo derivado del cumplimiento de esa misión.

—Dejémosle ir —dijo en voz baja Balfour a Macbriar—; nuestros consejos se librarán de su presencia.

La moción, por ese motivo, fue aprobada incluso por aquellos de quienes podía haberse esperado mayor oposición, y se acordó que Henry Morton iría al campamento del duque de Monmouth con el fin de averiguar con qué condiciones aceptaría tratar con los rebeldes. Tan pronto como se hizo pública su misión, varios presbiterianos moderados se unieron para pedirle que llegara a un acuerdo basándose en el escrito confiado a lord Evandale; pues el avance del ejército real había hecho crecer el nerviosismo, incrementado por la soberbia de los cameronianos, que apenas tenía en que apoyarse salvo en su impetuoso celo. Con aquellas instrucciones y la compañía de Cuddie, Morton emprendió su camino hacia el campamento real, exponiéndose a todos los peligros que acechan a quienes toman sobre sí la responsabilidad de hacer de mediadores en pleno ardor de una guerra civil.

El joven Milnewood no había avanzado más de seis o siete millas cuando advirtió que estaba a punto de juntarse con la vanguardia enemiga; y, al ascender por una colina, divisó los caminos de los alrededores repletos de hombres armados que marchaban ordenadamente hacia Bothwell-muir^[8], en campo abierto, donde se proponían pasar la noche, a unas dos millas del Clyde, el mismo río junto al que había acampado a lo lejos el ejército rebelde. Se entregó al primer grupo de soldados de caballería que encontró y les comunicó su deseo de entrevistarse con el duque de Monmouth. El jefe del destacamento informó a su superior, que hizo llegar la noticia a otro oficial de mayor rango; y los dos se apresuraron a cabalgar hacia el lugar donde el joven se hallaba detenido.

—Estáis perdiendo el tiempo, amigo, además de arriesgar vuestra vida —dijo uno de ellos—; el duque de Monmouth no querrá negociar con unos traidores armados, y habéis cometido tales atrocidades que cualquier represalia está justificada.

—No puedo creer que, incluso considerándonos unos criminales —replicó

Morton—, el duque de Monmouth sea capaz de condenar a un grupo tan numeroso de compatriotas sin dignarse oír lo que tienen que alegar. Por mi parte, no siento temor. Sé que no he consentido ni autorizado la menor crueldad, y el miedo a sufrir inocentemente por los crímenes de otros no me impedirá cumplir mi misión.

Los dos oficiales se miraron entre sí.

—Creo que es el hombre de quien habló lord Evandale —exclamó el más joven.

—¿Está lord Evandale en el ejército? —inquirió Morton.

—No —contestó el oficial—; lo dejamos en Edimburgo, demasiado debilitado para acudir al campo de batalla. Vuestro nombre, supongo, es Henry Morton, ¿no?

—En efecto, señor —repuso el joven Milnewood.

—No nos oponremos a que veáis al duque, señor Morton —dijo el mismo oficial, en tono más amable—; pero debéis convencerlos de que resultará inútil, pues, aunque su señoría estuviera dispuesta a ayudaros, se lo impedirían otros altos mandos que lo acompañan.

—Lamentaré que eso ocurra —aseguró Morton—, pero el deber me obliga a insistir en tener una entrevista con él.

—Lumley —dijo el militar de mayor rango—, comunicad al duque la llegada del señor Morton y recordadle que es el hombre a quien lord Evandale tanto elogió.

El oficial regresó con el mensaje de que el general no podía recibir a Morton aquella noche, pero que lo haría a la mañana siguiente a primera hora. Fue retenido en una cabaña cercana, donde lo trataron con cortesía y le proporcionaron cuanto necesitó para su alojamiento. Con las primeras luces del día, el primer jinete que había encontrado a su llegada vino para acompañarle a su audiencia.

Los soldados habían salido de sus tiendas y se disponían a formar una columna para iniciar la marcha o el ataque. El duque estaba en el centro, casi a una milla del lugar donde Morton había pasado la noche. Al cabalgar hacia el general, el joven tuvo ocasión de observar el ejército reunido para sofocar aquella precipitada y anárquica insurrección. Había tres o cuatro regimientos ingleses, la flor y nata de las tropas del rey Carlos, y la Guardia de Corps Escocesa, ardiendo en deseos de vengar su última derrota. A ellos había que añadir otros regimientos escoceses profesionales, y una formidable caballería, integrada por caballeros voluntarios, además de por terratenientes que debían demostrar lealtad a la corona a cambio de sus feudos. Morton observó, asimismo, varios grupos muy numerosos de hombres de las Tierras Altas, llegados desde los puntos más cercanos a las fronteras de las regiones llanas, unos hombres especialmente crueles con los whigs del oeste, quienes los aborrecían y despreciaban con parecida intensidad; se encontraban reunidos alrededor de sus jefes, y formaban parte de aquel impresionante despliegue. Una poderosa artillería de campaña seguía a las fuerzas realistas; y el conjunto resultaba tan sobrecogedor que parecía que sólo un verdadero milagro podría impedir que el mal equipado, indisciplinado y desorganizado ejército rebelde fuera aniquilado. El oficial que acompañaba a Morton trató de leer en sus ojos la impresión que le había causado

aquel espléndido y terrible alarde de poderío militar; pero, fiel a los principios que había abrazado, se esforzó en disimular la inquietud que sentía, y miró a su alrededor como si no hubiera esperado ver otra cosa, y su única reacción fuera la indiferencia.

—Ya veis la diversión que os tenemos preparada —exclamaron los oficiales.

—Si no estuviera ansioso de ella —respondió Morton—, no me encontraría aquí en estos momentos. Pero preferiré un festejo más pacífico, por el bien de todos los partidos.

Y mientras decían aquellas palabras, se acercaron al comandante en jefe que, rodeado de varios oficiales, estaba sentado sobre un montículo desde el que dominaba un vasto panorama; y era fácil divisar desde allí los meandros del majestuoso Clyde y el lejano campamento de los insurrectos en la otra orilla. Los altos mandos del ejército realista parecían estar examinando el terreno con el propósito de ordenar un ataque inmediato. Cuando el capitán Lumley, el oficial que acompañaba a Morton, susurró al oído de Monmouth su nombre y la misión que le había llevado hasta allí, el duque indicó a sus hombres con un gesto que se retiraran, a excepción de dos militares de la más alta graduación. Mientras discutían en voz baja durante unos minutos, antes de dejar que Morton se les aproximara, el joven Milnewood tuvo tiempo de analizar el aspecto de las personas con quien debía tratar.

Era imposible contemplar al duque de Monmouth sin dejarse cautivar por su encanto personal y sus cualidades, que el Sacerdote Supremo de las Nueve^[9] ha recordado en estos versos:

*Whate'er he did was done with much ease,
In him alone 'twas natural to please;
His motions all accompanied with grace,
And Paradise was opened in his face.*^[10]

Y, sin embargo, para un observador agudo, el hermoso rostro de Monmouth perdía de vez en cuando algo de su brillo, pues un aire de vacilación e incertidumbre parecía implicar indecisión en los momentos en que se precisaba una gran firmeza.

Junto a él estaba Claverhouse, a quien ya hemos descrito con todo detalle, y otro oficial, cuya apariencia resultaba singularmente chocante. Vestía según la anticuada moda de la época de Carlos I, con una fina piel de gamuza curiosamente rasgada y guarnecida con viejos encajes y adornos. Sus botas y sus espuelas parecían corresponder al mismo lejano período. Llevaba un peto sobre el que caía una barba gris de venerable longitud, que cuidaba con mimo en señal de duelo por la muerte de Carlos I, y que jamás había vuelto a cortar desde que el monarca fuera conducido al patíbulo. Su cabeza, prácticamente calva, estaba descubierta. La frente arrugada y altiva, los penetrantes ojos grises y los rasgos afilados revelaban una avanzada edad libre de achaques y dolencias y una naturaleza implacable que desconocía la compasión. Así era, en líneas generales, el célebre general Thomas Dalzell, un

hombre que inspiraba más terror a los whigs que el mismísimo Claverhouse, y que los trataba con idéntica crueldad, debido quizá a su odio contra ellos o a la innata fiereza de su carácter, mientras que Grahame sólo lo hacía por cuestiones políticas, como el mejor modo de intimidar a los presbiterianos y acabar para siempre con su secta.

La presencia de aquellos dos generales que ya conocía, a uno personalmente y a otro de oídas, pareció decisiva a Morton para la suerte de su embajada. Pero, a pesar de su juventud e inexperiencia, y de la fría acogida que parecían dispuestos a dar a sus propuestas, avanzó audazmente hacia ellos cuando se lo indicaron, con el firme propósito de no perjudicar a la causa de su país y a todos aquellos que, tras empuñar las armas, habían depositado en él su confianza. Monmouth le recibió con la cortesía que acompañaba incluso al más trivial de sus actos; Dalzell le miró frunciendo impientemente el adusto ceño, que no auguraba nada bueno; y Claverhouse, con una sonrisa irónica y una ligera reverencia, pareció reivindicar su derecho a tratarle como un viejo conocido.

—Os envían esos desdichados —dijo el duque de Monmouth—, y vuestro nombre, según tengo entendido, es Morton; ¿os dignáis comunicarnos el objeto de vuestra visita?

—Ha quedado consignado por escrito, milord —respondió el joven Milnewood—, en un documento, llamado de Reconvención y Súplica, que probablemente lord Evandale haya entregado ya a vuestra señoría.

—En efecto lo ha hecho, señor —contestó el duque—; y he creído interpretar, a través de sus palabras, que habéis mostrado una gran generosidad y moderación en tan desgraciados asuntos, por lo que os pido que aceptéis mi agradecimiento.

Morton percibió cómo, al escucharle, Dalzell movía su cabeza con indignación y decía algo al oído de Claverhouse, que le sonrió y arqueó las cejas, aunque de un modo casi imperceptible. El duque sacó el memorial del bolsillo y, debatiéndose entre su naturaleza afable y su convicción de que los insurrectos reclamaban sólo sus derechos, y el deseo, por otra parte, de reforzar la autoridad real y amoldarse a las opiniones más inflexibles de sus compañeros de mando, nombrados para controlarle y aconsejarle, prosiguió diciendo:

—Existen en este documento unas propuestas sobre cuya rectitud debo renunciar ahora a pronunciarme. Algunas de ellas me parecen justas y razonables; y, a pesar de carecer de instrucciones expresas del rey, os aseguro, señor Morton, y estoy dispuesto a comprometer mi honor en ello, que intercederé en vuestro favor y utilizaré toda mi influencia para convencer a Su Majestad. Pero debéis comprender que únicamente puedo negociar con súbditos que acuden suplicantes, no con rebeldes; y, antes de ofreceros mi apoyo, debo insistir en que vuestros seguidores depongan las armas y se dispersen.

—Hacerlo, señor duque —repuso Morton imperturbable—, sería reconocer ante nuestros enemigos que somos los rebeldes que ellos creen. Hemos desenvainado

nuestras espadas para recuperar un derecho natural que nos ha sido arrebatado; vuestra moderación y buen juicio han admitido la justicia de nuestra demanda, que nunca se habría escuchado de no haber ido acompañada del sonido de la trompeta. Por ese motivo, ni podemos ni nos atrevemos a abandonar las armas, a pesar de vuestras promesas de inmunidad, mientras no vayan unidas a una perspectiva razonable de reparación de los atropellos que han originado nuestras protestas.

—Señor Morton —afirmó el duque—, tenéis suficiente criterio para comprender que existen peticiones, en un principio inocentes, que acaban siendo un verdadero peligro por el modo en que se imponen y respaldan.

—Podría responderos, milord —exclamó el joven Milnewood—, que antes de emprender tan desagradable camino, todos nuestros demás intentos habían fracasado.

—Señor Morton —dijo el duque—, debo dar por terminada nuestra entrevista. Estamos preparados para iniciar el ataque, pero lo suspenderé durante una hora con el fin de que podáis comunicar mi respuesta a los insurrectos. Si se avienen a dispersar a sus seguidores, deponer las armas y enviar una delegación de paz hasta nuestro campamento, me consideraré moralmente obligado a hacer cuanto esté en mi mano para poner fin a sus injusticias; de lo contrario, que estén en guardia y se atengan a las consecuencias. Creo, caballeros —añadió, dirigiéndose a sus dos acompañantes—, que es cuanto puedo hacer en favor de esos descarriados.

—A fe mía —contestó Danzell, hoscamente— que es mucho más de lo que hubiera osado hacer yo, teniendo en cuenta que debo responder ante el rey y mi conciencia. Pero no hay duda de que vuestra señoría conoce mejor las intenciones de nuestro monarca; nosotros únicamente hemos recibido una carta con sus instrucciones.

Monmouth se sonrojó profundamente.

—Como podéis ver —dijo, volviéndose hacia Morton—, el general Dalzell me culpa de estar demasiado dispuesto a ayudarlos.

—El general Dalzell, milord —replicó el joven—, ha expresado la única opinión que cabría esperar de sus sentimientos; la de vuestra señoría responde a una actitud en la que todos confiábamos. Pero no puedo dejar de añadir que, aun sometiéndonos por completo a vuestros deseos, seguiría siendo más que dudoso que, con unos consejeros como los que rodean al rey, vuestra mediación lograra aliviar nuestros sufrimientos. No obstante, me apresuraré a comunicar a nuestros jefes vuestra respuesta a las súplicas presbiterianas; y, ya que no podemos alcanzar la paz, demos la bienvenida a la guerra como mejor podamos.

—Buenos días, señor —dijo el duque—. Suspenderé el ataque por una hora, solamente por una hora. Si tenéis alguna respuesta en ese espacio de tiempo, os recibiré en este lugar, y ¡ojalá pueda evitarse con ella el derramamiento de sangre!

En aquel instante, Dalzell y Claverhouse intercambiaron otra sonrisa de profunda complicidad. El duque, consciente de ello, repitió sus palabras con mayor dignidad:

—En efecto, señores; confío en que la respuesta del señor Morton consiga evitar

el derramamiento de sangre. Espero que un sentimiento así no os ofenda ni despierte vuestro desprecio.

Dalzell miró con severidad al duque, pero ni siquiera respondió. Claverhouse esbozó una sonrisa irónica, al tiempo que afirmaba con una ligera reverencia que no le correspondía a él juzgar la rectitud de los sentimientos del duque.

Monmouth hizo una señal a Morton para que se marchara. El joven obedeció; y acompañado de su anterior escolta, cabalgó lentamente entre el ejército realista para regresar al campamento de los rebeldes. Mientras pasaba junto al gallardo regimiento de la Guardia de Corps, encontró a Claverhouse colocado ya al frente de éste. En cuanto el oficial divisó a Morton, avanzó en su dirección.

—¿Acaso no os he visto antes, señor Morton de Milnewood? —inquirió con enorme cortesía.

—El coronel Grahame de Claverhouse no tiene la culpa —exclamó Morton, sonriendo con frialdad— de que él u otros puedan ahora sentirse incómodos con mi presencia.

—Permitidme, al menos, deciros —contestó Claverhouse— que vuestra situación actual no hace sino confirmar lo que yo auguré al conoceros, y que mi proceder de entonces estuvo dictado por el deseo de cumplir con mi deber.

—Reconciliar las acciones con el deber, y el deber con la conciencia es asunto vuestro y no mío, coronel Grahame —dijo Morton, justamente ofendido al verse, en cierta medida, invitado a aprobar la sentencia que había estado a punto de acabar con su vida.

—Pero esperad un momento —exclamó Claverhouse—; Evandale insiste en que tengo algunos agravios que subsanar en vuestro caso. Confío en no olvidar nunca la diferencia entre un caballero de elevados principios, que, a pesar de sus errores, actúa siguiendo los dictados de su conciencia, y los locos y fanáticos patanes que se ven allá a lo lejos, acompañados de los sanguinarios asesinos que les dirigen. Por consiguiente, si no se dispersan a vuestro regreso, os ruego que volváis en seguida y os entreguéis al ejército realista como prisionero; tened la seguridad de que los covenanters no resistirán ni media hora nuestro asalto. Si os decidís a seguir este consejo, preguntad por mí. Monmouth, por extraño que pueda parecer, no puede protegeros... Dalzell se negará... Yo soy el único que puedo y deseo hacerlo; he prometido a Evandale ayudaros, si me dais la oportunidad.

—Daría las gracias a lord Evandale —respondió Morton secamente—, de no haber pensado que no me dejaría convencer para abandonar a aquellos con los que me he comprometido. En cuanto a vos, coronel Grahame, si deseáis darme una satisfacción, aunque de índole muy diferente, es probable que esté dentro de una hora en el extremo oeste del Puente de Bothwell con la espada en la mano.

—Me alegrará encontraros allí —afirmó Claverhouse—; y sobre todo porque tendréis tiempo para pensar mejor en mi primera propuesta.

Y tras despedirse con un saludo, los dos hombres se separaron.

—Allí tenéis a un valeroso muchacho, Lumley —dijo Claverhouse al otro oficial —; pero está perdido... su sangre no tardará en caer sobre su cabeza^[11].

Y después de pronunciar esas palabras, se dirigió a ultimar los preparativos de la inminente batalla.

Libro tercero

*But, hark! The tent has changed its voice,
There's peace and rest nae longer.*

BURNS^[1]

Cuando Morton hubo dejado atrás los ordenados puestos de avanzada del ejército realista y alcanzó los del campo presbiteriano, no pudo sino advertir una significativa diferencia en su disciplina, lo que le hizo temer aún más las consecuencias que de ello se derivarían. Las mismas disputas que agitaban sus consejos sembraban la discordia entre sus seguidores más humildes; y sus piquetes y patrullas parecían más preocupados por discutir las causas de la ira divina y definir los límites de la herejía erastiana, que por vigilar los movimientos de sus enemigos, a pesar de que ya se podían oír sus tambores y trompetas.

Había, sin embargo, algunos centinelas apostados en el largo y estrecho puente de Bothwell, por donde el enemigo debía necesariamente avanzar para iniciar el ataque; pero, al igual que sus compañeros, estaban divididos y desalentados. Convencidos de que ocupaban una posición desesperada, pensaban incluso en abandonar sus puestos para unirse al grueso del ejército. Aquello habría sido el fin de los presbiterianos, pues la suerte del día iba a depender en gran medida de la defensa de ese paso. Al otro lado del río, se extendía una gran llanura donde sólo crecían algunos matorrales de escasa altura; se trataba, así, de un terreno en el que las indisciplinadas fuerzas rebeldes, con una reducida caballería y carentes de artillería, no podrían resistir el asalto de las tropas enemigas.

Morton, por ese motivo, examinó el lugar con atención y concibió la esperanza de que, ocupando dos o tres casas de la orilla izquierda del Clyde, rodeadas de arbustos y matas de alisos y avellanos, cortando el paso y cerrando las verjas de acceso que, tal como solía hacerse en el pasado, se habían construido en el arco central, el puente de Bothwell podría ser fácilmente defendido de una fuerza muy superior. Dio las órdenes pertinentes, y mandó, asimismo, arrancar los parapetos en el lado más lejano del portón, con el fin de dejar al enemigo sin protección cuando intentase cruzar el río. Morton pidió a los hombres apostados en tan importante lugar que no bajaran la guardia, y prometió enviarles en seguida poderosos refuerzos. Para controlar el avance de las tropas de Monmouth, ordenó colocar algunos puestos de vigilancia al otro lado del río, que debían retroceder a la orilla izquierda tan pronto como vieran que sus adversarios se acercaban; finalmente, encargó a esos centinelas que enviaran

con regularidad noticias de cuanto observaran al grueso del ejército. Los hombres armados y en situación de peligro no suelen tardar en apreciar los méritos de sus oficiales. El empuje y la inteligencia de Morton ganaron la confianza de esos hombres, que, mucho más tranquilos y esperanzados que antes, empezaron a reforzar su posición tal como el joven les había recomendado, al tiempo que se despedían de él con tres fuertes vítores.

Morton se dirigió entonces a galope tendido hacia el campamento rebelde, donde contempló con indignación y asombro la confusión y el alboroto que reinaban en él, en unos momentos en los que el orden y la concordia resultaban de tanta importancia. En lugar de estar formados para el combate y de escuchar las instrucciones de sus oficiales, los hombres se arremolinaban en una masa informe que parecía dar vueltas y agitarse como las olas del mar, mientras cientos de voces hablaban, o más bien vociferaban, y ni un solo oído se dignaba escuchar. Escandalizado ante tan extraordinaria escena, Henry Morton trató de abrirse paso entre la multitud para poner remedio, en la medida de lo posible, a la causa de aquel inoportuno desorden. Y mientras dejamos al joven intentando conseguir su objetivo, informaremos al lector de lo que él tardó algún tiempo en descubrir.

Los rebeldes estaban celebrando su día de ayuno, práctica que, según los puritanos en la anterior guerra civil, era el mejor modo de resolver todas las dificultades y abandonar todas las disputas. Habían levantado un púlpito provisional, o una especie de tienda, en medio del campamento, que, tal como habían acordado sus cabecillas, debía ocuparlo en primer lugar el reverendo Poundtext, a quien se había concedido aquel honor por tratarse del clérigo de edad mas avanzada. Pero cuando el honesto religioso, con pasos lentos y majestuosos, se dirigía hacia la tribuna que le habían preparado, la inesperada aparición de Habakkuk Meiklewrath, el predicador demente, cuyo aspecto tanto había alarmado a Morton en el primer consejo de los insurrectos tras su victoria en Loudoun-hill, le obligó a detenerse. Se desconoce si el anciano actuó instigado por los cameronianos, o fueron su propia imaginación delirante y la tentación de un púlpito vacío lo que le indujo a exhortar a tan numerosa congregación. Lo que sí sabemos es que, aprovechando la ocasión de inmediato, subió de un salto al púlpito, miró con furia a su alrededor e, impassible ante los murmullos de la audiencia, abrió la Biblia y comenzó a leer el capítulo trece del Deuteronomio:

—«Algunos hombres malvados, los hijos de Belial, han salido de tu propio seno, y han seducido a sus conciudadanos diciendo: Vamos a dar culto a otros dioses que vosotros no conocíais».

Y después de esas palabras, se lanzó de lleno a pronunciar su sermón.

La arenga de Meiklewrath fue tan enloquecida y extravagante como ilícita e intempestiva había sido su intrusión; pero resultó provocativa por su coherencia, pues versó sobre los puntos de discordia que los jefes presbiterianos habían acordado no discutir hasta que se presentara una ocasión más propicia. El viejo lunático pasó

revista a todas las cuestiones que pudieran suponer alguna transgresión; y después de acusar al partido moderado de herejía, de claudicar ante los tiranos y de buscar la paz con los enemigos del Señor, culpó directamente a Morton de haber sido un hombre de Belial que, según las Escrituras, había salido de entre ellos^[2] para seducir a sus conciudadanos y conducirles por el mal camino, tras unos dioses falsos. Meiklewrath clamó furia y venganza contra él y quienes seguían o aprobaban su conducta, y animó a todos los que seguían siendo puros e inmaculados a separarse de ellos.

—No temáis —dijo— el relinchar de los caballos ni el resplandor de los petos. No busquéis ayuda en los egipcios^[3], aunque vuestros enemigos sean numerosos como langostas^[4] y feroces como dragones. Ni su confianza es como nuestra confianza, ni su roca como nuestra roca; pues ¿cómo podría de otro modo un hombre perseguir a mil, y dos poner en fuga a una miríada?^[5] Tuve esa visión mientras dormía y una voz me dijo: «Habakkuk, toma tu bieldo y separa el trigo de la paja^[6]; no permitas que se quemen ambos con el fuego de la indignación y los rayos de la furia». Y por todo ello, yo os digo, coged a ese Henry Morton (ese despreciable Acán que ha traído el anatema entre vosotros y se ha convertido en hermano de los enemigos), cogedlo y apedreadlo, antes de quemarlo en la hoguera, para que la cólera divina se aleje así de los hijos del Covenant. No ha escondido un manto babilonio, pero ha vendido el traje de boda^[7] a la mujer de Babilonia^[8]; no ha robado doscientos siclos de hermosa plata, pero ha desfigurado la verdad, que es mucho más valiosa que los siclos de plata o los lingotes de oro.

Tras escuchar aquel furioso e inesperado ataque contra uno de sus guías más activos, se armó un verdadero alboroto entre la audiencia; algunos exigían que se celebrara en aquel instante una nueva elección de oficiales, afirmando que no podría acceder a dicho cargo nadie que hubiera, según sus palabras, tocado el anatema o contemporizado de una u otra forma con las herejías y la corrupción propias de la época. Y ésas eran las demandas de los cameronianos, que gritaban enfervorizados que el que no estaba con ellos estaba contra ellos^[9]; que no era momento para renunciar al Covenant, si esperaban que sus armas y su causa fueran bendecidas; y que, en su opinión, un tibio presbiteriano era poco mejor que un episcopaliano, un enemigo del Covenant y un ateo.

Los más moderados rechazaron con desprecio e indignación las imputaciones de complicidad con el delito y traición a la verdad, y reprocharon a sus acusadores la falta de fe, así como el obstinado y absurdo afán de fomentar aquella escisión entre un ejército que, incluso unido, ni los más optimistas creerían suficientemente fuerte para enfrentarse a sus enemigos. Pundtext y uno o dos hombres hicieron algunos tímidos intentos para aplacar la furia creciente de las dos facciones, repitiendo a los más exaltados las palabras del patriarca: «No haya disputas entre nosotros, os lo ruego, ni entre mis pastores y vuestros pastores, pues somos hermanos»^[10].

Mas ningún llamamiento a la calma podía encontrar respuesta. Y resultó en vano

que incluso el propio Burley, al advertir tan terrible caos, ordenara silencio y disciplina con voz profunda y autoritaria. El espíritu de la insubordinación se había adueñado de aquellos hombres, y parecía como si la exhortación de Habakkuk Meiklewrath hubiese comunicado parte de su locura a cuantos le habían escuchado. Los más sabios o los más tímidos empezaban a alejarse del campo de batalla, dando su causa por perdida. Otros arbitraban una nueva elección de oficiales, destituyendo a los anteriormente nombrados, y lo hacían en medio de un revuelo y de un clamor acordes con la falta de orden y de sentido común que caracterizaban aquella operación. Y fue justo entonces cuando Henry Morton llegó al campamento y encontró al ejército sumido en un estado de total anarquía, a punto de dispersarse. Unos le recibieron con vítores y aplausos; otros, con imprecaciones.

—¿Qué significa este terrible desorden en un momento así? —preguntó a Burley, quien, después de haber intentado en vano restaurar el orden, se apoyaba exhausto en su espada, contemplando el tumulto con desesperación.

—Significa —contestó— que el Señor nos ha puesto en manos de nuestros enemigos.

—Eso no es cierto —exclamó Morton, con una voz y un ademán que obligaron a muchos a escucharle—; no es el Señor quien nos ha abandonado, somos nosotros los que le abandonamos a él, y provocamos nuestra deshonra desacreditando y traicionando la causa de la libertad y la religión. Escuchadme bien —exclamó, subiendo al púlpito que Meiklewrath se había visto obligado a abandonar debido a su agotamiento—, el enemigo se ha dignado negociar con nosotros si deponemos las armas; mas si deseáis luchar como hombres, yo os enseñaré a defendernos con honor. El tiempo vuela. Elijamos entre la paz o la guerra; y que nadie pueda decir en el futuro que seiscientos escoceses armados no tuvieron el valor de mantenerse firmes y luchar por sus principios, ni la prudencia de negociar la paz, ni siquiera la cobarde sabiduría de batirse a tiempo en retirada. ¿Qué sentido tiene discutir los detalles más nimios de la disciplina eclesiástica cuando una total destrucción amenaza el templo? Recordad, hermanos míos, que el último y más terrible de los males que infligió Dios al pueblo elegido^[11], el último y más terrible de los castigos a su ceguera y dureza de corazón, fueron las sangrientas disputas que dividieron a la ciudad, incluso cuando el enemigo llamaba con gran estruendo a sus puertas.

Algunos oyentes manifestaron su parecer sobre aquella exhortación con fuertes exclamaciones de aplauso; otros le abuchearon con sus gritos:

—¡A vuestras tiendas, Israel^[12]!

Morton vio aparecer las columnas del ejército real en la orilla derecha del río, mientras se dirigían hacia el puente.

—¡Detened vuestros necios clamores! ¡El enemigo está allí! —exclamó elevando cuanto pudo su voz, al tiempo que señalaba con su mano—. Nuestras vidas, así como nuestras esperanzas de recuperar leyes y libertades, dependen de ese puente. Al menos un escocés morirá defendiéndolo. ¡Que me siga todo aquel que ame a su país!

La multitud había vuelto sus cabezas en aquella dirección. El espectáculo de las resplandecientes filas de soldados de infantería, protegidas por varios escuadrones a caballo, del cañón que los artilleros se ocupaban de montar frente al puente, y de la interminable sucesión de tropas destinadas a apoyar el ataque, les hicieron enmudecer; y les invadió el mismo desconsuelo que si se hubiera tratado de una sorprendente aparición, y no lo que todos debían haber estado esperando. Se miraron entre sí, y contemplaron a sus jefes; y sus miradas reflejaban la debilidad de un paciente que hubiera quedado extenuado tras un acceso de locura. Pero, sin embargo, cuando Morton bajó del púlpito y se encaminó hacia el puente, alrededor de cien jóvenes, los más próximos a él, le siguieron.

—Ephraim —dijo Burley, volviéndose hacia Macbriar—, la Providencia nos muestra el camino a través de la sabiduría mundana de ese joven latitudinario. ¡Quienquiera que ame la luz^[13], que siga a Burley!

—Esperad —replicó Macbriar—; ni Henry Morton ni un hombre como él podrán imponer nuestras entradas y salidas^[14]; por consiguiente, quedémonos atrás. Temo que ese ateo Acán traicione a nuestro ejército. No vayáis con él: sois nuestros carros y nuestra caballería^[15].

—No me lo impidáis —respondió Burley—; Morton tenía razón al decir que todo está perdido si el enemigo conquista el puente. ¿Serán los hijos de esta generación más sagaces y valientes que los hijos del santuario^[16]? Seguid a vuestros jefes, no permitáis que falten hombres y municiones; y ¡maldito sea quien abandone el arado en este glorioso día!

Y tras decir aquellas palabras, corrió hacia el puente, seguido de los doscientos cameronianos más audaces y exaltados. Hubo una pausa profunda y desalentadora cuando Morton y Burley se alejaron de allí. Los oficiales se valieron de ella para formar a sus hombres, y exhortaron a los que corrían más peligro a arrojar al suelo para evitar el cañoneo que les esperaba. Los rebeldes dejaron de oponer resistencia y de protestar; pero el miedo que había acallado sus disputas parecía haber anulado su coraje. Se colocaron en sus puestos con la docilidad de un rebaño de ovejas, sin dar muestras de mayor energía o decisión que éstas; pues la proximidad del peligro, contra el que no habían querido tomar precauciones cuando aún les parecía lejano, les había sumido en el abatimiento. Se pusieron en marcha, no obstante, con cierta regularidad; y, al adquirir el aspecto de un ejército, sus comandantes albergaron la esperanza de que alguna circunstancia favorable restableciera su valor y su ánimo.

Kettledrummy, Poundtext, Macbriar y otros predicadores se apresuraron a ocupar sus lugares entre los soldados y les instaron a entonar un salmo. Pero los más supersticiosos observaron, como un mal presagio, que ese canto de alabanza y triunfo no era sino un «temblor de consternación»^[17], más parecido al salmo de súplica de un condenado en lo alto del patíbulo que a los temerarios compases que habían resonado entre los brezales silvestres de Loudoun-hill, anticipando la victoria de ese día. La triste melodía no tardó en verse acompañada del bronco sonido del cañón, que abrió

fuego por un costado, mientras los mosquetes lo hacían por ambos flancos; y el puente de Bothwell y las orillas más cercanas, se vieron envueltos en una densa espiral de humo.

*As e'er ye saw the rain down fa'
Or yet the arrow from the bow,
Sae our Scots lads fell, even down,
And they lay slain on every knowe.*

Antigua balada^[1]

Antes de que Morton o Burley alcanzaran el puesto que se disponían a proteger, el enemigo empezó a atacarlo con enorme furia. Los dos regimientos de infantería, en una compacta columna, corrieron hacia el río, donde uno de ellos, desplegándose a lo largo de la orilla derecha, abrió fuego sobre quienes defendían el paso, mientras el otro continuaba su avance para ocupar el puente. Los rebeldes resistieron el ataque con constancia y con valor; y mientras algunos devolvían los disparos por encima del río, otros descargaban sus mosquetes en el extremo opuesto del puente, y en cualquier lugar por el que los soldados intentaran acercarse. Estos últimos sufrieron grandes bajas, pero siguieron ganando terreno, y ya sus primeras filas habían logrado llegar hasta el puente, cuando la llegada de Morton dio un vuelco a la situación. Sus tiradores, abriendo un incesante fuego sobre el paso, con infalible puntería, obligaron a los asaltantes a batirse en retirada, tras experimentar numerosas bajas. Intentaron un segundo asalto y volvieron a ser rechazados, perdiendo a muchos de los suyos, pues Burley había entrado en la lucha acompañado de sus hombres. Los dos ejércitos prosiguieron el combate con la mayor vehemencia, y el resultado pareció más que dudoso.

Podía contemplarse a Monmonth, sobre un magnífico corcel blanco, en lo alto de la orilla izquierda del Clyde, dirigiendo y animando los esfuerzos de sus soldados. Bajo sus órdenes, el cañón, que en un principio se había utilizado para hostigar al grueso del lejano ejército presbiteriano, apuntaba ahora hacia los defensores del puente. Pero aquel formidable artefacto, mucho más lento que en nuestros días, no conseguía los fines deseados, y apenas intimidaba al adversario. Los insurrectos, protegidos por la maleza que crecía en las riberas del río o estacionados en las cabañas anteriormente mencionadas, luchaban a cubierto, mientras que los realistas, debido a las precauciones tomadas por Morton, estaban completamente expuestos al fuego enemigo. Y la defensa fue tan prolongada y tan tenaz que los generales del rey empezaron a temer la victoria de los covenanters. Monmouth desmontó de un salto del caballo e, infundiendo ánimo a su infantería, la guió en un nuevo y desesperado

ataque, mientras Dalzell le secundaba con entusiasmo, a la cabeza de los hombres de las Tierras Altas del distrito de Lennox, que avanzaron entonando su terrible grito de guerra del lago Sloy^[2]. En un momento tan decisivo, las municiones de los presbiterianos que defendían el puente comenzaron a agotarse; enviaron un mensaje tras otro a su ejército, reclamando pólvora y refuerzos, mas todo resultó en vano, pues sus compañeros en la retaguardia parecían haber quedado paralizados. El miedo, la consternación y el desorden se habían extendido entre ellos, y, mientras el paso del que dependía su seguridad exigía ser instantánea y poderosamente reforzado, nadie pareció dispuesto a dar órdenes u obedecerlas.

El fuego de los covenanters empezó a hacerse menos intenso, al tiempo que el de los realistas aumentaba y adquiría tintes funestos. Animados por el ejemplo y las exhortaciones de sus generales, los soldados lograron alcanzar el puente y empezaron a retirar los obstáculos que lo bloqueaban. Forzaron las verjas de entrada, y derribaron y lanzaron al río travesaños, troncos y demás materiales utilizados para levantar las barricadas. Mas no les resultó fácil hacerlo. Morton y Burley pelearon al frente de sus seguidores, y les animaron a enfrentarse con sus lanzas, picas y alabardas a las bayonetas de los soldados y a las espadas de los hombres de las Tierras Altas. Pero sus hombres empezaron a acobardarse ante un combate tan desigual, y a retroceder de uno en uno, o en grupos de dos o tres, hacia el grueso del ejército, hasta que los pocos que quedaron fueron expulsados del puente por el empuje de la columna enemiga, así como por la superioridad de sus armas. Una vez abierto el paso, las tropas enemigas se precipitaron a cruzarlo. Pero el puente era largo y estrecho, lo que hacía la maniobra lenta y peligrosa; y los primeros en conseguirlo debían aún conquistar las cabañas, desde cuyas ventanas los covenanters seguían disparando. Burley y Morton lucharon codo con codo en aquellos dramáticos momentos.

—Todavía tenemos tiempo de atacarles con la caballería —dijo el primero—, antes de que vuelvan a organizarse; y, con la ayuda de Dios, tal vez podamos reconquistar el puente. Apresuraos a traerla, mientras continúo la defensa con mi viejo y cansado cuerpo.

Morton comprendió la importancia de su consejo y, subiendo de un salto al caballo que Cuddie tenía preparado para él tras los arbustos, se dirigió a galope tendido hacia la caballería de su ejército, que casualmente estaba formada sólo por cameronianos. Antes de explicarles el motivo de su llegada o de dar la orden de asalto, le recibieron en medio de fuertes imprecaciones.

—¡Huye! —exclamaron—. El cobarde traidor huye como un ciervo del cazador^[3], y ha dejado al valeroso Burley en medio de la matanza.

—No es cierto —respondió Morton—. Vengo para conducirlos al ataque. Avanzad sin miedo y lograremos la victoria.

—¡No le sigáis! ¡No le sigáis! —gritaron enfervorizados algunos de entre sus filas—. Os ha vendido a la espada del enemigo.

Y mientras Morton trataba de persuadirlos de lo contrario y les pedía en vano que fueran tras él, se perdió el momento en que su avance hubiera podido resultar útil, y la salida del puente, con todas las defensas, cayó en manos del enemigo. Burley y sus escasos seguidores se replegaron hacia el grueso del ejército; y el espectáculo de su precipitada y azarosa huida estuvo lejos de devolver la confianza que tanto necesitaban los covenanters.

Entretanto, las fuerzas realistas cruzaron el puente sin apresurarse y, asegurando el acceso, se dispusieron para la lucha. Claverhouse, que, como un halcón encaramado sobre una roca esperando el momento de arrojar sobre su presa, había contemplado el desarrollo de los acontecimientos desde la orilla opuesta, pasó el puente a la cabeza de la caballería a un trote vivo y, conduciendo a sus hombres en escuadrones a través de los huecos y alrededor de los flancos de la infantería real, les ordenó formar en el campo de batalla; se lanzó entonces al asalto, avanzando de frente con un numeroso grupo, al tiempo que dos de sus divisiones amenazaban los flancos de los covenanters. Todo parecía indicar que el piadoso ejército presbiteriano se dejaría llevar por el pánico a la menor señal de ataque. La desesperación y el desánimo hicieron a sus hombres incapaces de resistir la carga de la caballería; y aquel espectáculo y el terrible estruendo que lo acompañaba les llenaron de espanto: el ímpetu con que galopaban los caballos, el temblor de la tierra bajo sus cascos, el entrechocar de las espadas, el ondular de los penachos y los feroces gritos de los jinetes. Las primeras filas intentaron a duras penas defenderse con unos torpes y desordenados disparos, mientras la retaguardia se dispersaba y huía en medio del caos antes de que la ofensiva enemiga hubiera terminado. En menos de cinco minutos los jinetes estaban entre ellos, hiriendo y golpeando al enemigo con verdadero ensañamiento.

—¡Matadles! ¡Matadles sin piedad! —se oía gritar a Claverhouse, por encima del estrépito del combate—. ¡Recordad a Richard Grahame!

Los dragones, muchos de los cuales habían sido testigos de la ignominia de Loudoun-hill, tenían verdadera sed de venganza, por lo que no necesitaban más exhortaciones. Sus espadas bebían cruelmente la sangre de los sumisos fugitivos. Y sólo respondían a las peticiones de clemencia con los gritos que acompañaban a sus golpes; y el campo de batalla se convirtió en un confuso escenario de muerte, huida y persecución. Alrededor de mil doscientos rebeldes, que se habían mantenido unidos a cierta distancia, alejados de la línea de carga de la caballería, arrojaron sus armas y se rindieron sin condiciones al duque de Monmouth, que se acercaba al frente de la infantería. El bondadoso aristócrata les concedió inmediatamente el perdón que demandaban; y galopando entre sus soldados hizo tantos esfuerzos por detener la matanza como los que había hecho para obtener la victoria. Mientras se ocupaba de tan humanitaria tarea, se topó con el general Dalzell, que animaba a los feroces hombres de las Tierras Altas a mostrar su entusiasmo por el rey y por Escocia apagando la llama de la rebelión con la sangre de los insurrectos.

—¡Envainad vuestra espada! ¡Es una orden, general! —exclamó el duque—. Y dad el toque de retirada; ya se ha derramado demasiada sangre. Apiadaos de los súbditos descarriados del rey.

—Os obedeceré, señoría —dijo el anciano, limpiando la sangre de su acero y enfundándolo nuevamente—; pero también os advierto, que *no* se ha hecho lo suficiente para intimidar a esos desesperados rebeldes. ¿Acaso no habéis oído decir que Basil Olifant ha reunido a varios caballeros y hombres acaudalados en el oeste y se dirige en estos momentos a su encuentro?

—¡Basil Olifant! —repitió el duque—. ¿Quién es?

—El heredero varón del último conde de Torwood; está muy descontento con el gobierno, ya que sus demandas para obtener las propiedades del difunto fueron rechazadas en favor de lady Margaret Bellenden. Supongo que la esperanza de conseguir la heredad le ha animado a ponerse en movimiento.

—Sean cuales sean sus motivos —replicó Monmouth—, no tardará en dispersar a sus seguidores, pues este ejército se halla demasiado quebrantado para rehacerse de nuevo. Os ordeno una vez más, por ello, que dejéis de perseguir al enemigo.

—Es competencia vuestra dirigir este ejército, y sois el único responsable de las decisiones que tomáis —contestó Dalzell, mientras obligaba de mala gana a sus hombres a detener la caza de presbiterianos.

Pero el cruel y vengativo Grahame estaba demasiado lejos para oír el toque de retirada, y continuó con su caballería la infatigable y sangrienta persecución, golpeando, destrozando y haciendo pedazos a cuantos insurrectos podía alcanzar.

Burley y Morton fueron arrastrados lejos del campo de batalla por la enloquecida marea de fugitivos. Intentaron defender las calles de Hamilton, pero, mientras trataban de inducir a los que huían para continuar la lucha, Burley fue alcanzado por un disparo que le hirió el brazo con que sujetaba el acero.

—¡Que se marchite la mano que ha descargado ese tiro! —exclamó, al tiempo que caía al suelo la espada que estaba blandiendo sobre su cabeza—. No puedo seguir luchando.

Y, tirando de las riendas de su caballo, se alejó del tumulto. Morton comprendió que sus esfuerzos por reagrupar a los fugitivos eran inútiles y que, de insistir, terminaría muerto o prisionero; por ese motivo, seguido de su fiel Cuddie, logró separarse de la muchedumbre y, disponiendo de un brioso corcel, saltó por encima de uno o dos cercados y escapó al galope.

Los dos jóvenes miraron hacia atrás desde la primera colina que alcanzaron en su huida, y contemplaron los campos cubiertos de compañeros fugitivos y de dragones que les daban caza; y los salvajes gritos que proferían los perseguidores, mientras acababan cruelmente con las vidas de los presbiterianos que lograban capturar, se mezclaban con los lamentos y alaridos de sus víctimas, elevándose discordantes sobre la colina.

—Es imposible que rehagan sus fuerzas —exclamó Morton.

—Eso es más que evidente —replicó Cuddie—. ¡Dios! ¡Cómo brillan sus espadas! La guerra es algo terrible... Tendrán que engañarme para hacerme volver a ella. Pero, por el amor de Dios, señor, busquemos un lugar seguro.

Morton comprendió la necesidad de seguir el consejo de su leal escudero. Reanudaron entonces su galope y, sin detenerse, se encaminaron hacia las regiones montañosas y salvajes, donde pensaron que probablemente se reunirían algunos de los supervivientes para organizar la defensa o negociar un acuerdo.

*They require
Of Heaven the hearts of lions, breath of tigers,
Yea, and the fierceness too.*

FLETCHER^[1]

Había anochecido; llevaban dos horas sin ver a ninguno de sus infortunados compañeros, cuando Morton y su fiel criado alcanzaron los páramos y se acercaron a una granja solitaria, situada en la entrada de una agreste y pantanosa cañada, en un remoto paraje.

—Nuestros caballos —dijo Morton— no podrán continuar sin un poco de descanso y alimento; a ver si lo encontramos en este lugar.

Y, diciendo estas palabras, se dirigió hacia la casa, que parecía estar habitada. Una abundante humareda salía por la chimenea, y se veían junto a la entrada huellas recientes de cascos de caballo. Podían incluso oír un murmullo de voces humanas en su interior. Pero todas las ventanas del piso inferior estaban firmemente cerradas; y, cuando llamaron a la puerta, nadie se dignó contestar. Después de insistir en vano, suplicando que les dejaran entrar, se alejaron hacia el establo, o más bien el cobertizo que servía como tal, con el fin de acomodar a los caballos, antes de encontrar la manera de ser admitidos. Descubrieron allí diez o doce cabalgaduras, cuyo agotamiento, así como el aspecto militar aunque descuidado de sus arreos y sillas, indicaban que sus dueños eran rebeldes fugitivos en las mismas circunstancias que ellos.

—Presiento que este encuentro nos va a traer buena suerte —dijo Cuddie—; y estoy seguro de que están asando carne en abundancia, pues aquí hay un trozo de piel que hace menos de media hora cubría aún la pierna de un novillo. Todavía está tibio.

Animados por las apariencias, regresaron nuevamente a la casa y, anunciando hallarse en los mismos apuros que sus ocupantes, pidieron a voces ser admitidos.

—Quienesquiera que seáis —respondió una voz grave por la ventana, tras un largo y recalcitrante silencio—, dejad de molestar a quienes lloran la desolación y el cautiverio del país, y tratan de encontrar las causas de la ira y del abatimiento, con el fin de eliminar los obstáculos del camino por el que hemos avanzado torpemente^[2].

—Son exaltados whigs del oeste —susurró Cuddie a su amo—; conozco bien su modo de hablar. Que el diablo me lleve si pienso en acercarme a ellos.

Morton, sin embargo, se dirigió nuevamente al grupo e insistió en que les dejaran

entrar; sin embargo, al percatarse de que continuaban ignorando sus ruegos, forzó uno de los postigos inferiores y, empujando violentamente las contraventanas, que apenas ofrecieron resistencia, irrumpió en la enorme cocina de donde había salido la voz.

—Espero que no haya un puchero de caldo de col en el fuego —murmuró entre dientes Cuddie al seguirle, mientras introducía su cabeza por la ventana.

Señor y criado se encontraron ante diez o doce hombres armados alrededor de un fuego, en el que preparaban algo de comer, aparentemente enfrascados en sus oraciones.

Al contemplar sus apesadumbrados rostros, iluminados por la luz del fuego, Morton no tuvo dificultad en reconocer a algunos de los fanáticos que más se habían distinguido por su intolerante oposición a las propuestas moderadas, acompañados de su famoso pastor Ephraim Macbriar y del demente Habakkuk Meiklewrath. Los cameronianos no despegaron los labios ni hicieron el menor gesto para dar la bienvenida a sus hermanos en la desgracia, y continuaron escuchando las plegarias casi imperceptibles de Macbriar, quien rogaba al Todopoderoso que levantara a su pueblo y no permitiera que todo terminase el día de su ira. Y las miradas hoscas e indignadas que, de vez en cuando, lanzaban a los intrusos, cuando sus ojos se encontraban, eran la única señal de que se habían percatado de su presencia.

Morton, consciente de haber irritado a un grupo terriblemente hostil, decidió salir de allí; pero, al volver su cabeza, observó alarmado cómo dos hombres fornidos se habían colocado en silencio junto a la ventana por donde habían entrado.

—Hijo de Mause Headrigg, esa admirable mujer —dijo en voz baja a Cuddie uno de los siniestros centinelas—, no sigáis confiando vuestra suerte a ese hijo de la traición y de la perdición^[3]. Continuad vuestro camino, no os quedéis atrás, pues el vengador de la sangre^[4] os persigue.

Y señaló la ventana, por la que Cuddie saltó sin la menor vacilación; pues en seguida comprendió que con aquellas amenazas, de no hacerlo así, correría un grave peligro.

«Las ventanas parecen darme mala suerte —fue su primer pensamiento cuando estuvo al aire libre—. ¡Los muy asesinos! ¡Matarán a Henry Morton! Y estarán además convencidos de que hacen algo bueno. Pero volveré a Hamilton y trataré de encontrar a alguno de nuestros hombres para que venga en su ayuda antes de que sea demasiado tarde».

Cuddie se apresuró a ir a los establos y, cogiendo la mejor montura que encontró, pues la suya estaba extenuada, emprendió el galope en dirección a la ciudad.

El estrépito de los cascos de su caballo interrumpió por unos instantes las oraciones de los fanáticos. Al desaparecer el ruido en la distancia, Macbriar terminó sus plegarias, y los hombres se pusieron en pie y fijaron en Henry Morton sus frías miradas, hasta entonces clavadas en el suelo.

—¿Por qué me miráis con esa cara, caballeros? —inquirió el joven—.

Desconozco qué he podido hacer para merecerlo.

—¡Acabemos con él! —exclamó Meiklewrath, levantándose de un salto—. La palabra que habéis desdeñado se convertirá en una roca que os aplastará y convertirá en polvo^[5]; la lanza que habríais roto os atravesará el costado^[6]; hemos orado, y luchado, y suplicado por un sacrificio que borrara los pecados de la comunidad^[7], y ¡he aquí en nuestras manos al hombre por quien el escándalo viene^[8]! Ha entrado por la ventana como un ladrón^[9]; es un carnero cogido por los cuernos, cuya sangre será ofrendada al Señor para nuestra redención; y este lugar se llamará «Yahvé provee», porque aquí se celebrará el sacrificio^[10]. Apresuraos entonces, y atad a la víctima con unas cuerdas a los ángulos del altar^[11].

El grupo pareció ponerse en movimiento; y Morton lamentó profundamente haber cometido la imprudencia de aventurarse en su compañía. Sólo llevaba la espada, pues había dejado las pistolas junto al arzón delantero de su silla de montar, mientras que los whigs estaban todos ellos provistos de armas de fuego; no tendría, por tanto, escapatoria si decidía ofrecerles resistencia. La intervención de Macbriar, sin embargo, le sirvió de ayuda.

—Deteneos por unos instantes, hermanos. Seamos cautos a la hora de utilizar la espada, para que el peso de la sangre inocente no caiga sobre nosotros. Venid —dijo a Morton—, escucharemos vuestras palabras antes de vengar la causa que habéis traicionado. ¿Acaso no pusisteis vuestra cara como el pedernal^[12], a sabiendas de que mentíais, en todas las asambleas del ejército?

—Sí lo hizo, sí lo hizo —murmuraron con voces profundas los asistentes—. Siempre incitó a la paz con los malignos —gritó uno—. E intercedió por la siniestra Indulgencia —añadió otro—. Y habría entregado al ejército a Monmouth —exclamó un tercero—, y fue el primero en abandonar al honrado y valeroso Burley, mientras éste continuaba aún defendiendo el paso. Lo encontré en el llano, con las espuelas llenas de sangre^[13], mucho antes de que en el puente hubiera cesado el fuego.

—Caballeros —dijo Morton—, si pretendéis condenarme entre todos, y quitarme la vida sin escuchar mis alegaciones, tal vez tengáis poder para hacerlo; pero pecaréis ante Dios y ante los hombres al cometer semejante asesinato.

—Oigamos lo que tenga que decir —exclamó Macbriar—; el Cielo sabe que nuestras entrañas han suspirado por él^[14], para que pudiera descubrir la luz y emplear su talento en defenderla. Pero se ha dejado cegar por su mundana sabiduría y ha rechazado la luz que resplandecía ante sus ojos.

Cuando todos guardaron silencio, Morton procedió a explicarles cómo su buena fe le había llevado a desear un acuerdo con Monmouth, y cuán grandes habían sido sus esfuerzos para lograrlo.

—No puedo llegar tan lejos como vosotros deseáis, caballeros, y aceptar que mis correligionarios tiranicen a los demás; pero nadie defenderá nuestra libertad con mayor fervor que yo. Y debo afirmar que, de haber habido más hombres de mi

opinión en el consejo, o más dispuestos a apoyarme en la batalla, esta noche, en lugar de ser unos supervivientes derrotados y desunidos, habríamos envainado nuestras espadas para lograr una paz provechosa y honorable, o las habríamos blandido triunfantes tras una decisiva victoria.

—Ha pronunciado las palabras^[15] —dijo uno de los presentes—, ha reconocido su egoísmo carnal y su erastianismo; ¡debe morir!

—No perdamos la calma —interrumpió Macbriar—, seguiré juzgándole. ¿Acaso no ayudasteis al maligno Evandale a escapar dos veces de la cautividad y la muerte? ¿No salvasteis a Miles Bellenden y a su guarnición de crueles asesinos del filo de nuestra espada?

—Tenéis razón, y no puedo sino sentirme orgulloso de ello —repuso el joven.

—Su boca ha vuelto a pronunciar las palabras —exclamó Macbriar—. ¿Y no lo hicisteis por una mujer madianita^[16], una hija del episcopado, una trampa del demonio? ¿No lo hicisteis por Edith Bellenden?

—Sois incapaz de apreciar mis sentimientos por esa joven dama —contestó Morton con valentía—; pero volvería a hacer lo mismo, aunque ella no hubiera nacido.

—Os rebeláis contra la verdad. ¿Acaso no ayudasteis a escapar a la anciana Margaret Bellenden y a su nieta, con el fin de impedir que John Balfour de Burley llevara a cabo su sabio y piadoso plan de conducir a la batalla a Basil Olifant? ¿No sabíais que éste había acordado unirse a nuestra causa si le asegurábamos la posesión de Edith Bellenden y de sus propiedades?

—Jamás había oído hablar de semejante proyecto —respondió Morton—, de modo que no pude desbaratarlo. Pero ¿acaso vuestra religión permite emplear unos métodos tan ruines e inmorales de reclutamiento?

—Callaos —dijo Macbriar, algo desconcertado—; no es asunto vuestro instruir a piadosos practicantes, o interpretar los deberes del Covenant. Por lo demás, habéis reconocido tantos pecados y traiciones a la causa presbiteriana, que habrían bastado para causar la derrota de un ejército tan numeroso como los granos de arena del desierto. Y no podemos dejaros salir indemne y con vida, pues la Providencia os ha puesto en nuestras manos en el momento en que orábamos con el devoto Josué: ¿Qué diremos cuando Israel vuelva la espalda ante sus enemigos? Y entonces entrasteis vos, como si la suerte os hubiera designado^[17] para recibir el castigo de alguien que ha labrado la locura de Israel. Así que prestad atención a mis palabras. Hoy es sabbath, y nuestras manos no derramarán sangre en este día. Pero cuando den las doce, ¡habrá llegado vuestra hora! De modo que aprovechad el tiempo que os queda, pues pasará volando. Sujetad al prisionero, hermanos, y quitadle su espada.

Aquella orden resultó tan inesperada, y fue obedecida con tanta celeridad por los miembros del grupo que gradualmente habían ido rodeando a Morton, que éste se vio reducido y desarmado antes de poder ofrecer la menor resistencia. Reinó entonces un profundo silencio. Los fanáticos tomaron asiento alrededor de una gran mesa de roble

y situaron a Morton entre ellos, de tal modo que tuviera delante el reloj que iba a anunciar su ejecución. Colocaron la cena sobre la mesa e invitaron a su víctima a compartirla; pero, como resultará fácil de entender, el joven apenas tenía apetito. Cuando terminaron, el grupo reanudó sus oraciones; y Macbriar, invocando a Dios en sus plegarias, pareció querer arrancarle alguna señal de que el sangriento sacrificio que se disponían a ofrecer fuera a serle grato. Los oyentes, todos ojos y oídos, estaban expectantes, como si trataran de captar algún sonido o visión que atestiguase el asentimiento divino, y de vez en cuando sus siniestras miradas se volvían hacia la esfera del reloj.

Los ojos de Morton se dirigían a menudo también hacia ella, mientras pensaba afligido que no parecía tener la menor posibilidad de prolongar su vida más allá de ese pequeño segmento que la manecilla debía aún recorrer antes de llegar a la hora fatal. Su fe religiosa, su inquebrantable sentido del honor y la convicción de su inocencia le permitieron vivir aquella terrible espera con mayor calma de la que él mismo habría imaginado, si alguien le hubiese profetizado la situación. Y, sin embargo, parecía faltarle el afán de justicia que le había animado en similares circunstancias, cuando cayó prisionero en manos de Claverhouse. En aquella ocasión, había sido consciente de que, entre los espectadores, había quienes lamentaban su suerte e incluso aplaudían su comportamiento. Mas ahora se hallaba entre esos feroces fanáticos de mirada gris y semblante endurecido, que no tardarían en inclinarse, no sólo indiferentes sino también triunfantes, ante su ejecución, sin un amigo que le dirigiera una palabra amable o una mirada de simpatía o ánimo, esperando que la espada destinada a matarle fuera lentamente desenvainada, y condenado a beber gota a gota la amargura de la muerte^[18]; por ello, no era de extrañar que sus sentimientos fueran menos sosegados de lo que habían sido en anteriores situaciones de peligro. Al contemplar a sus verdugos, tuvo la sensación de que tanto sus facciones como sus figuras se alteraban, como si fueran espectros de unos sueños febriles; y vio cómo sus siluetas se alargaban y se deformaban sus rostros. Y mientras su imaginación desbordada prevalecía sobre cualquier realidad que sus ojos pudieran percibir, se creyó rodeado de un grupo de demonios y no de seres humanos; y las paredes parecían gotear sangre, y el ligero tic tac del reloj martilleaba su oído de un modo tan punzante y doloroso que cada uno de sus golpes era como un alfiler clavándose en su nervio desnudo.

En la antesala del otro mundo, advirtió apesadumbrado el desvarío de su mente. Hizo un enorme esfuerzo por controlarse, e incapaz, durante aquella terrible lucha interior, de ordenar sus pensamientos para elevar unas plegarias coherentes, recurrió instintivamente a la súplica para la salvación y la paz del espíritu que puede encontrarse en el Libro de Oraciones de la Iglesia de Inglaterra. Macbriar, cuya familia pertenecía a esa secta religiosa, reconoció en seguida las palabras que el infortunado prisionero pronunciaba a media voz.

—Es lo único que necesitaba —afirmó, mientras el odio encendía sus pálidas

mejillas— para superar mi rechazo a ver su sangre derramada. Es un episcopaliano que se ha unido a nuestra facción bajo el disfraz de un erastiano, y cuanto se ha dicho de él debe ser forzosamente verdad. La sangre del impostor no tardará en caer sobre su cabeza; dejemos que baje al infierno con ese libro de oraciones en la mano derecha.

—Reanudaré mis cánticos contra él —dijo el perturbado Habakkuk—. De igual modo que el sol retrocedió diez grados para curar al santo Ezequiel^[19], los avanzará ahora para que el malvado sea apartado de los hombres, y el Covenant se restablezca en toda su pureza.

Y se subió de un salto en una silla, llevado por la enajenación, con el fin de adelantar el fatal instante empujando personalmente las manecillas; y varios de los asistentes empezaban a preparar sus armas para proceder a la inmediata ejecución del joven, cuando la mano de Meiklewrath fue detenida por uno de sus compañeros.

—¡Chist! —exclamó—. Oigo un ruido a lo lejos.

—Es la corriente del arroyo sobre los guijarros —dijo uno.

—Es el susurro del viento entre los helechos —añadió otro.

«Es el galope de unos caballos —pensó Morton, cuyo oído parecía haberse agudizado en tan terrible situación—. ¡Ojalá vengan a rescatarme!».

El ruido se fue acercando a gran velocidad, y cada vez era más nítido.

—Son caballos —exclamó Macbriar—. Mirad fuera y decid quién se acerca.

—El enemigo está encima —vociferó el hombre que había abierto la ventana obedeciendo sus órdenes.

No tardaron en oírse fuertes pisadas y voces alrededor de la casa. Algunos se levantaron para resistir y otros para salir huyendo; las puertas y ventanas fueron forzadas inmediatamente, y los casacas rojas entraron en la habitación.

—¡Muerte a los rebeldes sanguinarios! ¡Recordad al corneta Grahame! —gritaron por doquier.

Las velas se apagaron con violencia, pero el vacilante resplandor del fuego les permitió continuar el combate. Hubo varios tiros; el whig sentado junto a Morton fue alcanzado por un disparo mientras se ponía en pie, y tropezó contra el prisionero, que cayó al suelo antes de quedar sepultado bajo el moribundo. Es probable que aquel incidente salvara a Morton de una muerte segura, pues durante más de cinco minutos, en aquel reducido espacio, los hombres siguieron abriendo fuego con las pistolas y asestando golpes con las espadas.

—¿Está a salvo su prisionero? —preguntó la conocida voz de Claverhouse—. Buscadle bien y rematad a ese perro que está gimiendo allí.

Las dos órdenes fueron ejecutadas. Los quejidos del whig herido se silenciaron de una estocada, y Morton, liberado de su carga, no tardó en ser incorporado y en caer en los brazos del fiel Cuddie, que lloró de alegría al percatarse de que la sangre que cubría a su amo no era la de sus propias venas. El joven explicó a Morton el secreto de la oportuna llegada de los soldados.

—Encontré a Claverhouse y a sus hombres cuando buscaba a alguien que me ayudara a rescataros de los whigs; así que, al verme entre la espada y la pared, pensé que sería mejor traerlos conmigo, pues sin duda estarían deseando acabar con sus enemigos esta misma noche, y mañana será otro día, y lord Evandale está en deuda con vos; y Monmouth ha tenido clemencia con sus adversarios, según dicen los soldados. Así que animaos, que ya nos las arreglaremos.

*Sound, sound the clarion, fill the fife,
To all the sensual world proclaim,
One crowded hour of glorious life
Is worth an age without a name.*

Anónimo^[1]

Cuando la violenta refriega hubo terminado, Claverhouse ordenó a sus soldados retirar los cadáveres, tomar algún alimento, dar forraje a los caballos, y prepararse para pasar la noche en la granja, que pensaba abandonar muy temprano. Dirigió entonces su atención a Morton, con el que se mostró cortés e incluso amable.

—Os habríais ahorrado muchos peligros, señor Morton, de haber escuchado el consejo que os di ayer por la mañana; pero respeto vuestros motivos. Sois un prisionero de guerra a disposición del rey y del Consejo Privado, mas seréis tratado con respeto; dadme vuestra palabra de que no intentaréis huir, será suficiente para mí.

Morton lo hizo así, y Claverhouse, inclinándose en señal de agradecimiento, se alejó de él y llamó a su sargento mayor.

—¿Cuántos prisioneros y cuántos muertos, Halliday?

—Tres cadáveres en la casa, señor, dos en el patio y uno en el jardín, seis en total; cuatro prisioneros.

—¿Armados o desarmados? —inquirió Claverhouse.

—Tres hombres armados hasta los dientes —respondió Halliday—; uno desarmado, parece ser predicador.

—El trompeta de la necia multitud, supongo —añadió Claverhouse, volviéndose ligeramente para mirar a sus víctimas—. Hablaré mañana con él. Llevad a los otros tres hombres al patio, y que dos filas de soldados disparen sobre ellos; y recordad que debéis escribir en el memorándum del día: «Tres rebeldes capturados con armas y fusilados». Y no olvidéis la fecha y el nombre del lugar. Drumshinnel, creo que lo llaman. Ocupaos del predicador hasta mañana; puesto que no llevaba armas, le someteremos a un breve interrogatorio^[2]. O quizá sea mejor llevarlo ante el Consejo Privado. Deberían ahorrarme una parte de este monótono trabajo. Que el señor Morton sea cortésmente tratado, que los hombres atiendan bien a sus caballos y que mi mozo lave el lomo de Wildblood con un poco de vinagre, la silla le ha hecho una rozadura.

Y todas sus órdenes, para que alguien viviera o muriera, para asegurar a sus

prisioneros, para lavar la espaldilla de su cabalgadura, fueron dadas en el mismo tono uniforme e impasible, como si, para Grahame, ninguna de ellas tuviera más importancia que otra.

Los cameronianos, que tantos deseos habían mostrado, poco antes, de ser los sanguinarios verdugos de Henry Morton, iban a convertirse ahora en las víctimas de una cruel ejecución. Lo cierto es que parecían igualmente preparados para dos situaciones tan extremas, pues ninguno de ellos manifestó el menor indicio de temor al recibir la orden de abandonar la casa para ser inmediatamente ajusticiado. Su exaltado fervor les ayudó a soportar tan sobrecogedor momento, y abandonaron silenciosos este mundo sin perder un ápice de su firmeza; sólo uno de ellos, al salir de su lugar de cautiverio, clavó la mirada en Claverhouse y exclamó con voz profunda y serena:

—¡Que la desgracia sorprenda al violento^[3]!

Grahame se limitó a contestarle con una sonrisa de desprecio.

Apenas habían abandonado la casa cuando Claverhouse se dispuso a comer lo que uno o dos de sus hombres se habían apresurado a preparar; animó a Morton a seguir su ejemplo, advirtiéndole que los dos habían tenido un día muy ajetreado. El joven declinó la invitación; pues sus circunstancias habían cambiado de forma demasiado repentina, y el pasar de la antesala de la muerte a la esperanza de seguir con vida había alterado profundamente su espíritu. Mas sentía una sed abrasadora, y expresó su deseo de beber.

—Brindaré con vos, de todo corazón —dijo Claverhouse—; pues aquí tenemos un jarro de cerveza... y debe de ser buena, si hay buena cerveza por los alrededores, pues los whigs siempre se las arreglan para encontrarla. Será un placer servirlos, señor Morton —exclamó, llenando una jarra de cerveza para él y otra para su prisionero.

Morton la acercó a sus labios y, cuando iba a dar el primer trago, la descarga de unas carabinas bajo la ventana, seguida de un quejido sordo y profundo, que se repitió dos o tres veces cada vez más débil, anunció la suerte de los tres hombres que acababan de salir de allí. Morton se estremeció y dejó su jarra sin probar sobre la mesa.

—Todavía sois demasiado joven para estas cosas, señor Morton —afirmó Claverhouse, después de beber impasible—; y no creáis que os considero peor soldado por ver cuánto os afectan. Mas la costumbre, el deber y la necesidad reconcilian al hombre con todo.

—Confío —interrumpió Morton— en que jamás logren reconciliarme con escenas semejantes.

—Sé que os resultará difícil creer —respondió Claverhouse— que, al principio de mi carrera militar, sentía un dolor insoportable ante la sangre derramada, como si hubiera sido extraída de mi propio corazón; y, sin embargo, si preguntáis a uno de esos whigs, os dirá que bebo una copa tibia de ella todas las mañanas antes de desayunar. Pero, en verdad, señor Morton, ¿por qué hemos de preocuparnos tanto de

la muerte, que nos ronda dondequiera que estemos? Los hombres mueren diariamente... aunque ni una sola campana avise su hora. ¿Por qué dudamos en acortar la existencia de los demás o ponemos tanto empeño en prolongar la nuestra? No es más que una lotería; ibais a morir al llegar la medianoche, el reloj ha dado las doce y continuáis aquí, sano y salvo, mientras esos hombres que iban a asesinaros han dejado ya este mundo. No debe inquietarnos el dolor que sentimos en el momento de expirar, algo que ocurrirá tarde o temprano, sino el recuerdo que el soldado deje tras él, como el largo resplandor que sigue a la puesta de sol... Y sólo eso debe preocuparnos, pues sin duda diferencia la muerte de los valientes y de los innobles. Cuando pienso en mis últimos momentos, señor Morton, como algo digno de ocupar mis pensamientos, es con la esperanza de morir con el grito de victoria en mis oídos, tras luchar fiera y valerosamente en un campo de batalla. ¡Ah! ¡Sin duda merecería la pena morir, e incluso haber vivido por ello!

Mientras Grahame expresaba así sus sentimientos, con aquel entusiasmo marcial que tanto le caracterizaba, una figura ensangrentada, que pareció surgir del suelo de la habitación, se irguió ante él, dejando ver las horribles facciones del salvaje demente que tan a menudo hemos mencionado. Bajo la abundante sangre que cubría su rostro, se adivinaba una palidez cadavérica, pues la muerte había posado su mano sobre él. Dirigió a Claverhouse un mirada en la que aún brillaba la locura, aunque estuviera a punto de apagarse para siempre, y exclamó con su acostumbrada virulencia:

—¿Vais a confiar en vuestro arco y en vuestra espada, en vuestro corcel y en vuestro estandarte^[4]? ¿Acaso no vendrá Dios a juzgaros y castigaros por derramar la sangre de los inocentes? ¿Os alabaréis por vuestra sabiduría, coraje y poder^[5]? ¿Y no os juzgará el Señor^[6]? Fijaos en los príncipes, por los que habéis vendido vuestra alma al demonio; ellos serán depuestos de sus cargos y desterrados a otros países^[7], y sus nombres no significarán más que desolación, pasmo, rechifla y maldición^[8]. Y vos, que habéis bebido la copa de vino de furia, y habéis enloquecido por ello^[9], tendréis la muerte que desea vuestro corazón y seréis destruido por vuestro propio orgullo^[10]. Yo os emplazo, John Grahame, a comparecer ante el tribunal de Dios, para responder de toda la sangre inocente que habéis derramado.

Pasó su mano derecha por el ensangrentado rostro, y la elevó hacia el Cielo mientras increpaba a Claverhouse.

—¿Hasta cuándo, Señor, vais a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por la sangre de vuestros santos^[11]? —exclamó con voz más débil.

Y, diciendo estas palabras, se desplomó sin hacer nada para evitarlo, y era hombre muerto antes de que su cabeza tocara el suelo.

Morton no pudo sino estremecerse ante tan extraordinaria escena, y la profecía del moribundo, tan acorde con los deseos que Claverhouse acababa de expresar, le llenó de asombro. Dos de los dragones que habían presenciado lo ocurrido, a pesar de

ser hombres curtidos y estar habituados a semejantes episodios, se sintieron consternados ante la súbita aparición del anciano, su muerte y las palabras que la habían precedido. Claverhouse fue el único que se mantuvo imperturbable. Al reparar en la presencia de Meiklewrath, había llevado su mano a la pistola, pero, advirtiendo la situación del miserable herido, se había apresurado a retirarla, y había escuchado con gran serenidad las exclamaciones del agonizante anciano.

—¿Cómo ha conseguido llegar hasta aquí? —pregunto Claverhouse sin inmutarse, cuando Habakkuk cayó al suelo—. Vamos, no os quedéis sin habla —dijo al dragón más cercano—, a menos que queráis hacerme creer que sois tan cobarde que tenéis miedo a un moribundo.

—Logró escabullirse mientras retirábamos los demás cadáveres —repuso el dragón con voz entrecortada, santiguándose—. Al parecer, había quedado cubierto por una o dos capas que alguien tiró al suelo.

—Sacadlo inmediatamente de aquí, estúpidos, y tened cuidado de que no os muerda. Esto sí que es algo nuevo, señor Morton; que los muertos se pongan en pie y nos arrojen de nuestros asientos^[12]. Me ocuparé de que mis rufianes afilen mejor sus espadas; no solían hacer su trabajo tan descuidadamente. Pero todos hemos tenido una jornada agotadora; su sangrienta labor les ha dejado exhaustos, y supongo que vos, señor Morton, al igual que yo, estáis deseoso de descansar unas horas.

Y diciendo aquello, bostezó y, cogiendo la vela que uno de los soldados había depositado sobre la mesa, saludó a Morton cortésmente y se dirigió al alojamiento que le habían preparado.

Morton fue también acomodado en una alcoba separada. Una vez que se hubo quedado solo, agradeció al Cielo que le hubiera salvado del peligro, aunque hubiese sido utilizando a quienes creía sus más encarnizados enemigos; asimismo, suplicó la ayuda del Señor para que le sirviera de guía en unos tiempos que encerraban tantos peligros y tantos errores. Y habiendo desahogado su espíritu con aquellas plegarias al Padre Celestial, se dispuso a disfrutar de un merecido descanso.

*The charge is prepared, the lawyers are met,
The judges all ranged — a terrible show!*

Beggar's Opera^[1]

Morton cayó en un sueño tan profundo tras el nerviosismo y la agitación del día anterior que apenas sabía dónde estaba cuando le despertaron el piafar de los caballos, las voces roncadas de los soldados y el estrépito de las trompetas dando el toque de diana. El sargento mayor acudió inmediatamente después a comunicarle, y lo hizo de un modo muy respetuoso, que el general (pues Claverhouse había sido ascendido a dicho rango)^[2] esperaba tener el placer de contar con su compañía durante el camino. Hay situaciones en las que una petición equivale a una orden, y Morton consideró que estaba ante una de ellas. Presentó sus respetos a Claverhouse tan pronto como pudo, y encontró su caballo ensillado y a Cuddie preparado para atenderlo. Y, aunque a ambos les habían quitado sus armas de fuego, parecían formar parte de la tropa y no de los prisioneros; y permitieron a Morton conservar su espada, cuya posesión, en aquellos tiempos, distinguía a un verdadero caballero. Claverhouse se mostraba encantado de cabalgar a su lado, de hablar con él y de discutir sus opiniones, mientras trataba de apreciar su verdadero carácter. La amabilidad y la cortesía de sus modales, los elevados y caballerosos sentimientos de lealtad militar que a veces ponía de manifiesto, su agudo y profundo conocimiento del alma humana, no podían sino despertar el beneplácito y la admiración de quienes conversaban con él; mientras que, por otra parte, su fría indiferencia ante la violencia y la crueldad del ejército no parecía concordar con el encanto personal y las demás cualidades, verdaderamente admirables, que demostraba tener. Morton no pudo evitar compararle, en el fondo de su corazón, con Balfour de Burley; y aquella idea le impresionó tan vivamente, que acabó mencionándoselo mientras cabalgaban juntos a cierta distancia de la tropa.

—Tenéis razón —dijo Claverhouse, con una sonrisa—; tenéis mucha razón... los dos somos unos fanáticos. Pero hay que hacer una distinción entre el fanatismo del honor y el de una oscura y funesta superstición.

—Y, sin embargo, los dos derramáis sangre sin dar muestras de compasión o remordimiento —respondió Morton, que no podía disimular sus sentimientos.

—Ciertamente —exclamó Claverhouse, con la misma calma—; pero ¿de qué clase? Existe una diferencia, en mi opinión, entre la sangre de doctos y reverendos

prelados y eruditos, así como la de valerosos soldados y nobles caballeros, y ese líquido rojo que se estanca en las venas de los cantores de salmos, de los necios demagogos y de los resentidos patanes; alguna diferencia, en definitiva, entre derramar una botella de vino generoso y estrellar contra el suelo un barril de inmunda cerveza.

—Vuestra distinción es demasiado sutil para mí —replicó Morton—. Dios ha dado vida tanto a los campesinos como a los príncipes, y cualquiera que destruya su obra, de forma imprudente o temeraria, deberá responder por ello. Por ejemplo, ¿qué derecho tengo ahora a ser mejor tratado por el general Grahame que cuando le conocí?

—Y ¡por qué poco os librasteis de la muerte! —añadió Claverhouse—. Está bien, os responderé con franqueza. Entonces creía estar tratando con el hijo de un viejo coronel cabeza pelada, sobrino de un miserable señor presbiteriano; ahora conozco mejor vuestras cualidades, y tenéis algo que respeto en un enemigo tanto como aprecio en un amigo. He aprendido mucho sobre vos desde nuestro primer encuentro, y confío en que os hayáis dado cuenta de que mi opinión no es nada desfavorable.

—Y, sin embargo... —dijo Morton.

—Sin embargo —interrumpió Claverhouse, quitándole las palabras de la boca—, ¿podríais afirmar que continuáis siendo el mismo hombre que conocí en Tillietudlem? Por supuesto que sí; pero entonces, ¿cómo podía yo saberlo? Aunque, incidentalmente, incluso mi renuencia a suspender vuestra ejecución prueba cuánto estimaba ya vuestro talento.

—¿Acaso esperáis, general —inquirió Morton— que me sienta especialmente agradecido por esa muestra de vuestro aprecio?

—¡Bah! Sois demasiado crítico —contestó Claverhouse—. Ya os he explicado que pensé que erais muy diferente. ¿Habéis leído a Froissart^[3]?

—No —repuso el joven.

—Me siento tentado de encerraros durante seis meses para que tengáis ese placer. Sus capítulos me inspiran incluso mayor entusiasmo que la poesía. Y el noble canónigo, ¡cuán hermosas son las expresiones de desconsuelo con que describe, con verdadero espíritu caballeresco, la muerte de los valerosos caballeros de noble cuna, que tanto le dolía ver caer! ¡Qué grande era su lealtad al rey y cuán pura su fe religiosa! ¡Qué audacia mostraba ante el enemigo y cuánta fidelidad a su amada! ¡Bendito sea! Con cuánta amargura lloraba la muerte de aquellas perlas de la caballería, sin importarle a qué facción pertenecían. Y, sin embargo, por borrar de la faz de la tierra a algunos cientos de bribones y patanes, que no han nacido más que para manejar el arado, el ilustre y observador cronista parece sentir tan poca o, quizá, menos compasión que John Grahame de Claverhouse.

—Tenéis a un labriego en vuestro poder, general —dijo Morton—, para quien os pido humildemente protección, a pesar del desprecio que mostráis por una profesión que muchos filósofos han considerado tan importante como la de soldado.

—Sin duda os referís —contestó Claverhouse, mirando en su memorándum— a un tal Hatherick... Hedderick o... Headrigg. Sí, Cuthbert o Cuddie Headrigg; aquí está. ¡Oh! No os preocupéis, siempre que se muestre dócil. Las damas de Tillietudlem me rogaron que me interesara por él hace algún tiempo. Va a casarse con su doncella, según creo. Le dejaremos marchar sin inconveniente, a menos que su obstinación eche a perder su buena suerte.

—No tiene la menor ambición de convertirse en un mártir —afirmó Morton.

—Mejor para él —exclamó Claverhouse—. Por lo demás, aunque ese muchacho tiene más delitos de los que responder, no le faltará mi apoyo, por el disparatado heroísmo que le empujó a arrojar-se entre nuestras filas ayer por la noche, cuando buscaba ayuda para rescataros. Nunca abandono a un hombre que confía en mí de un modo tan incondicional. Aunque, para seros sincero, llevamos mucho tiempo tras él. ¡Eh, Halliday! Traedme el libro negro^[4].

El sargento entregó a su comandante aquella siniestra relación de opositores al régimen, ordenada alfabéticamente, y Claverhouse, pasando las páginas mientras cabalgaba, empezó a leer:

—Gumblegumption, un ministro, de cincuenta años de edad, acogido a la Indulgencia, reservado, astuto, etc. ¡Bah! H... H... Aquí lo tengo... Heathercat, proscrito, predicador, fanático cameroniano, dirige un conventículo en las colinas de Campsie^[5]. ¡Tonterías! Aquí está Headrigg, Cuthbert... Su madre, una puritana implacable... Él, un muchacho bastante simple... Le gusta la acción, pero es incapaz de maquinar la menor intriga... Más hábil con sus manos que con la cabeza... No resultaría difícil de llevar al buen camino, de no ser por su fidelidad a... —y aquí Claverhouse dirigió una mirada a su interlocutor, cerró el libro y cambió su tono de voz—. Lealtad y franqueza son dos palabras a las que jamás podré ser indiferente, señor Morton. Podéis confiar en la seguridad de ese joven.

—¿Acaso no os repugna con vuestra mentalidad —preguntó el prisionero— respaldar a un régimen que debe apoyarse en tan minuciosos informes sobre oscuros individuos?

—No supondréis que somos *nosotros* quienes nos tomamos esa molestia... —exclamó el general con altanería—. Son los párrocos, en interés propio, los que recogen de buena gana todos estos datos para nuestros registros; conocen mejor que nadie la oveja negra de su rebaño. Hace más de tres años que tengo vuestra descripción.

—¿De veras? —inquirió Morton—. ¿Os dignaríais leérmela?

—Con mucho gusto —dijo Claverhouse—. Carece de importancia; y no podréis vengaros del párroco, pues probablemente os veréis obligado a dejar Escocia por algún tiempo.

El general Grahame pronunció esa última frase en un tono indiferente. Morton sintió un involuntario estremecimiento al escuchar unas palabras que presuponían el destierro de su país natal, pero, antes de poder contestar, Claverhouse siguió leyendo:

—Henry Morton, hijo de Silas Morton, coronel de caballería del Parlamento escocés, y sobrino de Morton de Milnewood... Ha recibido una educación descuidada, pero muestra mayor criterio del que correspondería a su edad... Excelente en cualquier actividad... Indiferente a las formas religiosas, aunque parece inclinarse hacia el presbiterianismo... Tiene desmedidas y peligrosas nociones sobre la libertad de pensamiento y de expresión, a medio camino entre un latitudinario y un entusiasta. Muy admirado e imitado por los demás jóvenes... Moderado, tranquilo y modesto en apariencia, pero, en el fondo de su corazón, especialmente osado e intratable. Es... y aquí han colocado tres cruces, señor Morton, lo que significa tres veces más peligroso. Ya veis lo importante que sois. Pero ¿qué querrá ese hombre?

Un jinete se había acercado mientras hablaba y le entregó una carta. Claverhouse la leyó por encima, rió desdeñosamente y pidió al mensajero que dijera a su señor que enviase a sus prisioneros a Edimburgo, pues no tenía respuesta para él.

—Aquí tenéis a un aliado vuestro que os ha abandonado —afirmó con desprecio, cuando el hombre se hubo marchado—, o más bien a un aliado de vuestro buen amigo Burley. Escuchad su encabezamiento: «Querido señor», ignoro por qué muestra tanta confianza conmigo. «Os ruego aceptéis mis más sinceras felicitaciones por la victoria con que ha sido bendecido el ejército de Su Majestad. Deseo haceros saber que he hecho empuñar las armas a mis hombres para capturar y detener a todos los fugitivos, y que ya hemos hecho varios prisioneros, etc, etc. Firmado, Basil Olifant». Supongo que habréis oído hablar de él, ¿no?

—¿Se trata de un pariente de lady Margaret Bellenden?

—Sí —repuso Claverhouse—, y el heredero varón, aunque muy lejano, de su familia paterna; además, aspira a la mano de la hermosa Edith, que le ha rechazado por indigno. Pero, sobre todo, es un admirador de las tierras de Tillietudlem y de todo cuanto va unido a ellas.

—Resulta extraño que, deseando acercarse a la familia de lady Margaret, haya querido hacer tratos con nuestro infortunado partido —dijo Morton, disimulando sus sentimientos.

—¡Oh! ¡Nuestro querido Basil no tiene el menor escrúpulo en cambiar de chaqueta! Se enfadó con el gobierno porque no quiso darle la razón cuando llevó a juicio el testamento del difunto conde de Torwood, que dejaba todas sus propiedades a su hija; se enfadó con lady Margaret porque no mostró el menor deseo de considerar una alianza con él, y con la bella Edith porque no se sintió atraída por su figura alta y desgarbada. Así que mantenía una estrecha correspondencia con Burley, y había reunido a sus hombres con el propósito de ayudarle, si no necesitaba ayuda, es decir, si nos hubierais derrotado ayer. Y ahora el muy canalla pretende fingir que sólo intentaba servir al rey... Por lo que he oído decir, el Consejo Privado creerá en sus mentiras, pues sabe muy bien cómo buscar apoyo entre sus miembros. Y cientos de desgraciados y fanáticos vagabundos serán fusilados o colgados mientras ese taimado sinvergüenza continúa cómodo y bien caliente bajo el doble capote de su

lealtad, forrada con la piel de zorro de su hipocresía.

Hablando de unos temas y otros, se distrajeron durante el camino; y Claverhouse pareció hablar con gran franqueza a Morton, y tratarle más como a un amigo que como a un prisionero. Por esa razón, a pesar de su incierto futuro, las horas que el joven pasó en compañía de aquel hombre tan notable se vieron animadas por la viveza de su imaginación y por su profundo conocimiento de la naturaleza humana; y lo cierto es que, desde que se había convertido en un prisionero de guerra, lo que había servido para liberarle de las zozobras de su peligrosa e incierta situación entre los rebeldes, así como de las consecuencias de su receloso resentimiento, sus horas habían sido las más tranquilas desde que dejara Milnewood. Se sentía como un jinete que hubiese dejado las riendas del caballo sueltas y, abandonándose en las manos del destino, no tuviera ya la responsabilidad de dirigirlo. Y con ese ánimo prosiguió el viaje, mientras el número de sus acompañantes aumentaba, pues continuamente se les unían grupos de jinetes, llegados desde todos los rincones del país, trayendo consigo —la mayor parte— los infortunados prisioneros que habían caído en su poder. Finalmente, llegaron a Edimburgo.

—Nuestro Consejo Privado —dijo Claverhouse—, habiendo decidido, supongo, dar fe del alcance de su anterior régimen de terror, ha decretado la recepción triunfal del ejército victorioso y de sus cautivos. Yo, sin embargo, lo considero de mal gusto, por lo que no tomaré parte en dicho espectáculo y, al mismo tiempo, os ahorraré tan amargo trago.

Y tras decir estas palabras, cedió el mando del regimiento a Allan (convertido ya en teniente coronel) y, dirigiendo su caballo hacia un camino secundario, entró sigilosamente en la ciudad, acompañado de Morton y de dos o tres criados. Cuando Claverhouse llegó al alojamiento que solía ocupar en el Canongate^[6], cedió a su prisionero una pequeña estancia y le hizo prometer que no saldría de ella por el momento.

Después de un cuarto de hora de solitarias reflexiones sobre las vicisitudes de su vida en los últimos tiempos, un enorme estruendo bajo la ventana llamó la atención del joven. El sonido de las trompetas, tambores y timbales rivalizaba con los gritos de una enfervorizada multitud, lo que le hizo comprender que la caballería del rey avanzaba triunfal, tal como Claverhouse había mencionado.

Las autoridades, acompañadas de sus alabarderos, habían dado la bienvenida al ejército victorioso en la puerta que servía de entrada a la ciudad y les precedían formando parte del desfile. Iban seguidos de dos cabezas ensangrentadas colocadas en lo alto de unas picas; y, delante de cada una de ellas, unos hombres sujetaban las manos de las descuartizadas víctimas y las unían de vez en cuando en actitud de exhortación o plegaria entre las brutales burlas de los espectadores. Aquellos sangrientos trofeos eran los restos de dos predicadores caídos en la batalla del Puente de Bothwell. Detrás venía un carro, conducido por el ayudante del verdugo, en el que habían subido a Macbriar y a otros dos prisioneros, que al parecer tenían su misma

profesión. Con la cabeza descubierta y fuertemente atados, miraban, no obstante, a su alrededor con más aire de triunfo que de consternación, y ni la suerte de sus compañeros, cuyos sangrientos despojos paseaban ante ellos, ni el miedo a su cercana ejecución, que tan claramente indicaban aquellos preliminares, parecían afectarles.

Tras aquellos prisioneros, así expuestos al descrédito y al escarnio público, avanzaba un regimiento de caballería, blandiendo sus espadas y llenando la calle con sus gritos de victoria, entre las aclamaciones y los vítores de una multitud enardecida, que, como ocurre en las grandes ciudades, se sentía muy feliz de poder congregarse para ovacionar cualquier acontecimiento. En la retaguardia de aquellas tropas, marchaba el grueso de los prisioneros, encabezados por algunos de sus cabecillas, quienes eran blanco de toda clase de burlas e insultos. Unos iban de espaldas, a lomos de sus caballos; otros, encadenados a largas barras de hierro, que debían sujetar con sus manos, como los galeotes en España, cuando se encaminan hacia el puerto para ser embarcados. Las cabezas de algunos caídos eran llevadas triunfalmente delante de los supervivientes, clavadas en picas y alabardas, o dentro de unos sacos en los que habían escrito el nombre de las víctimas. Y éstos eran los objetos que encabezaban la macabra procesión, que parecía dirigirse al patíbulo, como si todos llevaran los *sanbenitos*^[7] de los herejes condenados en un *auto-da-fe*^[8].

Les seguía una muchedumbre anónima de varios centenares de hombres, algunos de los cuales, a pesar de su desventura, continuaban creyendo firmemente en los principios por los que habían sido presos; otros aparecían pálidos, desalentados y profundamente abatidos, como si pusieran en duda su buen juicio por haber abrazado una causa que la Providencia había abandonado, y miraban a su alrededor tratando de encontrar algún camino por donde escapar de las consecuencias de su imprudencia. Había quienes daban la impresión de ser incapaces de decidir si habían hecho bien o mal, o de abrigar esperanza o miedo, y que, consumidos por la sed y la fatiga, iban dando traspiés como bueyes forzados a ir demasiado deprisa, olvidados de todo, excepto de su presente desventura, e ignorando si eran conducidos al matadero o a los pastos. Soldados a caballo, por ambos flancos, custodiaban a aquellos infortunados seres; y tras ellos venía el grueso de la caballería, cuyas marchas militares retumbaban en las casas que se elevaban a ambos lados de la calle, mezclándose con sus propias canciones de alegría y de triunfo, y los enfervorizados gritos de la multitud.

Morton se sintió sumamente abatido mientras contemplaba tan triste espectáculo, y reconoció entre las cabezas ensangrentadas y las facciones aún más desencajadas de los supervivientes, algunos rostros que le habían sido familiares durante la breve insurrección. Se desplomó en una silla, aturdido y espantado, y la voz de Cuddie le obligó a volver a la realidad.

—¡Que Dios nos perdone, señor! —exclamó el pobre muchacho, mientras le castañeteaban los dientes, se le erizaban los cabellos cual cerdas de jabalí y sus mejillas adquirían la palidez de un cadáver—. ¡Que Dios nos perdone! Debemos

presentarnos inmediatamente ante el Consejo. ¡Ay, Señor! ¿Por qué enviarán a buscar a un pobre desgraciado como yo habiendo tantos nobles señores? Y ahí está mi madre, que ha venido andando desde Glasgow para verme prestar declaración, como ella dice, o sea, para verme confesar mi culpa y ser ahorcado. Pero ¡que el demonio me lleve si voy a permitir que me cuelguen como un ganso! Mas ahí viene Claverhouse. ¡Que Dios nos proteja y nos perdone!

—Debéis presentaros inmediatamente ante el Consejo, señor Morton —dijo el general Grahame, entrando mientras Cuddie hablaba—; y vuestro criado ha de acompañaros. No os preocupéis por las consecuencias. Pero quiero preveniros, vais a ver un espectáculo que os entristecerá sobremanera y que, de haber sido posible, me habría gustado ahorraros. Mi carruaje espera, ¿salimos?

Como puede fácilmente imaginarse, Morton no osó rechazar su invitación, a pesar de lo desagradable que resultaba. Se puso en pie y siguió a Claverhouse.

—Debo deciros —comentó este último, mientras descendían por la escalera— que saldréis bien parados, tanto vos como vuestro criado, siempre que no se vaya de la lengua.

Cuddie alcanzó a oír aquellas últimas palabras para su gran alegría.

«Espero que mi madre no meta las narices», pensó.

En ese momento, le asió por el hombro la vieja Mause, que se las había ingeniado para llegar hasta el vestíbulo.

—¡Hijo mío! —dijo a Cuddie, colgándose de su cuello—. Me siento tan contenta y orgullosa, triste y humillada, todo al mismo tiempo, al ver cómo el hijo de mis entrañas se dispone a defender gloriosamente la verdad ante el Consejo, de igual modo que lo hizo en el campo de batalla.

—¡Callaos, madre! —gritó Cuddie con impaciencia—. ¡Dios! ¡Qué mujer tan necia! ¿Acaso os parece el mejor momento para decir esas cosas? No declararé nada en ningún sentido. He hablado con el señor Poundtext, y pienso jurar que no volveré a empuñar las armas; dicen que, de ese modo, dejan libres a los prisioneros. El reverendo lo ha hecho así y le han soltado junto con sus feligreses. Detesto esos sermones vuestros que acaban con un salmo en el Grassmarket^[9].

—¡Ay, Cuddie! No quiero que te causen el menor daño —afirmó la vieja Mause, fuertemente dividida entre la salvación del alma y la del cuerpo de su hijo—; pero recuerda, mi amor, que has luchado por la fe, y no debes dejar que el temor a perder las comodidades materiales te aleje del buen combate^[10].

—¡Vamos, madre! —replicó Cuddie—. Ya he peleado demasiado y, para seros sincero, estoy cansado de ello. He andado pavoneándome por ahí con toda clase de mosquetes, pistolas, chaquetas de cuero, cinchas y correaes, y os aseguro que prefiero manejar el arado. Lo único que puede obligar a luchar a un hombre (cuando no está enfadado, claro) es el temor a ser colgado o asesinado por la espalda.

—Pero, querido Cuddie —continuó diciendo la perseverante Mause—, tu traje de boda... ¡No manches tu traje de boda^[11]!

—Vamos, madre, marchaos de una vez —respondió Cuddie—; ¿acaso no veis que me están esperando? No os preocupéis por mí. Sabré arreglármelas bastante mejor que vos, pues no decís más que tonterías sobre el matrimonio, y lo importante ahora es librarse de la horca.

Y, tras estas palabras, logró desembarazarse de los abrazos de su madre y pidió a los soldados encargados de su vigilancia que le condujeran sin demora al lugar del interrogatorio. Claverhouse y Morton le habían precedido.

My native land, good night.

LORD BYRON^[1]

El Consejo Privado de Escocia, en el que había recaído la responsabilidad del poder judicial desde la unión de las coronas, así como la supervisión del ejecutivo, estaba reunido en una antigua y oscura estancia de estilo gótico, junto al Parlamento de Edimburgo, cuando el general Grahame entró y ocupó el lugar que le correspondía entre sus miembros.

—Nos habéis traído a tres hombres, Claverhouse —dijo uno de los más altos dignatarios—. Ahí tenemos a un cobarde a punto de confesar, a un gallo de pelea acorralado y ¿qué podría decir del tercero, general?

—Os ruego que, dejando las metáforas, excelencia, lo consideréis alguien en quien estoy especialmente interesado.

—Además de ser un whig —exclamó el aristócrata, sacando una lengua demasiado grande para su boca y acomodando sus groseras facciones a una mueca de burla a la que éstas parecían estar habituadas.

—En efecto, excelencia, un whig; al igual que vos en 1641^[2] —contestó Claverhouse, sin perder su habitual cortesía.

—¡Ahí os tiene pillado, señor duque! —exclamó otro de los consejeros.

—Sí, sí —repuso éste, riendo—, no se puede hablar con él desde Drumclog. Pero ¡que traigan a los prisioneros! Señor escribano, proceded a leer ese documento.

El secretario leyó un comunicado en el que el general Grahame de Claverhouse y lord Evandale se hacían responsables de que Henry Morton, el joven Milnewood, partiera al extranjero y permaneciera lejos de su país natal, hasta que Su Majestad decidiera lo contrario, por haber tomado parte en la última rebelión; de no hacerlo así, Henry Morton sería severamente castigado y cada uno de sus fiadores se vería obligado a pagar diez mil marcos.

—¿Aceptáis el perdón de Su Majestad con esas condiciones, señor Morton? —inquirió el duque de Lauderdale, que presidía el Consejo.

—No tengo otra elección, milord —respondió el joven.

—Entonces, firmad el documento.

Morton le obedeció sin rechistar, consciente de que, en sus circunstancias, difícilmente podría haber salido mejor parado. Macbriar fue llevado en ese instante junto a la mesa del Consejo, atado sobre una silla, pues la debilidad le impedía

tenerse en pie, y fue testigo de lo que consideraba su apostasía.

—¡Ha firmado su defección reconociendo el poder carnal del tirano! —exclamó con un profundo gemido—. ¡Una estrella caída del cielo! ¡Una estrella caída del cielo^[3]!

—Guardad silencio, señor —ordenó el duque—, y vale más que reservéis el aliento para enfriar vuestras propias gachas... Las encontraréis ardiendo, os lo prometo. Haced venir al otro joven, que parece tener más sentido común. Es más fácil que una oveja salte por encima de una acequia, si otra lo hace con anterioridad.

Cuddie entró con las manos desatadas, aunque escoltado por dos alabarderos, que le obligaron a colocarse junto a Macbriar, en el extremo de la mesa. El pobre joven dirigió una lastimera mirada a su alrededor, en la que se mezclaban el respeto que le inspiraban aquellos importantes caballeros y la compasión que sentía por sus compañeros de sufrimiento, sin olvidar el temor ante su propio futuro. Saludó torpemente al Consejo, haciendo más reverencias de las debidas, y esperó el comienzo de la terrible escena.

—¿Estuvisteis presente en la batalla del Puente de Bothwell? —fue la primera pregunta que resonó en sus oídos.

Cuddie tuvo la tentación de decir que no, pero, tras meditarlo unos segundos, comprendió que la verdad terminaría saliendo a la luz; así que respondió con la proverbial ambigüedad de un verdadero caledoniano^[4].

—No lo afirmo, pero es posible que sí lo estuviera.

—Contestad con claridad, bribón, ¿sí o no? Sabéis perfectamente que estuvisteis allí.

—No soy quién para contradeciros, excelencia —exclamó Cuddie.

—Una vez más, señor, estuvisteis en el Puente de Bothwell, ¿sí o no? —inquirió el duque impaciente.

—¡Ay, señor! —contestó Cuddie nuevamente—. ¿Cómo puede un hombre recordar con exactitud dónde ha estado todos los días de su vida?

—Hablad de una vez, maldito rufián —dijo el general Dalzell—, u os arrancaré los dientes con el puño de mi daga. ¿Acaso creéis que podemos perder todo el día con vuestras evasivas, como si fuéramos galgos tras una liebre?

—Bueno, señor —repuso Cuddie—, puesto que ninguna otra cosa será de vuestro agrado, escribid que no puedo negar haber estado allí.

—¿Y creéis que aquel levantamiento fue una rebelión? —preguntó el duque.

—No soy libre de dar mi opinión, señor, cuando mi cuello está en peligro; pero dudo que fuera algo mejor.

—¿Mejor que qué?

—Que una rebelión, como dice su excelencia —replicó Cuddie.

—Está bien, joven, eso sí que es hablar con fundamento. ¿Y estáis dispuesto a aceptar el perdón del rey por vuestra rebeldía, asistir a la iglesia y rezar por Su Majestad?

—Con alegría, señor; y a brindar por su salud, cuando la cerveza sea buena.

—¡Vive Dios que estamos ante un verdadero gallo de pelea! —exclamó el duque—. ¿Qué os empujó a meteros en semejante lío, mi buen amigo?

—El mal ejemplo, señor, y mi madre, una mujer necia y estúpida, con todos mis respetos hacia vos, excelencia.

—Seremos clementes, muchacho; no parecéis tener madera de traidor. Redactad su perdón y traed a ese insolente predicador de la silla.

Macbriar fue conducido junto a los consejeros para ser interrogado.

—¿Estuvisteis presente en la batalla del Puente de Bothwell? —le preguntaron, igualmente.

—Lo estuve —respondió el prisionero, en tono audaz y decidido.

—¿Ibais armado?

—No; fui allí para predicar la palabra de Dios, con el fin de animar a los hombres que desenvainaban las espadas en defensa de su causa.

—En otras palabras, ¿para ayudar e incitar a los rebeldes? —inquirió el duque.

—Vos lo habéis dicho^[5] —contestó Macbriar.

—Queremos saber, entonces —continuó diciendo su interrogador—, si visteis a John Balfour de Burley entre los insurrectos. Supongo que lo conocéis, ¿no?

—Doy gracias a Dios por ello —repuso el predicador—, es un cristiano sincero y entusiasta.

—¿Y dónde y cuándo visteis por última vez a ese piadoso personaje? —preguntaron a continuación.

—Estoy aquí para responder de mis actos, no para poner en peligro a mis compañeros.

—Sabremos encontrar el modo de obligaros a confesar —exclamó Dalzell.

—Si lográis hacerle creer que está en un conventículo —respondió Lauderdale—, lo hará sin necesidad de vuestra ayuda. Vamos, muchacho, hablad antes de que sea tarde. Sois demasiado joven para soportar la carga que, de otro modo, caerá sobre vuestros hombros.

—Os desafío a comprobarlo —contestó secamente Macbriar—. No es la primera vez que caigo prisionero y son muchos los sufrimientos que he padecido; a pesar de mi juventud, he vivido lo suficiente para saber cómo debo morir cuando llegue la hora.

—Está bien, pero, si continuáis mostrando tanta obstinación, os veréis obligado a enfrentaros a algunas cosas antes de que llegue ese momento —dijo Lauderdale, e hizo sonar una campanilla de plata que estaba frente a él.

Una oscura cortina de color carmesí, que ocultaba una especie de cavidad o nicho gótico en la pared, se alzó a su señal, y apareció entonces el verdugo de la ciudad, un hombre alto, de feroz aspecto y horribles facciones; estaba situado tras una mesa de roble, sobre la que había colocado unas empulgueras y una caja de hierro, conocida como bota escocesa, que solía utilizarse en aquellos crueles tiempos para torturar a

los acusados. Morton, que no estaba preparado para aquel macabro espectáculo, se estremeció, mas los nervios de Macbriar no parecieron alterarse. Contempló el siniestro instrumento sin perder la calma; y, si la naturaleza retiró la sangre de sus mejillas por un instante, su determinación la obligó a regresar a su semblante aún con mayor ímpetu.

—¿Sabéis quién es ese hombre? —inquirió Lauderdale fríamente, casi en un susurro.

—Supongo que el infame ejecutor de vuestras sanguinarias sentencias contra los súbditos del Señor. Os desprecio a ambos por igual; y doy gracias al Cielo, pues siento tan poco temor ante el daño que él pueda infligirme como ante vuestro veredicto. Es posible que vuestros tormentos triunfen sobre la carne y sobre la sangre, y arranquen el llanto o los gritos a mi pobre naturaleza; pero confío en que mi alma esté firmemente anclada a la Roca Eterna^[6].

—Cumplid con vuestro deber —ordenó el duque al torturador.

El hombre se acercó al prisionero y preguntó con voz áspera y desafinada qué miembro debía empezar a torturar.

—Dejaremos que elija él —dijo Lauderdale—; me gustaría complacerle siempre que sea razonable.

—Puesto que he de decidirlo yo —repuso el prisionero, extendiendo su pierna derecha—, empezad por ésta, la mejor. Lo ofrezco de buen grado a la causa del Covenant.

El verdugo, con la colaboración de sus ayudantes, introdujo la pierna de Macbriar en la bota de hierro y, colocando una cuña del mismo metal entre la rodilla y el extremo del macabro instrumento, cogió un mazo y se detuvo a la espera de nuevas órdenes. Un hombre elegantemente vestido, médico de profesión, se situó al otro lado de la silla, descubrió el brazo del prisionero y controlando el pulso con sus dedos, se dispuso a regular la tortura en función de la resistencia del paciente. Cuando terminaron todos esos preparativos, el presidente del Consejo repitió la pregunta con idéntica frialdad:

—¿Dónde y cuándo visteis por última vez a John Balfour de Burley?

Macbriar, en lugar de contestarle, elevó su mirada al Cielo, mientras imploraba fuerzas al Señor, y murmuró unas palabras.

—¡Habéis dicho que vuestro pueblo se regocijará el día de vuestro nacimiento^[7]! —fue lo único que resultó inteligible de ellas.

El duque de Lauderdale miró a los demás miembros del Consejo como si quisiera recoger los votos de la sala y, tras observar sus gestos, dio la señal al verdugo, que al instante golpeó la cuña con su mazo, desplazándola unas dos pulgadas hacia abajo entre la rodilla y la bota de hierro; esto ocasionó un intenso dolor a la desventurada víctima, y la sangre que afluyó a su rostro lo delató. El torturador levantó su arma y se detuvo antes de asestar un segundo golpe.

—¿Vais a decirnos —inquirió el duque de Lauderdale— dónde y cuándo visteis

por última vez a Balfour de Burley?

—Ya conocéis mi respuesta —dijo Macbriar con decisión.

Y el mazo volvió a caer. El verdugo repitió tres, cuatro veces su tormento, pero al dar el quinto golpe, después de introducir una cuña más larga, el prisionero lanzó un alarido de dolor.

Morton, incapaz de soportar más tanta crueldad, hizo ademán de levantarse, a pesar de no ir armado y de correr un grave riesgo; Claverhouse, advirtiéndolo su turbación, le sujetó con firmeza y, colocándole una mano en el brazo y otra en la boca, le susurró:

—¡Por el amor de Dios, recordad dónde estáis!

Afortunadamente para él, ningún otro consejero advirtió su movimiento, pues la sobrecogedora escena que se desarrollaba ante sus ojos había acaparado toda la atención de los dignatarios.

—Se ha desmayado, señores —afirmó el médico—; ha llegado al límite de su resistencia.

—Dejadlo ya —ordenó el duque—. No creo que pueda seguir cabalgando hoy, a pesar de llevar las botas puestas. Supongo que debemos condenarle —dijo, volviéndose hacia Dalzell.

—Sí, dictad sentencia y terminemos con él; aún nos queda mucho trabajo que hacer.

Emplearon toda clase de licores y esencias para que el infortunado cautivo volviera en sí; y, cuando pareció que empezaba a recuperarse, el duque pronunció su sentencia de muerte, como traidor capturado en abierta rebelión, y decretó que fuera llevado desde el tribunal hasta el lugar de ejecución pública, donde le ahorcarían; su cabeza y sus manos serían cortadas después de su muerte y exhibidas donde decidiera el Consejo, y todos sus efectos personales, así como el resto de sus bienes, confiscados y puestos a disposición del rey.

—Proceded a repetir el veredicto —ordenó al verdugo.

En aquellos tiempos, y hasta mucho después, era éste quien leía nuevamente la sentencia, como una parte más de su extraordinaria función. Debía repetir al desdichado criminal las palabras del juez, que resultaban aún más macabras pronunciadas por el detestable personaje que se encargaría de ejecutar el cruel castigo. Macbriar apenas había alcanzado a comprender el significado de la pena enunciada por el lord presidente del Consejo, pero estaba ya suficientemente recuperado cuando la repulsiva voz del rufián que iba a ajusticiarle la leyó de nuevo; y, al escuchar la terrible frase final: «Y ésa será su condena», respondió con valentía:

—Señores, no sabéis cuánto agradezco que me hayáis concedido lo único que deseaba, o que habría aceptado de vosotros: enviar sin más demora al patíbulo a este deteriorado cuerpo que hoy ha sido víctima de vuestra crueldad. No tiene importancia para mí el hecho de morir en la horca o en la prisión. Pero si la muerte, que no habría tardado en venir a mi encuentro, me hubiera encontrado en una oscura celda, muchos

habrían dejado de contemplar cómo debe morir un cristiano por la buena causa. Por lo demás, señores, os perdono todo el mal que me habéis causado, ¿y por qué no habría de hacerlo? Gracias a vuestra ayuda pronto estaré en compañía de los ángeles y de los espíritus de los justos^[8], y no del débil polvo y las cenizas^[9]. Me enviáis desde la oscuridad hasta la luz del día, de la mortalidad a la inmortalidad, ¡de la tierra al Paraíso! Si el agradecimiento y el perdón de un moribundo pueden haceros bien, tomadlos de mi mano, y ¡que vuestros últimos momentos sean tan felices como los míos!

Mientras decía estas palabras, radiante de alegría y con expresión de triunfo, los soldados que lo habían acompañado hasta la sala del Consejo se lo llevaron de allí; media hora después fue ejecutado, y murió con el mismo firme entusiasmo que había presidido toda su vida.

La sesión se levantó, y Morton se encontró de nuevo en el carruaje con el general Grahame.

—¡Qué maravillosa serenidad y cuánta valentía! —exclamó el joven, recordando la conducta de Macbriar—. Es una lástima que tanta devoción y heroísmo se mezclaran con los rasgos más violentos de su secta.

—¿Os referís a su decisión de condenaros a muerte? Un simple párrafo de las Escrituras le habría bastado para justificarse; por ejemplo: «Y Pinjás se levantó y ejecutó la sentencia»^[10] o algo similar. Pero ¿sabéis dónde os dirigís ahora, señor Morton?

—Estamos en el camino de Leith^[11] —repuso el joven—. ¿Acaso no podré despedirme de mis amigos antes de abandonar Escocia?

—Vuestro tío —contestó Grahame— conoce la situación y ha declinado visitaros. El bondadoso caballero teme, y con razón, que el castigo de vuestra traición pueda extenderse a sus propiedades; os envía, a pesar de ello, su bendición y una pequeña suma de dinero. Lord Evandale continúa muy enfermo. El mayor Bellenden está en Tillietudlem, organizando las cosas. Los muy canallas causaron verdaderos estragos entre las valiosas antigüedades de lady Margaret y han destruido lo que la buena señora solía llamar el Trono de Su Graciosa Majestad. ¿Hay alguien más de quien os hubiera gustado despediros?

—No... sería inútil —replicó Morton, mientras exhalaba un profundo suspiro—; pero he de hacer algunos preparativos antes de mi marcha.

—Todo está listo —aseguró el general—. Lord Evandale se ha adelantado a vuestros deseos. Os envía este paquete con algunas cartas de recomendación para la corte del príncipe de Orange^[12], y yo me he permitido añadir una o dos más. Hice mis primeras campañas bajo su mando, y no supe lo que era luchar como un hombre hasta la batalla de Seneff^[13]. Aquí tenéis también unas letras de cambio para vuestras necesidades más inmediatas; siempre que preciséis de ellas, hacédnoslo saber.

Morton escuchó sus palabras y recibió el paquete mudo de asombro, pues jamás habría imaginado que la ejecución de la sentencia fuera a ser tan inminente.

—¿Y mi criado? —inquirió.

—Cuidaremos de él y volveremos a colocarlo, si es posible, al servicio de lady Margaret Bellenden; no creo que vuelva a faltar a un desfile militar, ni que se le ocurra unirse por segunda vez a los whigs. Pero ya hemos llegado al puerto, y el barco os espera.

Tal como Claverhouse había afirmado, un bote aguardaba al capitán Morton con los baúles y el equipaje dignos de su rango. El general Grahame estrechó su mano, y le deseó buena suerte y un feliz regreso a Escocia cuando los tiempos fueran más tranquilos.

—Jamás olvidaré —afirmó— vuestra caballerosa conducta con mi amigo Evandale, en unas circunstancias en las que la mayoría de los hombres habrían hecho lo posible por quitárselo de en medio.

Tras otro amistoso apretón de manos, se despidieron. Cuando Morton descendía hacia el muelle para embarcarse, alguien le entregó un pequeño pliego de papel. Miró a su alrededor. El hombre que le había dado la misiva llevaba el rostro oculto tras una capa; apoyó el dedo en sus labios en señal de silencio y desapareció entre la muchedumbre. El suceso despertó la curiosidad de Morton; y cuando subió a bordo del buque que le llevaría a Rotterdam y vio a todos sus compañeros de viaje atareados, aprovechó la ocasión para leer la misteriosa carta. Decía así:

El valor que mostrasteis el fatal día en que Israel tuvo que huir ante sus enemigos^[14] ha reparado, en cierta medida, vuestra defensa de los intereses erastianos. No es momento para que Ephraim luche con Israel^[15]. Sé que vuestro corazón pertenece a la hija del extraño. Mas debéis olvidar esa locura; pues en el exilio, en la huida e incluso en la muerte, mi mano caerá con toda su fuerza sobre esa sanguinaria casa^[16] de malignos, y la Providencia ha puesto en mis manos el instrumento^[17] que servirá para medirlos con su propia medida^[18] de ruina y confiscación. La defensa de su fortaleza fue la principal causa de nuestra derrota en el Puente de Bothwell, y me he prometido a mí mismo vengarme de ellos. Así pues, olvidad a esa mujer y reuníos con nuestros hermanos en el destierro, cuyos corazones siguen pendientes de este desdichado país y no desean sino salvarlo y liberarlo. Queda un leal grupo de presbiterianos en Holanda, que aún anhelan la liberación. Acercaos a ellos como el verdadero hijo del valiente Silas Morton y seréis acogido en su seno, por el bien de todos. Y si demostráis ser digno de trabajar nuevamente en la viña^[19], sabréis de mis idas y venidas preguntando por Quintín Mackell de Irongray en casa de esa cristiana ejemplar llamada Bessie Maclure, cerca del Howff, la taberna donde Niel Blane aloja a sus huéspedes. Y éstos son los deseos de alguien que espera poder consideraros nuevamente su hermano, resistiendo hasta llegar a la sangre en su lucha contra el pecado^[20]. Entretanto, mostraos perseverante^[21]. Continúad ciñendo la espada y no apaguéis vuestra lámpara^[22], como un hombre que se despierta en medio de la noche; pues Aquel que juzgará a la montaña de Esau^[23], para quien los falsos practicantes serán como la paja y los malignos como el rastrojo, vendrá a nosotros en la cuarta vigilia^[24] con el manto empapado en sangre^[25] y la casa de Jacob será el fuego y la de José la llama^[26]. Yo soy quien ha escrito estas palabras, con la mano que cayó sobre los poderosos en el devastado campo de batalla.

La extraordinaria carta estaba firmada con las iniciales J. B. de B.^[27]; pero Morton había comprendido sin necesidad de leer aquellas siglas que sólo Burley podía haberla redactado. Tuvo así una nueva oportunidad para admirar el indomable espíritu de ese hombre que, con tanto coraje como obstinación, seguía tratando incluso en aquellos momentos de restablecer la red de conspiración que acababa de

ser desmembrada. Pero el joven, en sus actuales circunstancias, no sintió el menor deseo de mantener una correspondencia tan peligrosa o de renovar una asociación que casi había sido fatal para él. Consideró las amenazas de Burley contra la familia Bellenden como una simple expresión de su rencor hacia ella, por haber defendido Tillietudlem; y no creyó posible que, en un momento en que los realistas se habían alzado con la victoria, un adversario fugitivo y en desgracia pudiera tener la menor influencia en el destino de lady Margaret y los suyos.

Morton, sin embargo, dudó unos instantes si informar o no al mayor o a lord Evandale de las amenazas de Burley. Tras analizar la cuestión, pensó que no podría hacerlo sin revelar cómo habían llegado a su conocimiento; pues advertirles de ello no serviría de nada, a menos que les diera una pista que permitiera detener al whig, lo que equivaldría a traicionar su confianza para remediar un mal que parecía sólo imaginario. Después de profundas reflexiones, rompió la carta, reteniendo el nombre de la persona y el lugar donde podría obtener noticias de Burley, y arrojó los papeles al mar.

Entretanto, el barco largó amarras y el favorable viento del noroeste hinchó sus enormes velas blancas. La nave escoró por la fuerza del viento y avanzó rugiendo entre las olas, dejando una estela larga y rizada que señalaba su rumbo. La ciudad y el puerto de donde había zarpado desaparecieron en la lejanía; las colinas que los rodeaban se desvanecieron entre el azul del cielo, y Morton se vio separado durante algunos años de la tierra que le había visto nacer.

Whom does time gallop withal?

SHAKESPEARE^[1]

Los narradores son afortunados al no verse sujetos como los dramaturgos a las unidades de tiempo y espacio, lo que les permite conducir a sus personajes a Atenas o a Tebas cuando lo desean, y hacerles regresar a su conveniencia. Hasta ahora el tiempo, utilizando el símil de Rosalinda^[2], ha caminado al paso del héroe de nuestro relato; pues, entre la primera aparición de Morton en el concurso del papagayo y su partida hacia Holanda, apenas habían transcurrido dos meses. Los años, sin embargo, han pasado velozmente antes de que podamos recuperar el hilo de nuestra historia, y entretanto el tiempo parece haber galopado. Reivindicando, así, el privilegio de los míos, reclamo la atención del lector para proseguir con la narración, que nos traslada a una nueva era, un año después de la Revolución Inglesa^[3].

Escocia empezaba a serenarse tras la convulsión causada por el cambio de dinastía y, gracias a la prudente tolerancia del rey Guillermo, había logrado escapar a los horrores de una larga guerra civil. La agricultura se recuperaba; y los hombres, cuyos pensamientos se habían visto perturbados por la violenta conmoción política y por el cambio de gobierno en la Iglesia y en el Estado, parecían recobrar su acostumbrado humor e interesarse por los asuntos privados, en lugar de discutir los públicos. Sólo los habitantes de las Tierras Altas oponían resistencia al nuevo orden establecido, y un gran número de ellos se habían levantado en armas comandados por el vizconde de Dundee, a quien hasta ahora nuestros lectores han conocido bajo el nombre de Grahame de Claverhouse. Pero las Tierras Altas siempre habían resultado ingobernables, y el hecho de que estuvieran más o menos alborotadas no afectaba a la tranquilidad general del país, siempre que los disturbios no salieran de sus fronteras. En las Tierras Bajas, los jacobitas, ahora el partido minoritario, habían abandonado la idea de enfrentarse abiertamente al poder, y se veían obligados a reunirse clandestinamente, como antaño hicieran los covenanters, con el fin de organizar su defensa, lo que el gobierno consideraba una traición, mientras ellos denunciaban su hostigamiento.

Los victoriosos whigs, al tiempo que restablecían el presbiterianismo como religión nacional y devolvían a las Asambleas Generales de la Iglesia de Escocia su influencia, estaban muy lejos de llegar a los extremos de los cameronianos y otros grupos más extremistas bajo los reinados de Carlos II y de Jacobo II. No querían oír

hablar del restablecimiento del *Solemn League and Covenant*, y quienes habían esperado encontrar en el rey Guillermo a un entusiasta defensor del pacto se vieron profundamente decepcionados cuando éste, con la flema característica de su país, declaró sus intenciones de tolerar cualquier religión que no perturbara la paz del estado. Estos principios, que el gobierno se sintió honrado de apoyar, ofendieron sobremanera a los más fanáticos, que se apresuraron a condenarlos por oponerse diametralmente a las Escrituras. Y para defender su estrechez de miras citaron numerosos pasajes, como es fácil de imaginar, todos fuera de contexto; la mayoría de ellos provenían del Antiguo Testamento, y eran los que justificaban la actuación de los judíos para expulsar a los idólatras de la tierra prometida. Asimismo, criticaron la influencia de algunos seglares que ejercían el derecho de patronato^[4], lo que consideraban una violación de la castidad de la Iglesia. Censuraron y condenaron por erastianismo muchas de las medidas adoptadas por los dirigentes, pues revelaban cierta inclinación a interferir en el gobierno de la Iglesia, y se negaron a jurar lealtad al rey Guillermo y a la reina María, hasta que ellos no hubieran prometido, por su parte, defender el *Solemn League and Covenant*, la Carta Magna^[5], como ellos decían, de la Iglesia presbiteriana.

De modo que ese partido continuó mostrando su descontento, mientras reiteraba sus protestas contra las deserciones y las causas de la ira; y, de haber sido perseguido como en los dos anteriores reinados, habría acabado alzándose en abierta rebelión. Pero los murmuradores podían celebrar sus reuniones sin verse interrumpidos, y testificar cuanto quisieran contra el socinianismo, el erastianismo y todas las observancias y apostasías de la época. Su celo religioso, al no verse alentado por la persecución, fue desapareciendo poco a poco, y sus miembros, cada vez más escasos, terminaron siendo un pequeño grupo de fanáticos, graves, escrupulosos e inofensivos, repartidos por todo el país; y Eterna Mortalidad, cuyas historias han servido de base a mi relato, sería un buen ejemplo de ellos. Mas en los años que siguieron a la Revolución, los cameronianos constituían una secta muy numerosa, que expresaba sus opiniones políticas con enorme vehemencia, y el gobierno contemporizaba prudentemente con ellos con el fin de desalentarlos. Sin duda, formaban un partido violento dentro del Estado; y los episcopalianos y los jacobitas, a pesar de su antigua animosidad, trataban de confabularse y de aprovechar el descontento de sus viejos enemigos para restituir en el trono a la dinastía de los Estuardo. El gobierno de la Revolución, entretanto, contaba con el apoyo de un gran número de habitantes de las Tierras Bajas, que se inclinaban en su mayoría hacia un presbiterianismo moderado; eran los mismos que los cameronianos habían estigmatizado por acogerse a la Indulgencia promulgada por Carlos II. Y ése era el panorama político de Escocia inmediatamente después de la Revolución.

Una agradable tarde de verano, un desconocido, a lomos de un hermoso caballo y con aspecto de militar de elevado rango, bajaba por un tortuoso camino desde el que se divisaban las románticas ruinas del Castillo de Bothwell y el río Clyde, que

serpentea lleno de belleza entre las rocas y los bosques que rodean las torres construidas en el pasado por Aymer de Valence^[6]. El Puente de Bothwell, a una pequeña distancia, podía verse también desde allí. Al otro lado del río, el escenario de la cruenta batalla, aparecía tan apacible y tranquilo como la superficie de un lago en el estío. Los árboles y los arbustos que crecían por doquier, formando una asombrosa profusión de sombras, apenas se mecían con la brisa del anochecer; y hasta el murmullo de las aguas parecía suavizarse para armonizar con la quietud del entorno. Algunos árboles de gran tamaño arrojaban su sombra sobre el sendero por donde el viajero descendía, bordeado por setos y ramas de las fértiles huertas, cargadas ahora de frutas estivales.

El siguiente lugar de interés era una granja, o tal vez la morada de un pequeño terrateniente, situada en la ladera de una soleada loma, cubierta de perales y manzanos. Al pie del camino que llevaba a esa modesta vivienda, había una cabaña, que recordaba la casa de un guarda, aunque era obvio que no se había construido con esa finalidad. Parecía confortable y mucho más limpia y cuidada de lo que suele ser habitual en Escocia, y tenía un pequeño jardín donde se mezclaban frutales y arbustos con las hortalizas. Una vaca y seis ovejas pacían en un prado cercano; el gallo se contoneaba y cacareaba junto a la puerta, llamando a su familia; un montón de leña y otro de turba indicaban que había suficiente combustible para el invierno; y la fina humareda azul que salía de la chimenea, elevándose entre las copas de los árboles, revelaba que se estaba preparando la cena. Para completar aquella escena de placidez y bienestar rural, una niña de alrededor de cinco años llenaba su cántaro en una hermosa fuente de agua cristalina, que brotaba de las raíces de un viejo y deteriorado roble, a veinte yardas de la cabaña.

El desconocido detuvo su caballo y preguntó a la pequeña ninfa el camino de Fairy-knowe. La niña dejó el cántaro en el suelo, como si no entendiera sus palabras.

—¿Qué queréis? —inquirió abriendo sus enormes ojos azules, mientras apartaba los mechones rubios de su frente.

—Desearía saber dónde está Fairy-knowe.

—Mami, mami —exclamó la pequeña, corriendo hacia la puerta de la casa— ven a hablar con este caballero.

La madre apareció; se trataba de una joven y hermosa campesina, en cuyas facciones, antes llenas de picardía, el matrimonio había infundido ese aire de respetabilidad que suelen tener las mujeres de los labriegos escoceses. Llevaba un bebé en uno de sus brazos, y con la mano libre se alisó el delantal, al que se aferraba un pequeño gordinflón de alrededor de dos años. La niña mayor, la primera que había visto el jinete, se escondió tras ella en cuanto tuvo ocasión, y se quedó allí, asomando de vez en cuando la cabeza para mirar al forastero.

—¿En qué puedo ayudaros, señor? —dijo la mujer con una cortesía poco habitual entre la gente de su clase.

El desconocido la contempló unos momentos con enorme seriedad.

—Busco un lugar conocido como Fairy-knowe, y a un hombre llamado Cuthbert Headrigg —replicó—. Es posible que podáis ayudarme a encontrarlo.

—Es mi marido, señor —exclamó la joven con una sonrisa de bienvenida—; ¿no queréis bajaros del caballo y entrar en nuestra humilde morada? ¡Cuddie, Cuddie! —Un niño de cuatro años con el pelo casi blanco apareció en la puerta de la cabaña—. Corre, tesoro, y dile a tu padre que un caballero desea verle. ¡No, espera! Será mejor que vaya Jenny. Corre a avisarle; está en el parque de los Cuatro Acres. Pero ¿acaso no pensáis desmontar y esperar un momento? ¿No os gustaría comer un poco de pan con queso o beber una jarra de cerveza hasta que llegue mi marido? La cerveza es buena, aunque lo diga yo que soy quien la fabrica; pero los labriegos trabajan mucho y deben de tener algo que les ayude a sentirse mejor, así que le pongo una buena ración de malta.

Mientras el forastero declinaba su amable ofrecimiento, Cuddie, el viejo conocido del lector, regresó a la casa. Y, aunque su rostro continuaba reflejando una aparente torpeza, el ocasional brillo de sus ojos delataba su vivo ingenio. Miró al jinete como si no lo hubiera visto jamás; y, al igual que su mujer y su hija, inició la conversación con la acostumbrada pregunta.

—¿Qué deseáis, señor?

—Necesito averiguar algunas cosas de la región —contestó el viajero—, y me han dicho que sois un hombre inteligente que puede ayudarme.

—Sin duda, señor —dijo Cuddie, tras unos momentos de incertidumbre—; pero me gustaría saber antes qué clase de información queréis obtener. Hubo un tiempo en que me preguntaron tantas cosas, y tan extrañas, que, si me hubierais conocido entonces, comprenderíais mi desconfianza. Mi madre me hizo aprender de memoria el *Single Carritch*^[7], que era un gran fastidio; y para contentar a lady Margaret, me obligaron a recitar todo ese lío de los padrinos y las madrinas^[8]; yo mezclaba las dos cosas y nadie parecía contento conmigo; y, cuando me hice un hombre, se pusieron de moda otras preguntas, que me gustaban aún menos; y acabé firmando ante el Consejo Privado. Así que ya veis, señor, por qué me gusta conocer las preguntas antes de contestarlas.

—No temáis nada de mí, buen amigo; sólo se refieren a la situación del país.

—¿Del país? —repitió Cuddie—. ¡Oh! Todo marcha bastante bien, si no fuera por ese maldito demonio de Claverhouse (ahora le llaman Dundee) que aún sigue alborotando en las Tierras Altas con todos los Donalds, Duncans y Dugalds^[9], siempre con sus *kilts*^[10], empeñado en volver a sembrar la confusión, ahora que las cosas parecen haberse calmado. Pero sé que Mackay^[11] le vencerá; ya veréis cómo acaba con él.

—¿Y por qué estáis tan seguro de ello? —inquirió el jinete.

—Escuché con mis propios oídos cómo se lo profetizaba un hombre que había estado tres horas muerto —repuso Cuddie—; sólo regresó a este mundo para contárselo. Fue en un lugar llamado Drumshinnel.

—¿De veras? —dijo el desconocido—. Me resulta difícil de creer, querido amigo.

—Si mi madre estuviera viva, podríais habérselo preguntado a ella —respondió Cuddie—; la vieja Mause me lo explicó, pues yo había creído que el hombre estaba sólo herido. En cualquier caso, habló de la expulsión de los Estuardo y de la venganza que caería sobre Claverhouse y sus dragones. Aquel hombre era conocido como Habakkuk Meiklewrath; estaba un poco loco, pero quizá por eso era tan buen predicador.

—Parecéis vivir en un país rico y pacífico —comentó el viajero.

—No podemos quejarnos, señor, y las cosechas son buenas —contestó Cuddie—; pero, si hubierais visto la sangre correr sobre aquel puente con la misma rapidez que avanza el agua bajo él, no pensaríais que el espectáculo es tan hermoso.

—¿Os referís a la batalla de hace algunos años? Fui a presentar mis respetos al duque de Monmouth aquella mañana, y contemplé una parte de la acción —dijo el desconocido.

—Entonces fuisteis testigo de un verdadero caos —afirmó Cuddie—, que me quitó las ganas de luchar para el resto de mi vida. Pensé que seríais un casaca roja por vuestra chaqueta escarlata y la cinta de vuestro sombrero.

—¿Y de qué lado estabais vos, amigo? —continuó preguntando el curioso viajero.

—¡Vaya! —exclamó Cuddie con una mirada maliciosa, o lo que él entendía como tal—. No tiene sentido hablar de ello, a menos que sepa quién desea saberlo.

—Vuestra prudencia es admirable, pero innecesaria; sé que en aquella época erais el criado de Henry Morton.

—Pues sí —dijo Cuddie, sorprendido—. ¿Cómo habéis descubierto ese secreto? No es que me importe demasiado, pues el sol brilla ahora de nuestro lado. ¡Ojalá mi amo estuviera vivo para poder verlo!

—Y ¿qué fue de él? —inquirió el jinete.

—Desapareció en el barco que lo llevaba a esa maldita Holanda; y sin dejar rastro. Se ahogaron todos, y mi pobre señor entre ellos. Jamás volvió a saberse nada de aquellos hombres —exclamó Cuddie, con un gemido.

—¿Entonces lo apreciabais? —preguntó el forastero.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Era un hombre lleno de encanto que gustaba a todo el mundo, además de un magnífico soldado. Si lo hubierais visto sobre aquel puente, moviéndose tan veloz como un dragón volador para que unos hombres que no tenían el menor deseo de combatir se animaran a hacerlo. Estaban él y aquel obstinado demonio a quien llamaban Burley... Si dos hombres hubieran podido alguna vez ganar una batalla, no habríamos salido tan malparados aquel día.

—Habéis mencionado a Burley. ¿Sabéis si continúa aún con vida?

—No creáis que sé mucho. Dicen que huyó del país, y que nuestra gente no quiso seguir teniendo nada que ver con él porque había asesinado al arzobispo. De modo que volvió a Escocia diez veces más inflexible que nunca, y rompió con muchos

presbiterianos; y con la llegada al poder del príncipe de Orange, no le dieron ningún puesto de responsabilidad por temor a su diabólico carácter, y desde entonces no se han tenido noticias de él; algunos aseguran que el orgullo y la ira le han hecho enloquecer.

—Y... y —preguntó el desconocido, después de muchas dudas— ¿sabéis algo de lord Evandale?

—¿Que si sé algo de lord Evandale? ¡Cómo no iba a saberlo! ¿Acaso no va a contraer matrimonio con mi joven y bondadosa señora?

—¿No están casados, entonces? —se apresuró a exclamar el jinete.

—Aún no, sólo han firmado el contrato de matrimonio; mi mujer y yo fuimos sus testigos. No han pasado muchos meses desde entonces... Fue un largo noviazgo, pero sólo Jenny y yo conocemos el motivo. Pero ¿no pensáis bajaros del caballo? No me gusta veros ahí arriba sentado; el cielo se ha oscurecido en el oeste, en dirección a Glasgow, y casi todos aseguran que se avecina un buen chaparrón.

Lo cierto es que un denso nubarrón gris había ocultado ya el sol del atardecer; cayeron unas gruesas gotas de lluvia y se oyó el retumbar de un trueno en la distancia.

«¿Qué le pasará a este hombre? —pensó Cuddie—. Ojalá desmontase o siguiera su camino; así podría encontrar alojamiento en Hamilton antes de que empiece la tormenta».

Pero después de la última pregunta, el desconocido continuó inmóvil sobre su caballo dos o tres minutos más, como si un extraordinario esfuerzo le hubiera dejado extenuado.

—¿Vive todavía lady Margaret? —preguntó a Cuddie cuando logró sobreponerse.

—Sí —contestó el labriego—, aunque muy modestamente. Los Bellenden llevan una vida muy diferente desde que comenzaron los malos tiempos; han padecido tantos sufrimientos... Perdieron la vieja torre y la baronía, y aquellas hermosas tierras junto al río que tan a menudo labré, y la granja, y mi huerta, cuando había conseguido recuperarla; y todo ello sin darles nada a cambio, pues, cuando tomaron Tillietudlem, sólo pudimos llevarnos unas cuantas pieles de oveja, aprovechando la confusión.

—He oído hablar de ello —dijo el forastero, ahuecando la voz y desviando su mirada—. Estoy interesado en la familia y me gustaría ayudarla, si es posible. ¿Podríais alojarme por esta noche en vuestra casa, amigo?

—Sólo disponemos de un pequeño rincón, señor —respondió Cuddie—, pero intentaremos arreglarnos; así no os veréis obligados a cabalgar bajo la tormenta. Para ser sincero con vos, no tenéis demasiado buen aspecto.

—Soy propenso a los mareos —exclamó el desconocido—; pero en seguida estaré bien.

—Os daremos una buena cena, señor —dijo Cuddie—; y nos ocuparemos de proporcionaros un lugar donde dormir. No permitiremos que os falte nada que nosotros tengamos; aunque lo cierto es que andamos bastante escasos de camas, pues

Jenny tiene tantos niños (que Dios los bendiga, a ella y a los recién nacidos) que he de hablar con lord Evandale para que nos dé alguna más.

—Estaré cómodo en cualquier sitio —aseguró el caballero, mientras entraba en la casa.

—Podéis confiar en que atenderé bien a vuestra montura —exclamó Cuddie—; conozco bien a los caballos, y éste es un hermoso ejemplar.

El labriego se llevó el animal al pequeño establo, y pidió a su mujer que se encargara, mientras tanto, de preparar el alojamiento del desconocido. Una vez en el interior de la cabaña, el oficial se sentó en un banco a cierta distancia del fuego, de espaldas a la pequeña ventana enrejada. Jenny o la señora Headrigg, si así lo prefiere el lector, le pidió que se quitara la capa, el cinturón y el sombrero de ala ancha, pero el viajero se disculpó diciendo que tenía frío; y, para entretenerse mientras Cuddie volvía, empezó a hablar con los niños, tratando de evitar las curiosas miradas de su patrona.

*What tragic tears bedim the eye!
What deaths we suffer ere we die!
Our broken friendships we deplore,
And laves of youth that are no more.*

LOGAN^[1]

Cuddie no tardó en regresar, asegurando al forastero en tono alegre que se había encargado de alimentar al caballo —que pasaría la noche en el establo—, y que su mujer le prepararía una cama en la casa de arriba, mejor y más cómoda que la que ellos podían ofrecerle.

—¿Está la familia Bellenden allí? —preguntó el desconocido, con voz entrecortada.

—No, señor; ni tampoco sus criados. Como sólo tienen dos, mi esposa guarda las llaves y se encarga de cuidar la casa, aunque sin recibir el menor salario a cambio. Ha nacido y se ha criado en la familia, y goza de toda su confianza. Si las señoras estuvieran, tendríamos que consultar con ellas, pero, hallándose fuera, les gustará saber que hemos dado asilo a un forastero que se encontraba indispuerto. La señorita Bellenden ayudaría a todo el mundo si pudiera, y su abuela, lady Margaret, siente un profundo respeto por la gente distinguida, aunque también se porte bien con la más humilde. Pero ¿qué pasa, mujer? ¿Por qué no continuas con las gachas?

—No te preocupes —respondió Jenny—, estarán listas a su hora; sé muy bien lo caliente que te gusta el caldo.

Cuddie se revolvió en el asiento y rió ante aquella aguda réplica, al tiempo que miraba con aire de complicidad a su mujer; la pareja sostuvo una conversación intrascendente que, finalmente, el desconocido interrumpió.

—¿Podrías decirme cuándo se celebrará el matrimonio de lord Evandale? —preguntó.

—Esperemos que muy pronto —repuso Jenny, adelantándose a su marido—. Se habría celebrado ya, de no haber sido por la muerte del anciano mayor Bellenden.

—¡El viejo y excelente mayor! —exclamó el extraño—. Me enteré de su fallecimiento en Edimburgo. ¿Estuvo mucho tiempo enfermo?

—No levantó cabeza desde que lady Margaret y su sobrina fueron expulsadas de su hogar... Contrajo numerosas deudas para costear el proceso; pero eran los últimos días del reinado de Jacobo II, y Basil Olifant, que reclamaba Tillietudlem para sí, se

había convertido al catolicismo para agradar a los gobernantes, por lo que éstos no quisieron negarle nada; así que las damas terminaron perdiendo el litigio, después de varios años de lucha, y, tal como os dije antes, el mayor jamás volvió a ser el mismo. Poco tiempo después, la dinastía de los Estuardo fue expulsada del poder, y, aunque apenas le quedaban razones para defenderla, no pudo soportarlo, y pareció rompersele el corazón; y los acreedores entraron en Charnwood y saquearon su casa. El bondadoso anciano nunca había sido demasiado rico, ¡era tan generoso con los demás!

—Fue, sin duda, un hombre admirable —exclamó el desconocido—; al menos eso he oído decir... ¿Las damas perdieron, entonces, todos sus bienes y se quedaron sin protector?

—Jamás les faltará nada mientras viva lord Evandale —afirmó Jenny—; ha sido un amigo leal durante todos sus infortunios. Incluso la casa en la que viven es propiedad de su señoría; y, como solía decir mi suegra Mause, jamás ningún hombre, desde los tiempos del patriarca Jacob^[2], se había esforzado tanto por conseguir a una mujer.

—Y ¿por qué motivo —inquirió el extraño con una voz que traicionaba su emoción— no fue recompensado antes con lo que tanto deseaba?

—En primer lugar, debía concluir el litigio —se apresuró a responder Jenny—; además, había otras cuestiones familiares que solucionar.

—Existía otro motivo —dijo Cuddie—; pues la joven dama...

—¡Chitón! ¡Muérete la lengua y cómete las gachas! —exclamó su mujer—. Veo que este caballero no se siente demasiado bien, y ni siquiera ha probado nuestra humilde cena; ahora mismo voy a matar un pollo para preparárselo.

—No os molestéis —contestó el desconocido—; sólo necesito beber un vaso de agua y quedarme a solas.

—¿Seríais tan amable de seguirme? —se apresuró a decir Jenny, encendiendo una pequeña lámpara—; os mostraré el camino.

Cuddie se ofreció a acompañarlos, pero su esposa le recordó que los niños podrían pelearse entre sí y quemarse con las brasas de la chimenea, por lo que debía quedarse en la cabaña.

La mujer subió por un estrecho y sinuoso camino que se deslizaba entre rosas silvestres y madreselvas y les condujo después hasta la puerta trasera de un pequeño jardín. Jenny recorrió el pestillo y, atravesando aquel antiguo rincón, con sus setos cuidadosamente recortados y sus tradicionales macizos de flores, llegaron a una puerta acristalada que la joven abrió con una llave maestra; después de encender la vela que colocó sobre un pequeño escritorio, Jenny rogó que le disculpara por dejarlo allí solo, pues debía preparar su cama. No tardó más de cinco minutos; mas cuando regresó, contempló alarmada cómo la cabeza del desconocido yacía sobre la mesa, al igual que si hubiera sufrido un desmayo. Al acercarse a él, sin embargo, descubrió por sus entrecortados sollozos que estaba sufriendo una crisis de angustia. Se alejó

prudentemente hasta que el forastero levantó la cabeza, y entonces, fingiendo no haber observado su agitación, le hizo saber que su lecho estaba listo. El desconocido la miró unos instantes, como si tuviera dificultad en comprender sus palabras. Jenny las repitió y el caballero, inclinando la cabeza en señal de asentimiento, entró en la habitación que le indicó. Se trataba, según le explicó la joven, de la pequeña alcoba que solía utilizar lord Evandale cuando se hospedaba en Fairy-knowe, y que comunicaba no sólo con el pequeño gabinete junto al jardín, en cuyas vitrinas se exhibía la porcelana, sino también con un salón del que sólo le separaba una delgada mampara. Tras desearle que se mejorara y disfrutase de un buen descanso, Jenny regresó a su hogar tan rápidamente como pudo.

—¡Ay, Cuddie! —dijo a su marido nada más entrar—. ¡Estamos perdidos!

—Pero ¿de qué hablas? ¿Qué te pasa, mujer? —respondió el imperturbable Cuddie, pues era una de esas personas que difícilmente pierden la calma.

—¿Quién crees que es ese caballero? ¡Oh, Dios mío! Por qué le invitarías a desmontar del caballo... —exclamó Jenny.

—¿Y quién demonios es? Ya no hay ninguna ley que prohíba dar alojamiento y ayudar a quien lo necesite —aseguró su marido—; whig o tory, ¿qué puede importarnos?

—Sí, pero es alguien que dará al traste con el matrimonio de lord Evandale, si no tenemos cuidado —afirmó Jenny—; se trata del primer amor de la señorita Edith, tu antiguo patrón, Cuddie.

—¡Qué demonio de mujer! —exclamó el labriego, poniéndose en pie—. ¿Acaso crees que estoy ciego? Habría reconocido al señor Harry Morton entre más de cien hombres.

—Sí, Cuddie —replicó su esposa—, pero aunque no estés ciego, eres menos perspicaz que yo.

—¿Y por qué me lo echas en cara justo ahora? ¿Qué te ha hecho pensar que ese hombre era el amo Henry?

—Me extrañó que tuviera tanto empeño en esconder su rostro de nosotros y que hablase con una voz tan poco natural; de modo que decidí ponerlo a prueba con alguna vieja historia, y cuando mencioné lo del caldo bien caliente, aunque no se echó a reír (pues parece haberse vuelto demasiado serio para ello), la expresión de sus ojos reveló que sabía de qué estaba hablando. Y todas sus dolencias se deben al matrimonio de la señorita Edith; jamás he visto a nadie tan enfermo de amor en toda mi vida... Sólo a la señorita Bellenden, cuando se enteró de que tanto él como tú (¡sinvergüenza!) os dirigíais hacia Tillietudlem con los rebeldes. Pero ¿qué te pasa ahora, Cuddie?

—¿Que qué me pasa? —repitió su marido, mientras se ponía apresuradamente las prendas de vestir que acababa de quitarse—. ¿Es que no puedo ir corriendo a ver a mi querido amo?

—Ni se te ocurra, Cuddie —dijo Jenny con decisión.

—¡Malditas mujeres! —exclamó el labriego—. ¿Acaso crees que soy un calzonazos que va a pasarse toda la vida dominado por ellas?

—¿Y qué clase de hombre te gustaría ser? ¿Quién iba a mangonearte mejor que yo, Cuddie, muchacho? —inquirió Jenny—. Te lo explicaré en pocas palabras. Nadie, excepto nosotros, sabe que ese joven caballero aún continúa con vida; el hecho de que incluso él desee mantenerlo en secreto me hace pensar que, en caso de encontrar a la señorita Edith ya casada o a punto de contraer matrimonio, desaparecerá para siempre para no crear más dificultades. Pero si la señorita Bellenden se enterase de que sigue vivo, aunque estuviera en el altar junto al mismísimo lord Evandale, respondería «¡No!» a la pregunta del reverendo, olvidando su compromiso.

—Está bien —replicó Cuddie—, pero eso no es asunto mío. Si la señorita Edith prefiere a su primer amor, ¿por qué no va a poder cambiar de parecer como hacen los demás? Ya sabes, Jenny, que Tam Halliday va diciendo por ahí que le habías prometido casarte con él.

—No es más que un mentiroso, y tú un necio al escucharlo, Cuddie. En cuanto a la elección de la señorita Bellenden... Seguro que todo el oro del señor Morton está en el exterior de su chaqueta, y ¿cómo va a poder mantener a lady Margaret y a su nieta?

—¿Acaso no tiene Milnewood? —preguntó el labriego—. Sin duda el viejo señor se lo dejó al ama de llaves hasta su muerte porque no había tenido noticias de su sobrino; pero, pidiéndoselo a la anciana con educación, podrían vivir muy bien todos juntos, incluida lady Margaret.

—¡Te equivocas! ¿Crees que unas damas tan distinguidas querrían compartir una casa con la vieja Ailie Wilson? ¿No te das cuenta de lo que sufre su orgullo al aceptar un favor, incluso del propio lord Evandale? No, no, Cuddie; si se casa con el señor Morton, se verán obligadas a seguirlo allí donde le lleve su vida militar.

—Eso no sería nada agradable para lady Margaret —afirmó Cuddie—, no creo que pudiera recuperarse tras una dura jornada en el carro de los pertrechos.

—Y discutirían a menudo, pues unos defienden la monarquía de Jacobo II y otros la sucesión protestante —continuó diciendo Jenny.

—La anciana señora no cedería fácilmente... —añadió el labriego.

—Y además, Cuddie —dijo su mujer, que había dejado el argumento de más peso para el final—. Si el matrimonio con lord Evandale se rompiera, ¿qué pasaría con nuestra casa gratis, y la huerta y el pasto de las vacas? Apuesto a que nos quedaríamos sin nada con todos nuestros pequeños.

Y Jenny empezó a lloriquear; Cuddie se movió de un lado a otro, con una manga puesta y la otra quitada: la viva imagen de la indecisión.

—Bueno, mujer —preguntó finalmente—; ¿podrías decirme qué tenemos que hacer sin armar tanto escándalo?

—Lo mejor es que no hagamos nada —dijo Jenny—, como si jamás hubiéramos vuelto a ver al señor Morton. Y, por lo que más quieras, no se te ocurra decirle a

nadie que estuvo aquí o en la casa de arriba. De haberlo sabido, le habría dejado mi propia cama, y hubiera dormido en el establo o le hubiese enviado a él allí, pero ya es demasiado tarde. Tendremos que hacerle salir con mucho sigilo por la mañana, y supongo que se le habrán quitado las ganas de volver por algún tiempo.

—¡Ay, mi pobre señor! —exclamó Cuddie—. ¿Ni siquiera puedo ir a saludarlo?

—¡De ningún modo! —contestó Jenny—. No tienes por qué haberlo reconocido; si te lo he contado, ha sido porque temía que te dieras cuenta a la luz del día.

—Está bien —asintió Cuddie, exhalando un fuerte suspiro—, mañana me iré a labrar las tierras más alejadas; si no puedo hablar con él, prefiero apartarme de su camino.

—Tienes razón, querido —repuso Jenny—. Después de una pequeña charla, nadie muestra mayor sensatez que tú para manejar sus propios asuntos; pero recuerda que nunca debes hacer nada sin consultarme.

—Alguien podría pensar que soy incapaz de tomar la iniciativa —afirmó Cuddie—; pues siempre he tenido a mi lado a una vieja o a una joven que me han impedido hacer las cosas a mi modo. Primero estaba mi madre —continuó diciendo, al tiempo que se desvestía y acostaba—; después, lady Margaret, que ni siquiera dejaba que mi alma fuera mía; y cuando las dos se pelearon, tiraron y tiraron de mí, como si a cada una de ellas les correspondiera una parte del pobre Cuddie, al igual que hacían Polichinela^[3] y el Diablo con el Panadero en la feria; y ahora tengo una mujer —murmuró, mientras se tapaba con las mantas—, a la que también le gusta indicarme qué camino he de coger.

—¿Y acaso no soy la mejor guía que habéis tenido en vuestra vida? —dijo Jenny, dando por terminada la conversación mientras ocupaba su lugar junto a Cuddie y apagaba la vela.

Y, dejando descansar a esa pareja, informaremos al lector de que, con las primeras luces del día, dos damas a caballo, acompañadas de sus criados, llegaron a la casa de Fairy-knowe; Jenny reconoció con horror a la señorita Bellenden y a lady Emily Maxwell, una hermana de lord Evandale.

—¿No sería mejor que yo fuera antes a la casa para organizarlo todo? —inquirió Jenny, aturdida ante tan inesperada aparición.

—Sólo necesitamos la llave maestra —respondió la señorita Edith—; Gudyill abrirá las ventanas del pequeño salón.

—Está cerrado con llave y la cerradura se ha estropeado —se apresuró a decir Jenny, recordando la proximidad entre dicha sala y la alcoba que ocupaba su huésped.

—Entonces nos instalaremos en el salón rojo —dijo la señorita Bellenden, y subió cabalgando hasta la entrada principal de la casa por un camino muy diferente al que había seguido Henry Morton.

«Si no logro sacarlo a escondidas por la puerta trasera —pensó Jenny—, lo descubrirán todo».

Y con esa idea en la cabeza, se apresuró a subir la loma, abrumada por la

preocupación y la incertidumbre.

«Habría sido mejor decirles en seguida que teníamos un forastero en la casa —fue su siguiente reflexión—. Pero entonces se habrían empeñado en invitarle a desayunar. ¡Dios mío! ¡Qué voy a hacer ahora! ¡Y también está Gudyill en el jardín! —se dijo a sí misma al aproximarse al postigo—. No me atrevo a ir por detrás mientras continúe ahí. ¡Santo Dios! ¿Qué va a ser de nosotros?».

En ese estado de perplejidad, se acercó al *ci-devant* mayordomo, con el propósito de alejarlo del jardín con alguna estratagema. Pero el humor de John Gudyill no había mejorado con la edad ni con el declinar de sus funciones domésticas. Como tantas otras personas de mal carácter, intuía el mejor modo de fastidiar a quienes conversaban con él; y, en aquella ocasión, todos los esfuerzos de Jenny por enviarlo a otro lugar parecieron invitarle a echar raíces como si de un arbusto se tratara. Para mayor desgracia, el anciano se había convertido en jardinero desde que vivían en Fairy-knowe y, tras dejar las demás tareas en manos del criado de lady Emily, se había dirigido a toda prisa a comprobar el estado de las flores que con tanto mimo cuidaba; y mientras las escardaba y regaba, repetía sus excelencias a la pobre Jenny, que se quedó junto a él temblorosa, a punto de estallar en llanto por la inquietud, el miedo y la impaciencia que sentía.

El destino parecía decidido a ganarle la partida a Jenny aquella infortunada mañana. Tan pronto como las damas entraron en la casa, observaron que la puerta del pequeño salón —la estancia donde no deseaba que se acomodaran por su proximidad a la alcoba de Morton— no estaba cerrada con llave, sino entreabierta. La señorita Bellenden se hallaba demasiado absorta en sus meditaciones para darle importancia, pero, ordenando al criado que abriera las contraventanas, entró en la sala con su amiga.

—Aún no ha llegado —comentó—. Me pregunto qué querrá vuestro hermano... ¿Por qué tendrá tantas ganas de que nos veamos aquí? ¿Por qué no habrá ido al Castillo de Dennen, como pensaba? Reconozco, mi querida Emily, que, aunque estamos comprometidos y vos me habéis acompañado, no sé si he actuado bien accediendo a sus ruegos.

—Evandale jamás ha sido un hombre caprichoso —respondió su hermana—; estoy segura de que nos dará una buena explicación y, si no lo hace, seremos dos en reprenderlo.

—Lo que más temo —dijo Edith— es que se haya visto envuelto en alguna de las intrigas de estos tiempos tan inestables y llenos de desgracias. Sé que su corazón está con ese terrible Claverhouse y su ejército y, de no haber sido por la muerte de mi tío, que aumentó su preocupación por nosotras, creo que ya se habría unido a ellos. Conociendo tan profundamente los errores cometidos por la familia real en el exilio, ¡qué extraño que un hombre tan sensato siga dispuesto a arriesgarlo todo para restaurarla en el trono!

—¿Qué podría decirnos? —repuso lady Emily—. Para Evandale es una cuestión de

honor. Nuestra familia ha sido siempre leal a los Estuardo; mi hermano sirvió mucho tiempo en la Guardia de Corps... El vizconde de Dundee fue su comandante y su amigo durante años. A la mayoría de nuestros conocidos no les parece bien lo que hace y atribuyen su alejamiento de la vida militar a la falta de valor. Ya debéis saber, mi querida Edith, con cuánta frecuencia las relaciones familiares, así como las inclinaciones más tempranas, influyen en nuestras acciones más que los razonamientos abstractos. Pero confío en que Evandale continúe tranquilo, aunque, para ser sincera con vos, creo que sois la única que puede conseguirlo.

—¿Y de qué modo? —preguntó la señorita Bellenden.

—Con la disculpa de las Sagradas Escrituras: «Acaba de casarse y no puede ir»^[4]; de ese modo no se vería obligado a seguir a Claverhouse.

—Le he dado mi palabra —respondió Edith con una voz casi imperceptible—; pero espero no verme apremiada para hacerlo.

—No —dijo lady Emily—; pero dejaré que Evandale (aquí viene) defienda su propia causa.

—Quedaos, quedaos, por el amor de Dios —exclamó Edith, intentando detenerla.

—No me pidáis eso —contestó la joven, tratando de escabullirse—; la tercera persona siempre representa un ingrato papel en estas ocasiones. Cuando queráis desayunar, me encontraréis en el camino de los sauces, a la orilla del río.

Lord Evandale entró en la sala cuando ella se marchaba.

—Buenos días, hermano; nos veremos en el desayuno —dijo la animosa joven—. Espero que tengáis un buen motivo para haber obligado a la señorita Bellenden a madrugar tanto.

Y, diciendo estas palabras, los dejó a solas sin esperar su respuesta.

—¿Qué ocurre, milord? —preguntó Edith—. ¿Por qué me habéis citado aquí a estas horas de la mañana?

Cuando se disponía a añadir que no creía haber obrado bien atendiendo su petición, miró a lord Evandale; mas vio su rostro tan alterado que la joven enmudeció.

—Por el amor de Dios, ¿qué os pasa? —inquirió.

—Los súbditos leales a Su Majestad han obtenido una decisiva victoria cerca de Blair Athole^[5]; pero mi valeroso amigo, lord Dundee...

—¿Ha caído? —dijo Edith, adelantándose a sus noticias.

—Así es... Ha muerto en los brazos de la victoria, y no existe ningún hombre capaz de ocupar su lugar al servicio del rey Jacobo. No es momento, Edith, de eludir nuestro deber. He dado la orden a mis hombres de prepararse para la lucha, y me despediré de vos esta misma tarde.

—No lo hagáis, milord —respondió la joven—; vuestra vida es esencial para vuestros amigos... No la sacrificuéis inútilmente en una empresa tan temeraria. ¿Qué podéis hacer vos y los pocos arrendatarios y sirvientes que os acompañen contra el ejército de casi toda Escocia, con excepción de los clanes de las Tierras Altas?

—Escuchadme bien, Edith —exclamó lord Evandale—. Ni soy tan imprudente como creéis, ni las razones que me empujan son tan insignificantes que afecten únicamente a quienes dependen de mí. A pesar de que el príncipe de Orange ha reformado y nombrado nuevos oficiales en la Guardia de Corps, donde serví tantos años, ésta sigue mostrando una cierta predilección por la causa de su legítimo señor, y —continuó diciendo entre susurros, como si temiera que hasta las paredes pudiesen oírlo— cuando tengan noticias de que he puesto mi pie en el estribo, dos regimientos de caballería han jurado abandonar al usurpador y ponerse bajo mis órdenes. Estaban esperando a que Dundee llegara a las Tierras Bajas; pero, puesto que ya no está entre nosotros, sólo el levantamiento de las tropas animará a sus seguidores a dar ese importante paso. Entretanto, el entusiasmo de los soldados se apagará. Debo animarles a continuar la lucha mientras aún arda en su pecho la victoria conseguida por su antiguo comandante y el deseo de vengar su prematura muerte.

—¿Y estáis dispuesto a dar un paso de tanta trascendencia, confiando en esos hombres? —preguntó la joven.

—En efecto —replicó lord Evandale—. Debo hacerlo; tanto mi honor como mi lealtad están comprometidos en ello.

—¿Y todo para defender a un príncipe —continuó diciendo la señorita Bellenden—, cuyas leyes nadie condenó más que vos mientras duró su reinado?

—Es cierto —contestó lord Evandale—; y del mismo modo que protesté como un súbdito libre contra sus reformas en la Iglesia y en el Estado, incluso en el apogeo de su poder, defenderé como un súbdito leal sus derechos, ahora que ha caído en desgracia. Dejad que cortesanos y aduladores ensalcen el poder y huyan del infortunio, yo no haré ni lo uno ni lo otro.

—Si estáis decidido, milord, a emprender una lucha, en mi humilde opinión, tan temeraria, ¿por qué os habéis tomado la molestia de venir a verme?

—¿Acaso no sería suficiente contestar —repuso lord Evandale— que, antes de correr a la batalla, deseaba decir adiós a mi prometida? El hecho de preguntar qué motivos han podido inducirme a pedirlos algo tan natural revela lo fríos que juzgáis mis sentimientos y la indiferencia de los vuestros.

—Pero ¿por qué en este lugar, milord? —quiso saber Edith—. ¿Y por qué habéis rodeado vuestra cita de tanto misterio?

—Porque debo pedirlos algo —respondió, entregándole una carta— que apenas me atrevo a pronunciar, a pesar de contar con el apoyo de esta misiva...

Edith reconoció la letra de su abuela y, alarmada, se apresuró a leerla:

Mi querida niña:

Jamás había lamentado tanto como en estos momentos padecer un reumatismo que me impide montar a caballo, pues me habría gustado estar donde estas palabras no tardarán en llegar, es decir en Fairy-knowe, con la única hija de mi querido y malogrado Willie. Pero la voluntad divina así lo ha preferido, tal como prueban los dolores que ahora sufro, y que no han cedido ni con las infusiones de manzanilla ni con las cataplasmas de mostaza salvaje, que tantas veces he empleado para aliviar a otros. Por ese motivo, debo comunicaros por escrito —y no verbalmente— que lord Evandale, quien ha de unirse a la presente campaña, pues así lo exige

su sentido del honor y del deber, me ha rogado encarecidamente que le permita contraer matrimonio con vos antes de su marcha, tal como quedó establecido en el contrato que ambos suscribisteis. Puesto que no existe ninguna objeción razonable, confío en que vos, que siempre habéis sido una criatura obediente y bondadosa, deis vuestra conformidad. Es cierto que en nuestra familia los casamientos nunca se han celebrado en privado, con pocos testigos, sino de un modo más acorde con nuestro rango. Pero el Cielo ha querido alterar nuestra posición, que sin duda el Señor se encargará de reparar cuando llegue el momento, de igual modo que solucionará los problemas de nuestro país. Sé que restaurará en el trono al legítimo heredero y logrará convertirle a la verdadera fe episcopaliana; y espero poder verlo con mis viejos y cansados ojos, de igual modo que contemplé en el pasado a la familia real enfrentándose con el corazón dolorido a usurpadores y rebeldes —tal como ocurre en nuestros días—, cuando Su Majestad Carlos II, de tan grata memoria, honró con su visita nuestra humilde morada de Tillietudlem, y tomó su desayuno allí...

No agotaremos la paciencia del lector con la extensa epístola de lady Margaret. Bastará decir que se despedía instando a su nieta para que consintiera en celebrar su matrimonio con lord Evandale sin la menor dilación.

—Nunca habría imaginado hasta este instante que lord Evandale pudiera actuar de un modo tan mezquino —dijo Edith, dejando caer la carta.

—¿Tan mezquino, Edith? —inquirió su prometido—. ¿Cómo podéis calificar así el deseo de haceros mi esposa, antes de separarme quizá para siempre de vos?

—Lord Evandale debería haber recordado que cuando su perseverancia, así como la conciencia de sus propios méritos y de los favores que le debíamos, arrancaron mi tardío permiso^[6] para acceder a sus deseos, puse como condición que jamás sería apremiada para cumplir mi promesa; y ahora él se vale en su propio interés del único familiar que me queda para imponerme su voluntad con muy poca delicadeza. Hay más egoísmo que generosidad, milord, en vuestra precipitada e impaciente petición.

Lord Evandale, profundamente herido, dio dos o tres vueltas alrededor de la estancia antes de responder a su acusación.

—Me habría librado de tales reproches —exclamó finalmente—, de haber explicado en seguida la razón que me induce a pedir a la señorita Bellenden que se case conmigo. Es algo que probablemente ella despreciará, pero que debería tomar en consideración por ser de suma importancia para lady Margaret. Si muero en la batalla, mi viuda heredará todas mis propiedades; de no tener esposa, el gobierno usurpador cederá los bienes de un traidor al príncipe de Orange o a algún otro holandés de su confianza. En ese caso, mi venerable amiga y mi prometida quedarán sin protección y en la indigencia. Si al menos goza de los derechos que le corresponden como lady Evandale, podrá mantener a su anciana abuela, lo que le servirá de algún consuelo por haber accedido a compartir el título y la fortuna de un hombre que no pretende ser digno de ella.

Edith se quedó sin habla ante tan inesperado argumento, y se vio obligada a reconocer que la petición de lord Evandale no podía ser más atenta ni más considerada.

—Sin embargo —afirmó—, mi corazón se obstina en recordar el pasado... y no puedo —dijo la joven estallando en llanto— dejar de sentir ciertos escrúpulos que me impiden satisfacer tan pronto vuestros deseos.

—Hemos hablado mucho de ese doloroso asunto —repuso lord Evandale—; y esperaba, mi querida Edith, que tanto vuestras indagaciones como las mías os hubieran convencido de que todas esas inquietudes eran estériles.

—¡Lo sé! —exclamó la joven, con un profundo suspiro que, como si existiera un extraño eco, pareció repetirse en la estancia contigua.

La señorita Bellenden se sobresaltó al escucharlo, y a duras penas logró tranquilizarse con las palabras de lord Evandale, quien le aseguró que se trataba de su propio lamento.

—Sonaba tan extraño y diferente —respondió Edith—, casi como de otro mundo; pero mis nervios están tan alterados que cualquier nimiedad los perturba.

Lord Evandale hizo cuanto pudo para devolverle la calma y reconciliarla con una decisión que, por muy precipitada que fuera, parecía ser el único modo de asegurar su bienestar. Le recordó el contrato que había firmado anteriormente, el deseo y la petición de lady Margaret, la conveniencia de asegurar su comodidad e independencia; y habló con delicadeza de su viejo afecto por ella, algo que sin duda habían probado sus innumerables favores. Edith era muy consciente de ello, sin necesidad de que se lo repitiera; y, finalmente, como no tenía ningún otro argumento que oponer a las aspiraciones de lord Evandale, a excepción de los escrúpulos de los que la joven se avergonzaba a causa de su generosidad, se vio obligada a basar su negativa en la imposibilidad de celebrar la ceremonia con tanta urgencia, en aquel lugar y a aquellas horas. Pero lord Evandale había pensado en todos los detalles, y se apresuró a explicar alegremente a Edith que el anterior capellán de su regimiento estaba en casa de Cuddie, en compañía de su fiel criado, antiguo soldado de la Guardia de Corps; que su hermana conocía sus intenciones; y que Headrigg y su mujer se sumarían a la lista de testigos, si la señorita Bellenden estaba de acuerdo. En cuanto al lugar, había escogido adrede Fairy-knowe. El matrimonio debía mantenerse en secreto, pues lord Evandale no tardaría en volver a marcharse oculto bajo algún disfraz, y, de haberse hecho público su casamiento, habría despertado las sospechas del gobierno. Después de comunicarle esas razones y de describirle sus preparativos, lord Evandale, sin esperar respuesta, corrió a avisar a su hermana para que se quedara con la novia mientras él iba en busca de los demás.

Cuando lady Emily llegó a la casa, encontró a su amiga deshecha en llanto, lo que le pareció inexplicable, pues era una de esas jóvenes para las que el matrimonio no tiene nada de maravilloso ni de terrible; además estaba convencida, como todos los que conocían a su hermano, de que no podía haber nada alarmante en el hecho de que lord Evandale fuera el novio. Influida por esos sentimientos, agotó uno tras otro los habituales argumentos a la hora de infundir coraje, así como todas las expresiones de simpatía y conmiseración que suelen emplearse en semejantes ocasiones. Pero cuando lady Emily comprendió que su futura cuñada era incapaz de prestar atención a sus palabras de consuelo, cuando contempló las abundantes lágrimas que resbalaban por sus mejillas, pálidas como el mármol, cuando se percató de que la mano que

apretaba con ternura se había quedado fría como la de un cadáver, insensible a sus caricias, se sintió herida en su orgullo, y el cariño y la comprensión dieron paso a un profundo disgusto.

—Debo reconocer —afirmó la joven— que no alcanzo a comprenderos, señorita Bellenden. Han pasado varios meses desde que aceptasteis casaros con mi hermano, y habéis ido posponiendo la fecha como si considerarais un deshonor o una desgracia dicho enlace. Estoy convencida de que lord Evandale no desea la mano de ninguna mujer en contra de su voluntad; y me atrevería a decir que no necesita obligar a nadie a casarse con él. Perdonadme, señorita Bellenden, pero vuestra aflicción resulta un mal presagio para la futura felicidad de mi hermano, y no creo que merezca todas esas expresiones de disgusto y de dolor, que no son sino una extraña forma de corresponder al afecto que desde hace tanto tiempo siente por vos.

—Tenéis razón, lady Emily —dijo Edith, enjugándose las lágrimas y tratando de recuperar la compostura, a pesar de verse traicionada por el temblor de su voz y la palidez de sus mejillas—. Tenéis toda la razón; lord Evandale no merece que nadie le trate así... y menos la mujer que ha honrado con su amor. Mas si he dado, por última vez, rienda suelta a mis sentimientos, me consuela saber que vuestro hermano conoce la causa; jamás le he ocultado nada, y tiene el convencimiento de que Edith Bellenden será una esposa digna de su estima. Pero hacéis bien en reprenderme, pues no debería haberme abandonado a un doloroso recuerdo que no conduce a nada. No volverá a ocurrir; uniré mi destino a Evandale y nada en el futuro despertará sus quejas o las de sus seres queridos; el pasado no me impedirá cumplir fielmente mi deber; ninguna vana ilusión traerá a mi memoria aquellos lejanos días...

Mientras decía estas palabras, levantó lentamente los ojos —hasta entonces ocultos por su mano— hacia la ventana enrejada, que alguien había dejado etreabierta, lanzó un grito de terror y perdió el conocimiento. Lady Emily dirigió hacia allí la mirada, pero lo único que vio fue la sombra de un hombre que parecía alejarse; y más atemorizada por el estado de Edith que por la aparición de la que había sido testigo, pidió repetidas veces socorro. Su hermano no tardó en llegar con el capellán y Jenny Dennison, mas fueron muchos y muy fuertes los remedios que tuvieron que emplear para que la señorita Bellenden volviera en sí. Incluso entonces sus palabras fueron disparatadas y confusas.

—No insistáis más —le dijo a lord Evandale—; no puede ser... El Cielo y la Tierra, los vivos y los muertos, parecen haberse aliado contra esta unión de mal agüero. Os ofrezco todo cuanto puedo daros: mi cariño fraternal, la más leal de las amistades... Os amaré y serviré como una esclava, pero jamás volváis a hablarme de matrimonio.

No es difícil imaginar el asombro de lord Evandale.

—Emily —le dijo a su hermana—, todo esto debe de ser obra vuestra. Maldita sea la hora en que se me ocurrió traeros aquí. Alguno de vuestros desatinos parece haberle hecho perder el juicio.

—¡Caramba, hermano! —respondió lady Emily—. No necesitáis la ayuda de nadie para volver locas a todas las mujeres de Escocia. En vista de que vuestra prometida os da calabazas, os peleáis conmigo, que he estado intercediendo en vuestro favor; cuando había logrado serenarla, un hombre se ha asomado por la ventana, y seguro que sus desquiciados nervios han creído que erais vos o algún otro caballero, por lo que nos ha dedicado gratis esta excelente escena dramática.

—¿Qué hombre? ¿Qué ventana? —preguntó lord Evandale, enojado e impaciente—. La señorita Bellenden es incapaz de jugar conmigo y, sin embargo, ¿qué otra cosa podría haber...?

—¡Chitón! —protestó Jenny, deseosa de impedir que continuaran las indagaciones—. Por el amor de Dios, milord, hablad más bajo; milady empieza a volver en sí.

Cuando Edith logró recuperarse, suplicó con voz débil a los presentes que la dejaran a solas con lord Evandale. Todos se retiraron, Jenny con su acostumbrado aire de inocencia, y lady Emily y el capellán disimulando a duras penas su curiosidad. La señorita Bellenden pidió entonces a lord Evandale que se sentara en el sofá junto a ella; seguidamente, cogió su mano y, a pesar de la sorprendida resistencia del joven, la besó; por último, se arrojó al suelo y abrazó sus rodillas.

—¡Perdonadme, milord! —exclamó—. ¡Perdonadme! Debo traicionaros y romper nuestro sagrado compromiso. Tenéis mi amistad, mi más alta estima, mi sincera gratitud... y siempre podréis confiar en mí... Pero debéis perdonarme porque soy inocente... No puedo amaros, y ¡sería un pecado casarme con vos!

—Estáis delirando, mi querida Edith —afirmó Evandale, lleno de perplejidad—. Os dejáis engañar por vuestra imaginación; tan sólo se trata de una alucinación de vuestra mente. Hace mucho tiempo que el hombre que amáis está en un mundo mejor, donde vuestro dolor no puede alcanzarle, y, si pudiera hacerlo, sólo le llenaría de tristeza.

—Os equivocáis, lord Evandale —dijo Edith, solemnemente—. No soy una sonámbula ni una demente. Jamás lo habría creído posible, pero después de haberlo visto con mis propios ojos...

—¿De haberlo visto? ¿Pero a quién? —inquirió lord Evandale, angustiado.

—A Henry Morton —repuso Edith, pronunciando su nombre como si fueran sus últimas palabras, al borde del desmayo.

—Señorita Bellenden —exclamó lord Evandale—, me tratáis como si fuera un loco o un niño. Si os arrepentís de vuestro compromiso —continuó diciendo irritado—, no os forzaré a casaros conmigo en contra de vuestra voluntad; pero decidme las cosas claramente y dejad de jugar conmigo.

Se disponía a seguir recriminándola, cuando la expresión de los ojos y la palidez de las mejillas de la joven le hicieron comprender cuán lejos estaba de engañarle; resultaba evidente que una fuerte impresión la había llenado de espanto. Mudó el tono de voz y empleó toda su elocuencia para tratar de calmarla y de averiguar el

secreto de su terror.

—¡Lo he visto! —repitió Edith—. He visto a Henry Morton junto a esa ventana, y, cuando me disponía a renunciar a él para siempre, miró dentro de esta sala. Su tez era más oscura, y su rostro más demacrado; llevaba la capa de un jinete, y un sombrero ladeado sobre el rostro; tenía la misma expresión que aquella terrible mañana cuando Claverhouse le interrogó en Tillietudlem. Preguntad a vuestra hermana, preguntad a lady Emily si también lo ha visto. Sé por qué ha venido... Quería censurarme por entregar mi mano a otro hombre, mientras mi corazón seguía con él en el fondo del océano. Todo ha terminado entre nosotros, milord; cualesquiera que sean las consecuencias, es imposible celebrar un enlace que perturba el reposo de los muertos.

—¡Santo Dios! —exclamó lord Evandale, paseando de un lado a otro de la estancia, medio trastornado por el asombro y el enojo—. Parece haber perdido la razón... Debe de haber realizado un gran esfuerzo para aceptar mi inoportuna aunque bienintencionada petición. Necesitará mucho reposo y atentos cuidados o su salud quedará minada para siempre.

La puerta se abrió en aquel momento, y Halliday, criado personal de lord Evandale desde que ambos dejaron la Guardia de Corps en la Revolución, avanzó dando traspiés, con una expresión de terror en su semblante, que había adquirido la palidez de un cadáver.

—¿Qué ocurre ahora, Halliday? —preguntó su señor, poniéndose en pie—. ¿Has descubierto algo...?

El recuerdo de lo ocurrido le hizo interrumpir una frase que podría resultar peligrosa.

—No, señor —respondió Halliday—, no se trata de eso, ni de nada parecido; pero ¡he visto un fantasma!

—¡Un fantasma! ¡Serás necio! —exclamó lord Evandale, perdiendo la paciencia—. ¿Acaso ha decidido todo el mundo volverse loco para hacerme perder el juicio? ¿El fantasma de quién, mentecato?

—El fantasma de Henry Morton, el capitán covenanter del puente de Bothwell —contestó Halliday—. ¡Acaba de pasar como un rayo a mi lado cuando estaba en el jardín!

—Es la verdadera locura del medioverano^[7] —afirmó lord Evandale—, o alguna extraña maldad ha salido a flote. Jenny, acompañad a milady a su aposento y ocupaos de ella; entretanto, intentaré averiguar lo sucedido.

Pero las pesquisas de lord Evandale resultaron vanas, Jenny, que podría haberle dado (si hubiera querido) una buena explicación, no tenía el menor interés por aclarar el asunto; y, desde que la posesión de un marido activo y cariñoso había apaciguado su coquetería, el interés tenía una enorme importancia en la vida de Jenny. Había sabido aprovechar los primeros momentos de confusión para eliminar cualquier huella que pudiera delatar la presencia nocturna de un forastero en la alcoba que daba

a la sala, e incluso se había apresurado a borrar las huellas de sus pisadas bajo la ventana a través de la que, según sus cálculos, habían visto el rostro de Morton, mientras éste trataba de contemplar a la mujer que tanto tiempo había amado y que estaba a punto de perder para siempre, antes de salir del jardín. Era evidente que había pasado junto a Halliday; y supo por su hijo mayor, a quien había encargado ensillar el caballo del desconocido y tenerlo listo para su partida, que éste había entrado corriendo en el establo y, lanzando una guinea al pequeño, había montado en su cabalgadura y se había alejado a galope tendido en dirección al Clyde. El secreto quedaba así en familia, y Jenny decidió que nunca saldría de ella.

«Pues aunque la señorita Edith y Halliday —pensó— hayan reconocido al señor Morton a la luz del día, no existe ninguna razón para que yo lo hiciera al anochecer, a la luz de las velas; además, mostraba tanto empeño en ocultarnos su rostro...».

De modo que fingió no saber nada cuando lord Evandale la interrogó. En cuanto a Halliday, lo único que pudo decir es que, al entrar por la puerta del jardín, se había tropezado con la supuesta aparición, que caminaba velozmente con un rostro en el que parecían rivalizar la cólera y el dolor.

—Lo conocía bien —afirmó—, pues fui su centinela en varias ocasiones, y me vi obligado a tomar nota de su estatura y de sus rasgos físicos, por si escapaba. Había pocos rostros como el del señor Morton.

Lo que Halliday no alcanzaba a comprender era por qué su fantasma vagaba por un país donde no le habían ahorcado ni pegado un tiro.

Lady Emily confesó haber visto el semblante de un hombre en la ventana, pero su testimonio no pasó de ahí. John Gudyill declaró *nil novit in causa*^[8]. Había salido del jardín para tomar su trago matutino, justo en el momento de la aparición. El criado de lady Emily estaba esperando órdenes en la cocina, y no había ningún otro ser viviente a menos de un cuarto de milla de la casa.

Lord Evandale regresó sumamente perplejo e insatisfecho, al ver cómo su plan —tan necesario no sólo para la protección de Edith, si las circunstancias se complicaban, sino para asegurar su propia felicidad— se había truncado de un modo tan irracional cuando estaba a punto de llevarse a cabo. Conocía demasiado bien el carácter de Edith para poner en duda la veracidad de sus palabras. Aquella aparición habría podido achacarse al nerviosismo de la joven —forzada a aceptar una propuesta que no parecía de su agrado—, de no haber sido por el testimonio de Halliday, que no tenía ninguna razón especial para pensar en Morton y que, cuando afirmó haber visto su espectro, ignoraba que la señorita Bellenden también lo había divisado. Por otra parte, parecía muy improbable que Morton, a quien se había buscado en vano durante muchos años, y que todos suponían —y existían buenas razones para ello— que se había ahogado cuando el Vryheid de Rotterdam se hundió con toda su tripulación y sus pasajeros, pudiera estar vivo y anduviera escondido por el país; pues no existía el menor motivo para que continuara ocultándose, ya que el actual gobierno favorecía a su propio partido. Lord Evandale comunicó a regañadientes todas sus dudas al

capellán, con el fin de conocer su opinión al respecto, y lo único que consiguió a cambio fue un largo sermón sobre demonología; tras citar a Delrio, Burthoog y De L'Ancre^[9], versados en apariciones, así como las teorías de una serie de juristas de distinta formación, el erudito caballero expresó su convencimiento de que, o el espíritu del difunto Henry Morton había aparecido verdaderamente —posibilidad que él, como teólogo y filósofo, no estaba preparado para admitir o negar—, o el susodicho Henry Morton, estando aún en *rerum natura*^[10], había pasado por allí aquella mañana, o, finalmente, alguna fuerte *deceptio visus*^[11] o un parecido sorprendente habían engañado a la señorita Bellenden y a Thomas Halliday. El reverendo declinó pronunciarse a favor de una u otra de sus hipótesis, pero aseguró estar persuadido de que alguna de ellas había ocasionado todo aquel revuelo matinal.

Lord Evandale no tardó en tener un nuevo motivo de preocupación. La señorita Bellenden cayó gravemente enferma.

—No abandonaré este lugar —exclamó— mientras no esté fuera de peligro. No puedo ni debo hacerlo, pues cualquiera que sea la causa de su dolencia, soy culpable de haberla desencadenado con mi desafortunada demanda.

Se alojó allí, por consiguiente, como un huésped más de la familia, lo que pareció natural y muy considerado por su parte, dada la presencia de su hermana y de lady Margaret Bellenden (que, a pesar de su reumatismo, se empeñó en ser llevada allí al enterarse de la enfermedad de su nieta). Y esperó con ansiedad el momento en que Edith, sin el menor riesgo para su salud, pudiera hablar con él y aclarar la situación, antes de marcharse de Fairy-knowe para cumplir su peligrosa misión.

«No permitiré que su compromiso conmigo —pensó el generoso joven— le haga sentirse encadenada a un matrimonio, cuya sola idea parece haber estado a punto de hacerle perder el juicio».

*Ah, happy hills! Ah, pleasing shades!
Ah, fields beloved in vain!
Where once my careless childhood stray'd,
A stranger yet to pain.*

Ode on a Distant Prospect of Eton College^[1]

No son únicamente las necesidades físicas y las enfermedades las que, a lo largo de la vida, hermanan a los hombres de mayor talento con los demás mortales. Existen períodos en los que incluso los más fuertes sufren graves trastornos nerviosos que los equiparan a sus más frágiles congéneres; y, al pagar el tributo de todo ser humano, creen infringir las leyes de la religión y de la filosofía, con las que intentan regular sus pasiones y sus actos, por abandonarse a su aflicción, lo que hace aún mayor su desasosiego. Morton abandonó Fairy-knowe en uno de esos momentos de violento paroxismo. Saber que su amada Edith, cuya imagen había presidido sus pensamientos durante todos aquellos años, se disponía a contraer matrimonio con su antiguo rival —el cual había prestado a la joven tantos servicios que ésta se había visto obligada a aceptarle como marido—, fue un golpe terrible, aunque no inesperado para él. Durante su estancia en el extranjero, había escrito en una ocasión a Edith, con el fin de despedirse de ella y de suplicar que le olvidara para siempre. Asimismo, le había rogado que no contestara a su carta, aunque, día tras día, había esperado anhelante que no obedeciera su requerimiento. Pero la misiva jamás había llegado a su destino, y Morton, que ignoraba que se había extraviado, se convenció de que Edith le había olvidado, atendiendo a su abnegada petición. Todo cuanto había averiguado desde su regreso a Escocia le había preparado para encontrar a la señorita Bellenden comprometida con lord Evandale; y, aunque la joven no hubiera estado en deuda con éste, la generosidad de Morton le habría impedido alterar sus planes de boda, reclamando un derecho que su prolongada ausencia había invalidado y que miles de circunstancias obstaculizaban. ¿Por qué razón entonces quiso encontrar la casa donde se habían retirado lady Margaret Bellenden y su nieta tras perder toda su fortuna? Hemos de reconocer que cedió a un absurdo deseo, que muchos habrían sentido en su misma situación.

Se había enterado casualmente, mientras viajaba hacia la región donde había nacido, que las damas, cerca de cuya mansión debía necesariamente pasar, estaban ausentes, y, sabiendo que Cuddie y su mujer seguían a su servicio, fue incapaz de

pasar de largo frente a su vivienda, pues quería investigar, en la medida de lo posible, los progresos que había hecho lord Evandale en el corazón de la señorita Bellenden, que ¡ay, había dejado de ser suya! Aquella temeridad terminó tal como hemos relatado, y Morton se marchó de Fairy-knowe, consciente de que Edith aún le amaba, aunque su lealtad y honor le obligaran a renunciar a ella para siempre. El lector habrá de imaginar cuáles eran sus sentimientos mientras escuchaba el diálogo entre lord Evandale y la joven —que involuntariamente llegó casi completo a sus oídos—, pues apenas nos atrevemos a describirlos. Más de cien veces estuvo a punto de irrumpir en la sala o de gritar: «¡Aún estoy vivo, Edith!». Pero el recuerdo de que ella había dado a Evandale su palabra de matrimonio, así como su deuda de gratitud con el joven (cuya influencia sobre Claverhouse sin duda le había ayudado a escapar de la tortura y de la muerte) le impidieron cometer una imprudencia que hubiera llenado a todos de dolor, y que difícilmente habría colmado sus anhelos. Reprimió con enorme esfuerzo su egoísta pasión, y hasta la última de sus fibras nerviosas se estremeció.

«¡No, Edith! —juró en su interior—. Jamás pondré una piedra más en vuestro camino. ¡Que se cumpla la voluntad del Cielo! No añadiré, con mi dolor, ni un átomo de peso a la carga que ya debéis soportar. Me creíais muerto cuando adoptasteis vuestra decisión y jamás... jamás sabréis que Henry Morton sigue con vida».

Al tomar esa resolución, incapaz de dominar sus sentimientos siempre que oía la voz de Edith, se apresuró a huir de la casa a través de la puerta acristalada del pequeño gabinete que conducía al jardín.

Pero, a pesar de su firmeza, no pudo marcharse de Fairy-knowe sin aprovechar la oportunidad que le ofrecía la ventana del salón para lanzar una última mirada a la hermosa joven, cuyas palabras resonaban aún en sus oídos. Y fue entonces cuando Edith, que parecía tener los ojos clavados en el suelo, los alzó de repente y le vio. Su grito de terror sirvió de aviso al infortunado objeto de un amor tan constante como desdichado, que se alejó corriendo de allí como si le persiguieran todas las furias. Se cruzó con Halliday en el jardín sin reconocerlo o ser siquiera consciente de haberlo visto, subió de un salto a su caballo y, de forma instintiva, tomó el primer camino vecinal en lugar de seguir el que llevaba a Hamilton.

Aquello, sin lugar a dudas, impidió que lord Evandale tuviera conocimiento de su existencia, pues la noticia de que los hombres de las Tierras Altas habían obtenido una decisiva victoria en Killiecrankie había obligado a reforzar la vigilancia de todos los desfiladeros, por temor a que los jacobitas de las Tierras Bajas prepararan algún disturbio. No habían olvidado apostar varios centinelas en el puente de Bothwell, y como aquellos hombres no vieron a ningún viajero dirigirse hacia el oeste, y sus compañeros del poblado vecino aseguraron que nadie había pasado por allí en dirección al este, la aparición, de la que tanto Edith como Halliday aseguraban haber sido testigos, se volvió aún más misteriosa para lord Evandale; éste acabó decidiendo que la imaginación de Edith, algo trastornada, había creído ver el fantasma, y que Halliday, de algún modo inexplicable, había sido víctima de la misma alucinación.

Entretanto, el camino vecinal por el que galopaba Morton, a toda la velocidad que su vigoroso corcel podía alcanzar, le condujo en pocos segundos a orillas del Clyde, a un lugar donde solían abreviar los caballos, como señalaban las huellas de sus pisadas. Azuzado por el jinete a ir a galope tendido, el noble animal no pudo detenerse a tiempo y, lanzándose al río, no tardó en perder pie. Su salto en el vacío, así como la sensación de que las frías aguas subían por encima del cinto de su espada, obligaron a Morton, cuyos movimientos habían sido hasta entonces mecánicos, a comprender que debía hacer algo para salvar su vida y la de su montura. Sumamente diestro en el ejercicio físico, para él era tan familiar manejar un caballo dentro del agua como fuera de ella. Dejó que la corriente lo arrastrara hasta llegar a un lugar menos profundo, donde creyó que podría vadear el río. El corcel vio frustradas sus dos primeras tentativas de alcanzar la orilla por culpa de la naturaleza del terreno, y estuvo muy cerca de caer de espaldas sobre su jinete. El instinto de conservación falla en raras ocasiones, incluso en circunstancias muy adversas, y suele devolver a los hombres cierto equilibrio, a menos que también sean víctimas del terror; y Morton recuperó el dominio de sí mismo gracias al peligro que corría. Un tercer intento, en un lugar elegido con más cuidado, permitió al caballo y al jinete llegar sanos y salvos a la orilla izquierda del Clyde.

«Pero ¿hacia dónde me dirigiré ahora? —se preguntó con amargura—. ¿Qué puede importar el rumbo que siga un pobre desgraciado? Si no pecara al desearlo, ¡ojalá Dios permitiera que esas aguas oscuras^[2] acabasen conmigo y ahogaran el recuerdo del pasado y del presente!».

Aquellos exaltados pensamientos, con los que trataba de desahogar la impaciencia que le habían ocasionado tantas y tan agitadas emociones, le hicieron avergonzarse de sí mismo. Evocó cuán milagrosamente su vida, que ahora la desesperación le empujaba a desdeñar, había sido protegida de los incesantes peligros que le habían amenazado desde que abandonara Milnewood.

«¡Estoy loco! —pensó—. O algo peor, por despreciar algo que el Cielo ha puesto tanto empeño en proteger. Todavía me quedan algunas cosas por hacer en este mundo, aunque sólo sea soportar mi dolor como un hombre y ayudar a quienes necesiten de mi protección. ¿Acaso no sabía de antemano que iba a ocurrir lo que he visto y oído esta mañana? Ellos —Morton no osaba pronunciar sus nombres ni siquiera en pleno soliloquio— se encuentran en apuros. A ella la han despojado de su herencia, y él parece dispuesto a emprender una peligrosa misión, cuyo secreto yo conocería si no hubiese bajado la voz. ¿No podría encontrar algún modo de ayudarlos o prevenirlos?».

Mientras reflexionaba sobre ello, olvidó su propio desaliento, y, al centrar toda su atención en los asuntos de Edith y su prometido, la carta de Burley, olvidada tanto tiempo atrás, acudió súbitamente a su memoria, como un rayo de luz que atravesara la niebla.

«Debe haber sido el culpable de su ruina —concluyó—. Si existe algún modo de

reparar el mal, no hay duda de que tendrá que ser a través de él o de la información que de él obtenga. Buscaré su paradero. En más de una ocasión mi rectitud y mi franqueza han triunfado sobre su severidad, astucia y fanatismo. Lo intentaré, al menos, y quién sabe si lo que pueda sonsacarle influirá en la suerte de aquellos que jamás volveré a ver, y que, probablemente, nunca sabrán que reprimí mi dolor para que ellos fueran, si es posible, más felices».

Animado por esta esperanza, a pesar de su escaso fundamento, buscó un atajo que le devolviera al camino principal; y, como conocía todos los senderos del valle, pues había cazado en ellos en su juventud, después de saltar uno o dos cercados, se encontró en el camino que conducía a la pequeña ciudad donde antaño se había celebrado el concurso del papagayo. A pesar de que viajaba triste y abatido, se sentía liberado de su angustia anterior; pues una decisión generosa y desinteresada suele serenar el espíritu, aunque no pueda devolverle la alegría. Se esforzó en pensar el mejor modo de encontrar a Burley, y en la posibilidad de sonsacarle alguna información de utilidad para la causa de la joven que deseaba defender; y decidió dejarse guiar por las circunstancias, que podrían llevarle a la solución que buscaba, pues, tras haberse enterado por Cuddie de la ruptura entre Burley y sus hermanos presbiterianos, confiaba en que su rencor a la señorita Bellenden no fuera tan intenso como antes, y esperaba inducirle a utilizar el poder que creía tener sobre su suerte de un modo más favorable.

Pasado el mediodía, nuestro viajero se encontró en los alrededores de Milnewood, el hogar de su difunto tío. La mansión se elevaba entre árboles y claros, que le recordaron innumerables penas y alegrías e impregnaron su ánimo de esa dulce melancolía que suelen experimentar las imaginaciones sensibles al regresar a los lugares de su infancia y juventud, después de experimentar las vicisitudes y tempestades de la vida. El joven sintió un fuerte deseo de visitar la casa.

«La vieja Alison —pensó— no me reconocerá, como tampoco lo hizo la sencilla pareja que vi ayer por la noche. Satisfaré mi curiosidad y proseguiré mi camino, sin que ella se entere de mi existencia. Dicen que mi tío le legó la mansión familiar... No importa. Tengo preocupaciones de sobra para andar lamentándome por eso; aunque lo cierto es que fue una extraña elección dejársela a una dama tan gruñona, después de un linaje, si no distinguido, tan respetable. Que todo siga igual; me contentaré con visitar la vieja casa por última vez».

Milnewood jamás había sido una mansión alegre, ni siquiera en sus mejores tiempos, pero tenía un aspecto doblemente lúgubre bajo los auspicios de la vieja ama de llaves. Todo se conservaba en buen estado; no había ninguna pizarra partida en el tejado gris e inclinado, y ningún cristal roto en las estrechas ventanas. Pero nadie parecía haber pisado el césped del patio delantero en los últimos años; las puertas estaban cuidadosamente cerradas con llave, y la que daba acceso al vestíbulo principal tenía aspecto de llevar cerrada mucho tiempo, pues las telarañas invadían el porche de entrada. No había el menor rastro de vida en ella, hasta que, después de

llamar con insistencia, Morton oyó abrir cautelosamente la pequeña abertura desde la que solían reconocer a los visitantes. El semblante de Alison, con algunas arrugas más de las que surcaban su rostro cuando Morton abandonó Escocia, apareció envuelto en un *toy*^[3] del que escapaban, de un modo más pintoresco que hermoso, algunas de sus trenzas grises, mientras preguntaba con voz aguda y temblorosa el motivo de su visita.

—Deseo hablar un momento con una tal Alison Wilson —dijo Henry.

—Hoy no se encuentra en casa —respondió la señora Wilson, *in propria persona*, ocultando su identidad empujada tal vez por el desarreglo de su tocado—. Y es una descortesía por vuestra parte referiros a ella de ese modo; se trata de la *señora* Wilson de Milnewood.

—Os ruego que me disculpéis, señora —exclamó Morton, sonriendo en su interior al ver a la anciana Ailie tan preocupada por que nadie le faltara al respeto como en los viejos tiempos—. Os ruego que me disculpéis; soy forastero en estas tierras, y llevo tanto tiempo fuera del país que casi he olvidado mi propia lengua.

—¿Venís del extranjero? —inquirió Ailie—. Entonces quizá hayáis oído hablar de un joven caballero llamado Henry Morton...

—Creo haber oído su nombre en Alemania —repuso el desconocido.

—Quedaos un momento ahí, amigo... No, más vale que deis la vuelta a la casa y entréis por la puerta trasera; sólo tenéis que levantar el picaporte, nunca ponemos la tranca hasta el anochecer. Tened cuidado al entrar, está tan oscuro que podríais caer en la tina. Debéis torcer a la derecha, seguir todo recto, torcer nuevamente a la derecha, y prestar atención a las escaleras del sótano... Encontraréis entonces la puerta de una pequeña cocina, la única que se usa ahora en Milnewood. Yo bajaré en seguida, y podréis contarme con toda tranquilidad cualquier cosa que deseéis comunicar a la señora Wilson.

A pesar de las detalladas indicaciones de Ailie, un forastero habría tenido dificultad para guiarse a través del oscuro laberinto de pasillos que conducían desde la entrada trasera hasta la pequeña cocina; pero Henry estaba demasiado familiarizado con la navegación^[4] a través de aquellos estrechos pasadizos para correr el menor peligro ante el Escila que le acechaba bajo la apariencia de una tina de la colada o el Caribdis^[5] que bostezaba en las profundidades de la sinuosa escalera del sótano. El único obstáculo fueron los gruñidos y los feroces ladridos de un pequeño cocker spaniel, antaño de su propiedad, que, al contrario que el fiel Argos^[6], no dio la menor muestra de reconocer a su amo.

«¡Ni siquiera el pequeño perro! —pensó Morton, al verse rechazado así por su vieja mascota—. He cambiado tanto que ninguna criatura de las que he conocido y querido es capaz de reconocerme».

En aquel momento llegó a la cocina, y en seguida oyó en la escalera los tacones de Alison, así como el ruido del bastón que le servía al mismo tiempo para apoyarse y guiar sus pasos, un aviso de su llegada que tardó todavía algún tiempo en

materializarse.

Morton tuvo, por consiguiente, tiempo para percatarse de la estrechez en que vivía. El fuego, a pesar de que el carbón abundaba en la región, estaba cuidadosamente encendido para ahorrar combustible, y la pequeña olla de barro en la que se cocía la cena de la anciana y de su criada, una niña de doce años, indicaba, por su acuoso vapor, que Ailie no había mejorado su alimentación con el aumento de su fortuna.

Cuando la anciana entró en la cocina, lo saludó con una inclinación de cabeza, dándose aires de importancia, y el malhumor que la rutina y la autocomplacencia habían imprimido en sus facciones parecía luchar contra una naturaleza cariñosa y afable. La cofia, el delantal y el traje de cuadros azules eran los mismos de la vieja Ailie; las cintas de encaje, con las que se había engalanado apresuradamente para recibir al forastero, y los demás perifollos que le servían de adorno, señalaban la diferencia entre la señora Wilson de Milnewood y el ama de llaves del anterior propietario.

—¿Qué deseáis de la señora Wilson, caballero? Soy yo —fueron sus primeras palabras.

Los cinco minutos que había tardado en arreglarse, según creía, le daban derecho a hacerse cargo con orgullo de su ilustre nombre y ostentarlo ante su huésped con impúdico esplendor. Las sensaciones de Morton, confundidas entre el pasado y el presente, le hicieron sentirse tan desorientado que, incluso de haber sabido lo que debía decir, se habría visto en un aprieto para contestarla. La señora Wilson, perpleja y con cierto recelo, repitió su pregunta:

—¿Qué deseáis de mí, caballero? Habéis afirmado conocer al señor Harry Morton.

—Perdone, señora —replicó Henry—; deseaba hablaros de un tal Silas Morton.

El rostro de la anciana se ensombreció.

—Entonces era a su padre a quien conocíais, el hermano del difunto Milnewood. Pero dudo que coincidiérais con él en el extranjero; yo diría que regresó a Escocia antes de que vos nacierais. Pensé que me traíais noticias del pobre amo Harry...

—Fue mi padre quien me habló del coronel Morton —dijo Henry—. Del hijo sé muy poco; dicen que murió en la travesía a Holanda.

—Es más que probable... ¡mis cansados ojos han derramado tantas lágrimas por ello! Su tío, pobre caballero, murió pronunciando su nombre. Después de darme toda clase de instrucciones sobre el pan, el vino y el coñac que debía ofrecer en su entierro (pues vivo o muerto siempre fue un hombre prudente, frugal y concienzudo), dijo: «Ailie (me llamaba así, pues éramos viejos conocidos), ocupaos de cuidar bien esta propiedad, pues el nombre Morton de Milnewood desaparece como el último susurro de una antigua canción». Y perdió el conocimiento, y jamás volvió a pronunciar una sola palabra, excepto algo que no pudimos entender sobre una mecha hundida en sebo, que creía suficiente luz para un moribundo; una vela le parecía un despilfarro, y

había una, por desgracia, sobre la mesa.

Mientras la señora Wilson le refería con sus pormenores los últimos momentos del viejo avaro, Morton trató de desviar la curiosidad del perro, que, una vez recuperado de su sorpresa inicial, y después de olfatearle y examinarle con insistencia, había empezado a dar saltos de alegría y a subirse encima de él, amenazando con delatar su identidad.

—¡Siéntate, Elphin! —gritó, llevado por la impaciencia.

—Sabéis el nombre del perro... —exclamó la anciana, sorprendida—. Sabéis su nombre, y es muy poco frecuente. Y el animal también parece conoceros... —continuó diciendo, en un tono cada vez más estridente y agitado—. ¡Santo Dios! ¡Pero si es mi pequeño!

Y, diciendo estas palabras, la pobre anciana se arrojó al cuello de Morton, le abrazó y besó, como si se tratara de su propio hijo, y empezó a llorar de alegría. Era imposible negar lo que había descubierto, aunque el joven hubiera tenido valor para seguir escondiendo su identidad. Devolvió sus abrazos a la vieja Alison con efusión.

—Continúo vivo, querida Ailie, para agradeceros toda vuestra bondad pasada y presente, y para comprobar con regocijo que al menos tengo una verdadera amiga que se alegra de verme regresar a Escocia.

—¿Amigos? —exclamó la anciana—. Los tendréis a montones... a montones; pues heredaréis todas las posesiones de vuestro tío, todas sus posesiones, y el Cielo os ayudará a hacer buen uso de ellas. Pero ¡Dios mío! —continuó diciendo, mientras su temblorosa mano y su fatigado brazo lo empujaban hacia atrás para contemplar mejor su rostro, como si quisiera leer en él los estragos producidos más por el dolor que por el tiempo—. ¡Dios mío! Habéis cambiado tanto, querido; vuestro semblante es más pálido, vuestros ojos han perdido la alegría y vuestra tez sonrosada parece haberse curtido con el sol y la intemperie. ¡Malditas sean las guerras! Han destruido tantos rostros hermosos... ¿Y cómo habéis logrado llegar hasta aquí, querido? ¿Qué ha sido de vos? ¿Dónde habéis estado todo este tiempo? ¿Por qué no escribisteis jamás? ¿Por qué todos os creyeron muerto? ¿Y por qué volvéis a vuestro propio hogar como si fuerais un fantasma asustando a la pobre y vieja Ailie? —concluyó, sonriendo entre las lágrimas.

Morton necesitó algún tiempo para sobreponerse a sus emociones y poder dar a la anciana toda la información que comunicaremos a nuestros lectores en el próximo capítulo.

*Aumerle that was,
But that is gone for being Richard's friend,
And, Madam, you must call him Rutland now.*^[1]

El escenario donde Morton expuso su relato se trasladó rápidamente desde la pequeña cocina de la señora Wilson hasta su oscura alcoba, la misma que había ocupado siendo ama de llaves, y que había preferido conservar porque estaba más protegida de las corrientes que la sala, peligrosa a su entender para el reuma, así como porque se adecuaba mejor a sus necesidades que los aposentos del difunto Milnewood, todo un caballero, que traían dolorosos recuerdos a su memoria; en cuanto a la enorme sala de paneles de roble, sólo se abría para ser ventilada, fregada y desempolvada, siguiendo la tradición familiar, ya que sólo se permitía celebrar en ella los festejos más solemnes. De modo que se sentaron en el pequeño cuarto de la señora Wilson, rodeados de toda clase de tarros de conservas, que la *ci-devant* ama de llaves continuaba preparando, por simple rutina, aunque ni ella ni nadie comiera nunca las confituras que con tanta regularidad fabricaba.

Morton, a fin de hacer más comprensible su narración a la anciana, le informó brevemente del naufragio, y de cómo se habían ahogado todos los pasajeros y los tripulantes, a excepción de dos o tres marineros que habían logrado adueñarse del esquite; cuando éstos maniobraban para alejarse del buque, él había saltado al pequeño bote desde la cubierta e, inesperadamente, y en contra de la voluntad de aquellos hombres, se había convertido en su compañero de viaje. Cuando desembarcaron en Flushing^[2], tuvo la suerte de encontrarse con un viejo oficial, que había luchado junto a su padre. Siguiendo su consejo, en lugar de dirigirse directamente a la Haya, envió sus cartas a la corte de Guillermo de Orange.

—Nuestro príncipe —dijo el veterano— debe mantener buenas relaciones con su suegro, vuestro rey Carlos^[3]; si os acercáis a él como un escocés rebelde, le pondréis en un compromiso, pues no sería prudente que os concediera su apoyo. Es mejor que esperéis sus órdenes, sin imponerle vuestra presencia. Llevad una vida tranquila y retirada, cambiad de nombre y evitad la compañía de los exiliados ingleses y escoceses; podéis estar seguro de que no os arrepentiréis de vuestra cautela.

El viejo amigo de Silas Morton estaba en lo cierto. Bastante tiempo después, el príncipe de Orange, en un recorrido a través de las provincias holandesas, pasó por la ciudad donde Morton, cansado de su situación y de llevar aquella vida de incógnito, continuaba, a pesar de todo, residiendo. Y le concedió una hora de audiencia privada,

en la que le comunicó cuán gratamente le habían impresionado su inteligencia y sensatez, así como la tolerancia que parecía mostrar con las distintas facciones de su país natal, sus motivos y sus propósitos.

—De buena gana os nombraría ayudante mío —dijo Guillermo de Orange—, pero sería un ultraje para Inglaterra. Haré cuanto pueda por vos, tanto por las opiniones que habéis expresado, como por las cartas de recomendación que habéis traído. Entraréis a formar parte de un regimiento suizo, actualmente destinado en una lejana provincia, donde apenas encontraréis compatriotas. Continudad siendo el capitán Melville, y dejad que el nombre de Morton duerma hasta que lleguen mejores días.

—Y así comenzó mi carrera militar en el extranjero —continuó diciendo Morton—; y, en más de una ocasión, fui condecorado por Su Alteza Real, hasta que se vio obligado a venir a liberar este país. Sus órdenes me impidieron escribir a los pocos amigos que me quedaban en Escocia; es mi única excusa. No es extraño que todos creyeran en mi muerte, teniendo en cuenta que el barco había naufragado y que yo jamás utilicé las letras de cambio que con tanta generosidad algunos me habían proporcionado; ello debió confirmar sus sospechas de que había perecido ahogado.

—Pero ¿acaso no encontrasteis a ningún escocés que os reconociera en la corte del príncipe de Orange? —preguntó la señora Wilson—. Pensé que Morton de Milnewood sería famoso en todo el país.

—Por ese motivo me enviaron tan lejos —repuso Morton—, hasta que llegara el momento en que muy pocos, que no sintieran el mismo profundo interés que vos por mí, Ailie, pudieran reconocer al imberbe Morton en el general de división Melville.

—Vuestra madre se apellidaba Melville... —dijo la señora Wilson—; pero a mis viejos oídos les suena mucho mejor el nombre de Morton. Y cuando llevéis el título de vuestra familia, tendréis que recuperarlo.

—No tengo ninguna prisa para lo uno ni para lo otro, Ailie; una serie de razones me impiden revelar mi identidad a nadie que no seáis vos; en cuanto a Milnewood, no puede estar en mejores manos.

—¿En mejores manos? —repitió Alison Wilson—. Espero que no estéis hablando de las mías. Las tierras y los arriendos no son más que una complicación para mí. Y soy demasiado vieja para casarme, aunque Wylie Mactrickit, el abogado, insistió en ello y se mostró muy cortés conmigo; pero tengo demasiados años para que alguien intente imponerme su voluntad. A mí no puede engatusarme con sus halagos como ha hecho con tantas otras... Y además pensé que algún día tal vez regresaríais, y, a cambio de un poco de comida y de mi vaso de leche, yo me ocuparía de tener la casa en orden como en vida de vuestro pobre tío. Me alegraría tanto veros prosperar y dirigir sabiamente vuestras posesiones... Seguro que habéis aprendido a hacerlo en Holanda, pues, según dicen, allí la gente es muy ahorrativa. Aunque viviréis con menos estrecheces que el pobre y viejo Milnewood, que en paz descanse; y lo cierto es que me parecerá muy bien que comáis carne tres veces por semana, pues evita los

gases en el estómago.

—Hablaremos de todo eso en otra ocasión —dijo Morton, sorprendido ante tanta generosidad en alguien cuyos pensamientos y acciones eran habitualmente tan sórdidos y mezquinos; y lo cierto es que su amor al ahorro contrastaba enormemente con su indiferencia hacia los bienes materiales—. Debéis saber —continuó explicando a la anciana— que sólo he venido a Escocia unos días, con el fin de realizar una importante misión para el gobierno. Por consiguiente, Ailie, no digáis una palabra a nadie sobre mi visita. Ya os pondré al corriente de mis intenciones.

—Está bien, muchacho —replicó la señora Wilson—. Puedo guardar un secreto tan bien como cualquiera; y el viejo y honrado Milnewood lo sabía, pues me dijo dónde guardaba su dinero, y eso es algo que a casi nadie le gusta contar. Pero venid conmigo; os enseñaré lo limpio y cuidado que está el salón de roble, como si hubiéramos estado esperando vuestra llegada en cualquier momento. Sólo he permitido que lo arreglaran mis viejas manos. Era una especie de entretenimiento para mí, aunque no podía evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas; y yo me preguntaba: ¿a qué preocuparme de puertas, alfombras, cojines y candelabros si sus legítimos dueños no volverán jamás?

Con esas palabras, le condujo a su *sanctum sanctorum*, que se afanaba en restregar y limpiar todos los días, como si su orden y su pulcritud constituyeran su mayor orgullo. Morton recibió una reprimenda mientras la seguía por no «limpiarse los zapatos», lo que vino a demostrar que Ailie no había abandonado sus costumbres autoritarias. Al entrar en el inmenso salón, recordó el solemne temor que le invadía en las raras ocasiones en que, siendo un niño, le habían admitido en aquella estancia, que entonces creía sólo equiparable a la de un príncipe. Como es fácil suponer, las sillas labradas y de estambre, con sus cortas patas de ébano y sus altos respaldos verticales, habían dejado de impresionarle, los enormes morillos de hierro parecían haber perdido su esplendor, el tapiz verde no era ninguna obra maestra de un telar de Arras^[4], y la estancia, en general, resultaba triste, oscura y tenebrosa. Mas había dos objetos, «la representación en lienzo de dos hermanos»^[5], que, a diferencia de los que describía Hamlet, conmovieron su ánimo, produciendo en él muy diversas sensaciones. Un retrato de cuerpo entero representaba a su padre, con su armadura, y con un rostro que reflejaba un carácter valiente y decidido; el otro mostraba a su tío envuelto en terciopelos y brocados, con una expresión que denotaba su vergüenza ante la elegancia de aquellos atavíos, que debía únicamente a la generosidad del pintor.

—Fue una absurda ocurrencia —afirmó Ailie— vestir al honrado anciano con esos atuendos tan costosos que jamás llevó, en lugar de con su respetable ropa de paño gris y su estrecho lazo de lino al cuello.

Intimamente, Morton no pudo sino estar de acuerdo con ella; pues cualquier prenda que pudiera asemejarse a la indumentaria de un caballero sentaba tan mal a la desgarrada figura de su difunto pariente como una expresión franca y generosa a sus

mezquinas y avarientas facciones. Logró separarse de la señora Wilson para visitar algunos de sus rincones favoritos del bosque vecino, mientras la anciana añadía un nuevo condimento a la cena que preparaba; y destacaremos únicamente este episodio porque costó la vida a un pollo del corral, que, de no haber sido por algo tan importante como la llegada de Henry Morton, habría seguido cacareando hasta su vejez, sin que nadie pudiese culpar a Alison Wilson de cometer la extravagancia de matarlo y aderezarlo. En la cena, hablaron animadamente de los viejos tiempos, y Ailie hizo numerosos planes para el futuro, en los que atribuía a su joven amo el mismo comedimiento que al viejo Milnewood, y recordaba su destreza a la hora de realizar las tareas de gobernanta. Morton dejó que, en unos momentos tan placenteros, la anciana disfrutara haciendo castillos en el aire, y no quiso comunicarle, hasta una ocasión más propicia, que se proponía regresar al continente y pasar allí el resto de su vida.

Se quitó después sus ropas militares, pues creyó que serían un obstáculo a la hora de encontrar el paradero de Burley. Las cambió por un jubón gris y una capa, que acostumbraba llevar cuando vivía en Milnewood, y que la señora Wilson había guardado en una cómoda de nogal, de donde los sacaba regularmente para cepillarlos y airearlos. Morton conservó su espada y sus armas de fuego, pues muy pocas personas se atrevían a viajar sin ellas en aquellos agitados tiempos. Cuando apareció con su nueva indumentaria, la señora Wilson se alegró de que «le sentara tan bien, pues, a pesar de que no había engordado, tenía un aspecto más vigoroso que cuando se lo habían llevado de Milnewood».

Procedió entonces a explicar con todo detalle las virtudes de guardar la ropa vieja para confeccionar con ella nuevas prendas; y cuando llevaba un buen rato recordando la historia de una capa de terciopelo del difunto señor de Milnewood, que primeramente había transformado en un jubón y después en unos calzones —tan flamantes como si fueran de reciente adquisición—. Morton interrumpió el relato de sus transmigraciones para decirle adiós.

Al expresar su necesidad de proseguir el viaje aquella misma noche, la señora Wilson se sintió muy disgustada.

—¿Y dónde pensáis dirigiros? ¿Y por qué os marcháis? ¿Y dónde vais a dormir mejor que en vuestra propia casa, después de tantos años lejos de ella?

—Sé que es muy poco amable por mi parte, Ailie, pero he de irme. Por eso traté de ocultaros mi identidad; sabía que no me dejaríais marchar fácilmente.

—Pero ¿dónde iréis? —preguntó la anciana, una vez más—. Jamás había visto a nadie como vos... ¿qué sentido tiene aparecer un instante para desaparecer después como un rayo?

—Debo acercarme al Howff, la posada de Niel Blane, el gaitero —replicó Morton—; supongo que tendrá una cama libre.

—¿Una cama? Seguro que sí —exclamó la señora Wilson—, y no os saldrá nada barata. ¡Ay, Señor! Eso de vivir en el extranjero parece haberos hecho perder el

juicio; querer pagar cama y comida cuando podéis tener ambas gratis... Y muchas gracias por aceptar mi ofrecimiento.

—Os aseguro, Ailie —dijo Morton, deseoso de acallar sus reproches—, que se trata de un asunto de suma importancia, capaz de proporcionarme grandes beneficios y ninguna pérdida.

—No creo que sea posible si empezáis pagando casi dos chelines escoceses por vuestra cena; pero a los jóvenes les gusta arriesgarse, y creen que así ganaran más. Mi pobre y viejo amo tenía un método más seguro: cuando conseguía una moneda, jamás volvía a separarse de ella.

Perseverando en su desesperada resolución, Morton se despidió de Ailie, y subió a lomos de su caballo para dirigirse a la pequeña ciudad, no sin hacerle prometer antes que escondería su regreso hasta que volviera a verlo o tuviese noticias de él.

«No es que yo sea muy manirroto —pensó, mientras avanzaba al trote en dirección al poblado—; pero si Ailie y yo viviéramos en la misma casa, como propone, creo que mi despilfarro le partiría el alma en menos de una semana».

*Where's the jolly host
You told me of? 'T has been my custom ever
To parley with mine host.*

Lover's Progress^[1]

Morton llegó a la ciudad sin el menor contratiempo, y se apeó del caballo junto a la pequeña posada. Se le había ocurrido en más de una ocasión durante el trayecto que las ropas que había llevado en su juventud, aunque en cierto modo pudieran resultarle ventajosas, le harían aún más difícil viajar de *incógnito*. Pero algunos años de campañas y de vida errante habían cambiado hasta tal punto su fisonomía que confiaba en que nadie reconociera en aquel adulto sensato y decidido al tímido e inexperto mozalbete que había ganado el concurso del papagayo. Existía la probabilidad de que en uno u otro lugar algún whig, a quien hubiera conducido a la batalla, recordara al capitán de los Tiradores de Milnewood; mas el riesgo, en caso de darse, era imposible de evitar.

El Howff parecía estar lleno y, como antes, muy frecuentado, como si conservara toda su vieja popularidad. El físico y el comportamiento de Niel Blane, más grueso y menos amable que antaño, revelaban que tanto su fortuna como su corpulencia habían aumentado; pues en Escocia, la cortesía de un posadero con los huéspedes va disminuyendo en la misma proporción que su éxito en la vida. Su hija había adquirido cierto aire de camarera experimentada, nada interesada por los lances del amor y de la guerra, que habrían dejado perplejo a cualquiera en el ejercicio de su profesión. Ambos dedicaron a Morton toda la atención que podía esperar un viajero desconocido y sin criados, en un momento en que ellos se creían la viva estampa de la distinción. Morton hizo exactamente lo que cabría esperar de un joven de su apariencia; se dirigió al establo y comprobó que su caballo estaba bien acomodado, regresó a la posada y tomó asiento en el comedor público (pues en aquellos días pretender cenar solo habría sido una muestra de arrogancia); se encontró, así, en la misma estancia en la que unos años antes había celebrado su victoria tras el concurso del papagayo, una inocente diversión de tan dramáticas consecuencias.

Se sintió, como es fácil suponer, muy cambiado desde entonces; y, sin embargo, al contemplar a los hombres que le rodeaban, tuvo la impresión de que no eran muy diferentes de los que habían acudido al Howff en aquella lejana ocasión. Dos o tres vecinos tomaban a sorbos su coñac; dos o tres dragones se entretenían bebiendo

cerveza, mientras maldecían aquellos tiempos de inactividad, que no les permitían mayores alegrías. Es cierto que su corneta no jugaba al backgammon con un pastor vestido con sotana, pero bebía una pequeña cantidad de *aqua mirabilis*^[2] con un ministro presbiteriano envuelto en una capa gris. La escena era diferente, y, sin embargo, la misma; sólo las personas habían cambiado, la actitud general era muy semejante.

«Dejemos que la marea del mundo suba y baje a su antojo —pensó Morton, mirando a su alrededor—, siempre habrá alguien que ocupe el lugar que el azar ha dejado vacío; tanto en el trabajo como en la diversión, unos hombres sucederán a otros, al igual que hojas de un mismo árbol, con las mismas diferencias como individuos y semejanzas generales».

Tras guardar silencio unos minutos, Morton, cuya experiencia le había enseñado el modo más rápido de llamar la atención, pidió una pinta de clarete y, cuando el sonriente posadero apareció con la jarra de vino espumeante, recién servido de la barrica (pues en aquel entonces no estaba de moda embotellarlo), le invitó a sentarse y a compartir con él la excelente bebida. Su petición resultó especialmente grata a Niel Blane, que, aunque no esperaba que todos los que acudían solos solicitaran su compañía, estaba acostumbrado a que muchos lo hicieran, por lo que no pareció avergonzarse ni sorprenderse de su invitación. Se acomodó junto a su huésped en un solitario rincón cerca de la chimenea; y, mientras Morton le animaba a beber casi todo el clarete que tenía delante, empezó a darle con todo detalle, tal como se esperaba de él, las noticias de la región: los nacimientos, muertes y bodas, los cambios de propiedad, la ruina de las viejas familias y el ascenso de las nuevas. Pero nuestro posadero se abstuvo de mezclar la política —principal fuente de elocuencia del momento— en su alocución, y se limitó a responder con indiferencia a una pregunta de Morton:

—Pues sí, tenemos algunos soldados entre nosotros. Hay un pequeño regimiento de caballería alemán en Glasgow; su comandante se llama Wittybody o algo parecido, aunque es el holandés más serio y más feo que he visto en mi vida.^[3]

—¿Es posible que su nombre sea Wittenbold? —quiso saber Morton—. ¿Un hombre de pelo gris y pequeño bigote oscuro que apenas habla?

—Y que nunca deja de fumar —repuso Niel Blane—. Veo que conocéis a ese hombre. Por lo que he visto, es muy probable que sea una buena persona... es decir, considerando que es un soldado y un holandés; pero aunque fuera diez veces general y otras tantas Wittybody, no sabe nada de gaitas, pues me hizo detenerme mientras tocaba el *Torphichen's Rant*^[4], la mejor pieza de música que jamás haya salido de mi instrumento.

—¿Esos muchachos no pertenecen a su cuerpo? —inquirió Morton, dirigiendo su mirada hacia los soldados que había en la posada.

—No, no, son dragones escoceses; nuestras viejas orugas^[5], los antiguos seguidores de Claverhouse. Tal vez ya se habrían unido a él si tuviera todos los ases

en su mano.

—¿Acaso no han llegado noticias de su muerte? —preguntó Morton.

—En efecto... Tenéis razón, señor. Parece haberse extendido ese rumor, pero, en mi humilde opinión, mala hierba nunca muere. Yo no me fiaría de esos muchachos. Si Claverhouse sigue con vida, apuesto a que no tardará en bajar a estas tierras y ¿qué harán ellos entonces? A su primer silbido, todos esos endemoniados dragones se apresurarán a obedecerle. Sin duda ahora son leales al rey Guillermo, de igual modo que antes lo fueron al rey Jacobo, y la razón es sencilla: luchan para recibir su paga. ¿Y por qué otra razón iban a hacerlo? Seguro que no poseen casas ni tierras. Hay algo bueno en este cambio o Revolución, como les gusta llamarlo, los hombres pueden hablar ante esos muchachos sin temor a que les lleven a rastras a la prisión militar o les torturen atornillándoles los pulgares como si fueran de corcho.

Sus palabras fueron seguidas de una breve pausa. Morton, consciente de haber ganado la confianza de Niel Blane, preguntó con el titubeo que suelen mostrar todos aquellos que esperan una respuesta importante:

—¿Conocéis a una mujer en los alrededores llamada Elisabeth Maclure?

—¿Que si conozco a Bessie Maclure? —exclamó el posadero, soltando una carcajada—. ¿Cómo no voy a conocer a la hermana del primer marido de mi esposa (que en paz descansa)? Una mujer honrada donde las haya, pero ha sufrido tantas desgracias... Perdió a sus dos hijos, unos simpáticos muchachos, en la época de la persecución, como dicen ahora; y ha soportado dignamente su dolor, sin culpar ni condenar a nadie. Si existe una mujer buena en este mundo, es Bessie Maclure. Y perder a sus dos hijos, como os iba diciendo, y tener a los dragones metidos en su casa durante este último mes (pues sean whigs o tories casi todos, los muy bribones prefieren vivir siempre en una taberna), perder, como os iba diciendo...

—¿Decís que tiene una taberna? —interrumpió Morton.

—Sí, pero muy humilde —replicó Niel Blane, echando una mirada a sus magníficas instalaciones—. Tan sólo vende un amargo brebaje, que apenas lleva alcohol, a unos viajeros demasiado sedientos para ser amables; no puede decirse que sea un próspero negocio o un lugar muy concurrido.

—¿Podríais conseguir que alguien me guiara hasta allí? —inquirió el joven.

—¿Os quedaréis a pasar la noche en el Howff? No creo que podáis alojaros en casa de Bessie —dijo Niel, que no apreciaba tanto a la cuñada de su difunta esposa como para enviarle a uno de sus huéspedes.

—Tengo que verme allí con un amigo —repuso Morton—; sólo he venido a tomar un trago y a preguntar el camino.

—Más os valdría —insistió el posadero— que enviarais a buscar a vuestro amigo, señor.

—Ya os he dicho —respondió el joven con impaciencia— que eso no es posible; debo dirigirme inmediatamente a casa de la señora Maclure y deseo que me encontréis un guía.

—Está bien, señor, sois libre de elegir el lugar que más os plazca; pero no necesitaréis ayuda de nadie... Seguid el río unas dos millas, como si fuerais hacia Milnewood, y coged el primer sendero abandonado que sube abruptamente hacia las colinas. Lo reconoceréis por el viejo fresno que crece junto a un arroyo, allí donde se cruzan los dos caminos; la taberna de la viuda Maclure no tiene pérdida, pues no hay ninguna otra cabaña en diez millas escocesas a la redonda, lo que vienen a ser veinte inglesas. Lamento que vuestra señoría piense abandonar mi posada esta noche. Pero la cuñada de mi difunta esposa es una buena mujer y, en cierto modo, pariente mía, así que todo queda en familia.

Morton pagó su cuenta y se marchó. Se ponía ya el sol aquel día de verano, cuando el joven llegó junto al viejo fresno y cogió la senda que ascendía hacia los páramos.

«Aquí comenzaron mis desventuras —pensó—; Burley y yo íbamos a separarnos en este mismo lugar la noche en que nos conocimos, cuando le informaron de que los dragones vigilaban todos los desfiladeros para capturarlo. Bajo ese mismo árbol estaba sentada la anciana que le advirtió del peligro. Es extraño que mi destino se viera inextricablemente unido al de ese hombre por un simple acto humanitario... ¡Ojalá pudiera recobrar la paz y la serenidad de mi espíritu allí donde las perdí!».

Y, tratando de ordenar sus pensamientos, obligó con las riendas a su caballo a subir por el sendero.

La noche cayó mientras avanzaba por una hondonada; de su antiguo bosque sólo quedaban algunos árboles en los lugares más inaccesibles, al borde de los precipicios o entre gigantescos peñascos, desafiando la invasión de hombres y ganado, al igual que las desperdigadas tribus de un país conquistado, obligadas a refugiarse en sus inhóspitas montañas. Quebrantados y abatidos, más que florecer, parecían contentarse con existir, y servían únicamente de muestra del antiguo paisaje. Pero el arroyo descendía bullicioso entre ellos, con toda su alegría y su frescor, trayendo consigo esa animación que sólo un riachuelo de montaña puede conferir a los lugares más desiertos y salvajes, y que el habitante de esas regiones echa de menos incluso cuando contempla el curso tranquilo y sinuoso de un majestuoso río entre fértiles praderas o junto a palacios llenos de esplendor. El camino seguía el curso del arroyo, que no siempre resultaba visible; a veces sólo podía escucharse el murmullo de sus aguas entre los guijarros o entre las grietas de las rocas que obstaculizaban su avance.

«Arroyo cantarín —dijo para sí Morton, dejándose arrastrar por su fantasía—, ¿por qué desgastaros con las rocas que detienen un instante vuestro curso? Existe un mar que os recibirá en su seno, de igual modo que hay una eternidad para el hombre cuando su impaciente curso a través del valle del tiempo termine para siempre. Vuestro ímpetu resulta tan insignificante a las profundas e inmensas olas del océano, como nuestras inquietudes, esperanzas, temores, alegrías y penas a quienes ocupan nuestro lugar a lo largo de esa terrible e ilimitada sucesión de generaciones».

Absorto en estos pensamientos, prosiguió su camino hasta que la hondonada

comenzó a abrirse, y las lomas, alejándose del riachuelo, dejaron ver un pequeño y frondoso valle, en el que había un terreno donde crecían los cereales y una cabaña, cuyas paredes apenas alcanzaban los cinco pies de altura; un tejado de paja, deteriorado por la humedad, los años innumerables, las siemprevivas y los hierbajos, había sufrido en algunos lugares el ataque de dos vacas, cuyo apetito se había visto atraído por aquel verdor en lugar de por sus más legítimos pastos. Una inscripción escrita incorrectamente, con pésima gracia, señalaba al viajero que podía hacer un alto para comer y beber, tanto él como su caballo; y resultaba una indicación muy oportuna, a pesar de la tosquedad de la choza, considerando el agreste sendero que le había llevado hasta allí y las salvajes y desérticas montañas que se elevaban con desolada dignidad tras aquel humilde asilo.

«Burley sólo podría haber encontrado un buen confidente en un lugar así», pensó Morton.

Al aproximarse, encontró a la dueña de la casa sentada junto a la puerta; un enorme saúco le había ocultado hasta entonces su presencia.

—Buenas noches —dijo el viajero—. ¿Os llamáis señora Maclure?

—Elisabeth Maclure, señor, una pobre viuda —respondió.

—¿Podéis alojar a un forastero por una noche?

—Sí, señor; siempre que una torta de viuda^[6] sea suficiente para él.

—He sido un soldado, buena mujer —respondió Morton—, así que cualquier cosa que me ofrezcáis será de mi agrado.

—¿Un soldado, señor? —dijo la anciana con un suspiro—. Que Dios os ayude a encontrar mejor ocupación...

—Siempre se ha considerado una profesión honrada. Espero que no tengáis peor opinión de mí por haberme dedicado a ella.

—No soy quién para juzgar a nadie, señor —contestó la viuda Maclure—, y, por el modo en que habláis, parecéis un caballero educado; pero he visto cómo los soldados cometían tantos desmanes en esta pobre tierra que me alegro de no poderlos ver más con estos ojos.

Y Morton se percató de su ceguera.

—¿No será un trastorno para vos, mi buena amiga? —preguntó compasivamente—. Vuestra dolencia no debe de hacer nada fácil vuestro trabajo.

—No creáis, señor —repuso la anciana—; me manejo muy bien dentro de la casa, y tengo una jovencita que me ayuda. Los dragones se ocuparán de vuestro caballo cuando regresen de patrullar; se comportan mucho más cortésmente ahora de lo que lo hacían antes.

Las palabras de la anciana le animaron a desmontar.

—Peggy, querida —dijo la viuda Maclure, dirigiéndose a una niña de doce años que acababa de acercarse a ella—. Lleva la montura de este caballero al establo, aflójale las cinchas, quítale la brida y deja junto a ella un montón de heno, hasta que los dragones vuelvan. Venid conmigo, señor —continuó—; comprobaréis lo limpia

que está mi casa, a pesar de su pobreza.

Y así fue como Morton entró en la vivienda tras ella.

*Then out and spak the auld mother,
And fast her tears did fa'
«Ye wadna be warn'd, my son Johnie,
Frae the hunting to bide awa!».*

Antigua balada^[1]

Al entrar en la casa, Morton comprendió que la anciana no le había mentado. El interior de la cabaña contrastaba con su aspecto exterior, estaba bien cuidado y resultaba incluso confortable, especialmente la habitación donde la viuda le indicó que cenaría y pasaría la noche. No tardaron en llevarle una sencilla colación, la única que la pequeña posada podía permitirse, y, aunque el joven no tenía el menor apetito, aceptó el ofrecimiento para poder conversar con Bessie Maclure. A pesar de su ceguera, la anciana le atendió solícita, y parecía como si un instinto especial le ayudase a encontrar cuanto deseaba.

—¿No tenéis a nadie más que a esa preciosa niña para ayudaros con vuestros huéspedes? —preguntó.

—Así es, señor; vivo sola, como la viuda de Sarepta^[2]. Apenas llegan viajeros hasta este pobre lugar, y no tengo costumbre de contratar criados. Tenía dos hijos que se ocupaban de todo. Pero Dios nos los da y luego nos los quita. ¡Bendito sea su nombre!^[3] —exclamó mientras elevaba sus nublados ojos al Cielo—. Antes vivía más desahogadamente, incluso después de perderlos; pero eso fue antes del último cambio político.

—¿De veras? ¿Pero no sois presbiteriana, buena mujer?

—Sí, señor; bendita sea la luz que me señaló el buen camino^[4] —repuso la posadera.

—En ese caso, la Revolución tendría que haber sido beneficiosa para vos.

—Si ha traído el bien al país y la libertad de culto a las conciencias —dijo la anciana—, ¿qué puede importar lo que haya traído a un pobre gusano^[5] ciego como yo?

—Sin embargo —contestó Morton—, no comprendo en qué ha podido perjudicaros.

—Es una larga historia, señor. Pero una noche, alrededor de seis semanas antes de la batalla del puente de Bothwell^[6], había acabado de ordeñar la vaca, cuando un joven caballero se detuvo ante mi humilde morada, malherido y cubierto de sangre,

pálido y exhausto de tanto cabalgar. Su caballo estaba tan extenuado que apenas podía avanzar y sus perseguidores le pisaban los talones; se trataba de uno de nuestros enemigos, pero ¿qué podía hacer yo, señor? Vos, que sois un soldado, pensaréis que no soy más que una vieja estúpida, pero le di de comer, lo cuidé y lo escondí^[7] hasta que terminó su búsqueda.

—¿Y quién osa censurar vuestra conducta? —inquirió Morton.

—No sé... Pero hizo que algunos de los nuestros me guardaran rencor. Decían que tenía que haberle dado el mismo trato que Yael dio a Sísara^[8]. Pero Dios no me había ordenado derramar su sangre, y mi deber, como mujer y como cristiana, era salvarle. Y entonces me acusaron de no tener sentimientos, por haber ayudado a un hombre que pertenecía a la misma facción que había asesinado a mis dos hijos.

—¿Que había asesinado a vuestros dos hijos?

—Sí, señor; aunque tal vez vos dierais otro nombre a su muerte. Uno de ellos cayó empuñando la espada, combatiendo por un Covenant roto; el otro... ¡lo sacaron a rastras de la casa y lo mataron a tiros delante de su madre! Mis viejos y cansados ojos quedaron deslumbrados con los disparos, y, en mi opinión, desde aquel día no cesaron de debilitarse; y el dolor, la congoja y las lágrimas debieron de hacer aún mayor su deterioro. Pero ¡ay de mí! Entregar la sangre del joven lord Evandale a la espada de sus enemigos jamás habría devuelto la vida a mi Ninian y a mi Johnie.

—¿Lord Evandale? —exclamó Morton sorprendido—. ¿Acaso fue a lord Evandale a quien salvasteis la vida?

—Sí, señor. Después fue muy generoso conmigo, y me dio una vaca, un ternero, malta, harina y dinero; y nadie se atrevió a molestarme mientras siguió siendo un hombre poderoso. Pero vivimos en un extremo de las tierras de Tillietudlem, y lady Margaret Bellenden y el actual propietario, Basil Olifant, entablaron un terrible pleito por la propiedad; y lord Evandale apoyó a la anciana dama por amor a su nieta, la señorita Edith, según dicen, una de las jóvenes más bellas y bondadosas de Escocia. Pero lady Margaret perdió el litigio, y Basil se quedó con el castillo y con las tierras; poco después estalló la Revolución, y ¿quién sino el nuevo señor fue el primero en cambiar de camisa? Afirmó que siempre había sido un convencido whig, y que se había visto obligado a declararse papista por las prácticas imperantes. Y entonces logró el favor del gobierno; y lord Evandale fue incapaz de bajar la cabeza, pues tiene demasiado valor y demasiado orgullo para inclinarla cada vez que soplan nuevos vientos, aunque muchos saben, al igual que yo, que, a pesar de sus principios, siempre ayudó y protegió a los más humildes, y fue mucho más generoso con todos que Basil Olifant, que siempre está doblando la cabeza ante los poderosos. Pero lord Evandale cayó en desgracia y dejaron de tener en cuenta su opinión; y entonces Basil, que es un hombre vengativo, se propuso herir sus sentimientos como fuera, especialmente hostigando y despojando de sus bienes a la vieja viuda, Bessie Maclure, que había salvado la vida de lord Evandale, y que éste trataba con tanto respeto. Pero, si cree que va a conseguir algo con ello, está muy equivocado; pues

tardaré mucho tiempo en contarle a lord Evandale que me obligó a vender el ganado para pagarle el arriendo, o que ha ordenado a los dragones alojarse en mi casa, ahora que el país está tranquilo, o cualquier cosa que pueda disgustarle. Llevaré pacientemente mi propia carga; la pérdida de cosas materiales apenas tiene importancia.

Asombrado y conmovido ante aquel ejemplo de paciente, leal y generosa resignación, Morton no pudo reprimir una imprecación contra el mezquino canalla que había elegido aquel miserable modo de vengarse.

—No reneguéis de él, señor —dijo la anciana—; oí decir a un buen hombre que una maldición era como una piedra lanzada a los cielos... que es muy posible que vuelva a caer en la cabeza de quien la arroja^[9]. Pero si conocéis a lord Evandale, decidle que tenga cuidado, pues he oído cosas muy extrañas a los soldados que aquí se alojan, y a menudo mencionan su nombre. Uno de ellos ha estado dos veces en Tillietudlem, y el señor Olifant parece tenerlo en gran estima, a pesar de que en el pasado fue uno de los opresores más crueles que jamás cabalgaron por el país (si exceptuamos al sargento Bothwell). Su nombre es Inglis.

—Estoy sumamente interesado en la seguridad de lord Evandale —afirmó Morton—; podéis confiar en que encontraré el modo de avisarle de tan sospechosas circunstancias. Y a cambio de ello, buena amiga, quisiera haceros otra pregunta. ¿Sabéis algo de un tal Quintin Mackell de Irongray?

—¿Que si sé algo de *quién*? —inquirió la viuda Maclure, incapaz de disimular su sorpresa y su alarma.

—De Quintin Mackell de Irongray —repitió Morton—; ¿por qué os asusta tanto escuchar su nombre?

—No, no, no me asusto —respondió la anciana indecisa—, pero que un desconocido y un soldado me pregunte por él... ¡Que el Señor se apiade de nosotros! ¡Qué nueva desgracia nos deparará el destino!

—Ninguna de la que podáis culparme, os lo aseguro —dijo el joven—; ese hombre no tiene nada que temer de mí, si, como imagino, Quintin Mackell es John Bal...

—No pronunciéis su nombre —exclamó la viuda, con el dedo en sus labios pidiendo silencio—. Veo que conocéis su secreto y su contraseña, así que no os esconderé nada. Pero, por el amor de Dios, hablad más bajo. En nombre del Cielo, confío en que no estéis buscando su ruina. ¿Acaso no dijisteis antes que erais un soldado?

—En efecto; pero no tenéis nada que temer de mí. Fui un capitán whig en la batalla del Puente de Bothwell.

—¿De veras? —inquirió la mujer—. Lo cierto es que hay algo en vuestra voz que me inspira confianza. Habláis bien y sin rodeos, como un hombre honrado.

—Confío en serlo —respondió Morton.

—Pero, sin ánimo de ofenderos, señor —continuó diciendo la señora Maclure—,

en estos desdichados tiempos, los hermanos se levantan contra los hermanos^[10], y él teme casi tanto a este gobierno como a los perseguidores de antaño.

—¿Es eso cierto? —preguntó Morton—. Lo ignoraba. Pero acabo de regresar del extranjero.

—Os explicaré lo ocurrido —dijo la anciana, tras aguzar el oído, mostrando así cómo sus órganos visuales habían transferido el poder de recabar información a los auditivos; pues, en lugar de lanzar una prudente mirada a su alrededor, inclinó su rostro y volvió lentamente la cabeza, como si quisiera tener la certeza de que nada se movía en las cercanías—. Vos sabéis cuánto ha trabajado para resucitar el viejo Covenant, quemado, roto y enterrado en los duros corazones^[11] y en las egoístas aspiraciones de esa generación rebelde^[12]. Cuando huyó a Holanda, lejos de la protección y del agradecimiento de sus piadosos hermanos, sabiéndose merecedor de ambos, el príncipe de Orange no le brindó su ayuda, y los ministros no le acogieron con el debido respeto. Aquello resultó difícil de soportar para alguien que había hecho y sufrido tanto... puede que demasiado... pero ¿quién soy yo para juzgarlo? Regresó a mí y a su viejo refugio, que tantas veces le había acogido en los momentos de peligro, especialmente antes de la victoria de Drumclog; pues jamás olvidaré cómo se dirigía hacia aquí la noche en que el joven Milnewood ganó el concurso del papagayo; pero yo le advertí del peligro.

—¿Qué decís? —exclamó Morton—. ¿Acaso erais vos la anciana envuelta en un manto rojo, que le hizo saber que había un león en el camino^[13]?

—¡En nombre del Cielo! ¿Quién sois? —preguntó la viuda, interrumpiendo asombrada su narración—. Aunque seáis quien seáis —continuó diciendo con tranquilidad—, lo peor que sabéis de mí es que he querido salvar la vida de un amigo y de un enemigo.

—No sé nada malo sobre vos, señora Maclure, y no os deseo la menor desgracia; sólo quería demostraros que conozco bien a ese individuo, y que podéis confiarme sin miedo el resto de la información. Proseguid, si os parece, vuestra narración.

—Hay una extraña autoridad^[14] en vuestra voz —afirmó la anciana—, aunque vuestro tono sea amable. Tengo poco más que añadir. Los Estuardo han sido destronados, y Guillermo y María reinan en su lugar; mas el Covenant ha caído en el olvido, como si fuera un documento del pasado. El nuevo gobierno ha abrazado y amparado en su seno a los clérigos que se acogieron a la Indulgencia, y a una Asamblea General Erastiana de la antaño poderosa Iglesia presbiteriana de Escocia.^[15] Nuestros leales paladines desaprueban más esta situación que la apostasía y la opresión de los tiempos en que éramos cruelmente perseguidos, pues las almas se han endurecido e insensibilizado, y las bocas de las multitudes en ayunas^[16] se alimentan de insípido salvado y no de la dulce palabra^[17]; y son muchas las criaturas hambrientas que, al sentarse el sábado por la mañana para escuchar unas palabras que les animen a realizar la gran tarea, deben contentarse con unos sermones que les

hablan de moralidad^[18], y...

—En pocas palabras —dijo Morton, deseoso de interrumpir un discurso que la bondadosa anciana, tan entusiasta de su religión como inclinada a ayudar al prójimo, haría probablemente interminable—. En pocas palabras: no estáis dispuesta a someteros a este nuevo gobierno, y Burley comparte vuestra opinión, ¿no es cierto?

—Muchos de nuestros hermanos, señor, están convencidos de que luchamos en defensa del Covenant, y de que oramos, ayunamos y sufrimos por ese gran pacto nacional; y ahora nadie parece querer recordar la razón por la que sufrimos, luchamos, ayunamos y rezamos. Y algunos pensaron que las cosas podrían mejorar restaurando en el trono a la antigua familia, si ésta respetaba una serie de condiciones, pues, después de todo, cuando el rey Jacobo se vio obligado a marcharse, el asunto de los siete prelados anglicanos^[19] había constituido su mayor conflicto con los ingleses; y de ese modo, aunque una parte de nuestros hermanos se sintieron libres para respaldar al gobierno actual y formaron un poderoso regimiento a las órdenes del conde de Angus^[20], nuestro noble amigo y otros defensores de la pureza de la doctrina y de la libertad de conciencia determinaron escuchar los argumentos de los jacobitas antes de enfrentarse a ellos, por temor a derrumbarse como un muro recubierto de argamasa^[21] o a encontrarse entre dos fuegos.

—Eligieron una extraña dirección —dijo Morton— para encontrar la libertad de conciencia y la pureza de su doctrina.

—¡Ay, querido señor! Es cierto que el sol sale por el este, pero ¿qué sabemos nosotros, simples mortales? Tal vez la aurora espiritual surja en el norte.

—¿Y Burley se dirigió a las Tierras Altas en su búsqueda?

—En efecto, señor; y estuvo con el propio Claverhouse, a quien ahora llaman Dundee.

—¡Demonios! —exclamó Morton—. Habría jurado que ese encuentro sería el último para uno de los dos.

—Os equivocáis, señor; en los malos tiempos, a mi entender, se producen los cambios más inesperados. Montgomery, Ferguson^[22] y otros grandes enemigos del rey Jacobo están ahora a su lado. Claverhouse habló amablemente con nuestro amigo y le pidió que se reuniera con lord Evandale. Y ahí se interrumpieron las negociaciones, pues este último se negó a entrevistarse con él. Y nuestro amigo está cada vez más enajenado, y clama venganza contra lord Evandale, y sólo piensa en incendiar y matar... ¡Ay, esos arrebatos de pasión! Perturban su espíritu y benefician terriblemente a su enemigo...

—¿A su enemigo? ¿Qué enemigo? —inquirió Morton.

—¿Qué enemigo? ¿Conocéis bien a John Balfour de Burley y no sabéis que a menudo ha de entablar pavorosos combates contra el mismísimo Demonio? ¿Acaso no le habéis visto nunca solo, con la Biblia en la mano y la espada desenvainada sobre sus rodillas? ¿No habéis dormido jamás a su lado y le habéis oído luchar en sus sueños contra los engaños de Satán? Oh, no sabéis gran cosa de él, si sólo le habéis

visto a la luz del día, pues la expresión que adquiere su rostro durante esas violentas contiendas no parece humana. Le he visto temblar como un niño tras semejante agonía, mientras el sudor que caía de sus cabellos era más intenso que la lluvia que atravesara mi pobre tejado de paja bajo un fuerte aguacero.

Mientras la anciana pronunciaba esas palabras, Morton comenzó a recordar el aspecto de Burley la noche en que había dormido en el pajar de Milnewood, el relato de Cuddie sobre sus desvaríos y algunos rumores que circulaban entre los cameronianos, quienes se enorgullecían de la lucha interior de Burley y de sus combates contra el mal espíritu^[23]. Y llegó a la conclusión de que el propio Balfour era víctima de aquellas alucinaciones, aunque su inteligencia, despierta y vigorosa por naturaleza, no sólo escondía su superstición a quienes podían pensar que no estaba en su sano juicio, sino que, haciendo gala de esa fuerza que caracteriza a los que padecen epilepsia, era capaz de posponer sus ataques hasta que se hallaba solo o únicamente rodeado de quienes aun le admiraban más a causa de tan molestos martirios. Era natural suponer, y puede deducirse fácilmente del relato de la señora Maclure, que el fracaso de su ambición, sus frustradas esperanzas y la ruina del partido al que había servido con tan desesperada fidelidad, habían agravado su fanatismo hasta hacerle perder de forma transitoria la cordura. Lo cierto es que, en aquellos singulares tiempos, no era extraño que hombres como sir Harry Vane, Harrison y Overton^[24], entre otros, esclavos de los sueños más peregrinos y exaltados, al mezclarse con el mundo, pudieran conducirse no sólo con sensatez en los momentos difíciles y con coraje ante los peligros, sino con la mayor perspicacia y el más enérgico valor. Las últimas palabras de la señora Maclure no hicieron sino confirmar a Morton esas impresiones.

—Con las primeras luces del día —dijo la anciana—, mi pequeña Peggy os conducirá hasta la entrada de su escondite, antes de que los soldados se levanten. Pero, antes de entrar en su refugio, habréis de esperar a que pase su hora de peligro, como él la llama. Peggy os dirá cuándo podéis entrar. Le conoce bien, pues se encarga de llevarle algunas provisiones necesarias para su subsistencia.

—¿Y dónde ha encontrado cobijo ese desdichado? —inquirió Morton.

—En el lugar más sobrecogedor en el que jamás ha vivido un ser humano —respondió la viuda—. Se conoce como la Cascada Negra de Linklater, y es un triste paraje; pero para Burley no hay otro como él, pues a menudo le ha servido de escondite. Tengo la certeza de que lo prefiere a un aposento rodeado de tapices y a un cómodo lecho. Pero ya lo veréis. Hace mucho tiempo que lo vi con mis propios ojos; pero entonces no era más que una muchachita traviesa e insensata, y no se me ocurrió pensar que podría ser de alguna utilidad. ¿Deseáis algo antes de acostaros, señor? Mañana debéis levantaros al amanecer.

—Nada más, buena mujer —repuso el joven, y se dieron las buenas noches.

Morton se encomendó a Dios, se arrojó en el lecho, oyó entre sueños las pisadas de los caballos cuando los dragones regresaron de patrullar, y durmió profundamente

tras un día tan doloroso y agitado.

*The darksome cave they enter, where they found
The accursed man, low sitting on the ground,
Musing full sadly in his sullen mind.*

SPENSER^[1]

Empezaba a amanecer sobre las montañas cuando alguien llamó suavemente a la puerta del humilde aposento donde Morton dormía, y una aguda voz infantil le rogó que se dispusiera a salir hacia la cascada antes de que los demás se despertasen.

El joven se levantó al oír sus palabras y, después de vestirse presuroso, se reunió con la pequeña guía. La doncella de las montañas le precedía con paso ligero a través de la bruma que cubría la colina y el páramo. Era un camino agreste y muy variado; no parecía seguir ninguna senda previamente trazada y, por lo general, ascendía junto al arroyo, aunque evitase sus recodos. El paisaje, mientras avanzaban, se volvió cada vez más salvaje y yermo, hasta que sólo brezales y rocas cubrieron aquel lado del valle.

—¿Estamos aún muy lejos? —inquirió Morton.

—Casi a una milla —respondió la niña—. En seguida llegaremos.

—¿Y hacéis este trayecto con frecuencia, pequeña?

—Siempre que la abuela me envía con leche y harina a la cascada.

—¿Y no tenéis miedo de andar sola por un camino tan agreste?

—No, señor —contestó su guía—; nadie haría daño a alguien tan indefenso como yo, y dice la abuela que nunca hemos de temer nada cuando hacemos una buena acción.

«Su fortaleza reside en su inocencia», pensó Morton, mientras la seguía en silencio.

No tardaron en llegar a un agostado bosque, en el que las zarzas y los espinos se habían adueñado de la tierra donde antaño habían crecido robles y abedules; y la niña tomó una estrecha senda de ovejas y condujo a Morton hasta el arroyo. A pesar de que un estruendo profundo y amenazador le había preparado, de algún modo, para el espectáculo que apareció ante sus ojos, no pudo sino sentir asombro e incluso terror al contemplarlo. Cuando salió del tortuoso camino que atravesaba la maleza, se encontró situado en el saliente de una roca plana, bajo la que se abría un abismo de más de cien pies de profundidad, por el que las oscuras aguas de la montaña se precipitaban al vacío, que parecía bebérselas de un único trago, negro e insondable.

El joven intentó en vano divisar el fondo de la cascada; y lo único que alcanzó a ver fue la cortina de rugiente espuma que caía en picado, pues los riscos que sobresalían a ambos lados le impedían vislumbrar la poza profunda y tenebrosa que recibía sus atormentadas aguas. Más abajo, aproximadamente a un cuarto de milla, sus ojos contemplaron los recodos del arroyo, una vez que su curso se veía libre de obstáculos. Pero, hasta llegar allí, sus aguas desaparecían, como si existiera una caverna abovedada sobre ellas; y lo cierto es que los salientes de las escarpadas rocas, a través de las que avanzaban en la oscuridad, estaban muy cerca de cerrar y cubrir por completo su curso.

Mientras Morton contemplaba aquel sobrecogedor espectáculo, que parecía, debido a la espesura que lo rodeaba y a las hendiduras por las que descendían las aguas, querer ocultarse del resto del mundo, su pequeña acompañante, que seguía junto a él sobre la roca que dominaba la cascada, le tiró de la manga y exclamó en un tono de voz que le obligó a acercarse a ella:

—¡Escuchadlo! ¡Escuchadlo!

Morton aguzó el oído y, en medio del abismo, entre el estruendo de la catarata, creyó oír gritos y alaridos, e incluso algunas palabras articuladas, como si el demonio atormentado del arroyo uniera sus lamentos al fragor de las accidentadas aguas.

—Por aquí, señor —señaló la niña—; pero cuidado donde ponéis los pies.

Y, con el atrevimiento que confiere la costumbre, la pequeña bajó ágilmente hacia el fondo del abismo, agarrándose a los salientes y a las grietas de la roca que les había servido de plataforma. Morton, imperturbable, no dudó en seguirla. Su seguridad dependía del lugar al que se asía con las manos o en que apoyaba las botas, por lo que no pudo mirar a su alrededor hasta haber bajado casi veinte pies. Allí, a sesenta o setenta pies del fondo de la cascada, la pequeña se detuvo unos momentos; y el joven volvió a encontrarse a su lado en una situación igualmente comprometida. Tenían frente a ellos la catarata y, desde la altura en que ésta se precipitaba con estruendo al vacío hasta su caída en la profunda, agitada y tenebrosa poza, apenas habían recorrido una cuarta parte de su camino. Y aquellos dos puntos sobrecogedores —el salto de aquel poderoso chorro de agua y el profundo y sombrío abismo en el que se vaciaba— estaban ante sus ojos, así como la cortina de agitada espuma que se lanzaba desde el primero y se arremolinaba y bullía en el segundo; y Morton y la niña estaban tan cerca de aquel fenómeno de la naturaleza que sus aguas les salpicaban y el incesante estrépito les impedía oír. A menos de tres yardas de la cascada, y justo delante de ella, un viejo roble cruzaba de lado a lado por encima del abismo, de un modo que parecía accidental, formando un puente terriblemente estrecho e inestable. La copa del árbol descansaba en la plataforma donde ellos se hallaban, mientras el otro extremo, con las raíces arrancadas, llegaba hasta el saliente de una roca, sin que Morton alcanzara a ver dónde se apoyaba. Detrás de aquel lugar parpadeaba una potente luz roja, que, reflejándose en las agitadas aguas y tiñéndolas parcialmente de un color carmesí, producía un extraño efecto, siniestro, casi sobrenatural, en contraste con los rayos del

sol naciente, que brillaban en la parte más alta de la catarata, aunque ni siquiera al mediodía eran capaces de iluminar más de un tercio de aquella profunda sima. Después de mirar unos instantes a su alrededor, la niña volvió a tirarle de la manga y, señalando el roble y el saliente del otro lado (pues hablar con aquel estruendo era impensable), le indicó que había llegado al final de su trayecto.

Morton no pudo disimular su asombro; pues, aunque sabía que los presbiterianos perseguidos en los anteriores reinados se habían ocultado en hondonadas, bosques, cuevas y cascadas, en los parajes más extraordinarios y aislados, aunque había oído que los paladines del Covenant habían habitado mucho tiempo cerca de la cascada de Dobs, en los salvajes páramos de Polmoodie, e incluso algunos se habían escondido en la cueva de la cascada de Creehope^[2] —un lugar aún más aterrador—, en la parroquia de Closeburn, jamás había imaginado los horrores de vivir así, y le sorprendió no haber descubierto antes aquel extraordinario rincón, pues le gustaba recorrer la región en busca de paisajes de rara belleza. En seguida comprendió que, al hallarse en un distrito tan alejado y solitario, y ser un lugar destinado a ocultar a predicadores perseguidos y a quienes acudían a los conventículos, los pocos pastores que lo conocían habían guardado celosamente el secreto de su existencia.

Cuando, saliendo de sus meditaciones, empezó a pensar en el mejor modo de cruzar por el peligroso puente que, mojado y muy resbaladizo a causa del continuo salpicar de la cascada, atravesaba el abismo a sesenta pies del fondo donde caían sus turbulentas aguas, la guía, como si quisiera infundirle valor, pasó al otro lado y volvió junto a él sin la menor vacilación. Aunque no pudo dejar de sentir envidia del pequeño pie desnudo, al que resultaba mucho más fácil caminar por la rugosa superficie del roble que a sus pesadas botas, Morton decidió intentar el difícil paso, y, clavando su mirada en un punto fijo al final del árbol para no sentir vértigo, y a fin de que ni el centelleo, ni la espuma, ni el estruendo de las aguas distrajesen su atención, atravesó en dos zancadas el tambaleante puente y llegó a la boca de una pequeña cueva en la parte más alejada del torrente. Una vez allí, se detuvo; la luz de una hoguera encendida con carbón vegetal le permitió contemplar el interior de la gruta y el aspecto de su habitante, que no podía vislumbrarle a él, oculto bajo la sombra de la roca. No hay duda de que lo que sus ojos vieron habría desanimado a cualquier hombre menos decidido que él.

Burley, aunque su barba había encanecido, apenas había cambiado en esos años; estaba en mitad de la cueva, con la Biblia en una mano y la espada desenvainada en la otra. Su silueta, débilmente iluminada por el fuego, recordaba a un diablo en un espeluznante pandemónium^[3], y tanto sus ademanes como sus palabras, o lo que podía oírse de ellas, resultaban incoherentes y estaban llenos de violencia. Completamente solo, en un lugar casi inaccesible, se comportaba como un hombre que lucha a vida o muerte contra un enemigo mortal.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ahí! ¡Ahí! ¡Y ahí! —gritaba, acompañando cada una de sus exclamaciones con una estocada, mientras atacaba enfurecido al aire impasible—.

¿Acaso no os lo había dicho yo? Me he enfrentado a vos y habéis huido. ¡Cobarde! Venid con toda vuestra maldad... Venid con mis perversos actos, que os convierten en el más terrible de los seres... Hay suficientes enseñanzas entre las tapas de este libro para salvarme... y esta buena espada y este brazo bastan para protegerme. ¿Qué murmuráis vos, con vuestros cabellos grises? Hice bien en asesinarle. Cuanto antes madura el trigo, antes se siega con la hoz^[4]. ¿Os habéis marchado? ¿Os habéis marchado? Siempre habéis sido un cobarde. ¡Ja, ja, ja!

Y, con estas feroces expresiones, bajó la punta de su espada y se quedó inmóvil, en la misma postura, como si el ataque de locura hubiera concluido.

—Ha pasado la hora del peligro —aseguró la niña, que había ido tras él—; rara vez continúa cuando el sol aparece sobre la colina. Podéis entrar y hablar con él ahora. Os esperaré al otro lado de la cascada; no puede soportar ver a más de dos personas al mismo tiempo.

Con suma cautela y sin bajar la guardia, Morton se presentó ante su antiguo compañero de mando.

—¿Es posible que seáis vos, cuando vuestra hora llegó hace tanto tiempo^[5]? —fueron sus primeras palabras; y, mientras blandía la espada en alto, su semblante adquirió una expresión en la que se entremezclaban un angustioso terror y la ira de un endemoniado.

—He venido, señor Balfour —dijo Morton con voz firme—, para reanudar unas relaciones que se vieron interrumpidas después de la batalla del Puente de Bothwell.

Cuando Burley se dio cuenta de que estaba ante el verdadero Morton —y lo que comprendió con extraordinaria rapidez—, volvió a ejercer ese dominio sobre su exacerbada imaginación que constituía la parte más sorprendente de su singular carácter. Bajó nuevamente la punta de su espada y, mientras la envainaba con calma, murmuró algo sobre el frío y la humedad que obligaban a un viejo soldado a practicar con el acero para impedir que se le helara la sangre. Una vez aclarado esto, continuó hablando con la frialdad y la decisión habituales en él.

—Habéis tardado mucho, Henry Morton, y no habéis llegado a la viña antes de que dieran las doce^[6]. ¿Acaso todavía queréis que os tienda la mano^[7] para uniros a los que, despreciando tronos y dinastías, se dejan guiar únicamente por las Escrituras?

—Es asombroso —dijo Morton, eludiendo su pregunta— que me hayáis reconocido después de tantos años.

—Las facciones de aquellos que debieron luchar a mi lado están grabadas en mi corazón —repuso Burley—; y sólo el hijo de Silas Morton habría osado seguirme a mi refugio. ¿Veis ese puente que la naturaleza ha construido? —añadió, señalando el roble abatido—. Puedo arrojarlo al abismo de una patada, impidiendo que los enemigos me ataquen desde el otro lado y dejando a quienes ya han cruzado a merced de un hombre sin rival en una lucha cuerpo a cuerpo.

—No pensé que necesitarais tanta protección —dijo Morton.

—¿Tanta protección? ¿Cómo no iba a necesitarla cuando varios demonios se han confabulado contra mí en la tierra, y el propio Satán...? Pero no importa —exclamó, refrenando su ira—. Sólo os diré que me gusta mi refugio, mi cueva de Adulán^[8], y no cambiaría las duras aristas de sus rocas por los aposentos más hermosos del castillo de los condes de Torwood, con todas sus tierras y su baronía. Es posible que vos, si vuestra pasión no ha cedido, penséis de un modo diferente.

—He venido a hablaros precisamente de esas posesiones —explicó Morton— y confío en que el señor Burley continúe siendo el mismo hombre sensato y razonable que conocí en los tiempos en que el celo religioso dividió a unos hermanos.

—¿De veras? —exclamó Burley—. ¿Son ésas vuestras aspiraciones? Tal vez podáis expresaros con más claridad...

—Seré breve, si así lo preferís —dijo Morton—; conocéis un secreto (y sospecho que sé cómo os hicisteis con él) del que os habéis valido para perjudicar a lady Margaret y a su nieta, en beneficio del ruin y tiránico apóstata Basil Olifant, a quien la ley, engañada por vuestras maniobras, ha entregado lo que sólo a ellas pertenece.

—¿Eso creéis? —inquirió Balfour.

—En efecto —replicó Morton—; y no podréis negarme cara a cara lo que me asegurasteis por escrito.

—¿Y si no lo niego? —exclamó Balfour—. ¿Y si vuestra elocuencia lograra persuadirme de que me retractase? ¿Cuál sería vuestra recompensa? ¿Acaso albergáis la esperanza de conseguir a la joven de los cabellos dorados con toda su herencia?

—No, no albergo esa esperanza —respondió Morton con calma.

—¿A quién queréis ayudar entonces? ¿Por qué os habéis aventurado a realizar esta noble acción? ¿Por qué ambicionáis arrebatarse su presa al valiente, llevaros la comida de la guarida del león y extraer la dulzura de las fauces del más fiero? ¿En interés de quién os habéis comprometido a descifrar esta adivinanza, más difícil que la de Sansón^[9]?

—En interés de lord Evandale y de su prometida —contestó Morton con firmeza—. Confiad más en los hombres, señor Balfour, y sabed que algunos están dispuestos a sacrificar su felicidad en aras de los demás.

—Entonces, para tratarse de alguien a quien le crece la barba, que domina un caballo y empuña una espada, sois el títere más sumiso y confiado que jamás dejó una ofensa sin vengar. ¿Cómo es posible? ¿Seríais capaz de arrojar al abominable lord Evandale en los brazos de la mujer que amáis? ¿Les proporcionaríais bienes y riquezas, pensando que existe otro hombre a quien se ha hecho incluso más daño que a vos, aunque sea igualmente frío y mezquino, dispuesto a arrastrarse por la faz de la tierra? ¿Y os habéis atrevido a suponer que ese hombre es John Balfour?

—En cuanto a mis sentimientos —dijo Morton, sin perder la calma—, sólo tengo que dar cuenta de ellos al Cielo. Pero ¿qué importancia puede tener para vos si Basil Olifant o lord Evandale son dueños de esas propiedades?

—Os engañáis —exclamó Burley—. Es cierto que los dos están en las tinieblas

exteriores^[10], y desconocen la luz divina, al igual que los que nunca nacieron. Pero Basil Olifant es un Nabal^[11], un Demas^[12], un canalla, cuyo poder y riqueza están a disposición de quien pueda amenazarle y privarle de ellos. Declaró profesar nuestra fe religiosa cuando no le concedieron las tierras de Tillietudlem, se hizo papista para conseguirlas, se llamó a sí mismo erastiano a fin de no volver a perderlas, y se convertirá en lo que yo desee mientras tenga en mis manos el documento capaz de arrebatarlas. Esas propiedades son como una brida en su boca y un anzuelo en su nariz^[13], y soy yo quien maneja la rienda y sujeta la caña; por ese motivo seguirán siendo tuyas, a menos que tenga la certeza de entregárselas a un amigo sincero y leal. Pero el maligno lord Evandale tiene un corazón como el pedernal y un espíritu obstinado; los bienes materiales caen sobre él como las hojas de los árboles cuando llegan las heladas, y contemplará imperturbable cómo se las lleva el viento. Las virtudes de un pagano como él encierran más peligros para nosotros que la repulsiva codicia de los que, empujados por su propio egoísmo, persiguen sus intereses y, a pesar de ser esclavos de la avaricia, pueden verse obligados a trabajar en la viña^[14], aunque sólo sea para ganar el salario del pecado^[15].

—Vuestras palabras habrían tenido cierta lógica hace unos años —respondió Morton—; es posible que entonces hubiera comprendido vuestro razonamiento, aunque jamás lo hubiese aceptado. Pero, en estos tiempos, es inútil que persistáis en ejercer una influencia de la que no podéis sacar el menor provecho. El país goza de paz y de libertad de conciencia. ¿Qué más queréis?

—¡Más! —exclamó Burley, desenvainando su espada con tanto ímpetu que Morton se vio obligado a alejarse—. Mirad las muescas de mi arma. ¿Acaso no veis que hay tres?

—En efecto —repuso Morton—; pero ¿por qué me las mostráis?

—La primera melladura la hizo el cráneo del perjurio traidor que instauró el episcopado en Escocia^[16]; la segunda, las costillas de un impío rufián, el soldado mejor y más valiente que defendió la causa de los prelados en Drumclog^[17]; y la tercera, el casco de acero del capitán que defendió la capilla de Holyrood cuando estalló la revolución^[18]. Y lo cierto es que le partí la cabeza. Esta pequeña espada ha realizado grandes proezas, y cada uno de esos golpes sirvió para liberar a la Iglesia presbiteriana. Pero a esta espada —dijo, envainándola de nuevo— le queda aún mucho por hacer: acabar con la vil y maloliente herejía del erastianismo, reivindicar la verdadera libertad de la Iglesia de Escocia en toda su pureza, restaurar el Covenant y su gloria... Entonces podrá por fin enmohecerse y oxidarse junto a los huesos de su dueño.

—No tenéis ni hombres ni medios, señor Balfour, para amenazar al gobierno ahora establecido —afirmó Morton—. Todos parecen satisfechos con él, a excepción de algunos caballeros con intereses jacobitas; pero estoy seguro de que no os uniréis a quienes sólo os utilizarían para lograr sus propósitos.

—Somos nosotros los que nos serviríamos de ellos —replicó Burley—. Fui al campamento del maligno Claverhouse, de igual modo que el futuro rey de Israel se dirigió a la tierra de los filisteos^[19]. Preparé con él un levantamiento y, de no haber sido por el traidor Evandale, ya habríamos expulsado a los erastianos de las tierras del oeste. Podría matarlo —añadió con rencor—, ¡aunque estuviera agarrado a los cuernos del altar^[20]! Si vos, el hijo de mi viejo camarada —continuó diciendo en un tono menos exaltado—, aspiraseis a casaros con Edith Bellenden y estuvierais dispuesto a poner la mano en el arado^[21] con un entusiasmo que igualara vuestro coraje, sabed que preferiría vuestra amistad a la de Basil Olifant; con la ayuda de este documento (y le mostró un viejo pergamino), podríais devolverle a ella las tierras de sus antepasados. Había deseado deciros esto desde que os vi librar con fiereza el buen combate^[22] en el funesto puente. La joven os amaba y vos le correspondíais.

—No fingiré ante vos, señor Balfour, ni siquiera para conseguir mis propósitos —replicó Morton con firmeza—. He venido con la esperanza de convenceros para que hagáis justicia con otros, no por motivos egoístas. Pero he fracasado... Lo lamento más por vos que por las víctimas de vuestra iniquidad.

—Entonces, ¿rechazáis mi ofrecimiento? —inquirió Burley, con mirada encendida.

—Sí —repuso Morton—; y si realmente fuerais un hombre de principios, tal como queréis aparentar, olvidando cualquier otra consideración, habríais restituido el pergamino a lord Evandale, con el fin de no perjudicar al heredero legal.

—¡Antes lo destruiré! —exclamó Balfour; y, arrojando el documento en medio de la hoguera, lo aplastó con el talón de su bota.

Mientras éste humeaba, ardía y crepitaba entre las llamas, Morton se abalanzó para cogerlo; mas Burley le agarró y los dos hombres se enzarzaron en una lucha. Ambos tenían una gran fortaleza, pero, aunque Morton era más joven y más rápido, Balfour le ganaba en corpulencia; logró impedirle así rescatar el escrito hasta que éste se vio reducido a cenizas. Entonces se separaron, y el fanático covenanter, enardecido por la contienda, lanzó una mirada a Morton en la que podía leerse su afán de venganza.

—Conocéis mi secreto —exclamó—; os uniréis a mí o ¡moriréis!

—No siento sino desprecio ante vuestras amenazas —contestó Morton—; os compadezco.

Pero cuando se disponía a abandonar el lugar, Burley se colocó ante él, empujó el tronco —que cayó con estruendo al vacío—, desenvainó la espada y, mientras blandía el desnudo acero, gritó con una voz que parecía rivalizar con el fragor de la cascada:

—¡Estáis acorralado! ¡Luchad, rendíos o moriréis!

—No lucharé con el hombre que salvó la vida de mi padre —replicó Morton—, y aún no he aprendido a pronunciar: «¡Me rindo!». En cuanto a morir, haré cuanto esté en mi poder para evitarlo.

Y, diciendo estas palabras, se alejó de Burley antes de que éste pudiera adivinar

sus propósitos y, haciendo gala de su extraordinaria agilidad, saltó por encima del terrible abismo que dividía la boca de la cueva del saliente de la roca que había en el lado opuesto; una vez allí, a salvo y libre de su encolerizado adversario, se apresuró a trepar por el barranco. El joven miró hacia atrás y vio cómo Balfour, tras quedarse unos instantes paralizado por el asombro, entraba furioso en la gruta.

No le fue difícil comprender que tantos años de violentas intrigas y de crueles decepciones habían desequilibrado la mente de aquel desgraciado; había en su comportamiento una sombra de locura que le empujaba a perseguir con extraordinaria determinación y astucia sus insensatos propósitos. Morton no tardó en reunirse con su pequeña guía, a quien la caída del roble había llenado de espanto. El joven le aseguró que ésta había sido fortuita; la niña le explicó a su vez que el habitante de la cueva no tendría la menor dificultad en volver a cruzar, pues siempre estaba preparado para construir otro puente.

Pero las aventuras de aquella mañana aún no habían concluido. Mientras se acercaban a la cabaña, la pequeña lanzó una exclamación de sorpresa al ver a su abuela andando a tientas hacia ellos, mucho más alejada de su hogar de lo que nadie hubiera creído posible.

—¡Señor, señor! —gritó la anciana, cuando les oyó aproximarse—. Si alguna vez habéis sentido aprecio por lord Evandale, ¡ayudadle ahora o nunca! Alabado sea el Señor por no haberme dejado sorda cuando perdí la visión de mis pobres ojos. Venid por aquí... por aquí... tened cautela. Peggy, querida, corre a ensillar el caballo del señor y sírvele de guía hasta el final del bosque de espinos.

Entretanto, la viuda Maclure condujo a Morton hasta una pequeña ventana, por la que pudo contemplar, sin ser visto, a dos dragones que tomaban su cerveza matutina mientras conversaban con la mayor seriedad.

—Cuanto más lo pienso —dijo uno de ellos—, menos me gusta, Inglis. Evandale era un buen oficial, amigo de los soldados; y, aunque nos castigara por amotinarnos en Tillietudlem, lo cierto, Frank, es que lo merecíamos.

—Que el demonio me lleve si le perdono por ello —respondió el otro—; creo que ha llegado la hora de castigarlo severamente.

—Vamos, hombre, tendríais que olvidar y perdonar. Deberíamos largarnos con él y con los suyos, y unirnos a los rebeldes de las Tierras Altas. Todos hemos comido el pan del rey Jacobo.

—Pero ¿cómo podéis ser tan necio? La sublevación nunca estallará; ha sido aplazada. Halliday ha visto un fantasma, o la señorita Bellenden ha sufrido un patatús o cualquier otra tontería. La situación será imposible de sostener más de dos días; el primero que dé la voz de alarma recibirá la recompensa.

—También es cierto... —contestó su compañero—; y ese individuo, Basil Olifant, ¿nos pagará generosamente?

—Como un príncipe, muchacho; Evandale es el hombre que más odia sobre la faz de la tierra. Además, le teme por no sé qué asunto legal y está convencido de que se

resolverán todos sus apuros cuando le hayamos matado.

—Pero ¿contamos con el apoyo y las garantías suficientes? De los nuestros muy pocos se levantarán contra lord Evandale, y es posible que éste vaya acompañado de un valeroso grupo de jinetes.

—No sois más que un estúpido cobarde, Dick —repuso Inglis—; Evandale está viviendo discretamente en Fairy-knowe para evitar sospechas. Olifant es un magistrado y llevará a algunos de sus hombres de confianza. Nosotros somos dos, y el señor Basil asegura que puede conseguir la ayuda de un fanático whig llamado Quintin Mackell, que quiere vengarse de lord Evandale desde hace mucho tiempo.

—Está bien, está bien; sois mi cabo, así que si algo sale mal...

—Seré el único culpable —afirmó Inglis—. Vamos, tomemos otra cerveza antes de salir para Tillietudlem. ¡Eh! ¡Ciega Bess! ¿Dónde demonios se habrá metido esa vieja bruja?

—Entretenedlos cuanto podáis —susurró Morton, al tiempo que entregaba su monedero a la posadera—; hay que ganar tiempo como sea.

Se dirigió a toda velocidad al lugar donde la niña tenía el caballo preparado.

«¿A Fairy-knowe? —pensó—. No; yo solo no podría protegerlos. Seguiré hasta Glasgow. Wittenbold, el comandante de la ciudad, se apresurará a enviar un escuadrón conmigo y logrará el apoyo del poder civil. Pero tengo que advertirles del peligro al pasar... Vamos, Moorkopf —dijo a su caballo, mientras montaba en él—, hoy pondré a prueba tu velocidad y tu resistencia».

*Yet could he not his closing eyes withdraw,
Though less and less of Emily he saw;
So, speechless for a little space he lay,
Then grasp'd the hand he held, and sigh'd his soul away.*

Palamon and Arcite^[1]

La indisposición de Edith le obligó a guardar cama durante el accidentado día en el que la repentina aparición de Morton causó tan viva impresión en ella. A la mañana siguiente, sin embargo, su estado había mejorado tanto que lord Evandale decidió abandonar Fairy-knowe. Poco antes del mediodía, lady Emily entró con gran seriedad en el aposento de Edith. Después de intercambiar los buenos días, la joven afirmó que aquélla sería una triste jornada para ella, aunque libraría a la señorita Bellenden de una molestia, pues su hermano se disponía a partir.

—¿Que lord Evandale nos deja? —preguntó Edith sorprendida—. Quiera Dios que sea para dirigirse a su hogar...

—Tengo razones para pensar que se propone viajar más lejos; nada parece retenerlo en esta región.

—¡Santo Cielo! —exclamó Edith—. ¿Por qué habré nacido para ser la ruina de cuanto es noble y valeroso? ¿Cómo impedir que corra hacia su perdición? Bajaré inmediatamente. Rogadle de mi parte que no se vaya hasta que hable con él.

—No servirá de nada, señorita Bellenden; pero cumpliré vuestro encargo —respondió lady Emily, mientras salía del cuarto con la misma seriedad con la que había entrado.

Comunicó entonces a su hermano que Edith estaba tan recuperada que tenía intención de bajar antes de que se marchara.

—Supongo —añadió con cierto enojo— que la perspectiva de librarse en seguida de vuestra compañía ha logrado tranquilizar sus nervios.

—Hermana —dijo lord Evandale—, no sé si sois injusta o tenéis celos de ella.

—Es posible que sea injusta, Evandale, pero jamás hubiera pensado —exclamó mirándose al espejo— que podría parecer celosa por un motivo semejante. Pero será mejor que vayamos con la anciana lady Margaret; está preparando un verdadero ágape en la sala vecina... Os aseguro que hay comida para un regimiento.

Lord Evandale la acompañó en silencio al salón, consciente de que sería inútil luchar contra sus prejuicios y su orgullo herido. Encontraron en la mesa toda clase de

viandas, cuidadosamente preparadas bajo la supervisión de lady Margaret.

—No creo que hayáis desayunado bien esta mañana, milord, así que debéis tomar un pequeño refrigerio antes de marcharos. Es cuanto puede ofreceros este humilde hogar, que tanto os debe, en las actuales circunstancias. Me gusta que los jóvenes hagan una comida ligera antes de iniciar sus actividades; así se lo comuniqué a Su Majestad cuando desayunó en Tillietudlem en el año de gracia de 1651, y me respondió complacida, mientras bebía a mi salud en una jarra de vino del Rin: «Lady Margaret, habláis como un oráculo de las Tierras Altas». Ésas fueron las palabras de Su Majestad, así que, como podéis ver, lord Evandale, tengo suficiente autoridad moral para pedir os que comáis y bebáis algo.

Como es fácil suponer, la mayor parte del discurso de lady Margaret jamás llegó a oídos de lord Evandale, atento únicamente a las leves pisadas de Edith en la escalera. Los dos jóvenes no se habían vuelto a ver desde el extraño incidente que les había obligado a romper su compromiso; y la distracción de Evandale en aquellos momentos, aunque comprensible, le costó muy cara. Mientras lady Margaret representaba el papel de amable anfitriona, algo que le agradaba sobremanera y que hacía a la perfección, John Gudyill entró para comunicarle que había «uno que deseaba hablar con su señoría», que era la forma habitual de anunciar a la señora de la casa la visita de alguien humilde.

—¿Uno, decís? ¿Y quién es? ¿Acaso no tiene nombre? Os dirigís a mí como si fuera una tendera y tuviera que responder al menor silbido.

—Claro que tiene nombre —repuso John—, pero a su señoría no le gusta nada oírlo.

—No seáis necio, ¿quién es?

—Es Gibbie el de los Terneros, milady —contestó Gudyill, en un tono demasiado fuerte para ser respetuoso, pues a veces abusaba de su condición de viejo criado de la familia y leal seguidor de su humilde suerte—. El joven que cuida el ganado de Edie Henshaw al otro lado del puente. Era Gibbie el de los Gansos en Tillietudlem, el muchacho que fue al *wappenshaw* y...

—Callaos, John; es una insolencia por vuestra parte que lleguéis a pensar que podría hablar con alguien como él. Que os diga a vos o a la señora Headrigg lo que le ha traído hasta aquí.

—Se niega a hacerlo, milady; asegura que quien lo ha enviado le obligó a prometer que sólo os daría el recado a vos o a lord Evandale, no recuerda bien a cuál de los dos. Pero la verdad es que está borracho como una cuba, y sigue siendo el mismo zote de siempre.

—Entonces, decidle que se vaya —afirmó lady Margaret— y que vuelva mañana cuando esté sobrio. Supongo que vendrá a pedir algún favor, como antiguo sirviente de la familia.

—No me extrañaría, milady, pues la pobre criatura viene en andrajos.

Gudyill intentó nuevamente arrancar a Gibbie su mensaje, que era de vital

importancia, pues se trataba de unas líneas que Morton había enviado a lord Evandale para advertirle del peligro que corría con las maniobras de Basil Olifant; en ellas le aconsejaba que huyera a toda prisa o se dirigiera a Glasgow y se rindiese cuando él pudiera asegurarle su protección. Entregó esa misiva, redactada apresuradamente, a Gibbie, quien había llevado el ganado a pastar junto al puente, y le pidió, mientras ponía dos dólares en su mano, que la llevara inmediatamente a su destinatario.

Pero la fatalidad había querido que la intervención de Gibbie el de los Gansos, ya fuera como emisario o como soldado, no trajera más que desgracias a la familia de Tillietudlem. Lamentablemente, se entretuvo tanto tiempo en la taberna, comprobando si las monedas eran buenas, que, cuando llegó a Fairy-knowe, la cerveza y el coñac habían ahogado su escaso juicio y, en lugar de preguntar por lord Evandale, pidió que le condujeran hasta lady Margaret, cuyo nombre le era más familiar. Como no fue admitido en su presencia, se marchó tambaleándose sin entregar la carta, siguiendo fielmente las instrucciones de Morton en el único punto en que no tendría que haberlo hecho.

Unos minutos después de su marcha, Edith entró en la sala. Lord Evandale y ella se saludaron con cierta turbación, y lady Margaret, convencida de que la ceremonia se había pospuesto por la indisposición de su nieta, la achacó a la timidez de los novios; a fin de que se sintieran más cómodos, empezó a conversar con lady Emily de los asuntos más triviales. En ese momento Edith, pálida como un cadáver, susurró que deseaba hablar con lord Evandale. Éste le ofreció su brazo y la acompañó al pequeño gabinete que, como hemos mencionado antes, se encontraba junto a la sala. La acomodó en una silla y, acercando otra para sí, esperó a que la joven iniciase la conversación.

—Estoy sumamente afligida, milord —fueron las primeras palabras que pronunció, no sin dificultad—; apenas sé qué decir ni cómo hablaros.

—Si he sido el causante de vuestra inquietud, Edith —dijo suavemente lord Evandale—, no tardaréis en veros libre de ella.

—¿Estáis decidido entonces, milord, a emprender una acción desesperada en compañía de unos hombres que no tienen nada que perder, a pesar de vuestro buen juicio, de las súplicas de vuestros amigos y de la ruina inevitable que os espera?

—Perdonadme, señorita Bellenden; ni siquiera vuestra preocupación por mí puede detenerme ahora que el honor me llama. Mis caballos están ensillados y mis sirvientes, listos para partir; tan pronto como llegue a Kilsythe, estallará la rebelión. Es mi destino y jamás huiré de él. Me consolaré saber —aseguró cogiendo su mano— que lamentaréis mi muerte, aunque no haya logrado vuestro amor.

—¡Oh, milord! ¡Quedaos! —exclamó Edith, en un tono que le llegó al alma—. El tiempo aclarará las extrañas circunstancias que tan vivamente me han impresionado; mis nervios recuperarán la serenidad. ¡No os arrojéis en los brazos de la muerte! ¡No os precipitéis a la ruina! Quedaos con nosotras para servirnos de sostén y de guía, y no perdáis las esperanzas de que algún día...

—Es demasiado tarde, Edith; y abusar del afecto y del cariño que sentís por mí sería una terrible muestra de egoísmo por mi parte. Sé que nunca podréis amarme; un trastorno nervioso capaz de conjurar la presencia de los ausentes o de los muertos pone de manifiesto una predilección demasiado intensa para rendirse a la amistad o a la gratitud. Pero, aunque las cosas fueran diferentes, la suerte está echada.

Y, mientras decía estas palabras, Cuddie irrumpió en la pequeña sala, con una expresión de alarma en su rostro.

—¡Ocultaos, milord! Los hombres han rodeado la casa —exclamó.

—¿Los hombres? ¿Quiénes? —inquirió lord Evandale.

—Un grupo de jinetes, encabezados por Basil Olifant —replicó Cuddie.

—¡Ocultaos, milord! ¡Os lo ruego! —repitió Edith, aterrorizada.

—¡Vive Dios que no lo haré! —contestó lord Evandale—. ¿Qué derecho tiene ese villano a atacarme o a detener mi paso? Seguiré mi camino, aunque él cuente con el respaldo de un regimiento; decid a Halliday y a Hunter que saquen los caballos. Adiós, Edith.

La estrechó entre sus brazos y la besó con ternura; y, escabulléndose de su hermana, que en compañía de lady Margaret trataba de impedir su marcha, corrió al exterior y subió a su montura.

Se produjo una enorme confusión. Las mujeres gritaron consternadas y se precipitaron hacia las ventanas delanteras, desde donde pudieron ver el pequeño grupo de jinetes, en el que sólo parecía haber dos soldados. Estaban delante de la cabaña de Cuddie, al pie de la colina donde se levantaba la casa, y se acercaban cautelosamente a ella, como si temieran encontrar resistencia en su interior.

—Podría escapar, podría escapar —exclamó Edith—. ¡Ay, si se dignara tomar el camino vecinal!

Pero lord Evandale, decidido a enfrentarse a un peligro que su elevado espíritu no podía sino menospreciar, ordenó a sus hombres que lo siguieran y bajó imperturbable cabalgando por el sendero. El viejo Gudyill se apresuró a coger un arma, y Cuddie, apoderándose de un mosquete destinado a la protección de Fairy-knowe, corrió tras lord Evandale. Su mujer, que había subido la cuesta alarmada, trató en vano de detenerlo, advirtiéndole que podía ser víctima de la espada o de la horca por meterse en camisa de once varas.

—Calla, mujer —exclamó Cuddie—. ¿Cómo no va a ser asunto mío que maten a lord Evandale ante mis narices?

Y siguió bajando la colina. Pero, dándose cuenta de que era el único miembro de la infantería, pues John Gudyill había desaparecido, ocupó una posición ventajosa tras el seto, amartilló el percutor del mosquete y, apuntando desde la lejanía al señor Basil, como le llamaban, se preparó para entrar en acción.

Cuando vieron aparecer a lord Evandale, los jinetes enemigos se separaron, como si quisieran rodearlo. Su jefe se quedó inmóvil, acompañado de tres hombres armados hasta los dientes. Dos de ellos eran dragones y el tercero tenía el aspecto y la ropa de

un campesino; mas su figura robusta, facciones graves y ademanes decididos lo convertían en el más temible del grupo, y nadie que se hubiera topado con él en el pasado habría tenido la menor dificultad en reconocer a Balfour de Burley.

—Seguidme —ordenó lord Evandale a los suyos— y, si se enfrentan a nosotros, imitadme.

Se dirigió hacia Olifant a medio galope y, cuando se disponía a preguntarle por qué había ocupado el camino, éste gritó: «¡Disparad al traidor!». Y los cuatro descargaron al unísono sus carabinas sobre el infortunado aristócrata. Evandale se tambaleó en la silla, llevó la mano a su pistola, la desenfundó e, incapaz de abrir fuego con ella, cayó al suelo mortalmente herido. Sus hombres apuntaron al enemigo. Hunter erró el blanco, pero Halliday, un joven audaz, alcanzó a Inglis, que cayó fulminado. En ese mismo instante, un disparo desde detrás del seto sirvió para vengar a lord Evandale, pues el proyectil alcanzó en mitad de la frente a Basil Olifant, que se desplomó sin vida. Sus seguidores, asombrados ante tan repentina ejecución, no parecían dispuestos a seguir la lucha, cuando Burley, enardecido, exclamó: «¡Muerte a los madianitas!». Y atacó a Halliday con la espada en alto. En ese preciso momento, se oyó en la lejanía el estruendo de unos cascos de caballo, y un grupo de jinetes, avanzando a galope tendido por el camino de Glasgow, llegó a la escena del crimen. Se trataba de un escuadrón extranjero de dragones, dirigido por el comandante holandés Wittenbold, que venía acompañado por Morton y un magistrado civil.

Un llamamiento a la rendición, en nombre de Dios y del rey Guillermo, fue obedecido por todos a excepción de Burley, quien trató de escapar a caballo. Varios soldados salieron en su persecución, obedeciendo las órdenes del oficial; pero la montura de Burley era tan rápida que sólo los dos hombres que iban en cabeza parecieron tener probabilidades de alcanzarlo. El fanático covenanter se volvió dos veces hacia ellos y, disparando una tras otra las dos pistolas, se libró de sus perseguidores, hiriendo mortalmente a uno y dejando malherido el caballo del otro; prosiguió entonces su huida en dirección al puente de Bothwell, donde, para su desgracia, encontró la verja cerrada y vigilada por unos centinelas. Alejándose de allí, buscó un lugar que le permitiera vadear el río y se arrojó al agua, mientras las balas de las pistolas y de las carabinas de sus enemigos silbaban a su alrededor. Dos proyectiles le alcanzaron en medio de la corriente y Burley sintió que le habían herido gravemente. Obligó a dar la vuelta a su caballo y regresó a la orilla, agitando la mano como si quisiera dar a entender que se rendía. Los dragones dejaron, por tanto, de dispararle, y dos de ellos se metieron en el río para prenderlo y desarmarlo. Pero lo cierto es que no buscaba la seguridad sino la venganza. Cuando estuvo cerca de los dos soldados, reuniendo las escasas fuerzas que le quedaban, descargó un golpe en la cabeza del primero de ellos y lo derribó. Entretanto, el otro dragón, un hombre grande y vigoroso, le agarró con sus manos. Burley, para desquitarse, se abalanzó sobre su garganta, de igual modo que un tigre ataca su presa cuando está herido de muerte; y, mientras forcejeaban, perdieron el equilibrio y cayeron en medio

de la corriente, que los arrastró río abajo. La sangre que borboteaba en la superficie señaló su trayectoria. En dos ocasiones los vieron emerger; el holandés trataba en vano de nadar, mientras Burley se aferraba a su cuello como si quisiera obligarlo a perecer con él. Sacaron sus cadáveres del agua casi a un cuarto de milla de distancia. Y no habrían podido separarlos sin cortar las manos de Balfour, que seguía firmemente asido a su enemigo, por lo que los enterraron juntos en una sepultura que excavaron de forma apresurada, y que aún señalan una tosca lápida y un rudo epitafio^[*].

Mientras el alma de ese implacable fanático se dirigía a rendir sus últimas cuentas, la del valiente y generoso lord Evandale también se liberaba de su cuerpo mortal. Morton se había apeado del caballo al comprender la gravedad de la situación, con el fin de ofrecer ayuda a su amigo moribundo. Éste lo reconoció, pues apretó su mano, e, incapaz de hablar, le hizo señas para que lo llevara a la casa. Morton obedeció sus deseos con el mayor cuidado, y Evandale no tardó en hallarse entre sus desconsolados amigos. Pero el dolor de lady Emily, que estalló en llanto, no alcanzó la intensidad de la silenciosa agonía de Edith. Sin ser siquiera consciente de la presencia de Morton, se inclinó sobre el moribundo; tampoco se percató de que el destino, al tiempo que le arrebatava a un fiel enamorado, le devolvía a otro que parecía salir de la tumba, hasta que lord Evandale, cogiendo las manos de ambos jóvenes entre las suyas, las apretó con cariño y las unió; elevó entonces el rostro hacia el Cielo, como si implorara su bendición, y, cayendo sobre la espalda, expiró.

Había decidido renunciar a la tarea de escribir un capítulo final, dejando a la imaginación del lector los hechos que siguieran a la muerte de lord Evandale. Pero, consciente de que con ello faltaría alguna enseñanza que pudiera resultar provechosa tanto para los lectores como para el autor, confieso que estaba en ese dilema cuando, afortunadamente, recibí una invitación para tomar el té con la señorita Martha Buskbody, una joven dama que llevaba casi cuarenta años dedicada con gran éxito a confeccionar ropa de señora en Gandercleugh y sus alrededores. Conociendo su afición a las narraciones de estas características, le pedí que hojeara mi escrito la mañana anterior a nuestro encuentro, y me ayudara con su valiosa opinión, la de alguien que ha leído todos los volúmenes de las tres bibliotecas circulantes^[1] de Gandercleugh y de las dos poblaciones más cercanas con mercado. Cuando, con el corazón palpitante, le presenté mis respetos aquella tarde, la encontré muy dispuesta a halagarme con sus comentarios.

—Ninguna novela me había conmovido tanto —exclamó, limpiando sus lentes—, con excepción de la tierna historia de Jemmy y Jenny Jessamy^[2], que es puro sentimiento; pero tenéis que escribir un final, sería inconcebible que no lo hicierais. Podéis causarnos todo el sufrimiento que queráis a lo largo de la historia, pero, a menos que tuvierais el talento de *Julia de Roubigné*^[3], jamás dejéis al lector en la incertidumbre. Permitidnos vislumbrar la luz del sol en el último capítulo; es absolutamente esencial.

—No sería nada difícil seguir vuestros consejos, pues lo cierto es que las personas por las que habéis tenido la bondad de interesaros vivieron felices muchos años y tuvieron una numerosa descendencia.

—No es necesario, señor —dijo, con cierto reproche en su voz—, que entréis en detalles sobre su vida matrimonial. Pero ¿por qué os resistís a dejarnos entrever, a grandes rasgos, su futura dicha?

—Francamente, señora, como ya debéis saber, cualquier narración pierde parte de su interés cuando el autor saca una conclusión de ella, como ocurre con vuestro té chino, cuya última taza, a pesar de su excelente calidad, es mucho más ligera e insípida que la primera. De igual modo que no creo que esta última mejore con el delicado terrón de azúcar medio disuelto que suele hallarse en su fondo, estoy convencido de que, en una historia que ya ha perdido emoción, no tiene sentido explicar con todo detalle unas circunstancias que cualquier lector ha tenido que ser capaz de anticipar, aunque el autor las adorne con toda clase de floridos epítetos.

—Os equivocáis, señor Pattieson —continuó diciendo la dama—; habéis acabado vuestra historia con precipitación y torpeza. En mi negocio, habría abofeteado al

aprendiz más joven que hubiera rematado su labor de forma tan chapucera. Y si no ponéis remedio a vuestro grave error, contándonoslo todo sobre el matrimonio de Morton y Edith y qué ocurrió con los demás personajes de la narración, desde lady Margaret hasta Gibbie el de los Gansos, os aseguro que nadie creerá que habéis hecho bien vuestro trabajo.

—De acuerdo, señora —contesté—; dispongo de tanto material que supongo que podré satisfacer vuestra curiosidad, a menos que queráis conocer hasta el mas mínimo detalle.

—En primer lugar, entonces —exclamó—, pues es un dato de suma importancia, ¿recuperó lady Margaret su fortuna y su castillo?

—En efecto, señora, y del modo más sencillo que podáis imaginar: como heredera de su respetable primo Basil Olifant, que falleció sin dejar testamento. Y así fue como éste, con su muerte, no sólo restableció sino que aumentó la riqueza de la dama que con tanto odio había perseguido en vida. John Gudyill, restituido a su dignidad, se sintió más importante que nunca; y Cuddie, con enorme regocijo, emprendió el cultivo de las mejores tierras de Tillietudlem y volvió a ocupar su antigua vivienda. Pero, dando muestras de su proverbial astucia, jamás se jactó ante nadie de haber disparado la afortunada bala que les devolvió a lady Margaret y a él sus viejas posesiones.

»—Después de todo —explicó a Jenny, su única confidente—, era el primo de milady y un importante caballero; y, aunque, en mi opinión, estaba actuando en contra de la ley, pues jamás mostró un mandato judicial ni instó a lord Evandale a que se rindiera, y me importó tan poco abrir fuego contra él como si se tratara de un lagópodo^[4], es mejor que nadie lo sepa.

»Y además de guardar silencio sobre ello, se las ingenió para propagar el rumor de que el viejo Gudyill había sido el autor del disparo; y el mayordomo le invitó a más de una copa de coñac por ese motivo, pues, al contrario que Cuddie, se sentía más inclinado a exagerar que a ocultar sus proezas. A la viuda ciega le proporcionaron todas las comodidades necesarias, así como a la pequeña guía de la cascada; y...

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con la boda de los principales personajes? —interrumpió la señorita Buskbody, dando golpecitos con impaciencia en su caja de rapé.

—El matrimonio de Morton y la señorita Bellenden se retrasó unos meses, pues los dos llevaron luto riguroso por lord Evandale. Transcurrido ese tiempo, se casaron.

—Espero que con el consentimiento de lady Margaret, ¿no? Me gustan los libros que enseñan a los jóvenes a respetar a sus mayores. En una novela, es posible que se enamoren sin la aprobación de éstos, cuando así lo exige el argumento, pero al final tienen que contar siempre con su bendición. Incluso el anciano Delville acogió a Cecilia^[5], a pesar de ser la hija de un hombre de humilde cuna.

—Lo mismo ocurrió con lady Margaret. Durante algún tiempo llevó clavado en

su corazón el recuerdo del padre de Morton, el viejo covenanter, pero como Edith era su única esperanza y deseaba verla feliz, terminó cediendo a sus ruegos. Morton, o Melville Morton, como ahora lo llamaban, tenía una reputación intachable y era, por lo demás, un buen partido; de modo que olvidó sus prejuicios y se consoló pensando que el matrimonio era cosa del destino, tal como le había asegurado Su Graciosa Majestad, Carlos II, de feliz memoria, cuando le enseñó el retrato de su abuelo Fergus, tercer conde de Torwood, el hombre más apuesto de su época, y el de la condesa Jane, su segunda mujer, jorobada y con un solo ojo. Ésas habían sido las palabras de Su Majestad, según decía, una inolvidable mañana en la que se dignó tomar su *disjune*...

—Si sacó a relucir semejante autoridad para dar su consentimiento a un enlace tan desigual —exclamó la señorita Buskbody, interrumpiéndome de nuevo—, no hay nada más que decir. Y ¿qué fue de la anciana señora Comosellamara, el ama de llaves?

—La señora Wilson —respondí—; es posible que fuera la más dichosa de todos, pues una vez al año, el señor y la señora Melville Morton cenaban con gran solemnidad en el salón de roble; y entonces colgaba los cortinajes, cubría el suelo con la alfombra y colocaba sobre la mesa el enorme candelabro de cobre, adornado con hojas de laurel. Pasaba seis meses preparando este acontecimiento y otros seis volviendo a dejar las cosas como estaban, de modo que un solo día bastaba para tenerla entretenida todo el año.

—¿Y Niel Blane?

—Vivió hasta una edad muy avanzada, bebió cerveza y coñac con huéspedes de toda clase y condición, tocó melodías whigs o jacobitas siguiendo los deseos de sus clientes y murió siendo un hombre acomodado, pues casó a Jenny con un pequeño terrateniente. Espero, señora, que no tengáis más preguntas, pues lo cierto es que...

—¿Qué pasó con Gibbie el de los Gansos, señor Pattieson? Su comportamiento tuvo enormes consecuencias para los personajes de la narración.

—Pensad, mi querida señorita Buskbody (os ruego que disculpéis mi familiaridad), que ni siquiera la famosa Scheherazade, reina de los narradores de historias, podía recordar todos los detalles. No estoy muy seguro de la suerte que corrió Gibbie el de los Gansos, pero me inclino a pensar que era el mismo Gilbert Dudden, alias Gibbie el de los Terneros, que fue azotado por todo Hamilton por robar unos pollos.

La señorita Buskbody apoyó entonces el pie izquierdo en la pantalla de la chimenea, cruzó la pierna derecha sobre su rodilla, se recostó en el respaldo de la silla y miró al techo. Cuando la vi en una actitud tan contemplativa, comprendí que estaba preparando una nueva batería de preguntas, por lo que cogí mi sombrero y le di rápidamente las buenas noches, antes de que el Demonio de la Crítica le imbuyera de nuevas ideas. De igual modo quisiera agradecerlos, querido lector, la paciencia que os traído hasta tan lejos, y me tomo la libertad de despedirme de vos por el momento.

FIN

Era mi más ferviente deseo, amable lector, que los *Tales of My Landlord* hubieran llegado a vuestras manos en varios tomos o volúmenes sucesivos. Sin embargo, cuando envié al editor algunos manuscritos con la continuación de estos interesantes relatos, éste me comunicó, de un modo bastante descortés, que no era partidario de que las novelas (como llamaba ofensivamente a mis narraciones históricas) excedieran los cuatro volúmenes y que, si no contaba con mi conformidad para publicar los cuatro primeros por separado, rescindiría nuestro contrato. Después de lo cual, movido por sus amonestaciones y fundamentalmente por los elevados gastos de impresión y de papel en los que afirmaba haber incurrido, decidí que estos cuatro volúmenes fueran los heraldos o *avant-couriers* de las narraciones que aún conservo en mi poder, con la seguridad de que éstos serán devorados con fruición y los restantes solicitados con impaciencia por la unánime voz de un público inteligente. Quedo, estimado lector, a vuestra disposición, esperando que interpretéis bien mis palabras.

JEDIDIAH CLEISHBOTHAM

Gandercleugh, 15 de noviembre de 1816.

Aquel personaje singular, a quien todos llamaban Eterna Mortalidad, era bien conocido en Escocia a finales del siglo pasado. Su verdadero nombre era Robert Paterson. Natural del país, según dicen de la parroquia de Closeburn, en Dumfriesshire, era probablemente cantero de profesión o, al menos, había sido adiestrado en el manejo del cincel. No se sabe si fueron las desavenencias familiares o un profundo y apasionado sentido del deber lo que le incitó a abandonar su casa familiar y a adoptar la peculiar forma de vida que le llevó a deambular como un peregrino por toda Escocia. No pudo ser la pobreza, sin embargo, lo que le empujó a realizar semejantes viajes, pues sólo aceptaba la hospitalidad que se le rendía de buen grado y, cuando no se la ofrecían, tenía siempre dinero para satisfacer sus humildes necesidades. Tanto su apariencia personal como su ocupación predilecta, por no decir única, se encuentran fielmente descritas en el capítulo preliminar de esta narración.

Hace aproximadamente treinta años que el autor conoció a ese extraño personaje en el cementerio de Dunnotar, mientras pasaba un par de días con el difunto pastor de aquella parroquia, el señor Walker, una instruida y excelente persona, con el fin de examinar de cerca las ruinas del Castillo de Dunnotar y otros lugares de interés histórico en el vecindario. Y el destino le llevó a coincidir con Eterna Mortalidad, que se encontraba allí en su habitual peregrinaje; pues el Castillo de Dunnotar, aunque situado en el distrito de Mearns —tradicionalmente enemigo del Covenant—, era, con el camposanto de la iglesia, famoso por la opresión que ejercieron en él los cameronianos en tiempos de Jacobo II.

En 1685, cuando Argyle^[1] amenazaba con invadir Escocia y Monmouth^[2] se preparaba para ocupar el oeste de Inglaterra, el Consejo Privado de Escocia mandó arrestar en las provincias del sur y del este del país, a traición y con cruel alevosía, a más de cien personas, entre las que se encontraban innumerables mujeres y niños, sospechosas de ser, por sus ideas religiosas, enemigas del gobierno. Los prisioneros fueron conducidos al norte cual manada de bueyes, sin conceder la menor atención a sus necesidades, y finalmente encerrados en una mazmorra subterránea del Castillo de Dunnotar, cuya única ventana daba a un acantilado sobre el Mar Alemán. Sufrieron terriblemente durante el traslado; los episcopalianos del norte los humillaron con toda clase de burlas y mofas, y a su paso, gaiteros y flautistas llegados de todos los rincones del país acompañaban con sus instrumentos bromas groseras y canciones sarcásticas, como si quisieran aplastar, así, a los que denostaban sus creencias. El descanso que podía haberles procurado aquella triste mazmorra también les fue negado. Los guardianes les obligaban a pagar por cualquier deseo, aunque

sólo se tratara de agua; y, cuando alguno de los prisioneros se resistía a cumplir una exigencia tan poco razonable e insistía en su derecho de obtener ese bien tan necesario, los guardianes vaciaban el líquido por el suelo de la prisión, exclamando que «aunque ellos estaban obligados a llevar agua a los traidores whigs, nadie veía con malos ojos que les impidieran utilizar gratuitamente cuencos o cántaros».

En esa prisión, aún hoy denominada la Cripta de los Whigs, fueron muchos los que enfermaron y murieron a causa de tan inhumanas condiciones; otros se rompieron brazos y piernas y sufrieron graves heridas en sus desesperados intentos por escapar de aquel sombrío encierro. Sobre las tumbas de aquellos desgraciados, sus amigos, tras la Revolución, erigieron un monumento en el que grabaron el epitafio que merecían.

Ese peculiar santuario de los mártires whigs es altamente venerado por sus descendientes, aunque residan a gran distancia del lugar de su cautiverio y muerte. Mi amigo, el reverendo Walker, me contó que viajando por el sur de Escocia, hace aproximadamente cuarenta años, tuvo la mala suerte de perderse en el laberinto de pasadizos y senderos que cruzan, en todas las direcciones, el extenso páramo conocido como Lochar Moss, cerca de Dumfries, del que es poco probable que un forastero logre salir sin ayuda. Y no le resultó fácil encontrar un guía, pues, como pudo observar, sus habitantes estaban ocupados en sacar turba, un trabajo de extrema necesidad que no podían permitirse interrumpir. El señor Walker sólo conseguía, por ese motivo, que le dieran algunas indicaciones ininteligibles en la jerga de la región, muy diferente de la de Mearns. Estaba empezando a preocuparse realmente por su situación, cuando expuso su caso a un granjero de aspecto más próspero, que empleaba su tiempo, al igual que los demás, en extraer carbón para el invierno. El anciano, en un principio, se excusó como los otros y declinó servirle de ayuda, pero, contemplándole con cierta curiosidad y mostrando el respeto debido a su profesión, le preguntó:

—¿Es usted clérigo?

El señor Walker asintió.

—Y observo por su acento que viene del norte, ¿no es así?

—En efecto, mi buen amigo —repuso el reverendo.

—¿Podría preguntarle si ha oído hablar de un lugar llamado Dunnotar?

—Algo tendría que saber de él —contestó el señor Walker—, ya que he sido durante varios años el pastor de su parroquia.

—Me alegro de ello —añadió el hombre de Dumfries—, pues uno de mis familiares se encuentra enterrado allí, y tengo entendido que hay un monumento sobre su tumba. Daría la mitad de lo que poseo por saber si aún existe.

—Hay muy pocos hombres del sur que reposen en nuestro cementerio, y creo que ninguno de ellos tiene un monumento —dijo el pastor—. ¿Acaso fue uno de los que perecieron en la Cripta de los Whigs?

—Así es, así es —exclamó el anciano cameroniano, pues el granjero pertenecía a

esa secta.

Soltó entonces la pala, se echó el abrigo sobre los hombros y se ofreció de buen grado a ayudarlo a salir de aquellas tierras pantanosas, aunque eso le hiciera perder el resto de la tarde. El señor Walker correspondió con creces a su amabilidad, según el granjero, recitando el epitafio, que se sabía de memoria. El anciano se mostró encantado al descubrir el nombre de su abuelo o bisabuelo fielmente inscrito entre los de sus infortunados hermanos; y, rehusando aceptar la menor recompensa, pidió únicamente, una vez que hubo conducido al señor Walker a un camino seguro y seco, que le enviara una copia escrita de la inscripción.

Mientras yo escuchaba esa historia y contemplaba el monumento en cuestión, divisé a Eterna Mortalidad concentrado en su tarea diaria, limpiando y reparando los ornamentos y epitafios de las tumbas. Su aspecto y vestimenta habían sido fielmente descritos en la narración. Deseaba con todo mi corazón conocer a un personaje tan singular, y esperaba poder hacerlo, mientras departía con el abierto y tolerante pastor. Sin embargo, a pesar de que el señor Walker le invitó a beber algo con él después de la cena —lo que sabía era de su agrado—, el anciano se resistió a hablar de su ocupación habitual. Estaba de mal talante y, tal como nos explicó, carecía de libertad para conversar con nosotros.

Se sentía terriblemente molesto por haber escuchado en una iglesia de Aberdeen los salmos acompañados de una gaita, o instrumento similar, lo que suponía para Eterna Mortalidad la mayor de las abominaciones. Quizá, después de todo, no se sintiera a gusto en su compañía, y sospechara que las preguntas de un ministro del norte y de un joven abogado reflejaban más curiosidad que verdadero interés. En cualquier caso, tal como escribió John Bunyan^[3], Eterna Mortalidad continuó su camino y jamás volví a encontrarme con él.

Recordé nuevamente la extraordinaria figura y ocupación de este viejo peregrino al escuchar un relato de mi amigo el señor Joseph Train, supervisor de impuestos en Dumfries, a quien estoy muy reconocido por atenderme siempre con amabilidad. Gracias a su testimonio, además de otras circunstancias, entre las que se encuentran la muerte del anciano, pude enterarme de los pormenores que describo en el texto. Asimismo, he sido informado de que la familia del viejo vagabundo, ya en su tercera generación, es sumamente respetada tanto por su talento como por su valía.

Mientras se estaban imprimiendo estas páginas, recibí la siguiente comunicación del señor Train, que con su acostumbrada amabilidad había recogido datos de probada fidelidad en los momentos libres de su difícil trabajo:

En el curso de mis visitas periódicas a los Glenkens, he trabado una gran amistad con Robert Paterson, hijo de Eterna Mortalidad. Reside en el pequeño poblado de Balmaclellan y, a pesar de tener setenta años de edad, conserva toda la viveza de la juventud. Lo cierto es que goza de una excelente memoria y de una cabeza donde almacena bastante más información de la que podría esperarse de una persona de su edad. Debo agradecerle los datos que me ha facilitado acerca de su padre y de los descendientes de éste hasta nuestros días.

Robert Paterson, *alias* Eterna Mortalidad, era hijo de Walter Paterson y de Margaret Scott, que vivieron en la granja de Haggisha, en la parroquia de Hawick, durante casi toda la primera mitad del siglo XVIII. Allí

nació Robert, en el año memorable de 1715^[4].

Siendo el hijo menor de una familia muy numerosa, fue enviado a temprana edad a trabajar con uno de sus hermanos, llamado Francis, que arrendaba a sir John Jardine de Applegarth un pequeño terreno en Comcockle Moor, cerca de Lochmaben. Durante su estancia, conoció a Elisabeth Gray, hija de Robert Gray, jardinero de sir John Jardine, con la que más tarde se casaría. Su mujer había sido durante varios años cocinera de sir Thomas Kirkpatrick de Closeburn, quien consiguió para él el ventajoso arrendamiento de una cantera de piedra caliza, propiedad del duque de Queensberry, en Gatelowbrigg, parroquia de Morton. Allí construyó una casa, rodeada de la suficiente tierra para mantener un caballo y una vaca. Su hijo desconoce el año exacto en que la familia se estableció en Gatelowbrigg, pero tiene el convencimiento de que fue poco antes del año 1746, pues, durante la memorable helada de 1740, su madre todavía estaba al servicio de sir Thomas Kirkpatrick. Cuando en el año 1745-1746^[5], las tropas de las Tierras Altas volvían de Inglaterra camino de Glasgow, saquearon la morada del señor Paterson en Gatelowbrigg y lo llevaron prisionero hasta Glenbuck, simplemente por haberle dicho a uno de los soldados que se batía en retirada que su derrota había sido previsible, pues el poderoso brazo divino se había alzado manifiestamente, no sólo contra la sanguinaria y malvada casa de los Estuardo, sino también contra todos aquellos que intentaban conservar las abominables herejías de la Iglesia de Roma. Puede apreciarse en este pasaje cómo Eterna Mortalidad, ya en su juventud, se hallaba impregnado del fervor religioso que más adelante le distinguiría.

La secta de los cameronianos se caracterizaba en aquel tiempo por su austeridad y devoción, e imitaba en todo a Cameron, su fundador, de cuyos dogmas se hizo Eterna Mortalidad el más firme de los partidarios. Hacía frecuentes viajes a Galloway para asistir a sus reuniones y, a menudo, llevaba con él lápidas de su cantera de Gatelowbrigg, con el fin de mantener vivo el recuerdo de aquellos justos cuyas cenizas se habían unido a las de sus padres. Eterna Mortalidad no era uno de esos devotos que parecen mirar el cielo con un ojo, mientras fijan el otro en algún objeto terrenal. A medida que aumentaba su entusiasmo, sus viajes a Galloway se hicieron más frecuentes; y fue abandonando gradualmente hasta las obligaciones para con sus hijos. A partir del año 1758, aproximadamente, olvidó volver de Galloway a Gatelowbrigg, donde le esperaban su mujer y sus cinco hijos, lo que indujo a ésta a mandar al mayor, Walter, que sólo contaba doce años de edad, en busca de su padre. Después de atravesar casi toda esa extensa región, desde el Nick of Bennecorie hasta el Fell of Barullion, el niño lo encontró trabajando en los monumentos cameronianos del viejo camposanto de Kirkchrist, en la orilla este del Dee, frente a la ciudad de Kirkcudbright. El pequeño caminante hizo cuanto estuvo en sus manos para persuadir al padre de que volviera al hogar; mas todo resultó en vano. La señora Paterson llegó incluso a enviar a alguna de sus hijas a Galloway con idéntico propósito, pero tampoco éstas lograron que regresara. Finalmente, en el verano de 1768, la mujer se trasladó a la pequeña ciudad de Balmaclellan, en los Glenkens de Galloway, donde, a cambio de un modesto sueldo, trabajó en una pequeña escuela y mantuvo con cierta dignidad a su familia.

En la granja de los Caldon, cerca de la Casa de la Colina, en Wigtonshire, hay una pequeña lápida mortuoria enormemente venerada por ser la primera que erigió Eterna Mortalidad en memoria de los que cayeron en aquel lugar defendiendo sus creencias religiosas durante la guerra civil, en el reinado de Carlos II^[6].

Desde allí, y con el paso del tiempo, los trabajos de Eterna Mortalidad se extendieron por casi todas las Tierras Bajas de Escocia. Hay muy pocos cementerios en Ayrshire, Galloway o Dumfries-shire, donde no puedan contemplarse las inscripciones que él cinceló. Se distinguen fácilmente del trabajo de otros artistas por la primitiva tosquedad de los símbolos de la muerte y de las inscripciones que adornan los irregulares bloques que erigió. La tarea de arreglar y levantar lápidas sepulcrales, que realizaba sin recibir el menor pago o recompensa, fue el único trabajo de este singular personaje durante más de cuarenta años, las casas de los cameronianos estaban siempre abiertas para él, y era recibido en ellas con alegría, como un miembro más de la familia; pero no siempre aceptaba sus atenciones, tal como puede observarse en la siguiente relación de frugales gastos, encontrados tras su muerte en una pequeña libreta, entre otros escritos sin importancia (algunos de ellos obran, asimismo, en mi poder).

Gatehouse of Fleet, 4 de febrero, 1796

ROBERT PATERSON debe a MARGARET CHRISDALE:

Alojamiento durante cuatro semanas

0 4 1

Cuatro *auchlet* de harina de avena

0 3 4

Seis lippies de patatas	0 1 3
Préstamo para el sacramento del señor Reid	0 6 0
Una pinta y media de cerveza con Sandy, el gabarrero	<u>0 0 9</u>
Total	0 15 5
Recibido	<u>1 10 0</u>
Debe	0 5 5

Este estado de cuentas nos muestra la extrema pobreza del viejo peregrino en sus últimos años, más por elección propia que por necesidad, pues todos sus hijos estaban bien situados por aquel entonces y, a pesar de que deseaban ardientemente tener a su padre con ellos, ninguna súplica logró hacerle cambiar su excéntrica forma de vida. Continuó viajando de un camposanto a otro en su viejo poni blanco hasta el último día de su existencia, y murió, tal como ha sido descrito, en Bankhill, cerca de Lockerby, el 14 de febrero de 1801, a los ochenta y seis años de edad. Nada más encontrar su cuerpo, mandaron avisar a los hijos en Balmaclellan; sin embargo, a causa de una gran nevada, la carta en la que se detallaban las circunstancias de la muerte del anciano tardó tanto en llegar a su destino que los restos del peregrino fueron enterrados antes de que sus parientes pudieran llegar a Bankhill.

He aquí una copia exacta de los gastos de su funeral (el original se halla en mi poder):

Memorándum de los gastos del entierro de Robert Paterson, fallecido en Bankhill el 14 de febrero de 1801

Un féretro	0 12 0
Mano de obra	0 2 8
Una camisa para el difunto	0 5 6
Un par de medias de algodón	0 2 0
Pan para el funeral	0 2 6
Queso para el mismo	0 3 0
Una pinta de ron	0 4 6
Una pinta de whisky	0 4 0
Envío de un hombre a Annan	0 2 0
Sepulturero	0 1 0
Lino para una sábana	<u>0 2 8</u>
	21 10
En el bolsillo del difunto	<u>1 7 6</u>
	0 14 4

La cuenta anterior ha sido autenticada por el hijo de Eterna Mortalidad.

Mi amigo no pudo acudir al funeral de su padre en Bankhill por hallarse enfermo, lo que lamento profundamente, pues desconoce el lugar donde fue enterrado.

Con la intención de erigir un pequeño monumento en su memoria, he realizado toda clase de indagaciones en donde existiera la menor posibilidad de encontrar sus restos; mas todo ha sido en vano, ya que su muerte no fue registrada en ninguna parroquia del vecindario. Me entristece pensar que esta persona extraordinaria, que dedicó tantos años de su larga existencia a perpetuar —con el esfuerzo de su cincel y de su mazo— la memoria de tantos otros con menos méritos que él, deba permanecer sin una losa siquiera que señale el lugar donde yacen sus despojos mortales.

Eterna Mortalidad tuvo tres hijos, Robert, Walter y John; el mayor, tal como hemos mencionado, vive en

Balmaclellan, donde disfruta de una posición desahogada y es muy respetado por sus vecinos. Walter murió hace algunos años, dejando tras sí una familia acomodada. John emigró a América en el año 1776 y, después de sufrir una serie de altibajos en su fortuna, terminó estableciéndose en Baltimore.

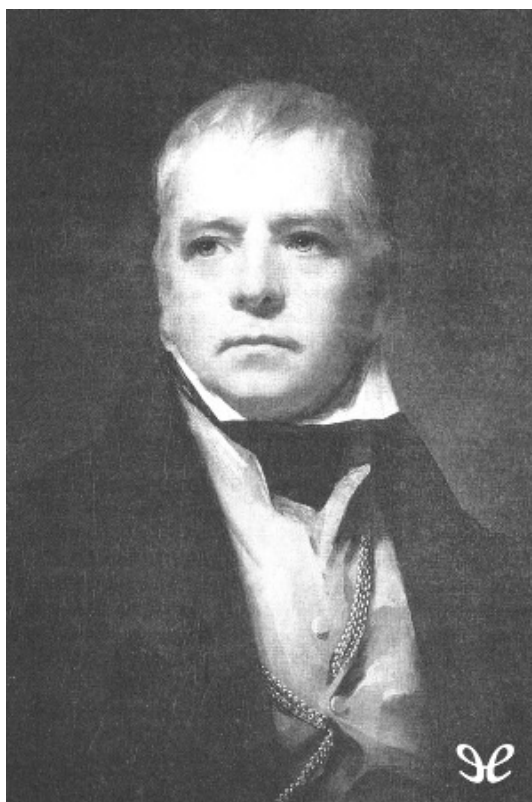
Dicen que al viejo Nol^[7] le gustaban las bromas sencillas (ver las *Memorias del capitán Hodgson*^[8]). En cierto modo, Eterna Mortalidad se parecía al Protector en ese aspecto festivo. Al igual que maese Silencio^[9], bromeaba en escasas ocasiones; mas incluso en esos casos sus chanzas eran de naturaleza melancólica y sepulcral, y algunas veces le crearon dificultades, tal como veremos en la siguiente anécdota. El anciano estaba en cierta ocasión enfrascado en su habitual quehacer de reparar las tumbas de los mártires de la iglesia de Girthon, mientras, no lejos de él, el sepulturero de la parroquia cumplía con sus obligaciones. Algunos golfillos se divertían cerca de ellos, y sus ruidosos brincos molestaban a los dos viejos en su venerable trabajo. Los que más les importunaban eran dos o tres muchachos, nietos de un vecino muy conocido a quien todos llamaban Cooper Climent. Se trataba de un artesano que disfrutaba de un verdadero monopolio en Girthon y en las parroquias vecinas fabricando cazos, cuencos, escudillas, cucharas, tablas y demás utensilios de madera para los campesinos. Debe advertirse que, a pesar de la excelencia de los recipientes de Cooper, cuando eran nuevos, acostumbraban a desprender un tinte rojizo que impregnaba cualquier líquido que se sirviera en ellos, lo que no debería extrañar a nadie en casos similares.

A los nietos de ese comerciante se les metió en la cabeza preguntar al sepulturero para qué podían servir los innumerables fragmentos de los viejos ataúdes, desechados al abrir nuevas tumbas.

—¿Acaso no sabéis —dijo Eterna Mortalidad— que se los vende a vuestro abuelo y que éste hace con ellos toda clase de cacharros y utensilios?

Al oír esta afirmación, el bullicioso grupo se disolvió en medio de un gran desconcierto, recordando con repugnancia cuántas comidas habían hecho en aquellos recipientes que, según el relato de Eterna Mortalidad, sólo valían para un banquete de brujas o espíritus necrófagos. Llevaron la noticia hasta sus casas, donde más de una cena se echó a perder por las náuseas que produjeron las palabras de los niños; pues aquellos materiales parecían explicar el tinte rojizo que tantas sospechas había despertado, incluso en los días en que el artesano gozaba de buena reputación. Cualquier mercancía de Cooper Climent fue rechazada con horror, en beneficio de las de sus competidores, los alfareros, que comerciaban con objetos de barro. El hombre de los cazos y de las cucharas vio cómo se le escapaba el negocio de las manos, y conoció la razón a través de sus antiguos clientes, que se apresuraron a devolver los objetos fabricados con tan impíos materiales y exigieron la devolución de su dinero. En tan desesperada situación, el infortunado artesano citó a Eterna Mortalidad en los mi tribunales, donde demostró que las tablas de madera que utilizaba en su negocio provenían de unas viejas barricas que había comprado a los contrabandistas, tan numerosos entonces en el país, lo que justificaba el color que daban a su contenido.

El propio Eterna Mortalidad hizo una exhaustiva declaración, asegurando que con sus palabras sólo había pretendido frenar la insolencia de los chicos. Pero es más fácil acabar con la reputación de alguien que restituirla. El negocio de Cooper Climent continuó languideciendo, y el comerciante murió en la pobreza.



WALTER SCOTT nació en Edimburgo en 1771, noveno hijo de un abogado. Estudió Leyes y ejerció la abogacía desde 1797; fue también, desde 1799, *sheriff* de Selkirkshire y, desde 1806, canciller del Tribunal Supremo de Edimburgo. Sin embargo, el Derecho no era su vocación. Desde 1792 se dedicó —pese a su cojera, secuela de la polio que contrajo durante la infancia— a recorrer los más remotos rincones de Escocia y a recoger antiguas baladas del folklore local, con las que en 1802 publicó la colección *Minstrelsy of the Scottish Border*, y, a partir de 1805, con *The Lay of the Last Minstrel*, una serie de poemas narrativos de creación propia, todos ellos de tema histórico escocés, como *Marmion* (1808) o *La dama del lago* (1810), que le valieron fama y fortuna. Invirtió secretamente en la imprenta de los hermanos Ballantyne, que publicaban sus obras, pero una grave crisis financiera le impulsó a convertirse, de forma anónima, en novelista. Inspirándose, como en sus poemas, en episodios de la historia de Escocia, publicó en 1814 *Waverley*, cuyo gran éxito le animó a seguir con *Guy Mannering* (1815) y *El anticuario* (1816). En 1816 inició la serie *Tales of My Landlord* con *El enano negro* y *Eterna Mortalidad*. Posteriormente ampliaría su campo de referencias y situaría sus argumentos fuera de Escocia: así, en *Ivanhoe* (1820), *Kenilworth* (1821), *Quentin Durward* (1823) o *El talismán* (1825). En 1827 salió finalmente del anonimato y se reconoció autor de sus novelas, que se habían convertido en modelo del relato histórico romántico, tanto entre novelistas como entre historiadores. A pesar de sus éxitos, las deudas y los apuros económicos le perseguirían toda la vida. Murió en Abbotsford en 1832.

Notas

[1] Región del centro-este de Escocia. <<

[1] «¿Por qué busca con denodado esfuerzo / a través de sombríos senderos de muerte apresurándose en su camino / reclamar lo que hace largo tiempo fue usurpado / y sacar a la luz lo sumido en el olvido?». Versos pertenecientes a *The Wall-Flower*, poema publicado por John Langhorne (1735-1779) en sus *Fables of Flora* (1771). [Esta nota, como las siguientes, a menos que se indique lo contrario, es de la traductora]. <<

[2] Peter Pattieson se encarga de recopilar las historias que cuentan los viajeros en el Wallace Inn de Gandercleugh. Al morir a temprana edad, deja el manuscrito en manos de su antiguo patrón, el maestro Jedidiah Cleishbotham, que lo publica en 1816 con el título de *Tales of My Landlord*. Ésa fue la estratagema utilizada por Walter Scott para que su nombre no figurara en el libro. <<

[3] Amores latinos. <<

[4] Fragmento de Robert Burns (1759-1796), poeta escocés. En su poesía, algo tan característico de su país como «un solitario valle de helechos» simboliza la libertad.

<<

[*] Nota del señor Jedidiah Cleishbotham: La prueba de que cumplí la triste promesa hecha a mi difunto y llorado amigo es una hermosa lápida, erigida por encargo mío, en la que aparece el nombre de Peter Pattieson y las fechas en que nació y fue enterrado, con un testimonio de sus méritos, atestiguados por mí como su superior y patrón. <<

[5] Génesis 27, 28. <<

[6] *Dns. Johan* es la abreviatura latina de *Dominus Johanus*, lord John. <<

[*] Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia (1633-1701). J. C. <<

[7] Cuando Carlos II llegó al poder en 1660, renegó de los *Covenants* (pactos) de 1638 y 1643 y restauró en Escocia el episcopalismo, insistiendo en la supremacía del monarca y en la sumisión de todas las congregaciones a sus obispos. Esto hizo crecer el descontento entre los presbiterianos más radicales, que acabaron levantándose en armas y dirigiéndose a Edimburgo. Fueron derrotados en 1666 por las fuerzas gubernamentales en Rullion Green (Pentland Hills). <<

[8] John Hampden (1594-1643), parlamentario inglés que lideró la oposición de los Comunes al rey Carlos I, John Hooper (1495-1555) y Hugh Latimer (1485-1555), protestantes reformistas quemados por herejía durante el reinado de María Tudor. <<

[*] Juzgo conveniente hacer saber al lector que el límite entre las propiedades de los honorables señores de Gandercleugh y de Gussdub debería haber sido un *agger*, o para ser más exactos un *murus* sin cementar, lo que vulgarmente se denomina un *dry-stane-dike*, recubierto de *cespide viridi* o césped. Lo cierto es que sus señorías habían discutido por medio acre de terreno pantanoso cerca de la ensenada de Bedral Beild; y el pleito, que había pasado por el Tribunal Supremo (donde se demoró mucho tiempo) e incluso por la Cámara de los Lores en la ciudad de Londres, podría decirse que continuaba *adhuc in pendente*. J. C. <<

[9] Gorra típicamente escocesa de hombre, plana y de bordes redondeados. Indica, por su forma, que se trata de un campesino respetable y, por su color, que estamos ante un *covenanter* (véase, en este mismo capítulo, notas 12 y 13). <<

[10] Polainas. <<

[11] En la edición de 1830, Walter Scott describió con todo detalle a este personaje histórico en una pequeña introducción incluida en el apéndice de esta edición. <<

[12] En la Escocia del siglo XVII se firmaron dos *covenants* o pactos: el *National League and Covenant* de 1638 y el *Solemn League and Covenant* de 1643. Lo que comenzó siendo una revuelta civil dirigida por los nobles contra el poder establecido, acabó convirtiéndose en una asociación de todos los presbiterianos para impedir la llegada del anglicanismo. El aspecto religioso pasó a dominar el significado de este término, y tanto los políticos como los militares debían obedecer los mandatos de los ministros de la Iglesia y de los místicos. <<

[13] Seguidores del *Covenant* de 1638 o de 1643. A partir de ahora se prescindirá de la cursiva en ambos términos. <<

[14] Carlos II y Jacobo VII. <<

[15] Seguidores de Richard Cameron (1648-1680), también conocido como «El León del Covenant». Esta secta constituyó el ala más extremista de los presbiterianos. <<

[16] Mateo 3, 7; 23, 33. Los covenanters estaban convencidos de que Dios estaba de su parte y emulaban a los judíos como pueblo elegido. Por este motivo, a lo largo de toda la obra, evocarán con frecuencia el lenguaje de las Sagradas Escrituras. <<

[17] Proverbios 13, 24: «El que no utiliza la vara, aborrece a su hijo: mas el que lo ama se apresura a corregirlo». <<

[18] El término *whig* se utilizó por primera vez en 1648 durante el *Whiggamore Raid*, cuando los radicales del suroeste de Escocia tomaron la ciudad de Edimburgo. A pesar de aplicarse, en un principio, a todos los covenanters, terminó haciendo referencia a aquellos que se opusieron a la sucesión de Jacobo VII por ser católico. Tras la Revolución de 1688, el término se aplicó a los partidarios de la sucesión protestante, convirtiéndose, así, en el nombre del partido que dominó la vida política británica durante el siglo XVIII. <<

[19] El demonio (Mateo 4, 8; Juan 18, 36; Apocalipsis 11, 15). <<

[20] Partidarios de la corona que perseguían a los covenanters. El término *tory*, de origen gaélico, comenzó a utilizarse en el siglo xvii para referirse a los irlandeses que robaban y asesinaban protestantes venidos de Inglaterra y Escocia para ocupar sus tierras. Tras la Revolución de 1688, fue el nombre adoptado por el partido jacobita, defensor de la causa de los Estuardo. <<

[21] Se refiere metafóricamente a los covenanters (Ezequiel 22, 30; Apocalipsis 6, 17).

<<

[22] Alexander Peden (1626-1686), conocido ministro presbiteriano depuesto de su cargo en 1663. Participó en el levantamiento de 1666 y estuvo encarcelado durante cinco años en Bass Rock. Fue reverenciado por los covenanters, que le consideraron una especie de profeta. <<

[23] Según el personaje, los franceses se encargarían de castigar los pecados cometidos por los escoceses. <<

[24] Regiones montañosas en el oeste de Escocia, cerca del río Ayr y del lago Ken. <<

[25] Salmos 46, 9; Jeremías 6, 23. <<

[26] Alusión al profeta Elías (véase II Reyes 4, 9-10). <<

[*] Debería haber añadido que también podía convertirse en refugio de algún rico viajero, pues, gracias a mi buena estrella, los poderosos se han alojado igualmente en mi humilde morada. Y mientras estuvo a mi servicio Dorothy, que era una joven bonita y algo rolliza, el honorable señor de Smackawa, en sus viajes a la ciudad, prefería mi aposento del profeta a la mejor estancia del Wallace Inn, e invitarme a un trago, como solía afirmar jocosamente, para moverse con libertad por la casa, aunque en realidad lo que buscaba era pasar la velada en mi compañía. J. C. <<

[27] Todo parece indicar que Peter Pattieson padecía tuberculosis. <<

[28] Marcos 13, 34-35. <<

[29] A finales del siglo XVIII y principios del XIX, hubo en Escocia numerosas reformas agrarias. Los pequeños granjeros fueron perdiendo el derecho a utilizar las tierras comunales, necesarias para su subsistencia, y las propiedades se fueron acumulando en manos de unos pocos terratenientes. <<

[30] Los sastres recorrían el país confeccionando ropa a medida. Por ese motivo, se alojaban en los hogares de quienes contrataban sus servicios. <<

[31] Cuando después de la Revolución de 1688-1689, la Iglesia de Escocia estableció el presbiterianismo, varios obispos episcopalianos se negaron a jurar su lealtad al nuevo gobierno y perdieron su privilegiada posición; por esa razón son comparados con los primeros apóstoles, que lo abandonaron todo para seguir a Jesús. Durante el siglo XVIII, continuó existiendo un pequeño reducto de episcopalianos, todos ellos jacobitas convencidos. <<

[32] Andrew Bruce de Earlshall y John Graham de Claverhouse (1649-1689), fueron dos convencidos realistas, además de líderes militares. Se enfrentaron con enorme dureza a los covenanters. <<

[33] Salmos 69, 9. <<

[34] Aquellos que se reunían a escondidas en los conventículos para celebrar un servicio religioso. Un decreto de 1662 prohibió predicar o instruir a los demás sin la licencia especial de un obispo. A partir de 1670 se llegó a castigar incluso con la muerte a los que osaban pronunciar sermones. <<

[35] Se desconoce a qué frase puede referirse. Walter Scott editó las obras de Dryden: *The Life and Works of John Dryden*, 18 volúmenes, Edimburgo, 1808. <<

[36] Lady Randolphe en el acto I de la obra *Douglas: A Tragedy*, de John Home (1722-1808). <<

[37] «¡Oh, no remováis las cenizas de nuestros padres! / Un rencor implacable fue su pecado / y cuán dolorosa ha sido su expiación». <<

[1] «Cien caballos reúnen al amanecer / y esperan a las puertas del castillo para ofrecernos distracción». John Home, *Douglas: A Tragedy*, acto IV. <<

[2] Históricamente, no existió un decreto de esas características. <<

[3] Interpretación literal del Cuarto Mandamiento. Éxodo 20, 8-11: «Recuerda el día del sábado para santificarlo [...] es día de descanso en honor de Jahvé, tu Dios. No harás ningún trabajo...». <<

[4] Espíritu de cuerpo, corporativismo. <<

[5] Josué 6, 18; 7,1. <<

[6] II Reyes 21, 2. <<

[7] Dos días después del asesinato del arzobispo Sharp en Magnus Muir. <<

[8] James Graham (1612-1650), quinto conde y primer marqués de Montrose, se unió a los covenanters en 1638 para después rechazar su intransigencia y fanatismo. Al negarse a firmar el *Solemn League and Covenant* de 1643, fue encarcelado cinco meses en el Castillo de Edimburgo. En 1644 y 1645, siendo gobernador del rey en Escocia, dirigió una brillante campaña contra las tropas presbiterianas, antes de ser vencido en Philiphaugh. Regresó en 1650 del exilio con el propósito de vengar la muerte de Carlos I, pero fue derrotado en Carbisdale. El parlamento escocés le condenó a la horca ese mismo año. <<

[9] El 2 de febrero, día en que se debían pagar las rentas correspondientes al último trimestre. <<

[10] Dos de las victorias de Montrose en su campaña de 1644-1645. <<

[11] Partidarios de una doctrina religiosa que hace extensiva la salvación a todo el género humano. <<

[12] Donde Carlos II fue derrotado el tres de septiembre de 1651. <<

[13] Gauthier des Costes de La Calprenède (1614-63) autor de la extensísima obra *Cléopatre* (1647-56); Madeleine de Scuderi (1607-1701), autora de los diez volúmenes de *Artamène ou le Grand Cyrus*. <<

[1] «Jinete y caballo confesaron su amargo dolor, / y guerrero y armas cayeron con estruendo». *Pleasures of Hope* de Thomas Campbell. <<

[2] *Noche de Reyes* de William Shakespeare. Ver acto II, escena V. <<

[3] En 1650 y 1651. Tras la ejecución de Carlos I, la mayoría de los escoceses apoyaron el regreso de su hijo Carlos II, por lo que realistas y presbiterianos moderados se unieron para enfrentarse sin éxito al ejército de Cromwell. Ello explica que el coronel Morton luchara al mismo tiempo en defensa del rey y del covenant. <<

[4] Menos de un año después de firmarse el *Solemn League and Covenant* de 1643, las fuerzas del ejército parlamentario inglés y del ejército escocés derrotaron conjuntamente a las tropas realistas en Marston Moore. El 13 de septiembre de 1645, la victoria de los covenanters en Philiphaugh terminó con la brillante campaña militar realista del marqués de Montrose. Es muy posible que el marido de lady Margaret hubiera sido una de las víctimas de la masacre que algunos ministros presbiterianos «sedientos de sangre» organizaron tras la batalla. <<

[5] Nombre por el que eran conocidos los miembros del partido que se enfrentó a Carlos II durante la guerra civil (1642-1649). Recibían ese apodo por llevar el pelo extremadamente corto, al igual que los puritanos, quienes constituyeron una parte importante de ese movimiento. <<

[6] *Hamlet* de William Shakespeare, acto I, escena V. <<

[7] Con ese título existe una balada, no una marcha militar. El nombre podría hacer referencia al intrépido James Graham Montrose —*Gallant Graemes*—, defensor de la causa realista. <<

[8] Véase *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto (1532), canto IX. <<

[9] Alusión a *El rey Juan*, de William Shakespeare, acto III, escena I. <<

[10] Hombres armados. <<

[1] «Tocaba en las ferias ante los lanceros, / alegremente equipados con sus armaduras, / cascos de acero, picas y espadas relucían / como piedras preciosas; / ¿quién tocará para esos soldados / ahora que Habbie ha muerto?». Versos de *The life and death of Habbie Simson, the piper of Kilbarchan* de sir Robert Sempill of Beltrees (1595?-1660?). <<

[2] Un merk equivalía a trece chelines y cuatro peniques escoceses. <<

[3] Moneda de plata acuñada durante el reinado de Carlos II; tenía el valor de cuatro merks. <<

[4] San Pablo a los romanos, 16, 23: «Os saluda Gayo, que me hospeda...». <<

[5] Uno de los pastores episcopalianos nombrados para sustituir a los ministros presbiterianos que, en 1662, se negaron a reconocer la supremacía de Carlos II y a obedecer a sus obispos. <<

[6] Cuerpo de soldados que se trasladaban a caballo pero combatían indistintamente a caballo o a pie. En 1675 había numerosas guarniciones a lo largo de toda Escocia, con el fin de impedir que los covenanters celebraran sus reuniones. <<

[7] Se refiere a una de aquellas reuniones ilegales o conventículos. <<

[8] *Hill-folk*: los que acudían a escondidas a las ceremonias religiosas dirigidas por los ministros presbiterianos expulsados de sus parroquias en 1662. <<

[9] Mencionado. <<

[10] El personaje histórico de Claverhouse apenas era conocido en 1679, año en el que transcurre este episodio. Hasta 1682 no fue ascendido a coronel y su regimiento comenzó a recibir el nombre de Guardia de Corps de Su Majestad en 1685. <<

[11] James Hepburn, cuarto conde de Bothwell (1535-1578), sospechoso de haber asesinado a lord Darnley, segundo marido de la reina María Estuardo, con la que contrajo matrimonio dos meses después de tan luctuoso suceso. Murió demente tras un largo cautiverio en Dinamarca. <<

[12] Según una nota del propio Walter Scott en la edición completa de las novelas de *Waverley* (1829-1833), se trata de un personaje de ficción. <<

[13] El autor escribió en la edición completa de las novelas de *Waverley*: «Obligar a los hombres a montar un caballo de palo, no sólo durante el reinado del rey Carlos sino mucho tiempo después, fue uno de los innumerables y crueles castigos empleados para hacer respetar la disciplina militar». <<

[14] James Sharp (1613-1679) fue uno de los presbiterianos enviados a Londres en 1660, tras la llegada al poder de Carlos II, con el fin de asegurar los derechos de la Iglesia escocesa. Las negociaciones terminaron, sin embargo, con la restauración del episcopalismo y el nombramiento del propio Sharp como arzobispo de St Andrews.

<<

[15] Éste servía para identificar a los covenanters. Todo aquel que se negaba a pronunciarlo era enérgicamente condenado. <<

[16] Frase utilizada con frecuencia por los enemigos de la monarquía Estuardo. <<

[17] II Reyes 18-19. Ese exaltado oficial de Senaquerib, rey de Asiria, se convirtió en un símbolo de la opresión para los covenanters. <<

[18] Después de un intento fallido de asesinato en 1668, un grupo de fanáticos presbiterianos terminó con la vida del arzobispo el tres de mayo de 1679. <<

[19] David Hackston de Rathillet y John Balfour de Kinloch eran cuñados y fueron los jefes del grupo que asesinó a Sharp. Según el propio Scott, Burley era un apodo que significaba «fuerte». <<

[20] Un tal Carmichael, oficial de justicia en el Fife, conocido en la época por haber endurecido las medidas penales contra los covenanters. Escapó milagrosamente a la emboscada que le tendieron este grupo de whigs. <<

[1] «¡Alzaos, jóvenes!: no es una llamada de los hombres. / La Iglesia de Dios está unida en alianza: apresuraos a defender la muralla; / apresuraos hacia los estandartes donde la Cruz Roja ondea en lo alto, / señal de muerte honrosa, o de victoria». Se desconoce el origen de estas líneas. En 1816, James Duff publicó una colección de canciones y poemas escoceses. <<

[2] Apocalipsis 16, 5-6. <<

[3] Proverbios 23, 20. <<

[4] Mateo 3, 12; Lucas 3, 16. <<

[5] Existieron cuatro declaraciones de *Indulgencia*: 1669, 1672, 1679 y 1687. La novela suele referirse casi siempre a las dos primeras. En 1669, cuarenta y tres ministros presbiterianos expulsados anteriormente de sus puestos recuperaron sus privilegios; en 1672, su número ascendió a noventa. <<

[6] Apocalipsis 6, 12. <<

[7] Ezequiel 34. <<

[8] Juan 12, 86. <<

[9] Alusión irónica a Lucas 15, 4. <<

[10] Éxodo 32, 20; I Reyes 12, 28-29. <<

[11] Proverbios 26, 13; I San Pedro 5, 8. <<

[12] En mayo de 1679, sir Robert Hamilton de Preston (1650-1701) dirigió un grupo armado de covenanters hacia el oeste. No tardaron en unirse a ellos algunos de los asesinos del arzobispo Sharp, entre los que se encontraban Hackston, Balfour y William Dingwall de Caddam. <<

[13] Jeremías 40, 15. <<

[14] Frase empleada en el Antiguo Testamento para referirse a los hombres de comportamiento grosero y disoluto, los covenanthers la empleaban con frecuencia. <<

[15] En agosto de 1675, una proclama real prohibió el menor contacto con aquellos a quienes la ley había condenado por asistir repetidamente a conventículos. <<

[16] El tabernáculo era una tienda sagrada, decorada con tapices de enorme riqueza, maderas nobles, broches de oro y plata... Éxodo 26, 1; Reyes 6, 9-15. <<

[17] Números 35, 12. <<

[18] I Tesalonicenses 5, 2; II San Pedro 3, 10. <<

[19] Mateo 17, 7. <<

[20] Los primeros (realistas y presbiterianos moderados) eran llamados *Resolutioners*; los segundos (covenanters extremistas), *Protesters*. <<

[21] Se refiere a James Hamilton (1606-1649), tercer marqués y primer duque de Hamilton. Dirigió su ejército contra Cromwell, quien le derrotó en Preston. Fue decapitado por orden de los parlamentarios ingleses en marzo de 1649. <<

[1] Sí, la frente de este hombre, parecida a la portada de un libro, / anuncia el contenido de un trágico volumen». *Enrique IV. Segunda parte* de William Shakespeare, acto I, escena I. <<

[2] El autor escribió en la edición completa de las novelas de *Waverley*: «La música militar no se toca de noche. Sin embargo, ¿quién podría asegurar que no fuera una costumbre en tiempos de Carlos II? Mientras busco información sobre el tema, los timbales seguirán sonando para hacer aún más pintoresco el efecto de la marcha nocturna». <<

[3] Juan 2, 4; 7, 30; 8, 20. <<

[4] Salmos 19, 9; Apocalipsis 16, 7. <<

[5] Confundir los mensajes de Dios con las tentaciones del demonio. <<

[6] John Balfour quiere dar a entender con estas palabras que Morton todavía cree erróneamente que alcanzará la salvación obedeciendo la ley del Señor. Él está convencido de que ésta sólo puede lograrse a través de la fe. <<

[7] Jeremías 38, 6. <<

[8] Apocalipsis 7, 3. <<

[9] Isaías 13, 2. Dios reúne a su ejército con el fin de iniciar una guerra santa. <<

[10] I Reyes 18, 46; Hebreos 12, 1. <<

[11] Se refiere al *Solemn League and Covenant* de 1643. <<

[12] Carlos II. <<

[13] Una de las puertas de Edimburgo. Allí se colgaron las cabezas de Montrose y de algunos de sus hombres después de ser derrotados en Philiphaugh. <<

[14] Los que reconstruyeron el templo serían aquellos que lucharon por restablecer el gobierno de Dios en Escocia. <<

[15] Jeremías 8, 15-16. <<

[16] Lucas 9, 62. «Le dijo Jesús: nadie que ponga la mano en el arado y mire hacia atrás es apto para el Reino de Dios». <<

[17] *Enrique IV. Primera parte* de William Shakespeare, acto II, escena III. <<

[18] Véase I Reyes 18, 10. «Elías nos dijo que echaríamos mano a los profetas de Baal, que no escapara ni uno de ellos. Les echamos mano y Elías los hizo bajar al torrente de Quisón, y allí los degolló». Burley se identifica en este pasaje con Elías, quien acabó con la corrupción de Israel. <<

[19] Robert Wodrow relató que, después de haber disparado varias veces al arzobispo Sharp sin lograr acabar con su vida, los asesinos creyeron que éste era inmune a las armas de fuego y decidieron matarle con sus espadas. <<

[20] Mateo 6, 24; Lucas 16, 13. <<

[21] Mateo 19, 27. <<

[22] Eclesiástico 13, 1. <<

[23] Génesis 6, 1-7. <<

[24] Colosenses 2, 21. <<

[25] Jeremías 18, 22. <<

[26] El rey Salomón, hijo de David, escribió el Eclesiastés y esta cita corresponde al Eclesiástico 10, 1-5. Al parecer no se trata de un error de Burley sino del propio autor, quien confundió también estos dos libros sapienciales en su novela *Rob Roy*.

<<

[27] Durante la Guerra de los Treinta Años, el rey Gustavo Adolfo de Suecia dirigió las fuerzas protestantes. Entre los numerosos escoceses que lucharon a sus órdenes destacan Patrick Ruthven (1573-1651), Alexander Leslie, conde de Leven (1580-1661) y Robert Monro, conocido como el barón Negro (m. 1633). <<

[28] I Corintios, 7, 9. <<

[29] Título de los gobernadores militares en las regiones fronterizas. Tiene su origen en el antiguo imperio germánico. <<

[30] Famosa victoria protestante en Sajonia (1632). El rey Gustavo Adolfo de Suecia perdió la vida en ella mientras encabezaba el ataque de la caballería. <<

[31] *Your Raploch grey*: prenda fabricada con un basto paño. <<

[1] «Desde los diecisiete hasta casi los ochenta años que en la actualidad cuento, / he vivido en esta casa; pero ahora ya no viviré más. / A los diecisiete años buscan muchos fortuna; / pero a los ochenta es demasiado tarde». *A vuestro gusto* de William Shakespeare, acto II, escena III. <<

[2] Malcolm III (1031-1093), hijo de Duncan I, fundador de la dinastía que reinó en Escocia durante más de doscientos años. El apodo *Canmore*, «Gran Jefe», tiene su origen en el gaélico *ceann mor*, «cabeza grande». <<

[3] Mateo 6, 24. <<

[4] La anciana adapta el texto bíblico de Daniel 3, cambiando las jerarquías y los instrumentos originales por los existentes entonces en Escocia. <<

[5] Año en que comienza la guerra civil inglesa. <<

[6] Santiago 5, 20. <<

[7] Mateo 5, 10. <<

[8] Génesis 21, 16. <<

[9] Se trataba de unas camas rodeadas de paneles de madera, con el fin de aislar al que dormía del frío y las corrientes; cuando las tapas se cerraban, su ocupante quedaba oculto, si bien podía oír cuanto se decía a su alrededor. En algunas regiones de Escocia se siguieron utilizando hasta bien entrado el siglo xx. <<

[10] Los presbiterianos se negaban a conmemorar las fiestas religiosas tradicionales.

<<

[11] Cuddie pensaba que los curas siempre leían sus plegarias en los libros de oraciones, si bien ésta es una costumbre posterior. Los presbiterianos creían que la oración debía surgir espontáneamente del alma. <<

[12] Salmos 37, 25. <<

[1] «Es un diablo de puritano, o, en todo caso, un ser nada estimable». *Noche de Reyes* de William Shakespeare, acto II, escena III. <<

[2] Tejido de lana con dibujo escocés. <<

[3] En Jerusalén, aquellos que no eran judíos sólo podían entrar hasta el primer patio del templo. Mause cree que los habitantes de Milnewood no son verdaderos covenanters, pues han aceptado la Indulgencia. <<

[4] Mateo 7, 14: «¡Qué estrecha es la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!». <<

[5] Lugar de ejecución pública en Edimburgo. <<

[6] Doctrina que coloca la Iglesia bajo la autoridad del poder seglar. <<

[7] Jarra alta, normalmente de estaño, con un asa y una tapa sujeta con un gozne. <<

[8] Era costumbre situar un gran salero en el centro de la mesa; los más humildes se sentaban al otro lado de éste, en el extremo más alejado de los señores. <<

[9] Mateo 10, 32-33. <<

[10] Sin aguar ni adulterar. <<

[11] Según la tradición, mucho peor que el propio diablo. Véase *La comedia de las equivocaciones* de William Shakespeare, acto IV, escena III. <<

[12] Situadas en el Upper Clyde, cerca de Lanark. <<

[13] Cuddie habla del *Covenant of Works* y del *Covenant of Grace*. El primero aparece en el Antiguo Testamento y establece que la salvación se alcanza obedeciendo la ley del Señor; el segundo sustituye al primero en el Nuevo Testamento y afirma que sólo la fe en Dios puede salvar al pecador. <<

[14] El 4 de mayo de 1679, las autoridades escribieron una notificación pública con el fin de encontrar a los asesinos del arzobispo Sharp. <<

[15] Se usaba como distintivo en los sombreros. Es probable que la de Bothwell fuera roja (aunque posteriormente el color de los jacobitas sería el blanco) y la de los covenanters, azul. <<

[16] Oliver Cromwell (1599-1658), lord protector de Inglaterra, Escocia e Irlanda desde 1653. Profundamente puritano, se opuso al despotismo de Carlos I y al episcopado anglicano. Destacó como jefe político y militar en la primera guerra civil (1642) y se convirtió en el verdadero dueño del país tras la segunda guerra civil (1648). Decidido a terminar con todas las intrigas, depuró el Parlamento, condenó a muerte al rey e instauró una dictadura militar. <<

[17] Una libra esterlina equivalía a 1,67 libras escocesas. <<

[18] En 1662 se promulgó el Acta Contra los Covenanters, que declaraba traidores a todos aquellos que firmaran algún Covenant o entraran a formar parte de alguna liga presbiteriana. Bothwell pretende hacer jurar a todas las gentes de Milnewood que están de acuerdo con ese documento, con el fin de probar que no son covenanters (véase capítulo IV, nota 15). <<

[19] *El rey Juan* de William Shakespeare, acto III, escena III. Un ángel era una moneda de oro, acuñada por última vez durante el reinado de Carlos I. <<

[20] Salmos 124, 7. <<

[21] Los covenanters consideraban los juramentos abominables, pues iban en contra de las palabras de Jesús: «Yo os digo que no juréis en modo alguno». Mateo 5, 34. <<

[22] Proverbios 1, 17. <<

[23] Enemigos de Israel. <<

[24] Sofonías 3, 3. <<

[25] Salmos 22, 17. <<

[26] Amós 4, 1; Salmos 22, 13. <<

[27] Isaías 27, 1. <<

[28] Apocalipsis 12, 3-4. Existe también un juego de palabras entre *dragon* y *dragoon* imposible de traducir. <<

[29] Lo que les produce innumerables gases. <<

[30] Lucas 16, 9. <<

[31] Ezequías, rey de Judá, hizo cuanto estuvo en sus manos para acabar con la idolatría de su pueblo; por ese motivo era todo un modelo para los covenanthers, que creían estar realizando una misión parecida al defender la Reforma. <<

[32] Isaías 56, 10. El profeta denuncia la indignidad de los jefes de Israel. <<

[33] Mateo 27, 35; Marcos 15, 24; Juan 19, 24. <<

[34] Isaías 65, 11-12. <<

[35] Mateo 16, 24-25. <<

[36] Éxodo 12, 13. <<

[37] Hebreos 11, 38. <<

[38] Proverbios 9,17. <<

[39] Brindis típicamente escocés. <<

[40] A pesar de su ilegalidad, era una práctica bastante común entre el ejército. <<

[41] Hechos de los Apóstoles 8, 23. <<

[42] Ser ejecutado en el Grassmarket de Edimburgo por sus creencias religiosas. <<

[43] I Samuel 22, 17. <<

[44] I Samuel 26. <<

[45] Isaías 42. 14. <<

[1] «Soy un hijo de Marte que ha batallado en muchas guerras, / y muestro mis marcas y cicatrices dondequiera que voy; / ésta fue por una joven, ésa en una trinchera / dando la bienvenida a los franceses al son del tambor». Robert Burns (1759-1796), *Love and Liberty — a cantata*, también conocido como *The Jolly Beggars*. Poema de más de 280 versos, escrito entre los años 1785 y 1786, y sin duda una de las mejores obras del poeta escocés. <<

[2] En el siglo XVII, varios regimientos escoceses estaban al servicio de algunos príncipes europeos. <<

[3] La Guardia Escocesa fue creada en 1418 para apoyar a los franceses en su lucha contra los ingleses, en la guerra de los Cien Años. Tal como aparece en *Quentin Durward*, otra de las obras del autor, algunos de sus integrantes se encargaron personalmente de la protección del rey. Después del tratado de 1642, se convirtió en un regimiento francés que seguía en importancia a la Guardia Francesa y a la Guardia Suiza. <<

[4] Port Royale en Jamaica, colonia española hasta que los ingleses la conquistaron en 1655. <<

[5] Luis XIV, más conocido como el Rey Sol. <<

[6] A pesar del Edicto de Nantes (1598), los hugonotes —calvinistas franceses— fueron cruelmente perseguidos entre 1655 y 1685, durante el reinado de Luis XIV. El famoso edicto fue revocado en 1685. <<

[7] *Buen camarada*. Hemos preferido respetar el error de Walter Scott. <<

[8] El general George Monk (1608-1670) fue comandante de un regimiento de Cromwell durante la campaña de 1651-1652 contra los escoceses. Aquél habría sido el período en el que sus hombres podrían haber derribado el portón de Tillietudlem. Acabó siendo comandante en jefe de las fuerzas de Cromwell en Escocia desde 1654 hasta 1660. <<

[9] Emplear el apellido Bellenden parece un despiste del autor, pues Tillietudlem pertenecía a la familia de lady Margaret, no a la de su esposo. <<

[10] Se refiere a James Graham, primer marqués de Montrose (véase nota 8, capítulo II). <<

[11] John Wilmot (1647-1680), segundo conde de Rochester, famoso poeta y libertino de la época. <<

[12] George Villiers (1628-1687), segundo duque de Buckingham, poeta y dramaturgo, figura relevante en la corte de Carlos II. <<

[13] John Sheffield (1648-1721), tercer conde de Mulgrave y primer duque de Buckingham y Normandía. Walter Scott cometió un pequeño error al poner estas palabras en boca de Bothwell: Sheffield dirigió la expedición que liberó Tánger en 1680 y la acción de esta parte de la novela transcurre en 1679. <<

[14] Carlos II era famoso por sus aventuras extramaritales. <<

[15] Una de las famosas victorias de Montrose sobre los covenanters, el 15 de agosto de 1645. <<

[16] Se refiere a William Douglas (1635-1694), tercer duque de Hamilton, un moderado realista que se opuso al reforzamiento del episcopado en Escocia. <<

[17] James Hamilton (1606-1649), tercer marqués y primer duque de Hamilton. Fue derrotado por Cromwell en Preston y ejecutado en Londres. <<

[18] William Hamilton (1616-1651), hermano del anterior y segundo duque de Hamilton, herido mortalmente en la batalla de Worcester. <<

[19] El autor compara el movimiento de la silla de Gudyill con una maniobra militar. Al emplear los términos «paralelo» y «zigzag» hace referencia a dos clases de trincheras: las primeras se cavaban paralelas al lugar sitiado, las segundas se dirigían en zigzag hacia el lugar que debía tomarse por asalto. <<

[1] «Me propuse sólo embarcar contigo / en la suave superficie de un mar de estío, / ¿dejaría la nave y llegaría a la costa / cuando los vientos silban y la tempestad ruge?». Versos pertenecientes a la obra *Henry and Emma* de Mathew Prior (1664-1721), poeta, escritor satírico y ensayista inglés. Se trata de una parodia de *The Nut Brown Maid*, una balada sentimental del siglo xv. <<

[2] Región situada en el centro este de Escocia. Su capital es Glenrothes. <<

[3] «Entre Saint Johnstone y Bonny Dundee, / feliz te haré si me sigues a mí». Parece una de las múltiples versiones de *Bonny Dundee*, canción tradicional en la que un soldado corteja a una hermosa joven. <<

[4] «Si yo me fuera con un pobre soldado, / mis amigos se enojarían, mi madre también; / mejor con un lord o un rico hacendado, / así que no seré feliz pues nunca te seguiré». <<

[5] «Si me siguieras serías feliz, / compartiríamos lecho y yantar, / intrépidos y libres al son del tambor, / te haré dichosa si me das amor». <<

[6] «Asómate al pozo y mira, / Janet, Janet, / allí verás tu hermosa imagen, / mi adorada Janet». Véase *Scottish songs*, ed. Joseph Ritson, Londres 1794. Vol. I, págs. 173-175. <<

[7] *Otelo* de William Shakespeare, acto I, escena III. <<

[8] El autor exagera los vínculos entre Claverhouse y Sharp. <<

[9] Tal como explicamos en el capítulo II (véase nota 13), se trataba de una obra de gran éxito a finales del siglo XVII. <<

[10] *Enrique IV. Primera parte* de William Shakespeare, acto I, escena I. <<

[1] «Al fin llega la tropa, obedeciendo órdenes. / Se detiene en el patio, cuando el capitán grita ¡Firmes!». Véase *The Grand Question Debated. Whether Hamilton's Bawn should be turned into a Barracks or a Malthouse* (1732) de Jonathan Swift (1667-1745). <<

[2] Véase *Antonio y Cleopatra* de William Shakespeare, acto I, escena v. <<

[3] El mayor Bellenden hace un juego de palabras con el término *geneva* que hace referencia tanto a la «ginebra» como a las biblias que se imprimían en la ciudad de «Ginebra» —centro del calvinismo—, y que se caracterizaban por su diminuta letra.

<<

[4] Gudyill se defiende afirmando haber leído el libro de oraciones recomendado por la Iglesia de Inglaterra. Episcopalianos como los Bellenden seguirían ese consejo, que incluso los presbiterianos acogidos a las Indulgencias desatenderían. <<

[5] Salmos 103, 15. <<

[6] El viejo mayor hace alusión a la derrota sufrida en Worcester, el tres de septiembre de 1651, por Carlos II y el ejército escocés a manos de Oliver Cromwell. <<

[7] El palacio real de Edimburgo. <<

[8] Año en el que comenzó la guerra civil inglesa. <<

[9] *News-letter*: publicación que recibían dos veces a la semana sus suscriptores. Era un informe de las últimas noticias parlamentarias y judiciales. Su fundador fue Herry Muddiman, uno de los periodistas más famosos de su época y padre de la *Oxford Gazette* (1665), predecesor de la actual *London Gazette*. <<

[10] El autor escribe exactamente *leasing-making*, término legal por el que se conocía en Escocia el delito de propagar una calumnia contra la corona. <<

[11] Georges de Scudéry (1601-1667), dramaturgo y hermano mayor del autor del *Grand Cyrus*. <<

[12] Honoré d'Urfé (1567-1625), novelista francés, autor de la famosa y extensa novela pastoril *L'Astrée* (1607-1627). <<

[13] (Los deberes del hombre). Famoso devocionario anglicano, publicado por primera vez en 1658 y atribuido a Richard Allestree (1619-1691), profesor de teología y rector de Eton. <<

[14] *Pallas Armata: Military Essays of the Ancient Grecian, Roman, and Modern Art of War, Written in the Years 1670 and 1671*, tratado sobre el arte de la guerra escrito por sir James Turner (1615-1686?), famoso realista que dirigió la campaña contra los covenanters en 1666. <<

[15] La Torre de Tillietudlem es imaginaria, pero las ruinas del Castillo de Craignethan, situado sobre el Nethan, a unas tres millas de su confluencia con el Clyde, parecen responder a la descripción del autor. <<

[16] *Miséricorde*. Walter Scott solía acentuar mal las palabras en francés. Hemos preferido respetar al autor y dejarlas tal como las escribió. <<

[17] John Grahame de Claverhouse (1648-1689) fue un singular personaje, famoso tanto por su valentía como por su crueldad. Durante los reinados de Carlos II y Jacobo II, se encargó de vigilar el cumplimiento de las despiadadas leyes adoptadas por el gobierno, convirtiéndose en un nombre temible que el pueblo aborrecía. A pesar de ello, defendió con lealtad y valentía a Jacobo II, conduciendo a su ejército de las Tierras Altas a la victoria en Killiecrankie, batalla en la que perdió la vida. <<

[18] El Diablo. <<

[19] Antigua moneda española equivalente a la sexta parte de una libra esterlina. <<

[1] «Su desayuno caliente es bien seguro tomaron, / saludable costumbre entre los viajeros». *Down-Hall, a Ballad* de Mathew Prior (1664-1721). <<

[2] *Déjeuner.* <<

[3] Castigo. <<

[4] *Palamon and Arcite* de John Dryden (1631-1700). <<

[5] El 29 de mayo de 1679, Robert Hamilton y un grupo de whigs quemaron públicamente el Acta de Supremacía que, aprobada por el parlamento escocés en 1669, establecía la supremacía del rey en todas las causas eclesiásticas. Destruyeron, asimismo, el acta de 1662 que restituía el gobierno de la Iglesia a través de los arzobispos y de los obispos. A pesar de las palabras de Evandale, sin embargo, en aquella fecha no quemaron el acta sobre la observancia del martirio de Carlos I. <<

[6] Un predicador de los covenanters, John King, fue capturado por las tropas de Claverhouse justo antes de la batalla de Loudoun-hill. Al igual que el personaje de Kettledrummle en la novela, logró recuperar su libertad tras la batalla. <<

[7] Job 39, 19-25. <<

[8] Aquellos que habían aceptado las Indulgencia. <<

[1] «¡Oh, mi señor, cuidado con los celos!». *Otelo* de William Shakespeare, acto III, escena III. <<

[2] El bondadoso, excéntrico e ingenuo viejo soldado de *Tristram Shandy*, la obra más conocida de Laurence Sterne (1713-1768). <<

[3] En el siglo xvii, el título de «señora» (*Mrs.*) no era privativo de las mujeres casadas sino una muestra de cortesía. <<

[4] Véase *Las alegres comadres de Windsor* de William Shakespeare, acto III, escena IV. <<

[5] En *Bartholomew Fair* (1614) de Ben Jonson, el loco Trouble-all («Todo-lo-enreda») exige la autorización del juez para cualquier nimiedad. La obra es, en cierta medida, una sátira del puritanismo más extremo. <<

[6] San Pablo a los Romanos 12, 19. <<

[1] «Mis perros pueden correr ya sin amo, / mis halcones volar libres de árbol en árbol, / el señor puede quedarse con mis tierras de vasallo, / pues ¡no he de volver por allí jamás!». Versos de *Jamie Telfer of the, Fair Dodhead*, vieja balada recogida por Walter Scott en *Minstrelsy of the Scottish Border* (1803). <<

[2] Dios selló su pacto con Israel en el monte Sinaí. Éxodo 19. <<

[3] I Reyes 22. <<

[4] Se refiere a la ciudad de Lanark. <<

[5] Apocalipsis 17. Entre los covenanthers, «la prostituta de Babilonia» era la Iglesia católica. <<

[6] San Judas 8: «Igualmente éstos, a pesar de todo, alucinados en sus delirios, manchan la carne, desprecian al Señorío e injurian a las Glorias». <<

[7] Probablemente se refiere a los miembros del Consejo Privado. <<

[8] Mateo 10, 42; Marcos 9, 41. <<

[9] Hechos de los Apóstoles 22, 25-28. <<

[10] Mateo 22, 15-21. <<

[11] Éxodo 13, 3. <<

[12] *Valet de chambre*, ayuda de cámara. Juego de palabras inspirado en la obra satírica de Tobias Smollett (1721-1771) *The Expedition of Humphry Clinker*. Para Cuddie, el término *wally* significaría «fuerte», «grande», «próspero», en lugar de «criado». <<

[13] Se refiere al cuento de *Las habichuelas mágicas*, en el que Juanito, su héroe, trepa por las habichuelas mágicas y roba sus tesoros al gigante. <<

[14] Vieja narración francesa en la que dos hermanos corren numerosas aventuras. Valentín recibe una educación de caballero en la corte del rey Pipino, mientras Orson crece salvaje hasta ser capturado por Valentín, que le convierte en su criado. Al final descubren que son hermanos. La primera traducción inglesa de la obra se publicó en 1550. <<

[15] Instrumento de viento, muy parecido al fagot. <<

[16] Apocalipsis 5-11. <<

[17] Mateo 3, 7; Lucas 3, 7. <<

[18] General de Nabucodonosor, asesinado por Judit. Ver libro apócrifo de Judit 2, 6.

<<

[19] III San Juan 9-10. <<

[20] II Timoteo 4, 10. <<

[21] Isaías 14, 23. <<

[22] Juan 2, 13-15. <<

[23] Salmo 102, 7-8: «Me parezco al búho del páramo, / estoy como lechuza entre ruinas; / de continuo me desvelo y gimo / cual solitario pájaro en tejado». <<

[²⁴] Isaías 45, 9. Para Mause, el cabo no es más que un fragmento de barro cocido. <<

[25] Génesis 11, 3. Los ladrillos de la Torre de Babel estaban fabricados de arcilla. <<

[1] «*Quantum in nobis*, hemos considerado bueno / evitar el derramamiento de sangre cristiana, / e intentar por medio / de tratados y acuerdos, / dar fin a la pelea y aplacar / este sangriento duelo sin el azote de las armas». Versos del poema satírico *Hudibras*, de Samuel Butler (1612-1680). <<

[2] La exportación de ganado vivo a Inglaterra se inició a finales del siglo XVII. <<

[3] Salmos 18, 30. <<

[4] Salmos 69, 3. <<

[5] Véase *Germania* de Tácito. Algunas tribus germánicas solían llevar a las mujeres y a los hijos, su propiedad más valiosa, junto al campo de batalla; de ese modo podían oír sus gritos y lamentos. <<

[6] I Crónicas 21, 12. <<

[7] «Dios es conocido en Judá, / grande es su fama en Israel; / su tienda está en Salem,
/ su morada en Sión. / Allí quebró las ráfagas del arco, / el escudo, la espada y la
guerra. / Fulgurante eres tú, magnífico, / en medio de montañas de botín». <<

[8] «Los valientes han sido despojados, / durmiendo están su sueño, / les fallaron los brazos a los guerreros. / A tu amenaza, oh Dios de Jacob, / se pasmaron carro y caballo». <<

[9] Véase nota 19, capítulo iv, libro primero. <<

[10] James Paton de Meadowhead (m. 1684), covenanter de gran experiencia militar. Participó en las batallas de Kilsyth, Worcester y Rullion Green, pero lo cierto es que no estuvo presente en Loudoun-hill. <<

[11] William Cleland (1661-1689), covenanter, soldado y poeta obligado a exiliarse después de la derrota del Puente de Bothwell. Regresó a Escocia en 1688 y se unió al ejército recién constituido de los cameronianos; murió defendiendo Dunkeld. <<

[12] George Ross (m. 1682) era comandante de las tropas gubernamentales destinadas en Glasgow cuando Claverhouse fue derrotado en Loudoun-hill. <<

[13] El tres de septiembre de 1650, el ejército escocés —dirigido por David Leslie— fue prácticamente aniquilado por Cromwell en la batalla de Dunbar. <<

[14] A pesar de que existió un corneta llamado Robert Grahame, no tenía el menor parentesco con John Grahame de Claverhouse. Según la vieja balada *The Battle of Bothwell Bridge*, Claverhouse habría perseguido encarnizadamente y asesinado a los fugitivos para vengar la muerte de ese joven. <<

[15] Génesis 22, 2-16. <<

[16] Según Douglas Mack, fue la divisa transmitida por el protestante conde de Morton, regente de Escocia desde 1572 hasta 1578, a su seguidor Thomas Crawford tras la derrota del católico conde de Huntly en 1571. <<

[1] «Con golpes decididos y fuertes descargas / resonaban las ramas de los manzanos silvestres y los viejos hierros». Samuel Butler, *Hudibras* (1663), vol. I, canto II. <<

[2] En 1650, antes de ser derrotado por Cromwell y marcharse al exilio, Carlos II hizo el juramento de defender los Covenants; sin embargo, tras su restauración en el trono, los invalidó. <<

[3] *Ricardo II* de William Shakespeare, acto IV, escena I. <<

[4] Convertía al rey en la autoridad eclesiástica suprema, lo que indignó sobremanera a los covenanters. Sin embargo, esta acta no se redactó hasta 1669, por lo que no fue la primera medida tomada por el rey al acceder al trono. <<

[5] Mateo 5, 13; Marcos 9, 50; Lucas 14, 34; Colosenses 4, 6; Apocalipsis 3, 16. <<

[6] Los obispos de la Iglesia escocesa, tras el restablecimiento del sistema episcopal.

<<

[7] Cantar de los Cantares 3, 8. <<

[8] Josué 2, 19. <<

[9] El corneta Grahame que luchó en las filas realistas no murió como el personaje de la novela. <<

[10] Jeremías 48, 10; Números 25, 13. <<

[11] I Samuel 17, 36. <<

[12] Dios de los filisteos. I Samuel 5. <<

[13] Expresión bastante frecuente en la Biblia. I Samuel 3, 17; II Reyes 6, 31, etc....

<<

[14] Jueces 7, 18. Grito de guerra de Gedeón, al conducir a los judíos a su victoria contra los madianitas. <<

[15] Distintivo que llevaban los jacobitas en su sombrero. <<

[16] Héroe de la *Ilíada* de Homero. <<

[1] «¡Pero, mirad! A través de los fulgurantes destellos de la guerra, / como el impetuoso corcel vuela en la lejanía hacia el desierto». Primera estrofa del poema *Lochiel's Warning* de la obra *Gertrude in Wyoming and Other Poems*, de Thomas Campbell (1777-1844). <<

[2] Job 32, 19. <<

[3] Lamentaciones 4, 7-8. Un nazireo era un hombre santo. Es de suponer que Kettledrummle estaba lleno de barro y suciedad después de tantas vicisitudes. <<

[4] Lamentaciones 1, 6. <<

[5] Salmos 22, 15. Mause confunde los textos bíblicos y los mezcla entre sí de forma disparatada. <<

[6] I Crónicas 22, 16. <<

[7] Isaías 58, 1. <<

[8] Marcos 3, 17. Sobrenombre dado a Juan y a Santiago. <<

[9] Salmos 79, 2. <<

[10] Éxodo 13, 21. <<

[11] Jueces 5, 20-22. <<

[12] La señal sería un mensaje de Dios y el estandarte animaría a los justos a seguir luchando. <<

[13] Tierra de magos, en el este de Grecia. <<

[14] II Samuel 16, 5-7. <<

[15] Éxodo 13, 3 etc. <<

[16] Salmos 78, 51 y 106, 22. <<

[17] Amós 4, 11; Zacarías 3,2. <<

[18] I Samuel 15, 3. <<

[19] Hebreos 5, 14. <<

[20] Job 4, 19. <<

[21] Isaías 64, 5. <<

[22] Isaías 30, 33. Lugar del valle de Ben Hinón en el que se sacrificaba a los niños. Su descripción recuerda a la imagen cristiana del Infierno. <<

[23] I Samuel 15, 7. <<

[24] Éxodo 32, 12. <<

[25] I Samuel 15, 7. <<

[26] En realidad es Números 4, 18. <<

[27] Éxodo 17, 10-15. <<

[28] La región de Lanarkshire estaba dividida en tres distritos: el Upper Ward, el Middle Ward y el Lower Ward. Hamilton era la capital del segundo. <<

[1] «Cuando el púlpito, tambor eclesiástico, / fue golpeado con el puño y no con el garrote». *Hudibras* de Samuel Butler. <<

[2] Durante el reinado de Carlos II, el parlamento se reunía en contadas ocasiones; el Consejo Privado se encargaba de aprobar las nuevas leyes. <<

[3] Isaías 50, 4. <<

[4] En el Antiguo Testamento, los israelitas despertaron la ira de Dios al incurrir de nuevo en el pecado de no obedecer su ley. <<

[5] Véase nota 6, capítulo VIII, libro primero. <<

[6] Congregacionalistas. Su poder en el Parlamento inglés impidió el establecimiento del presbiterianismo en Escocia en 1640. <<

[7] Seguidores de Laelius y Faustus Socino, dos teólogos italianos del siglo XVI, que negaban la Santísima Trinidad y la divinidad de Jesucristo. <<

[8] Secta cristiana caracterizada por la doctrina de la Luz Interior y el rechazo del culto externo y de la jerarquía eclesiástica. <<

[9] Isaías 44, 26. <<

[10] Expresión que, en el siglo xvii, describía la relación del rey con la Iglesia. Véase Isaías 49, 23. <<

[11] Isaías 30, 33. <<

[12] El autor quiere dejar claro con esta frase que el joven padecía tisis. <<

[13] Éxodo 16, 15. <<

[14] Génesis 21, 14-19. <<

[15] Jeremías 31, 15-16. <<

[16] Salmos 126, 2; I Samuel 12, 24. <<

[17] Isaías 63, 1. <<

[18] Isaías 34, 5-8. <<

[19] Éxodo 13, 12. <<

[20] Isaías 42, 23. <<

[21] Salmos 83, 11. <<

[22] Cantar de los Cantares 4, 14. <<

[23] Jeremías 6, 23. <<

[²⁴] Éxodo 3; 14, 19-31. El ejército del faraón fue aniquilado en el Mar Rojo, cuando los judíos huían de Egipto. Jacob, padre de Israel, es el representante de su pueblo.

<<

[25] Isaías 30, 30. <<

[26] Hebreos 12, 1. <<

[27] San Pedro 2, 20. <<

[28] Jeremías 51, 27. <<

[29] Deuteronomio 1, 15. <<

[30] Hechos de los Apóstoles 2, 2. <<

[31] Jeremías 51,32. <<

[32] Samuel 2, 1. <<

[33] Judas Macabeo (200-160 a. J. C.), jefe guerrero y uno de los artífices de la resistencia judía. <<

[34] Héroe judío en su lucha contra los filisteos. <<

[35] Mateo 16, 18. <<

[36] Lucas 22, 36. <<

[37] Jueces 5, 23. <<

[38] Apocalipsis 17, 6. <<

[39] Numerosos covenanterns fueron llevados prisioneros a Bass Rock, una pequeña isla desierta en la entrada de la ría de Forth. <<

[40] Al igual que los judíos se escondían de los madianitas. Ver Jueces 6, 2; Hebreos 11, 37-38. <<

[41] Jueces 5, 20. <<

[1] «¿Es así? Bueno; decid por lo menos que un viejo puede hacer algo». *Enrique IV. Segunda parte* de William Shakespeare, acto V, escena III. <<

[2] El autor utiliza la expresión *baronial privilege of pit and gallow*, que refleja la costumbre de condenar a las mujeres a morir ahogadas en un hoyo (*pit*) y enviar a los hombres a la horca (*gallows*). <<

[3] «Aunque el invierno se presente muy duro / entre mechones grises y un capote viejo, / no os amilanéis, intrépido caballero, / pues una copa de vino blanco os protegerá del frío». Sin identificar. Podría ser del propio autor. <<

[4] «Pues el tiempo oxidará la rama más brillante, / y los años destruirán el arco más firme; / y aunque el hombre nunca mostró mayor fortaleza, / el tiempo y los años le derribarán». <<

[5] Viejo juego muy parecido al backgammon. <<

[6] Se refiere al marqués de Montrose, véase libro primero, capítulo II, nota 8. Las batallas mencionadas por el mayor Bellenden y Gudyill corresponden a su victoriosa campaña de 1644-1645, que terminó con la derrota de Philiphaugh. <<

[7] El Highland Seer es el mago de las Tierras Altas del poema *Lochiel's Warning* de Thomas Campbell (1567-1620), publicado en su obra *Gertrude of Wyoming* (1809).

<<

[8] Génesis 11, 9. <<

[9] Génesis 8, 7-9. <<

[1] «Con gesto despreocupado y ánimo impasible, / cabalgó por el norte de la llanura, / enzarzado en la más fiera lucha, / el vencedor siempre era el mismo». *Hardyknute*, publicado por lady Elisabeth Wardlaw en 1719; sin embargo, estas líneas pertenecen a una de las trece estrofas añadidas por Allan Ramsay a la obra. <<

[2] El personaje histórico de Claverhouse no contrajo matrimonio hasta 1684; su único hijo nació en 1689. <<

[3] Oficial encargado de administrar justicia. <<

[4] *Enrique V* de William Shakespeare, acto IV, escena III. <<

[5] Budines cocinados al vapor. Niel Blane lo utiliza como un apodo peyorativo de los ingleses, por su supuesta afición a este alimento; asimismo, parece una clara alusión a su flema. <<

[1] «Ananías. No me gusta el hombre: es un pagano, / y habla fielmente la lengua de Canaán. / Tribulación. Debéis esperar su llamada, y la venida / del buen espíritu. Hicisteis mal en reprenderle». *The Alchemist*, comedia de Ben Jonson (1572-1637), estrenada en 1610 y publicada en 1612. Acto III, escena I. <<

[2] Apocalipsis 3, 14-16. <<

[3] Procónsul romano en Acaya. Véase Hechos de los Apóstoles 18, 12-17. <<

[4] Isaías 11, 12. <<

[5] El rey Carlos II. <<

[6] En la Escocia calvinista eran frecuentes los nombres bíblicos. Efraín era el segundo hijo de José y dio nombre a una de las tribus de Israel, que se estableció en el interior de Palestina y desempeñó un importante papel en el cisma de las doce tribus, a la muerte de Salomón (931 a J. C.). <<

[7] Lucas 2, 7. <<

[8] Jesucristo es la cabeza de la Iglesia (Colosenses 1, 18) y ésta es su novia (Apocalipsis 21, 2-9). Macbriar está convencido de que Carlos II ha usurpado el papel de Cristo, por lo que mantiene una relación adúltera con la Iglesia. <<

[9] Mateo 27, 51. <<

[10] Ezequiel 13, 10-15. <<

[11] II Crónicas 32, 7-9. <<

[12] II Samuel 3, 39. <<

[13] Isaías, 53, 11. <<

[14] Se refiere al *Solemn League and Covenant* de 1643. <<

[15] El comandante en jefe de los covenanters en Loudoun-hill fue Robert Hamilton, personaje que no aparece en la novela. <<

[16] Apocalipsis 16, 6. <<

[17] El supuesto salario del arzobispo. <<

[18] Números 21,24; Jeremías 21, 7. <<

[19] Como se ha dicho ya, los asesinos buscaban a William Carmichael, activo perseguidor de quienes asistían a los conventículos. <<

[20] Jeremías 17,1. <<

[21] Robert Bruce asesino a John Comyn —lord de Badenoch—, su rival al trono, en la iglesia de Greyfriars, cerca de Dumfries, en 1306. Comyn había sido un importante aliado de Eduardo I de Inglaterra, por lo que su muerte condujo a la liberación de Escocia. <<

[22] El velo del templo de Jerusalén. <<

[1] «Mirad: cuantas más tiendas griegas se alzan ligeras / sobre esta llanura, tantas más facciones ligeras se levantan en ella». *Troilo y Cressida* de William Shakespeare, acto I, escena III. <<

[2] Salmos 31, 21. <<

[3] Gálatas 2, 9. <<

[4] *Resolutioners*. Véase nota 20, capítulo v, libro primero. <<

[5] Lucas 9, 62. <<

[6] Ezequiel 4, 2. <<

[7] Salmos 32, 4. <<

[8] Isaías 37, 29. II Reyes 19, 28. <<

[9] Véase nota 14, capítulo v, libro primero. <<

[10] Apocalipsis 16, 6. <<

[11] Éxodo 7, 20; Salmos 78, 44. <<

[12] Hebreros 4, 12. <<

[13] Ezequiel 21, 8. <<

[14] Deuteronomio 32, 42. <<

[15] Nahum 1, 10. <<

[16] No es un personaje histórico; el autor parece que se inspiró en Alexander Peden (véase nota 22, capítulo I, libro primero). <<

[17] Salmos 137, 9. <<

[18] II Reyes 9, 30-37. <<

[19] II Reyes 9, 37. <<

[20] Mateo 7, 15-20. <<

[21] Significa «Terror en torno». Jeremías 20, 3-4. <<

[22] El carismático Alexander Peden, que, tal como hemos dicho anteriormente, parece que inspiró el personaje de Habakkuk Meiklewrath, estuvo prisionero en esa pequeña isla. <<

[23] El castillo de Dumbarton, desde donde se divisaban las colinas de Argyll, servía de prisión en el siglo XVII. <<

[24] Isaías 9, 5. <<

[25] Ezequiel 9, 5-7. <<

[26] Apocalipsis 6, 17. <<

[27] Parlamento que inició una guerra civil para derrocar a Carlos I. <<

[28] En 1534, los anabaptistas establecieron una república cristiana comunista en la ciudad de Munster. Además de poner en práctica su doctrina, instauraron la poligamia y abolieron la propiedad privada. El príncipe obispo de Westfalia liberó la ciudad un año después. <<

[29] Jueces 7, 2. <<

[30] I Reyes 12, 11. <<

[31] Levítico 26, 41-42. <<

[32] Levítico 26, 25: «Traeré sobre vosotros la espada que vengará la alianza». <<

[33] El cardenal David Beaton (1494-1546) se convirtió en arzobispo de St Andrews en 1539; tras perseguir con ensañamiento a los protestantes y quemar por hereje a George Wishart (1546), fue asesinado por un grupo encabezado por George Leslie, IV conde de Rothes. James Melvin asestó varios golpes mortales al prelado, después de explicarle las razones que le obligaban a acabar con su vida. <<

[1] «Ganado con gran facilidad. Ahora a caballo alegremente». *Enrique IV. Primera parte* de William Shakespeare, acto II, escena II. <<

[2] «Es vuestro turno, madre, dijo Tam el de la Cascada». <<

[3] No pensar en ello. <<

[4] «Vuestra suave tez, amor mío, es pura y luminosa, / como en el recuerdo de aquella noche hermosa, / cuando al ser los místicos cabellos trenzados, / Agnes me descubrió su corazón enamorado. / Desde entonces, cuántas veces habéis aprisionado, / la zona tórrida de este mi pecho atormentado, / pues han jurado morar en él la ira y el despecho, / con el primer pecado que osó poblar el infierno. / Un pecho donde la sangre es un mar turbulento, / y en él cada latido, un seísmo violento. / ¡Oh! ¿Y podríais acaso soportar ese estado, / sin que pierda vuestra tez ese tono inmaculado? / ¡Qué conquista sobre cada pensamiento vano, / en ese ardiente reino que mi Agnes ha forjado! / No habría yo errado, siempre libre y salvaje, / si a mi lado un ángel como ella me guiase. / Ni el cielo ni la tierra podrían reprobarme, / si ella hubiera vivido, y vivido para amarme. / No habría sentido entonces ese placer salvaje, / en una escena de caza donde impera la barbarie. / Y mi único deleite, una carrera impetuosa, / y el apremio frenético de una caza azarosa, / seguimiento, acoso, emboscada y muerte, / y tras ello... ¡abandonar el cuerpo a su suerte! / A mi humor irascible la dulzura ha aplacado, / curando las heridas de mi orgullo inflamado; / sí... Dios y el hombre me habrían ahora de aceptar, / si vos hubierais vivido y vivido para amar». <<

[5] Job 38, 14. <<

[6] Ezequiel 9, 2. <<

[7] Isaías 3, 16-18. <<

[8] Juan 17, 22; II Tesalonicenses 2, 3. <<

[9] Alusión al *Pilgrim's Progress* de John Bunyan (1628-1688). <<

[1] «Y llegó un caballero del campo de batalla, / su corcel empapado en sangre y lluvia». *Wallace: or the Vale of Ellerslie* (1804) de John Finlay. <<

[2] De origen medieval; los barberos hacían también de cirujanos y dentistas. <<

[3] El color de los covenantes. <<

[4] El fuerte olor hacía volver en sí a los que se desmayaban. <<

[5] Frase empleada por William Shakespeare en varias de sus obras. Véase *Romeo y Julieta*, acto III, escena II; *Trabajos de amor perdidos*, acto V, escena II; *El cuento de invierno*, acto II, escena II. <<

[1] «¡Una vez más a la brecha, queridos amigos; una vez más...!», *Enrique V* de William Shakespeare, acto III, escena I. <<

[2] Juego de palabras entre falcón y halcón, que en inglés es el mismo término: *falcon*.

<<

[3] Mateo 16, 6. <<

[4] «¡Puertas, alzá los dinteles, / levantaos, / antiguos portones...!». <<

[5] Era costumbre identificar a los cerdos con el demonio. Véase Mateo 8, 28-82. <<

[6] Los «pioneros» eran soldados de a pie que precedían al ejército; armados de picos y palas debían cavar trincheras, reparar caminos y facilitar el acceso a los lugares del grueso del ejército. <<

[7] Ataque imprevisto. <<

[8] Eran los cuatro delitos que, por su gravedad, no podían ser juzgados por los tribunales que organizaban los señores del lugar, sino resueltos en las cortes de justicia. Los alguaciles locales podían condenar a un asesino sólo cuando éste había sido sorprendido perpetrando el crimen. <<

[1] «Pero el rey ha reunido / a las principales cabezas de todo el país». *Enrique IV. Primera parte* de William Shakespeare, acto IV, escena IV. <<

[2] Jueces 14, 3. <<

[3] Números 5, 1-2. <<

[4] Génesis 49, 8; Josué 2, 24. <<

[5] *Enrique IV. Primera parte de William Shakespeare*, acto IV, escena II. <<

[6] Hechos 8, 39. <<

[7] Hechos 13, 41; Juan 6, 28 y 9, 4. <<

[8] Salmos 91, 10. <<

[9] Aunque el asedio de Tillietudlem nunca se produjo, Scott se basó en datos históricos para describir el ataque a la ciudad de Glasgow. <<

[10] II Crónicas 32, 6-8. <<

[11] Véase nota 3, capítulo VIII, libro segundo. <<

[12] James Scott, duque de Monmouth y Buccleuch (1649-1685), hijo ilegítimo de Carlos II y Lucy Walters: adoptó el apellido Scott tras su matrimonio con Anne Scott, condesa de Buccleuch. En 1679 fue enviado como capitán general a Escocia, donde aplastó a los covenanters en la batalla del Puente de Bothwell; tras su victoria, mostró una actitud clemente con el enemigo. A la muerte de Carlos II, se rebeló contra su tío Jacobo VII y reclamó el trono de Escocia; fue derrotado en la batalla de Sedgemoor y ejecutado en la Torre de Londres en 1685. <<

[1] «Me envían a Bothwell-hill / donde debo luchar o morir». Segunda estrofa de *The Battle of Bothwell Bridge*, publicada por Walter Scott en *Minstrelsy of the Scottish Border* (1803), colección de baladas de tema histórico, tradicional y romántico. <<

[2] El autor reduce el período en el que ocurrieron los acontecimientos históricos: el arzobispo Sharp fue asesinado el tres de mayo, el tiro al papagayo se celebró el cinco de mayo, Loudoun-hill tuvo lugar el uno de junio y la batalla del Puente de Bothwell, el veintidós de junio. <<

[3] Isaías 9, 3. <<

[4] En aquel período los traidores eran cruelmente castigados: se cortaban sus manos, se arrancaban sus corazones y se descuartizaban sus miembros para exhibirlos en distintos lugares. <<

[5] Véase nota 2, capítulo II, libro segundo. <<

[6] Ester, 7. <<

[7] I Samuel 3, 7; II Reyes 6, 31. <<

[8] Josué 6, 21. <<

[9] Mateo 5, 43-44: «Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan». <<

[10] Jueces 21, 15. <<

[11] Poundtext acusa a Burley con sus palabras de haber luchado en su juventud para gobiernos católicos como el de Francia. <<

[12] Mateo 25, 24. <<

[13] Juan 6, 5-14. <<

[1] «Y dijo, entregadme vuestra casa, señora, / entregádmela a mí». Novena estrofa de *Edom of Gordon*, una de las baladas de *Reliques of Ancient English Poetry* (1765), de Thomas Percy (1729-1811), recopilación de antiguas canciones tradicionales inglesas y escocesas. <<

[2] A mediados del siglo xvii, la mayoría de los presbiterianos se escandalizaban por el uso de órganos en las iglesias. <<

^[3] Se refiere al *Book of Common Prayer* (1662) de la Iglesia de Inglaterra. <<

[4] No es históricamente cierto que el *National Covenant* o el *Solemn League and Covenant* fueran quemados. <<

[5] «No son los muros de piedra los que forman una prisión, / o las barras de hierro, una jaula; / pueden ser un lugar de retiro / para una imaginación libre y serena». *To Althea, from Prison*, de Robert Lovelace (1618-1657), conocido poeta y soldado realista. En 1642 fue preso en Gatehouse, donde escribió estas famosas líneas. <<

[6] Campo común en la ladera este de las Pentlands; gozaba de una inmejorable situación para reunir a las tropas. <<

[1] Y un alfiler en su mano / me causaba más dolor que cien puñales». Sin identificar.

<<

[2] I Samuel 16, 7. <<

[3] *Banditi.* <<

[4] *Noche de Reyes* de William Shakespeare, acto III, escena I. <<

[5] *Tête-à-tête*, conversación a solas. <<

[6] El general Thomas Dalzell fue un ferviente defensor de los Estuardo a lo largo de toda su vida. Sirvió a Carlos I y luchó a favor de Carlos II en Worcester (1651), donde fue preso. Logró escapar de la Torre de Londres y vivió varios años en Rusia, donde llegó a ser nombrado general por el zar Alexis. En 1660 regresó a Inglaterra, y en 1666 Carlos II le nombró comandante en jefe de las tropas escocesas. Tras su brutal represión en Pentland Hills, fue conocido como «Tam el Sanguinario» o «el Demonio Moscovita». No estuvo presente en la batalla del Puente de Bothwell, pero Scott quiso colocar la moderación y la clemencia de Monmouth a la sombra de un fanático realista, que sirviera de contrapartida al personaje de Burley. <<

[1] «La maldición de las crecientes facciones y divisiones / perturban aún vuestros consejos». Famosa tragedia de Thomas Otway (1652-1685), acto IV. <<

[2] Marcos 4, 29; Apocalipsis 14, 15. <<

[3] Lucas 10, 7. <<

[4] Mateo 23, 27. A pesar de su hermosa apariencia, corrupto en su interior. <<

[5] Nota 3, capítulo XIII, libro segundo. <<

[6] Se refiere a la obra *Instituciones de la religión cristiana* (1536), exposición de la fe reformada. <<

[7] Mateo 16, 19. <<

[8] El ejército realista se acercó a Bothwell —en la orilla norte del Clyde— por el norte y por el este; los covenanters estaban acampados al sur y al oeste del río. <<

[9] Se refiere a John Dryden (1631-1700) y a las nueve Musas, divinidades grecorromanas de las artes y las letras. <<

[10] «Todo lo hacía con agradable soltura, / complacer era algo innato en él; / acompañaba sus movimientos con galanura, / y en su rostro el Paraíso se dejaba ver». *Absalom and Achitophel* (1679). El Absalom del poema está inspirado en el duque de Monmouth. <<

[11] Él será el único responsable de su propia muerte. Véase Josué 2, 19. <<

[1] «Pero ¡escuchad! La tienda ha mudado su voz, / ya no hay lugar para la paz y el sosiego». *The Holy Fair* (1785), poema satírico de Robert Burns (1759-1796). <<

[2] II Corintios 6, 17. <<

[3] Isaías 31, 1. <<

[4] Éxodo 10, 15. <<

[5] Deuteronomio 32, 30-31. <<

[6] Mateo 3, 12. <<

[7] Mateo 22, 2-14. <<

[8] La Iglesia católica. <<

[9] Mateo 12, 30. <<

[10] Génesis 13, 8. <<

[11] La destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor, rey de Babilonia. Véase Jeremías 37-39 y 52. <<

[12] I Reyes 12, 16. <<

[13] Juan 1, 1-14. <<

[14] Ezequiel 43, 11. <<

[15] Los profetas Elías y Eliseo eran llamados «los carros y la caballería de Israel». Véase II Reyes 2, 12 y 13, 14. <<

[16] Lucas 16, 8. <<

[17] *A Ballad, Shewing How an Old Woman Rode Double, and Who Rode before Her*
de Robert Southey (1774-1843). <<

[1] «Al igual que antes contemplasteis caer la lluvia, / o las flechas saliendo del arco, / así cayeron nuestros muchachos escoceses, / y yacen exangües sobre las colinas». *The Battle of Bothwell Bridge*, publicada por Walter Scott en *Minstrelsy of the Scottish Border* (1803). <<

[2] Era el grito de guerra del clan de los MacFarlanes, cuyo territorio estaba junto al lago Sloy. <<

[3] Proverbios 6, 5. <<

[1] «Ellos exigen al Cielo / corazones de león, el aliento de los tigres, / sí, y también la fiereza». *Los dos parientes nobles* (1634) de John Fletcher y William Shakespeare. Tragicomedia basada en el *Cuento del caballero* de Geoffrey Chaucer. <<

[2] Isaías 57, 14. <<

[3] Juan 17, 12; II Tesalonicenses 2, 3. <<

[4] Números 35, 12. <<

[5] Mateo 21, 44. <<

[6] Salmos 46, 9; Juan 19, 34. <<

[7] Levítico 10, 17. <<

[8] Mateo 18, 7. <<

[9] Juan 10, 1. <<

[10] Génesis 22, 13. <<

[11] Salmos 118, 27. <<

[12] Isaías 50, 7. <<

[13] *Ricardo II* de William Shakespeare, acto II, escena III. <<

[14] Reyes 3, 26. <<

[15] Salmos 66, 14. <<

[16] Números 25, 6. <<

[17] Josué, 7, 8-15. <<

[18] I Samuel 15, 32. <<

[19] II Reyes 20, 8-11. <<

[1] «Que toquen los clarines y silben los pífanos, / para anunciar al mundo lascivo, / que una hora henchida de gloria / es digna de una eternidad sin nombre». Líneas de un poema publicado en la revista *The Bee* (Edimburgo, octubre de 1791) por Thomas Osbert Mordaunt (1730-1809). <<

[2] Los rebeldes que no llevaban armas encima debían ser juzgados, mientras que los que sí las llevaban podían ser directamente ajusticiados. <<

[3] Salmos 140, 12. <<

[4] Salmos 44, 7; Oseas 1, 7. <<

[5] Jeremías 9, 22. <<

[6] Salmos 7, 9. <<

[7] Habakkuk Meiklewrath profetiza aquí el exilio de los Estuardo tras la Gloriosa Revolución de 1688-1689. <<

[8] Jeremías 25, 18. <<

[9] Jeremías 25, 15-17. <<

[10] Claverhouse murió en la batalla de Killiecrankie en 1689, tras infligir una grave derrota al enemigo. <<

[11] Apocalipsis 6, 10. <<

[12] *Macbeth* de William Shakespeare, acto III, escena IV. <<

[1] «La acusación está preparada; los abogados, reunidos, / los jueces en sus puestos. ¡Un terrible espectáculo!». *The Beggar's Opera* del poeta y dramaturgo John Gay (1685-1732). Se trata de una historia de ladrones y salteadores de caminos en la que el autor intentaba reflejar la degradación moral de la sociedad. <<

[2] Claverhouse fue ascendido a coronel en 1682 y a general en 1686. <<

[3] Jean Froissart (1337-1405), cronista y poeta de la corte francesa, cuyas *Crónicas*, que abarcan los hechos acontecidos en Europa entre 1325 y 1400, continúan siendo una inmejorable descripción del mundo feudal y de los ideales caballerescos. <<

[4] Tradicionalmente, las libretas donde se anotaban los nombres de quienes debían ser censurados o castigados. <<

[5] Al norte de Glasgow. <<

[6] Calle de Edimburgo, que sale del palacio en dirección al castillo. <<

[7] *Sambenitos*. <<

[8] Scott escribe «da» y no «de», porque el término portugués llegó a Inglaterra antes que el español. <<

[9] Véase nota 5, capítulo VIII, libro primero. <<

[10] I Timoteo 6, 12. <<

[11] Mateo 22, 11; Isaías 61, 10. <<

[1] «Patria mía, buenas noches». *La peregrinación de Childe Harold* de lord Byron (1788-1824), canto I. <<

[2] John Maitland, duque de Lauderdale (1616-1682) había firmado el *National Covenant* en 1638 y había sido uno de los representantes escoceses que negociaron el Tratado de Ripon con Carlos I en 1641 y el *Solemn League and Covenant* con el Parlamento inglés en 1643. En 1647 se convierte, sin embargo, en un furibundo defensor de Carlos II y, tras ser capturado en Worcester (1651), pasa nueve años en la cárcel. Entre 1661 y 1680 fue secretario de estado para Escocia. La corrupción de su régimen, así como los excesos de su segunda mujer, la condesa de Dysart, terminaron con su larga carrera política. Jamás tomó parte en el interrogatorio de prisioneros después de la derrota del Puente de Bothwell. <<

[3] Apocalipsis 8, 10. <<

[4] Caledonia era el nombre que recibía antiguamente Escocia. El muro de Adriano, desde el golfo de Solway hasta la desembocadura del Tyne, marcaba los límites meridionales de esa región. <<

[5] Marcos 15, 2. <<

[6] Isaías 26, 4. <<

[7] Salmos 10, 3. <<

[8] Hebreos 12, 22-23. <<

[9] Génesis 18, 27; Job 30, 19. <<

[10] Salmos 106, 30; Números 25, 1-11. <<

[11] El puerto de Edimburgo. <<

[12] Se refiere al futuro Guillermo II de Escocia y III de Inglaterra (1650-1702) —por su matrimonio con María II Estuardo—, que en aquella época ocupaba el puesto de magistrado supremo en la corte de Holanda. <<

[13] Claverhouse, voluntario en el ejército del príncipe de Orange, fue ascendido a capitán tras distinguirse por su valor en esta batalla, el once de agosto de 1674. <<

[14] Josué 7, 4. <<

[15] Jueces 12. <<

[16] II Samuel 21,1. <<

[17] El autor de la carta, Balfour de Burley, había robado de los archivos de Tillietudlem un importante documento firmado por el abuelo de lady Margaret, en el que se establecía que el título familiar sería heredado por el descendiente más directo, con independencia de su sexo. <<

[18] Mateo 7, 1-2. <<

[19] Mateo 20, 1-16. <<

[20] Hebreos 12, 4. <<

[21] Lucas 21, 19. <<

[22] Mateo 25, 1-13. <<

[23] Abdías 21. <<

[24] Mateo 14, 25. <<

[25] Isaías 9, 4. <<

[26] Abdías 18. <<

[27] Tras la derrota del puente de Bothwell, el personaje histórico de Burley logró escapar a los Países Bajos. Murió en 1688, justo antes de la Revolución. <<

[1] «¿Con quién va el tiempo al galope?». *A vuestro gusto* de William Shakespeare, escena III, acto II. <<

[2] Se trata del símil empleado por Rosalinda, uno de los personajes de *A vuestro gusto*, y que sirve de encabezamiento a este capítulo: «El tiempo marca distintos pasos con distintas personas, Puedo deciros con quién va a paso de andadura, con quién va al trote, con quién al galope y con quién para en firme». <<

[3] Estamos en 1689, diez años después de que Henry Morton fuese desterrado. La Gloriosa Revolución de 1688-1689 fue un hito en la historia de la libertad inglesa, pues marcó el paso a la soberanía parlamentaria. La victoria del protestantismo y del progreso se vio asegurada con la huida de Jacobo II Estuardo (1633-1701), rey católico, famoso por sus crueles represiones, y el acceso pacífico al trono de Guillermo de Orange y María, hija del anterior monarca. <<

[4] Permitía a los terratenientes elegir el ministro de su parroquia. Fue un derecho abolido en 1690, con la llegada del presbiterianismo, aunque en 1712 sería restablecido por el Parlamento inglés. <<

[5] La carta de libertades que el rey Juan se vio obligado a firmar en 1215. Limitaba el poder de la corona y garantizaba la independencia de la Iglesia y los derechos de los nobles. <<

[6] El Castillo de Bothwell, construido a finales del siglo XIII, se convirtió en el cuartel general de Aymer de Valence, conde de Pembroke, comandante de las tropas inglesas en Escocia durante las guerras de la Independencia, a principios del siglo XIV. <<

[7] El breve catecismo redactado por la asamblea de Westminster en 1643 y adoptado por la Iglesia de Escocia cinco años después. <<

[8] En los bautizos episcopalianos los padrinos se comprometen a supervisar la educación religiosa de los niños; en los presbiterianos, toda la congregación se encarga de ello. <<

[9] Típicos apellidos de las Tierras Altas. <<

[10] Falda corta, de lana y a cuadros, usada tradicionalmente por los escoceses. <<

[11] El general Hugh Mackay (1640?-1692) fue nombrado por Guillermo de Orange comandante en jefe del ejército escocés. Persiguió durante meses a Claverhouse y a sus hombres por las Tierras Altas, y sólo fue derrotado por el general jacobita en el paso de Killiecrankie. <<

[1] «¡Qué trágicas lágrimas nublan sus ojos! / ¡Qué muertes sufrimos antes de morir! / Deploramos nuestras amistades rotas, / y los amores de juventud que se han ido para siempre». *Ode on the Death of a Young Lady* de John Logan (1748-1788). <<

[2] Jacobo sirvió en casa de su tío Labán dos períodos de siete años para conseguir casarse con su hija Raquel. Véase Génesis 29 y 30. <<

[3] Famoso títere de madera, jorobado, fanfarrón, vengativo y mentiroso, comúnmente en conflicto con la autoridad. Aunque de origen más antiguo, es uno de los personajes de la *Commedia dell'arte* italiana (siglo XVII). Hacia el año 1700, prácticamente todos los teatros de marionetas de Inglaterra y Escocia tenían su Polichinela; Juddy, la esposa, era también muy popular. <<

[4] Lucas 14, 20. <<

[5] Se refiere a la batalla de Killiecrankie, el 27 de julio de 1689. Claverhouse fue enterrado en la iglesia de Blair Athole. <<

[6] *Hamlet* de William Shakespeare, acto I, escena II. <<

[7] *Noche de Reyes* de William Shakespeare, acto III, escena IV. <<

[8] No saber nada de lo ocurrido. <<

[9] Martin Antoine Delrio (1551-1608), comentarista de la Biblia y jurista belga; Richard Burthooge (1638-1698), teólogo inglés; Pierre de Lancre (m. 1630), escritor francés especializado en demonología. <<

[10] Aquí significaría «con vida». <<

[11] Ilusión óptica. <<

[1] «¡Ay, felices colinas! ¡Ay, apacibles sombras! / ¡Ay, campiñas amadas en vano! / Donde antaño se perdió mi despreocupada niñez, / un extraño que compadecer». Oda de Thomas Gray (1716-1771). <<

[2] Alusión a las aguas del Leteo, uno de los ríos del Infierno en la mitología griega; cuando las bebían, las almas de los muertos olvidaban su pasado. <<

[3] Gorro que solían llevar las ancianas. <<

[4] Alusión a Enrique el Navegante (1394-1460), príncipe portugués famoso por impulsar los viajes de descubrimiento. <<

[5] Monstruos legendarios que custodiaban el estrecho de Mesina; los navegantes que escapaban de uno caían en las redes del otro. Ulises logró sortear ambos peligros en su largo viaje de regreso a Ítaca, tras el asedio de Troya. <<

[6] El perro de Ulises; fue el primero en reconocer a su amo después de su larga ausencia. <<

[1] «El que era Aumerle, / pero que se ha perdido por ser amigo del rey Ricardo, / y que al presente debéis llamar Rutland, señora». *Ricardo II* de William Shakespeare, acto V, escena II. <<

[2] Vlissingen (Holanda). <<

[3] El príncipe de Orange no era yerno del rey, sino del duque de York, futuro Jacobo VII y hermano de Carlos II. <<

[4] Ciudad del nordeste de Francia, famosa por sus hermosos tapices. <<

[5] *Hamlet* de William Shakespeare, acto III, escena IV. <<

[1] «¿Dónde está el alegre huésped / del que me hablasteis? Ha sido siempre mi costumbre / conversar con mis clientes». *Lover's Progress* (1623) de John Fletcher y Philip Massinger, acto II. <<

[2] Samuel Johnson en su *Dictionary* (1775) la definía como «un agua maravillosa preparada con clavo, juncia, pimienta india, macis, cardamomo, nuez moscada, jengibre y espíritu de vino, macerada durante veinticuatro horas y, finalmente, destilada». <<

[3] Wittybody: literalmente «cuerpo ingenioso». <<

[4] Alegre danza popular recogida por Robert Ridell en su *Collection of Scotch Galwegian & Border Tunes* (Edimburgo, 1794). <<

[5] Véase *Ricardo II* de William Shakespeare, acto II, escena III y acto III, escena IV. Las orugas son una plaga que se alimenta de todo lo que encuentra sin ofrecer nada a cambio. <<

[6] I Reyes 17, 8-16. <<

[1] «Entonces salió y habló la anciana madre, / y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas: / “Nadie te advirtió del peligro, Johnie, hijo mío, / para ponerte a salvo de la persecución”». *Johnie of Breadislee*, antigua balada recogida por Scott en su obra *Minstrelsy of the Scottish Border*. <<

[2] Lucas 4, 26. <<

[3] Job 1, 21. <<

[4] Juan 8, 12. <<

[5] Job 25, 6. <<

[6] En realidad la batalla de Loudoun-hill tuvo lugar el 1 de junio y la del Puente de Bothwell el 22 de junio. <<

[7] Lucas 10, 20-36. <<

[8] Jueces 4, 21. Sísara, tras ser derrotado por los israelitas, se refugió en la tienda de Yael, mujer de Jéber el quenita, quien, mientras dormía, tomó el martillo en su mano, se le acercó en silencio y le hincó un clavo en la sien hasta clavarla en la tierra. <<

[9] Salmos 7, 17. <<

[10] Marcos 13, 12. <<

[11] *El rey Lear* de William Shakespeare, acto III, escena VI. <<

[12] Salmos 78, 8. <<

[13] Véase nota 11, capítulo v, libro primero. <<

[14] *El rey Lear* de William Shakespeare, acto I, escena IV. <<

[15] El Parlamento restableció el gobierno presbiteriano de la Iglesia en 1690, y la primera Asamblea General de la Iglesia de Escocia desde 1653 se reunió aquel mismo año. Pero el nuevo régimen impidió que ésta se atribuyera todos los poderes que el *Solemn League and Covenant* de 1643 le había conferido. <<

[16] Marcos 2, 8. <<

[17] Salmos 119, 103; 141, 6. <<

[18] Bessie Maclure, al igual que el resto de los covenanters, está convencida de que sólo la fe —con independencia de las buenas acciones— salva al hombre. Véase Efesios 2, 8. <<

[19] El arzobispo de Canterbury y seis ministros de la Iglesia anglicana trataron de impedir que Jacobo II promulgara la VII Declaración de Indulgencia, que promovía la tolerancia para los católicos y otros disidentes religiosos. Se convirtieron, así, en el centro de la oposición inglesa al rey; en 1688 fueron juzgados y, finalmente, absueltos. <<

[20] James Douglas, conde de Angus (1671-1692), reclutó en 1689 un regimiento de cameronianos. A pesar de su falta de entrenamiento, defendieron con éxito Dunkeld de los jacobitas, tras la victoria de éstos en Killiecrankie; impidieron, con ello, que la guerra civil se extendiera a las Tierras Bajas. <<

[21] Ezequiel 13, 1-16. <<

[22] Sir James Montgomery de Skelmorie (m. 1694) y Robert Ferguson (1637-1714), conocido como «Ferguson, el Conjurado» fueron dos protestantes exiliados en Holanda durante el reinado de Jacobo II. Al regresar a Escocia y no ver recompensados sus servicios como habían esperado, se unieron a los jacobitas y lucharon ferozmente contra el rey Guillermo. <<

[23] *El rey Lear* de William Shakespeare, acto III, escena VI. <<

[24] Sir Harry Vane (1613-1662) fue un dirigente parlamentario ejecutado tras la Restauración; Thomas Harrison (1606-1660), uno de los principales mandos militares del ejército parlamentario, ejecutado por regicida; Robert Overton (1609-1668), un destacado soldado parlamentario que repudió al gobierno para preparar la inminente segunda venida de Cristo. <<

[1] «En la oscura cueva entraron, y allí vieron / al endemoniado, acurrucado en el suelo, / sintiendo un gran tormento en su rencoroso corazón». *The Faerie Queene*, largo poema alegórico de Edmund Spenser (1552-1599). <<

[2] Los covenanters se refugiaron en estos lugares, en Peeblesshire y Dumfriesshire, después de la batalla del Puente de Bothwell. <<

[3] Alusión a *El paraíso perdido* de John Milton (1608-1674). <<

[4] Marcos 4, 28-29. <<

[5] Lucas 22, 53. <<

[6] Mateo 20, 1-16. <<

[7] Epístola a los Gálatas 2, 9. <<

[8] I Samuel 22, 1. Se refiere a un escondite de David. <<

[9] Jueces 14, 14. <<

[10] Mateo 8,12. Los israelitas que no sean dignos de entrar en el reino de los Cielos «serán echados a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechinar de dientes».

<<

[11] I Samuel 25. <<

[12] II Timoteo 4, 10. <<

[13] Véase nota 8, capítulo ix, libro segundo. <<

[14] Véase nota 6 de este mismo capítulo. <<

[15] Epístola a los romanos 6, 23. <<

[16] El arzobispo Sharp. <<

[17] El sargento Bothwell. <<

[18] En diciembre de 1688, una multitud atacó y saqueó el palacio de Holyrood en Edimburgo, donde Jacobo VII había establecido una capilla católica. El capitán Wallace, que se encargó de su defensa, logró sobrevivir. A pesar de la participación de algunos whigs del oeste, Balfour no estuvo presente. <<

[19] I Samuel 27, 1-16. David, temiendo perecer a manos de Saúl, se refugió en tierra de filisteos. <<

[20] Véase nota 11, capítulo III, libro tercero. Un criminal que agarraba los dos cuernos del altar normalmente se salvaba. Pero Burley, al igual que Salomón ordenó matar a Joab, pretende acabar como sea con la vida de lord Evandale. <<

[21] Lucas 9, 62. <<

[22] I Timoteo 6, 12. <<

[1] «Mas no podía apartar sus ojos entreabiertos, / aunque la imagen de Emily era cada vez más borrosa; / yació unos instantes incapaz de hablar, / y, apretando la mano que tenía entre las suyas, exhaló su último suspiro». *Palamon and Arcite* (1700) de John Dryden. <<

[*] Amable lector, solicité a mi leal amigo Peter Proudfoot, viajante de comercio, conocido en la región por su honradez y por los buenos precios tanto de sus muselinas y batistas como de sus pequeñas mercancías, que me consiguiera, en su próxima visita a ese vecindario, una copia del mencionado epitafio. Según su relato, del que no tengo motivos para dudar, éste rezaba así: «Aquí yace un santo rebelde a los prelados, / es John Balfour, también Burley llamado, / empujó al pueblo a venganza tomar, / por la Liga Solemne y el Covenant, / en el páramo de Magus, en la región del Fife, / segó la vida del apóstata James Sharpe, / a manos holandesas fue herido y muerto, / y se ahogó en el Clyde cerca de este emplazamiento». J. C. <<

[1] Los suscriptores se iban pasando los libros de unos a otros; tuvieron gran aceptación entre los lectores de novelas a principios del siglo XIX. <<

[2] *The History of Jemmy and Jenny Jessamy* de Eliza Haywood (1693-1756). Walter Scott afirmaba detestar esta novela. <<

[3] Novela del escritor escocés Henry Mackenzie (1745-1831), inspirada en la *Clarissa* de Samuel Richardson. <<

[4] Ave gallinácea que habita en las altas montañas del norte de Europa. <<

[5] Personajes de *Cecilia, or Memoirs of an Heiress* de Fanny Burney (1752-1840).

<<

[1] Archibald Campbell, IX conde de Argyll (1629-1685), leal defensor de la causa realista. Fue condenado a muerte por traidor tras negarse a firmar el *Test Act* de 1681 (juramento que obligaba a todos los oficiales a adherirse a la religión protestante y a aceptar la supremacía real). Logró escapar del Castillo de Edimburgo —haciéndose pasar por la doncella de su hijastra— y refugiarse en Holanda. En 1685, con la llegada al trono de Jacobo II, regresó al mando de un poderoso ejército, mas no tardó en ser capturado y ejecutado. <<

[2] James Scott, duque de Monmouth, hijo natural de Carlos II y comandante en jefe del ejército real. Muy popular por su victoria sobre los covenanters (1679), se convirtió en el candidato de los protestantes frente al futuro Jacobo II. Cuando éste accedió al trono en 1685, Monmouth intentó vanamente derrocarlo. Fue ejecutado ese mismo año. <<

[3] Probable referencia a *The Pilgrim's Progress*. <<

[4] En 1715, el conde de Mar dirigió un ejército contra el gobierno, en un intento desesperado de volver a instaurar en el trono a la depuesta dinastía de los Estuardo. A pesar de que las circunstancias no le eran desfavorables —rechazo generalizado de la Unión, desencanto ante la dinastía Hannover, apoyo de la mayoría de los nobles más influyentes en el nordeste y de los clanes más poderosos en el noroeste— el levantamiento fracasó. <<

[5] Años de la segunda gran rebelión jacobita. <<

[6] La casa fue asaltada por un tal capitán Orchard o Urquhart, que murió en el ataque
[Nota del autor]. <<

[7] Oliver Cromwell (1599-1658), lord Protector de Inglaterra, Escocia e Irlanda desde 1653. <<

[8] *Captain Hodgson's Memoirs: Memoirs Touching His Conduct in the Civil Wars, and His Troubles after the Restauration. Written by himself*, editadas por Walter Scott, 1806. <<

[9] *Enrique IV. Segunda parte* de William Shakespeare. Acto v, escena III. <<